

MARIO ROSO DE LUNA

---

DE SEVILLA  
AL YUCATÁN

VIAJE OCULTISTA A TRAVÉS DE LA ATLÁNTIDA DE PLATÓN

PRÓLOGO POR

CÉSAR LUIS DE MONTALBÁN



---

Ilustrado con dibujos de J. Ml. de Puelles y fotografías.

---

MADRID

EDITORIAL PUEYO

ARENAL, 6

11576

50313

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS.

TOMO VI

# De Sevilla al Yucatán

Viaje ocultista a través de la Atlántida de Platón

por

Mario Roso de Luna

prólogo por

César Luis de Montalbán

Ilustrado con dibujos de J. M. de PUELLES y fotografías

Edición especial de quinientos ejemplares numerados



Editado por VIDA Y CIENCIA

SEVILLA

IMPRENTA «LA EXPOSICIÓN»

1918



*A los generosos patricios aracenences, Don Javier y  
Don Miguel Sánchez Dalp y Calonge, dedica este  
homenaje*

*J. C. Roso de Luna.*

*Historia, quoquomodo scripta, delectat.  
La Historia, de cualquier modo que se  
escriba, es agradable.*

*Plinio, libro 5, cap. 8.*

*La Atlántida sería el primer continente  
histórico si se prestase mayor atención  
que hasta aquí a las tradiciones de los  
antiguos. La famosa isla así llamada  
por Platón, era sólo un fragmento del  
primitivo continente.*

*H. P. Blavatsky. La Doctrina Secreta. T.º II, introducción.*

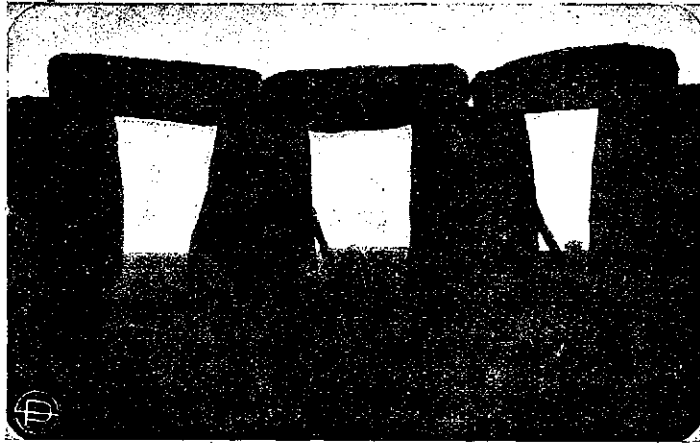


MARIO ROSO DE LUNA

Fot. Pavón, Sevilla.







## Prólogo.

Para que todo sea raro y paradógico en esta *Biblioteca de las Maravillas*, debida a la consagrada pluma de *El Mago de Logroñán*, no es el prólogo quien presenta al libro, sino a la inversa, razón por lo cual el desconocido prologuista de este quinto tomo de aquella ya popular publicación, resulta un verdadero travesunto de *El médico a palos*, francés, o de *El Alguacil alguacilado*, de nuestro clásico. (1)

(1) En este punto peca de modestia Don César Luis de Montalbán, porque no es él ni un indocumentado ni un desconocido, sino un moderno Livingston español, que, prescindiendo de sus viajes por Europa y por Asia Menor y también de su travesía del continente africano desde el Transvaal al Atlas, conoce palmo a palmo las más misteriosas regiones de América, que ha recorrido en diversos sentidos, como las recorrieran siempre nuestros descubridores y colonizadores por los siglos XV y XVI, es decir sólo, sin abundancia nunca de dinero y expuesto a peligros inauditos, aun más por los hombres que por las fieras y el clima. Su recorrido más célebre fué desde Puerto Limón, en Costa-Rica, hasta Puerto-Padre en la Tierra del Fuego, pasando por las regiones menos conocidas de Panamá, Colombia, Ecuador,

¿Cómo hablar, en efecto, de Roso de Luna, cuando tan conocidísimo es en España y en el Extranjero en las siete más altas manifestaciones del pensamiento humano, como son la cátedra, la conferencia, el periódico, la revista, el libro, la investigación y lo que vale muchísimo más; la conducta modelo? Si ha descubierto él un astro, pretender descubrirle yo a él sería algo así como querer descubrir el Mediterráneo. Si ha dado por docenas las conferencias mas sugestivas y profundas, de cuyos efectos ulteriores en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile he sido testigo, hacer yo su elogio sería redundancia necia. Si es en fin un sugestivo narrador, con la palabra casi más aun que con la pluma, haciendo con su espíritu fraternal un amigo de aquel a quien por vez primera habla, parecería hasta poner en duda respecto a él lo que ya ha pasado en autoridad de cosa juzgada, que dicen los juristas.

Pero si hablar del autor es cosa harto difícil, hablar de su actual obra novelesca, de su fantástico viaje ocultista a través de la «Atlántida» de Platón, es punto menos que imposible...

¡Atlántida! ¿Quién en su *alma ancestral*, en la más honda capa de la geología de su inconsciente, no sintió, al oírla pronunciar por vez primera, el mágico efecto evocador de tal palabra?

Desde los tiempos más remotos se sabe de ella; se viene hablando de ella; mas, ¿existió realmente la Atlántida y puede probarse su existencia?—Sí, pero hay que interrogar para ello al mar,

---

Perú, Bolivia, Chile y la Patagonia, donde más de una vez fué preso como sospechoso, ora por las facciones políticas, ora por los necromantes *pistacos* o sacerdotes-caciques del interior, y a cuyo lado gozó también del dudoso privilegio de presenciar sacrificios humanos en los dólmenes, ni más ni menos que hace miles de siglos los celebraran nuestros antepasados atlantes y druidas crueles. Otro recorrido complementario de nuestro explorador fué el de la Patagonia al valle de la Araucana, entrando por los Andes de la Argentina, para buscar en el temible Chaco central los restos de la desdichadísima expedición del célebre botánico español Ubaneta, víctima de la justicia guaraní, y rescatar las armas, papeles y demás efectos del sabio. La nobleza castellana de Montalbán con aquellos indígenas le sirvió de kármico salvo conducto para retornar al Brasil a través de las tribus del interior, por las comarcas de los grandes ríos, donde aun no se atreven a aventurarse los europeos. Un tercer recorrido del valiente segoviano le llevó a las Antillas, Venezuela, Costa-Rica, Nicaragua, Honduras, Salvador, México, Estados Unidos y Canadá, hasta Alaska, tomando en México el gusto a los estudios de prehistoria atlante que hoy le ocupan en Madrid a base del Códice Cortesiano, al que se refiere la obra de Roso de Luna *La ciencia hierática de los mayas, de la Piedra numeraria de los incas*, con la que el gran pueblo de los quiptos pudo contar gráficamente lo mismo que hoy nosotros, y de las inscripciones iberas acerca de las que tiene ya, según parece, las claves de su lenguaje, que hasta aquí ha desafiado la perspicacia de arqueólogos y filólogos.

(Nota del editor.)

en cuyo seno yacen sus restos; a la montaña costera; a la ruina azteca y maya, como a la ruina celta e ibérica; a la tradición popular y a los viejos cultos; al sacerdote-pistaco y a la sacerdotisa druída; a la encina germana del Donar cortada por San Bonifacio, como al dolmen marroquí y al templo yucateca, porque todo ello constituye el fósil de las edades y la lengua de los misterios perdidos, lengua de la que yo escribiría todo un libro si pudiera hacerlo con la maravillosa pluma del gran Roso de Luna.

Si lo dudas, sal un día, lector, y llega al Guadarrama. Cuando, ya en la cumbre tengas ante tu vista la meseta castellana, detente a contemplarla, y, reconcentrándote místicamente en tu yo más íntimo, experimentarás sensaciones desconocidas; tu alma se pondrá en puro contacto con la naturaleza; y tu yo, elevándose por encima de las miserias humanas, no vivirá más que para la contemplación de la belleza, fiel imagen del Dios único; del Dios sustentador del tolteca y del tihuaganaco, del Dios Egipcio; del Dios Atlante, encarnado en el culto de la verdad, tan admirablemente intuído por la perspicacia ocultista de nuestro amigo.

Entonces, en tu retina se reflejará un paisaje espléndido, verás lejos, muy lejos, pueblecillos diminutos; caminos que serpentean por colinas y valles; prados de esmeralda, vegetaciones exuberantes; árboles milenarios, tejados rojos, casitas blancas, campanarios centenarios, y percibirás ruidos misteriosos, algo que llega al alma, embriaga tu yo y te pone en puro contacto con la verdad; sentirás así algo desconocido y, estando solo, te verás en compañía; comprenderás el lenguaje eterno e insonoro; se rasgará en tu cerebro un espeso velo, y con los ojos del alma llegarás hasta el reino lina, cantado en la obra de nuestro polígrafo, *De gentes del otro mundo*, y entonces, al examinar lo que te rodea, verás picachos en forma de seres monstruosos; piedras que son estatuas; acantilados en forma de palacios; jardines elíseos... y hasta tu alma más que a tu tímpano llegarán ruidos melódicos, que el viento arranca de las peñas y árboles; ruidos vagos, que son como cantos druídas, como salmodias litúrgicas; como trovvas de amor y sentires de arcadianos pastores primitivos.

Alguna vez oirás también marchas de guerra; músicas como maldiciones, instrumentos que blasfeman, lloran, ríen y aman, porque hay algo wagneriano, místico, romántico, todo como un bello conglomerado de lo grande y lo pequeño, de lo monstruoso con lo racional, de lo incomprensible con lo comprendido, que embriaga, subyuga, encanta y transporta al sér, convirtiéndole en

otro sér distinto, haciéndole gritar, hablar a las plantas, a las rocas, a las montañas, mientras que las montañas, las rocas y las plantas a la vez, también le hablan.

Si en estos momentos preguntais a las montañas: «Seres misteriosos, que con vuestras cúspides llegais al azul del infinito, que nacisteis de las grandes convulsiones del planeta, ¿Qué sois ¿Qué haceis ¿Sois seres o no? ¿Sabeis que existen hombres que os contemplan?» Vereis entonces que vuestra voz va repercutiendo por las concavidades rocosas, que el eco multiplica y transforma; que los ruidos del bosque cesan luego, y que un silencio augusto os envuelve un instante, apenas interrumpido por el charlar de la fuente, por la corriente del arroyo, que con cánticos llama a sus hermanos. Ruidos de besos fraternales; uniones de aguas y resonancias de cataratas y torrentes, que entre su charla y el susurrar del bosque os trasportan a lo infinito. Y luego de este silencio, percibis en el alma el lenguaje de la montaña que os responde:

—«¿Veis que representamos la tranquilidad austera y la temible contextura de la muerte? Pues bien de esta muerte aparente nace la vida del globo entero. Nosotros detenemos los vientos y las aguas; éstas vienen de lejos, muy lejos, y nosotros las ofrecemos un lecho de descanso, para su blanca nieve, cual albo furbante que se pone en nuestras cumbres, y de ellas nacen las fuentes y ros arroyos. Estos arroyos, unidos en torrentes, bajan al valle para formar ríos que dan vida a los pueblos a los campos, a la agricultura a la ganadería, y muchas veces estos ríos hasta presentan decisivo papel en la vida política de los pueblos. Nosotros damos vida y muerte con las aguas y los vientos; con los volcanes impetuosos... Somos seres aparentemente muertos, pero que damos vida; regulando la existencia entera del planeta.»

Y tu yo, lector, comprenderá así lo que antes le fué incomprendible, y habrás sentido en tu alma el lenguaje de las montañas y recreado tu espíritu ante la verdad suprema, ante la naturaleza brava, pujante, lujuriosa y terrible, ante la naturaleza sin ficción, sin que el hombre la haya transformado o contribuido para su desarrollo.

Y así como te hablan las montañas, te hablarán las ruinas. Ve sinó una noche a nuestra Alhambra y aprecia lo grande, lo intenso de la emoción de lo que fué.

En el patio de la Alberca, todo silencio, y sombras; nada perturbará tu sér. Todo es plácido en aquel ambiente, tibio y perfuma-

do. Hasta tí llegarán los ruidos del Darro y el Genil, y el armonioso cántico del ruiseñor junto a su nido. Las sombras se agigantan se ven *las sombras de las sombras*, girones vagos, en fondos grises. Los mármoles se proyectan en los negros corredores y se desdibujan las siluetas de los arcos; las aguas toman tintes de misterio haciéndose claros sus colores, y en su fondo se proyectan los perfiles de los muros. Las sombras se mueven; se las ve crecer y menguar por los corredores con una marcha lenta... Y cuando se está ya así embriagado con el sentir del alma, un rudo golpe trasporta al sér a otro sér y le pone en contacto con el alarife que forjó en su mente tan prodigioso edificio, y que, desgarrando su alma, dejó por arcadas y ventanales, entre corredores y patios, en hornacinas y estancias, girones que hablarán a tu sér; que te darán la clave del lenguaje de las ruinas y monumentos; y verás como el alma del artista hablará a tu alma, y en su misteriosa voz, entre los ruidos del Darro, el cantar del Genil y del ruiseñor, el alma del alarife dirá a tu oído que no hizo más que copiar el alma árabe, pura, clavándola en el suelo español; y al sentir el sentir de alma árabe, verás esclavas y cautivas, abercerrajes bravos; divinos rostros de mujeres; guerreros del desierto, artistas y sabios que quedan mudos ante la belleza del alma árabe, que se plantó para siempre en el carmen granadino para vivir con su hermana el alma ibera.

Y si después de sentir a las ruinas y montañas, escuchas una tradición alusiva a la Alhambra, verás cómo desfilan por tu mente personajes y sucesos que pasaron miles de años ha, y en tu espíritu sentirás el lenguaje de la tradición, como se siente el de la religión en sus prácticas, ritos y rezos misteriosos, y cuando tu alma comprenda las ruinas y montañas, las religiones y tradiciones, comprenderá también no sólo la misteriosa desaparición de la Atlántida, sino que hallarás la prueba íntima que buscabas acerca de su existencia.

En el museo de San Petersburgo, encontró Mr. Edelmiro Félix, un rollo de papiros que fué escrito durante el reinado del Faraón Sent, de la segunda dinastía, 4571 años antes de J. C. En él se esplican las investigaciones que hizo una expedición que el Faraón Sent mandó en busca de la tierra de la Atlántida, de la que llegaron al Nilo los antecesores de los egipcios, 3350 años antes de la fecha mencionada, o sea que la Atlántida existió 7921 años antes de Cristo, siendo de suponer que desde el 3350 hasta su hundimiento en el Atlántico, tardara algún tiempo en sufrir la catástrofe que hubo de sepultarla.

## DE SEVILLA AL YUCATÁN

En mi visita a la biblioteca de Constantinopla, travé amistad con un sér raro, un árabe de edad avanzada, que era un políglota admirable, conocía todas las lenguas de Europa, y un sin fin de lenguas muertas; vivía casi de limosna, y su único trabajo era el estudio de los códices y papiros antiguos; en los que leía con gran facilidad su contenido.

Una tarde, me sorprendió examinando un papiro egipcio, me habló primero en francés y al decirle que era español, cambió el francés por un hermoso castellano cervantino. Conversamos de todo y, por último, sobre la riqueza que había en la biblioteca, y me dijo que al día siguiente me enseñaría un códice notable para todo español, pues hablaba de nuestra península, pero que yo le daría los datos necesarios para comprobar la veracidad del códice.

Eran las nueve del día siguiente y ambos nos encontramos en la biblioteca ante el famoso códice. Nuestra conversación fué la siguiente.

—¿Qué volcanes tiene hoy España?

—En actividad ninguno.

—¿Se pudieron ver desde el mar?

—Sí, los de Olot, en Cataluña, se podrían ver desde el mar, si estos estuvieran en actividad; los que existieron en Ciudad Real no es posible verlos desde el Mediterráneo.

—Pues bien, no miente el códice, si desde el mar se pueden ver los volcanes de Olot.

—¿Qué dice el códice entonces?

—Escucha. El Mediterráneo, 8000 años A. C. era un lago, por él hizo una expedición un navegante asirio, por encargo de su rey, para ver de donde llegaban los Montes, navegó por toda la costa y se encontró a los dos años en el punto de partida, y en su obra, descubrió después lo mas notable que vió, mencionando como notable los fuegos de Sicilia y los fuegos astules.

—¿Dice Astures o Astules?

—Astules esta escrito en el papiro, y no Astures.

—Es que existe en mi país una región que se llama Asturias y que está habitada por un pueblo cuyos habitantes se llaman Astures, un pueblo cuya costa está bañada por las aguas del Atlántico.

—Pues lee tú o mejor dicho, este signo es el A, este otro la ese este la f, este la u, este la l y no la r vuestra, así que es astul y no Astur como hoy decís. Yo no necesitaba más que conocer la actividad prehistórica de los volcanes españoles para darle fé, lo demás lo tengo comprobado y nada me importa la diferencia de nombre.

Cuando visité el Egipto tuve ocasión de convivir con sacerdotes de el alto Nilo, estos me contaron sus tradiciones, todos coincidían en un punto y una fecha, todos decían que el apogeo de los Atlantes era 11,790 años antes de J. C. y que ellos descendían de aquellos; que su civilización, sus ciencias, leyes, artes y religión, eran las ciencias, leyes, artes y religión de los Atlantes, pues que éstos trajeron al Egipto todo cuanto en el existió.

Te dije, lector, que las ruínas hablaban, y te dije una verdad. Todas me hablaron a mí, menos las ruínas del templo de I O, en el alto Nilo. Las del bajo Egipto, las que tienen influencia asiria, caldea, babilónica y griega, transportan al ser al tiempo farónico. En el templo de I O, en el alto Egipto, siente el alma, sino una desgarradura, porque se ve ya fuera de contacto, de todo cuanto antes conocía. Hay un abismo incomprensible, insondable; una emoción que no se explica.

Se ven tinieblas, pretende uno ver y no puede; trabaja el cerebro el alma y el corazón; los nervios se ponen en tensión; la vista pretende grabar en la mente cuanto se refleja en su retina, pero es tan espeso el velo que cubre a nuestra mente que los esfuerzos de ésta son impotentes para descifrar lo que ante nosotros se presenta: pues ello es tan grande, que destruye toda una historia de seculares prejuicios, que en mala hora nos enseñaron mentirosos libros. ¡Es un templo Atlante! exclamamos al fin, y con la palabra mágica de Atlante las tinieblas se rasgan, huyen las sombras y la luz ilumina el entendimiento. las ruínas hablan y el ser se transporta a miles de miles de años antes de nuestra Era.

Todas las civilizaciones de todos los pueblos y en todas las épocas clavaron sobre la corteza terrestre jalones que demuestran su paso; su cultura; sus ciencias; sus leyes y sus artes, y los Atlantes no fueron distintos de los demás pueblos. Sus jalones están sobre la corteza terrestre y hay que ser miopes o fanáticos para no verlos y comprenderlos.

Las ruínas del pueblo tihuaganaco y tolteca, las de México y las Canarias, son jalones de la civilización Atlante. Las pirámides de Egipto, que fueron monumentos sagrados, templos de iniciación y astronómicos como los del Monte Libano y las pirámides de México, templos que con sus sombras, al proyectarse en el suelo, servían también para dividir el día en cuatro periodos, igual que sus obeliscos, e igual que los obeliscos americanos, nos demuestran en su corte y construcción tres cosas, 1.º que tienen el mismo origen; 2.º que tuvieron igual empleo y 3.º que sus cons-

tructores tenían pasmosos conocimientos de las matemáticas aplicadas a la arquitectura.

Si alguna vez visitas, lector, el museo de las Palmas (Gran Canaria) verás que entre los objetos sacados de las sepulturas guanches existe la *Pintadera*, sello de cerámica que emplearon los timuaguanacos y foltecas que conocieron los egipcios y que es invención atlante, yo llamo a las pintaderas caracteres de la primitiva imprenta. Los sabios las clasificaron con el nombre de *pintaderas* por que servían para pintar, yo les pregunto a los sabios: ¿Qué pintaban? ¿Con qué objeto? ¿Vieron éstos alguna vez al indígena americano emplearlas? yo sí lo ví. En las cumbres de los Andes, en la República de Guatemala, en el lugar denominado con el nombre del Ferrol, ví a los *Pistacos* (sacerdotes) emplearlas, les ví escribir en papiros fabricados con papel de pita o de Maguey; ví los antiguos códices, estilo del Cortesiano, los tuve en la mano, y no pude conseguir que me dieran la clave para su lectura. Sólo supe de ellos algunas de sus tradiciones a cambio de noticias de los conquistadores. Por ellos supe de la Atlántida, tradiciones que comprueban su existencia, tradiciones con que cierro este prólogo, que espero sea una preparación para que puedas seguir con tu mente la prodigiosa mente de Roso de Luna, de este hombre incomprendido para muchos, y que es el escritor que más gloria dará en el mañana a las letras patrias.

En mis viajes sudamericanos me había remontado hasta el nacimiento del terrible Orinoco. En los contrafuertes de los Andes Orientales había conocido al padre de mi guía. Este era el sacerdote de más fama en todo el territorio; pertenecía a una dinastía sacerdotal desde tiempo inmemorial, en la que el hijo primogénito abrazaba el sacerdocio y recibía del autor de sus días la historia de su raza, las tradiciones secretas de su pueblo.

Pronto fuimos buenos amigos, perseguimos juntos al gamo y al sagino (cerdo salvaje) y dimos caza al tigre de los Andes y al Puma americano; al regreso de nuestras cacerías yo encauzaba la conversación y la hacía recaer en el pasado; él, a su vez, me pedía noticias de mi país y yo del suyo. Un día le hablé de Jesús de Nazaret le conté su historia y sus predicaciones, y le pinté tal como le concibe la mente humana. Con religioso silencio me escuchó el Pistaco, ni una sola vez fui por él interrumpido, y cuando terminé, con acento reposado, con voz casi profética me dijo:

—¡Cuán diferente me le pintas tú, que otros de tu raza. Los sacerdotes que hasta mí llegaron, con nombre de hijos de Jesús de

Libro: el  
papel y el  
cortar las de...



Nazaret, no me hablaron de él con la grandeza que tú le pintas. Tú me hablas de él como un Sér divino; bueno con la bondad suma, grande como su Padre, el Dios sustentador. Ellos me hablaron sólo de sus venganzas y sus castigos, tú de su grandeza, amores y bondades infinitas. Ese es mi Dios, el Dios de mis padres encarnado en el culto Atlante de I O; el habitante del *Templo transparente*; el Padre de todo, con el espíritu del bien en el alma: el único Grande entre los grandes y el Justo de los justos, que conociendo el culto de I O, casi extinguido ya por el mundo, lo tratara de implantar, sin que el dolor, la ingratitud y el crimen fueran capaces de detenerle en su empresa.

Y quedé abortado al escuchar estas palabras de un indio, y traté por mil modos de que me explicara cómo él tenía conocimiento de la Atlántida y del culto Atlante. Todo fué en vano: el indio responde siempre aquello solo que le conviene y jamás es excesivo en sus noticias. Tuve, pues, que esperar mejor ocasión, y tener paciencia.

Mi guía y su padre me acompañaron hasta la península de la Guaira. Querían ambos ver el mar y yo acepté con placer la proposición. Ellos marcarían la ruta que yo no tenía autoridad para cambiar, so pena de ser abandonado en plena selva; como sabía lo que significa la palabra de un indio y lo fiel que es a ella, seguía dócil el camino que me trazaban el Pistaco y su hijo.

Muchos días pernoctábamos en las ruinas de algún templo, otros en tolderías donde el Pistaco era recibido como un Dios, y algunos en pleno campo, en bosques vírgenes o en magníficas praderas donde la caza era abundante y donde reponíamos nuestras provisiones de carne y grasa.

A los 27 días de marcha llegamos a poblados de la república de Venezuela y la vida cambió. Fui yo desde entonces el guía y ellos los guiados. Nos deteníamos lo imprescindible para el descanso, y al amanecer emprendimos la marcha. Un día, llegamos a la vista de la Guaira (puerto de Venezuela en el Atlántico). Nos encontrábamos a 3.100 metros sobre el nivel del mar y éste rompía sus bravas olas en la costa a un tiro de fusil, a nuestros pies.

Los Andes se habían roto, y el dilatado mar se hallaba a nuestra vista. Estábamos ante un panorama precioso: en el fondo, un fondo rojo rodeado de una vegetación exuberante, estaba el puerto de la Guaira. Al poniente, un sol rojo, como una ascua, se ocultaba en el horizonte, en un mar esmeraldino y bravo.

Yo había avanzado, me había situado en un lugar desde donde

mi vista abarcaba un paisaje espléndido. Abstraído, no sentía lo que me rodeaba; mi yo no vivía más que para la contemplación, y mi alma, embriagada de tanta belleza, gozaba de un placer infinito. ¿cuanto tiempo estuve así abstraído? Lo ignoro. De mi abstracción me sacó el Pistaco, colocando una mano en mi hombro y diciéndome:

—Esas aguas son el sudario que cubre la sepultura de mis mayores. Prolongando esta montaña lejos, muy lejos, hasta el confín de la Atlántida y el principio de otra tierra, estaba enclavado el país de los míos. Ellos vivieron en la hundida tierra, en la que está en el fondo del mar, muy felices, al principio, porque entonces fueron buenos y justos y sus ciencias alcanzaron un grado de progreso grande. Luego, el vicio y la maldad se enseñorearon de el país y empezaron los días malos y difíciles, poco a poco perdiendo la fe y el recuerdo del pasado; rompiendo así el hilo que nos enlazaba con la antigua historia. Quisimos moldes nuevos, renegamos de todo y el desbarajuste reinó en el país de la verdad posponiendo ésta a la mentira, y haciendo templos al embuste, al crimen y a la maldad como antes al Dios sin nombre y Único.

Un día, la tierra osciló en su base, los altos picachos cubiertos de nieve fueron coronados por grandes penachos de fuego; el mar furioso se tragaba las costas; las gentes, huyendo, subían a las cúspides; por caminar mas de prisa, matábanse los unos a los otros. Todo era desolación y pánico, toda la Atlántida estaba invadida por el crimen y su madre la muerte, así vivió la tierra de mis mayores, se fué desmoronando rápidamente hasta que un crugido espantoso ahogó los demás gritos de muerte y angustia, rufdo terrible de las aguas de dos mares que se funden en abrazo macabro, cubriendo la tierra de la Atlántida, la tierra de las artes y las ciencias, la tierra de los templos de IO; las ciudades de las pirámides y obeliscos; la tierra de los bellos palacios; la tierra de los sabios, la que conoció la verdad única; la que pereció por olvidar su historia; la que quedó sepultada para siempre por las aguas de su mar Atlante, único nombre que recuerda el pasado de la patria de mis mayores ...

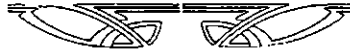
Cayó el Pistaco, por su rostro cayeron abundantes lágrimas y de su boca salían las palabras que el Atlante pronunciaba en sus oraciones.... El indio sacerdote y su hijo invocaban en su corazón al Dios Único de sus mayores con un fervor religioso tan sincero e íntimo que me hizo descubrir mi cabeza saludando al

DE SEVILLA AL YUCATÁN

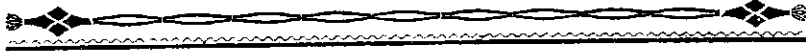
pasado glorioso de un pueblo que de modo tan terrible y apocalíptico fué así raído por sus crímenes de la superficie del planeta.

Madrid 15 de Marzo de 1918.

CÉSAR LUÍS DE MONTALBÁN.





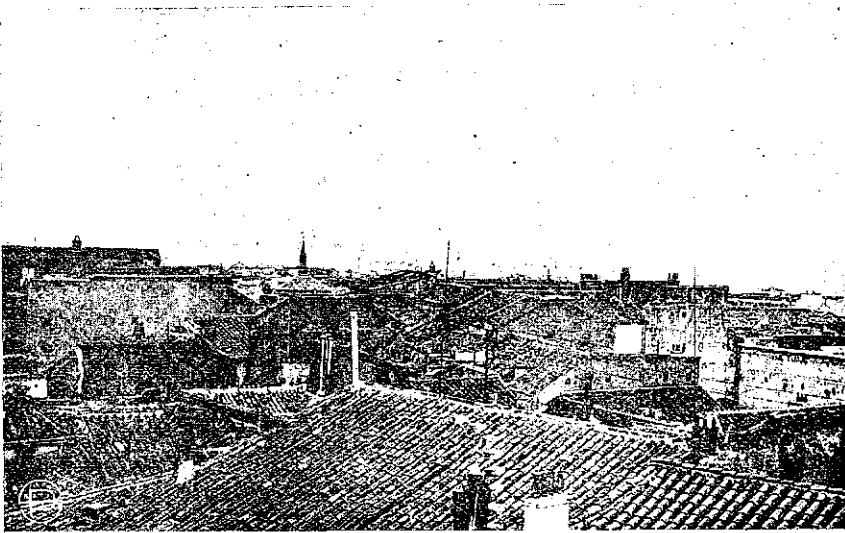


## PRIMERA PARTE

# El "ario del monte" y los jinas tartesios

### CAPITULO I

Los duendes de un vargueño en el Bar del Torreón



Desde el Bar del Torreón.

*Un sevillano con muchísimo «ángel».—La compra de una vieja joya.—En el bar de Felipe Jiménez.—La sombra de un italiano misterioso.—La carcoma de Demetrio Aurispa.—Un elemental travieso.—Lo que tenía escrito detrás el entropaño del vargueño.—Frío hiperfísico.*

El Destino manda. Quiero decir que en aquella tarde de londinense niebla del 22 de Diciembre de 1916, y en el momento preciso en que el divino *Horus*, o séase el sol del nuevo año nacía, salía yo de un cafetucho del *Madrid austral* tirando de uno de esos *chicotes* o «cigarros de a veinte antiguos», que yo llamo *apoteóticos* porque suelo fumarlos en los momentos de apoteosis,

es decir de gran calma espiritual, cuando tropecé con el sevillano de *más ángel* que ha cobijado la capa del cielo.

Era el joven Mario Cotta, a quien siempre he llamado *Rodrigo de Cotta, el Viejo*, en recuerdo de aquel pícaro autor todo saberes, a quien la crítica suele atribuir la paternidad de *La Celestina* o *tragicomedia de Calisto y Melibea*, obra de la que Cervantes dijo, como es sabido:

Libro, a mi entender, divino  
si ocultase más lo humano.

Un peinado hacia atrás de violinista virtuoso; unas gafas de alquimista *de cuidado*; una estatura de gnomo o *jina*; una vivacidad de ardilla; una locuacidad de cotorra embriagada, y un saber de polígrafo que sería imposible en un joven de 25 años a no ser por las muchas vidas anteriores que *el mozo* se traía, ora bajo las místicas enseñanzas de Prisciliano, ora bajo las médicas de Hipócrates, ora bajo las gallardas de Juliano el mal llamado Apóstata, eran las características más salientes de aquel corazón de oro y de aquella imaginación volcánica, para quien el arte magistral de Postel y de Sendivoxius podría tener secretos, pero para quien ya no los tenían esos dos plexos del gran simpático nacional que llamamos Sevilla y Madrid, en sus antros más reconditos y en sus pliegues más misteriosos y sugestivos.

Al preguntarme mi grandipequeño amigo, tras el más cordial saludo, que a donde caminaba, le informé brevemente que a la compra de un vargueño nada menos que un paisano caprichoso, rico y medio loco me encargara. Prestose entonces el jina de Rodrigo de Cotta—que así, en adelante, le llamaremos—a servirme de guía en mi difícil empresa, con más saberes sobre el particular que el viejo Mesonero Romanos o el nuevo Pedro de Répide.

Bajamos, pues, entrambos, en animada conversación acerca de nuestros fraternales amigos de la Ciudad del Betis, hacia la clásica Plaza del Rastro, admirando a derecha e izquierda aquellas tenduchas de zoco marroquí, atiborradas de mil cosas heteróclitas, astrales restos de hermosas grandezas que fueron: la repujada armazón orinienta de una farola señorial que vió acaso pasar, bajo las irisaciones de sus cristales de colores, embajadores al modo del pícaro Buckingham, o de los no menos pícaros de Richelieu y de Mazarino; arneses cordobeses de potros que caracolearan un día en aire de torneo en plena fiesta de la Plaza Mayor, áureas hebillas que antaño fuesen de episcopal sandalia; cadenas esposadoras de algún pobre liberalote, estilo Riego, To-

rrijos o el Empecinado, camino del suplicio en nombre de un Dios clemente y misericordioso; broches, acaso de oro, efectivas bocas sin dientes, quiero decir, armazón sin las piedras que en tiempos les exhornasen; camafeos, relicarios, fontillos, trípticos rafaelianos con pátinas de dolores y manchas que eran toda una historia; restos, trozos, fragmentos, piezas, armazones, nonadas, de esas que las humanas urracas que llamamos chamarrileros y anticuarios pescan en los remanzos del torrente cenagoso de la vida... *in torrente vivis vitae*, contribuyendo con ello, tanto o más quizá que el más encopetado académico de la Historia de San Fernando, a salvar de la muerte tesoros inapreciables de los tiempos que fueron.

Mi amigo, como buen *jina*, era un maravilloso psiquiatra, a quien bastaba el ver el más ínfimo despojo del pasado para reconstituir, erudito e intuitivo, una historia entera *fotografiada en la luz sideral del aura del objeto en cuestión*, como él decía. Así que me condujo sin vacilar por entre el laberinto de las malolientes callejuelas vecinas, hasta meterme en un antro, tugurio, cueva de lenocinto, zaquizamí, bodegón o como deba llamársele, dentro del centenar de las palabras afines que para cualquier cosa atesora nuestra divina fabla castellana. Allí un viejo rugoso, de pelos blancos e hirsutos, singular cabeza hebrea de estudio, con nariz de apagavelas, boca de amarillentos incisivos al modo de brujescos menhires que más para comer, servíanle sólo para mantener constantemente sujeto el deforme saxofón de su pipa, nos recibió con esa sonrisa indefinible del hombre de malas artes que ve caer en sus redes de codicia un incauto más de tantos caprichosos que pagar suelen cientos de pesetas por lo que a él no le ha costado sino un mal vaso de vino dado a tiempo a un trapero estúpido.

Gracias a la omnipotencia, un tanto mágica de Cotta acerca de aquellos tesoreros usurarios de lo que nadie quiso, pronto nos pusimos en trato respecto de un hermoso vargueño de caoba, cedro y palosanto, con filetes de conchà, cerraduras históricas repujadas en cobre y sostenido sobre cuatro como serpientes aladas que parecían mantener en el aire todo aquel artístico conjunto de ebanistería y orfebrería. Ignorante en materias artísticas juzgaba yo, a bulto, que aquello podría en efecto ser una gran cosa, pero mi amigo, una vez en la calle, aseguróme que el vargueño, que apenas me había costado 200 pesetas, era un tesoro artístico que no desmerecería de aquellos otros salidos de las ma-

nos de tallistas al estilo de Montañés, de Durero o de Benvenuto Cellini. El viejo, o era tonto, o andaba falto de dinero, sin duda, y así para estudiar mejor el mueble como para someterle a una limpieza harto requerida, le hicimos llevar al famoso *Bar del Torreón* junto a la Plaza de San Ildefonso, donde posaba, cuando tenía algo que comer en él, cierto italiano habilísimo, verdadera interrogante en punto a misterios ocultistas y que tenía manos de mago en todo lo referente a restauraciones artísticas. Cotta aseguraba de él que, en la propia India, había sido iniciado con pruebas aterradoras que duraron siete días en los misterios ultraprodigiosos de los *jinas* y sus obras subterráneas estalacticas, de las que la propia Alhambra granadina o el Alcázar sevillano no son sino remedos infelices... El cenar con Cotta en el *Bar del Torreón* y al lado del vargueño, era, pues, corolario inevitable, de todo lo acaecido.

El italiano de la India y el bar del Torreón eran, por decirlo así, una cosa misma. Tenían tanto de iniciático y de misterioso el uno como el otro, y el uno sin el otro casi que no podían concebirse. Toda la clásica bohemia parisiense, toda la ilustre hampa de Madrid y provincias, toda la herencia picarezca de los Percheles, Zocodoveres, Trianas y Lavapiés, habrá desfilado por el bar antaño, cuando el dueño, el lustroso avilés Felipe Jiménez, era ignorante y pobre; pero había desaparecido felizmente ahora que sabía ya más que Lepe y era el Crésos de la Plaza y Mercado de San Ildefonso, íntimo protegido de prohombres liberales y candidato seguro a una concejalía de Madrid... Sólo quedaba por derecho propio el italiano anónimo, como resto de aquellas glorias preteritas, digo mal, como símbolo de ellas y como alma de aquel complejo recinto, en cuya tienda se tomaba café por 15 céntimos; en cuya frastienda se comían judías o cocido por 50; en cuya cueva se habían reunido con el dueño anterior conspiradores primero y pseudo espiritistas después, y en cuyos altos había asentado sus reales el círculo liberal del distrito, con un sabor democrático admirable y un *confort* y decencia que envidiarían otros centros de mas nombre y campanillas.

En la *supertrastienda*, lugar predilecto donde el italiano escribía, comía y a veces dormía, emulando las glorias infalsificables del gran Emilio Carrere, instalaron nuestro vargueño, y, pocas horas después, nos instalamos nosotros, en torno de una cómoda camillita con brasero, que daba gloria en aquella noche tan fría. Hacía tiempo que Cotta y yo no nos veíamos y la casera cena



mano a mano, fué cordial, larga, graffsima, sin más falta que la de nuestro italiano, quien hacía 15 días que *no había sido habido*, según aseguró Felipe, pero a quien, con todo respeto y afecto habíamos puesto silla y cubierto como al comendador de marras.

No hay cocina como la clásica cocina española de las pepitorias, los fritos de pescado cual buñuelos, las paellas, los potes *et ejusdem furfuris*. La tradición de todo ello era el alma y la vida del *Bar del Torreón*, y con elio había levantado el buen Felipe una gran fortuna y una altísima azotea desde donde veíase a los pies el complicado panorama de todo Madrid en las divinas noches de luna del estío.

Por natural adaptación al medio, cuanto por seguir el curso de las aficiones de entrambos, nuestra conversación cordial y continúa, versó sobre mil cosas teosóficas, hasta meternos más y más hondo después de apurar el café y encender un habano, en problema de franco ocultismo teórico, único que nos está permitido.

De repente, en el silencio de una leve pausa, acaso la única de toda la noche, un ruido inquietante, mezcla de chirrido de ratas y de estridencia metálica resonó en los entrepaños del vargueño, mudo testigo de nuestro modesto ágape fraternal.

—¡Cáspita— exclamó el grandipequeño Cotta, saltando sobre su asiento—eso es algo como la carcoma del lecho de Demetrio Aurispa, el suicida de D'Anuncio, carcoma cuyo chirrido deluvo aterrorizado a su sobrino Jorge cuando iba a suicidarse también en él!

—Sí. Cosas del italiano, sin duda, que aunque no está ahora aquí en euerpo físico, lo está siempre en astral y quiere darnos una amistosa broma.—repuse, pero sin cocérseme el pan ya, como vulgarmente se dice.

—Puede—contestó Cotta, concentrando su mirada con extrañeza bajo aquellos quevedos que daban aires de sabio investigador a toda su vivaz fisonomía. ¿Será—añadí yo—que, poco habituados a beber, «se acrecienten los candiles», que dijo el clásico, con el vinillo?

Por sí o por no, abrí con mi poquitín de *pelusa*, uno por uno, los vacíos departamentos del mueble, sin hallar nada que justificase nuestra alarma. Pegamos, pues, el hilo de nuestra conversación, más animados que nunca, contándome mi amigo no sé qué historia que le acaeciese con cierta vieja hechicera de los Cuatro Caminos, pero, en lo mejor de ella, cuando llegaba el pun-

to culminante del relato, en que aquella mala bruja se le apareció de noche en su doble etéreo para hacerle una vengativa jugarreta y él le tiró un pisa-papeles a los hocicos, cuando el chirrido expeluznante tornóse a oír, pero esta vez más claro, angustioso e inconfundible, seguido de tres golpes secos y firmes.

—¡Es algo más que una rata!—exclamé escalofriado, sin fuerzas de curiosidad para levantarme del asienfo.—¡Un elemental burlón de la peor especie!

—Si, un elemental complaciente, un *pequeño horror*, como aquel que, según el coronel Olcott festonease servicial a Madame Blaratsky hasta una docena de sevilletas.

¡Véamos, pues, de una vez vuestra *bella faz!* joven y elemental o elementario murmuró Cotta, levantándose de un salto, como un gato, hacia el vargueño.

Nos pusimos a revisar cuidadosamente todos los rincones y entrepaños de la alhaja, llenándonos las manos de ese *polvo de archivos*, causa de tantas tisis. Nada absolutamente había, pero nosotros en aquella templada habitación seguíamos teniendo, pese a nuestra energía, un verdadero frío hiperfísico.

Cotta, como intuitivo y psiquiatra que era en alto grado, no se resignaba a soltar la presa, pero no había ni resorte secreto, ni viejos papeles allí perdidos, ni nada que justificase nuestros temores, ni los chirridos.

—Vamos—dije, renunciando a la empresa—una bromita y nada más de nuestro italiano, agradecido al cubierto que le hemos puesto. ¿Quién sabe si a estas horas, el infeliz artista asceta, ha pasado ya al mundo de *los jinas?*

Sucedió entonces algo, como para echar a correr de puro miedo. Ya no eran chirridos ni golpes, sino un como zumbir de abejorros en siesta por toda la masa de las tablas del mueble, análogo al bordoneo premonitor de la aparición de la asturiana *Huesfía*. Aterrado e inmóvil, yo no sabía ya si éste vibraba o eran los zumbidos el cobarde sacudir de todos mis nervios como cuerdas de una guitarra rasgueada por un loco en fiera danza macabra.

Cotta, demonio humano, sin duda, tomó impávido una vela en sus manos y a riesgo de incendiarle, revisó tabla por tabla todo el mueble. Al detenerse en el testero del fondo despojado de los cajones, exclamó con aire de triunfo, señalándome unas borrosas letras del tablero.

— ¡Eureka! ¡Ya dimos con el intrínquilis!

En efecto, no muy claras, pero aun inteligibles, vimos estas solas letras, de sentido incomprensible.

AR A |

15 |

ARA |

El tablero resultaba cortado hacia la derecha por el borde mismo de las letras, con muestras claras de haber sufrido una restauración en toda la mitad derecha del testero del fondo.

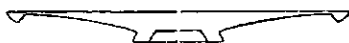
—¡Pues sí que es donoso el caso! ¡Buena cosa puede componerse con ese *Ara* de sacrificio! dije.

—Callad, anciano necio de Israel. —me reconvino festivamente Cotta. Buscaré al italiano, desarmaré el vargueño pieza por pieza, someteré a tormento al buen Felipe si es preciso y no comeré pan a manteles y me volveré cien veces loco hasta que hallemos esto que me figuro es un gran secreto de dolor y de sacrificio. Yo nada sé, pero doctores tiene ya nuestra iglesia, que sabrán definirnoslo... Habeis olvidado, por ventura, que Vd. y yo, con todo lo que valgamos, somos los últimos de nuestra familia ibérico-teosófica?

—A las pruebas, pues, dije aturdido.

—A dormir, primero, y a las pruebas luego, terminó gallardo Cotta, dándome el abrazo de despedida, hasta el otro día.

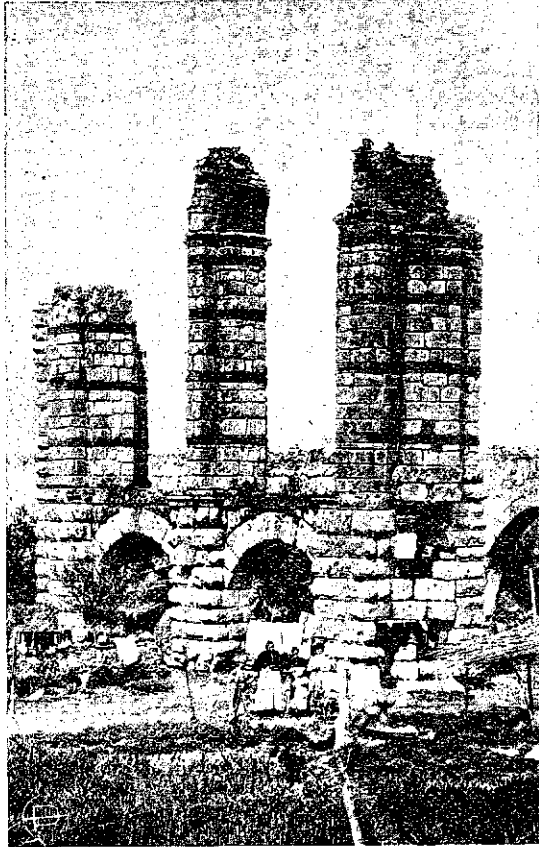
Salimos y tiramos por callejuelas distintas. La fría niebla del ambiente no estaba tan helada como lo estaba por el terror mi propio corazón. La figura del italiano se me agrandaba y cual espectro de Brockin creía verla en los escasos transeuntes con quien me cruzase. En cuanto al vargueño, causante de los ruidos, me infundía más espanto que todo un antro de brujas en plena noche de Walpurgis.





## CAPÍTULO II

# Extrañas telepatías



*Inquietante telegrama.—La carta del presidente Peinado, y los terrores astrales de la Sociedad de Amantes de lo hiperfísico.—Muebles endemoniados y mujeres medrosas.—Las almas gemelas de dos vargueños.—Telepatía de lo inerte.—Una resolución inmediata y enérgica.*

Pasé una efectiva mala noche. Las impresiones astrales experimentadas con el misterioso vargueño en la no menos misteriosa

estancia del italiano tuvieron tensos largas horas mis nervios como cuerdas de guitarra. Así que, dormía profundamente todavía, cuando a las tres me despertaron entregándome un extraño telegrama, puesto poco antes en Sevilla y que decía así:

«*Ratifico plenamente carta de ayer. Anoche fenómenos del mueble mucho más imponentes e inesplicables que nunca.*» Y firmaba, *Luis Peinado.*»

Me quedé petrificado, cual la mujer de Lot, ante tan indescifrable telegrama, que por una secreta intuición relacioné desde el primer momento con los fenómenos de nuestro vargueño de la víspera. Ciertamente nada en concreto se decía en aquel respecto de cuáles y cuántos fuesen los »fenómenos inesplicables e imponentes« a que mi gran amigo Peinado aludía, pero el hecho de la coincidencia en cuanto a la hora, pues no podía dudar de que ellos habían acaecido también la víspera en Sevilla, por estar puesto el parte a media noche como telegrama de madrugada, y el hecho, aun más alarmante, de la profesión misma de anticuario que dicho amigo ejercía en la perla del Guadalquivir, no me dejaba margen para duda alguna... Después de todo era cosa de esperar sólo unas horas a que llegase la anunciada carta de aquel hombre tan artista como bueno, alma de todo el movimiento teosófico de Sevilla.

Cómo pasé aquellas horas, no acertaré a decirlo. Mandé llamar telefónicamente a Cotta y entre tanto venían aquel jina y la deseada carta, el tabaco y el café hicieron el gasto como es lógico en todas las grandes impaciencias.

La carta y el genial *homúnculo* llegaron al fin casi a un tiempo mismo, y no hay para que describir la ansiedad terrible con que rasgamos el sobre y devoramos su alarmante contenido.

Con la clara y nobiliaria letra del esperto anticuario, la carta decía:

«Mi fraternal amigo. Tomo la pluma lleno de emoción, para narrarle y pedirle opinión acerca de un caso muy curioso que viene ocurriendo hace unos días en mi estudio y taller de anticuario, donde, Vd. sabe, solemos tener semanalmente las reuniones de nuestra «*Sociedad de amantes de lo hiperfísico*».

Entre el centenar de cuadros y el millar de cosas tan viejas como artísticas que sabe le avaloran, tengo desde hace años un hermoso vargueño de cedro, caoba y palosanto con históricas cerraduras; vargueño que, sin saber por qué, he dado en conservar, apesar de las tentadoras proposiciones que se me han hecho

muchas veces para su venta. Es más, ni siquiera he procedido a realizar en él alguna que otra restauración, que juzgo precisa.

Gallardo, sobre las serpientes de su artístico pie, hermoso en sus detalles todos como su conjunto, la alhaja ha presidido desde su sitio muchas reuniones de la Sociedad, y escuchado no pocas elocuentes conferencias teosóficas de sus miembros, con esa muda majestad de las cosas que fueron y *hoy siguen siendo*, por encima de lo que sospecha el vulgo.

¿Qué huellas de su vario contenido a través de los tiempos ofrece el valioso mueble? ¿Qué recuerdos múltiples y extraños atesorará su aura magnética, y qué ignorados *clichés* astrales guardarán sus paredes y vacíos entrepaños?... No lo sé, pero sí es cierto lo que dijo el gran D. Luis de Mañara, vulgo D. Juan Tenorio, «que siempre vive con grandeza, quien hecho a grandeza está», semejantes tesoros artísticos siempre han sido grandes, y vivido entre grandes y visto cosas grandes, seáanse grandes virtudes o infernales miserias de sus señoriales poseedores...

Pero, no filosofemos, y vamos al asunto.

El inerte testigo de nuestras reuniones teosóficas de ahora, mudo siempre con la elocuencia del silencio, ha dado en la flor desde hace poco más de un mes, de producir, sin causa aparente alguna, uno o dos pequeños chasquidos al empezar la sesión, como si la abriese y otros dos o tres al yo cerrarla, como si él quisiera cerrarla también.

Al principio, la socorrida diosa *Casualidad*, panacea de cobardes y de tontos, nos movió a no dar importancia a los chasquidos, pero su regularidad y constante repetición al abrir y cerrar las sesiones, nos mueven a sospechar que se trata de uno de tantos fenómenos como aquellos de Rochester con la familia Fox que dieran nacimiento al Espiritismo, y esto, aquí para *inter nos*, en una Sociedad teosófica, es un tanto humillante para nosotros pues no es cosa de apelar al velador o a la mediumnidad para preguntar por las causas de un fenómeno que, si fuéramos nosotros lo bastante sabios, no necesitaríamos interrogar sobre él a los *elementales* o *elementarios*, moradores sin duda del vacío vargueño, sino interrogarnos a nosotros mismos, con aquel «Emite lucem tuam et veritatem tuam», que se dice en la Misa.

Si el joven Cotta, que creo anda ahora en errático estado cometa por ese misterioso Madrid, estuviera entre nosotros, ya nos habría lanzado una teoría científica diciendo que entre la caoba, el cedro, palosanto y diversos metales del mueble en cuestión,

de conductibilidad eléctrica y calorífica tan distinta y de tan vario coeficiente higroscópico, se produce algo así como una pequeña pila termoeléctrica, operadora de los chasquidos a cada cambio de tiempo, a lo que yo me sigo preguntando el por qué de la regularidad de los golpes en cuanto al momento de apertura y de clausura de las sesiones, sea cualquiera el tiempo reinante, prueba notoria de que media en el asunto una causa inteligente, máxime cuando días pasados, al acabar nuestro hermano Hipócrates su sabia conferencia sobre los *chacras*, el mueble crujió de un modo aparatoso, cual si aplaudiese.

Excuso añadirle que, de nuestras queridas hermanas, mujeres, sin duda, antes que teosofistas, no viene ya una a las reuniones. El diablo de antaño podrá haber muerto acaso ya en esta hermosa Sevilla, pero su *doble* o al menos su reminiscencia ancestral aún yace quizá en algún pliegue del inconsciente femenino en forma de un saludable miedo a lo desconocido. Y, por mi parte, tampoco he tratado de hacer volver a nuestras bellas hermanas, por si acaso alguna de ellas sufre crisis nerviosas ignoradas al modo de las de las jóvenes de la familia Fox, antes aludidas, y así queda descartada otra posibilidad de índole psíquica.

Para no prolongar demasiado esta carta hago a Vd. gracia, hermano querido, de los libros que he revuelto; los insomnios que me han devorado y las hipótesis que desde hace un mes he barajado en mi anublada mente. Por eso, hoy, hago consultivo el problema con Vd. y con quien, entre los hermanos de esa, puedan darme alguna luz.

Sólo me resta, después de ésto, decirle que he procedido a desarmar el mueble pieza por pieza y nada he encontrado de particular, a excepción de estas letras, casi ilegibles hacia el fondo y verdadera abracadabra quizá del asunto:

MONTA

59

CAINA

Las letras empiezan en el borde mismo del tablero derecho y más pequeño de los dos que constituyen la trasera del mueble y

sobre su contenido han sido vanas cuantas cábalas llevamos los hermanos hechas.

Confiemos en el Destino. Su Ley inexorable, justa y providente, nos dará, estoy seguro, la clave del enigma,

Entre tanto, y en ansiosa espera de su carta, sabe es suyo leal am.º y h.º que le abraza.—Luis Peinado.»

Al acabar la interesantísima epístola, más emocionante aún para nosotros, después de los sucesos análogos nuestros de la víspera en el Bar del Torreón, Cotta y yo nos miramos perplejos, entenebrecidos, sumidos en uno, o mejor dicho, en dos mares de conjeturas.

Al fin digimos, casi a un tiempo mismo.

—¡Con el italiano o sin él, pero mañana mismo en el rápido y a Sevilla!

No ignoramos, ni Cotta, ni yo, que así hay que proceder siempre, si se quiere cumplir bien y pronto en todos los problemas de ocultismo.

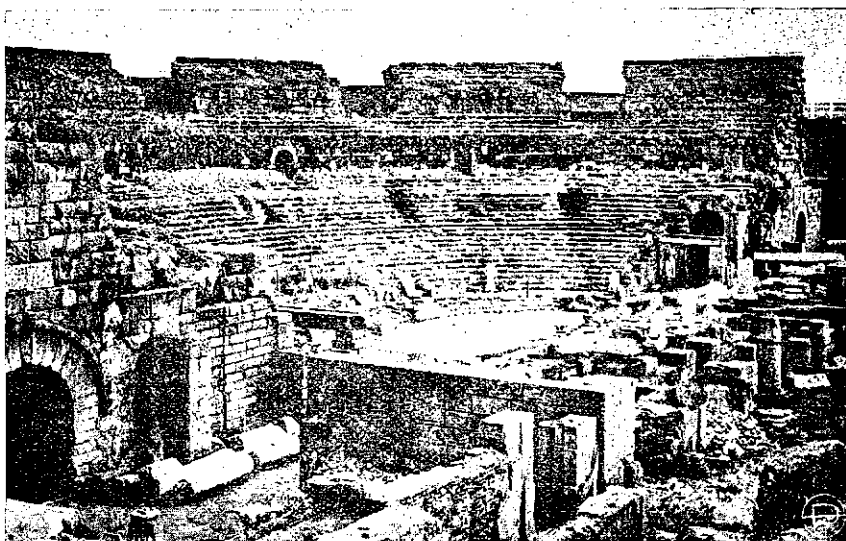






### CAPÍTULO III

## En alas de la quimera



Circo Romano

*De Madrid a Sevilla. — El italiano de marras. — La bribonada del chamarilero. — Un mar de conjeturas. — Aranjuez, Alcázar, Santa Cruz de Mudela y la Venta de Cárdenas. — La divina vega de Jaén y la sultana cordobesa. — La mágica Palma del Río. — En brazos de nuestros amigos. — Comentarios en el café Nacional. — Peligros posibles.*

El rápido *Madrid-Sevilla* volaba por la llanura en aquella álgida mañana, última del año de 1916. Al instalarnos Cotta y yo en el cómodo vagón, nos miramos fijamente interrogándonos. ¿Por qué nos encontrábamos allí, a qué y por cuál motivo íbamos a la gloriosa ciudad de San Fernando y da San Isidoro?... Juguetes del

Destino, como siempre lo son los hombres, sólo sabíamos que debíamos de ir, é íbamos, para esclarecer sobre el terreno, en unión de nuestros hermanos del Betis, un misterio que parecía menos digno quizá de meros ocultistas teóricos que de espiritistas experimentadores. En cuanto al brujesco italiano no había él sido habido ni en el bar ni en parte alguna. Sin duda, como Cotta decía, «no estaba ya en el mapa», sino en el glorioso supermundo de los jinas o de los muertos, y los golpes de los vargueños gemelos no eran sino avisos misteriosos con los que aquel inconmensurable bohemio estilo Edgard Poé, Baudelaire o Verlaine, quería comunicarnos algo trascendente y superliminar, relacionado con nuestro sencillo karma y con el suyo complicadísimo.

Entre Pinto y Valdemoro, cual el borracho del cuento, rompimos al fin el silencio y, aprovechando nuestra soledad en aquel departamento, planteamos la ecuación con todos sus datos y sus incógnitas.

Por las emocionales indicaciones de la carta del presidente Peinado nos parecía indudable que en poder suyo obraba otro vargueño idéntico al nuestro con sus extraños chirridos e inexplicables golpes astrales que nos habían puesto los pelos de punta la antevíspera. Dadas las coincidencias de aquellos fenómenos tiptológicos en uno y en otro mueble a distancia de muchas leguas, no nos cabía duda de que entre ambos mediaba un fuerte *lazo telepático*, una *sintonía astral*, una *comunidad pasional o kármica*, a la manera de aquella eterna armonía entre *el canto y el cuento*, inmortalizada por Zorrilla cuando, en el día de su coronación y despedida en Granada, rimó:

Dos corzas que huellan idéntica senda,  
dos garzás que siguen un rumbo al volar,  
dos flores que aroman la misma vivienda,  
dos naves que llevan un rumbo en la mar...

—Por eso el bribón del chamarilero le vendió a Vd. por tan bajo precio el vargueño. Sin duda que el cuitado pecador de la pipa había tomado miedo a sus ruidos—dijo, intuitivo, Cotta.

—Y por eso—añadí—nos asaltó aquella idea de llevarle al Bar del Torreón y a la estancia del cabalista, astrólogo, cartomante y embaucador del italiano Luzatti, que era algo peor que meterse en el antro de una pifonisa o en la boca del lobo.

—Y por eso también—completó Cotta—se nos ocurrió cenar juntos al lado del mueble y conversar tan hondamente de asuntos

ocultistas, y al presidente Peinado el hacer consultivo con Vd., aquel mismo día, sus terribles perplejidades con el suyo.

—¿Qué pensáis, pues, buen Cotta, del asunto?

—Ello no me deja ya vivir de pura curiosidad insana y os voy a comunicar la síntesis de mis nebulosas concepciones. Ni Peinado, ni nosotros hemos hallado en los vargueños otra cosa que unas tristes letras desprovistas, al parecer, de todo sentido, letras que debemos tratar de juntar.

—Así es, en efecto, repuse, preparándome para oír.

—Unas letras, repito, que aparecen en los bordes de dos tableros. La del nuestro en el derecho y la del de Peinado en el izquierdo.

—Cierto—afirmé, sacando la carta de éste y nuestros apuntes.— Aquí tenéis los datos precisos.

—Sí. Un primer renglón que dice ARA y el otro primer renglón que dice MONTA. Un tercer renglón que vuelve a rezar ARA y el correlativo que dice CAINA, con otro rengloncillo intermediario que reúne cuatro cifras. Esto, añadió Cotta festivamente, nos muestra que debemos *arar* dos veces, *montar* una y *cainar* en fin el número de veces expresado por la cifra de millares que componen los dos números.....

—Guasón estáis, y esta vez habría que mataros por lo malo del chiste

—¿Qué queréis que haga ante las dos abracadabras, dignas de aquel bandido necromante, felizmente ya difunto, que se ríen de nosotros diciéndonos ARAMONTA y ARACAINA?

—Y si invirtiésemos el orden de los respectivos tableros?

—Imposible porque entonces no juntarían las letras y además tropezarían dos AA, contra toda regla de fonética castellana. La cifra 15-59 expresa para mí además un año, el 1559 y no la de 5915 que se formaría uniéndolas como decís.

—¡Es indudable!—exclamé lleno de esperanza ante aquella revelación—aquí tenemos el hilo del ovillo. Pero, ¿qué es *aramonta* y quién *aracaina*.

—Mi querido hermano—replicó Cotta, lleno de fe—no nos torturemos la imaginación ahora. Maestros tiene nuestra *iglesia* que nos sabrán iluminar. Guardemos el entrevistarnos con nuestros queridos sevillanos y con ese faro de ocultista luz que se llama el doctor de Brin, que ignora sólo aquello que le da la gana de ignorar.

La conversación quedó cortada allí mismo por la intempestiva entrada de otro viajero en Aranjuez.

La fronda de aquel sitio real, gemelo de San Fernando del Yarama y San Carlos de la Rápita junto a Tortosa, pasó fugaz con sus árboles sin hojas y su manto de escarcha y neblina. Una hora más tarde, tras los cristales del coche-restorán desfiló un momento Alcázar de San Juan, hundiéndose poco después el tren valle abajo de Santa Cruz de Mudela donde se encajonaba entre los precipicios cámbrico-silurianos de esas Termópilas de entrada a la meseta castellana que se llaman Despeñaperros. La típica Venta de Cárdenas, famosa en los fastos arrieriles quedóse pronto atrás con todas las glorias históricas de Bailén y de las Navas de Tolosa.....

En Francia dicen *¡mon dieu!*,  
y en Italia *¡justo cello!*;  
aquí decimos, *¡caramba!*  
y se junde el mundo entero,

que un mozo de *chipén* cantara gallardo en la opereta *La Venta de Cárdenas*, encanto de nuestros abuelos.

Pronto desarrolló a nuestros pies su panorama mágico la divina vega de Jaén, con el Guadalquivir en el fondo y las montañas de Mágina en su frente, como avanzada de la Sierra Nevada granadina. Mas, fueron quedando las ruinas romanas y prehistóricas vecinas a Espeluy: Marmolejo, Andújar, Alcolea, Montoro..... en la vega dominada por las alturas de Jabalquinto, que para el expreso moderno es verdadera aquella frase consagrada de

andar, andar  
y Jabalquinto a la par,

alusiva al territorio amplísimo que domina la alegre aldeita, visible desde toda la vega alta del Guadalquivir.

—Este no es el río—decía despectivamente, con todo su orgullo sevillano Cotta,—esto es una miseria.....

Y cuando la luz del creciente lunar había borrado todo rastro de aquel espléndido crepúsculo andaluz, todo arreboles, Córdoba, la gran sultana, surgió desdibujada a la izquierda con ese encanto divino de las cosas que fueron y que rediviven siempre en nuestra imaginación creadora cuando les ilumina la luz de la luna, madre del misterio añejo, de la ilusión perdida o de la ilusión que nace, de la dicha inalcanzable en un mundo de supremos encantos incompatibles ¡ay! con los impíos realismos del día.

Una hora más y ya cruzábamos frente a esa peña solitaria, ga-

llarda, lamida por el Guadalquivir, coronada por un castillo de hadas que afrontando la sierra de Córdoba por aquella parte es llamada con justicia *Palma del Río*.

—Ahí tenéis a la luz de la luna toda la escena wagneriana del Anillo del Nibelungo,—exclamó Cotta, con entusiasmo de artista.



Cabalgata de las Valkirias.

—Abajo el Padre Rhín, con sus ondinas; frente el basamento de la mole rocosa con sus gnomos o nibelungos; por la falda del picacho las blancas fachadas y rojos tejados de las casas de los hombres; más arriba aún los gigantes, hercúleos constructores de ese monumento ciclópeo que corona la cima y en ese Tabor, Walhalla u Olimpo los dioses mismos, dominando todo el ámbito del Guadalquivir medio y de sus glorias nunca bastante enaltecidas.

Unos cigarros más, adivinando entre el humo de la máquina y de los poblados a Peñaflor y Lora del Río, y henos ya en Sevilla, en brazos de una cincuentena de amigos fraternales, preocupadísimos hasta más no poder con nuestra visita.

—¡Mejor recibimiento no se hace a dos ministros!—decía Cotta, saltando como una ardilla o como una mariposa, de unos en otros amigos, mientras yo no sabía cómo corresponder debidamente a presentaciones y saludos.

—¿Y el vargueño?—fué lo primero que pregunté a Peinado, en un momento en que pude deslizar dos palabras en su oído.

—Más ruidoso, más perturbador que nunca y, o ponemos pronto remedio a esta situación insostenible echándole del recinto sagrado de nuestra sociedad, o no va a quedar un vecino en seis

calles a la redonda. ¡Ya conocéis nuestro impresionable carácter! Se le atribuyen todas las desavenencias familiares del barrio; se le cree productor de mal de ojo y otras enfermedades de las que ahora abundan.—En fin, hasta han dado en decir que en todo ello andan *los malignos* y la *bicha*, y alguien habla de tomarse *manu militare* en nosotros la justicia, para escarmiento de las generaciones futuras.

—¡Pues os aseguro que nos vamos a divertir!, porque debo decir, para que os espantéis—añadí—, que en gran velocidad por el correo de mañana os traemos otra alhaja idéntica, que nos tiene locos a Cotta y a mi con análogos ruidos.

—¡Cielo santo! ¡Buena la habéis hecho! gimió Peinado, alzando las manos en actitud de asombro y poniendo sus cinco sentidos en la fugaz información de lo acaecido, que en dos palabras le hice.

Y el grupo entero de aquellos amigos irrumpió triunfalmente con nosotros en el Café Nacional, entre Tetuán y Serpes, tomándole por asalto con gran sorpresa del público nocharniago, que bien pronto estuvo al tanto de nuestra misión:

—Vienen a lo de los ruidos de junto a la Casa de Pilatos—dijo uno, mientras agitaba febrilmente las llaves de su llavero para no recibir maleficio.

¡Lagarto, lagarto—replicó el otro, haciendo con la mano una necromante *higa*.

—Están más locos que cabras, terminó sentenciosamente un tercero.

Y a la hora misma en que el reloj de la catedral dejaba caer las doce sonoras campanadas que mataban al año viejo dando paso al nuevo; cuando el público sevillano, entre gracejos y donosuras, engullía las clásicas doce uvas de la dicha, toda la ciudad sabía ya, entre espeluznada y guasona, que una comisión de brujos de Madrid «había venido a lo de los ruidos».

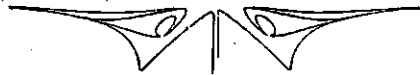
De aquello a quemar públicamente la joya del buen presidente Peinado, ya que no a Peinado mismo con todos sus adláteres en medio de las palmeras de la Plaza Nueva no había más que un paso.

Y el paso se daría, a poca imprudencia por nuestra parte, según estaban de excitados los ánimos de los cultos, pero impresionables sevillanos, no por ellos, que son capaces de reirse hasta de su sombra, sino por sus respectivas *costillas*, que yacían

DE SEVILLA AL YUCATÁN

bajo los mayores temores apocalípticos, amén de los más tremendos escrúpulos religiosos.

El asunto se ponía feo, pero, ¡el Destino proveería!









## CAPITULO IV

### La asamblea de los vargueños



Los elementales del vargueño.

*Todo Sevilla en tensión de nervios.—Dos terribles artículos.—En el salón de la Sociedad de amigos de lo hiperfísico.—Nostalgias tenorioscas y danzas macabras de los muebles.—¿La sombra del italiano?—¡Los espíritus se acercan! Un muerto que quiere comunicar con los vivos.—La catástrofe del dosel y la guasa de unos niños.—Sesión comprometida. Oportuna intervención de un ateneísta.—¡Sevilla ha amado siempre lo inexplicable y lo hiperfísico!—Algo sobre mediumnismo.—Interviene el doctor de Brin.—Fenómenos espontáneos y fenómenos provocados.—¿Casualidades o causalidades?—El vargueño y la Voz del Maestro.*

Memorable fué la tarde aquella, primera del año 1917. Sevilla entera estaba inquieta, presa de agitaciones macabras, de pesadilla.

La llegada nuestra, con toda la mala fama de teósofos medio locos, o locos del todo, que tanto los otros como yo teníamos;

las habillitas de los compadres en la calle de las Sierpes y en los cafés, cuanto de las comadres a la salida de las iglesias, donde no faltó, como era consiguiente, predicador que aludiese a las tretas de Satán y su cohorte caída, ya habían dado *lo suyo*, pero la cosa se había puesto aun más fea con la llegada de *El Debate* de la mañana, donde un clericalote de los de tomo y lomo había puesto en solfa lo de los vargueños, entre abrumadoras citas del capítulo XXVIII del libro I de los Reyes, escena de Saul y la pitonisa de Endor; y páginas enteras de *El Hipnotismo puesto en moda*, del Padre J. E. Franco; *El Espiritismo*, del Doctor Lapponi, médico de S. S. León XIII y aun de los famosos y meritísimos infolios, con los que el Marqués de Mirville, asustó a los *inmortales* franceses de antaño, bajo el modesto título de *Memoire aux accadémiciens*, monumento completísimo de todas cuantas *perrerías* viene haciéndonos el irreconciliable enemigo del género humano desde que el mundo es mundo.

Coronó la situación un fondo de *El Liberal* a través de cuya maestría periodística se adivinaba el fino aticismo crítico del gran Laguillo, estudiando todo el espíritu del problema a la luz de la ciencia moderna, y apoyándose en la clásica obra del físico inglés Williams Crooke, descubridor del estado radiante y del talio y conspícuo Miembro de la Real Sociedad Británica, de la que la sevillana *Sociedad de amigos de lo hipérfísico* era un acabado trasunto.

El artículo en cuestión que agotó tres ediciones del popular diario aquella sola mañana, no podía ser más completo. Primero hacía un relato imparcial de todos los fenómenos que tan intrigados nos traían en Madrid y Sevilla. Luego una disquisición histórica desde la Serpiente del Paraíso, la burra de Balaan, las palabras de la esfinge y de las estatuas de Memnon al romper el día, el *Mane-Thedel-Phares* del festín de Baltasar; el Serafín de Therán, padre de Abraham; los oráculos de Delfos; los befilos o *pie-dras parlantes* del destino, los *menhires oscilantes* y mágicos de los druidas; las voces misteriosas de todos los sacrificios necromantes, origen verdadero de la tragedia clásica cuyas revelaciones indiscretas en *Prometeo*, *Las Cæforas* y *Las Euménides*, costaron la vida al iniciado Esquilo; las palabras de Tiresias, el adivino evocado por Ulises en la Odisea al borde del hoyo repleto con la sangre del cordero negro propiciatorio; las voces secretas que Alarico oía mandándole destruir a Roma pecadora y las que *la doncella de Orleans* oía también para que exterminase a

los ingleses, etc. etc., pasaban por las líneas del soberbio artículo en abracadabrante cinematógrafo de erudición pasmosa, planteando la cuestión lo mismo que a propósito del espectro de Katie King la plantea Crookes en su *Medida de la fuerza psíquica*, con aquellas sus ocho hipótesis que no parecen sino aquellas célebres ecuaciones diferenciales en que encerró Clairéau el problema insoluble de mecánico que se llama de los tres cuerpos, es a saber: la hipótesis excéptica del fraude y del compradazgo escamoteador; la positivista de la alucinación individual y aun colectiva; la fisiológica del *muscle claqueur* de Faraday; la física de la diferente conductibilidad electro-magnética y calorífica de substancias diferentes puestas en contacto y humedecidas al modo de la corriente termo-eléctrica; la católica del diablo y sus consortes; la espiritista del alma de los muertos queriendo comunicarse con los vivos; la cabalística de Paracelso con sus gnomos inquietos, sus ondinas y silfides perversas enemigas eternas de la felicidad del hombre a quien, desde su cuarta dimensión etérea, engañan y sumergen en las más espantosas vesanias incurables con sus *Incubos* y *súcubos*, y la teosófica, que viene a ser lo mismo, con sus *jinás*, *kamarrupas*, almas de suicidas, elementales perversos y demás cosas que el articulista, nada timorato y sí hondamente crítico, barajó a maravilla en la mejor información de prensa que Sevilla viera nunca.

Así, contra lo que hubiéramos deseado todos, no sólo la pléyade escogida de los teósofos sevillanos, sino multitud de hombres cultos y desapasionados de diversas escuelas y dados a estos problemas trascendentes, invadieron desde primera hora el vasto salón de anticuario donde la *Sociedad de amantes de lo hiperfísico* celebraba sus sesiones, entre muebles históricos de toda clase y recuerdos viejos de todo género.

Quién de entre los visitantes esperaba algo así como un milagro, un fenómeno psíquico tremebundo que hiciese bailar a los dos vargüeños, como dos astros por el ámbito del recinto, con música macabra de Saint Saens o de Hoffembach, entre sangrientos espectros de terror o de crimen, al repique de campanas astrales del Graal o de la ciudad dantesca del Dife, y tintineo de crótalos, alcoribantes; quien por el contrario, esperaba ver surgir de los entrepaños de los muebles los papeles de un tesoro, o una catarsa sonora de rancias *peluconas*; quien, en fin, digna heredera de las intrepideces de Tenorios y Mañaras, estaba dispuesto a medírselas, cara a cara, con *los invisibles*, sin que faltasen, ¿cómo

habían de faltar en la tierra de María Santísima?—su *punta* de guasones dispuestos a hacer añicos los muebles para cerciorarse como los chicos con los juguetes, «de que nada tenían dentro», y de paso «tomar el pelo a todo pasto», con motivo tan plausible como lo era la chifladura de aquel puñado de orates que, a pies juntos, habíamos creído en los golpes y chirridos misteriosos, como hubiéramos podido tomar igualmente por ciertos los peregrinos cuentos de Manolito Gázquez.

Si la reunión se hubiese verificado en Inglaterra o en otro país nórdico y flemático, allí, por de pronto, no hubieran entrado sino los teósofos, y eso con masónica reserva. Pero el presidente Peinado era un alma demasiado grande y un hispalense o tartesio demasiado liberal y tolerante, para no practicar, abriendo las puertas del local a todo hombre culto, el hermoso, el único dogma de la Fraternidad Humana y su premisa indispensable de la libre investigación. ¿Tuvo ocasión para arrepentirse de su tolerancia? Casi podría temerse desde los primeros momentos, cuando un ferviente espiritista, sin esperar, no sólo a que el presidente hablase, sino ni aun a que la sesión se abriese, ya usaba de la palabra para decir con aire de triunfo;

—Conocidos son de todos, señores y amigos, los múltiples fenómenos con los que los espíritus de los muertos se insinúan cerca de los vivos para quitarles la venda de su incredulidad que ciega los ojos de su alma, y convencerles de las realidades de ultratumba. Los golpes de Rochester; los clásicos fenómenos de la granja de los Eddy, donde nació la misma Sociedad Teosófica; los trípodes evocadores desde las pitonisas hasta nuestros *mediums*; las casas encantadas; las apariciones *post-mortem*; los mil fenómenos extraños y telepáticos, tan agudizados hoy por la Gran Guerra, y otros muchos que no voy a enumerar aquí, pues que de ellos está ya llena la prensa y la literatura, demuestran que las almas de los que convivieron con nosotros en este bajo mundo, se nos insinúan de diferentes maneras, deseosas de comunicarnos con ellas, por amor y por anhelos de legítima sabiduría... Un italiano, listo y pecador, recientemente fallecido, sin duda, es el que nos habla o nos quiere hablar de sus dolores, de sus esperanzas, de sus experiencias, a través de ese mundo de los muertos que son los vivos, pidiéndonos oraciones, que diría un católico; auxilios de buenos pensamientos, que diríamos los espiritistas de las diferentes escuelas, el saldo quizá, en fin, de una terrible cuenta de aquí abajo; en fin en la que los vargüeños han

oficiado de testigos, de encubridores quizá, con esas malabras misteriosas de «*ara, ara*», el *ora labora et inveniat* que debe presidir a todos nuestros estímulos hacia el total esclarecimiento de lo del más allá, matando así a la muerte misma, que San Pablo diría... Digo, pues, en resumen,—terminó enardecido y sudoroso el discípulo de Allan Kardec— que estos dos muebles que han producido sendos ruidos simultáneos en lugares muy distantes uno de otro, nos demuestran que su antiguo dueño anhela desde el mundo de los espíritus, donde yace en expiación, ponerse al habla con nosotros todos.

—¡Dos vargueños que habría, sino que quemar ejemplarmente, que exhorcizar y rociar de agua bendita para expulsar a *los malos* que la habitan!— interrumpió un imprudente reaccionario.

—¡O que someter al estudio de los técnicos, para escarmiento de cuatro neuróticos y curación de vesanias colectivas!— añadió con perversa intención un positivista.

—¡O que reducir a astillas para ver lo que tiene dentro!—gritó un tercero, más expeditivo.

Por las muestras era inminente la consabida discusión entre los del bando espiritista, tan convencidos, y los del bando ultramontano tan amigo de discutir a los demás como enemigo de que se les discuta a ellos. Todo por supuesto bajo la desdeñosa sonrisa protectora de los positivistas sabios, que suelen no saber nada muchas veces. De improviso los nervios de toda la Asamblea, sacudieron con bajo latigazo puramente astral y terrorífico, porque, sin saber de donde venían, resonaron en todo el ámbito de la sala tres golpes secos; más que sonoros, tremebundos.

—¡Aquí los tenemos ya!—exclamó fuera de sí el orador primero—¡Ved la prueba!

—«¡Esa llamada tercera ha sonado en la escalera!»—gruñó, con cavernosa voz un evocador de D. Juan Tenorio, que acaso quería ahogar en guasa su grandísima cobardía.

—¡El italiano, al fin el italiano!—gritó histéricamente una vigorosa voz, al par que un jovencuelo caía presa de un ataque epiléptico.

—¡Esperad! ¡Calma! ¡Esperad!—vocearon los más sensatos temiendo un pánico de esos que hacen época y determinan no pocas víctimas.....

Pero se les helaron, a su vez, las palabras en los labios, porque la tal llamada de los pretendidos espíritus, no sonó, no, ya de nuevo en la escalera, sino dentro, bien dentro del salón mismo, y

no fué llamada, sino algo catastrófico: primero, una gran trepidación; luego un derrumbamiento estruendoso de todo un lienzo de pared, o al menos tal semejó a los ojos de los despavoridos circunstantes de las últimas filas que vieron cómo se venía abajo con estrépito de terremoto sobre ellos un histórico dosel de seda carmesí con flecos de oro y adornos de época, adosado al muro, arrastrando cornucopias y otros muebles en su caída, y cómo de entre aquellas ruinas, empolvados, riendo a carcajadas, y un tanto maltrechos, se desenvolvían como podían y echaban a correr ganando ágiles la puerta, hasta la cantidad de tres señoritos que habían sido los de la voz y los de los golpes siniestros.

—¡Son tres duendes! apuntó sin aliento un timorato.

—¡Son tres espías de los jesuitas! gritó un conocido librepensador que veía a los mínimos de Loyola hasta en la sopa.

—No son sino tres elementales burlones harto conocidos en el *Círculo de Labradores*, en el *Nuevo Casino* y en *La Campana*—dijo sonriendo con su habitual benevolencia el presidente, dando pie para que la concurrencia, antes alarmadísima, acabase soltando la carcajada.

La sesión quedó un instante comprometida. Algunas señoras tornaron de su desmayo; otras habían ganado la puerta y entre los del bando fenomenista y los del bando excéptico empezaban a cruzarse frases un tanto duras a propósito del suceso, pues los unos seguían defendiendo a ultranza la teoría espiritista, mientras que los otros se hacían fuertes contra ella, alegando que, punto más o menos, todos los presuntos fenómenos eran los mismos que, gracias a los tres festivos jóvenes, acababan de verse.

—¡Basta ya de guasas, y no hay que precipitarse, señores!—replicó el ateneista Díaz Izquierdo, imponiendo silencio con su autoridad a la asamblea.—La existencia de la moneda falsa presupone siempre la de la legítima. Todo buen sevillano ama lo maravilloso, sea cual fuere su causa y venga de donde viniera. Por eso admiramos el *Don Juan Tenorio*; por eso idolatramos a *Don Quijote* con todos sus encantamientos y *Libros de caballería*, pues que en ninguna parte se han hecho tantos y tan buenos estudios de él, como por sevillanos o en Sevilla. Y nuestros músicos, como Cebreros, han instrumentado en valeses *Las armonías de las ondas* y *Las danzas de las ondinas*; y nuestros escultores, con el divino Antonio Susillo a la cabeza, se han immortalizado dando vida en el mármol a *El Aquelarre*, *La quimera*, *La noche de ánimas en la torre de la aldea* y *La consulta de una hechicera*; y Vi-

llegas nos ha trasladado al lienzo los vivos y mágicos preceptos de *El decálogo*, como Velázquez, Murillo y Montañés se pusieron al habla con todo lo celeste y lo terrestre para sus obras maravillosas; y Rodríguez Marín, el gran cervantista, empezó su carrera literaria nutriéndose con la misteriosa savia libada en sus *Cinco cuentos populares*; y nuestro duque de T'Serclaes, nos dió cosas harto pasmosas en los tomos de su *Archivo hispalense, o Historia de Sevilla hasta el siglo XVIII*, como su hermano Manuel Pérez de Guzmán un tratado de *Geología y Astrología*; y en esta «muy noble y muy leal» Atenas de España otra maravilla del arte poético nos ha familiarizado tanto o más que con las columnas del prehistórico *Templo de Hércules*, con *La bruja, El abismo, El Don Miguel de Mañara, El hombre de piedra y La transmigration de las almas*, de Cano y Cúeto; con *La niña de oro y La cueva de los diamantes*, de Isabel Cheix; con *La historia de duendes y Duendes y frailes* de Escudero Peroso; con lo espeluznante, *Diego Corrientes, Caparota y Leyendas* de Gutiérrez de Alba; con las mil consejas acerca de la Giralda, el Alcázar, el templo romano, la Torre del Oro o los *Caños de Carmona*, o las que dijeron y las que cantaron los *Romances* tanto el Duque de Rivas, cuanto el perseguido Calderón y Arana, el explorador de Nicaragua y de los Andes de América Central, rico en *guacas brujerías* y en otros tesoros de *Popul Vula* que allí tienen escondidos los sacerdotes *pitiacos*, consejas de blanca y negra Magia encarnadas en mil libros ignorados de la Lonja; de las sociedades y particulares bibliófilos, cuanto en el riquísimo contenido artístico de museos como el de Caballero Infante, el Municipal, de Gestoso y Pérez y cien otros, con los que no contó para su obra mi buen amigo José Cascales al historiar *La cultura de Sevilla en el siglo XIX*, ni Antonio María Fabié el celebrado autor del *Viaje del famoso Rortmithal Navagiero*, ni Lamarque de Novoa para su poesía *Colón*, ni para su cuento de las mil y una noches *Hero y Leandro*; ni Blanca de los Ríos para el estudio de su *Tirso de Molina*. Ora, pues, filosofemos a lo Federico de Castro; ora sonriamos excépticos como Narciso Campillo; ora tengamos más escrúpulos teológicos que el mismísimo padre Gago y seamos más místicos que la propia Teresa de Jesús sevillana, Antonia Díaz de Lamarque, no es preciso, a guisa de valientes, de caballeros y de hombres que saben con Lisardo que hay en el mundo mucho más de lo que nos figuramos a primera vista, es preciso digo, que procedamos a analizar este problema con calma, con naturalidad

y sin ningún género de escrúpulos, impropios de hombres de estudio, porque el que estos últimos golpes hayan sido una broma, no podemos pensar lo mismo de los otros que la noche anterior hemos oído, ni tampoco de los oídos en Madrid por los dos recién llegados que nos honran con su presencia, so pena de inferirles un agravio notorio como jamás puede esperarse de los hijos de esta bendita tierra.

—Yo he oído dos veces por lo menos los golpes misteriosos del vargueño madrileño en el Bar del Torreón...—insinué tímidamente.

—¡Y yo también, y no estábamos ni anormalizados, ni bebidos!—corroboró Coffa, con energía.

—Por eso mismo, insisto—añadió el de marras—en que hagamos en toda regla con el vargueño o vargueños, una experiencia espiritista, valiéndonos de un médium adecuado, mujer a ser posible, como más sensitiva. Yo cuento con una que reúne las mejores condiciones.....

—¿Es acaso su hija?—gritó cruelmente un desconocido.

El tiro dió en el blanco y el espiritista se cubrió de rubor.

—¡Ese rubor me dice que para su hija no quiere, lo que no tiene escrúpulo en practicar con la hija de otro hombre, contra aquella ley de justicia de no querer para los demás lo que no quisieras que ellos te hicieran a tí mismo—agregó aquel *hermano terrible*, ganando la puerta, por si con su ruda franqueza le iban mal dadas.

—Mi bondadoso señor,—interrumpió Peinado interviniendo a tiempo—la mediumnidad nos está prohibida por la misma maestra Blavatsky. No vamos a ser peores que los viviseccionistas, empleando seres humanos más o menos anormalizados como son los mediums siempre, en experiencias de tinte más o menos científico. ¡Sólo por el esfuerzo y el sacrificio propio en esas tres aras benditas del Arte, la Ciencia y las Obras de Abnegación estilo del ángel de Asís, es como puede investigarse fisiológicamente en lo desconocido.

—Pero, ¿qué hacer, si no hubiese otro medio de esclarecimiento de lo que tan preocupado nos tiene?—dijo otra voz.

—¿Y qué se dirá asimismo de nuestra mentalidad si fracasamos en tamaño problema?—añadieron varios.

—¡Recitemos la fórmula del exorcismo y todo habrá acabado!—repitió el católico.

En esto, cuando mayor era la perplegidad de todos, unos car-



gadores introdujeron en la sala el vargueño nuestro, acabado de llegar del tren y le colocaron junto al otro. El presidente Peinado, ante la absoluta identidad de los vargueños gemelos, y antes de que se complicara la discusión, creyó del caso invitar al doctor de Brin, que diese su opinión, sabia cual ninguna.

El doctor de Brin, era un hombre joven, alto, robusto y bien constituido, tanto de cuerpo como de espíritu, «el prototipo del Adán antes de la caída», como le decía su mejor amigo el canónigo de Covadonga, médico y farmacéutico como él Don Enrique Suárez de la Viña, quien también le llamaba «el hombre triple» aludiendo a que era científico del más irreprochable corte de académico, pues pasaban de dos docenas los diplomas nacionales y *corresponsálfas* extranjeras con los que honraba su pecho en las solemnidades del Claustro universitario sevillano; «el cristiano ideal» en su por irreprochable evangélica conducta y «el efectivo confesor de curas y frailes», como el pícaro Cotta le decía al verle de ellos estimadísimo a pesar de sus ideas teosóficas o superespiritistas. Su Teosofía tolerante hasta la exageración, sintética y crítica, era la de la tradición eterna y el constante estudio; la de las ciencias y las religiones comparadas; la de la lógica severa y la *Analógica*, más severa todavía, bajo el más inestimable y raro sentido común, sin fenómenos aparatosos, juguetes de chicos, y que, verdaderos o falsos, a nada conducen, que ya dijo el clásico: «ars magna, vita brevis, experimentum periculosum»; sin pseudo-magias que saben apatologías por aquello de Blavatsky de que las llamadas *Ciencias Ocultas* son respecto del *Ocultismo Integral*, del *gnósce te ipsum* y de la reforma espiritual de la propia alma, lo que la luz de un mal candil, a la del astro del día; sin pseudo-pietismos, que sólo son memez y mogigatería, pues al tenor del dicho escolástico, «no puede amarse lo que no se conoce»; sin ese malsano afán, por último, de infantil curiosidad por meros conocimientos, armas de dos filos, que en nuestra vacuidad, apenas si sabríamos usar sino en nuestro daño y en el de nuestros semejantes, como chicos manejando explosivos, cosas que a nosotros los teósofos nos ha podido hacer odiosos un momento acaso, a los ojos de una ciencia sana y sincera, error que privará quizá a la humanidad de los frutos que nuestro redentor movimiento mundial le habría en otro caso suministrado. Para el doctor de Brin, en suma parecía hecha aquella frase con que encabeza Ragón su mejor obra de «Dévoilons tout ce qui est faux, pour ramener á ce qui

est vrai», porque, cumplidor incondicional de toda ley natural o escrita, recordaba al eximio emperador Juliano cuando decía: «La Ley es la razón exenta de pasiones: por eso debe reinar en el mundo por encima de todos los hombres quienes, por virtuosos que fueren, están formados de razón y de pasiones.»

Sus primeras palabras en aquel caos no pudieron ser más sencillas:

—Ruego a nuestro querido presidente y después a nuestros no menos queridos huéspedes que, del modo más leal y familiar que sepan, nos informen, de todo lo acaecido. Después examinaremos escrupulosamente los dos vargueños y me figuro que no habremos menester más para formar un seguro juicio como hombres sensatos, incapaces de alarmarnos por nada de este ni del otro mundo, *que son un mundo mismo*.

Y después del consiguiente relato nuestro, añadió severo:

—El llamado «fenómeno espiritista» debe estudiarse siempre que sea espontáneo, porque obedece al juego de leyes naturales desconocidas; el *provocado*, no debería haberse provocado nunca, porque nadie debe descender a la práctica de nada de armas de fuego, por ejemplo, sin conocer teóricamente lo que se sepa sobre el particular y, ¿quién es el vanidoso que se atreva a decir que conoce el Ocultismo.... el Ocultismo que es el secreto resorte de nuestra imaginación, nuestras pasiones, nuestra vida toda, en fin? ¡Magia, nombre eterno, y como bendito, siempre profanado!... Nuestra ciencia positiva, a título de ponerse a cubierto de toda pretendida mixtificación ha pecado de grosera y de brutalmente exigente con todos los fenómenos de lo desconocido que a diario nos rodean, sin que por su aparente sencillez caigamos en la grandeza de la frase de Voltaire de que para nada hace falta tanta filosofía como para los fenómenos que a diario pasan a nuestro lado. Diríase que ha pretendido obtener fotografías en plena luz, sin cámara oscura y aun ¡sinplacas!, deprimiendo con precauciones ofensivas el espíritu de los pobres mediums, sujetos a las experiencias espiritistas, como ya ha hecho notar en su admirable artículo el amigo Laguillo. En cuanto a los demás fenómenos superliminares, nuestro positivismo se ha parecido constantemente al de esos secretarios de Juzgado de aldea o a esos alcaldes de monterilla que, cuando quieren negar personalidad a alguno - pongo por caso, al candidato a diputado contrario— empiezan pidiéndole la cédula personal—que, como hombre honrado, no suele llevar consigo—luego dudan de las firmas y sellos es-

tampados en el papelucho y hasta piden un reconocimiento pericial de las letras, acabando por recusar a los peritos, con arreglo a la inacabable táctica de aquel leguleyo de feliz memoria que aseguraban era capaz de redactar siete distintas sentencias en el más claro asunto, y que defendía mejor las causas perdidas que las ganadas, por aquello de que había mayor riqueza de medios para la defensa de la mentira, que es siempre múltiple y proteica, que la verdad, que es intangible y una.

Todos rieron de buena voluntad las aceradas frases del sabio, quien continuó así:

—Nada debe rechazarse *a priori*, ni tampoco *a priori* admitirse. Hay que investigar sin pasión, apoyados, por un lado en la imaginación y en la intuición, que son alas del alma, y por otro en la experiencia propia y en la de los siglos, pobres muletas andadoras de nuestros sentidos de bestias angélicas, pues que la verdad suele resultar a la postre lo que antes parecía más inverosímil.... La caída ruidosa de un objeto trajo a mi pecho la premonición, tristemente comprobada pronto de la muerte de mi padre, y aunque yo no admita la superstición de los llamados presagios, tengo que confesar que una secreta e ignorada ley me hizo asociar *causalmente*, una coincidencia *casual*. ¿Son ya responsable, o mi Inconsciente, mi Dios interior que lo ve todo «de semejante» asociación de ideas, precursora de un triste hecho justificador de la asociación....? La dama blanca de los Hohenzolern y el *Big Bleu* de Westminster con las demás premoniciones de muerte de tantas familias linajudas son ya un hecho que pasa en autoridad de cosa juzgada en la psiquiatría y en la historia, para que yo vaya a insistir sobre ellas. Admitamos, pues, provisionalmente el hecho de los golpes, tal como se nos refieren; busquemos una teoría para un hecho y no un hecho para una teoría, y veamos pronto lo que estos hermosos muebles gemelos tienen dentro.

Un hábil artífice, de esos que tanto abundan en Sevilla, desartificuló en un momento los dos vargueños, que sin duda habían «hecho juego» decorando antaño el salón de alguna ilustre familia, sin que nada de particular se hallase en ellos más que los renglones consabidos.

—¡Cierto!—exclamó al punto el doctor, como Arquímedes con su *jeureka!*—«*Arias Montano*, *Aracena*, 1559», porque, con las reparaciones, se han borrado la *ese* de *Arias* y el final de *Montano*, e igual ha acontecido a la letra central del nombre de *Aracena*, haciéndonos leer equivocadamente, *Aracaina*, por las leyes

del *gunz* y el *bridji* sanscritánicos que transforman la *e* en *ai* y la *ai* en *e*, como en la lengua francesa. No es pues aquí, sino en *Aracena* o *Aracaina*, en la mansión favorita del sabio polígrafo dueño un día de estos muebles, donde hay que buscar la clave del enigma; quiero decir que, bien provengan estos golpes de una ilusión colectiva, de un fenómeno físico, de un espectro astral, del alma de un muerto, o de lo que proviniesen, yo siento en mi pecho, os lo confieso, una intuición profunda una fuerza secreta e irresistible, que me mueve a ponerme en inmediato camino hacia la perla de la Sierra de Huelva. Los espiritistas que me escuchan creerán acertado: el invocar ahora aquí mismo al Maestro extremeño por los procedimientos médiumnísticos consabidos, pero yo digo que a los reyes—y es más que un rey un muerto—no se les llama a casa para interrogarles como a chicos en examen, sino que se les pide respetuosamente audiencia y, cuando la conceden, se les visita, como voy yo a visitarle mística o moralmente en unión de cuantos quieran seguirme, en aquellos lugares consagrados por su voluntario y ascético destierro que se llaman Alajar, con su *Peña de la Ermita* y *Aracena*, con su *Gruta de las Maravillas*....

Y uniendo el hecho al dicho, con la mayor sorpresa por parte de todos que no acertaban a explicarse cambio semejante en las habituales idiosincrasias del sabio doctor, salió solemnemente de la estancia, como pastor que quiere guiar por el buen camino a su rebaño, o general camino de la batalla que de gloria ha de cubrirle.

—Ha oído en su alma la voz del Maestro!—dijo lleno de unción el presidente Peinado—¡igual aconteció a Mateo y a Saulo con Cristo!

Y tocado en el corazón, partió también, no menos emocionado, dejando la presidencia a otro.

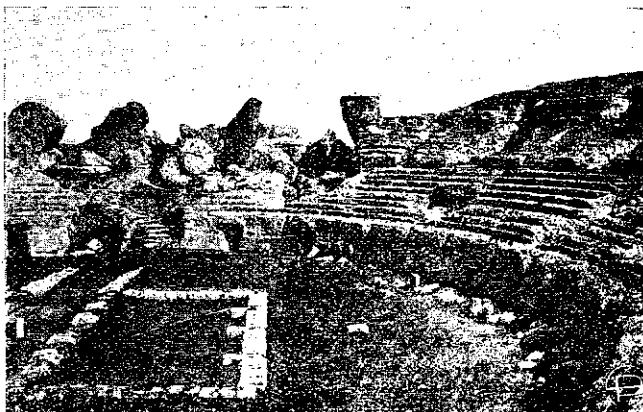
No hizo falta más, para que la Asamblea, en medio de vítores y aplausos les siguiese, disolviéndose con gran contrariedad de los experimentadores fenomenistas.





## CAPÍTULO V

### Las relaciones del doctor de Brin



Anfiteatro de Itálica.

*Final de una asamblea deliberante.—En marcha para Aracena. «Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora...».—Los nuevos caballeros del Ideal.—A través de los encinares ovetenses.—Historias que parecen cuentos.—Arias Montano, según Menéndez Pelayo.—«El rey de los escriturarios» y su Biblia plantiniana.—Enseñanzas del P. Villalba acerca del polígrafo extremeño.—Un gran oculista del siglo XVI.—El retiro de la Peña.—Comida campestre.*

Sucedió, pues, con la famosa *asamblea de los vargueños*, como festivamente la llamaba Cotta, lo que con todas las asambleas deliberantes del mundo. Cada cual siguió en sus trece, aunque sin explicarse poco ni mucho la extraña y algo anormal resolución del equilibrado doctor de Brin. Los ultramontanos, se fueron por donde habían venido; los simples curiosos se encerraron en sus tertulias comentando con el eterno gracejo andaluz la *chifladura* nuestra; los positivistas, se metieron en sus laboratorios, con esa envidiable y exteril posición de muchos críticos,

flores sin aroma del jardín de las ideas bellas; dioses Shivas de la destrucción, no de la edificación las más de las veces. En cuanto a los espiritistas, cargaron buenamente con las piezas de los vargueños, que les dejó Peinado por si querían seguir con ellas las proyectadas evocaciones mediumnísticas, mientras que media docena de teósofos decididos, con éste a la cabeza, partíamos para Aracena en la madrugada del día de Reyes, con igual fé y decisión que peregrinos musulmanes en demanda de la Meca o templarios hacia el Graal, después de haber pasado cinco días en los preparativos de marcha y en visitas, siempre pocas para lo que merecen esos lugares sin igual en el mundo que se llaman *la Catedral, la Casa Lonja o Archivo de Indias, el Parque para la futura Exposición hispano-americana* amen de esotros placeres sencillos o complicados, de la *Venta Eritaña, Tablada, etc., etc.*

Un frugal desayuno en la fonda de la estación, y hénos ya, antes de la aurora, acomodados en un departamento de primera los siete viajeros, a saber: el presidente Peinado; el doctor Brin; el explorador filólogo y fotógrafo Montalvo Pavonez; Torres, el de Morón «el hombre más de pelo en pecho de toda Andalucía»; el *jina* Hermógenes Casas, Rodrigo de Cotta y yo, en calidad de cronista indigno de la magna aventura. Dije «acomodados en un departamento», y dije mal, porque no tuvimos tiempo ni de acomodarnos con los tres o cuatro transbordos que hubo que hacer antes de vernos, a través de las mallas de los ferrocarriles secundarios que hay entre Sevilla, Huelva y Cala, en la estación de Castillo de las Guardas, frente por frente ya de Sierra Morena.

Atrás quedaban, arreboladas por una espléndida salida de sol las ruinas de Itálica, con su desolado anfiteatro romano; sus terrazas, su misterioso Patio de las musas y sus sinnúmeros recuerdos inmortalizados por la oda atribuida a Francisco de Rioja. La luz deslumbradora de aquellas horas de calma en medio de una tierra desierta, de panoramas cada vez más agrestes; la pureza del ambiente concordada con la de nuestra intención; las ilusiones legítimas al calor de ella nacidas; la alegría de vernos juntos nos producían, digámosla de una vez con Séneca, aquella *asquescentia in se ipso*, aquella tranquilidad del existir que sólo proporciona la conciencia de una vida serena, de dominadas pasiones, y la contemplación íntima de grandes cosas sujetas a perpetua renovación y que, por nuestro bien, no son jamás pintadas ni pintables: *el placer de vivir*, en fin, que dicen los sabios; la *sofrosine* natural, que decían los griegos.....

Con nosotros no rezaba, no, aquella lamentación del poeta extremeño Juan Luís Cordero, cuando en laureada composición de Juegos florales, lloró con despecho:

¡Fenecieron los tiempos del laud y la espada;  
y han impuesto los números su tiránica ley,  
regalando al olvido la poesía sagrada,  
y ahuyentando sacrílegos de los bardos la greyl,

porque nosotros, nuevos quijotes del ideal ocultista; bardos efectivos de algo que, sin duda alguna, cantaba en nuestro corazón, comenzábamos una empresa sin rumbo fijo; sin propósito fijo; sin razón plausible; a la aventura, en fin, como, dígame lo que se quiera, se camina en el mundo, pese a nuestras vanidades de pigmeos. Y no era el fenómeno de unos discutibles golpes astrales o físicos en un mueble lo que nos había sacado inopinadamente de nuestros hogares, sino otros *golpes* más ciertos por emotivos, a la manera de aquellos tres *golpes* breves y uno largo que pusiera Beethoven como cimiento de su mágica *Quinta Sinfonía*, cuando se cuenta que dijo: «Así llama el Destino a nuestra puerta, y no le oímos,» llamada efectiva del Maestro en el corazón de sus discípulos cuando quiere hacer más concretas y ostensibles las enseñanzas que, por la vía del inconsciente, nos está dando de continuo....

En Castillo de las Guardas nos esperaba un faetón que nos había de llevar seis leguas más allá hasta la recatada Aracena, a lo largo de una carretera entre encinares, cruzando por Puerto Alto, La Higuera y Valdezafre, en amable conversación teosófica, salvo Torres que, por exigencias de adaptación, o más bien porque los caballos y el auriga «no se le durmiesen», iba en la delantera.

—Doctor—dijo Coffa encendiendo un veguero de la caja que para el viaje nos había dado el Representante de la Tabacalera en Sevilla—ahora por vez primera después de la asamblea de los varagueños nos vemos juntos este puñado de teóricos ocultistas ¿seríais tan bueno que nos hablaseis en la intimidad acerca de las rarezas que nos vienen ocurriendo desde la famosa noche del Bar del Torreón, explicándonos el por qué de vuestra tan decidida como inexplicable resolución que puso fin a la dichosa asamblea, y que nos trae ahora por estos solitarios encinares en busca de aventuras quizá tan fantásticas como las del caballero de la Mancha, a caza de un nuevo vellocino de oro como los argonautas o de un Santo Grial parsifalesco? Hablad, pues, que somos todo oídos.

—Sí, sí, hablad—dijimos a coro, arrellenándonos nerviosamente sobre nuestros asientos con ese dulce escalofrío con el que los chicos se preparan a oír de los labios del viejo la conseja expeluznante al amor de la lumbre en una noche de ventisca; Torres, imponiendo silencio al auriga que canturreaba, se dispuso a escuchar bajando el cristal de la ventanilla.

El doctor, con la unción de un místico, la magestad de un apóstol tendió una vaga mirada por el monótono encinar cual si en él buscase la inspiración mágica que prestaba a las obrindesas germánicas el muérdago sagrado de la encina del Donar, y con voz suave como un gorgojo y vibrante como la de un iluminado, comenzó diciendo:

—Amigos queridos: a vosotros que conocéis cuán ageno he sido siempre a toda fenomenología espiritista, adivinatoria e hipnótica no necesito deciros que reales o imaginados, los dichos golpes de los dos vargueños no me hubieran producido nunca la menor curiosidad, ni menos me hubieran arrancado así del sillón de mi despacho. Pero ha aparecido con ocasión de ellos un nombre excelso, el de un hombre incomprendido y sapientísimo, moviéndome a dejarlo todo y a volar sin demora hacia Aracena y Alájar, las grutas de sus castos amores, seguido de media docena de seres buenos, como lo sois vosotros, que no me habreis de tomar por ello como un impulsivo o como un loco.

—No—replicó Montalvo,—y por eso mismo anhelamos oír de sus labios los verdaderos motivos que le impulsan a esta aventura.

—¡Dejadle hablar y no interrumpais!—, exclamamos todos.

—El cuento es largo, pero curiosísimo—continuó el doctor—En el juegan todas mis facultades, en especial mi imaginación, esa ignorada y mágica facultad que según Proschamer tiene la clave de la historia, de la ciencia y de la vida.

Sí, imaginación, no os alarmeis porque, como ha cantado en prosa nuestro olvidado Melitón Martín:

«La lira de nuestro sér es una lira de tres cuerdas y no es posible arrancar nota alguna de cualquiera de ellas, sin que vibren las otras dos, para producir bien una armonía celeste, bien una salvaje y desapasible discordancia, pues que toda actividad humana tiene por motor un sentimiento al calor de la imaginación nacido, por director una inteligencia y por ejecutor la materia y la fuerza, que acaso es inteligente también.... Pero la imaginación es, hoy por hoy, la más admirable, la más activa de nuestras lla-



madas facultades y como todos los grandes medios puestos a nuestra disposición por la naturaleza es de eficacia pasmosa y de utilidad inmensa cuando se emplea con fe en la conquista de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello....

Sí,—continuó tras breve pausa—yo he sentido meses pasados, esos momentos de vaguedad misteriosa, de ansias insaciables y de resplandores célicos que preceden a veces al sueño, al desmayo y a la muerte» al hojear la tan sectaria como eruditísima obra de Menéndez Pelayo *La ciencia española*. Al buscar en ella precisamente argumentos para combatirle, tropecé con un párrafo que, más o menos, decía así, refiriéndose al polígrafo extremeño: «El nombre sólo de Arias Montano basta para llenar un siglo, y es por sí tan grande como el de cualquiera de esos luminares de la ciencia moderna que para el señor del Perú parecen ser las únicas en el mundo. Pero España posee además una serie de cultivadores ilustres de las ciencias bíblicas»..., y después de enumerar a estos cultivadores añade:

«Eran ellos no meros teólogos escolásticos, sino verdaderos filólogos, helenistas, hebraizantes y arqueólogos que habrán estudiado la Biblia en sus fuentes y que, para interpretarla, acudían a todos cuantos recursos podían suministrarles las ciencias exegéticas de su tiempo.»

Si Arias Montano, me dije, es el rey de los escriturarios españoles y su sólo nombre basta para llenar un siglo, ¿cómo es que Don Marcelino, el inquisidor mayor de España, como yo le llamaría si no respetase su memoria, se ocupa tan poco de él en sus obras eruditísimas? Como además recordaba yo muy bien que la Maestra Blavatsky, igual que antaño hombres como Fray Luís de León y el Brocense, había criticado con dureza a San Jerónimo y a su *Vulgata* por haberse inspirado en fuentes griegas falsificadas y no en las originarias fuentes hebreas, esa fuerza intuitiva y secreta de la imaginación me arrastró a estudiar al polígrafo extremeño y a su obra, seguro de encontrar con ello al ocultista y al teósofo perseguido por la Inquisición e ignorado por los hombres.

No me engañé en mis sospechas: es más, la realidad, cual sucede siempre, excedió a todas mis esperanzas. Ante todo, permítme que os recuerde lo que suelen decir los libros acerca del políglota a quien, igual que al polaco Sommervögel, se le ha atribuido falsamente la *Monita Secreta* jesuítica.

— «Don Benito Arias de Montano, nacido en Fregenal de la

*Inicial*

Sierra en 1527 y muerto en Sevilla en 1598,—continuó el doctor recogiendo sus diversos recuerdos—es acaso el mayor polígrafo español, a juicio de hombres como Escalígero, Cornelio Lápide, Vonio, Petavio, Covarrubias, Aguirre, Morales, Falicio y Pedro de Valencia. Su personalidad es hoy más conocida en el extranjero que en su patria y el lugar de su nacimiento se ha discutido como se discuten los de Homero, Colón y tantos otros.

Por las setenta y ocho odas latinas de su *Monumenta Humanae salutis* se le ha parangonado con Horacio como por su carácter de consiliario regio y consultor del obispo de Segovia Martín Pérez de Ayala en el concilio de Trento se le deputó como el sabio entre los más sabios del mismo, y por su *Biblia Poliglota* se le ha tenido por igual a San Isidoro de Sevilla con quien tiene no pocos puntos de contacto. Discípulo de Cuesta, el obispo de León y compañero de Escoto Eurígena, era un vivo recuerdo del gran Raimundo Lulio, una de las glorias más puras, tanto de la Filosofía como de las ciencias de la naturaleza. Místico, en fin, cual todos cuantos en Extremadura se han caracterizado como genios, recibió la palma del martirio moral por la misma mano de aquel terrible malvado que se llamó Castro, y casi por los mismos días que la recibían también los ya citados gigantes de nuestra Mística el Brocense y Fray Luis. Todo ello y mucho más es el ornamento del profundísimo creador de la biblioteca del Escorial: el hombre de los trece idiomas; el primer poeta laureado en la universidad complutense, el numen titular, por último, de todas estas sierras, si es cierto, como me figuro, que los hombres grandes, después de muertos, renuncian al *devachán* o cielo y quedan aquí invisibles, conviviendo con sus gentes y lugares más queridos, cual Jesús después de su resurrección y antes de subir a los cielos convivió con sus discípulos entrando en el cenáculo por sus puertas cerradas, saliéndoles al encuentro en los caminos como a Pablo y venciendo sus incredulidades como a Santo Tomás...

—Y tan cierto es esto—interrumpió Montalvo—que me parece ya verle por estos despoblados, como siempre me he imaginado verle por los augustos claustros del Escorial.

—Así lo creo yo también—dijo con toda seriedad el doctor—y todos sereis de nuestra opinión, porque si es cierto aquello de *ubi Petrus, ibi Ecclesia*, el hombre está siempre donde está su obra, que es su cruz, su glorificación, su karma futuro y la parte más íntima y selecta de su alma... Podrán rechazarse las reencarnaciones de los hombres, aunque Montano parezca una reencarna-

ción de Prisciliano, San Isidoro o Lulio, pero lo que no puede dudarse es que el autor, nacido para su obra y por su obra, vive en ella siempre, no de otro modo que el Logos vive en el universo a quien informa o anima.

Y tan vive, como decís en la Biblioteca del Escorial, al calor de su ciencia nacida, que en ella acaba de revivir en nuestros días por mano de un agustino sabio, el musicólogo. P. Luis Villalba, quien, al ir a hacer la historia de la biblioteca más rica en heterodoxos que tenemos: hebreos, griegos, árabes, cabalistas y ocultistas; al ir, digo, a biografiar a los dos primeros bibliotecarios de aquella *octava maravilla del mundo*, fray Juan de San Jerónimo y José de Sigüenza, nos ha dado, sin saberlo, la clave de lo que nosotros llamaríamos «un Arias Montano, teósofo y ocultista».....

—¡Por favor doctor, haced una digresión todo lo extensa que podáis acerca de este tan interesante extremo último interrumpió Coffa, con el entusiasmo de un niño que pide amplíe más y más el cuento el abuelito.

—Con muchísimo gusto, aun a trueque de fatigaros—respondió aquel—Os diré, pues, que este preclaro hijo de San Agustín, recibió, en efecto, de la Orden que hoy conserva el Real Monasterio y Biblioteca de San Lorenzo del Escorial el encargo de estudiar la *Historia del Rey de reyes y Señor de señores* del Padre José de Sigüenza, y se encontró con la sorpresa de que toda la obra de este buen fraile del Parral de Segovia, que pasó en sus mocedades al Escorial no era sino la *Opus Magna* de Arias Montano, su maestro, glosada y achicada con la misma torpeza del cuervo de la fábula cuando, para imitar al águila quiso arrebatar un cordero. La obra del padre Villalba, pues, sobre la *Historia del Rey de reyes*, de Sigüenza viene a ser así una biografía del gran Don Benito y biografía en la que por cierto abundan datos ocultistas como los que siguen:

Y, tirando el doctor de su cartera de apuntes nos leyó, con cargo a la reciente obra del padre Villalba, dedicada a Don Alfonso XIII, en 1915:

—«El nombre de Montano suena en buen número de procesos de aquella época como si fuera el eje de un torbellino desatado entre cuyas vueltas y giros se van enredando nombres y nombres. Arias Montano aparece en la historia más o menos accidentada de ciertas cuestiones como el apuntador o promotor principal de ellas, como el mentor de los que se lanzaban al estudio

de las disputas universitarias, como el maestro o consultor e iniciador de las nuevas ideas que tanta agitación y encono traían a los ánimos. Hubo una época muy viva para todo ello; son estos o son los otros los que sacan el cuerpo fuera, según los casos, pero siempre al fin aparece Montano, que es quien ha dado unos papeles, o ha sido consultado, o remitido una probación de tal o cual sentir y opinión, o rogado que se escriba ésto o lo otro, o marcado tal camino, o iniciado tal movimiento, y siempre figura como la autoridad de peso respetable y como el alma de todo.

La interpretación de la Escritura, según el texto hebreo; cierto desdeñoso desvío de la Escuela y de sus procedimientos, y la omisión completa o casi en todo el discurso de textos de los Santos Padres y de los Concilios, son tres señales características indicio de otras tantas cuestiones que agitaban el ambiente teológico Español».

—Ya teneis aquí por tanto al teósofo, según la enseñanza de un sabio monge,—observó el doctor—Seguid, pues, que la lectura no tiene desperdicio:

«Montano debió ser uno de esos admirables pedagogos que no sólo saben ocupar el sillón de una cátedra, sino apoderarse del alma de sus discípulos; uno de esos hombres que hacen de la enseñanza una amistad y de la amistad el medio para insinuarse en la inteligencia y en la vida toda del amigo comunicándole toda su alma con la ciencia. Hombres de esta clase suelen contar los discípulos por los amigos, y no acostumbran a tener amigos que no se conviertan en discípulos suyos de algún modo. Yo no sé si el temperamento de Montano fué de tal clase, ni si hay de él esas manifestaciones externas de un semejante apostolado intelectual, pero aunque no haya memoria de señas que lo indique, ni recuerdo de que anduviera rodeado de ese aparato cultorizador, que hoy se emplea aún por los solitarios... sin embargo, el don de penetrar en lo más hondo y de conquistarse el alma y la afición y ganarse la adhesión más fiel y entusiasta, de influir profundamente y de ejercer una casi fascinación intelectual en muchos, eso sí que debió tenerlo. No hay más que recorrer someramente las páginas del proceso de Fray Luis de León en derredor del cual tantos y tantos nombres de varones cultos giran, con cuyo motivo tantas pequeñas historias de la vida intelectual salen a relucir, y a cada paso salta el nombre de Arias Montano moviendo la opinión de muchos y muy fundados doctores, influyendo en ellos y manejándolos, ya en la conversación, ya en el papel que les remite

etc., etc., y siempre dando su autoridad y prestigio para fundamento y defensa de ciertos modos de pensar que entonces parecían atrevidos y nuevos.»

— ¡Ya veo al oculista! ya veo al mayor blanco en medio de la terrible oía de magia negra del siglo que conoció la destrucción de dos imperios americanos iguales al asirio ¡la inmolación de Miguel Servet y el nacimiento de la Compañía de Jesús!— exclamó Cotta, en uno de sus habituales arranques de sinceridad.

El doctor sonrió significativamente, añadiendo:

— En cuanto al asceta y al mártir del «ario del monte»—añadió— leamos todavía estos pasajes del padre Villalba, que dicen: «Era este doctor natural de Fregenal, junto a Sevilla; y tenía tanta abstinencia que al día no comía más que una sola vez y esta ni carne ni pescado, sino legumbres, frutas y el caldo de la olla, ahora fuese de carne, ahora de aceite. Su dormir era sobre unas tablas en las cuales ponía una estera y una manta de Bernia, su trato y conversación eran los de un Santo; su humildad sobrepasaba a la de todos cuantos con él trataban, era tan afable que obligaba a todos a que bien le quisiesen. Los hombres doctos procuraban su amistad, y los caballeros hallaban en él cosas de edificación, y los oficiales arquitectos, pintores y demás artistas hallaban en él muchas cosas que aprender».

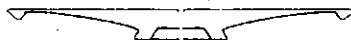
Deseoso Arias Montano de que le dejasen tranquilo en su Peña y Santuario de Alajar, con sus libros, con sus meditaciones y con las inspiraciones que en esta gruta y en la entonces desconocida Gruta de las maravillas de Aracena, recibía me figuro yo de los jinas, - continuó el doctor, quiso renunciar al par el odioso encargo de la biblioteca escorialense, como más tarde renunció a un obispado y otras dignidades y en 1575 escribía a Zayas, el secretario de Felipe segundo, desde Anveres: «En lo que toca a mi particular, afirmo a vuestra Magestad delante de Dios, que soy muy ageno de ambición de dignidades, ni de otros estados, y que el mayor que hasta ahora he deseado siempre ha sido el tornarme a mi Peña, porque jamás me ha pasado por el pensamiento escoger oficio, sino dejar a Dios el arbitrio entero de mí y de mis cosas que se que Él solo sabe y puede darme lo que he menester para mi salvación que es lo que más deseo....

Ya vuestra Magestad oyó y vió en España lo que acerca de esto algunos doctos y temerosos de Dios me decían y escribían; en Italia ha sido muy mayor la batería que sobre esto me han dado, y muchos de Francia... y ahora vea que comienza en Alemania los

católicos y doctos que allí hay, a combatirme por su parte... Y sepa aquí entre nosotros, que amen de los demás motivos e impulsivos que he tenido, fué recísimo el del Gapa, que la segunda vez que le hablé, me dijo que más servicio haría a Dios y a la Iglesia con la pluma en la mano que con cuantos negocios hubiesen en el mundo, y nunca se me ha quitado de la imaginación esta sentencia y lo que me añadió sobre ella...»

—Esta es también la frase de Mahoma, cuando dice, que vale más la tinta del sabio que la sangre del mártir, pero detengámonos aquí, que la hora de almorzar ha llegado y el aire del campo ha despertado con exceso el apetito—terminó el doctor—Después de los postres, continuaremos, que lo mejor del *el ario del monte* queda por decir.

Y echando pie a tierra todos a orillas de un delicioso arroyuelo que corría transparente entre adelfas y lentiscos, devoramos más que comimos las provisiones que Torres, el «director de la Intendencia» había almacenado espléndido.





## CAPÍTULO VI

### Una asignatura ocultista

*El jina Casas de Hermes. Lo que contaron de él Torres y Cotta. —Una familia misteriosa de Morón.—El maelstron astral de la cueva de Benaoján. Lo que vió en el cerro de Salomón el número de Iripo.—Emilio Carrére y su expeluznante relato jina.—Un yogui moderno.—Lo que pudo ser y no fué el Concilio de Trento. —León Castro, la Inquisición y el P. Moriano.—San Ginés, un Budda cristiano, y Santa Brígida. Maravilloso sello en la Biblioteca del Escorial. Infinito—igual cinco.—¡La mente del hombre es infinita!*

—Doctor,—dijo Montalvo al arrancar de nuevo el faetón, después de nuestra grata merienda antes de que continúeis, ¿seríais tan bondadoso que me aclaraseis un concepto de vuestra hermosa disertación? Habeis dicho que *el ario del monte* sólo anhelaba que le dejasen tranquilo en su Peña de Alhájjar, con sus libros, sus meditaciones y las inspiraciones que acaso recibía de los *jinas* en dicha gruta y en la entonces desconocida *de las Maravillas*...

—Igual duda se me ocurrió a mí—añadió Cotta—pero no quise formularla por que venía un *jina* con nosotros.

—¡Esta es buena! exclamamos todos.

—Si el *jina* Hermógenes Casas o *Casas de Hermes*,—continuó impávido Cotta—ese mismo que ahora, en sustitución de Torres, charla alegre con nuestros auriga.

—Explicaos. Cotta, explicaos.

—Con el mayor gusto—continuó bajando la voz el gran *Rodrigo*—porque habeis de saber que ese muchachote sano, guapo, robusto y de largas orejas que nos acompaña por mera devoción al

doctor, tiene, en su familia, según él me ha referido varias veces, algunas particularidades muy extrañas de verdadero *jina* tal y como nuestro cronista no los ha descrito en su libro *De gentes del otro mundo*.

¡Cápita!—¡exclamé, saltando sobre el asiento.

—Si, todos los ascendientes de Hermógenes, mineros por derecho propio, que decía el senador de la comarca, eran verdaderos *jinás*. El primero de sus antecesores de que hay memoria en Morón y en toda la Serranía de Ronda, fué un extranjero, una especie de conde de Saint Germain, venido no se sabe de donde, quien apareció por primera vez entre el personal de unas minas de platino y hierro magnético que se empezaron a laborear hace años en lo más recóndito del enorme pinar vecino a *IO-PO* e *IRI-PO*, es decir de Coripe y Algámitas o *Argámitas* de dicha serranía que hace el frente a la vecina Africa y a las históricas *columnas de Hércules*.

Como las minas fracasaron como fracasan todos los buenos negocios mineros por las codicias de los consocios, unos con otros, el hombre se estableció en Morón o *Morian*, como él, sin saberse por qué, decía, dedicándose a la enseñanza de niños y jóvenes con un provecho grande y una abnegación sin límites. Conocía el extranjero a fondo el entonces naciente espiritismo aunque no se sabe que le practicase nunca, y muchas veces trabajaba en el campo en beneficio de los pobres y aún se agrega que gozaba de una disimulada clarividencia y otros poderes curativos, por cuanto cierta vez vino a consultarle una pobre mujer forastera con una joven a quien aquejaban terribles ataques histero-epilépticos, y al punto la dijo a aquella que cuidase de curarle el alma antes que el cuerpo para que el chico no tuviera el mismo triste sino que su padre había tenido. En efecto, el joven se ahorcó de allí a pocos días y se supo después en Morón que el padre se había ahorcado también años hacía, por disgustos que le dieran la mujer y el hijo.

—Todo eso es cierto—confirmó Torres, *el de Morón*;—yo también lo he oído, y en cuanto al padre de nuestro *jina* que vivía siempre bajo tierra es fama que no había buscador de minas más experto en cien leguas a la redonda, como que los ingleses de la *Tharsis* y otras compañías le pagaban espléndidos sueldos ora para que les encontrase yacimientos nuevos, ora para que tornase a hallar las capas y filones por las fallas mineras perdidos y se cuenta también según él mismo nos ha confirmado a varios ín-



timos—que en una ruinoso mina fenicia no lejos de Benaolán o *Ben-jalín* había seguido largo trecho por una tenue lucecita fosfórica que le iba guiando en aquel laberinto. Otra vez, buceando por una falla en el clásico *cerro de Salomón*, en Huelva, se había caído por la cortadura a unos sesenta metros de profundidad y cuando volvió en sí del aturdimiento de un golpe que no fué mortal por verdadero milagro, vió luz por la oquedad adentro y, al asomarse lleno de curiosidad vió en torno de la lucecita una media docena «*de hombres que no eran hombres*», quienes, al sentirse descubiertos desaparecieron «como nieblas que se esfuman bajo los rayos del sol», al par que se alejaba la luz. Retornando más tarde con su cuadrilla a la grieta, en el sitio de los *jinas* aquellos, hallaron monedas, herramientas y cacharros ibérico fenicios en prodigiosa cantidad, amen un cofrecito lleno de estatuillas de oro que se llevaron los ingleses. —¡Me asombráis, buen Torres!— interrumpió Cottal, porque días pasados el misteriosísimo Emilio Carrere me contó, concordando con nuestro relato la siguiente historia: (1) «Un ingeniero de Montes conocido mío, que actualmente vive en Madrid, fué llevado por su profesión a un terreno abrupto, lleno de profundas ruínas. Le acompañaban varios obreros y algunos vecinos del pueblo cercano. Llegaron a una cueva que en el país tenía una leyenda de superstición, y el ingeniero quiso bajar a conocer por sí mismo aquel enigma. Un aldeano le advirtió que ninguno de los que bajaron volvió a subir. El ingeniero sonrió excéptico; se ató una cuerda a la cintura, y provisto de una gran linterna, descendió. Al cabo de cinco minutos, desesperados tirones de la maroma advirtieron a los de arriba que el explorador pedía auxilio. Le ascendieron rápidamente y el ingeniero apareció, pálido, con los ojos enloquecidos de terror y erizado el cabello.

Preguntáronle que cosa había visto, y con muestras de un espanto extrahumano, se negó a responder.—¡Es horrible lo que he visto, pero no puedo decir nada! ¡Sería fatal para mí!—Un obrero de espíritu bien templado, se burlaba del pánico de su jefe y solicitó bajar para comprobar tan horripilante extraño espectáculo. No pudieron disuadirle y bajó al fondo de la cueva. Pocos instantes pasaron cuandos los de la superficie sintieron violentos sacudimientos de la cuerda. Extrajeron al obrero y, ho-

---

(1) Reproducida después por el insigne escritor en la revista *Nuevo Mundo* de 8 de Febrero de 1918.

rorizados, vieron que estaba ciego y mudo. ¡No volvería a ver lo que vió, ni podría contar lo que había visto! Todos le rogaron que escribiese lo que le había sucedido y él se negó con violentas sacudidas de cabeza. ¿Qué es lo que había visto en aquella cueva? ¿Sería acaso el palacio encantado, la guarida tenebrosa de un jina feroz y vengativo?...

—Puedo añadir —continuó Torres— que el joven *Casas de Hermes* ha heredado todas aquellas cualidades de familia, y, así enredando de *monago* en los desvanes más recónditos de la iglesia del pueblo, tropezó con un precioso manuscrito en tres legajos conteniendo la historia toda de Morón con los verdaderos orígenes fenicios de las gentes de la región, y los yacimientos de oro y plata explotado por ellos, entró con unos cuantos atrevidos en las cuevas no sé si de Morón o de Lituergo hasta allí donde el lago subterráneo corta el paso a los profanos indiscretos. Al médico del pueblo gran excéptico como buen médico se le metió en la cabeza el navegar lago adentro en un barquichuelo, en unión de otros dos parientes del jina y es forma que llegaron a un punto en que retenidos por una fascinación magnética y como por un torbellino de aguas, quedaron inmóviles con el barco clavado. No había fuerzas humanas que le hiciesen navegar adelante ni atrás, hasta que el joven jina, con sorpresa de los otros tres, más fuertes que él, dió una vigorosa remada que arrancó al barquito de su encanto. El médico sufrió grandes crisis nerviosas y murió al poco tiempo, si saberse de que enfermedad.

Para terminar, en fin, con esta familia tan *jina* y tan extraordinaria, diré que el padre de Hermógenes, después de las aventuras referidas y de otras mil a cual más maravillosas, se retiró a las sierras de Aracena, donde hizo una vida ascética muriendo en opinión de un efectivo santo, una de cuyas penitencias era la de ponerse en cruz y boca abajo como un yogui, al habla quizás también, como del Maestro Arias Montano decía hace poco el doctor, con esos superhombres o lo que sean, secreto encanto de estos rincones de misterios hacia los que, sin saber por qué, caminamos, y sobre los que nuestros sabios nos podrán decir sin duda mucho más.

—No sé lo que puedo ni lo que debo decir —replicó el doctor, con modestia.— Solo sí sé, que, renuncio a daros respecto del polígrafo extremeño los detalles que, mas por extenso podeis ver en el *Elogio* que le consagra la monografía de González Carvajal, tomo séptimo de las memorias de la Real Academia de la

Historia; en las obras de Gorris, su biógrafo, en 1842 y en la cuanto incommensurable obra *Bibliotheca hispalensis vetus* de Nicolás Antonio y en las citadas de Menéndez Pelayo. En resumen, que nos encontramos con las siguientes cosas, tan peregrinas como incontrovertibles. La primera, que el sacerdote que en San Marcos de León vistió el hábito de Santiago; que el rey de nuestros escrivanos, corrector de las versiones bíblicas interlineables de Alfonso de Zamora, Pedro Ciruelo y Santos Pagnino; el Salomón de España, en fin, fué al Concilio de Trento, donde, si bien fué oído con asombro, yo os aseguro que no fué entendido ni atendido, por que al serlo él, a aquel otro ocultista y alquimista discípulo de Paracelso y Tomás de Aquino que también fué, muy otros habrían sido los cánones emanados de tal concilio. Segundo,

(Arias Montano)

que el autor de la maravillosa, de la inaudita versión de la Biblia en hebreo, griego, latín y castellano conocida por *La políglota de Anveres*, volviendo del revés la *Vulgata de los Setenta*; la *Biblia* de Vatablo y tantas otras tenidas hasta entonces por intangibles y que culminaron en la *Políglota de Cisneros*, fué llevado a la Inquisición, por el bilioso León de Castro, como fray Luis y como todos los demás rebeldes gloriosos de la época, tras los cuales, como dice el padre Villalva, acaba por aparecer siempre Arias Montano con su mas o menos encubierto



judaismo, que no era en verdad sino ocultismo y cábalas, los más sublimes, o sea, «la Matemática, Esfera (Astrología) y otras mil buenas artes» con las que, al decir de las *Memorias sepulcrales del real monasterio*, simultaneaba nuestro polígrafo sus lecciones de griego y latín. Si a esto agregais que tradujo del latín el misterioso e inestudiado *Itinerario de Benjamín de Tudela*; que fué el maestro del gran extremeño fray Pedro de Valencia, célebre por su *Discurso sobre las brujas y otras cosas tocantes a la*

*Magia*, y que su predilecto lo fué San Ginés, asceta fundador, el *santo jina* que según la *leyenda dorada* se alimentó en su cueva largos años como Gautam el Budha «con la leche de la vaca o de la cierva», y cuyo *cerro de San Ginés* se alza junto a los de Aracena y Alájar comprendereis que, puesto así ya en la pista, no podía ya por nada ni por nadie de dejar de seguir el hilo ocultista que de tan inopinada manera se me había venido a las manos.

—¡Qué asombro; qué maravilla!—exclamó arrobado el presidente—pero, ¿cómo sabéis esto de sus preferencias por aquél Budha cristiano, fundador de los primeros monasterios medioevales?—Entre otras cosas porque el San Ginés de Aracena fué traído del extranjero y regalado por el polígrafo y también según la historia local, la imagen de *Santa Brígida*, es decir algo relacionada con la Brígida de la sabiduría y del *cauldron de Dagda*, *caldera de Pedro el botero*, como ha estampado nuestro cronista en el capítulo relativo a los Tuatha de Danand jainos en *De gentes del otro mundo*. Es más, no se limitó «el ario del monte» a traer, se dice, a traerse desde Alemania las dichas efigies bizantinas *San Ginés o Jinés y Santa Brígida*, sino que, para perpetua memoria de las edades selló de un modo indeleble y cabalístico ¡asombraos! los primeros libros ocultistas del Monasterio del Escorial que antes estaban en lugar muy reservado de la cámara del rey, «de aquel demonio del mediodía», al decir de su rival la reina Isabel de Inglaterra, de aquel caracter de admirable energética que se llamó Don Felipe II quien, bueno o malo, que de todo tuvo aquella gloria española, era un ocultista también, a su manera, pero quien, con su efectivo cariño hacia el polígrafo, le causó los mayores perjuicios impidiéndole o retardándole con comisiones de segundo orden el verdadero cumplimiento de su misión reformadora en un siglo como aquel en que todo renacía gracias a la ciencia y al tan desnaturalizado librepensamiento moderno.

Como ocultista superior, en fin, que era, desafió rigores inquisitoriales ora manifiestos, como los de León Castro, ora peores por solapados como los del fallo del padre Mariana quien, aparentando quitar la razón a Castro, no hizo sino algo peor, meter el puñal hasta el pomo en el atribulado pecho del bendito *Benedicto*, cuando este, como Job, clamaba al rey: o Vuestra Magestad me echa del reino o Dios me echará de él y de la vida.»

—¡Un sello ocultista, y en los libros primeros de la Biblioteca del Escorial, ¿que es esto?—exclamamos todos.—Un sello, ocul-

tista: sí, un sello que cualquiera puede ver hoy en el Escorial consultando uno de estos venerandos libros; una signatura que yo he visto más de una vez, sin parar mientes en ello, hasta que la lectura de la antedicha obra del padre Villalva me lo reveló, sin él saberlo tampoco. Leía yo, en efecto, en la hermosa obra acerca de la *Historia del Rey de reyes*, página 105, lo que sigue:

El padre fray Juan de San Jerónimo, primer bibliotecario del Escorial, dice en sus *Memorias*: «En primero de Marzo de 1577 años por mandato del Rey Nuestro Señor vino a este monasterio el doctor Benedicto Arias Montano, capellán de su Magestad y comendador de la Orden de Santiago, etc., a visitar, expurgar y ordenar la librería Real de San Lorenzo, como persona que tiene las partes necesarias para empresa tan principal y de tanta confianza como es ésta. Y las cosas que concurrieron en este doctor fueron el ser muy buen letrado y gran teólogo, y muy visto en todo género de ciencias y lenguas hebrea y caldea, griega y latina, siríaca y arábiga, alemana, francesa y flamenca, toscana, portuguesa y castellana, y todas las sabía y entendía como si en estas naciones se hubiera criado. Este doctor fué el que, por mandato de su Magestad el rey Don Felipe Nuestro Señor, fué a Flandes a imprimir la Biblia Regia de cinco lenguas, en Amberes, por Plantino impresor, como se entenderá por ella y por los prólogos que allí escribió... El fundamento y principio, pues, de aquella fué de la misma librería del rey Don Felipe segundo. Guardé yo un índice de sus libros, y tenemóse ahora en la librería, como prenda importante en que de su misma mano están rayados y notados los libros que nos iba dando al principio, donde, entre otras cosas que va notando en las primeras hojas blancas, dice así: «Los libros de mano y de más importancia por lo que en ellos se verá, que se enviaron a San Lorenzo para que allí los tengan a gran recado en la sacristía con las cosas más preciosas, están señalados en la margen primera del catálogo con esta señal ∞=5.» Esta signatura a que alude aquel primer bibliotecario está corroborada por la propia observación del padre Villalva, quien, al lamentarse de que no se encuentre hoy ni rastro de la clasificación por lenguas y facultades que hizo Arias Montano de la primitiva biblioteca del Escorial, añade estas sugestivas palabras: «Sin embargo, fruto innegable de la dirección de Arias Montano... es el *Catálogo de los libros escritos a mano por mandato de su Magestad*, año

de 1577 (1). En este catálogo, que tiene huellas de haber sido tocado ligeramente por las llamas del incendio grande que tan enormes daños causó en esta biblioteca parecen verse entre otras, correcciones y añadiduras de la propia mano de Montano.... Otra cosa se nota en este catálogo y es que aparacen señales semejantes a las que Sigüenza refiere tener el catálogo de Felipe II.»

—Bien,—dijo Peinado, cuando hubo leído estos párrafos en los apuntes del doctor—mas, perdonadme si en mi ignorancia no veo nada que se parezca a una signatura ocultista en ese ocho tendido y ese cinco, separado por dos rayitas... ..

—¡Porque sois tan mal matemático como buen teósofo y mejor amigo!—contestóle sonriente el sabio doctor.—Veamos sinó, si a nuestro. Cotta le ocurre lo mismo.

Cotta miró inteligentemente el papel con sus vivos ojos, a través de sus *impasibles quevedos analíticos*, como decía Torres. Mas, al punto el papel se le fué de las manos; los lentes se le cayeron y quedó pálido de emoción.

—¡Oh prodigio de prodigios! exclamó fuera de sí, abrazando al doctor hasta estrujarle.—Sí, no cabe duda; un ocho tendido e igualado a un cinco, lo que da leído literalmente: «*infinito igual cinco*», es decir, el infinito igual a *la pentalfa*, a la estrella de las cinco puntas o pentágono regular estrellado que detuvo a Mefistófeles cuando acudió a la evocación brujesca del doctor Fausto....

—Lo que quiere decir en fin, al modo hebraico,—terminó el doctor solemnemente—, leyendo de derecha a izquierda: ¡LA MENTE ES INFINITA!...

Todos nos quedamos paralizados de asombro. Tras una pausa augusta en que sólo se oía el manso ruido de las ruedas del coche como si navegase por la removida carretera, nos miramos recíprocamente no sabiendo qué decir, pues siempre las emociones inefables fueron mudas,

Nuestras miradas, sin embargo, eran todo un poema.

---

(1) Biblioteca de El Escorial: Ms. Xj—17—Este catálogo, según la citada obra del padre Villalva, ha tenido las signaturas D—VII—5 y V—H—5.



## CAPÍTULO VII

### Un amigo nuevo



Vista de Aracena

*Alrededores de Valdeazutre.—Un sacerdote culto.—La Arcilasis de los túrdulos y la Darbacer mahometana.—La Tebaida onubahispalensis y su numen tutelar.—«Hic est stupor mundi.» Cuál fué la patria del gran polígrafo.—Opiniones de Méndez Bejarano.—El escritor Nogales y Sor María de la Trinidad.—San Blas, patrono de Aracena.—Las hermandades de San Blas como restos de instituciones pitagóricas.—Frente a la fuente Zulema.*

Embebidos en la evocación del prodigioso Arias Montano, tan de mano maestra hecha por el doctor, casi no nos habíamos dado cuenta del camino recorrido entre encinares y alcornoques a lo largo de aquella típica carretera de las faldas de Sierra Morena.

Atrás quedaban, sin que le hubiéramos consagrado una mirada casi, el Castillo de las Guardas; «la encina del ahorcado», célebre porque en ella se ahorcó un clérigo después de matar a otro, caso tristísimo que aquel mismo año se había reproducido en la pro-

pia iglesia de mi pueblo; el Puerto Alto, derivado de la sierra del padre Caro, frente a los Chaparrales, que hacen la divisoria de Sevilla con Huelva por aquella parte siempre al Oeste del ferrocarril minero de la Ribera de Huelva, río que recoge todos los afluentes que median entre Aracena y las sierras de Gandul y de Tudía que por el Norte y por el Este separan aquellos de las sierras de Fregenal, la patria del Maestro. Los riachuelos que habíamos cruzado no eran ya afluentes de la Ribera de Huelva, sino de Riva-Seca que, camino del río Odiel, descienden de la sierra de Aracena. También quedaban atrás *El Rincón*, *La Higuera* y *La Umbría* cuando, apenas repuestos de la impresión que dejara en nuestras almas aquel cabalístico «*infinito igual a cinco*», dábamos un último descanso a los caballos bajando a desentumecer las piernas en las poéticas alamedas de Valdezufre.

En ellas, con su libro de rezo en la mano, paseaba un sacerdote joven, gallardo, gran amigo del doctor, quien, así que le vió, le hizo subir a nuestro coche para ahorrarle una hora más de espera al correo de Sevilla para Aracena.

—Joven jina—dijo festiva y cariñosamente el doctor a Casas así que volvimos al faetón—tened la bondad de continuar en la delantera con Torres. Un sér astral de los de su clase no debe ir donde va un sacerdote,—¡o a la inversa!—replicó no menos festivo el jiná ganando el pescante de un salto y ostigando a los caballos, que ya podían hacer pocos milagros, según lo fatigados que iban.

El reciénvenido era un sér muy simpático, docto e inteligente que, por un don especial de gentes nada difícil de hallar todavía entre el clero español dígase lo que se quiera, parecía ser un antiguo conocido de todos nosotros y, como acontece siempre que se hace el bien por el bien mismo, por encima de pasiones e ideas, a la postre hubimos de ser nosotros los favorecidos con la compañía del buen sacerdote quien, a lo largo de aquel austero pero hermoso camino, nos enseñó, respecto del berberismo y encantado rincón aracenense todo cuanto podíamos apetecer, pues que, tenía puntas y ribetes el padre de escritor y aún de poeta como lo había demostrado recientemente en la revista *El Distrito*, con su estudio *Retazos históricos de Aracena*.

—Aracena, cabeza de las diez y ocho aldeas del principado de su nombre—nos dijo—es la antigua *Arcilacis* de los túrdulos, que Estrabón cita en su *Geografía antigua*; la *Darbacer* o *Dar-hacer* mahometana de Amador de los Ríos. Según viejas crónicas que en mis manos he tenido, en ella vivió y murió en los primeros



tiempos godos aquel prodigioso asceta de la Beturia que se llamó San Víctor, de quien conserva sus restos la ermita de San Ierónimo.

—Según eso observó Cotta—este retiro delicioso, esta Tebaida onuba-hispalense-extremeña es un país de ascetas; puesto que aquí vivió también como un asceta a fines del siglo XVI el sapientísimo Arias Montano.

—Sí,—agregó el doctor—y según va este mundo con sus guerras, odios y miserias, aquí nos tendremos que venir a refugiar también nosotros.

—Así es la verdad—respondió el sacerdote—y ya que habéis nombrado al Salomón extremeño, os diré que uno de mis trabajos publicados en la revista aracenense de que antes me hablabáis, lo consagré al gran políglota, que es algo así como un númen tutelador de esta comarca toda, desde aquel ya remoto día en que, enamorado de estas agrestes soledades, entonces mucho más hermosas que hoy lo son, por talas, descuajes y sequías, el sabio se refugió en Aracena y creó en la iglesia carmelita de San Pedro una cátedra de latinidad, dotándola de bienes propios. Perdidas hoy dichas rentas, sólo queda una casa en la calle que lleva el nombre del fundador, donde yo doy aún lecciones gratuitas en memoria de aquél de quién pudo decirse como en el epitafio del Abulense. *«hic stupor est mundi qui scibile discutit omne»*, aquí yace el asombro del mundo que supo cuanto hay que saber; pues que en Arias Montano, según la epístola que le dirigió Justo Lipsio, se hallaban juntas todas las ciencias que, divididas, se hacen admirar en los demás hombres.

No hay que decir si con semejante manera de expresarse el buen páter se ganó todas nuestras simpatías. Ello, además, nos permitió anudar el hilo de nuestra anterior conversación.

—Ante todo, y con permiso de nuestro extremeño cronista me dijo Cotta, dándome una cariñosa palmada en el hombro—como sevillano, yo siempre he tenido por paisano mío al prodigioso don Benito.

—Aunque la Patria mía está por encima de la que hoy se ha dado en llamar *patria chica*, todo lo que la Raza y la Humanidad están por encima la patria misma, yo nunca he dudado de lo contrario, o sea de que nuestro sabio, como hijo de Fregenal de la Sierra fué paisano mío y no vuestro, Cotta querido, respondí.

—Creo que ganáis el pleito me dijo el buen párroco, porque parece definido y cierto que Arias Montano recibió el bautismo de

manos del presbítero Ruíz González Granero, en la iglesia de Santa Catalina de Fregenal (Badajoz), pero también es muy cierto que Aracena le recibió como a un hijo y en la Peña de los Angeles, de esta feligresía, según Rodrigo Silva, quiso retirarse del mundo. Pero no han faltado críticos que disputen a Fregenal tamaño honor.

—Uno de estos críticos, y por cierto de los más cultos, imparciales y amables—dijo terciando el doctor—es mi gran amigo y paisano el catedrático de Literatura e Historia Literaria, del Cardenal Cisneros de Madrid, el genial Mario Méndez Bejarano, quien, días pasados, me decía categóricamente: «La fé de bautismo que inserta Pons en su obra no es la de Arias Montano, pues está fechada en 12 de Noviembre de 1531 y, constando por el testamento de Arias Montano, que falleció de setenta y un años de edad, o sea en el de 1598, tuvo que nacer en 1527. Además, dice la citada fé: «Bapticé a Benito, hijo de Juan Arias Montano», pero debe saberse que ni el «Benito Arias» de la partida, ni su padre, llevaron nunca por apellido «Montano», sino que él se lo añadió por alusión a la Sierra de su retiro acenense. Puede ser, por tanto, que no hallándose la verdadera fé de bautismo, se añadiese a otra partida el nombre de Montano para hacerla pasar por legítima, superchería ya puesta en práctica con Cervantes y otros hombres ilustres, pues parece ser además que, según la tradición sevillana, nació en la calle del Caño perteneciente a la parroquia de Santa Catalina, en casa de muy humilde aspecto.»

En cuanto a la muerte del sabio, me decía también el gran sevillano Mario Méndez: «El polígrafo extremeño no pasó a mejor vida el 4 de Junio de 1598, como dicen algunos biógrafos, ni menos en el Convento de Santiago, según afirman los anales del insigne Ortíz de Zúñiga. Su tránsito ocurrió el 6 de Julio, que ello no pudo ser el 6 de Junio lo prueba el que su testamento, escrito y firmado de su mano, está fechado en la casa del *Campo de las flores*, a 28 de Junio de 1598, según consta en la diligencia de apertura del testamento del mismo día. Tampoco es exacto, en fin, que muriera en el convento, porque fray Luís José de Ubreval, monje archivero de la Cartuja de Sevilla, también llamado José Santamaría de las Cuevas gran amigo de Arias Montano, que solía ir con frecuencia a la Cartuja, escribió con cargo al documento de los que se enviaron copias certificadas a la biblioteca de los duques de Osuna: «El dicho padre prior—el del convento de Santiago de los Caballeros donde se asegura que murió—ordenó se trajese el dicho testamen-

to cerrado a la posada de esta ciudad donde el dicho Arias Montano falleció, que son las casas de doña Ana Núñez Pérez y la que vido muerto al dicho Arias Montano.» Esto revela que todo está oscuro respecto del nacimiento, de la muerte del polígrafo y aún con su testamento mismo, que, no sé por qué, me sabe a apócrifo como tantos otros....

—Convengo con usted, doctor—dijo el sacerdote en que en todas estas cosas hay no poco que aclarar. Yo tengo en la parroquia un curioso libro que os mostraré, pues que en él se hace alguna referencia al polígrafo.

—¿Es acaso el libro del que habló José Nogales, mi queridísimo cronista aracense de *El Liberal* y laureado autor del cuento *Las tres cosas del tío Juan?*—pregunté.

El mismo.

—¿Y se habla en él de una gran vidente, de sor María de la Santísima Trinidad fundadora de las Dominicas descalzas de Aracena?

—No, ese es otro libro impreso publicado en mil seiscientos setenta y uno por fray Antonio de Lorca. Anticipándome a la lectura de este último, os diré que la venerable sor María fué hija de don Juan Payá y doña Juana Valera, y se casó en el palacio de los Duques de Béjar. Por cierto que por ella fué elegido San Blas patrono de Aracena en circunstancias tan raras que merecen recordación.

—Decidnoslas si no os molesta—suplicamos todos.

—Parece extrañó—continuó el párroco—que contando Aracena con santos propios no los tuviese en cuenta cuando se trató de la elección de San Blas como patrono, cuando tenía a San Víctor el esclarecido asceta y ermitaño ya dicho, que tan célebre fué en toda la Beturia y provincias limítrofes. Fué ello cuando la peste de Sevilla por los años de mil seiscientos cincuenta. Vivamente impresionada la vidente Sor María ante aquellos horrores que tenían hecha de la gran ciudad un cementerio, pidió fervientemente a Dios que cesase el azote y entonces fué, se dice, cuando se le apareció San Blas, el abogado contra la peste, prometiéndoselo, como así acaeció al punto entre el asombro de todos. Celébrase en Aracena, desde entonces, la fiesta de San Blas con iluminaciones y danzas primitivas.

—Es cosa bien singular esta de San Blas—observé cuando el buen *páter* hubo concluído—porque en mi pueblo, y probablemente en todos los de Extremadura, existió hasta fines del siglo pasa-

do la *hermandad de San Blas*, que era una especie de fraternidad civil, sociedad por el estilo de los *maister singer* de Nuremberg immortalizados por Wagner, dirigida por un *hermano regla*, símbolo de la ley misma puesto que no tenía constituciones escritas; que celebraban verdaderas orgías a estilo de los viejos pitagóricos y autos sacramentales como los de los orígenes de nuestro teatro; que era asimismo el criadero de los poetas más o menos pedestres del pueblo, y, que, en lo exotérico, como en lo esotérico era discípula de Baco y de las Musas.

—¡Ah, de esas hermandades yo le podría decir mucho! me replicó el párroco—pero no es ahora el momento adecuado, porque hénos ya en la calle del gran José Nogales, de la preclara villa de Arcena.

En efecto, el carruaje penetraba a la sazón por una alegre calle de blancos edificios, saltando sobre el límpido empedrado de mármol, cuarzo y pizarra, y deteniéndose en *La Británica*, la fonda principal del pueblo, junto a una hermosa plaza con la estatua del filántropo Julián Romero de la Osa, y no lejos de una fuente antigua todo añoranzas y poesía: la *f fuente de Zulema*, de la leyenda de Nogales.





## CAPÍTULO VIII

### Templarios del siglo veinte

*La Ciudad del Ideal.—Por las calles de Aracena.—La calzada del Castillo.—El priorato aracense.—¡Sin polvo y sin humo!—Recuerdós del Temple.—La estatua yacente del Maestre. Panoramas mágicos de la Ribera de Huelva y de las fuentes del Tinto y del Odiel.—Una cumbre, ¡cumbre!—El cerro de San Ginés y la leyenda dorada del asceta.—La gacela de Vasishtha y la iniciación de Krishna.—Una forma nueva de una Religión eterna.*

«Muchas puertas llevan a la encantada ciudad de la Fantasía: no nos empeñemos, pues, en cerrar ninguna de ellas, ni en limitar el número de los placeres del espíritu», ha dicho Menéndez Pelayo en sus *Estudios de crítica literaria*, al ocuparse de Enrique Heine, pero pocas puertas hay que conduzcan a aquella encantada ciudad mejores que estas modernas poblaciones españolas perdidas en los rincones más recónditos de la península, ciudades donde, como no llega el ferrocarril, no suele llegar tampoco el turista o si llega es arrellanado en los almohadones de un *loco* automóvil, cuando semejantes lugares, cunas de razas, templos de nuestros mayores, archivos de nuestras glorias, retiro escondido de mágicos secretos de un ayer ignorado, debieran ser recorridos a pie y sombrero en mano, como se recorren los santuarios y los museos.

Esta idea pasaba por la mente de todos nosotros al recorrer las calles de la olvidada Aracena, desde los palacios de los Valladares y del obispo Moya, llenos de tesoros del renacimiento, hasta sus vetustos templos, sus amplios casinos y sus Ayuntamiento, de

estilo mudéjar... ¡Oh las calles empedradas, solitarias y limpias de esas ciudades dormidas sobre sus glorias, donde, sobre el verdín y el césped de entre las losas resuenan como en tumbas las pisadas del viajero, mientras las gentes asoman curiosas a las puertas para ver la *facies* del forastero, y al punto se retiran cautelosas temiendo que el forastero sea el recaudador de los apremios de la contribución o el ingeniero que va a allanarles su tradicional guarida para tal o cual obra pública inventada por la perfidia macabra del cacique enemigo...!

La morisca Aracena, cabeza de las 18 aldeas del principado de su nombre, sede con jurisdicción inquisitorial, real y eclesiástica, gentil priorato de los caballeros del Temple, más berebere que árabe, cual todas sus congéneres, desde Elvas, Estremos y Barba, portuguesas, hasta Coria, Placencia, Cáceres y Trujillo, tan portuguesas como españolas, se desarrollaba alegre y apiñadísima por las faldas de la colina, en cuya cumbre descuella el castillo templario en cuya busca íbamos.

Por un empedrado de mármol negro más bien que de pizarra micácea, que me recordaba el basalto de la isla de Madera con el que se empiedran pueblos donde el polvo es desconocido; por una calle de cuesta, con casas más limpias que el jaspe—cosa que en la metrópoli de los mármoles más hermosos no puede saber a metáfora—nos fuimos acercando al castillo, sin volver la vista atrás para mejor gozar luego del panorama de la altura. Al doblar el último recodo de la vieja calzada de subida afrontamos con una Giraldilla de Sevilla en miniatura. Era la torre almohade del siglo XII, sobre la que durante casi dos siglos tremoló potente el estandarte blanco y negro de los *Caballeros de la Tau*; los templarios incomprendidos, los del *domini mihi custos et ego disperdo inimicus meus*, hasta el día de su extinción, más aparente que real, por el papa Clemente V en el concilio de Viena.

Cabe la torre se abrieron bien pronto ante nosotros la Puerta de la Epístola, de la iglesia del Castillo y los arcos ojivales ligeramente apuntados del recinto. Una admirable estatua yacente en barro cocido y vidriado del prior Don Pedro Vázquez nos miraba con sus ojos de juez y sus mejillas de asceta, pareciento interrogarnos acerca de nuestros propósitos de indignos templarios del vigésimo siglo, que émulos de las glorias de aquellos otros, queríamos revivir, al menos, en nuestros corazones de novicios, los misteriosos recuerdos suyos acerca de «la ciencia de los dioses», o séase Teosofía, que ellos conocieron a maravilla. Por aquel ba-

rro vidriado de Triana parece que se han ofrecido más de doscientas mil pesetas.

Desde lo alto de los murallones restaurados por orden de los Reyes Católicos al incautarse del priorato, nuestro ya inseparable amigo el párroco, nos describió, como sobre un mapa, el mágico panorama que se abarda desde aquella altura.

—Las sierras de Aracena, de las que forma parte esta colina histórica y aislada nos dijo—son típicas por constituir la divisoria de cuatro ríos; la Ribera de Huelva, que allá por el Este se dibuja, camino de los llanos de Sevilla; las torrenteras de ahí abajo que han de formar más allá al Tinto y al Odiel, y las otras dos cuencas del Chanza y el Múrtiga hispano-portugueses, que, por Occidente, nos ocultan las alturas de Alájar y Robledo. Esto es, pues, al par, Portugal y España; Sevilla, Huelva y Extremadura, hasta el punto de que cinco gotas de agua caídas en la cumbre vecina a Aguafreías y al Castaño del Romero, pueden ir a cinco ríos y a dos naciones distintas, como la mitad de las aguas que corren por los dos costados de la silla de caballo en la que se asienta el pueblo, van a Huelva y la otra mitad a Sevilla.—Estamos, pues, en una cumbre, *cumbre*—dijo Montalvo, entusiasmado—. Algo semejante, aunque en mayor escala he visto en el macizo central andino de Bolivia o las cresterías del sur de Colombia, de las que arrancan hacia el Norte los poderosos ríos Cauca y Magdalena por un lado, y media docena de afluentes inmensos del Maraón y el Amazonas, por otro.

—Sí, en el mundo lo grande y lo pequeño siguen la misma ley, porque en el átomo como en el astro está el espíritu de la Divinidad—añadió respetuoso el párroco—. Ahí tenéis también por el Sur las sierras del Padre Caro; la cumbre del Cerro Salomón y toda la Campana de Huelva, enlazándose al Oeste con los llanos Orullo y San Bartolomé; el monte de la India; la Fuente del Oro; el castillo y la cueva de la Mora y las antiquísimas termas de Almonaster la Real, donde creo os debéis dirigir después que hayáis visitado Alájar y su Peña de Arias Montano que, no lejos del cerro de San Ginés, se dibuja ahí enfrente por donde el sol en estos solemnes momentos declina. Hacia el Norte se columbran, más que se ven, las alturas vecinas a Fregenal y a los valles de Fuente-heridos, Navahermosa y Cortelazor, donde empieza la Ribera de Huelva que cierra todo el Este, allende la carretera que habéis traído desde el Castillo de las Guardas, y aquende, aquella desdibujada serranía del Gandul.

—¿Cómo decís que se llama ese cerro frontero hacia la mitad de la carretera de Aracena a Alájar que mañana vamos a recorrer?—preguntó con extraño interés el agudo doctor.

—Es, como véis, la más alta de cuantas circundan a Aracena. Sobre su cumbre se alzó en tiempos el antiquísimo santuario de Santa Brígida, pero el tal santuario tomó el nombre de *San Ginés de la Torre* desde el día en que Arias Montano regaló al templo, como ya os dije, una hermosa escultura gótica de San Ginés, no sé si traída de Alemania, y la misma que acabáis de admirar en la iglesia del Castillo. Sin duda una mágica afinidad de gustos, cuanto de virtudes ligó siempre al asceta de nuestra Peña con aquel santo fundador que, según el santoral de nuestra Madre la Iglesia, se encontró en el bosque virgen del Ródano al ermitaño Veredín y, muerto este maestro suyo, se retiró a una cueva en lo más enmarañado de la selva, donde es fama que una cierva o hembra de gamo venía diariamente a amamantarle, hasta el día en que perseguido el animal por los monteros del rey Childeberto, se refugió en la cueva donde nadie, perros ni ojeadores, se atrevieron a penetrar, contenidos por una fuerza invisible, pero uno de éstos disparó una flecha a la ventura hacia el matorral hiriendo al santo asceta, en el que hirió simbólicamente a la Verdad Sagrada, como nosotros, con nuestros pecados, la herimos...

—¡Padre! dijo el doctor con patético acento — vuestras evangélicas palabras me traen a la memoria un pasaje del libro de Schuzé acerca de *Los grandes iniciados*, y, puesto que sois tolerante, a fuere de bueno, le recitaré con vuestro permiso.

—Podéis hacerlo—replicó suavemente el sacerdote. Se refiere a la iniciación de Krishna, y dice así: «Entre tanto el rey Kansa, al saber que su hermana Devaki había vivido como anacoreta sin poderla descubrir, empezó a perseguir a los demás anacoretas como a bestias feroces, teniendo que refugiarse en la parte más recóndita de la selva. Entonces su jefe, el viejo Vasishta, el centenario, se puso en camino para hablar al rey de Madura. Los guardias vieron con admiración aparecer ante las puertas del palacio un anciano ciego, guiado por una gacela. Llenos de respetos al rishi, le dejaron pasar, Vasishta se aproximó al trono donde Kansa estaba sentado al lado de la perversa y sensual reina Nysumba, la maga negra, y le dijo:—Kansa, rey de Madura, desgraciado de tí, hijo del Toro, que persigues a los solitarios de la selva santa: Desgraciada de tí, hija de la Serpiente... Vuestro castigo está próximo. Sabed que el hijo de Devaki vive. Vendrá cubierto por ar-



madura invulnerable y arrojará de vuestro trono a la ignominia... Los guardias todos se habían prosternado ante el santo anacoreta centenario que volvió a salir conducido por su gacela sin que nadie se atreviera a tocarle. Pero, a partir de aquel día, pensaron el rey y la reina en los medios de hacerle morir secretamente...

Perseguido noche y día por las palabras del anacoreta, el rey de Madura, dijo a Krishna, conductor de su carro: Desde que aquel anciano emponzoñó mis días, ya no puedo vivir... Pero contigo nada temo. Ven conmigo a su selva maldita y hiérole en cuanto le veas.

Disfrazados de cazadores se internaron en la selva. Era el principio de la estación de las lluvias. Cuando se aproximaron al bosque sagrado, el horizonte se ensombreció, velóse el sol; llenóse la atmósfera de una niebla cobriza y del tempestuoso cielo pendían nubes como trombas sobre las combatidas copas de los árboles.

—Es Vasishta el viejo solitario, que tiene poder sobre los elementos y los desencadena contra mí—dijo el rey: ¿Tienes miedo?

Aunque la tierra tiemble y se desgaje sobre mí el cielo, nada temeré—respondió el joven.

—Avanza entonces.

Krishna fustigó a los caballos y el carro penetró bajo los pavorosos baobabs con velocidad vertiginosa. Fulguró el relámpago, cayó el rayo a los pies de los viajeros y el trueno retumbó.

—Tu enemigo es un dios—dijo Krishna, por cuanto Indra le protege.

—Tocamos al objetivo—dijo el espía del rey—. Mirad ese sendero entre el césped. Al final se dibuja una cabaña miserable o gruta. Allí habita Vasishta, el gran muni; el temido por las fieras, el que alimenta a los pájaros...

El muni, en efecto, vivía allí. Sus ojos se habían extinguido, pero con el alma veía lo que jamás pueden ver aquellos. Su piel era insensible, pero su espíritu vivía en unidad perfecta con el Espíritu Supremo. Cuidaba de él una gacela... y alejaba a las fieras con sólo murmurar un *mantran*. En cuanto a los hombres, quienes quiera que fuesen, los veía por medio de su mirada interna, desde muchas leguas de distancia... Krishna, caminando por el estrecho sendero vióse de repente frente a Vasishta. El rey de los anacoretas, se encontraba allí absorto en una paz profunda, murmurando la sílaba sagrada ¡Aum! Krishna le reconoció y le adoró...

—Rey de Madura—dijo el anciano—vienes a matarme, a liber-

tarme de la cárcel de barro de este cuerpo, pero ¡he aquí al hijo de tu hermana Devaki, que te destronará!...

Kansa, estupefacto, no podía mirar cara a cara al anciano. Viendo a Krishna de rodillas ante su mortal enemigo, tendió con toda su fuerza su arco y lanzó su flecha contra el hijo de Devaki. Pero el brazo había temblado, y la flecha fué a clavarse en el pecho de Vasishtha quien, parecía esperarla con éxtasis. Krishna había sentido vibrar en su oído la flecha, y todo el dolor del mundo traspasó su alma con ella al verla clavarse impía en el pecho del santo. —Hijo de Mahadeva, matar es vano—dijo con seráfica serenidad el anciano, sin cambiar de postura, con la flecha clavada en su corazón. El alma no puede así ser herida, y la víctima es el vencedor del asesino. Triunfa Krishna: el destino se cumple; yo vuelvo a Aquel que no cambia jamás, pero tú, salvador del mundo, ¡en pie, Krishna, Krishna...!

Entonces, una deslumbradora luz rasgó los cielos, y en aquel océano de suprema felicidad, Krishna vió, glorificada y radiante, a su madre Devaki...

...Cuando volvió en sí la gacela lanzó la herida del cadáver del anciano y Krishna levantóse transfigurado. Un abismo insondable le separaba ya del mundo y de sus ilusorias apariencias, pues había percibido la Suprema Verdad y comprendido su redentora misión para la que había aún de volver entre los hombres...>

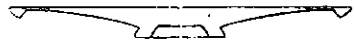
Todos quedamos subyugados ante la hermosísima leyenda, a la que aquella sublime puesta de sol y aquel templario y consagrado ambiente parecían prestar todo el divino relieve de su marco.

En mi mente se unían, llevándome una vez más al mundo de los jinas, los recuerdos místicos de la cierva del santo cristiano del Ródano y la gacela del asceta Vasishtha, con la vaca sagrada que amamantó durante dos años seguidos a Gauthann el Budha en el desierto; con la cierva alcanzada a la carrera por Hércules en uno de sus *Trabajos*; con el gamo, toro, cierva, corza, en fin, de la leyenda universal, que el cazador de *Los ojos verdes* de Bécquer persigue con igual frenesí mágico que los persigue también Alhamar el Nazarita de Manuel Fernández y González, en su admirable *Historia granadina de los siete murciélagos* y mil otras más que no hay para qué recordar. En cuanto al buen páter, alma generosa, sin duda, se limitó a decir del modo más solemne:

—Nuestro ínclito padre San Agustín, ha dicho en su Ciudad de Dios: «El Cristianismo es una fórmula nueva de una Religión Eter-

na: ¡la divina Religión del Paraíso, que de labios de los ángeles escucharon por vez primera los hombres!

La campana del Templo tocaba a la Oración. Todos nos descubrimos reverentes, mientras que el azúreo ámbito de aquella altura empezaba a fachonarse místicamente de estrellas.







## CAPÍTULO IX

# Añoranzas de la Santa Inquisición de Aracena

*Un viejo recuerdo de Arias Montano en Galaroza.--- Monumentos diversos.-- La obra del padre Lorca.-- Sor María de la Trinidad y los elementales malignos.-- Un recuerdo del cronista Nogales.-- Un precioso libro acerca del Santo Oficio y del polígrafo.-- ¡Encerrado en la propia iglesia y entre cirios amarillos!-- La vela de mis armas y las ratas amigas.-- ¿El italiano otra vez?-- Extractos del libro de Barrera.-- Los Juan Huss y los Miguel Servet, aracenenses. -- El escudo de la población.--- ¡Este es el camino de los astros!*

Del santuario del cerro de San Ginés—continuó diciendo el párroco mientras nos preparábamos para descender del castillo—quedan sólo escombros y la inexplorada galería de hacia la base del cerro, galería que es fama, comunica por un lado, con la Peña de Alájar, y por otro, con la hueca base del castillo por cuyo fondo se despliega la *Gruta de las Maravillas*, que decís vais a visitar esta noche. En las cumbres del repetido cerro de San Ginés celebraban antaño los aracenenses la fiesta de la Pascua florida, y el pueblo de Galaroza, que está del otro lado, conservan aún los ricos ternos donados a la ermita del santo asceta, ternos que el sacerdote vestía sólo en el día de la fiesta, al modo de esos privilegios tan genuinamente españoles, como el de los ternos de azul y blanco del día de la Inmaculada que son de rúbrica únicamente en España y en tal día.

—Es muy extraño todo esto—murmuró el doctor entre dientes. A los últimos rayos de aquel dilatado crepúsculo dejamos atrás

no sin gran pena, las ruínas ibéricas y romanas de aquel verdadero castro prehistórico, elegido por lo templarios para asiento de su castillo en aquellas alturas unguidas por la doble magestad secular de una Historia grande y una grandiosa naturaleza. Descendiendo por calles distintas de las de nuestra subida para mejor empaparnos en el ambiente de la población y para ver a la luz de los faroles, ya que no el retablo de la cerrada iglesia de la Asunción,—retablo atribuido a Montañés—el hermoso arco ojival de la-



Gruta de las Maravillas

drillos en el exterior de la Iglesia de Santa Catalina, hoy convento de las carmelitas, en cuya portería entró un momento el pater para obsequiarnos luego con la obra escrita en 1671 por fray Antonio de Lorca acerca de *La vida y virtudes de la venerable madre Sor María de la Santísima Trinidad, de la orden de Santo Domingo*.

—Es—dijo el párroco—un libro de época muy curioso por los milagros y anécdotas que refiere de esta santa mujer, tales como el de su nacimiento; el sacrificio que, años más tarde hizo su madre *permutando* su vida, valga la frase, por la de su protector el duque de Béjar y las aventuras de una tal Mari-Sánchez a la cual ni muerta ni viva, dejaba de atormentar el diablo, quien cierta noche es fama que llegó hasta a querérsela llevar a caballo camino de la Fuente del Maestre en la Peña de los ángeles, y aun se dice que acaso hubiera realizado su propósito a no impedírsele aquella con su dominio perfecto sobre *los malignos*.

—Como éste son frecuentes los libros de aquel triste período de nuestra decadencia, en el que la milagrería y la mera exterioridad religiosa iba socavando a la verdadera fé y a las buenas obras—dijo el doctor una vez que en la casa parroquial éramos obsequiados con chocolates y riquísimos bollos del país. Y preguntando al pater añadió: —¿No teneis algún otro libro en vuestro archivo? Porque yo recuerdo que mi llorado amigo el cronis-

ta José Nogales, aludió varias veces a uno muy curioso que se conserva en la parroquia como una reliquia. También, recuerdo, propósito del autor de *Las tres cosas del tío Juan*, la tradición relativa al Cristo de la Plaza, en la que el eximio aracense halló inspiración para una de sus mejores leyendas.

—Sé el libro que decís—respondió el párroco—pues que obra en el archivo de mi iglesia. Es el escrito en mil seiscientos doce por Fernando Sánchez de Ortega, notario apostólico, familiar del Santo Oficio de Aracena, de Sevilla, etcétera, acerca, de los «sucesos ocurridos en esta villa y otras partes, como asimesmo cosas de Inquisición que en esta villa pasaron y el orden que se tiene en el hacer de las informaciones para criar oficiales del Santo Oficio y cómo los notarios han de cumplir los mandamientos de él y las libertades que tienen los familiares, y casos de que conoce la Inquisición de estos familiares, como asimesmo el orden de las informaciones de ordenantes clérigos y colaciones de capellanías,» todo según la ficha que aquí veis—terminó nuestro huésped.

—Tened la bondad de enseñarnos este libro al punto—dije apresuradamente sin poder disimular mi emoción de cronista, sin reparar en lo intempestivo de la hora, y en que aún teníamos que cenar, que visitar aquella noche la Gruta de las Maravillas, y que salir muy de mañana para Alájar.

—Os repito que está en el archivo y con el mayor gusto os le mostraré mañana.—replicó el páter.

—Es el caso que como esta noche.....—insinúe intimidamente.

—..... Y aún esta misma noche le podeis ver. pues, si, teniendo yo que dejaros en breve para dar mi cátedra a los adultos en la fundación de Arias Montano, os avéis a ser encerrado y puesto entre dos velas en la sacristía, a guisa de un muerto—confestóme aquél sonriente.

—Sí, sí, dejémosle sólo al cronista y se divierta en el archivo parroquial mientras uno de nosotros visitamos a los amigos, otros organizamos la partida para mañana y yo realizo ciertas pesquisas arqueológicas donde me sé,—dijo el doctor no sin cierto misterio.

—Yo os acompañaré para que no os hagan miedo las ratas del archivo, ni sus viejos elementales burlones—me agregó, siempre inquieto y cariñoso Cotta.

—¡Pero yo no quiero que me acompañe nadie!—repliquéle, en broma—tal vez aquel silencio lleno de magestad del templo, en la

## DE SEVILLA AL YUCATÁN

penumbra misteriosa de las lámparas, sea algo así como el velar de mis armas para prepararme dignamente a la empresa que se nos avecina.

—Dejadle, si—ordenó Peinado—que esta noche hay trabajo para todos.

Dejélos pues en la casa rectoral preparando sus planes y, acompañado solamente del amable cura que ya empezaba en mi loca imaginación a cobrar perfiles como de un viejo inquisidor que me llevaba preso, tiramos calle arriba. A vuelta de tres o cuatro recodos misteriosos, héme ya pues, en noche de luna casi llena, frente por frente de la puerta principal, cuyos goznes al rechinar orinientos me produjeron involuntario escalofrío. El ámbito del templo estaba solitario y en sombra; nuestras pisadas en medio de aquel silencio solemne sonaron a hueco sobre las borradas losas que desde hacía cuatro siglos cubrían las tumbas. Una vacilante y mortecina lámpara lucía más allá al lado del presbiterio, haciendo más pavorosa las penumbras aquellas. Un rayo de luna, esfumado por oscura vidriera, iba a dar sobre las dos llaves falladas del escudo de un sepulcro abacial, llaves que parecían dos fobias cruzadas, con su calavera encima y olfame allí dentro a esos cuatro olores característicos de iglesia: cera, incienso, moho y multitud que ya se ha ido. El llavero con que el párroco me iba cerrando tras mí las puertas me parecía, con su tintineo, el choque de un grillete inquisitorial próximo o acariciar mis pantorrillas, o el abrirse y cerrarse de las clásicas mazmorras del Santo Oficio, cuyos *frescos* anales iba a consultar.... Hícame, sin embargo, el fuerte y penetré en la sacristía, donde el páter, como si fuera a prepararse para celebrar misa de alba, encendió dos cirios amarillos que puso sobre una torneada mesa, llena de manchas de cera, aceite y vino de las vinageras que la siempre dormida solicitud del sacristan no había alcanzado a borrar. Sentóme luego aquél en una comodísima frailería de clavos dorados, cara a cara con dos horrorosos cuadros de época representando, el uno las abrasadas ánimas del Purgatorio, entre culebrones espantosos y diablos rojiverdes, y el otro la crucifixión, cabeza abajo, de San Pedro, cosa que me recordaba de un modo macabro las penitencias semiyoguis que Torres nos había contado aquella mañana del padre de nuestra *Casas de Hermes*. Sonando las llaves, más que un carcelero, abrió el páter las puertas del archivo, y dándome una cariñosa palmada en el hombro



puso el infolio delante de mí y me abandonó en aquellas frías lobregueces, diciendo:

—Ahí queda usted, pues, muy a su sabor y con el libro de la Inquisición vieja, cual pobre preso de mi inquisición novísima. Obre usted con toda libertad y confianza, que ya, para que no se preocupe de nada, cerraré por fuera con llave la puerta exterior no sea que, si la ven abierta los chicos hagan alguna de sus travesuras. Son las siete. A las nueve y media tornaré a sacarle de su encierro.

Agradecile al cura de todo corazón tamaña y tan española confianza como aquella. Acompañé a mi mentor hasta la puerta y no poco impresionado y medrosico me arrellené en la frailería comenzando mi trabajo que se reducía dada la premura del tiempo, a tomar semitaquígraficamente el mayor número de notas posible. El *libro becerro* aquel era, en efecto, curiosísimo. Con la fea y garrapata letra del siglo XVII, tan contraria a las preciosidades caligráficas de la del siglo XVI, leí, después del largo título cuya fecha nos había leído el páter, la nota marginal siguiente:

«Este libro mfo que contiene noticias dignas de aprecio, le donó a esta iglesia matriz de Aracena, para que se custodie siempre en el archivo, pues en las casas particulares es muy fácil perecer» y firmaba: «Doctor don Agustín Barrera y Narváez; año de 1801,» con este otro apunte: «Se colocó en el archivo en 1802.»

Lleno de esa avidez insaciable que sólo puede explicarse el que sea investigador y bibliófilo, fuí viendo y apuntando los particulares más salientes del infolio, tales como estos:

«Nueve días de Julio de mil y quinientos y cincuenta y cinco años: fué preso el doctor Arias Montano estando en la Peña (folio 3)—Arias Montano predicó en Aracena y publicó el Santo Concilio de Trento (f.º 7)—Empeñóse con el rey en no dejar su retiro (f.º 26 vto.)—Salió en la Peña a recibir la procesión que fué a Aracena (f.º 23)—Acompañó de Aracena a la Peña al cardenal don Rodrigo (f.º 38 vto.)—Vino al entierro de Marcos Pérez, que se mató en la obra de la iglesia (f.º 72 vto.)—Instituyó y dotó la cátedra de Gramática de Aracena (ibidem)—Murió en Sevilla (f.º 76 vt.º)».....

Aquí llegaba en mi trabajo cuando hice un breve descanso, extrañado por un tenue ruido como de ratas que arañasen o jugueasen tras las andas de un santo, adosadas a un rincón del tétrico recinto. La asociación de ideas, esa terrible asociación de ideas con las que la imaginación nos mata o nos salva, me trajo a las

mientes, como nunca, los chirridos y golpes de los vargueños de marras, y ¡horror de horrores! el espectro del italiano brotando fosfórico y vago de detrás de las andas ya que no del propio lienzo del purgatorio, alargándose una mano como el Comendador al Tenorio, cual si sólo quedase un grano de arena no más en el reloj de mi vida.....

Sí; el italiano me arrastraba al mundo de los jinas: sin duda, porque yo me sentía ya desdoblado con mi cuerpo astral en marcha



Grua de las Maravillas.

tras el espectro como en las macabras danzas de la muerte de Alberto Durero, va la tierra doncella tras el esqueleto horrible de su seductor..., mientras que mi inerte cuerpo físico entre los dos amarillos cirios yacía sobre la fraileira. En hora aciaga habíame acordado de él antaño para reparar el vargueño, y en peor, hora aun me había metido en aquella ratonera eclesiástica para perder de terror la vida, por falta del debido gobierno sobre mí mismo.

No le deseo a nadie una impresión de angustia como aquella en la que yo veía dibujarse el espectro lívido de aquel grandísimo perdido del Bar del Torreón

al par que las llamas de los dos cirios se achicaban como almendras; como cabezas de alfiler, como astrales puntos de luz, en fin, entrevistados en las angustias de la asfixia.... Una carrera cual la de un caballo que, en vez de herraduras, tuviese en los cascos almoadillas de seda, se dejó oír escalofriante por el lado contrario, y después otra. El terror me heló la sangre, más, al punto me avergoncé de mí mismo al ver dos gigantescas ratas, tamañas como medianos conejos que salían jugueteando de su escondite, después de convencerse, según era mi quietud, de que allí nadie había vivo.

Para ahuyentar a tan intempestivos como irrespetuosos visitantes, descargué un fortísimo puñetazo sobre la mesa, pero con

tan mala fortuna que una de las velas saltó de su inseguro candelero, yendo a caer en la caldereta del agua bendita que el monago había dejado olvidada junto a la mesa. A la conmoción del puñetazo las dos ratas huyeron despavoridas. Sin duda, más que ratas eran dos efectivos elementales o diablejos como aquellos que, pretendiendo burlarse de San Alfonso de Ligorio mientras hacía sus lecturas piadosas, se vieron obligados por el santo en un momento de mal humor, a sostener la vela hasta quemarse las uñas..... Al fin, los taimados conseguían su objeto que era, sin duda, el de dejarme con una vela sola, con tanto más peligro yo de quedarme a oscuras, cuanto que, al requisar mi bolsillo, advertí que no tenía cerillas.

Casi sin ver las borrosas letras, continué mis apuntes de los cuales conservo los siguientes que constituyen una sencilla y abreviada historia de la Aracena de entonces: Bulas aprobando la constitución de la hermandad del Santísimo Sacramento—Fundación del convento del Carmen, de Aracena (1562)—Año de grandes plagas y de sequía—1563: lluvia espesa de ceniza venida del Poniente y que nubló al sol. (Acaso precedente de alguna gigantesca erupción del Teide cuyas cenizas llegaron así a nuestra península)—Nacimiento del autor de este libro—Muertes en los Manines—Aguas y fríos; año tardío Fundación de la ermita de San Jerónimo en el Castillo—Rezo nuevo. canónico—Moros alojados (moriscos)—Año de hambre—El comendador don Juan Gutiérrez Tello de Guzmán y su ejército contra Portugal—Sublevación militar.—Once entierros en un día.—Procesión para rogar la salud y la extinción de la plaga.—Pedro Núñez, abad, prior de Aracena.—Corrección gregoriana del calendario, que quitó diez días a aquel año.—Misa nueva.—Se pegan dos curas y queda la iglesia en entredicho.—Temporal de aguas.—Incendio de la iglesia mayor.—Muerte de una doncella.—Gentes que marcharon a Indias.—Marido y mujer muertos en un día.—Otro caso igual.—Moriscos expulsados del pueblo.—A Juan Puntilla le hace dar 100 azotes la Santa Inquisición y que se le corte la lengua.—Por hereje, sufre Juan López Moatro el mismo castigo. A Diego Gutiérrez se le cortó la lengua también.—Año de gran Inquisición en Aracena (f.º 93 vto) y otros muchos relajados y reconciliados.—Asesinato en Almonaster.—Muerte de un clérigo en Cumbres, por otro hermano.—Otro clérigo ahorcado en Cumbres.—Un atenaceador en Sevilla.—Peste en la comarca.—Asesinato de un cura en Sevilla.—Sublevación de Granada. Soldados en el Conda-

do, Sierra, y Extremadura. —Guerra contra el turco y el inglés. — Un español, natural de Ecija, mata en París al rey de Francia. — Es muerto en Africa el infante don Sebastián de Portugal. — Autos y casos de Inquisición. — Notable caso de Simeón González Sánchez..... y otras cosas peregrinas, a este tenor.

Con la premura de la toma de las notas y con las palpitantes impresiones por ellas recibidas acerca de este tristísimo pasado de nuestra decadencia en un ambiente tan de época, como aquel de la sacristía en la que me veía encerrado, sólo, entre recuerdos y tinieblas, me ardía la cabeza. Golpeábanme con inusitado vigor las sienes ante la macabra procesión de aquellas pestes, hambres, crímenes y guerras, sartas de hombres infelices quemados vivos en la plaza pública, al modo de Juan Husso, de Miguel Servet y tantos otros inocentes, por el mero delito de una vida pura y de un pensar recto e independiente, entre cofradías que se creaban; iglesias y conventos que se alzaban, lluvias de cenizas, diluvios y sequías..... El amarillento cirio que tenía por toda luz, amenazaba ya extinguirse, cuando aun faltaba media hora larga para la llegada de mi amable protector y *carcelero*. No pude ya más «y renunciando a la parte seguramente más sabrosa del voluminoso *be-cerro*, parte en la que se daban algunas reglas de cálculo y unas claves grecolatinas para poderse comunicar *con otro* sin temor a indiscreciones de profanos», claves que acaso estaban allí por haberse usado en las delaciones secretas y demás trapisondeos de la *Santa* Inquisición—me levanté de la frailería y, cirio en mano, me puse a curiosear los demás cuadros de la sacristía, pensando que ellos serían tan pésimos como aquellos que delante de mi mesa, parecían haberme hecho durante el trabajo tan extraños guiños y visiones.....

¿Cuál no sería mi sorpresa, pues, cuando, envuelto en penumbras de luz y de siglos, se fijó mi turbada vista en el retrato de un caballero santiaguista, de cara fuerte, dura imperativa, gallardísima, que parecía mirarme con una inexplicable mezcla de autoridad, ironía y carifío. Una inscripción latina, en caracteres que más que allí parecían estaba en mi imaginación calenturienta, y que rezaba: *Qual singula mirari in homini solemus, Benedicta Aria, es consecutum te possum dicere universo*, me revelaron bien pronto quién fuera el original. ¡Era un retrato del maestro, de el ario del monte», de factura aun mejor que el que de él se conserva en Sevilla!.....

Quedéme petrificado ante aquella aparición, que más que retra-

to me parecía el propio personaje excelso y un instante redivivo para premiar mi labor investigadora. Repuesto apenas de mi emoción al cabo de un rato, alcancé a columbrar también, sobre el retrato, y pintado al fresco, algo que no me admiró menos: el simbólico escudo de Aracena, compuesto acaso por el propio don Benito ya que no por sus antepasados templarios, escudo que era todo un compendio de heráldica, según me explicó al otro día nuestro amigo y guía, pues que constaba de tres cuarteles, separados por algo así como una *tau* templaria formada por un trono horizontal de nubes, al que se subía por el palo vertical de dicha *tau*, formado a su vez por una *espada* y un *basto* simbólicos, unidos por cinco travesaños o peldaños de otras tantas coronas de príncipes, coronas de vanidad que había acaso que hollar para escalar aquel trono celeste sobre el que sólo se veía entre nubes, una puerta cerrada *porta-coeli* sin duda, hacia la que se dirigía una mano misteriosa armada de una llave o *clave guardadora* del gran secreto de la iniciación en los misterios del cielo cerrados por aquella puerta, mientras que el cuartel de la izquierda ostentaba una almenada torre semejante a la del escudo cardenalicio del obispo Moya que habíamos copiado también aquella tarde, torre de la que salía un torrente de agua viva, y en el cuartel de la derecha veíanse unos amenos Campos Elíseos, con la propia diosa Eves, Vesta, Hestia o la Tierra coronada de flores y frutos, bajo un árbol paradísico.... En torno del escudo el dístico latino de *Hac via itur ad astra*; esta es la vía que hacia los cielos conduce...

Mi emoción ante el cuadro fué tal que el cirio se me cayó de las manos y en aquellas cimerianas tinieblas hube de quedar más muerto que vivo, todo el inacabable cuarto de hora que tardó en venir a libertarme el páter, quien, entre regañón y festivo ante mi aventura, que le conté al punto, me dijo:

—¡Oh gran bribón! ¿cómo os las habeis compuesto por vuestros pecados para quedaros a oscuras habiéndoos yo dejado dos cirios encendidos; abundante provisión de cerillas a vuestro mismo lado, sin que en vuestro aturdimiento las hayáis visto, como tampoco se os ha ocurrido salir al templo, en cuyo presbiterio arden dos lámparas, noche y día?

—No lo sé, páter, —repuse avergonzado de mí mismo.—Hay cosas que no son para pintadas ni explicadas sino para vistas. Además ese italiano maldito.....

No terminé la idea para no escandalizar a aquel hombre piadoso, y cansadísimo cual si me hubiesen dado un buen pie de paliza

## DE SEVILLA AL YUCATÁN

de aquellas tan paternalmente administradas por la Inquisición santísima para tornar al buen camino de la fe a los relapsos, dejé en su vicaría a mi protector, tornando a la fonda, donde encontré cenando ya a mis compañeros de empresa, quienes tampoco habían perdido el tiempo, como después se supo.





## CAPÍTULO X.

# Curiosas revelaciones acerca del polígrafo.

*En sesión permanente.—Más sobre el escudo templario y su interpretación ocultista.—El turno de Cotte y lo que le contó una bruja.—El perro-jina del polígrafo.—El centén perdido.—La huerta sevillana de Cebreros o Espantaperros y el arrabal de San Bernardo, Meca del toreo.—Sepulcros y tesoros hebreos.—La Compañía de Jesús y el hebraísmo de Montano.—Montano, «madera de sándalo».—La edición de la Biblia Regia y la concepción de la «Magna Obra».—La acusación de León de Castro.—Montano y «Los plomos de Granada».—El santo anciano del Parral y el P. Sigüenza.—Obras secretas de San Isidoro.—El viejo veneciano y el polígrafo.—Libreros a estilo de Bulwer Litton.—Por qué el Escorial pudo ser y no fué la octava maravilla del mundo.*

Aquello no fué comida, sino un banquete a lo Heliogábalo que sólo se nos podía permitir tras aquél fatigosísimo día en que veníamos estando *en sesión permanente* y permanente labor desde las cuatro de la mañana.

Pero, fuese cosa milagrosa—que *milagros* sin transgresión de leyes naturales acaecen siempre a los hombres de fe integral como nosotros—fuese porque, como discípulos del Ocultismo estábamos bien acostumbrados a hacer de la necesidad de aprovechar el tiempo una imperiosa ley, fuese por esos sedantes descansos que la amistad proporciona a los buenos, es lo cierto que la sesión que, alzados manteles, comenzó a las once, no terminó hasta cerca de la una. La cosa no era tampoco para menos, porque necesitábamos el comunicarnos nuestros respectivos trabajos de la noche y acordar el programa para el siguiente día.

Primero la asamblea se rió de bonísima gana ante mi encierro *inquisitorial* en la sacristía y las consecuencias terribles que ello pudo tener gracias a las ratas, al espectro del italiano, o más bien

a mi excaso *valor militar* y mi atolondramiento de quedarme a oscuras, teniendo a mano un montón de velas, una lámpara encendida y una caja llena de cerillas. Luego se electrizó de entusiasmo al oír la explicación ocultista del templario escudo de Aracena, que el doctor, nos interpretó al punto, de este modo:

-- El escudo entero es el símbolo de *la tau*, cuyo travesañ horizontal está formado por nubes de Misterio, ocultando *el estrecho sendero* que a la Verdad conduce, y cuyo travesañ vertical es una penosa escala apoyada en la *Espada del Conocimiento* y en el *Cetro o basto del dominio sobre nuestras pasiones*. Cinco coronas principescas que para subir por la escala hay que hollar a guisa de peldaños, expresan la necesidad que el hombre tiene de pisotear toda grandeza, toda ambición humana, si quiere llegar, escala arriba, hasta la cerrada puerta, *porta coeli*, cuya llave mágica le alarga el brazo del Maestro. A izquierda y derecha de dicho palo vertical de *la tau* quedan respectivamente el *Castillo de la joyosa guarda*, que dirían los ciclos de la literatura caballeresca, del que brota el torrente de agua viva que fecunda al mundo—*ego sunt ressurectio et vita*—y los Campos Elíseos, donde Ceres, o una de sus sucedáneas de los demás panteones, en representación de la Madre-tierra, aparece coronada de flores y de frutos... El escudo entero es pues el emblema del Ideal, como harto claramente lo expresa la leyenda que reza: «*¡Este es el camino de los cielos!* En cuanto a vos, querido cronista, su destino ha sido el de todos los cobardes valentones—terminó diciendo el sabio:—padecer hambre en la abundancia, sed en medio de las aguas, miedo allí donde no hay nada que temer y tenebrosa obscuridad en medio de la luz... ¡Tal es, por desgracia, el mundo entero, y espero que otra vez os mostréis más sensato ocultista!

El turno de Cotta fué también pintoresco. El hombre, merodeando aquí y allá, como excelente buscador que era, había dado con sus huesos en un zaquizamí gitanesco, vecino al edificio de las Hermanitas de los pobres, y allí una comadre vieja y bruja por añadidura, le había narrado tradiciones locales notabilísimas acerca de *la cueva de la Notaría*; los milagros de Sor María en casa de los duques de Béjar; las andanzas astrales de Marisánchez por los tejados en las más pavorosas noches walpúrgicas del siglo XVII, y otras deliciosas cosas. Vino también muy ufano con un *Juan Lanas* o un *Narciso* de barro, que la bruja le había regalado a guisa de totem, *regalado* a cambio de algunas pesetejas, por supuesto. El entusiasmo de Cotta no tuvo límites al narrarnos



cuanto la hechicera le había dicho por muy cierto a propósito de nuestro polígrafo, angel tutelar de todo el priorato de Aracena, como es sabido.



—Me contó—dijo en resumen Cotta—que según ella había oído a Manuel Barreras, vecino hoy de Valencia del Ventoso, el sabio tenía, entre otras maravillas, un pachón blanquinegro que no dejaba que nadie se le acercase a tocar a su amo. Tan inteligente era el perro que todas las mañanas venía, nadie sabe si bajo tierra o por los aires, desde la Peñá de los Angeles hasta el mercado de Aracena con una cestita en la boca y en la que los diversos vendedores le ponían el pan, las verduras o lo que fuese, que el perro al punto llevaba solícito a su amo. Añadió también la gitana que el *Salomón de España* conocía las virtudes de todas las hierbas medicinales y alimenticias. Sabía además encontrar, mejor

que nosotros con la *oración de San Antonio*, todos los objetos extraviados, como le aconteció con una pobre mujer que habiendo perdido un centén que era toda su riqueza, llegó consternada a los pies del sabio, quien, compadecido de la infeliz, después de un momento de reflexión durante el que parecía no estar en este mundo, le dijo resueltamente:

—Vé a la fuente que hay por cima del *Castaño del Robledo*, lo más temprano que puedas y después de orar piadosamente a los santos de tu devoción buscarás entre un montón de hojas secas que verás un poco más abajo. Allí puede que encuentres lo que se te ha extraviado.—La mujer cumplió punto por punto las indicaciones del maestro y halló la moneda perdida.

—Entonces, si eso fuera verdad—replicó Montalvo—Arias Montano era un verdadero faunaturgo.

—No lo sé de cierto—respondió el doctor—pero no me estrañaría tras los que de él he sabido y que no conté antes por no alarmar el buen *pater*. Porque conviene que sepais lo que, por muy cierto, me contó días pasados mi sabio amigo Mario Méndez Bejarano, y que os voy a repetir.

—Por el sitio que en la actualidad ocupa el arrabal de San Bernardo en Sevilla, emplazamiento antaño de la famosa *Academia de toreo* erigida por Fernando séptimo, y cuando mandó cerrar todas las universidades españolas. Méca digo del toreo y patria también de los mayores *genios* ¡Dios me perdone! de arte de la tauromaquia, tenían los hebreos sus enterramientos, enterramientos que, a la hora de su expulsión y con arreglo a nuestra consabida *piedad*, fueron convertidos en amenísimos huertos. La existencia de aquellos enterramientos, amen de por la tradición, consta oficialmente por la carta de Isabel la Católica a los inquisidores, de 25 de Marzo de 1492.

Los dichos cementerios continuaban por la huerta denominada *de Espanta-perros*, nombre que tal vez alude a la condición hebraica de los allí inhumados, y seguía hasta la puerta de *Min-hoar* o *Minjoar*, nombre que, según Rodrigo Caro, proviene de un opulento judío que allí residía. La dicha huerta seguía por todo el campo que entonces se llamaba de Cebrenos, donde antes se alzaba una ventilla y después se labraron casas. Caro, en el libro I, capítulo II de sus *Antigüedades de Sevilla* y el padre Saez en el folio 308 de su *Demostración histórica* afirman que hacia 1520 fabricó la ciudad sobre estos osarios las carnicerías y otros edificios, quedando cubiertos por ellos los cementerios.

El año de 1580 fué de gran esterilidad y falta de trabajo, aunque se fundó el monasterio de San Diego a expensas del Ayuntamiento, y los jesuitas, con dinero de la ciudad, levantaron el renombrado *Colegio de San Hermenegildo*, pero los muchos pobres que perecían de hambre dieron en acometer y demoler los sepulcros de los hebreos, «obra curiosa», dice el cronista, muchos de ellos», extrayendo de allí cuerpos con extraños trajes y joyas de oro y plata.

En varios sepulcros además—y esto es lo importante fueron hallados libros hebreos, los cuales fueron casi todos recogidos por las muchas personas cultas que había en la ciudad y entregados al doctor Arias Montano, cuya reputación de sabio y de orientalista le hacían bien acreedor a esta preferencia, ya que, como dice Perojo citado por Menéndez Pelayo en su *Ciencia española*, los mismos Bacon y Descartes no hicieron sino recoger la herencia de los filósofos españoles del siglo XVI.

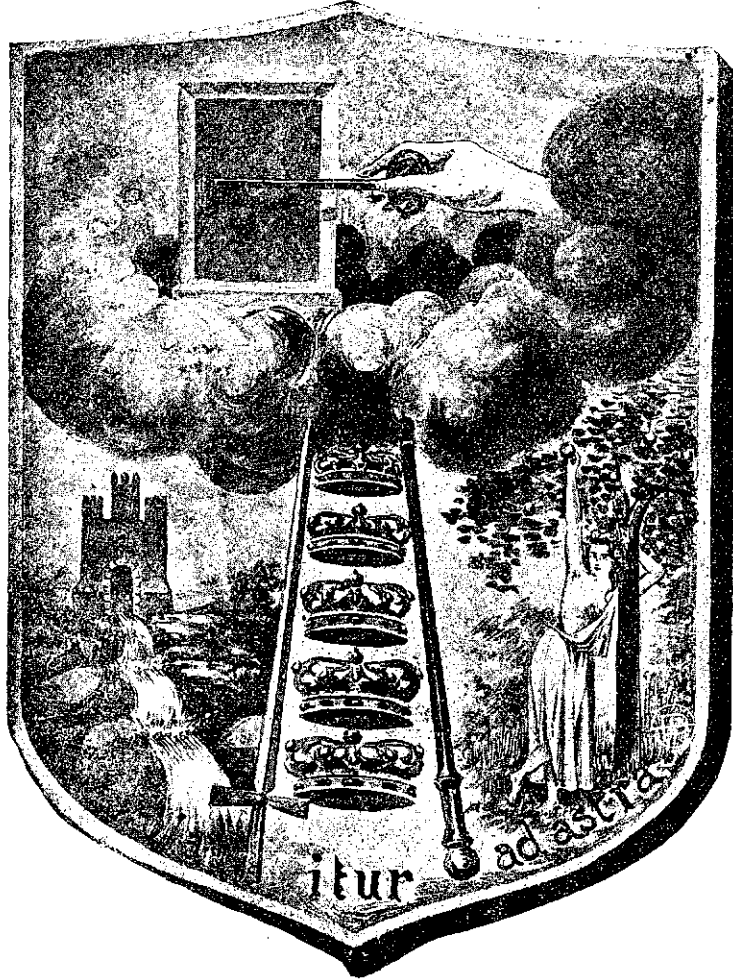
El hebraísmo de Arias Montano era, por otra parte muy natural, antes y después de conocer el tesoro de tales libros, y por eso fué aún más que el cardenal Silicio, que Melchor Cano y que el propio Felipe II, implacable adversario de la entonces naciente Compañía de Jesús. Ignoro si, en efecto, es histórica la anécdota que de aquél se cuenta cuando, reconvenido por su pelo rojo de *jina* por cierto *mínimo* de esta última, «pelo igual al que se dice tenía Judas», hubo de responder el sabio:—¡No lo sé!, pero si me consta que Judas era uno «de los de la compañía... de Jesús»—Mas como quiera que sea, no hay que olvidar el formidable informe de Arias Montano *Sobre el modo con que gobiernan los padres de la Compañía*, ni el pérfido de Mariana contra el polígrafo en el que éste «recibía tan menguada justicia,» que «*el Leon bramando*,» de su rival Castro ni el bilioso Lindano, obispo de Ruremunda, le pudieron nunca dejar peor; y cuenta que el mismo jesuita padre Mariana, tan artero con Arias Montano, no dejó de contagiarse a su vez por el *hebraísmo* del maestro, porque las doctrinas de este supuesto hebraísmo fueron, al tenor del proverbio oriental «como la madera de sándalo que perfuma el hacha que la corta,» y de aquí la acusación lanzada poco después por el padre Juan de Rivera contra el propio padre Mariana «por su afición a los rabinos».

Bien pudieron pues, los papeles en cuestión, hallados en aquellos sepulcros sevillanos, influir en Montano de un modo decisivo,—iniciático, por decirlo así—sin necesidad de rechazar por ello tampoco las actuales aserciones del citado padre Luís Villalba, cuando dice.

«La edición de la *Biblia Regia* fué la ocasión, y el estudio unido a la meditación intensa a que se vió obligado el sabio para circundar de un aparato sólido y macizo la soberbia publicación de Amberes sobre el sentido, el valor y la maravillosa fuerza de la palabra divina en su idioma original, la causa principal de que naciera en su alma la idea de una empresa muy en armonía con semejantes meditaciones y muy propia de un espíritu aficionado a lo profundo y misterioso, y que, por el mismo sagrado respeto y adoración a la palabra divina, se inclinaba reverente ante la estructura material de la original hebrea, por creer que en sus entrañas se encerraba todo el misterio de la divina filosofía del mundo, y *hasta en el número de las letras, en su disposición y posibles combinaciones, presentía misterios ocultos por el mismo que los había pronunciado, donde se contenía la explicación y desarrollo de las razones más arcaicas y altas....* Si desde luego puso Arias Montano su mano en la realización de tan vasto empeño, no se sabe, pues todavía durante todo el año 1572 trabajaba con ardor para rematar el aparato bíblico, y peregrinaba por Roma afrontando personalmente todas las dificultades y oposiciones, y venciendo cuantos tropiezos se opusieron a la edición de la *Biblia Regia*, dificultades que a Felipe II, con todo su poder, no había sido posible deshacer. Si acaso entre las arideces pedregosas de tan brava pelea el enterísimo Montano, que ni aun remuneración pedía por sus trabajos, volvía los ojos a su interior para buscar consuelo y algún suave descanso a su espíritu, acariciando a solas la idea de la *Magna Obra*, que concibiera entre las intensas meditaciones y los continuados y profundos estudios de estos años sobre la Biblia y suspiraba por que se le diera espacio para realizarla, es cosa muy humana y explicable..... Esquivó así el que el Papa le ocupase en la corrección de la versión de la Vulgata comenzada desde el final del Concilio de Trento, y en «la corrección de los libros vedados», según algunos cardenales deseaban.»

—De toda esta enojosa enumeración—terminó el doctor—se desprende que la acusación de León de Castro contra Arias Montano, como judaizante, o como ocultista que diríamos, no estaba tan desprovista de fundamento como pudiera creerse, por supuesto, no en el sentido despectivo y cruel que le daba a la cosa «aquel león bramando,» como le llama el políglota, sino a el de que éste era un perfecto cabalista y ocultista, como lo probó en mil ocasiones, ora estampado la asinatura famosa de  $\infty = 5$ , que

ya vimos, al llevar los libros secretos de Felipe II como núcleo de la Biblioteca del Escorial, ora amonestando severamente al arzobispo de Granada, don Pedro de Castro cuando, aluci-



Escudo de Aracena.

nado éste último por un mal entendido honor de la Iglesia, se obs-  
finaba en imponer la verdad acerca de las reliquias halladas en  
las ruinas de la torre Turpiana, plomos de Granada y cuevas del  
monte Valparaiso, coincidiendo con esta *carta* que se conserva

en el Archivo municipal de Sevilla, el luminoso informe del gran Nicolás Antonio y otras lumbreras de la ciencia española.

—Y de aquí, sin duda,—añadió Peinado—el espíritu amplio del polígrafo; la extraña reserva de toda su conducta; su amor a la soledad de su Peña y de su cueva, donde seguramente estaba al habla secreta con sus *jinas* en aquellas bibliotecas subterráneas de las que, refiriéndose al Tibet, y a otros países, tanto ha hablado la maestra Blasvatsky, y aun aquellas otras a las que acaso se refirió también más o menos veladamente según el doctor me dijo con referencia a Villalva aquel anciano y santo fraile del monasterio segoviano del Parral, cuando le dijo al padre Sigüenza, discípulo y continuador de Montano: «Toma, hijo, estos libros, que espero en Dios no me los malograreis.»

—Sin duda, porque el citado padre—replicó el doctor—fué un santo tal que, cuando era ya prior del Parral, en vez de reprender cierto día a un fraile de su convento que hacía salidas nocturnas no poca sospechosas, se dió ante él tal cantidad de disciplinazos castigando en sí los pecados del relapso, que éste se movió a la piedad más sincera y, arrepentido, fué en adelante modelo de virtudes. Además en cuanto al secreto iniciático del gran Arias Montano como cabalista, hartó la pregona ante nosotros, que ya tenemos la clave, su residencia en las Navas en 1567 al echar las bases de la gran Biblioteca; su *Allegoriae quedam Sacrae Scripturae*, de que habla Menéndez Pelayo; su resistencia a publicar nada hasta llegar a la madurez de los cuarenta y cuatro años, edad a la que Mahoma y tantos otros empezaron, más o menos, su misión; las veladas alusiones de su carta a Zayas secretario del rey, en 1571, a ciertas obras secretas, o por lo menos inéditas y desconocidas del gran San Isidoro de Sevilla, obras iguales o parecidas a las también inéditas de Bruselas y a aquellas otras a las que el mismo Montano alude cuando dice: «En la librería del arzobispo de Valencia Don Martín de Ayala ví, en pergamino, algunas obras debidas a San Isidoro, y que no creo estén impresas. Véase si las trajeron entre los libros que compró su Magestad de aquella librería» y más que nada su amistad con aquel viejo griego que ya había conocido en «Venecia», aquel émulo del *Adepto veneciano* tan conocido en los relatos ocultistas, «quien, detenido en Amberes al llevar cuarenta valiosos libros a la reina Isabel de Inglaterra, se los vendió por ínfima cantidad al polígrafo en 1568», a la manera de como Bulwer-Littón en el proemio a su *Zanoni* cuenta haber recibido esta obra de manos de su singular librero *que no a todos*

*vendía sus preciosos libros, y que, vendido volvía a comprarlos por precio infinitamente mayor a como acababa de venderlos, virtud increíble en un librero vulgar y sobre la que ya han hablado, refiriéndose ora al papiro de Ebers, ora a librerías incomprendibles del Cairo y de otras partes, tanto la Maestra Blavatsky cuanto nuestro genial escritor Gómez Carrillo en una de sus Crónicas sabrosas.*

Libros parecidos también—continuó el doctor—debieron ser muchos de aquellos trescientos volúmenes adquiridos en Breda y Haustrat, por Montano, quien mandó *ponerlos aparte*, y que fueron traídos a España bajo la custodia nada menos que de la escuadra que trajo de retorno al Duque de Alba, cosas que no hicieron con el millar largo de los que aquel sacó de las abadías, baratillos, etcétera de Flandes, Haustrat, Lyon, Francfort y París, libros todos, en fin, que al ser albergados cual en santuario de misterio en el recién alzado *Templo del Escorial*, bien pudieron darle, mucho mejor que su ciclópea construcción misma, el merecido sobrenombre de *La octava maravilla del mundo*, maravilla que nuestra incuria, o quizá la perfidia de alguien, hombre o institución, se dió trazas, como de costumbre, a *expurgar* de tamañas grandezas misteriosas, dejando, a guisa de mero cascarón los libros que no fueran de Magia o de Cábala amen del suntuoso y tristón edificio, para mayor empeño alzado, sin duda, que para mero panteón de reyes y príncipes.

—¡Me asombráis, doctor, con esas intuiciones peregrinas, que yo tendré por verdad siempre desde hoy!—dijo entusiasmado Cotta—¡Seguid, seguid hablando del Maestro, aunque no durmamos en tres días!

—O, por lo menos, dadnos, para mejor abarcar el problema de tan ignorado ocultista una ojeada general acerca de la vida del polígrafo.

—Esta tarde ya, y antes de entregarnos al sueño nos queda algo grande que admirar: la visita a la *Gruta de las maravillas*.





## CAPITULO XI

### En la Gruta de las Maravillas

*Caciquismo y crimen.—Quienes son, según un poetaastro, los que en España viven.—Se organiza la exploración de la Gruta.—El Sajón de las Palmas», las «Garras del León», y la «Fuente del Galápagos», las «Colgadas de nieve», el «Mirhab», y el «Ostensorio». —Iluminación fantástica de aquellas maravillas.—La protección de dos próceres.—Recuerdos astrales.—A punto de volverme loco.—Alarma del doctor.—¡Enfermo de alma!—Una iniciación semi-egipcia.—Don Hermógenes de Faes Ventiboglio, y su discípulo Antonio de Miranda con sus protecias.—El paso del lago subterráneo.—El escape del castillo.—Las mil variantes ocultistas del Archaeus de los griegos.—La Alhambra de los jinas.—Los espectros sabios de la Inmomia aracenence. ¡En brazos de nuestros amigos!*

—Ahora me toca a mí hablar mientras nos ponemos en marcha —dijo Torres, así que el doctor cortó el hilo de su discurso sobre Montano, discurso tras el que veníamos casi todo el día.—Yo no he perdido tampoco el tiempo, informándome ce por be de todo cuanto se refiere a la *Gruta de las Maravillas*, y lo primero que tengo que deciros es que esa gruta parece ser que se comunica con el castillo de ahí arriba, que esta tarde hemos visitado. Después sigue adelante hasta la Peña de Alájar, en un recorrido de más de dos leguas y con una bocana antes de llegar a Linares, por bajo del cerro de San Ginés. Por esta bocana que es por donde en 1870 se quiso escapar de la Justicia el vecino Simeón Gon-



zález Sánchez, natural de los Marines del Real de la Jara, cuando por no poder aguantar más la bravatas y maldades, persecuciones caciquiles de su convecino José León, le mató de una puñalada, según la relación impresa, en prosa y verso, que aquí entrego «para que conste en acta», a nuestro cronista, pues es digna de leerse por su curioso estilo y por ser uno de tantos monumentos del crimen causado por la plaga española del caciquismo.

Y uniendo el dicho al hecho, Torres me entregó un papel con esta notable cabecera: «Verdadera y curiosa relación en la que se dá cuenta de las penas y fatigas que pasó un pobre y honrado labrador natural de Los Marines, por haber personas malas y vengativas y autoridades que son todavía de peor calibre, pues la autoridad que sabe la Ley y no se la da al que lleva y se pone a defender a aquel que debía de castigar y luego no toma oído a la persona que pide justicia en realidad y en conciencia, y se le escupe a la cara, como me ha pasado a mi con las autoridades del Real de la Jara, bien merece que se la saque a la vergüenza dando, como voy a dar, las pruebas de ello.» Luego, por apostilla unos malos versos a base de esta cuarteta:

En España sólo viven  
«el cacique y el avaro  
las pérdidas y los pillos  
granujas autorizados...,  
En el Real de la Jara  
hay unos cuantos señores  
que castigan sin delito  
a los pobres labradores....

En camino ya para la gruta, nos dijo el doctor:—Amigos míos; hemos venido aquí a investigar como corresponde a nuestras aficiones oculistas, así que, toda vez que mis informes coinciden con los de Torres, propongo que nos dividamos en dos grupos: uno que penetre esta noche gruta adelante y con todas las precauciones necesarias, para ver si logra salir por Alájar o al menos bajo el cerro de San Ginés y otro que venga a nuestro encuentro desde este punto, y que oficie como de vigilancia exterior, yendo a Linares y Alájar por la carretera, dispuestos a auxiliarnos si fuere preciso.

—Pero, ¿no será una imprudencia el arriesgarse así, por derroteros desconocidos? —opuse,

—Nada temais, querido cronista—replicó el doctor— Está todo previsto. Dos cartas, que traigo del gran patricio y alto político

aracense don Javier Sánchez Dalp y Calonge, Marqués de Aracena y de su hermano don Miguel cuya granja y caserío de San Miguel vimos esta tarde desde el castillo nos proporciona para entrar en la gruta las mismas comodidades que tuvo el propio don Alfonso XIII cuando en Marzo del año pasado la visitó. Tengo ya allí también una lanchita capaz para tres personas que nos permitirá salvar la parte del lago subterráneo, cuya profundidad está calculada en más de cien metros. Llevamos lámparas de acetileno, antorchas y los demás menesteres precisos para semejante aventura digna de ser cantada, a lo que espero, como lo hizo Grieg en su *Peer Gynt* inmortalizado después por Ibsen. Además ni precisión tenemos de que como alguno nos ilumine la gruta como el que está pintado en el cartel turista proyectado para anunciar aquella y otras maravillas «de este rincón. Propongo asimismo», para evitar las consabidas tonterías y comentarios acerca de un viaje tan extravagante como el que quizá vamos a hacer, el que *demos esquinazo*, como vulgarmente se dice al guarda de la gruta, de esta gruta que, o yo me engaño, o ha de dejar atrás por la grandiosa e inacabable a la de Parpolló, de Gandía; a la de Congosto de entre Alcalá de Henares y Guadalajara; a la de San Román de Candamo, asturiana; a la del Tío Leal de Málaga; y a un a las célebres de Altamira, Artá, Manacor y Kentucky.

Fiel el cronista a sus deberes, ante la imposibilidad de cantar el himno de la gruta parangonándola nada menos que con la Alhambra de Granada como el vale aracense Fermín Requena, copia aquí las líneas que un artista sevillano, anónimo experto hubo de consagrarla en *El Liberal, de Sevilla*:

«La gruta en cuestión—dice—es uno de los más bellos espectáculos que la Naturaleza puede ofrecer al viajero y al artista. Situada bajo el cerro que coronan la iglesia del castillo, edificio del más puro estilo gótico, y la bella torre almohade, propugnáculo de la antigua fortaleza musulme, se descende a ella por una estrecha galería, cuya boca se abre en una de las últimas calles de la ciudad, y que conduce a un amplio vestíbulo, de donde arrancan, a derecha e izquierda, otras dos galerías que terminan la primera en una magnífica rotonda y la segunda, a través de misteriosos corredores, en un lago aun inexplorado y cuyas aguas de inquietante calma, se supone que rodean la gruta en una extensión de varios kilómetros. La gruta, donde reina uniforme y deliciosa temperatura, se ha formado, en el lento transcurso de los siglos, por la filtración de las aguas a través de un terreno de naturaleza

calcárea-arcaica en que predomina el carbonato de cal. Las estalactista, de deslumbrante blancura y de suaves e irrisadas transparencias, bríndanse a los maravillados ojos del visitante en riquísima gama de líneas y matices. Para describirla y cantarla en toda engrandiosidad se necesitarían el estro titánico de un Hugo y la alada fantasía de un Gautier».

«Entre los lugares que más hieren la imaginación del artista figuran la sala de los brillantes, de pequeñas estalactitas que recuerdan los más finos motivos ornamentales de la construcción románica; la de las *Garras del León*, verdaderamente caprichosa y fantástica; el *Salón de las Palmas*, que parece un bosque tropical, hecho de mármol; la deliciosa *Fuente del Galápagos*, de verdes aguas y misteriosos reflejos; la galería de las *Colgaduras de nieve*, aérea y sutil la *Rotonda central*, cuya cúpula, formada por un finísimo encaje de columnillas, parece descansar en el pilar del centro; estalactita prodigiosa, que afecta gráciles formas femeninas. En la parte superior de dicha retonda, y tras un estrecho corredor está el *Mirhal*, la maravilla maestra de este imponente conjunto de maravillas, el delicado *Ostensorio*, que semeja una urna fallada en alabastro por orfebres del Renacimiento».

«La iluminación eléctrica rica de la gruta que rompiendo los densos velos de la sombra, multiplica hasta lo infinito las peregrinas bellezas del conjunto, es una obra de arte y de sabiduría a un tiempo, que honra a su autor, el simpático ingeniero lusitano don Francisco d'Almeida Carvalhaes, que ha coadyuvado con su ciencia y su talento a la nobilísima iniciativa del culto alcalde don Juan Cid quien, con su particular peculio, ha tomado a su cargo la magna empresa, poniendo en ella los fervores de un poeta, y las esplendideces de un príncipe, y secundándole con gran desinterés en la obra el diputado a Cortes por Aracena, don Javier Sánchez Dalp. También han contribuido con sus donativos para proseguir los trabajos el inspirado poeta don Manuel García Moreno, y para completar el laudable propósito, el ilustre prócer don Miguel Sánchez Dalp ha emprendido la propaganda con el concurso que ha dado origen al viaje determinante de estas líneas.»

Entramos, en efecto, por una de las calles de donde arranca la carretera de Alájar y se abrió antes nosotros una portezuela infima, como la de cualquier corralón de pueblo que cubría una galería artificial como de minero con la que se perforó hace pocos años, y por casualidad, como siempre, la entrada a la maravillosa cripta, pero, no bien me ví bajo la opulenta bóveda estalactítica central de

aquel templo de la Naturaleza con su afligranado retablo su ostensorio de pétreas colgaduras blanquísimas, que ocultaban detrás un verdadero Sancta-Sanctorum provisto de una tacita marmórea con agua cristalina e inmóvil allí donde caer suele la Custodia de nuestros templos, cuando creí volverme materialmente loco: En aquella misma caverna y en noche memorable como aquella, me había visto yo otra vez, cinco años antes..... ¡estando en cierta mágica quinta de Asturias; en la *Quintana de las rosas*, sin duda!

Mis ojos se nublaron; los torrentes de luz irisea que aquí y allá surgen, detrás, enfrente o por encima de aquel maremagnum de frisos, bordados, colgaduras y columnas, gracias a la pericia, del artífice portugués que tan fantástico efecto escénico había logrado con la distribución de los focos, borraron de mi mente toda idea concreta de tiempo y espacio, cual si mi alma se evaporase se esfumase en el seno de luminosa nube de misterio. Aturdido, como ebrio, me vacilaron las piernas y, para no caerme me apoyé en una estalagmita que parecía el roto tronco de una columna egipcia.

Mis compañeros no advirtieron mi situación, anonadados como estaban ante aquel prodigio natural con ese sentimiento de pequeñez que experimentamos siempre ante las manifestaciones más sublimes y poderosas de la obra de la Maga-Tierra, pero el doctor, verdadero Argos de cien ojos, no dejó de percatarse de de mi turbación, y, alarmadísimo, me dijo:

¿Qué tenéis, que habeis palidecido como un muerto? ¿Os sentís realmente enfermo?

—Sí, doctor, ¡enfermo de alma, ya que no de cuerpo! pero no os acongojeis y procurad tan sólo que se aleje ya el guía bajo cualquier pretexto, porque tengo que hablaros de algo pavorosamente grande, a usted y a los demás queridos compañeros.

El doctor me abarcó con mirada sabia que exploró todos los pliegues de mi alma, y viendo que la cosa era más psíquica que física, me hizo sentar en uno de los rincones más oscuros, llevándose la gente toda hacia el lado de la derecha donde una estalactita en cendal, una verdadera cinta escocesa, dejaba transparentar con dos contrarias colaboraciones la luz de uno de los focos habilmente emplazado tras de ella.

La sedante soledad augusta en que quedé entonces en aquella penumbra; el *insonoro sonido* del recinto extrahumano realzado por las notitas cristalinas y ledas de las gotas de agua que sobre los pequeños estanques caían aquí y allá del techo, me tranquili-

zaron un tanto, permitiéndome coordinar mis actuales impresiones con mis viejos recuerdos..... ¡Sí, yo había estado otra vez en aquella gruta, aunque no iluminada como entonces por dispersos focos eléctricos, sino bañada toda en un blanco-violácea y verdosa luz astral idéntica a la de los ensueños de ventura! ¡Yo recordaba perfectísimamente la capillita de la derecha; el colosal retablo granadino que tenía delante; su templete superior en cuya taza marmórea había recibido antaño algo así como un baño de purificación,..... quizá un bautismo iniciador! Y recordaba además que al lado mío se alzaban entonces dos hombres: el uno gigantesco, imponente, sapientísimo sobre toda ponderación, un hombre en fin, que como las estrellas parecía estar dotado de luz propia, y otro más joven de mediana estatura, más humano. en suma, perogrande también y muy amado amigo mío. En la penumbra de mis recuerdos aquellos se destacaban sí, clarísimamente entrambos: ¡era el uno mi Maestro don Hermógenes de Faes y Ventiboglio; el otro don Antonio de Miranda y Col, mi compañero de aventuras «por la Asturias tenebrosa», en demanda del triple tesoro en oro, libros y virtudes de los lejanos lagos de Somiedo!.....

Un rayo de luz fulguró vívido entonces en mi intuición ya excepcionalmente despierta desde aquel momento. Me sentí feliz, transportado a otro mundo, como aquel que ve cumplirse en él al cabo de los años una anhelada y grata profecía.... ¿Que profecía era ésta?—Ansiaba por momentos que terminase la visita *profana* a la gruta para revelársela a solas a mis nobles compañeros de Sevilla.

Por fortuna, todo salió a pedir de boca, gracias a las graciosas trapecerías de Cotta y de Torres. El grupo de los que íbamos a quedarnos en la cueva para seguir nuestra proyectada correría ocultista lucimos en alta voz como que nos despedíamos por dominarnos ya el sueño, y escondiéndonos como chicos juguetones allá hacia los fondos acuosos de la izquierda, dejamos salir a Torres, a Montalvo y al guarda, con cuantos se habían agregado, bien ageno a pensar, este último de que nos quedábamos agazapados allí dentro en lugar de estar ya, como unos bienaventurados, durmiendo. Seguros, pues de nuestra impunidad, pronto encendimos dos lámparas de acetileno que aposentamos sobre dos salientes alabastrinos y agrupándose en torno mío Pintado el doctor. Cotta y Casás, al modo de los *jinas* del cerro de Salomón que antaño viera el padre de este último, les hablé de esta manera:

—Todos vosotros conocéis, amigos míos, las verdaderas aunque extrañas aventuras que a mi gran don Antonio de Miranda y Col y a éste su discípulo nos acaecieron en Asturias, buscando el tesoro de los lagos de Somiedo. Recordareis también los memorables acaecimientos de la *Quintana de las rosas*, de Peña Aullán, con el imponente don Hermógenes de Faes y Ventiboglio, a cuyo lado y bajo cuyas órdenes y protección pasamos en el prodigioso edificio encantado de la Quintana veinticuatro horas justas, sin que me fuese permitido revelar luego a los lectores de mi dicha narración ocultista las estupendas cosas que allí dentro nos acontecieron.

—¡Sí, lo recordamos todos!—, dijeron a coro mis amigos.

—Y por cierto que es el pasaje de su obra que más me ha hecho pensar—añadió el doctor.

—Pues bien. Hoy puedo revelaros ya todo lo acaecido. Abreviando razones os diré que en aquella misteriosa quinta astur recibí una iniciación severísima a estilo egipcio aunque de resultado no demasiado satisfactorios merced a las taras kármicas de mis muchos defectos iniciación sobre cuyos detalles aun no me es permitido hablar. Básteos saber que, colocado mi inerte cuerpo físico en un sarcófago de mármol análogo a los que en las Pirámides existen, mi doble astral fué separado por el Maestro; precipitado a inmensa distancia; filtrado, por decirlo así, con velocidad de proyectil a lo largo un dédalo de grutas y abismos que se sucedían sin cesar unas y otras, hasta detenerme en la mansión toda llena de luz en que ahora nos hallamos, gruta que no sólo he identificado ahora en su «Garra del León», en su «Ostensorio», en sus *Colgaduras de nieve* y demás detalles, sino que recuerdo nítidamente que la mágica sombra de mi iniciador hierofante me dijo solemne desde ahí enfrente:

—Joven cronista, esta es la maravillosa gruta en la que vos y seis amigos vuestros más, teósofos tartesios también, os vereis reunidos antes de cinco años para emprender uno de los viajes más extraños y peligrosos, a fuer de iniciáticos, que ha conocido este siglo. De ella partireis quizá para lo que aun resta de la Atlántida de Platón y de la otra Gran Atlántida, si de ello resultareis dignos después de las pruebas. Entre tanto bajo las penas mas severas, nada direis a nadie de lo que os ha acaecido en este primer ensayo actual de iniciación en los misterios del pasado: lo que don Antonio de Miranda, su discípulo oficiante agregó:

—Cuando hagais el viaje, yo estaré con vosotros, en espíritu. Mis compañeros quedaron en un embolado silencio, que rompió Cotta, diciendo:

—¡Oh, dichosísimos Vargueños y qué cola no os traéis, con vuestros golpes!

—Una cola harto más larga que lo que suele ser corriente en el Espiritismo—añadió Peinado.

—¿Qué hacer, ante todo?—se preguntó el doctor.

Y como si fuese una respuesta fácil a su pregunta, las dos brillantes luces de acetileno palidecieron, se contrajeron, se aclararon hasta alcanzar el tamaño de dos granos de trigo, mientras que, corredor adentro, una pálida, inquieta y cambiante lucecita fosfórica parecía mostrarnos el camino, invitándonos a seguirla.

—¡Es la lucecita misma que antaño vió mi padre!—exclamó alborozado Casas, el *jina*.

—¡Pero es imposible el seguirla, porque se interpone el lago que tenemos ahí, a los pies!..

—¡Al botel; ¡al botel!—nos digimos todos, poniéndonos en marcha;—Que Ellos, los Maestros, sean con nosotros, ya que nuestra intención es pura.

La lucecita se acercó como flotando, sobre las aguas, paradójicamente disminuida otro tanto de lo que las nuestras de acetileno tornaban a su brillo primitivo. Como el bote era pequeño hubo que hacer dos travesías igualmente felices y de menos de trescientos metros por las aguas del lago que allí son muy profundas. —Advierto,—me dijo el *jina* al volver por Cotta y por mí, habíamos quedado los últimos que ni la lucecita se apaga como se le apagó a mi padre en la falla del cerro de Salomón, ni la barquilla se ha visto detenida en su boyar por mágico remolino de fuerzas invisibles, como le sucedió a mi hermano, y esto sí que es un presagio feliz.

Saltamos en un suelo alabastrinos no hollado quizás por planta humana desde hacía siglos, y empezamos a caminar despacio por aquella galería que se ensanchaba más y más hasta formar una segunda rotonda mucho mayor que la primera y que, por su orientación caía exactamente debajo del castillo. Además arrancaba por su izquierda una bien labrada escalera, que en tiempos conducía, sin duda, al templario edificio del castillo, pero, e impracticable ciega ya por los escombros veinte metros más arriba. La lucecita, como si fuese un ser inteligente y vivo que nos guiase, tornó a caminar delante, invitándonos a seguirla.

—¡Es un ser protector, sin duda, que toma esta forma para guiarnos!—exclamó Peinado.

—Sí, el hecho, aunque maravilloso, no tiene nada de nuevo en el mundo añadió el doctor—La columna de fuego que de noche guiaba a los israelitas en el desierto obedecía acaso al mismo origen, como obedecen también a él esos meteoros extraños que, *a su modo*, tiene catalogada la física, bajo el nombre de *fuegos fatuos*, de los cementerios, *luces de San Telmo*, durante la tempestad; *rayos en forma de bola*; *meteoros-gatos*, de Babinet; etcétera, etcétera, a los que la Maestra Blavatsky alude en aquel brillantísimo párrafo, que dice: «El *Caos*, de los antiguos; el *Fuego sagrado*, de Zoroastro, o el *Atash-Behran*, de los parsis; el *Fuego de Hermes*; el *Fuego de Helmes*, de los antiguos germanos; el *relámpago fulgurante*, de la *Cibeles*; la *Antorcha de Apolo*; la *Llama del altar de Pan*; el *Fuego inextinguible* en el templo de la Acrópolis y en el de Vesta; la *Llama de fuego*, del yelmo de Plutón; las *Chispas brillantes* en los sombreros de los Dioscuros, en la cabeza de las Gorgonas, en el yelmo de Palas y en el caduceo de Mercurio; el *Ptah-Ra*, egipcio; el *Zeus Cataibates*, griego, que desciende del cielo a la tierra según Pausanias; las *Lenguas de fuego*, de Pentecostés; la *Zarza flamígera*, de Moisés idéntica al *Tunal ardiendo*, de la fundación de México—la *Columna de fuego*, del Éxodo; la *Lámpara inextinguible*, de Abraham; el *Fuego eterno del abismo sin fondo* o Plerome—los *Vapores fúlgidos*, del oráculo de Delphos; la *Luz sideral*, de los rosacruces; el *Akasha*, de los Adeptos hindués, la *Luz Astral*, de Eliphaz Levy; el *Aura* y el *Fluido* de los magnetizadores; el *Od*, de Reichembach; el *Psychod* y la *Fuerza ecténica*, de Thury—análogos a los *Fluidos de los altos estados* hipnóticos de Rochas y Ochorowitz—los *Rayos de Blondot* y de tantos otros—la *Fuerza psíquica*, de Sergeant Cox; el magnetismo atmosférico de algunos naturalistas, el galnismo y, en suma, la electricidad, no son todos sino nombres distintos para las manifestaciones sin número de ese proteo misterioso que se ha llamado el *Archaeus* de los griegos»...

Pronto, se hizo la luz tan brillante y límpida que más que alumbrar, parecía darnos vida. Apagamos, pues, o *se apagaron*, los focos de acetileno, y al paso lento que ella parecía marcar, según cuadraba a las bellezas inenarrables de aquella siempre cambiante *Alhambra de los jinas*, caminamos poco más de una hora, por un suelo accidentado, pero no demasiado penoso, siguiendo, según mi brújula de bolsillo exactamente en la dirección de las pizarrozas alturas que culminan en el cerro de San Ginés.



En efecto, momentos más tarde, después de cinco o seis kilómetros de recorrido, precedidos siempre por la lucesito, desembocábamos en una rotonda mucho más espléndida que las anteriores y tanto más fantástica cuanto que la veíamos bajo los cambiantes prismas de misterio de la astral lucesito. Además apenas si tuvimos tiempo de extasiarnos en la contemplación de aquella, pues que la lucesito tomó por entre dos gigantes columnas estalactíticas y, remontando por angosta estrechura que oblicuo tubo de chimenea parecía, y por el que a duras penas hubiera cabido arrastrándose el cuerpo de un hombre, la vimos con asombro inaudito filtrarse materialmente por la pared de alabastro y seguir alumbrando paradójicamente más y más a medida que se alejaba, hasta que, en otra rotonda, transparentada más que vista allende la pared separadora, la vimos sumarse a la docena o más de luces análogas de dicha rotonda y bajo cuyos fulgores sorprendimos leyendo tranquilamente, unos en libros de piedra y ladrillo, otros en [quipos mexicanos, papiros egipcios y rollos arcaicos, hasta cantidad de doce o más ancianos venerables que, un momento después, como fantasmas de ensueño, se esfumaron ante nuestra vista, al par que las luces todas se nos velaban misteriosamente, más que desaparecían...

Llenos de santa emoción y de una inexplicable felicidad ultrafísica y sin límites íbamos a encender de nuevo nuestras lámparas cuando advertimos por el lado opuesto a aquel por donde nuestro gufa invisible se había alejado, un disco irregular y blanquecino.

Era la bocana de una corta galería, por donde se filtraban las primeras luces del alba, apagando ya a las de Venus... Unos pasos más y nos encontramos en pleno campo, no lejos de la carretera, y desde donde atalayamos bien pronto al pueblecito de Linares, por cuyos cercados salían a nuestro encuentro Torres, Montalvo y el médico de la localidad, nuestro buen amigo Aceituno.

Estábamos por tanto, hacia la mitad del camino de Aracena a Alájar, después de haber salvado del modo más curioso los cuatro o cinco kilómetros que nos separaban de aquella, por un subterráneo que, aunque desconocido ya, por los actuales habitantes de Priorata, todavía se conserva en la tradición del mismo, sin duda porque cuatro siglos antes le había recorrido muchas veces, por el mismo camino que nosotros, el Salomón o Suleimán, el *so/* de España, que en aquellos lugares tuvo, y quizá tiene aún, su retiro querido...



## CAPÍTULO XII

### ¿Montano, cabalista?

*Un «lobo» efectivo.—En la morada del médico Aceituno.—Lo que Montano pudo ver en las letras hebreas.—Su vía-crucis como genio.—La Opus Magnum, la Piedra filosofal y el Elixir de Vida.—Las brujas y la Magia, de Pedro de Valencia.—Montano escritor es Montano mártir.—El asceta en el retiro de su Peña.—«Cariños que matan», de Felipe II.—El Maestro y la Obra Maestra.—Plan ocultista de la Opus Magnum.—Corpus, Anima, Veste...—El vidente y el místico.—Dios, Anima.—Mundi.—¡Arcano Sermone!—¿Un iniciado por los Iniciados del Líbano?—Enseñanza sobre el país de Khalkhas.—Las Calcis iniciáticas.—¡Un Arias Montano, nuevo!—La clave numérica hebrea oculta tras los bíblicos simbolismos.*

Los recién llegados nos contaron, mediante la festiva musa de Montalvo, los apuros que habían pasado con el guarda, al dejar la cueva. Viejo *lobo* de la sierra, el gran pícaro, se le había metido en la cabeza, por ciertos ruidos, por las huellas de nuestras pisadas, o por no sé que otros indicios, que alguno de nosotros se había quedado dentro, y quería volver sobre sus pasos estropeando la combinación. Fue preciso, pues, para adormecer a aquel celoso cancerbero, acostumbrado sin duda, como guardia civil que había sido, a entendedérselas con belloteros y contrabandistas, colocarle unas *fortas* plateadas de cinco pesetas, ya que no en la boca en el bolsillo, y acabarle de borrar el recuerdo con adecuadas copas de vino que Torres le dió en la taberna de por cima pero no sin que, al despedirse, se encogiera bruscamente de hombros, diciendo solemne:

—¡Bueno está!.. Los sabios y los tontos se parecen como una castaña a otra, pero a mí no me la dan con queso y, vivos o muertos, los sacaremos mañana, sin ellos no se dan mañas para salir por algún otro sitio.

En efecto, el propósito de nuestros amigos era el de entrar a buscarnos hasta donde fuera posible, entrando desde Valverde, por la bocana del cerro *jina*.

Comimos y dormimos en Villaverde, tomando por asalto la morada de Aceituno. Cansados de la brega pasada, tan pródiga en emociones ocultistas optamos todos por demorar hasta el día siguiente la salida para Alájar, aprovechando aquella tarde en sabrosas pláticas bajo aquellas frondas de alcornoques y olivos, donde, el doctor a ruego nuestro, nos dió la prometida ojeada general respecto a la vida del polígrafo.—Nada me es más fácil, con estos apuntes a la vista—dijo el doctor, firando de papeles—Arias Montano nació, según la versión corriente, en Fregenal de la Sierra, la vecina ciudad de Extremadura, más bien que en la inmediata Fuente del Maestre, o en Sevilla, como también se dice. En esta última capital, emporio de la cultura de entonces, cursó con excepcional aprovechamiento los estudios teológicos y de Humanidades, completándolos luego en Alcalá de Henares y al lado de su protector el obispo de Badajoz Cristóbal de Valtozano. Ordenado después de sacerdote en León, fué iniciado, como caballero, en ciertos secretos de la Orden militar de Santiago, en el histórico templo de San Marcos. Más tarde, y conocedor perfecto ya de las lenguas orientales con todos los tesoros de cábala que a ellas van anejas cuando en ellas se profundiza, lanzóse a reunir los dispersos materiales que luego le sirvieron para su *Biblia poliglota*. Nombrado a poco a poco teólogo de su Magestad don Felipe, fué con esta representación y acompañado del obispo de Segovia, al célebre Concilio de Trento, donde puede decirse que se ventilaron todos los problemas que el Renacimiento, la Reforma protestante y la naciente Ciencia tenían planteados, y allí, en aquella reunión de sabios de fama mundial, los admiró a todos con su sabiduría.

En 1559, o sea hacia los treinta y dos años, la típica *edad de los cristos*, la edad en que el destino ulterior del hombre se decide en definitiva para mal o para bien, la edad, en fin, que, precisamente por eso, cuesta a muchos la vida, vióse delatado por sus émulos como sospechoso judaizante y preso por la Inquisición en su refugio de la gruta de Alájar, donde las penas, las dudas y los desencantos del mundo le tenían recluido. De allí le saca el rey en 1567,

precisamente a los cuarenta años, una vez que ya había triunfado en su orientación oculta y se le lleva a las Navas, con vistas a la proyectada constitución de la Biblioteca del Monasterio del Escorial, cuyos primeros frailes no empezaron a sentar allí sus reales hasta 1575.

En 1568 sale Montano para Flandes, con el fin de editar en Amberes su *Poliglota* en casa de Planifino. Intrigas y acusaciones de todo género, movidas por la ignorancia, la envidia y la falsía, le hacen ir a Roma en 1572, regresando a Amberes en Diciembre de dicho año. En estos viajes se confirmó más y más en su plan de sintetizar todos sus pasmosos conocimientos en la proyectada *Opūs Magnum*, cuyo solo título, tan parecido a los que solían dar a sus tan misteriosas como incomprendidas obras los alquimistas y cabalistas rosacruceanos de la época, es por sí sólo un anuncio de algo así como la busca de la *pedra filosofal* y del verdadero *Elixir de Vida*, que únicamente se encierra en la Ciencia aunada con la Virtud.

Algo, en efecto, de estos problemas, por otra parte, se había dibujado ya en todas las obras del sabio, especialmente en su *Aparato bíblico* y en su *Comentario sobre Isaías*, que, como obra *isaiaca* que diríamos nosotros, es otro *Opus Magnum*. al decir de las cartas inéditas de su discípulo Pedro de Valencia, el celebrado autor del *Tratado acerca de las brujas y de otras cosas tocantes a la Magia*, según puede verse en el hermoso artículo que a este autor consagra en la revista agustina *La Ciudad de Dios* (volumen XLI, página 347) el actual bibliotecario del Escorial, padre Guillermo Antolín. De aquí las alusiones, tan vagas como continuas que Montano hace en su correspondencia de hacia 1575 y 1576 sobre «las cosas grandes que tenía entabladas», correspondencia en la que, se recuerda la frase que el Papa le dirigió alentándole para su magna empresa de que «más servicio podía hacer a Dios con la pluma en la mano, que en cualquiera otro de los menesteres del mundo». El rey, sin embargo, le contraría en estas vocaciones, llevándosele en 1577 de ordenador de la Biblioteca del Escorial, cargo para el que, según el propio Montano, habría bastado con un chiquillo. No contento con esto le arranca de nuevo el rey al descanso y retiro de su Peña aracenense enviándole en 1578 con espinosísima misión diplomática a Lisboa, donde, si se le hubiese atendido, entendido y seguido, acaso se hubieran visto unidos gloriosa e indisolublemente los dos países hermanos.

Vuelve el asceta a su Peña y vuelve a verse llevado otra vez por

el rey al Escorial en Septiembre de aquel año o del siguiente, y torna a escapar para aquella en 1580, desde donde, triunfador de todos sus enemigos, es llevado por el monarca al Concilio de Toledo en 1582, para enseñar la verdadera doctrina a aquellos mismos envidiosos y malvados que años antes, cuando la denuncia de León de Castro, habían querido perderle y que al año siguiente



Benito Arias Montano.

(1583) veían aprobada la *Poliglota*, por su censor fray Diego de Estrada. Llévasele de nuevo en aquel año el rey, quien, según frase histórica, «no podía vivir sin él», pero en 1584 torna acaso a esca-

pársele a Aracena y en 1586 a Sevilla. De nuevo en el Escorial, por los años de 1585 al 88, conoce a su discípulo Sigüenza y publica sus inestudiados comentarios a las Epístolas del iniciado San Pablo y acaba el tratado *Alma*, primera parte de su *Opus Magnum*, cuya exposición, ayudada siempre por los estudios del padre Villalba que fielmente seguimos, capítulo aparte merece.

Aquello valía por cien explicaciones de cátedra. Todos escuchábamos al doctor embobados, pérdida toda noción de tiempo.

—Parafraseando, pues, a este benemérito agustino—continuó el doctor—diré que, tras la agitada brega, o quizá en medio de ella y por la natural inclinación de toda gran inteligencia a buscar descanso definiendo y expresando de una manera completa su pensar, a la postre de todo aquel liboreo vivísimo en que las circunstancias externas le tuvieron envuelto durante muchos años, el que fué consultor en Trento, editor heroico en Amberes, y comentador de los *Profetas menores* y cantor de la salvación de la humanidad por Jesucristo, quería definir su pensamiento y expresar su alma toda entera, porque con ser todas estas obras juntas y cada una de por sí lo suficiente para levantarle sobre el nivel común de los más doctos y famosos, eran ellas como meros momentos de su vida, momentos muy felices y hermosos, pero nada más, pues que sólo mostraban un aspecto particular, una faceta de su genio... Por eso Arias Montano aspiraba a revelar su mente toda en poderosa síntesis. Tenía puesto así Montano sus cariños en esta magna obra, *su verdadera obra, que era él mismo en cuerpo entero...* y así la llamó *Opus Magnum*.

Bien a la oriental, por cierto, consideraba Montano en ella el Universo en su total conjunto, y al investigar acerca de su naturaleza, distinguía en él *el Alma*—el *Anima-mundi*, de Platón, que diría un teósofo—el elemento que informa y vitaliza el Universo; y, por otro lado, el objeto o materia en la que este alma vivía y sobre quien ejercía su acción, o sea *el Cuerpo*.

La primera parte de Alma o *Anima*, era el *Libro de la generación y regeneración de Adán*, o sea la cabalista *Historia del género humano*. El autor indicó siempre además que tenía en estudio una segunda parte, de la cual afirmaba en 1594 no poderla concluir tan pronto como los amantes de la piedad anhelaban, escribiéndola por encima de toda envidia y disputa, laborando en ella hasta en los días de fiesta, en los anales ninguna religión prohíbe dedicarse gratis al cuidado y estudio de las cosas sagradas. En cuanto a *el cuerpo (Corpus)*, se inicia por una *Historia general de la*

*Naturaleza* y aunque en la dedicatoria de esta obra parece aludir a otras partes en preparación, distintas de la segunda parte del *Alma*, no se sabe que las escribiese.

Tal es el plan de la *Grande Obra* de Montano, para que así la corra la misma suerte que las demás que con mayor ardor han acariciado los genios, no puede afirmarse que esté concluída, pues aunque Nicolás Antonio habla de una tercera parte que, con el título de *Vestes* había de completar el ciclo de la mentalidad de Montano, ni sabemos si es pura y probable conjetura de aquel, o si la confunde con alguna de las otras partes que quedaron inéditas o en proyecto. Nicolás Antonio, por cierto, no tuvo noticias de la *Naturae Historia*,

Entrando en el fondo de la *Opus*, hay en el fondo de toda ella— sigue diciendo Villalba— tanto en su concepción, como en su desarrollo, un no sé qué de arcano y misterioso; algo como si fuera la exposición de una filosofía esotérica y simbólica, una especie de misticismo filosófico rodeado y como envuelto en grande y solemne forma, que se desarrolla sereno e imperturbable en la seguridad y aplomo de un pensamiento tenaz y firmísimo. Arias Montano aparece como un vidente, un místico en la plena y profunda obsesión de una idea, en la posesión de un sistema propio, de un principio supremo, eje principal y resorté de todas las cuestiones, por el que se resuelven con la mayor y más suave facilidad. Y en su decir sereno y fluido se nota cierto señorío levantado, toda la elegancia de un prócer del pensamiento, y en el mismo empeño tenazmente sostenido de sustentarlo y fundamentarlo todo con la palabra divina sorprendida en su más oculto y precioso manantial, en la más pura y menos enturbiada fuente del primitivo texto, canal primero por donde corrió el rico venero de enseñanza que del cielo bajó hasta la tierra y de cuyos más insignificantes elementos saca y aduce Arias Montano pruebas ocultas al común de los mortales; y en todo esto que representa la arquitectónica de una filosofía religiosa universal, o mejor en este filosofar sobre la obra de Dios, sobre la naturaleza universal toda, empezando por el mismo Dios, Alma del Mundo, hasta llegar a la más mínima parte de este Cuerpo explicándolo todo en esa relación sagrada que tiene la obra con su soberano Autor en su existencia y ciclos peregrinos y en los modos de actividad que en ella puso el Autor de todas las vidas, en todo esto la figura de Arias Montano aparece ornada por los fristes venerables y rodeada del nimbo arcano que la grandeza de esa misma obsesión ideal que le posee y le

presta... La edición de la *Biblia Regia*, fué, como él mismo dice en *Arcano Sermone*, la ocasión originaria de aquella... Pocos años después (1583) publica con el título de *De varia republica*, el comentario sociológico al *Libro de los Jueces*; escribe y deja inédito su *Vestes*; vémosle por última vez en el Escorial en 1592 y luego en Aracena y Sevilla, para morir en esta última ciudad en 1598.

Aquí teneis, pues, a grandes rasgos esquemáticos la vida exterior del polígrafo—terminó el doctor.—En cuando a su vida interior y mística, sólo podemos asegurar por su obra misma que en él renace y florece toda la tradición española, árabe y rabínica; que él es un Prisciliano, un Isidoro de Sevilla, un Avicena, un Aberros, un Ben Gabirol, un Simeón Ben Zocai, un Arnaldo de Villanueva o un Lulio; es decir, un teósofo efectivo que, en alas de aquella misma tradición, nunca perdida en España, supo remontarse vigoroso a la fuente misma de toda la iniciación ocultista occidental que está en el Líbano.

—¿En el Líbano, decís?—pregunté.

—Sí, en esa sucursal calcídica de la *Fraternidad Blanca del Gobbi*, sobre la que ahora estoy haciendo un estudio.

—¿Y qué podeis decirnos de ello, en resumen?

—Puedo deciros con Bailly que el origen de las ciencias todas está en cierto pueblo antiquísimo del lago Baikal, a los 50 grados de latitud: el país de Khalkhas, desde donde ellas pasaron a los atlantes, de la Atlántida a los etíopes antecesores y muchos siglos más tarde a las cuatro naciones más antiguas del mundo: India, Persia, Caldea y Egipto. Los Iniciados de dicho país tenían un lenguaje sagrado que de ellos se llamó numérico o *calcídico*, lenguaje zeudzárico que fué el origen de todos los alfabetos conocidos empezando por el *devanagori*, el lenguaje de los dioses o sánscrito y por el hebreo en Occidente. La característica de este lenguaje numérico aun se conserva en el numérico valor que tienen las letras en todos los alfabetos y la característica también de los centros iniciáticos que aquellos dejaron esparcidos por el mundo está en la palabra *Khalkhas*, *Chalcis* o *Calcis*. Así, a más del *Khalkhas* originario, de la meseta central del mundo, tenemos infinitud de otros Chalcis: el de Piza, el de Sicilia, base según Isaac Taylor del alfabeto romano primitivo, variante de las Chalcis griegas de Lycia, de Bilinia, de Tracia, de la península calcídica, de la Etolia, de la Eubea, del Epiro etcétera, como estas lo fueron de las dos Chalcis Caldeas y hebreas de la Celesiria y del alto Líba-



no, cerca de la solar Heliópolis o Baalbek, centro iniciático aún para todo el Occidente, desde la época de Jesús hasta la del Viejo de la Montaña y desde los primeros templarios hasta los últimos teósofos. Quiero decir, en resumen, que Montano, al profundizar en el estudio del caldeo, el hebreo y otras lenguas orientales, se percató de la falsía de las masoras o vocales arbitrariamente puestas por alguien para desvirtuar la primitiva significación numérica o *calcídica* de todas las palabras estampadas en la Biblia, especialmente de aquellas que como Jehovah, Elohim, Adam, Eva, Abraham, etcétera, tienen hoy reconocido un valor numérico tal que hace a todos estos personajes simbólicos, meros valores de medida, pero de una medida que, como diría Piazzi Smith, ¡mide al mundo, al tenor de la consagrada fórmula pitagórico-platónica de que *el Verbo geometriza!*... Esta es la causa de que, para la despierta intuición del padre Villalba, Arias Montano, verdadero hebraísta no al estilo pedestre de San Jerónimo, sino al estilo iniciático o *calcídico*, aparezca en su obra *«como un vidente, un místico en la plena y profunda obsesión de una idea, en la posesión de un sistema propio, de un principio supremo, eje principal y resorte de todas las cuestiones, por el que se resuelven con la mayor y más suave facilidad»*... Poseedor, en suma de la clave numérico-filológica que es una de las Siete llaves del Misterio y que se cree fué antaño poseída, en unión de la fisiológica o sexual y de alguna otra más por egipcios y hebreos.

—¡Ahora me lo explico todo, como en las novelas!—exclamó Peinado, inflamado por supremo ardor místico —¡Benditos son y serán siempre estos *Benedictos!*.. ¡Por ellos y sólo por ellos, merece ser vivida la vida!





## CAPÍTULO XIII

### Un asceta del siglo XX.

*¡Buen presagio!—A la vista de Alájar.—Revelación de Martin Hilario.—El asceta sabio de la Huerta de la Ermita.—Por entre los cercados de la villa.—Un «idiota», estilo San Pablo.—El Carmen aracenense y los viejos cármenes calcídico-sibilinos y árabes.—¡Qué descansada vida..!—¡Ellos, los Excelsos!—Historias y leyendas de los remotos tiempos.—Orullos, Oralía, Olisis, Olissipo.—El perdido y verdadero Dextro y el falso Flavio Lucio Dextro.—¡Hasta la noche..!*

Prensados en una jardinera, después de un bien ganado descanso, recorrimos a la mañana siguiente por una carretera ideal los escasos kilómetros de la bajada, hasta Alájar. Montalvo-Pavones nos sacó una fotografía.

—¡Buen presagio!—dijo Peinado al advertir que la diosa *Casualidad* o *Causalidad*, más bien, nos deparaba triunfal acogida con un sonoro repique de campanas.

—¡Son las campanas del Grial, que alegres nos acogen!—replicó solemnemente Cotra—¡El Templo está cerca!

A poco, dejando a la derecha sobre nuestras cabezas el bosque vecino a la Peña de los Angeles, penetramos en el lindo pueblecillo donde nuestro Arias Montano había oficiado de párroco muchas veces, como vimos consultando partidas del archivo escritas de su puño y letra.

Mientras tomábamos un refrigerio, alguien nos dijo, entrometido:

—Ustedes que, por lo visto son muy sabios, vienen a visitar sin duda a nuestro sabio *Aristóteles*, el del *Huerto de la Ermita*.

Cotta y yo saltamos de nuestros asientos, llenos de sorpresa, y casi otro tanto hicieron nuestros compañeros.

— xplicaos, joven, clamamos a una.

—Poco es lo que tengo que explicarme—añadió el interpelado Martín Hilario—Se trata de un lejano pariente mío que es muy raro, pero muy santo, y vive ahí en una huerta próxima desde el día de hace unos treinta años en el que por codicias de sus hermanos respecto a la herencia de sus padres, se asqueó de lo que da de sí el mundo; renunció a todo y se metió para siempre en su huerto, donde vive desde entonces como un ermitaño, contento y feliz como nadie en todas estas tierras con el pan, el aceite, las frutas y hortaliza que cosecha. Llega a tanto su desinterés que, teniendo una pensión de importancia que le dejó un pariente suyo en Sevilla, va a esa ciudad el día diez de Enero a las diez de su mañana, para renovar la y, que no prescriba, pero sin cobrar de ella un solo céntimo. El tal pariente ya difunto tuvo fama de rico, a consecuencia de no sé que hallazgos por el cerro de San Ginés y otras cuevas de estas sierras...

—¡Seguid, seguid!—dijimos todos al despierto joven—La narración de usted acerca de ese nuevo Cincinato del siglo XX es interesantísima.

—No es mucho lo que me queda que añadir—respondió aquel—*Aristóteles* estudia o medita constantemente cuando no tiene labor en su huerta. Las gentes le llaman el sabio y el apóstol. Sin exageraciones ni beaterios, viene con frecuencia a la iglesia si en ella hay algún buen predicador. No se le han conocido jamás relaciones amorosas, ni ha reñido nunca con nadie, dada la dulzura de su carácter, siendo los niños y los enfermos sus amigos favoritos.

—Tenga la bondad, pues, simpático joven, de guiarnos inmediatamente hasta el retiro del sabio—dijo el doctor tomando una rápida resolución que aprobamos todos.

El joven así lo hizo, y al punto nos vimos por entre el dédalo de callejuelas de los cercados que rodean al pueblo, coronadas por bóvedas de alcornocques y gigantes olivos, festonadas por zarzas y yedra y encharcadas por los pequeños regatos bajados de las laderas de la sierra. Los restos de antiguos empedrados en los que alternaban los fragmentos de mármol con los del cuarzo y la pizarra, acusaban a las claras que la villa de Alájar había sido antaño más importante que hoy día.

Tras un recodo solitario de aquellas paredes de piedra, bajo un gran toldo de secas vides y jazmines en flor, apareció una tosca portalada semiderruida.

—Aquí es—dijo el joven—desapareciendo no sé por donde.

—Caballeros,—dijo el doctor, antes de llamar emocionado a la misteriosa puerta—creo que somos demasiado tropel para entrar todos juntos. Acaso el anciano podría asustarse, y opino que ustedes se queden fuera hasta nuevo aviso, mientras penetro yo con nuestro cronista.

Obedientes los demás se emboscaron sumisos un poco más arriba, mientras que el doctor daba tres suaves golpes con su roten, golpes que, no sé por qué endiablada asociación de ideas, me recordaron los de los vargueños.

Cual si hubiéramos oprimido un resorte mágico, abrióse la puerta instantáneamente, apareciendo en sus dinteles un anciano venerable, vestido de limpios andrajos. si vale la paradoja, de estatura regular, barba y cabellos rizados, más blancos que la misma nieve; ojos hundidos pero vivísimos, casi luminosos por sí mismos, según la impresión de deslumbramiento que nos causaron al punto llegándonos a lo más íntimo del alma; un patriarca bíblico, un Moisés de Buonarroti, en fin, que, con voz suavísima, nos decía:

—¿Qué desean los señores? ¿A qué se molestan viniendo a visitar a este pobre idiota?

—¡Idiota, padre mío, se llamaba también a sí propio San Pablo, y sin embargo a él debemos lo mejor y más depurado que tenemos del Cristianismo!—replicó el doctor, bajando humildemente la vista.

—¡Pasad, pues que así lo quereis! Pero acaso sufrais un desencanto grande con mi insignificancia contestó el Moisés aquel franqueándonos la entrada al más pintoresco huertecillo que darse puede: un paraíso de bien pocas hectáreas y cuya descripción suprema está hecha con sólo recordar las que los poetas árabes nos han dejado de los jardines encantados de Zahara, o de los *cármenes* granadinos, efectivos cármenes calcídicos como aquellos que hicieron decir al iniciado Silio Itálico «*Carmen calcídicum sive versus Sybillini a Cumana Sybilla conditi*», rememorando a la Sybilla de Cumas que a tanta honra tuvo el invocar siglos después la Iglesia para su pavorosa elegía del *Dies irae*.

Los olivos cargados de aceituna; la red de frutales escalando las tapias de hiedra y jazmines del huerto; los naranjos y limoneros prontos a romper en azahares cuanto cuajadas de dorados frutos; los geométricos tablares de hortalizas festoneadas por floridos jacintos, daban a aquel casto ambiente tranquilidad y dulzu-

## DE SEVILLA AL YUCATÁN

ra tales, que parecíamos no estar en este bajo Mundo, sino en el mismo y bucólico ambiente en que se bañara también fray Luis de León, cuando cantó aquello de

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!  
¡Que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes el estado,  
ni del dorado techo  
se admira, fabricado  
del sabio moro, en jaspes sustentado!..

porque nuestro asceta de Alájar, bien podía repetir con el maestro aquello de

Despiértenme las aves  
con su cantar suave no aprendido,  
no los cuidados graves  
de que siempre es seguido  
quien al ajeno arbitrio está atenido...

Precedidos del anciano, gallardo y fuerte todavía a pesar de sus 70 o más años, subimos a una especie de soleada plazuela en alto llena de rosas y otras flores impropias de la estación todavía, donde una vez sentados en rústicos asientos de corcho, el asceta nos dijo:

—Por vuestra manera de presentaros, por vuestro aspecto mismo conozco que no sois unos vulgares viajeros, sino hombres que buscáis algo más alto, algo de lo que yo también en este mi retiro de hace tantos años busco.

—No os engañais, no—contestó solemnemente el doctor—somos modestísimos teósofos y buscamos, al par que el medio mejor de servir o la fraternidad universal de la humanidad sin distinción de razas, sexo, credo, casta o color, el camino, *la senda escondida*, el estrecho sendero...

—¡Oh—opuso con sincera humildad el anciano, temblándole de emoción la blanca barba—yo no soy sabio, pero venero a los sabios; soy un pecador, pero amo a los buenos. Por eso, por mis muchas faltas pasadas y presentes me he retirado a este rinconcito donde aguardo tranquilo el día de mi tráfago a un mundo mejor, donde me aguardan *los míos!*

—¿Y quiénes son *los suyos* sino *los nuestros* también, los po-

cos, los grandes que en el mundo han sido...? ¿Quién en fin, sino *Ellos*, los seres *excelsos*, como ese inconmensurable Don Benito Arias Montano que también, como vos, tuvo antaño su retiro allá arriba?—dijo emocionadísimo el doctor, señalando hacia la Peña de los Angeles, y lo dijo con acento tan vibrante, tan solemne y extraño, que yo hasta entonces bien puedo decir que no había comprendido toda la música, toda la magia que se encierra en el lenguaje humano. Las palabras de aquellos dos superhombres, que no parecían sino padre e hijo espirituales, caían, en efecto, de sus labios como largas notas de arpa y de violoncello; como gotas de agua espaciosamente filtradas de las estalactitas y caídas ingravidamente en los cristales de los lagos subterráneos que tan familiares ya nos eran.

—¡Oh, mi santo Maestro!—exclamó lleno de unción y elevando juntas sus huesosas y nervudas manos hacia arriba, mientras que una lágrima de emoción pugnaba en vano por escapar de sus ojos azules—Sí, ya no vivo sino con él, de él, y para él. Por eso vigilo por su ermita y a diario visito su gruta, Por eso, acaso, ha querido también el Destino que yo viva lo suficiente para alcanzar el día en que dos hombres más jóvenes y animosos que yo, vengán en peregrinación a estos santos lugares, hollados por su planta y santificados con su presencia a buscar abnegados e inocentes, algo de eso que la pobre Humanidad excéptica de nuestros días, necesita más que el aire, sinó ha de morir por asfixia.

—¡No somos dos, sino siete!—interrumpí—Los que veis y cinco más que aguardan el permiso para penetrar en este recinto, santificado por vuestras virtudes!

—¿Y qué hacéis que no les dais entrada?—opuso, en tono de reconvencción el asceta—¡Que pasen, pues, enseguida!

Así lo hicieron nuestros cinco compañeros, que uno a uno fueron penetrando en el huerto como hubieran podido hacerlo en el templo más augusto del mundo, pese a la protectora familiaridad con que, desde el primer momento, les acogió el asceta.

Lo que después nos aconteció con este último no puede transcribirlo la pluma. El anciano parecía transfigurarse al hablarnos del Maestro, contándonos historias y leyendas de los remotos tiempos de la comarca aquella, muy anteriores a cuando la isíaca Imagen de Nuestra Señora de los Angeles había sido hallada tres veces en la gruta por unos cabreros y perdida otras tantas, según canta la célebre leyenda de San Enrique de los Reyes. También nos contó no poco de cuando Arias Montano escribía e un netatig

sus apuntes para obras de índole ocultista que acaso se han perdido. En su visión retrospectiva que visión astral más bien parecía, el asceta nos evocó con la magia de su palabra apostólica, los días trágicos de la invasión agarena, por la que se aposentaron en la región los más selváticos berberiscos; los no menos trágicos días anteriores de zuevos, alanos y godos, cuando estaba ya cuajada esta serranía de penitentes erenitas, ante los cuales somos menos que un átomo los solitarios de hoy al seguir el ejemplo de nuestro San Víctor en el siglo V, como lo prueba Rodrigo Caro en sus *Notas a la Historia de Flavio Dextro*. Por último nos habló largamente del pueblo-rey cuando, desde su metrópoli de Itálica extendió a estas sierras su influencia, aprovechando las múltiples riquezas de la comarca aracenense y las minas antiquísimas que antes de ellos habían aquí explotado fenicios y cartagineses.

—Porque habeis de saber—nos dijo, como quien hace una penosa revelación—que a seis kilómetros más al Sur de Alájar, del otro lado de esas sierras coronadas por ténues girones de niebla, se extienden los célebres llanos de Orullos u Oralia, cerca de donde se halla la capilla de San Bartolomé, capillaalzada sobre las minas del templo celtibérico, tartesio o túrdulo más afamado por toda esta tierra. No lejos de allí estuvo también el pueblo y templo de *Olisis* u *Old-Isis*, la *vieja diosa Isis* egipcia traída a estas regiones por los periplos de la raza aquella que también fundó en la desembocadura del Tajo a su gemela *Olissipo* o Lisboa, metrópoli atlántica que sólo tuvo rivales en Gades y Coruña. Además de esas tradiciones y documentos que yo os daré en breve, tenemos, cauce abajo de Riva Seca los restos de *El Patrás*, o sea la ciudad de los padres, *patres* o *jinas*; la misteriosa *Fuente jina del Oro*; los baños minero-medicinales vecinos a *La Corte*, a Santa Ana la Real y al primitivo monasterio y castillo de *Almonaster el Real*, rico en piritas de hierro y cobre, entre los sitios jinas también llamados *La Joya* y la *Cueva de la Mora*. Todos estos lugares, dijo, solapan grandes misterios del pasado, que yo mismo ignoro, y aunque los supiese acaso no podría revelároslos tampoco... Pero, en fin,—añadió el asceta cambiando repentinamente de conversación—lo importante por el momento es que subáis a la Peña de los Angeles. Yo no puedo ahora acompañaros, pero teneis bien de manifiesto el camino, subiendo por esta calleja hacia arriba.

Respetuosos con aquella indicación íbamos a despedirnos del santo anciano, cuando, cogiendo cariñosamente la mano del doctor, le dijo:

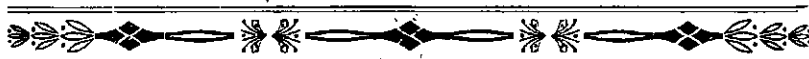


—No, no os vereis libres tan pronto de mi enfadosa presencia. Si os place podeis volver a verme todós esta noche.

—Nada más anhelado por nosotros—replicó el doctor, despidiéndose—¡gracias, y que os guarde el Cielo!

Todos nos alejamos emocionados, pero la impresión de Peinado excedió a la de todos. Algo nuevo ocurría en su ser sobre lo que no nos atrevimos a interrogarle, esperando que el tiempo nos lo aclararía.





## CAPITULO XIV

### Noche druídica

*La subida de la Peña. — La calzada, la fuente, la ermita, el paisaje y la gruta. — «La escondida senda». — Retorno con el asceta Luís. — ¡La llamada del Destino! — A la luz de la luna.... — No podemos ser sabios prescindiendo de la sabiduría de los antiguos. — El hombre, sin la historia sería inferior al bruto. — Está por hacer la historia hispano atlántica. — Cretinismos históricos y falsías manifiestas. — Un regalo de príncipes. — Otra vez y siempre el Maestro Arias Montano. — El cuadro de Machell y el sendero hacia la Iniciación. — ¡Momentos que valen un siglo!*

Remontamos por la calleja, camino de la Peña. A medida que ganábamos altura el panorama se iba haciendo más y más espléndido, por entre aquel bosquecillo de alcornocales, encinas, álamos y otros árboles de severo aspecto, a lo largo de una calzada empedrada que parecía romana, entobas pedregosas, espinos, zarzas y mejoranas, que embalsamaban el ambiente anticipando en aquel templadísimo rincón las delicias de la primavera. La magestuosa alma del dormido paisaje; la felicidad inexplicable que tras la visita al asceta irradiaba de nuestros corazones con vigores de extraña juventud y notas de dulcísima ternura; los efluvios, bienhechores de aquel sol del invierno andaluz y las seguridades íntimas que, sin saber porqué abrigábamos de que estábamos metidos de lleno en una empresa tan grande como vaga y misteriosa, nos tenía como transfigurados y hasta tal punto ágiles que ni cuenta nos dábamos de las molestias de la subida.

Pronto, pues, nos vimos en el borde de una plataforma espacio-

sa, festoneada de árboles y maleza, por cuyos costados brotaban espumosas varias corrientes de agua purísima, formando aquí y allá cascadas antes de bajar al valle para fertilizarle. Un pequeño bando de perdices se levantó poco más abajo, alborotadas por nuestros pasos. Algunos ruiseñores arpegjaron entre las líneas de álamos de la calzada como dándonos la bienvenida y grupos de astutos gorriones se nos ponían delante como burlándose de nosotros, hasta llegar a una fuente monumental, diáfana como un cristal que, adosada al talud rocoso se muestra a la entrada de la plataforma como invitando al viajero a beber y a purificar su cuerpo, su alma, su conciencia toda antes de penetrar en aquel santuario de *La Virgen de Peña*, que en el siglo XVI eligió Arias Montano para su retiro, considerándose en él más feliz, perdido entre las grutas eremíticas del cerro, que cuando lucía su pasmoso saber en Trento, o recibía en Lisboa honores de embajador extraordinario del más extraordinario de los reyes del mundo «en cuyos dominios no se ponía el sol», o se cubría de los laureles por la publicación a cuatro columnas en latín, griego hebreo y árabe, de su inconmensurable *Biblia Políglota*; o era llamado a la regia biblioteca escorialense para echar las bases del que pudo ser el archivo más grande del saber. Rey de reyes en su retiro excelso, aquel mismo Felipe II, «rey de Inglaterra, de España y de sus Indias orientales occidentales, de Cerdeña, de Sicilia, de Nápoles, de Jerusalén, etc., etc.» vino a visitarle según parecen comprobarlo un antiguo cuadro que antes existía en la ermita, representando al rey en oración, y las dos pirámides hoy en ruínas, la esplanada, las que se dice tuvieron antes la inscripción *Plúlipus II xer* y la apostilla «*Gabrieli a Zayas*», en recuerdo de este secretario del rey y gran amigo del políglota.

El templo nada tiene en sí de particular. Es una de tantas ermitas cien veces separadas y enlucidas como se ven por Andalucía y Extremadura, consagrando con su sello cristiano otras tantas alturas desde las cuales también otras gentes anteriores elevaron sus preces a ese Sér sin nombre que está por encima de todos los cultos y de cuantas religiones exotéricas se suceden en el mundo, La *Reina de los Angeles*, efectiva Virgen de Guadalupe por la fiesta de su Natividad (8 de Septiembre) tiene la misma leyenda e igual probable origen que la trigueña imagen egipcia de las Villuercas de Extremadura. Como esta misma fué escondida por los cristianos después de la llamada rota del Guadalete y descubierta luego por un pastor que antes la viese en sueños.

En el reborde mismo del talud que vuela hacia el Sur sobre el inmenso valle de Alájar, se abre una bocana caliza algo menor que la de un túnel, sin huellas ya de las masas estalactíticas que acaso antaño tuvo. Un rústico asiento aparece tallado hacia la derecha, que a nosotros nos pareciera un trono, por haberse sentado en él tantas veces durante los ocho años de su retiro el Salomón hispánico con la vista vagamente perdida sobre el imponente panorama mientras cruzaban acaso por su mente las ideas matrices de su *Magna Obra*....

Un puñado de fotografías de todos aquellos consagrados lugares; un embobamiento estático de no pocos minutos sobre el frontero valle que parecíamos ver desde aeroplano: una larga contemplación de las lejanías de la izquierda hasta las *Sierras del Gandul* y por la derecha hasta las vecindades de la opulenta Cortegana, y de igual modo que la otra vez en Aracena, bajamos a la luz de un maravilloso crepúsculo, después de haber presenciado la puesta de sol y la salida de la luna en un cielo que parecía una furquesa, por no presentar ya ni la menor nube, cosa que en invierno sólo sucede en Andalucía.

En menos de media hora nos vimos en la limpia posada-fonda, donde una cena abundante y sana reparó nuestras fuerzas interin llegaban las siete de la noche, hora para la que nos había citado el ascefa Luís.

Recibiónos éste en la esplanadita de su casucha, orlada de rosales y de granados, al pie de un gigantesco pino que nos pareció, no sé por qué, una especie de árbol sagrado, evocador de los tiempos más remotos y, sentándose sobre una piedra blanca semejante a la del ensueño de Jacob o a la del subterráneo de Aladino, nos dijo con velada pero solemne voz:

¡Hijos míos!;—permitidme el que así os llame desde ahora—: algo muy grande que está en el curso lógico de las Esferas, sin duda, os trajo aquí, no por móviles mundanos de curiosidad, codicia o vanagloria, sino por otros más íntimos de los que seguramente no os dais perfecta cuenta todavía, y ha querido el Destino que yo viva lo bastante para poder esperaros y deciroslo....

Al llegar aquí el anciano hizo una solemne pausa como quien coordina hondos recuerdos viejos, o como el que se prepara a formular la más estupenda de las revelaciones. Todos contuvimos hasta el aliento, sentados cuál en su taburetito de corcho, cual en los poyos de viejo mármol de ruínas puestos delante de la choza

como en anfiteatro. La tierra tenía un sacramental silencio, tres veces interrumpido por el *schuin, schuin* de un buho entre las ramas del pino, como se impusiese más aun aquel silencio. El aire tibio parecía impropriadamente de muy avanzada primavera. Los rayos de la luna-llena cayendo mágicos sobre la nieve de la barba y cabellos del asceta dábanle una apariencia como de otras edades, cual a bardo druídico que en noche semejante se preparase a entonar un himno ogámico a los acordes de su arpa heptacorda. Hasta parecía agigantada su estatura y tomados en flotante manto los pseudo-andrajos, de su rústico vestido. En cuanto a sus ojos parecían, más aun que por la mañana, luminosos por sí mismos.

—El capítulo treinta y nueve, versículo primero del *Ecclesiastes* del rey Salomón - dijo, al fin el bardo, cual si cantase—nos enseña que nadie puede alcanzar a ser verdaderamente sabio si antes no busca y asimila la inmensa sabiduría de los antiguos. Si los consejos de los ancianos los miramos con respeto y elogio, por creerlos hijos de la fructífera madurez de los años, ¿con cuánto más provecho no deberemos venerar y seguir los de aquellos antecesores nuestros, contemporáneos de los primeros días de la tierra? Con semejantes ejemplos, los niños, como dice Plinio, en su *Epístola ad Lacer*, pueden superar en ciencia y en prudencia a los mismos viejos. «Por eso también ha dicho César Cantú en el discurso preliminar de su *Historia Universal* que ninguna ciencia satisface tan completamente» como la Historia la inmensa necesidad de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno que la humanidad siente más imperiosamente a medida que avanza en su camino. Nuevos nosotros en este mundo, y sucesores de aquellos que, conociéndoles apenas, le abandonaron; anillos temporales de la cadena en la cual, apesar de la destrucción de los individuos se perpetúa la especie, ¿cómo podríamos dirigirnos si estuviésemos atendidos tan sólo a la propia experiencia? En poco superiores a los brutos y acaso más desgraciados que ellos; guiados por el instinto del placer o el imperio de la necesidad, nos pareceríamos nacido a media noche que, al ver salir el sol lo creyera acabado de crear en aquel mismo momento. La Historia nos eleva sobre los intereses efímeros y mostrando que somos miembros de una asociación universal que se dirige a la conquista de la virtud, la ciencia y la felicidad, dilata nuestra existencia a todos los siglos, nuestra patria a todo el mundo, haciéndonos contemporáneos de los grandes personajes y manifestándonos la necesidad de dejar aumentada para nuestros sucesores la herencia que de nuestros

padres recibimos. ¡Y cuán pura satisfacción no embarga nuestro sér, al contemplar desde tan elevada meta la moral y la humanidad!.... La importancia de la historia mitiga el cobarde egoísmo, que gangrena a la sociedad moderna, impulsándonos a una generosidad consoladora y activa..... La antigüedad respira una como juventud eterna en aquellos hombres de carácter grande y complejo que a un mismo tiempo descollaban como capitanes, ciudadanos, literatos y estadistas pero así como nos son desconocidas las tres séptimas partes de la superficie de la luna, del mismo modo carecemos de noticias sobre una gran parte del linaje humano.»

Pero ¡ay! que nuestra patria Historia, diré parafraseando a un gran escritor de quien después he de hablaros—desde los remotos tiempos de la Atlántida está todavía por hacer.—Os lo asegura un hombre como yo, que es invensible cual lo son todos los hombres próximos a morir—Diríase que es una funesta maldición de España el que sus llamados historiadores hayan sido no pocas veces unos cretinos o unos falsarios manifiestos. Viterbo, el arzobispo don Rodrigo, Florian de Ocampo, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita, Moret, Aberca, Pellicer, Ferreras, Mariana y otros, sin contar los de los dos siglos últimos, preocupados por equivocadas o inciertas minucias, no han acertado a unir nuestra gloriosa prehistoria, con la ora gloriosísima, ora terrible de la Atlántida que con ella está, sin embargo, enlazada de un modo mágico e incontrovertible, porque ella no es sino la *cábala* o tradición de las edades, y aunque fuera cierta, que no lo es, la pretendida ley de Gñillermo Escobar de que «entre gentes que no conocen la escritura no se puede conservar el hecho histórico tradicional más que a lo largo de cinco o seis generaciones, es decir unos doscientos años,» tenemos infinidad de documentos escritos, sin contar con las maravillosas enseñanzas que nos han sido transmitida por los Misterios iniciáticos, tan antiguos casi como la Atlántida misma.....

Todos conteníamos hasta la respiración adivinando el terreno a que el sabio nos quería conducir.

Tras breve pausa, continuó el anciano.

—Una de las obras perdidas—sigo parafraseando —es la *Historia Universal*, de Dextro, que daba relación completa de toda la serie atlante de los primitivos monarcas de España que dieron pobladores a Irlanda, Escocia, Inglaterra y aun América; que enviaron las colonias que en Asia dieron nombre a la Iberia oriental;

que poseyeron toda la Libia en Africa; que dieron reyes a los celtas, siendo rama suya los primeros reyes de la decantada Troya que ocuparon muchos años a Sicilia y fundaron a Roma, cabeza del mundo, pues es fábula bien conocida que de Eneas procedieron los reyes de Alba progenitores de Remo y Rómulo. Demostrábase además en dicha obra que toda la fábula y mitología gentilicia fuvo su origen en príncipes atlantes o, como si dijéramos, españoles, de lo que se colige que España en los tiempos llamados *adelón* y *mítico* fué cabeza y señora de todo el Occidente extendiendo su imperio por las Galias, Italia, Alemania, Inglaterra e Irlanda; en Africa por las Mauritánias, hasta el Congo y la Libia y en América de Sur a Norte todo su dilatado país....

Esta insigne reliquia de la obra de Dextro sabio de los tiempos de Felipe II que don Lorenzo de Padilla dice tuvo en sus manos desapareció, sin saberse cómo sustituida por la mentirosa Historia de Flavio Lucio Dextro, pero alguien más conoció sin duda aquella otra auténtica *Historia*, y este alguien fué el Maestro don Benito Arias Montano, a cuyas manos expertas llegó también otra obra curiosísima conocida bajo el nombre de *Chronicon de Pedro Orador*, de Zaragoza, y fué tal la sorpresa que tanto a él como al rey don Felipe hubieron de causar entrambas obras, que este último ordenó a aquel que, para la naciente Biblioteca del Escorial, sin duda, escribiese sobre el particular algunos pliegos que hoy se creen desaparecidos y después un *Epítome* de los reyes hispano-atlantes, epítome cuyo original, de la propia letra del polígrafo fué conservado durante muchos años por un sabio canónigo de Zaragoza, mientras que una copia del mismo epítome vino a parar a manos del profundo doctor Huerta y Vega, a principios del siglo diez y ocho, y para que veáis cómo no hablo por cuenta propia mía, sino siguiendo al pie de la letra a este último historiador, voy a tener el gusto de regalaros su preciosa obra acerca de la primitiva historia de nuestra patria.

Y al decir el asceta todo esto, que nos dejó verdaderamente atónitos por lo prodigioso, lo increíble y lo inesperado, entró un momento en su albergue y como si de una biblioteca astral lo hubiese tomado sacó un estuche de cuero, análogo a los *Libros becerros* de las antiguas leyes, o una ejecutoria de nobleza, a juzgar por los dos sellos de plomo pendientes de seda roja que la cerraban, representando uno de los sellos al mismo castillo de la *Joyosa guarda* que dos días antes me sorprendiese en el escudo de Aracena, con su mismo torrente de *agua*



*viva* saliendo bajo la cerrada puerta, y con la consabida inscripción latina de *este es el camino de los astros*. «El otro sello representaba a Hércules el libro con sus columnas y la obligada inscripción de *Plus-ultra*, sin la partícula *non* que aquellas llevaran siempre.

—Aquí, pues, teneis doctor, — siguió diciendo el asceta— dos tomos rarísimos y en pergamino de la «*España primitiva o Historia de sus reyes y monarcas desde su población hasta Cristo*, que consagra al Rey Nuestro Señor don Felipe Quinto el Animoso, el doctor don Francisco Xavier Manuel de la Huerta y Vega.» Obra sin pie de imprenta, que lleva fecha de 1738 y que está dedicada a don fray Gaspar de Molina y Oviedo, Cardenal, Consejero de Castilla, obispo de Málaga, etcétera etcétera. Quedaos con ella y con la «Traducción griega de los papeles de un rabino anónimo que la acompaña, en recuerdo de este pobre viejo que tan larga como penosa, bien pronto va a dormir con sus mayores.

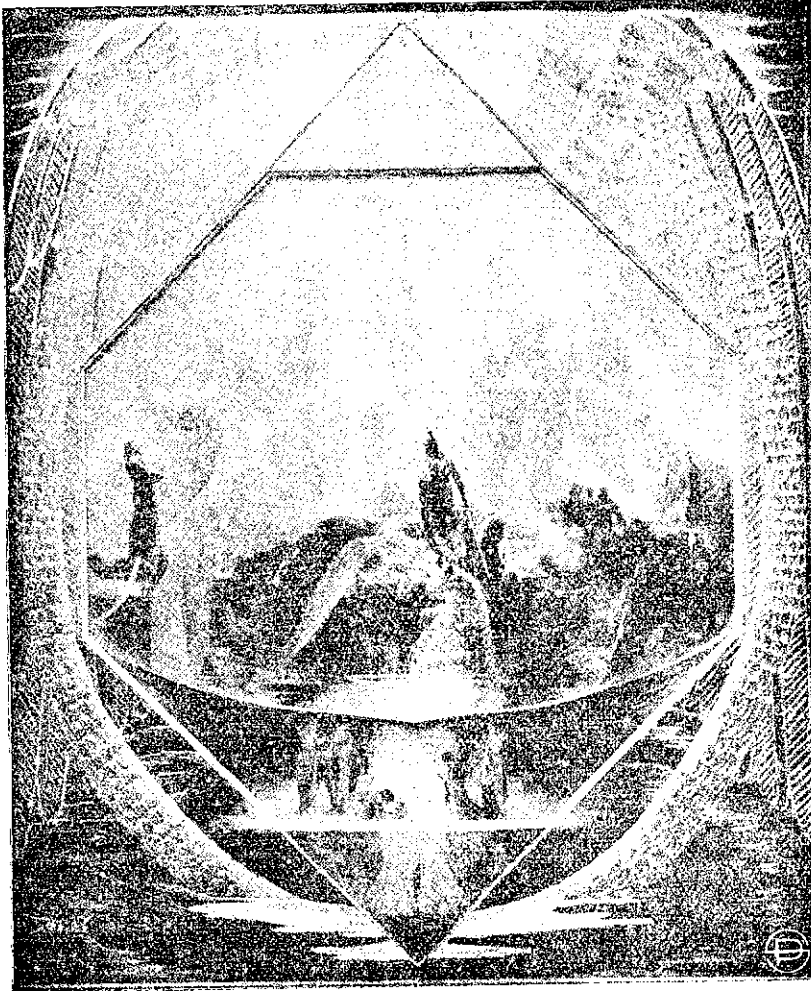
—No habéis todavía de ese eterno sueño, premio cumplido a la labor de un justo como vos—dijo el gran Peinado en un transporte de fervorosa admiración—prepararos sí para dormir esta noche con la íntima satisfacción del deber cumplido para con neófitos tan ignorantes como nosotros, a quien habéis deslumbrado hoy con el fuego de vuestras virtudes y la luz divina de vuestra sabiduría, que parece irradiaba de aquel luminar esplendoroso del Salomón extremeño.

Fué un momento; un momento, no más que valió un mundo, aquel instante en que yo creí ver brotar como dos rayos de fuego de los ojos del anciano patriarca, cayendo sobre el alma entera de Peinado a quien creí ver transfigurarse con ello. Haciendo además de que le siguiésemos, abandonamos tras de éste aquel recinto druidico donde habíamos pasado encantados, tres horas como tres minutos, sin experimentar cansancio, ni frío, ni ninguna otra sensación corpórea, nos despedimos, seguramente para siempre del asceta, pugnando por besarle las manos, agradecidos.

A poco doblamos la esquina del huertecillo, nó sin volver la vista atrás para dirigir al anciano una última mirada en la que iba envuelta toda nuestra pena por la separación y todo nuestro amor de discípulos. En pie, sobre la plazoleta de entrada, sombreado su gallardo cuerpo por jazmineros y olivos, el santo aquel levantó la mano en señal de despedida y quien sabe si para bendecirnos.....

—¡Parece el ángel de la *Oración del Huerto*, de Salcillo, mostrándonos con su diestra el camino futuro! - exclamó solemnemente Peinado, mientras se enjugaba una lágrima furtiva.

La visión del asceta desapareció, pero al alzar nuestras miradas

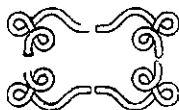


EL SENDERO

hacia el firmamento donde la reina de la noche se ostentaba espléndida sobre finísimos e irizados girones de niebla formados hacia poco sobre las sierras del Sur todos tuvimos como por ensal-

mola misma visión mística que el gran artista-teósofo británico R. W. Machell trasladó a su célebre cuadro *The Path* o *El místico Sendero* y cuya descripción hermosa vemos consignada en una revista del mismo nombre de California en estos términos:

«*El Sendero* es el camino que el alma humana ha de hallar en su evolución hasta llegar al completo conocimiento espiritual de sí misma. Lo Supremo, o sea la condición suprema de existencia, está simbolizado en el cuadro por la gran figura del centro cuya cabeza se encuentra iluminada por la aureola del sol resplandeciente, confundida con el triángulo superior simbolizador del Espíritu, y cuyos pies, sumergidos en las aguas akasicas, símbolo de la materia, se encuentran en el triángulo inferior. Las alas de la figura representan el movimiento o vibración de la vida universal, en tanto que, dentro de un octógono se muestran los diversos planos del conocimiento a través de los cuales debe ascender la humanidad para alcanzar el estado de perfección. En la base del triángulo superior aparece una Iris alada, la Madre o Super-alma que a los que están debajo les vela contemplación de lo Supremo. Desde aquella altura el Adepto vuelve compasivamente la vista hacia los que aún yacen errabundos abajo y a guisa de salvador de ellos desciende de nuevo para ayudarles. Debajo y a los lados de él está la línea roja de los guardianes, que derriban a los que aun no cuentan por sus méritos con *la palabra de paso*, simbolizada por el albo resplandor que flota sobre las sienes del aspirante purificado. En el centro del cuadro aparece un guerrero que ha matado al dragón de la ilusión o sea la propia naturaleza animal de su cuerpo que le sirve como puente para cruzar el abismo.....»







## CAPÍTULO XV

### Desaparición de nuestro Presidente

*Angustioso despertar. — ¿Un suicidio? — La carta de despedida. — ¡Se ha ido con su Maestro! — El testamento de Peinado. — La cadena rota se suelda con la unión de los eslabones vecinos. — Los tres días de la espera caballerescas. — Lectura del contenido de la cajita del asceta. — Fragmentos del TIMEO y del CRITIAS de Platón. — Los sacerdotes de Sais y la Atlántida. — Los diluvios periódicos. — La diosa Neith, Minerva o Iris. — El heroísmo de Atenas. — La catástrofe de Poseidonis. — La humanidad no ha hecho sino glosar las enseñanzas platónicas.*

Trás las emociones de la noche anterior, dormimos hasta las 9 de la mañana, un sueño sin ensueños, es decir un sueño el más reparador y profundo, del que nos sacaron inopinadamente al doctor y a mí que ocupábamos la misma habitación, unos golpes extrépitosos, que esta vez sí que no eran de los consabidos Vargueños, golpes seguidos de la turbadísima voz de Cotta, que decía:

—¡Doctor, amigos míos, abrid pronto en nombre del cielo!

De un salto me puse en pie y franqué la entrada a Cotta, que lleno de emoción, o por mejor decir, de terror, penetró como una tromba con una carta en la mano, dirigida al doctor, y en la que al punto reconocía la letra de nuestro presidente Peinado.

—¡Tomad y romped pronto el sobre, doctor, —dijo Cotta— que si no conociese bien a Peinado, creería que se trata de un suicidio!

—¿Cómo? —exclamamos sobresaltados y a una— mientras que

no menos alarmados y en paños menores entraban Torres y *él jina*.

Cotta con frases entrecortadas nos decía:

—Peinado quedó fuera, anoche, en el comedor, mientras que yo me acostaba en una de las dos camas que a él y a mí nos habían destinado en esa habitación contigua. Fatigadísimo, como estaba, dormíme al punto, sin saber lo que pasó después. Pero es el caso que ahora, al despertad y dirigir la palabra a mi vecino, vi con extrañeza que la cama estaba intacta, con una carta para el doctor, sobre el embozo. Entonces, sin saber por qué, paso por mi mente la idea de algo muy grave, acaso de un suicidio....

—Si, de un suicidio que es la cosa más horrendamente loca que puede hacer un ocultista—interrumpió el doctor sonriente y tendiéndonos la carta—Sí, nuestro presidente Peinado acaso nos ha dejado para siempre, pero no se trata de un suicidio ni de nada que se le parezca, sino de algo inefable y felicísimo. Leed y, tranquilizaos—terminó al par que nos arrojábamos sobre el papel, devorando de una sola ojeada su contenido, que era éste:

«Hermanos y amigos queridos: He hallado, al fin a mi Maestro, y, libre como estoy de obligaciones familiares, necesito partir.... ¡Seguid vosotros decididos y unidos el glorioso sendero que, para bien de la Humanidad parece haberos abierto hoy también el Destino...! En cuanto a mí, veo con meridiana luz cuál es el mío, y no tengo para qué decirosle pues, ya le adivinareis tras lo acaecido. Preguntádselo sino a estas grutas; a estos encantos del divino rincón que si supieron cautivar al Salomón de España y a otros, con mayor motivo alcanzarán a cautivarme a mí, que indigno soy de besar siquiera la fimbria de sus vestidos.... Perdonadme, pues, ahora más que nunca, hermanos míos, que si para las almas no hay distancias, como las hay para los cuerpos, la mía desde este mi retiro definitivo, seguirá siempre vibrando al unísono con las vuestras, hasta el gran día en que unas y otras reposen en el Seno de lo Absoluto....» Y firmaba: Vuestro compañero que uno por uno, os abraza, «Luís Peinado», con una postdata que decía «Para aplicarlo a nuestros ideales, disponed como vuestro de lo mío!»

—¡Se ha ido, se ha ido con su Maestro.—clamaba Cotta, sin poder contener las lágrimas. Mi corazón ayer mismo ya me lo decía.....

—No se ha ido, no—replicó severo y transfigurado el doctor—Ha ido simplemente a su puesto, como nosotros iremos bien pronto a los nuestros respectivos. La cadena rota por la falta de un

eslabón, se suelda por la más íntima unión de los eslabones que han quedado vecinos: ¡En pie y a la orden, pues, hermanos míos!

.....

Rápidamente acabamos de asearnos y vestirnos, pasando al comedor para hacer el desayuno-comida que habíamos dispuesto un antes de partir, pero impresionadísimos con la inopinada marcha de nuestro hermano, apenas si comimos. Tomamos lentamente el café, cual si quisiésemos hacernos fuertes para no seguir también a nuestro amigo desatendiendo impia mente los kármicos lazos del deber que nos ligaban con el mundo, al tenor de aquel precepto de la *Voz del Silencio* que expresa «si alguien dijere que, abandonando padre, madre, mujer o hijo o retirándose a la selva, puede adquirir la perfección, faltando a sus deberes para con ellos, ¡dile que miente!»

—La farde avanza. Todo está dispuesto para la partida, dijo, Torres, volviendo a entrar.

—Poco a poco, caballeros, replicó el doctor. — El canon caballeresco relativo a los desaparecidos está terminante: «aprieta un poco las cinchas a Rocinante—dice Don Quijote a Sancho, frente a la pavorosa aventura de los batanes—y quédate a Dios y espérame aquí hasta tres días no más, después de los cuales, si yo no volviese, puedes tú volverte a nuestra aldea y desde allí irás al Toboso,» etcétera. Es, pues, de rigor la espera aquí de esos tres días.

—¡Qué nos place! dijimos todos. Y Coffa añadió:

— Es una magnífica ocasión, no ya de velar las armas para este ulterior viaje caballeresco que, por todas las trazas, se dibuja, sino para leernos a fondo todo cuanto la cajita que nos ha regalado el asceta, contenga.

—¡Excelente idea! respondimos, procediendo, con curiosidad de chicos, a extraer de la cajita los dos tomos encuadernados en pergamino de la obra de Huerta y Vega y también un rollo de papeles con letras que nos pareció ser del Maestro, Arias Montano a juzgar por las partidas parroquiales escritas por él que acabábamos de ver en la parroquia de Alájar *Timeo* y del *Critias* de Platón, fragmentariamente insertos también en aquella.

—Empecemos por el *Timeo*, donde se inserta la divina tradición de la isla Poseidonis, según el relato que Platón pone en boca de Critias el joven, nieto del gran Critias que a su vez era pariente de Sócrates, el maestro de Platón—dijo el doctor, cogiendo unas hojas del manuscrito y leyendo en alta voz:

«En el Delta de Egipto, con todo el panorama de los brazos del Nilo a los pies, existe un *nomos*, llamado Saítico y una ciudad principal, la de Sais, de donde el mismo rey Amasis era oriundo. Los habitantes de dicho *nomos* o Estado tienen por divinidad fundadora de él a la diosa *Neith*, que, en griego, según ellos, quiere decir *Atenea*. Por eso, ellos quieren de todo corazón a los atenienses, considerándolos como de su propia raza. Así, Solón decía que, llegado cierta vez a aquel país, había recibido en él las mayores atenciones, y después de las preguntas que había hecho acerca de la antigüedad a los sacerdotes más ancianos y que mejor la conocían, se había convencido de que ni él, ni ningún otro griego, sabían nada de ella, por decirlo así. Y añadió Solón que, deseando cierto día que le informasen acerca de los tiempos antiguos, se había puesto a hablar de Phoroneo, a quien, por su remota antigüedad se le llama *el primero*; después de Niobe y, en fin, del famoso diluvio de Dencalión y Pirra, con todo cuanto de ellos se cuenta haciendo la genealogía de los descendientes de éstos y fijando sus épocas respectivas. Entonces un ancianísimo sacerdote le dijo: «¡Oh, Solón, Solón, vosotros los griegos no sois sino unos niños! ¡No hay en Grecia un anciano tan sólo!» y como yo me mostrase maravillado de semejantes frases, el venerable sacerdote replicó: Si, vosotros sois todos unos jóvenes de alma, por cuanto no atesoráis ninguna opinión verdaderamente antigua y de antigua tradición venida. No poseéis, no, ningún conocimiento blanqueado por el tiempo, y he aquí por qué. A lo largo de los siglos las destrucciones de hombres y de pueblos enteros se han sucedido en gran número, las mayores de ellas *por el fuego y por el agua*: las menores, por otras mil causas diversas. Así, existe entre vosotros la vieja tradición de que antaño, *Phaetón*, el hijo del Sol, al empeñarse en dirigir el carro de su padre, había incendiado la Tierra y que herido por el rayo, había él mismo perecido. Semejante relato es de carácter fabuloso, y la verdad que tamaña fábula oculta bajo su símbolo es la de que todos cuantos cuerpos celestes se mueven en sus órbitas sufren perturbaciones que determinan en tiempo, una destrucción periódica de las cosas terrestres por un gran fuego. En tales catástrofes, los que habitan en las montañas y parajes elevados y áridos perecen más pronto que los moradores de las orillas del mar y de los ríos. A nosotros, el Nilo, a quien por tantos modos debemos nuestra vida, nos salvó entonces de tamaña desastre, y cuando los dioses purificaron la tierra sumergiéndola, si no todos



los boyeros y pastores perecieron sobre las montañas, al menos los habitantes de vuestras ciudades fueron poco a poco llevados hasta el mar siguiendo por la corriente de los ríos. Sin embargo, en nuestro país, ni entonces ni en otra época alguna, las lluvias han fecundado nuestras campiñas como otras, sino que la Naturaleza ha dispuesto que el agua nos viniese de la tierra misma, por el río. Esta es la causa de que nuestro país pueda conservar las tradiciones más antiguas, porque ni calores extremados ni lluvias excesivas le han despojado de sus habitantes, además de que si bien la raza humana puede aumentar o disminuir en número de individuos, jamás llega a desaparecer por completo de la faz de la Tierra. De este modo y por esta razón, todo cuanto se ha hecho de hermoso, de grande o de memorable en un aspecto cualquiera sea en vuestro país, sea en el nuestro, o en otro, está escrito desde hace muchos siglos y conservado en nuestros templos, pero entre vosotros y entre los demás pueblos el uso de la escritura y de cuanto es necesario a un estado civilizado no data sino de una época muy reciente y, súbitamente, con determinados intervalos, vienen a caer sobre vosotros como una peste cruel, torrentes que se precipitan del cielo y no dejan subsistir sino hombres extraños a las letras y a las musas, de suerte que recomenzais, por decirlo así, vuestra infancia e ignorais todo acontecimiento de nuestro país o del nuestro que remonta al tiempo viejo. Así, Solón, todos estos detalles genealógicos que nos has dado relativos a vuestra patria se parecen a meros cuentos infantiles. Desde luego vosotros nos habláis de un diluvio, cuando se han verificado muchos otros anteriormente. Además ignorais que en vuestro país ha existido la raza de hombres más excelente y perfecta, de la que tú y toda la nación descendéis, después que toda ella pereció, a excepción de un pequeño número. Vosotros no lo sabeis, porque los primeros descendientes de aquella murieron sin transmitir nada por escrito durante muchas generaciones, porque antaño, Solón, antes de la última gran destrucción por las aguas, esta misma república de Atenas, que a la sazón ya existía, era admirable en la guerra y se distinguía en todo por la prudencia y sabiduría de sus leyes cuanto por sus generosas acciones y contaba, en fin, con las instituciones más hermosas de que jamás se ha oído hablar bajo los cielos.»

Solón añadía que se quedó pasmado ante semejante relato y que, lleno de noble curiosidad, rogó a los sacerdotes que le diesen cuantos detalles pudieran relativos a los primitivos moradores

de su patria, a lo que aquel augusto anciano respondió: «Te diremos con gusto, ¡oh Solón! lo que deseas, por afecto hacia tí y hacia tu patria, y más aun por veneración hacia la diosa a quien pertenece vuestra ciudad y la nuestra, diosa que ha velado siempre por la vida y la educación de las dos. Ella, la diosa, Neith comenzó su obra por vuestra ciudad, tomando de la Tierra y de Vulcano la semilla de la que os formó, fundando mil años más tarde esta nuestra ciudad del Delta, pues que el gobierno establecido entre nosotros, para, según nuestros libros sagrados, de ocho mil años fecha. Debo, pues, hablar ante todo de tus conciudadanos que allí vivían hace nueve mil años, y hacerte conocer en pocas palabras sus instituciones y lo más glorioso de sus obras. En cuanto a los detalles otra vez, los veremos, si lo deseas, leyéndolos en nuestros mismos libros. Por la dicha comunidad de nuestro origen, verás que muchas de las antiguas leyes de la Atenas primitiva, se encuentran aquí ahora. Desde luego, los sacerdotes formaban una clase separada de las demás. La casta guerrera, era la segunda, según las leyes, y no se ocupaba sino de los problemas guerreros y asimismo permanecían sin mezclarse las otras castas de artesanos, pastores, cazadores y labradores. Las costumbres vuestras respecto al uso de cascos y lanzas son las mismas que las nuestras, y de ellos nos hemos servido antes que todos los pueblos de Asia porque los hablamos recibido de la diosa. En lo que respecta al desarrollo de la inteligencia, no ignora, Solón, la atención que desde el principio vienen concediendo nuestras leyes al descubrimiento de las normas que al mundo rigen, al arte de la adivinación del porvenir y al de la Medicina, sacando así partido de tan divinos conocimientos para las necesidades de los hombres. Todo este orden admirable, repito, antes de ser establecido aquí, fué implantado entre vosotros por la diosa, quien escogió vuestro suelo porque juzgó que la deliciosa templanza de vuestras estaciones facilitaría el desarrollo de hombres dotados de la mayor sabiduría.»

«Vivíais pues, bajo el imperio de tales leyes con las instituciones más prodigiosas que darse pueden, y así, alcanzasteis a sobrepasar a los demás hombres en toda clase de méritos, como corresponde a un pueblo engendrado e instruido por los mismos dioses, y de aquí las múltiples y grandiosas empresas a que dió cima vuestra república y que escritas quedan en nuestros libros para eterna admiración de las edades. Nuestros libros dicen, en efecto, que vuestra república en un gran día mostró brillante-

mente su valor y poderío. Arrostrando los mayores peligros triunfó de sus invasores atlantes y preservó de la esclavitud a pueblos que todavía eran libres, y a otros pueblos que estaban próximos a las llamadas Columnas de Hércules, les restituyó su libertad. Mas, en los tiempos que después siguieron, hubo grandes terremotos e inundaciones. En el espacio de un día y de una noche terribles, todos los guerreros que tenían proyectado otra vez llegar a las puertas de vuestros muros, fueron abismados en lo profundo. La isla Atlántida entonces desapareció bajo las aguas del mar, y por eso no se puede recorrer ni explorar hoy el mar que la cubre. Los navegantes encuentran insuperables obstáculos en la gran cantidad de escollos que la isla dejó al sumergirse bajo las aguas.»

Un solemne silencio acogió la lectura de aquel divino *Diálogo* de Platón. Al cabo de él, el doctor dijo:

— ¡Verdaderamente que es muy grande todo esto, y que tiene razón la Maestra Blavatsky al decir que de Platón acá el pensamiento humano no ha hecho sino glozar las enseñanzas pitagóricas que este gran iniciado, precursor según los cristianos del propio Cristianismo de San Juan, libó en las enseñanzas secretas de su maestro Sócrates, y en los fragmentos pitagóricos de Filolao y de Architas! Maeterlinck, Berson..... cien otros de nuestros días se han apropiado las enseñanzas platónicas, callando más de una vez su origen, y entendiéndolas más de una vez también a su pobre y positivista manera.....

— ¡Y qué sencilla qué infalsificable hermosura primitiva no tienen —añadió Cotta— estos relatos platónicos de diosas, es decir, seres semi divinos del pasado que fundan ciudades, instruyen pueblos, los dotan de una legislación jamás superada y premian sus heroísmos! ¡Oh mundo, mundo necio, el mundo europeo, que cree justo a lo sumo «honrar padre y madre», al tenor del seco precepto del Decálogo mosaico, y encuentra, sin embargo, muy natural, en su ceguera, el no honrar poco ni mucho a los padres de nuestros padres y a las madres de nuestras madres, es decir a los pueblos y razas que nos han dado el sermoral al mismo tiempo que el físico, a la manera impía de aquella muchacha que al despedir en Sevilla el otro día a su padre, camino de América, le decía;— ¡Padre, mande mucho dinero dé allá, aunque.... novuelva!

Todos reimos de bonísima gana las aceradas frases de nuestro *Rodrigo*, porque no eran sino la expresión fiel de la tremenda injusticia histórica que cometemos siempre con nuestros padres,

*hombres o pueblos*, olvidando que el *karma* todo lo premia y lo castiga, en justa ley, como ya Europa empieza a ver con sus *herederos* americanos que..... *la desprecian* por los mismísimos motivos que Europa lleva despreciando durante siglos su ancianidad gloriosa, que los pueblos de Oriente y Egipto han sabido, sin embargo, atesorar.....

—Señores, un paseo no nos estará mal, después de tanta lectura,—interrumpió el siempre sensato de Torres.

Y, sin más, nos echamos a la calle, llevándonos nuestros pies, más que nuestra voluntad, en derechura hacia el huertecillo del asceta, huertecillo cuya puerta encontramos bien pronto, de par en par abierta.

Sin ser parte a contenernos, penetramos respetuosamente, como el día antes, pero ni en todo aquel dulcísimo oasis, ni en la cabaña del anciano, también abierta, vimos a nadie, ni quisimos, indiscretos, curiosear nada de ella.

—¡Sin duda, maestro y discípulo se fueron ya!—exclamamos a una llenos de emoción y de extrañeza.

—¿Dónde?—me pregunté a mi mismo—¿Dónde sino en la cueva de la Peña?.....

Pero era ya tarde para intentar la subida, y tras breves pasos por aquellos callejones, tornamos a nuestra morada, deseosos de acabar con la lectura de los papeles, que era lo que más importaba, por el momento, para ir entreteniéndolo los tres solemnes días de espera que, según el doctor, exigía la regla caballeresca.

¿Qué mayor felicidad que tres días de reposo para nuestros fatigados cuerpos, y de estudio para nuestros siempre sedientos espíritus?

—Si el estudio no existiese, habría que inventarlo,—dijo Cotta, y asentimos todos encaminándonos otra vez a nuestro albergue.





## CAPÍTULO XVI

### Un compás de espera

*Imaginación y realidad.—Más sobre el tema de la Atlántida.—Platón traduce nombres atlantes y egipcios.—Los Reyes-pastores y la primitiva humanidad-rebaño. ¿Existieron realmente los reyes divinos o dioses?—La Humanidad ha tenido padres que velaron por su infancia.—El Paraíso Terrenal y los paraísos infantiles. — ¡Divinas y consoladoras enseñanzas! — Neptuno, uno de los Hijos de Dios, se une con una de las hijas de los hombres, determinando la caída.—Descripción de la isla atlante y de sus habitantes, usos, costumbres, etc.—El oricalco.—Las primeras corridas de toros de que hay noticia en el mundo.—Los «toreros de lo astral».—Misteriosas lucecitas.*

Encendidas las luces, no supimos hacer cosa mejor que tornar todos a la lectura del rollo de papeles. La noche se había puesto muy fría, y el calor de una de esas clásicas camillitas del país, con su faldilla y su brasero, junto con una parvedad que nos sirvieron solícitos, convidaban a dejar suelta la imaginación para la lectura.

—Nunca se estudia mejor que con el frío—exclamó Montalbo, preparándose a oír.

--Sí, la realidad y la imaginación están siempre en razón inversa, que un matemático diría. Ese es quizá el mayor privilegio que sobre el animal tiene el hombre. Hemos sino aquí a nosotros, juntos y felices, en esta cruda noche, volando por los ámbitos del pasado glorioso, mientras que los pobres animalitos yacen acurrucados y medio aletargados en sus tristes guaridas—añadió Coña, disponiéndose para la lectura.

—El libro 23 del *Critias* de Platón—indicó el doctor antes de

empezar, se refiere todo él más o menos encubiertamente a la Atlántida, como asimismo su tratado acerca de *La República* nos da alegóricamente la organización entera de este país en la última época de su esplendor, aunque bajo velo, como corresponde al verdadero sigilo de los Iniciados. Precisamente el mismo Platón dice que Solón se disponía a cantar antes que él el gran fenómeno geológico, cuando le sorprendió la muerte.

—Aquí está, por cierto, el pasaje—dijo Cotta, leyendo.—El maestro, en efecto, expresa lo que sigue:

«Antes de comenzar mi relato, debo haceros una advertencia, y es la de que no encontréis extraño el que yo dé con frecuencia nombres griegos a gentes bárbaras, y he aquí la razón: Cuando Solón trató de hacer de la tradición de la Atlántida el argumento para uno de sus poemas, se preocupó mucho del valor de los nombres, y hallando que los egipcios que eran quienes los habían escrito primero no habían tenido escrúpulo en traducirlos a su idioma, el tornó a su significación primitiva a cada uno de estos nombres y los escribió, traduciéndolos luego a nuestra lengua. Estos manuscritos de Solón se encontraban en casa de mi abuelo —Critias, el viejo— y hoy los guardo yo, después de haberlos estudiado desde mi infancia con singular esmero. No os extrañe, pues, al notar que empleo nombres griegos, y ved como comenzó esta larga historia.

En los primitivos tiempos los dioses se repartieron la tierra, teniendo en cuenta la diversidad de regiones, porque no sería justo el pensar que los dioses ignorasen sus recíprocas conveniencias y se pusiesen a disputar para despojarse los unos a los otros, como hacen los hombres. Presidió por tanto la justicia más estricta a semejante reparto, adjudicando a cada uno la comarca que le resultaba más agradable, y en ella se establecieron llevándose consigo los animales-hombres que les pertenecían, del mismo modo que los pastores hoy hacen con su ganado, no teniendo ningún género de violencias personales hacia ellos, como nuestros pastores cuando conducen a palos a sus reses, sino tratando al hombre como a un animal dócil, que era, en verdad, lo que realmente venía a ser, y encaminándole por la mera persuasión, al modo de como lleva el timonel a su navío por las aguas. Así las diversas comarcas pertenecieron desde entonces a sus respectivos dioses, y fueron gobernadas por ellos.....

—Permitidme una observación doctor, antes de que continúe la lectura—interrumpió Montalbo—En todos mis muchos viajes por

las comarcas más remotas e incultas de América, siempre he oído hablar de estos dioses como de hombres divinos, pero, ¿han existido realmente?

—No lo dudeis, y las lecturas subsiguientes acaso vengan a corroborar esta mi segura opinión. La ley es la misma, en lo grande como en lo pequeño, y si cada uno de nosotros procede de un padre y de una madre físicos, las razas sucesivas y la misma Humanidad como conjunto han tenido *padres*, tutores, reyes-pastores, guías; en fin, seres venidos, según la universal tradición religiosa, de otros planetas, quienes, con su prodigioso desarrollo espiritual adquirido en otros *manvantaras* o evoluciones anteriores, venían a suplir la deficiencia mental característica de aquellas humanidades infantiles, ni más ni menos que en la primera edad de cada uno de nosotros han suplido nuestros padres la nuestra, retirándose luego de nuestra vista y *aparentemente* de nuestra protección directa, como, llegada cierta edad, hace todo padre con su hijo, para que sin ya dañosas tutelas, afronten viriles las luchas del mundo, llamadas a adiestrarlos y a curtirlos. Este es el símbolo de la fruta del *Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal*, que, una vez probado, al aparecer la razón y las pasiones, nos obliga a abandonar el Paraíso..... el paraíso de la casa de nuestros padres, en un caso, y el de la *Edad de Oro* en el otro.

—¡Oh divinas enseñanzas de ciencia con amor y de amor con ciencia! exclamó Montalbo elevando los ojos al cielo—¡Ahora comprendo que la evolución humana no tiene no, como corona y término definitivo la estéril ciencia de unos cuantos infatuados bípedos humanos, sino la de los héroes, los semidioses y los dioses mismos, que dicen todas las teogonías, desde la Védica hasta la de Grecia y Roma!

—Así es.—terminó el doctor—Sigamos la lectura.

•Habiendo costeadado el dios Neptuno la Isla Atlántica, en cierto lugar de la isla engendró varios hijos en una mortal mujer..... Junto a la isla era todo llano, pero en medio de ella se dice que había una llanura, la más espaciosa y fértil de todas y en medio de ella un pequeño monte distante cincuenta estadios de la costa. En el monte habitaba uno de esos grandes seres nacidos en la Tierra llamado Evenor, quien, de su mujer, Leucipe, había engendrado a Clitone, su única hija. Muertos estos padres de Clitone, Neptuno se casó con ella, y cercó el collado en que habitaba con varios fosos de agua, de los cuales, tres venían desde el mar y distaban por igual del Océano, cercando el collado para hacerle inconquis-

table e inaccesible. Esta Clifone o Minerva-Neith edificó en Grecia a Atenas y Sais en el Delta de Egipto.

«Estaban igualmente provistos los atlantes, así en su ciudad como en las demás regiones, de todo lo necesario para la vida. Se surtían ciertamente de muchas cosas en otras comarcas, por razón de lo extenso de su imperio, pero la isla les suministraba la mayor parte de lo que necesitaban. En primer lugar, sacaban de sus minas los metales, y los fundían. El oricalco, que hoy rara vez se menciona, era muy celebrado entre ellos. Se le extrata de la tierra en muchas partes de la isla, y se le consideraba como el oro. La isla producía también sobrados pastos para animales, tanto salvajes como domésticos, y existía un prodigioso número de elefantes. Las selvas producían todo género de maderas aptas para la arquitectura. También tenían raíces, yerbas, árboles, flores y frutos de todas clases, ungüentos y gomas olorosas, suaves vides, legumbres, y mil otras cosas de las que nos sirven como alimentos y bebidas. Fué tanta la abundancia de sus riquezas cuanto ninguno de los reyes anteriores tuvo, ni alguno de los sucesores fácilmente podrá adquirir. Todas estas cosas producía en abundancia aquella isla sagrada, hermosa y digna de maravilla, y cogiendo los materiales de su propio suelo edificaron templos, palacios, arsenales y puertos, disponiendo a este fin los fosos que de las aguas del mar cercaban la antigua metrópoli, como dijimos.

Fabricaron primeramente los puentes sobre los fosos para poner en comunicación el exterior de las islas con la ciudad capital, asiento de su Dios y de sus mayores. Existió allí desde el principio los regios palacios, cada rey los recibía enriquecidos por su antecesor y él les añadía más y más adornos y riquezas hasta concluir siendo un prodigio de grandeza y hermosura. Hicieron también un canal desde el mar al foso más exterior, el cual se extendía tres yugadas en anchura, cien pies de profundidad y de largo tenía cincuenta estadios y para que, desde el mar, pudiesen arribar las naves hasta el foso, ensancharon su boca de suerte que cupiesen las mayores. Las zonas o fajas de tierra que quedaban entre los tres fosos las evitaron y pusieron en comunicación de suerte que las embarcaciones pudiesen pasar de un foso a otro y sobrepusieron puentes de forma que pasasen por bajo los navíos, porque los bordes de las fajas de tierra estaban más altos que las aguas del mar. El mayor foso, por el cual inundaba el mar, tenía tres estadios de ancho y la inmediata faja de tierra otros tres. El segundo foso de agua tenía dos estadios e igual la faja de



tierra vecina. El último que circuía a la isleta central era de un estadio y el diámetro de este recinto, morada de la Corte, era de cinco estadios y estaba cercado por unos muros de piedra que tenían de ancho la medida de un plethro, con las torres y puertas correspondientes a los tránsitos de las aguas. La piedra, así para los edificios interiores de la isla como para sus muros, se sacaba en el circuito de la misma y era negra, blanca y roja. De ella se edificaron también dos excelentes arsenales cubiertos, para la ciudad. Los edificios, parte eran simples, parte edificadas con piedras de varios colores que, con su variedad, deleitaban la vista. Los muros, por lo exterior, tenían cubierta su superficie de delgada hoja de cobre, y por la parte interior, de estaño, pero el muro que cercaba al alcázar estaba cubierto de latón labrado al fuego. El palacio de dentro de la ciudadela tenía en medio el sagrado e inaccesible templo de Neptuno y Clitone, cercado de una faja o perfil dorado por de fuera. Allí se depositaron los cadáveres de los diez hijos de Neptuno, y congregadas todos los años representantes de las diez regiones que respectivamente dominaron éstos, les eran hechos solemnes sacrificios a cada uno de ellos. Tenía el tal templo mil pasos de largo, quinientos de ancho y la altura correspondiente, siendo su disposición y figura a la manera de los que hoy tienen los bárbaros nuestros vecinos. Las paredes exteriores del mismo estaban plateadas, exceptos los tejados y la cúpula que eran de oro. Lo interior del techo estaba matizado de marfil, oro, plata y latón con sorprendente variedad y hermosura. Las estatuas allí erigidas eran de oro. La principal era la del dios Neptuno, sobre una carroza de caballos alados y tocando al techo con su soberbia cerviz. Al rededor estaba sentada una corte de cien nereidas, que tal se creía ser entonces el número de estas diosas. A más, había otras muchas estatuas y exvotos de muchos particulares. Fuera estaban las imágenes doradas de todos los reyes y reinas que descendieron del linaje de los diez consabidos hijos de Neptuno, y otros muchos y soberbios simulacros y dones de reyes y de particulares, así de la ciudad principal, como de otras muchas sujetas a su imperio. Había también un altar correspondiente en su grandeza y artificio a todo lo demás.

Había en el palacio fuentes perennes, así calientes, como frías, en cuyas aguas se lograba a la vez la salud y el deleite. En torno de las fuentes había habitaciones, árboles y estanques de agua, unos descubiertos, otros con techos acomodados y con aguas calientes para el invierno; unos para los reyes, otro para los caballos

y demás animales, todos proporcionados en decencia a su respectivo ministerio. El agua sobrante que salía de ellos pasaba al Luco de Neptuno, notable por la fecundidad de su suelo que estaba lleno de los árboles más maravillosos que jamás se hayan visto y de allí, por acueductos, se derivaba hasta el circuito exterior, donde había muchos templos de los Dioses, jardines, etc., separados en la misma isla.

En medio de la isla estaba también el hipódromo principal. Su latitud era de un estadio y su longitud la necesaria para semejante certamen ecuestre. A uno y otro lado de este edificio estaban situadas las casas de los guardias y soldados. En lo más angosto y el más vecino al alcázar la guardia estaba encomendada a los más fieles y aún los mejores de entre estos tenían sus moradas dentro de él. Los arsenales estaban suficientemente provistos de galeras con todo lo concerniente a ellas. Desde el arsenal que salía de los tres puertos exteriores se descubría en contorno un muro, a manera de vallado, que empezaba desde el mar y que distaba del círculo exterior y del puerto cincuenta estadios por todas partes, junto a la boca del canal que estaba hacia el mar. Todos estos sitios tenían, entre cultivos diversos, muchos edificios y el seno del inmenso puerto estaba lleno de naves y de naves de mercaderes que venían de todas partes y por ello de noche y de día se oía un continuo clamor de multitud. Tal era, pues, la disposición de la corte y principal ciudad del reino.

Procuraremos también describir la naturaleza de la fértil región aquella. Al principio, y junto al mar, toda la costa era muy abrupta y llena de quebraduras, pero la región vecina a la capital era una llanura, como va dicho, cercada de monte, que empezaban a levantarse con fácil subida desde el mar. Su longitud mayor era de tres mil estadios, y hasta los montes de dos mil. La situación general se orientaba hacia el Austro y los sitios más elevados hacia el Septentrión. Sus montes excedían en número, elevación y grandeza a los que nosotros tenemos. En ellos había muchos lugares llenos de ricos moradores. La región era cuadrangular y rectilínea en su longitud, aunque había sufrido ésta ciertas alteraciones por la obra del canal, que no parecía deberse a manos de hombres, pues que tenía una yugada de profundidad, un estadio de ancho y una longitud de diez mil estadios, recibiendo en sí los ríos que bajaban de los montes. Por la parte alta otros canales pequeños de cien pies de anchura discurrían por los campos, entroncando luego con el canal grande. Por éstos se traían también

a la capital las maderas, y los frutos de los cuales cada año se cogían dos cosechas, porque en invierno se fertilizaba la tierra con las lluvias del cielo, y en el verano se regaba con las aguas de los canales.

Acerca del ejército, había este orden. Cada porción o territorio del llano elegía a su general, quien tenía que aportar la sexta parte de los carros de guerra necesarios, para los diez mil soldados de cada uno de los seis cuerpos de ejército, y para las doscientas mil naves de la escuadra, El servicio de cada carro era de dos caballos con sus ginetes, otros dos de repuesto, con un soldado ligero, previsto de un escudo pequeño y otro para manejar las riendas, dos soldados más, armados, uno para cada lado, dos soldados flecheros o pedreros y otros seis con honda o dardo. El aparato bélico de las otras nueve ciudades no era uniforme como tampoco el numerosísimo e irregular de los montes, pero el referirlo sería demasiada prolijidad.

La justicia se organizaba así: Cada uno de los reyes atlántes tenía derecho de vida o muerte sobre sus vasallos y la federación de estos se regía por los preceptos de Neptuno, inspirados a éste por sus mayores y escrito en una columna de latón que estaba en medio de la isla y en el templo mismo de Neptuno. En este templo central se congregaban cada cinco o seis años los reyes juzgándose entre sí, si por acaso, habían delinquido. Cuando la asamblea tenía que dictar sentencia todos se ligaban con juramento. Desataban en el templo algunos toros y los diez jueces, apartados de los demás y solos, ofrecían en holocausto a la Divinidad a aquel a quien se lograba domeñar sin hierro ni espada, cazándole con palos y lazos. Llevado el animal junto al pedestal de la columna le degollaban sobre su corniza, como mandaba su inscripción. En la columna, además de las leyes, estaba escrito el juramento y la execración terrible fulminada contra los inobedientes. Cuando todo estaba ya dispuesto para el sacrificio, daban a beber a cada juez, en un vaso sagrado, de la sangre del toro, antes de quemar sus miembros en la hoguera sagrada sobre la que hacían todos libaciones de sangre de la víctima, jurando al par los jueces que jamás quebrantarían este rito al tenor de lo escrito en la columna, ni aplicarían otras leyes que las establecidas por su padre y protector Neptuno. Después de diversas deprecaciones, bebida ya la sangre y consagrado el vaso a la Divinidad, se sentaban a cenar, y cuando el fuego estaba extinguido, vestidos todos de cérúleas túnicas, juzgaban y eran juzgados según las leyes. Hecho

el juicio, y así que amanecía, se escribían las sentencias en una lámina de oro, dejándola pendiente, en unión de las túnicas, para memoria perpétua.

Otras muchas leyes tenían los atlantes respectó a la magestad real. Las principales eran, que nunca habían de tener guerra los diez reyes entre sí, sopena de ser raído su linaje de la isla. El rey supremo no podía condenar a muerte por sí a ningún jefe de sangre real si no reunía en favor de su fallo cinco votos de los diez. Así los atlantes, obedeciendo durante muchos siglos estas sagradas leyes de sus mayores vivieron felices muchos siglos, mientras les duró esta su naturaleza leal y religiosa. Eran entonces magníficos en sus ánimos, modestos en los casos propios, prudentes en los agenos y despreciando cuanto no era la virtud, menospreciaban así mismo todas las cosas de la presente vida. No se ensoberbecían, antes bien, tenían por la más pesada carga la del oro y las demás riquezas. Exentos de vicios, no caían en la incontinencia ni en la demasía, viviendo en la amistosa comunidad de la virtud.... Pero después que todo lo profanaron con el abuso, manchando sus conciencias con míseros afectos a las cosas mundanas y caducas, fueron cayendo lentamente en las mayores simas del oprobio y el descrédito, «hasta que fueron sumergidos por la cólera del Cielo».

—¡Esto es aplastante!, dijo Cotta, sin poder contener sus entusiasmos.—Detalles tan concretos, tan personalísimos, tan abundantes corresponden a la historia, por derecho propio, y no a la fábula y a la mera poesía.

— Todos lo creemos así,—añadió el doctor.—Ved, sino, nombres extranjeros atlantes o de *lenguas bárbara*, como solían decir aquellos cretinos griegos que quisieron sacrificar a Anaxágoras cuando se atrevió a sospechar que el Sol era un poco más grande que la mitad del Pelopeneso, nombres, digo, traducidos al egipcio por los sacerdotes saíticos y vueltos a su significación primera por Platón para verterlos al lenguaje de Atica. Ved el hilo de la tradición, desde aquellos a Solón, de Solón a Critias el viejo y de Critias el joven a Platón mismo. Ved descripciones completas de geología, geografía, mineralogía, botánica, zoología, religión, costumbres, política, etcétera, de los Atlantes. Ved, también, veladas alusiones a los primeros reyes divinos de aquel país a los que tantas referencias tienen asimismo el Paganismo mediterráneo y los libros de Oriente, reyes de los que estofros apuntes de Diodoro Sículo que aun nos quedan por leer, dan minuciosa cuenta. Ved,

en fin, y esto es quizá lo más curioso, el mismo sacrificio de la Vaca sagrada, característico de los brahmanes, los hebreos, los mahometanos, los gentiles europeos y cien otros pueblos, como no se le habrá escapado a la perpicacia de nuestro querido cronista que ha hecho de todas estas cosas un extraño libro.

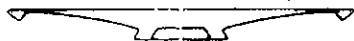
—Teneis razón que no me ha pasado ello inadvertido—dije con toda sinceridad—y aun sospecho, según voy viendo las cosas ya, que hasta nuestro celeberrimo e *indestructible* circo taurino, (para no hablar de los hipódromos y de otros espectáculos ingleses que son también herencia atlante) no es sino una supervivencia ancestral de aquella fiesta de sacrificio atlante que con tal lujo de detalles nos da el relato leído, con aquellos toros sueltos, en el ruedo del templo de Neptuno, toros a los que no se les rendía brutalmente, como hoy, con picas y espadas, sino con lazos y otras artes, digámoslo así, de clásica tauromaquia, para, vencida ya aquella fiera y simbólica bestia, inmolarla en honor de los dioses de la Atlántida, quienes, cual el propio Neptuno, eran ya gentes lunares o de IO, no gentes solares como las de la Edad de Oro primitiva.

—Tan estais, a mi juicio en lo cierto,—observó el doctor—que hoy me confirmo más en la sospecha que siempre tuve de que el clásico arte taurómico, que tiene el friste privilegio de sorber el seso al noventa por ciento de nuestros compatriotas, arrastrándoles apesar suyo, cual el célebre canto druída o *jina* de *le zanz del vaches* alpino a los desertores franceses, es algo iniciático y relacionado con el culto o contra el culto de la Vaca Sagrada. Ved: el ruedo atlante y el actual no son sino un *Zodiaco* en el que constelado, se sienta el público; el iniciador o hierofante, es el maestro, los banderilleros de a pié, son los *compañeros*, y los picadores, a su vez, los *aprendices*. Por ello estos últimos van sobre *el caballo*, es decir con todo el lastre encima de su no domado cuerpo que suele caer muerto en la brega; los compañeros, al poner las banderillas o bastos ya empiezan a sentirse superiores a la fiera, es decir que son ya a la manera del Arjuna de *Bhagavad-Gita-los perseguidores del enemigo*, mientras que el Maestro, con la capa de la ilusión o sea con el dominio de *Maya* y con la espada del Conocimiento iniciático, resulta, a la manera del dios Krishna de aquél poema, no los perseguidores, sino los *matadores* de la fiera, de la simbólica *bestia bramadora*, que también viese en el *Kameloc* o *Kama-loca* el propio rey Arthus, jefe de los caballeros de la *Tabla redonda*, «toreros de lo astral» que yo diría, si no temiese vuestras sonrisas.....

Un abrazo del nervioso Cotta premió, en nombre de todos, la donosa improvisación del genial doctor, y como la noche iba avanzando, suspendimos nuestras lecturas en busca de descanso, pero no sin dirigir después de cenar una anhelante mirada hacia las neblinas de la sierra, que en el obscuro seno de la noche nos parecían fantasmas diversos, uno de los cuales ¡ay! acaso no era sino nuestro presidente querido.

¿Sería realidad? ¿Sería ilusión? – Ninguno de nosotros podría decirlo, pero todos hubiéramos jurado en aquel momento que en la indecisa vaguedad de las tinieblas nocturnas, dos lucecitas, una más grande que otra, vagaban por la falda de la montaña frontera, camino de la Peña..... Cotta quiso. *incontinenti*, que echásemos a andar en aquel punto hacia la altura, pero el sensato doctor, con ademán cariñoso, le dijo:

—¡Quieto, mi siempre *inquieta Cotta!* ¡Amanecerá Dios, y medraremos!





## CAPÍTULO XVII

### Una levitación espiritista, y sus consecuencias.

*Al toque de diana.—Al asalto de la Peña.—Huellas delatorias.— ¡OLISIS!— La célebre caña de los siete nudos.—¿Filtrados por la roca viva?—Otra vez en el Huerto de Getsemani.—Los errores del sobrino del asceta. Un hermano mayor de los vargueños de marras.—¿Ocultismo o espiritismo?—La levitación inteligente del arcón y el tesoro de sus libros.—Mil pesetas a cuenta—El cuitado del sobrino se resigna.—El jina Hermógenes Casas y su Arca de la Alianza, camino de Sevilla.—Lo que soslayó en uno de aquellos libros viejos el sabio doctor de Brin.*

A las siete de la mañana ya estaba en pie Cotta, haciéndonos levantar más que de prisa a todos y, sin dejarnos tomar ni una mala taza de café, nos obligó a tirar repecho arriba, camino de la Peña de la Ermita, sin pasar siquiera por el *Huerto de Getsemani*, como había dado en llamar al retiro de nuestro asceta.

El doctor, sonriente y benévolo siempre, y siempre rápido en el obrar ocultista, le dejaba hacer de guión, yendo él y todos nosotros detrás a un paso más que militar, como si al asalto fuésemos de una fortaleza. Así que en muy breves minutos enfrentamos a campo-través, con la boca de la cueva.

—¡Eureka!—gritó Cotta así que puso el pié en la entrada.—Por aquí han pasado hace poco los dos. Las huellas de sus pisadas están frescas!

En efecto, al punto pudimos comprobar, estampadas en el barro de la caverna, las huellas de dos clases de pisadas. Unas, no muy pequeñas, las de Peinado, sin duda; otras diminutas, como los pies del asceta, que desde el primer momento nos habían llamado

la atención en el huerto. Siguiéndolas, llegamos hasta el sitio en que la especie de tunel que hace la gruta presentaba una bifurcación. Allí Cotta, como herido por un rayo, se detuvo exclamando:

—¡Las pisadas no pasande aquí y, sin embargo, no se advierten huellas de retroceso!

Y, un instante después añadió:

—Pero, en cambio, ¡Ved lo que aquí está escrito!

—Todos quedamos estupefactos. Sobre la tersa superficie del lodo aparecía escrita con pulso firme y letras latinas esta palabra: OLISIS.

—¡Él es, sin duda quien lo ha escrito, trazando además esta flecha que parece apuntar hacia la roca viva!—continuó Cotta, preso casi de un accidente nervioso—¡Aquí está, en efecto, su célebre «caña de los siete nudos» que tanto daba que pensar en Sevilla!

Montalbo, el doctor, el jina y yo, que seguíamos ansiosos con la mirada todo cuanto nos iba mostrando espantado Cotta, quedamos sencillamente aplastados. Nuestro amigo—mariposa no se equivocaba un punto, porque la misteriosa palabra estaba escrita allí y estaba también su bastón de siete nudos.

¡Esto es maravilloso!—clamó Montalbo.

¡Maravilloso, maravilloso!—repetimos a coro.

Pasados aquellos momentos de sorpresa, y convencidos de que no había pisadas de retorno, quedamos confundidos.

—A Olisis, pues, señores. No hay otro camino. Pero, puesto que ustedes no hallarán medio, ni yo tampoco, de filtrarse roca adentro como gnomos, ya que no se descubre posibilidad alguna de seguir más por esta covacha, pese a la flecha misteriosa, opino que debemos volver a nuestro albergue y disponerlo todo para partir hacia Olisis al modo humano, ya que no al modo jina,—dijo, siempre sensato, el doctor.

—No hay otro remedio—asentimos todos, saliendo al exterior y emprendiendo el descenso de la peña, silenciosos y llenos de preocupación ante lo acaecido.

Al cruzar bien pronto por frente al *Huerto de Getsemani*, nos sorprendió el verle abierto igual que la tarde antes. Pero esta vez se hallaba allí el simpático sobrino del asceta, extrañadísimo, como era natural, por la inopinada ausencia de su tío.

—¿Le vieron ustedes?—interrogónos ansioso.

—No, hijo mío. Tampoco nosotros le hemos vuelto a ver desde el día que usted mismo nos condujo aquí.



—Es raro que nada me haya dicho de que iba a ausentarse, pero mi tío las gastaba así. No es la primera vez que esto ocurre —respondió el joven, sin dar gran importancia al caso— Pasen un rato, si quieren.

Entramos en la cabaña, que ya conocemos, del asceta, pero esta vez hubo de sorprendernos, medio cubierto por una de esas telas impermeables que se usan para la recogida de la uva o de la aceituna, un viejo arcón, que, si bien no tenía el mérito de los vargueños de marras, era mucho más grande que ellos.

—Es un arcón lleno de libros.—nos dijo el joven.—Mi tío era muy sabio. Lefá mucho....

No lo creas, lector, si se te hace duro lo que voy a narrar, pero juro en mi conciencia que no voy a exagerar ni a mentir, sino a cumplir fielmente mis deberes de puntual cronista, porque es el caso, caso que yo me libraré muy bien de comentarle, que no había acabado el sobrino de pronunciar la última frase, cuando el pesado arcón crujió como tabla vieja que era y cual si levantado fuese por una grúa invisible ascendió magestuosamente por sí mismo hasta poco más de un metro de altura y abriéndose su tapa cual por un resorte, dió la vuelta, volcando suavemente y sin desorden ni estrépito el centenar de libros que albergaba su entraña.... Los libros quedaron apilados, sin caerse ninguno, como el contenido de un molde que se vacía, y el arcón, ya sin ellos, quedó bocabajo y abierto allí, al lado mismo. Un espiritista habría dado gustoso la mitad de su vida por poder comprobar, como nosotros lo hacíamos espontáneamente o sin buscarlo, tamaño fenómeno de levitación inteligente.

—¡Esta sí que es buena!—baluceó Cotta, poniéndosele de punta todos los pelos de su larga y atusada cabellera, mientras que el sobrino temblaba con frío de cuartana, acurrucado y muerto de miedo en el rincón contrario. Los demás nos habíamos transformado en estatuas, como la mujer de Lot.

—¡Por el amor de Dios, señores, váyanse!—gimió acobardado el sobrino—¡Ya sí que no me cabe duda de que mi tío era un brujo, y de que ha muerto! ¡Sólo él podía hacer, desde el otro mundo, una cosa como esta!

Y tomando un momento de respiro añadió, presa aun de mayor terror:—¡Tengais piedad de mí! ¡Llévense, si quieren, ese arcón y esos malditos libros, causantes, sin duda, de la desgracia de mi tío!

Y rompió a llorar como un niño, con muestras como de no estar en su juicio.

El doctor tuvo un momento de reflexión mientras acariciaba con la izquierda el mentón y su perilla, murmurando entre dientes:.... —no sé hasta qué punto...

Y luego, con el aire casi marcial que solía tomar así que maduraba sus resoluciones, dijo al sobrino.

—Tranquilizaos. Esto no es nada. Si, es cosa de los elementales o de los malignos. Yo estoy dispuesto a recibir y llevarme el arcón con sus libros, pero con dos condiciones. Una la de restituirlos si su tío retorna y los desea. Otra el pagároslo un día a doble precio del que marquen los libreros tasadores de Sevilla. Tomad, si os place, pues, a cuenta—terminó, alargándole *un palacio real*, como por su estampado, los llamaba Cotta, es decir, un flamante billete de a mil pesetas.

Nada pudo inventar mejor el oportuno doctor para acallar los lloros y los temores del buen sobrino, quien, alargando la mano tomó el billete y, sin decir palabra, se le guardó en el seno, abrochándose bien la chaqueta, mientras nosotros nos despedíamos de él dándole nuestras señas de Sevilla. Torres marchó hacia el pueblo de donde no tardó en venir con seis cargadores que, en un abrir y cerrar de ojos, sacaron el arcon a la carretera, montándolo en un carro del país.

—Y vos, gran jina, a vuestro puesto, es decir, sentado sobre el arcón, al que no desamparareis un instante y caminito en el acto para Sevilla—dijo el doctor a Hermógenes Casas dándole un cariñoso golpecito en las espaldas amen de unos billetes para el camino.—Yo quedo en telegrafiar al querido profesor Castro para que os reciba en Sevilla, por la puerta trasera de mi casa, que da al Campo del ferial, ¿y que sea de noche, eh? ¡No tengamos bromitas, ni cuentos como los de marras con los Vargueños, es decir ¿entendeis?, que no se entere ni la tierra.

El mozo Hermógenes, no precisaba tantas explicaciones, según lo avispado que era, y aunque le costase trabajo separarse de nosotros, obedeció en el acto al doctor, como buen jina servicial que siempre fuera. El *Arca de la Alianza*, como la bautizó al punto el pícaro Cotta fué depositada solemnemente sobre el carramato y envuelta todo lo disimuladamente posible en el capotón de viaje y la manta de Peinado, arrancando al paso lento del vehículo, camino de Sevilla, con el jina de Hermógenes canturreando encima.

—¡Buen viaje, elemental artificial!,—le dijo Cotta a voces—¡mira no se levante otra vez el *Arca de la Alianza* y te tire por las orejas de las mulas!....

—No estais conocido doctor—dijo a su vez Montalbo al retirarnos a casa—¿Sois, vos, o es otro doctor Brin el que consiente en facturar unos libros sin defenese sigüiera a leerlos con vuestra acostumbrada ansia de bibliófilo?

—Ni yo, ni ellos, sino las circunstancias. ¡Hay que partir al punto para Olisis! Sólo siento que el profesor Castro, más ratón de bibliotecas que yo, va a gozar de las primicias de estos incunables oculifistas, porque no os figureis que las mil pesetas son nada para su verdadero valor, si la quinta parte de ellos son como los diez o doce cuyos títulos furtivamente he leído. ¡Uno de ellos, tan sólo, os diré para que abrais boca, es nada menos que la obra de cierto español que fué llevado por los temporales hasta las costas de América, antes de ser esta descubierta. Prisionero de los incas, logró evadirse y tras dos años y pico de penalidades volvió a España y escribió su odisea inverosímil. Los papeles de este hombre extraño se dice que a la muerte de aquel pasaron a manos de Cristóbal Colón, determinando así el descubrimiento del Nuevo Mundo....

¿Como diablo podeis saberlo, si no habeis leído el libro—observó Montalbo.

—Muy sencillo—replicó el doctor—de pasada he leído el título, que es el mismo de un ejemplar *único* que posee en Madrid mi gran amigo el poeta Gonzalo Morenas de Tejada, quien tiene además escrito sobre ello un trabajo preciosísimo. Ya os hablaré de ello otro día. El libro se titula *Comentarios reales de la vida de los Incas.—Refutación a la obra del Inca Garcilaso de la Vega*, por Don Manuel de los Santos Rodríguez, si mal no recuerdo.

Con esto, despidiéndonos del dulce *Huerto de Getsemaní*, con la tristeza honda con que solemos alejarnos de los lugares queridos que acaso no hemos de volver a visitar nunca, regresamos a nuestro albergue bien pasado mediodía.







## CAPÍTULO XVIII

### Por el campo de los clásicos gnósticos y greco-latinos.

*Detención forzosa. — Opiniones de Crantos, Marsilio Ficino, Porfirio, Proclo y el anónimo autor de «El Libro de las Maravillas.» Thetis y Océano, en las obras de Homero. — Los periplos cartagineses de Himilcón y de Sciláx. — Séneca y su tragedia Medea. — Tertuliano, Ortelio, Parmelio, Paragallo, Gomara, Zárate, Pellicer y el padre Kircher — Los poetas Lucano y Silio Itálico. — Estrabón, Philón de Byblos, Evemero, Ennio y Lactancio en sus opiniones acerca de la Mitología. — Otros autores. — La meritisima obra del Dr. de la Huerta y Vega. — ¡Cosas oíredes del Cid...! — En camino de esclarecer un inmenso misterio. — Preocupaciones de Coffa y del doctor. — Los descubrimientos de Schlieman. — ¡Sea! — Otra vez la signatura ocultista.*

Una contrariedad nos aguardaba en casa, la de no poder partir aquel día, como era nuestro propósito, para Olisis. — El guía que nos habría de conducir, y sus mulas, eran los únicos que Torres había podido encontrar disponibles para llevar el arcón a Sevilla. La cogida de la aceituna tenía empleados todos los brazos, y fué preciso que el mismo sobrino del ascefa, agradecido porque le librásemos del arcón embrujado y le diésemos encima mil pesetas, se ofreciese a ir a Orullos para traernos nuevas cabalgaduras. Forzosamente, pues, teníamos que entretener la tarde y la noche en la lectura, con gran placer del doctor y alguna contrariedad del siempre impaciente Coffa, quien se contestó con decir:

— ¡Es karma! Hasta mañana no se cumplen los tres días del plazo caballeresco.

— Teneis razón, no lo he olvidado yo tampoco; — replicó el doctor.

A todo ésto ¡oh eterna y compleja ley de conjugación entre la materia y el espíritu! no habíamos probado bocado y eran las dos de la tarde, sin que nos diésemos ni cuenta de ello, como tampoco se la diera al partir el buen jina. Así que, después de comer y de deliberar acerca de la partida al otro día, tornamos a enfrascarnos en la lectura, cosa a la que convidaba lo desagradable de la tarde, aun más que la víspera, amén de la excitación de nuestros nervios por los dos fenómenos que habíamos experimentado, de pleno sabor espiritista o, mejor dicho, ocultista.

*Acurrucantes* en la camillita de marras, como Coffa decía: fumando, dormitando a ratos, o charlando, en vez de apelar a las consabidas cartas, como hacen otros, seguimos curioseando los legajos, hermanos, por lo que se ve, de los demás que el arcón contenía.

—Hasta este pasaje que ayer leímos se conserva según nota, del libro veintitres del *Critias* — dijo el doctor, empalmando la lectura.—Ya veis, pues, si cabe dudar del carácter histórico de la isla Atlántida, teniéndola por mera fábula como, con frescura increíble pretenden algunos. Aquí en Huerta y Vega, donde voy siguiendo paso a paso estos apuntes, que no parecen sino que han servido para dicha obra, tropiezo con afinadas consideraciones de este ignorado sabio de los tiempos de Felipe V, que no puedo menos de leerlos a mi vez y que dicen: «Crantos, el primero de los comentaristas de Platón admite sin género de duda la existencia de la Atlántida, y Marsilio Ficino, al estudiar estos pasajes de los diálogos platónicos ha dicho: «La historia de la Atlántida fué verdadera, lo uno porque, al no serlo, el mismo Platón, siguiendo su costumbre, la hubiera denominado *fábula*; lo otro porque asegura en su *Timeo* que es *historia maravillosa*, pero del todo verdadera, dando detalles de los monumentos y autores fidedignos de quienes la recibió. Además lo afirma también Proclo, el famoso historiador de los etíopes. «El joven *Critias* del relato, habla de su abuelo el viejo *Critias* y aquél, de Solón su tío, que así lo dejó escrito, y Solón, a su vez, lo oyó de labios de los sacerdotes egipcios..... Y aunque ninguno de los platónicos niega que sea historia verdadera, sin embargo, Porfirio, Proclo, y, antes que ellos, Orígenes, quieren que en su contenido se oculte alguna alegoría física, más juzgo, por el contrario, que Platón mismo en su *Phedro* se burló de éste género de alegorías, mientras que en el diálogo en cuestión, antes de relatar lo que a Solón contaron los sacerdotes egipcios, pone en boca de *Critias* el joven, estas pala-

bras: «Oyó Sócrates una maravillosa historia, pero llena de verdad, la cual refería Solón, el más sabio de los Siete, porque era muy amigo y doméstico de Dropides nuestro bisabuelo, como él refiere en sus versos, y que algunas veces dijo a nuestro abuelo Crifias, como este anciano nos contaba cuando él tenía noventa años y yo solamente diez.»

Además las noticias de Platón sobre la Atlantida fueron confirmadas por el anónimo autor de *El libro de las Maravillas (Liber Mirabilium)*, libro en que su autor, bien fuese él Aristóteles, o Theofrasto u otro, consigna estas palabras. «Fuera o más allá de las *Columnas de Hércules* se dice que fué hallada por los cartagineses una isla desierta, que tenía selvas de todo género de árboles, abundante en mil frutos y con ríos navegables maravillosos. Semejante isla distaba del camino de Cádiz muchos días. Esta isla, que muchos modernos quieren fuese Cuba o la Española, está también descrita en el libro quinto de Diodoro Sículo....

—Alto ahí—exclamó Montalbo que también se disponía a leer, según turno.—La continuación de eso la tengo ya aquí, en estos extractos de los libros cincuenta y seis al sesenta de este autor último, y por cierto que parecen ampliar enormemente los datos de Platón, como si a él hubiesen llegado más informaciones que a nosotros acerca de las obras del Maestro.

—Leed, leed, pues—indicamos todos y Montalbo con gran esmero nos leyó lo siguiente, que también coincidía en gran parte con otros pasajes de la obra de Huerta y Vega, obra a la que los legajos parecían haber servido como de apuntes muchas veces.

«Los atlantes primeros habitaban una comarca muy fértil y marítima. Diferían de todos sus vecinos por su piedad hacia los dioses y por lo hospitalarios que siempre eran. Pretenden ellos que todos los dioses han nacido en su nación. El más famoso de los poetas griegos, Homero, parece haber sido de la misma opinión cuando pone en boca de Juno estas palabras:

«Quiero ver en los confines de la terrestre mansión  
al Océano y a Thetis, a quien debemos la existencia.»

Uno de estos dioses era Neptuno, a quien sucedió su primogénito Atlas o Atlante. Por su parte Scilax, geógrafo insigne que floreció en tiempos de Darío Notho, al referir la navegación de cartaginés Hannón, afirma que llegó hasta la isla *Cerne*, que se cree sea la de Madera, y dice: «Lo que hay de la otra parte del Cerne no es navegable por la poca profundidad del mar, el cieno y las algas que hay en él,» y por esta razón, continúa Huerta y Vega,

según decís—Dionisio Periegetes y Prisciano en su Geografía llamaron a Cerne lo último del Océano. ¿Qué otra cosa es este mar, sino el que a la Atlántida sumergiese? Por ello Rufo. Festo Avieno, copiando el periplo de Himilcón dice: «El vulgo navegaba estos mares entre las Columnas de Hércules, los cuales, según el cartaginés Himilcón no se pueden atravesar en cuatro meses. Aquí las naves no son agitadas de viento alguno; aquí lo perezoso del mar y del agua espanta a los marineros, y entre las aguas, añade, hay un pavimento de algas marinas que a veces, como hierba, detiene a los navíos.» Esto concuerda con Séneca cuando en su *Medea* cantó: «Vendrán tiempos en los cuales el Océano desatará sus prisiones y, se manifestará una gran tierra y entonces no será Thule la última del mundo.» Y por eso Tertuliano, en el capítulo veinticinco de su réplica contra Hermógenes escribe, «Habrá, pues, que dar crédito a Sileno, quien, en presencia del rey Midas afirmaba porfiadamente que había otro orbe, según lo que escribió Theopompo (Libro tercero, capítulo 18 de los *Varones ilustres*, de Elianus); a lo que Orígenes agrega: «Clemente, discípulo de los apóstoles, hace mención también de aquellas gentes a quienes los griegos llaman antípodas, y de aquellas partes del orbe a donde ninguno de nosotros puede ir ni de los que están en ellas pueden pasar acá y a los cuales aquel llamó mundos, porque nadie puede atravesar el Océano ni navegar entre ellos y nosotros.» La misma autoridad de San Clemente fué seguida por San Jerónimo, libro primero, capítulo segundo a los de Epheso.

Sí,—añadió el doctor al llegar aquí la lectura—todo eso está también inserto en la obra de Huerta y Vega: vedlo, con más las citas siguientes, que son de gran valor—y nos mostró el precioso libro, del que yo tomé esta nota bibliográfica:

»Abraham Ortelio (Geografía universal); Arnobio, *Adversus Gentilii* (libro 1); Tertuliano, *De Palió*; Herbelot, *Biblioteca orientalista*; Ortelio, in *Tubal*; *Pamelio*, in *Notae ad Tertuliano*; Antonio Agustín, *Diálogo 8 acerca de las medallas*; Paragallo, *Ragionam* Kircher, in *Aedipus*, (tomo 2), et in *Mundo subterráneo* (libro 2, c. 12); Gomara, *Historia de Indias*; Zárate, *Proemio a la Historia del Perú*; Huecio, *Demonstración Evangélica*, (capítulo 7, proposición 4.); Pellicer, en su *Aparato bibliográfico para la Historia de España* (libro 2, nota 8).

También copié por lo curiosos estos párrafos del autor acerca de la Fábula y la Historia:

«Algún nimiamente crítico nos dió a entender que no debentfa-



mos farnos de la Mitología, y por tanto de los poetas, quienes, como tales, no merecen fe en la Historia. Y es cierto que cuando citamos a los poetas, procuramos afianzar su dicho con los mayores historiadores. Además que no todos los poetas deben excluirse, pues unos escribieron con tal legalidad y verdad que toda la erudición moderna confiesa merecen más bien el nombre de historiadores que el de poetas y en este número son contados nuestros Lucano y Silio Itálico. Otros poetas hay que aunque interpolaron fábulas lo hicieron sólo como adorno o disfraz, quedando verdadera la sustancia de su narración. De esta clase son Homero, Hesíodo y demás antiguos, los cuales, aunque mezclaron alguna mitología, historiaron a verdaderos sucesos y príncipes, constituyendo a algunos de estos en clase de Dioses, y a otros en la de Héroes según sus méritos. Así expresamente consta de Estrabón, Philón de Byblos, Evehemero, Ennio, Lactancio y otros muchos, de suerte que es crasísima minerva el idear que la Mitología y los poetas fueron fábula sola sin fundamento histórico. Los mismos Padres de la Iglesia nos desengañan, tales como Tertuliano, Lactancio, Clemente de Alejandría, Justino, Orígenes, San Agustín y otros que escribieron contra los gentiles e hicieron demostración de que todos sus dioses habían sido príncipes mortales, cuyos sucesos escribieron los poetas con el velo de la Mitología. El correr este velo ha sido hasta hoy el empeño de las primeras plumas. Apolodoro ateniense empezó a enseñar este camino, y aun con más propiedad Palefato Pario. Lo mismo intentaron y consiguieron Higinto, los dos Fulgencios, Phornuto, Albrico y Natal Comite.»

—Verdaderamente que la tal obra del doctor de la Huerta y Vega es una verdadera maravilla, y que no se concibe cómo ha podido ella desaparecer de la circulación siendo de tanta erudición e importancia. No me lo explico poco ni mucho—dijo el ingénuo Montalbo.

—«Cosas oiredes del Cid, que farán hablar las piedras.» ¡Es la historia, la historia eterna de las riquezas, de España!—replicó intencionadamente el doctor.—Si no hubiese tratado así, tan a las claras de la Atlántida.

—¡La cena!—entró diciendo la *carnosa* Maritornes de la fonda.

—Sí, cenemos, que después tenemos que deliberar,—terminó nuestro guía.

—Preveo, en efecto,—dijo muy preocupado Cotta,—que con los extrañísimos sucesos que nos vienen acaeciendo desde Madrid y

Sevilla, coronados por la desaparición de nuestro presidente y la aventura de esta mañana misma, hemos dado de bruces, como vulgarmente se dice, con algo tremebundo, con *la galería astral* que conduce a un gran misterio de las edades, y en la que, si penetramos un paso más, nos va a ser imposible retroceder. Es más, me figuro que en ello arriesgamos, no sólo la vida, sino hasta nuestros futuros destinos mismos de ultra-tumba. ¡Cuán pobres somos y qué pocos valemos, ante tamaños problemas, amigos míos!.....

Precisamente por eso os proponía una deliberación, en la que ¡ay! faltan ya los votos de dos de los siete que de Sevilla salimos tan contentos. En cuanto a mí,—ya conocéis mi carácter que no suele retroceder ante obstáculo alguno, pero os confieso hoy que estoy avergonzado de mi mismo, pues que me asaltan idénticos o mayores temores que al gran Cotta. Es innegable que nos encontramos frente a un problema terrible, igual, sino peor al que se dice cortó el paso al célebre doctor Schliemann al acabar de descubrir, unas debajo de otras, sus siete Troyas correspondientes a otras tantas épocas históricas.

—¿Qué fué ello?—interrogó Torres.

—Pero, ¿de veras no feneis noticias de este acontecimiento, memorable ya en los fastos de la Arqueología?

—No. No las tenemos—aseveramos todos. Es más, como no hay por qué deliberar, sino que obrar, desechemos todos nuestros temores actuales y los que venir después pudieran, en un *no ha lugar a deliberar*, que dicen los parlamentarios.

¡No esperaba yo otra cosa de vosotros, como aspirantes a teóricos oculistas!—replicó el doctor—y pues que así lo quereis, y así os lanzais a la indefinida e indefinible aventura, ¡SEA!

—¡Sea!—repetimos todos extendiendo nuestras manos en e más solemne y tácito de los juramentos.

Y luego, como si en aquel instante no nos jugásemos nuestro porvenir, nuestra honra y nuestra vida, nos sentamos a cenar, transfigurados y felices, pero antes el doctor había lanzado una exclamación de sorpresa y de triunfo:

Al dorso de uno de los legajos, y también en una de las tapas del libro da Huerta y Vega había visto la signatura famosa:

∞ = 5

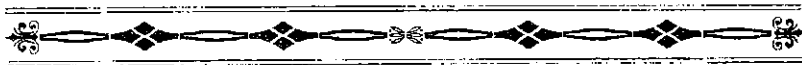
¡No cabía duda! Los libros del arcón hermano gemelo de los vargueños de marras eran de Arias Montano. El asceta del *Huerto de Getsemani* y el *ario del monte*, eran discípulo y Maestro, como discípulo y Maestro eran ya también nuestro expresidente Peinado y el asceta.....

El simbolismo de  $OO=5$  parece ser, según el Sr. Montalbán, que se encuentra también en pinturas rupestres de Cuevas Viejas en Cádiz, en la basílica de Cervatos de Caravia, (Reinosa), a la cual en ciertos tiempos han pagado censos casi todos los obispos de España, incluso el de Toledo y, en fin, según el P. Aguilló en Felínix, (?) Mallorca, bajo esta otra forma de

$$\textcircled{+} \textcircled{+} = 5$$

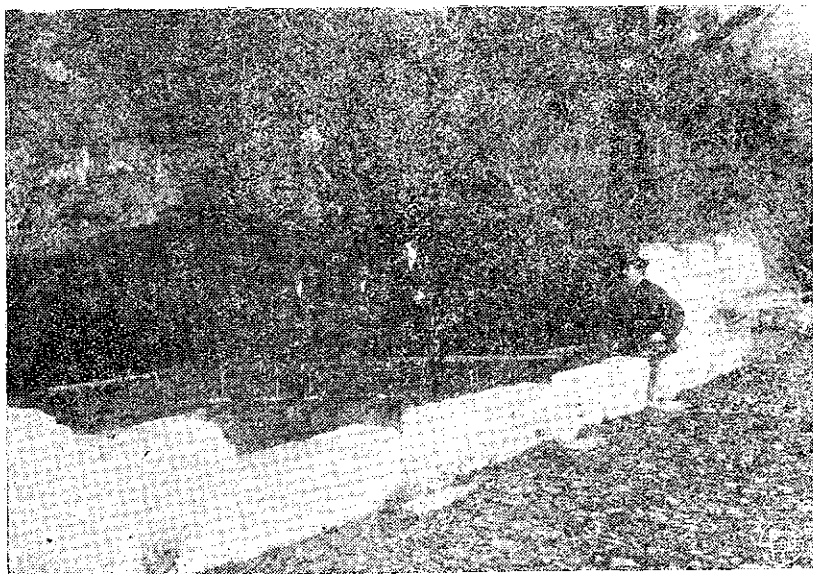






## CAPÍTULO XIX.

La estupenda narración del arqueólogo Schliemann.



FUENTE DE LA PEÑA EN LA ERMITA DE ALÁJAR

*Cómo el sabio alemán encontró las huellas de la Atlántida, cuna de la civilización.—Un artículo del New York Herald.—Las leyendas de los Paraísos.—Los diluvios.—Dioses y diosas primitivos.—La cuna, según Schliemann, de la gran familia hindoeuropea.—La estirpe de los descubridores de las siete Troyas.—Yucatán.—El seno del Atlántico.—La extraña historia del arqueólogo.—Un sobre lacrado y juramentado.—La civilización tiahuanaca.—Un análisis químico.—Una inscripción.—Manuscritos de los Mayas.—El eterno temor al ridículo y a las iras de los pseudo-sabios.—¿Un jarrón de la Atlántida?—Las ruinas del templo de Sais en el Delta del Nilo.—Un vaso troyano.—Monedas diversas.—El «Templo de las paredes de cristal».—En los archivos de Lhassa.—Más detalles sorprendentes acerca del arqueólogo.—Silencio solemne.*

A los postres, Montalbo, el explorador de las cien peligrosas aventuras americanas, rogó al doctor que nos refiriese la anunciada narración del arqueólogo Schliemann.

—No creí las ignoráseis—contestó aquel—,según el ruido, que ellas han hecho en el mundo, desde la publicación de un famoso artículo de hace unos dos años en el *New York Herald*, traducido al castellano por Edelmiro Félix, e inserto en infinidad de revistas teosóficas, bajo el título de «*Cómo encontré la perdida Atlántida, fuente de toda civilización, por el doctor Pablo Schliemann*». El artículo, que le recuerdo bien, dice así, poco más o menos:

«La Atlántida fué la región donde primero se elevó la humanidad desde el estado salvaje hasta una civilización más avanzada que la nuestra.» Esto es cierto sólo en parte, puesto que el estado primitivo de la humanidad fué la inocencia de la Edad de Oro, y muchos siglos antes de la civilización atlante, existió con caracteres análogos la Lemuria, pero aquí me abstendré de mezclar comentarios míos, cual si os leyese el artículo en cuestión, que tan grabado le tengo en la memoria, como si ahora le leyese.

«Llegó a ser la Atlántida—continuó recordando con su prodigiosa memoria el doctor—una nación tan poderosa que, en el transcurso de cientos de miles de años, conquistó al mundo; colonizó a Egipto, las costas occidentales de Africa y Europa, Centro-América, con los contornos del Golfo de México, valle del Mississipí y costa del Pacífico; el Mediterráneo, el Báltico, el Cáucaso, el Mar Negro, etc.

El recuerdo de la Atlántida, por otra parte, se encuentra en las leyendas del Jardín del Edén de la Biblia, en el Jardín de las Hespérides de los Griegos, el Asgard de los Escandinavos, el Tír n'Og de los Celtas y en todas las leyendas de una tierra misteriosa y maravillosa, en la que moraban dioses o mortales semejantes a dioses.

La historia del Diluvio, cuyas versiones se encuentran en las tradiciones de casi todas las razas antiguas y modernas, son simplemente el recuerdo de la estupenda catástrofe que hizo desaparecer la Atlántida, y cuya desaparición fué llevada por los supervivientes a todas las colonias de la perdida tierra, representando éstas toda la civilización del mundo en aquella época.

De la misma manera, la huída de algunos de los atlantes por un estrecho puente de tierra que unía la Atlántida con lo que es actualmente Bretaña, se conserva en las leyendas del Peligroso Puente del Arco Iris, con su filo de navaja, que los escandinavos

creían ser el único camino que conducía a Asgard, la morada de los dioses; en la famosa «Calzada del Infierno» de los libros religiosos de la Edad Media en las leyendas similares de los Hindus, Mayas y Turanios.

Los dioses y las diosas de los antiguos griegos, los fenicios, hindus y escandinavos son simplemente los Reyes, Reinas y héroes de la Atlántida, y los hechos que se les atribuyen en la mitología son un confuso recuerdo de sucesos históricos reales.

Las religiones de Egipto, Perú, y de los Mayas,—la desaparecida raza que construyó las enterradas ciudades de la América Central y sobre las ruinas de cuya civilización construyeron su imperio los aztecas,—fueron las primitivas religiones de los Atlantes.

Fué la colonia más antigua de las fundadas por los Atlantes el Egipto, cuya civilización resultó una basta reproducción de la madre tierra. La seguían en orden de antigüedad Perú y Centro América.

El alfabeto fenicio, padre de todos los alfabetos europeos, se deribó de un alfabeto atlante, que fué también transmitido a los Mayas por los Atlantes. Los símbolos y geroglíficos de los egipcios y de los mayas provienen de la misma fuente, y así se explica su semejanza, demasiado grande para ser casual.

La Atlántida fué el punto de partida de la familia hindo europea de las naciones, así como también de los semitas, y probablemente el de los turanios.

Los atlantes poseían un completo conocimiento de la electricidad, el vapor y otras fuerzas naturales. Tenían también aeroplanos, buques de máquinas y explosivos. Eran ingenieros prodigiosos y los primeros trabajadores del hierro. Usaban para la ornamentación, el oro y la plata en grandes cantidades, y un metal precioso, ya desaparecido, conocido como «orichalcum».

El doctor Paul Schliemann, el distinguido nieto del difunto doctor Heinrich Schliemann, descubridor de la antigua Troya, y uno de los arqueólogos más grandes del mundo, hace aquí una de las narraciones más notables y fascinadoras que jamás se han publicado de un descubrimiento.

La Atlántida es el legendario continente mencionado por el filósofo griego Platón, quien en una de sus conversaciones, dijo cómo los sacerdotes del templo egipcio Sais habían relatado a Solón, el gran legislador, la historia de su destrucción unos 9.000 años antes de Cristo. La Atlántida, según la historia, fué el hogar

de una gran raza civilizada que conquistó y colonizó el mundo. Toda civilización ha partido de ella.

Lo que se conoce como «El Arrecife del Delfín» (Dolphin Ridge), una enorme meseta submarina que se extiende entre los 25 y 50 grados de latitud norte y los 20 y 50 grados de latitud oeste, se supone ser sus hundidos restos. Se cree que las islas Azores son la cima de sus más altas montañas: todo lo que actualmente queda sobre la superficie del agua, del perdido continente.

Si el doctor Paul Schliemann puede probar sus manifestaciones, se aclarará el misterio más grande del mundo y se reconstruirá la historia de nuestra raza, descifrándose al fin muchos enigmas.

Es curiosa la coincidencia de que al mismo tiempo que el doctor Schliemann hace públicos sus descubrimientos, parte una expedición de Inglaterra para recobrar los tesoros de las ciudades hundidas en la bahía de Campeche, en Yucatán. Estas ciudades fueron localizadas por el doctor Ernst Marjories, después de haber estado cuatro años en Centro América, el que también tiene evidencias que cree prueban que dichas ciudades fueron parte de una colonia de atlantes y que se hundieron por la misma convulsión que destruyó la tierra madre,

La historia del Dr. Paul Schliemann es como sigue:

«Algunos días antes de que mi abuelo muriera, el Dr. Heinrich Schliemann—el verdadero descubridor de la gran civilización micénica cuya historia se conserva en los libros de Homero, murió en Nápoles—en 1890—dejó un sobre lacrado al cuidado de uno de sus más íntimos amigos. El sobre tenía la siguiente inscripción: «Este sobre sólo podrá ser abierto por un miembro de mi familia que solemnemente jure dedicar su vida a las investigaciones que están bosquejadas y contenidas en él».

Una hora antes de que mi abuelo muriera, pidió papel y escribió con mano temblorosa: «Adición confidencial al sobre lacrado. Rómpace el recipiente con la cabeza de techuza. Examínese el contenido. Conciérne a la Atlántida. Háganse investigaciones en el este de las ruinas del templo de Sais y en el cementerio del valle Chacuna. Importante. Demuestra el sistema. La noche se acerca.—Adiós».

Encerró lo escrito en un sobre y dijo a la enfermera que enviara al amigo a quien había confiado el otro paquete, lo que se hizo así.

Aunque todo el mundo tenía curiosidad por saber lo que conte-



nían los misteriosos paquetes, ninguno de los niños o de los amigos se atrevió a romper los sellos. Nadie deseaba dedicar su vida a algo que no podía saber lo que era hasta que no fuera demasiado tarde para retroceder. Los sobres se depositaron en los bancos de Francia. Después de haber estudiado yo durante algunos años en Rusia, Alemania y en el Oriente, decidí hacerme cargo de la obra de mi ilustre abuelo, convencido de que lo que él había estimado tan importante y guardado de tal manera, ameritaba la dedicación de una vida a ello. En 1906 hice juramento y rompí los sellos. Dentro había varios documentos y fotografías. El primer papel decía:

«Quien abra este sobre debe jurar solemnemente terminar la obra que dejé empezada. He llegado a la conclusión de que la Atlántida no era meramente un gran territorio entre la América y las costas occidentales de África y Europa, sino también la cuna de nuestra civilización. Ha habido muchas discusiones entre los científicos sobre este asunto. Según un grupo, la tradición de la Atlántida es puramente ficticia, basada sobre informes fragmentarios de un Diluvio ocurrido miles de años antes de la Era Cristiana. Otros declaran que la tradición es totalmente histórica, pero imposible de comprobarse por completo.

»En las adjuntas compilaciones se encontrarán notas y explicaciones, las pruebas que del asunto existen en mi mente, Quien se haga cargo de esta misión se obliga solemnemente a continuar mis investigaciones y a formar una exposición definida, empleando el material que dejo con ésta, y acreditándome mi justa participación en el descubrimiento. Hay depositado un fondo especial en el Banco de Francia que será pagado al que presente el adjunto recibo y que cubrirá los gastos de las investigaciones. ¡Que el Todopoderoso os acompañe en esta gran obra!»

No puedo copiar todos los documentos en este limitado espacio —ni tampoco me interesa hacerlo. Pero sí uno de los más importantes, que desde el punto de vista de la narración, dice:

«Cuando en 1873 hice las excavaciones de las ruinas de Troya en Hissarlik y descubrí en la Segunda Ciudad el famoso «Tesoro de Priam», encontré entre ese tesoro un famoso jarrón de forma peculiar y de gran tamaño. Dentro de él se hallaban algunas piezas de alfarería, varias imágenes pequeñas de un metal peculiar, monedas del mismo metal y objetos hechos de hueso fosilizado. Algunos de estos objetos y el jarrón de bronce tenían grabada una frase en geroglíficos fenicios. La frase decía: Del Rey Cronos de la Atlántida».

«El que esto lea podrá imaginarse mi emoción. Era la primera evidencia material de que existía el gran continente cuyas leyendas han perdurado a través de las edades por todo el mundo. Guardé en secreto este objeto, ansioso de hacerlo la base de investigaciones que creía serían de importancia infinitamente mayor que el descubrimiento de cien Troyas. Pero tenía que terminar primero el trabajo que había emprendido y estaba aun más deseoso de ello porque tenía la seguridad de encontrar otros objetos que procedieran directamente del perdido continente. Fui recompensado por mi fé, según puede verse en el documento marcado B.

»En 1883 encontré en el Louvre una colección de objetos desenterrados en Tiahuanaca, en Centro América, y entre ellos descubrí piezas de alfarería exactamente de la misma forma y material y objetos de hueso fosilizado que reproducían punto por punto los que ya había encontrado en el jarrón de bronce del Tesoro de Priam. La semejanza no podía ser una coincidencia. Las formas y decoraciones eran demasiado complejas para ello. Está fuera del rango de las coincidencias que dos artistas en dos países tan separados como Centro América y Grecia hicieran dos jarrones, —sólo menciono uno de los objetos— exactamente de la misma forma, del mismo tamaño y con curiosas cabezas de lechuga colocadas justamente en igual forma en ambos.

»Los jarrones centroamericanos no tenían caracteres fenicios ni escritura de ninguna clase. Corrí a examinar de nuevo mis propios objetos, y después de pruebas y de exámenes sin cuento, me convencí de que las inscripciones habían sido hechas por otras manos después que los objetos se hubieron fabricado.

»Conseguí algunos de estos objetos de Tiahuanaca y los sometí a análisis químicos microscópicos. *Estas pruebas demostraron concluyentemente que tanto los jarrones centroamericanos como los de Troya, habían sido hechos con la misma arcilla peculiar, y supe más tarde, segura y definitivamente, que esta arcilla no existe ni en la antigua Fenicia ni en Centro América.*

»Analiqué los objetos de metal, porque no podía reconocer de qué estaban hechos. El metal no se parecía a ninguno de los que había visto. El análisis químico demostró que el material estaba compuesto de platino, aluminio y cobre.—una combinación que nunca se había encontrado en los restos de las antiguas ciudades desconocidas hoy día.

»Objetos, pues, perfectamente semejantes y teniendo incuestio-

nablemente una fuente común han sido encontrados en países tan separados como estos. Los objetos no son fenicios, miocenos ni centroamericanos. ¿Cual es, entonces, la conclusión? Que llegaron a ambos lugares de un centro común. *La inscripción en mis objetos daba ese centro. ¡Era la Atlántida!*

»Que los objetos se conservaban con gran veneración se demuestra por su presencia entre el Tesoro de Priam y el receptáculo especial que los contenía. Su forma no dejaba duda de que eran objetos destinados a ceremonias sagradas y procedentes del mismo templo. ¿Eran los restos de un culto que existía en la Atlántida y que esa gran tierra había impreso en colonias y países tan lejanos como la antigua Creta y Centro América? ¿Eran estos objetos, enviados por la tierra madre de la misma manera que se envían las Biblias hoy día a la cristiandad, y como las estatuas de Isis y su altar parafernalia eran enviados por Egipto a sus colonias?

»Este extraordinario descubrimiento y mi salud decadente me indujeron a apresurar más rápidamente mis investigaciones. Encontré en el museo de San Petersburgo uno de los rollos de papiro más antiguos que existen. Había sido escrito durante el reinado de Faraon Sent, de la Segunda Dinastía, o sea 4.571 años A. C. Contiene una descripción de cómo el Faraon mencionado envió una expedición al Occidente en busca de rastros de la Tierra de la Atlántida, de donde hacía 3.350 años habían llegado los antecesores de los egipcios trayendo con ellos toda la sabiduría de su tierra nativa. La expedición volvió al cabo de cinco años, informando que no habían encontrado ni personas ni objetos que pudieran darles una pista para hallar la desaparecida tierra. Otro papiro del mismo museo, escrito por Manethon, el historiador egipcio, hace referencia a un período de 13.000 años como el reinado de los sabios de la Atlántida. El papiro coloca éste al principio mismo de la historia egipcia: aproximadamente hace unos diez y seis mil años.

»*Una inscripción que desenterré a la Puerta del León, en Mionencia, Creta, dice que Misor, de quien según la inscripción, descendían los egipcios, era el hijo de Taaut Thoth, el Dios de la Historia, y, que Taaut era el hijo emigrado de «un sacerdote de la Atlántida», quien, habiéndose enamorado de una hija del Rey Chronos, escapó y desembarcó en Egipto después de muchas aventuras. Construyó el primer templo en Sais y enseñó la sabiduría de su tierra nativa. «Toda esta inscripción es muy importante, y la he conservado en secreto. La encontrareis entre los papeles marcados D».*

No puedo agregar aquí más que una pequeña parte de la enorme masa de evidencias,—y son evidencias materiales—de este continente de la Atlántida las que mi abuelo ha reunido. Debo pasar al final de este notable documento.

«Una de las tablas de mis excavaciones en Troya da también un tratamiento médico de los sacerdotes egipcios—pues existió comunicación entre Creta y Egipto durante muchos siglos—para quitar la catarata de los ojos y las úlceras de los intestinos por medio de la cirugía. *He leído una fórmula casi similar en Berlín en un manuscrito español cuyo autor lo había aprendido de un sacerdote azteca en México. El sacerdote lo había aprendido a su vez de un manuscrito de Maya.*

»Para concluir, debo decir que ni los egipcios ni la raza Maya que formó la civilización de Centro América antes que los aztecas, eran grandes navegantes. No tenían barcos para cruzar El Atlántico, ni tampoco lo hicieron. Podemos descartar la intervención de los fenicios como una unión real entre los dos hemisferios; y, sin embargo, la semejanza de la vida y civilización egipcias y mayas, es tan perfecta, que es imposible pensar que sea casual. No encontramos esas casualidades en la naturaleza o en la historia. La única posibilidad es que existiera, como dice la leyenda, un gran continente que uniese lo que hoy llamamos el Nuevo Mundo con el que llamamos antiguo. Quizás entonces la Europa y la América actual estuvieran habitados por monstruos. Probablemente Africa tendría una raza semejante al mono. El hombre—según hoy lo conocemos—no los había invadido. Pero existía una tierra donde florecía una civilización tan superior a la nuestra actual, y quizás más. Sus confines eran los límites del salvajismo. Era la Atlántida. De la Atlántida vinieron las colonias que se establecieron en Egipto y Centro América.»

Comprendí que tenía ante mí un serio problema, a pesar de toda la asombrosa evidencia, mayor de la que nadie puede soñar, que me había dejado mi abuelo. Había también otras notas y alusiones a las pruebas materiales que estaban en lugar secreto en París y además de esto se me daba la orden expresa y estricta de conservar todo en secreto hasta que hubiera seguido sus instrucciones y terminado mis investigaciones.

Durante seis años he trabajado infatigablemente en Egipto, en Centro y Sur de Africa y en todos los museos arqueológicos del mundo. He descubierto la Atlántida, he comprobado la existencia de este gran continente y el hecho de que de él surgieron, sin duda alguna, todas las civilizaciones de los tiempos históricos.

En mis investigaciones he tenido como principio retirarme a tal reclusión que ningún periódico pudiera llegar a mí, que la curiosidad del público no pudiera molestarme en ese serio e importante trabajo. Seguiré el mismo método hasta que haya terminado mi libro. Por este motivo he evitado hasta el presente toda notoriedad por la prensa y toda asociación con ninguna expedición científica. Soy individualista y haré mi trabajo con mi método individual. Sin embargo me he decidido a aceptar la invitación de este periódico y revelar este secreto de mi ilustre abuelo y exponer algunos de los hechos que he descubierto y por los cuales pretendo ser el descubridor de la Atlántida. Voy ahora a relatar lo que sucedió después de haber leído los documentos de Heinrich Schliemann.

Procedí enseguida a examinar la colección oculta en París. El jarrón con la cabeza de lechuza era único en su clase, de origen evidente y extraordinariamente antiguo, y en él leí la inscripción en caracteres fenicios: «Del Rey Cronos, de la Atlántida». Vacilé varios días para romperlo, pues pensaba que la última carta de mi abuelo podía haber sido el resultado de una mente debilitada por la proximidad de la muerte. No podía comprender por qué debía romperse. Parecía vacío. No puedo hasta ahora decir cómo él llegó a saber que debía romperse. Puede ser que hubiera encontrado otros jarrones similares en Hissarlik y que los hubiera roto. Puede haber guardado este último jarrón porque creyera que el que continuara su trabajo debía tener una prueba absoluta de sus aseveraciones. Vacilo al escribir esto, porque parece saber a romance puro... Y sin embargo, es un hecho absoluto.

Al fin, lo rompí y no fué poca mi sorpresa cuando del jarrón cayó un trozo de metal blanco, parecido a la plata, sobre el que estaban grabadas extrañas figuras y una inscripción, que no se parecía a ninguno de los jeroglíficos o escritos que yo había visto. Esto estaba en el anverso de la moneda o medalla. En el reverso había grabadas en fenicio antiguo, las siguientes palabras: «Emitado en el Templo de las paredes transparentes». ¿Cómo se introdujo el metal en el jarrón? No lo sé. El cuello era demasiado pequeño para su inserción, y no obstante, allí estaba y había sido fijado en la arcilla del fondo y mi abuelo evidentemente sabía que estaba allí.

Si el jarrón era de la Atlántida, el metal debía haber venido de allí también. Y, sin embargo, el examen me demostró que las letras fenicias habían sido grabadas después que el objeto había

estado bajo el troquel que hizo las figuras del anverso. Esto es todavía un misterio para mí. Pero ahí está la evidencia.

Además de esto, encontré en la colección los otros objetos materiales que mi abuelo había dicho provenían de la Atlántida. Uno era un aro del mismo metal peculiar que las monedas o medallas. Había un elefante de hueso fosilizado de extraña apariencia, un jarrón sumamente anticuado y otros objetos que no necesito describir. También estaba el mapa por el cual el capitán egipcio había buscado la Atlántida. Prefiero no mencionar los otros objetos y conservarlos para mi extenso trabajo, pues no puedo, según instrucciones de mi abuelo, describirlos. Baste decir que ningún científico podrá refutarlos. El jarrón con la lechuza, el jarrón anticuado, el jarrón de bronce y el aro de metal, tienen las inscripciones fenicias. El elefante y las monedas, no.

Mi abuelo había escrito que debía primero dedicar mi atención a las ruinas del Templo de Sais y al Valle de Chucuna, en América. Me dirigí primero a Egipto y empecé a excavar alrededor de las ruinas de Sais. Trabajé largo tiempo en vano. Encontré interesantes objetos dedicados a antiguos usos religiosos y astronómicos: pero ningún vestigio de los que deseaba.

Pero un día entré en relaciones con un cazador egipcio que me enseñó una colección de medallas antiguas que se había encontrado en un sarcófago, en una de las tumbas de los alrededores. ¿Quién podría describir mi sorpresa al ver en su colección dos medallas de la misma forma y tamaño que la que había encontrado en el jarrón de Troya? Las figuras no tenían tantos detalles y carecían de inscripción, pero era indudablemente de origen común a la mía. Las obtuve del cazador y examiné el sarcófago. ¡Era de uno de los sacerdotes de la Primera Dinastía! Uno de los más antiguos. Pero no había en él nada de interés para mí.

Sin embargo, ¿no estaba yo progresando? Tenía la moneda del vaso de Troya, que, si mi abuelo tenía razón vino de la Atlántida; y había encontrado dos de la misma clase en un sarcófago de un sacerdote de la Primera Dinastía del Templo de Sais, el Templo que conservaba la tradición de la Atlántida y cuyo sacerdote la había relatado a Solón, el Templo que había sido fundado por un hijo de la Atlántida que había huído con una hija de Cronos, el nombre que estaba en el jarrón de Hissarlik que tenía la moneda. ¿Cómo explicar esto?

Llamé en mi ayuda dos grandes expertos geólogos franceses y examinamos la costa occidental de África y los puntos donde mi

abuelo había indicado y por donde él creía que la antigua Atlántida estaba unida con esa tierra, y encontramos que esos lugares estaban cubiertos por restos volcánicos. A alguna distancia de la costa cesaban estas señales; pero en muchas millas a lo largo de ella parecía como si la acción volcánica hubiera separado la tierra de la costa. Allí encontré un objeto de inestimable valor para mis investigaciones. Era una cabeza de niño hecha con el mismo metal que el empleado para la construcción del arco y de las medallas. Estaba bajo una capa de cenizas volcánicas de gran antigüedad. El análisis químico demostró que era de la misma extraña aleación que ya he descrito.

No puedo dar aquí todos los detalles de esta investigación. Fueron inmensamente importantes y están apoyados por más testimonios que el mío.

Fui a París y busqué al poseedor de la colección de objetos centroamericanos a que mi abuelo había hecho alusión. Consintió en que rompiera su jarrón con la cabeza de lechuga para ayudarme en mis investigaciones, y así lo hice.

¡Y de él extraje una medalla exactamente del mismo tamaño y material que la que yo tenía, con la única diferencia de que era distinta la colocación de los geroglíficos!

Tenía, pues, cinco eslabones: las monedas de la colección secreta de mi abuelo; la moneda del jarrón atlante; las monedas del sarcófago egipcio; la moneda del jarrón centroamericano y la cabeza encontrada en la costa de Marruecos.

Partí enseguida para Centro América, México y Perú. He cavado en los cementerios y excavado en las ciudades. El cementerio del valle de Chucuma, donde están enterrados los antiguos Chimus me proporcionó cuantioso material para nuevos horizontes. Debo decir que aun cuando encontré fragmentos de jarrones con cabezas de lechugas, no pude hallar más medallas: pero lo que encontré tenía tanta importancia como esto. Hay allí inscripciones que asombrarán al mundo; y en la pirámide de Teotihuacán, en México, encontré otras medallas del mismo metal, pero con diferentes inscripciones.

Tengo razones para decir que las extrañas medallas se usaron como dinero en la Atlántida hace unos cuarenta mil años. Estas razones están basadas, no solamente en mis propias investigaciones, sino también en otras de mi abuelo que no he mencionado. El «Templo de las Paredes Transparentes» era una de las Tesorerías Nacionales del perdido Continente. Como los atlantes y

más tarde los egipcios, los mayas y los chimus eran naciones sacerdotales y es natural que los templos fueran considerados como el centro y base de la vida política y social, así como también la cuna del arte, de la ciencia, de la educación y de la religión. Entre los hechos que voy a revelar en mi libro hay claras indicaciones de la Ciudad de las Puertas de Oro, como se le llama, y dos claras referencias al Templo de las Paredes Transparentes.

Este Templo atlante de las Paredes Transparentes era generalmente un importante lugar de reunión pública. Sus trabajos podían ser presenciados por las masas. ¿Tenía la palabra «transparente» un significado simbólico o existía realmente un edificio con paredes transparentes? No lo sé. Sin embargo, puedo probar que los fenicios aprendieron a hacer vidrio del «pueblo que vivía más allá de las Columnas de Hércules». Es necesario decir que el país que empleaba las antiguas medallas como equivalente del trabajo, tenía un sistema más adelantado de circulación que el que tenemos nosotros actualmente.

Paso por alto, por falta de espacio, sobre los jeroglíficos y otras evidencias que he descubierto y que demuestran que las civilizaciones de Egipto, Micena, Centro América, Sur América y el Mediterráneo tuvieron un origen común. Esto es incontestable. Paso a transcribir la traducción de un manuscrito maya que es parte de la famosa colección de Le Plongeon, los manuscritos de Troano, y que puede verse en el Museo Británico. Dice así:

«En el año 6 de Kan, el 11 Muluc, en el mes Zre, ocurrieron terribles terremotos que continuaron sin interrupción hasta el 13 Chuen. El país de las lomas de barro, la tierra de Mu, fué sacrificada. Después de dos conmociones, desapareció durante la noche, siendo constantemente estremecida por los fuegos subterráneos, que hicieron que la tierra se hundiera y reapareciera varias veces y en diversos lugares. Al fin la superficie cedió y diez países se separaron y desaparecieron. Se hundieron 64 millones de habitantes, 8.000 años antes de escribirse este libro».

En los archivos del antiguo templo budhista de Lhasa, puede verse una antigua inscripción caldea escrita unos 2.000 años A. C., y que dice:

«Cuando la estrella Bal cayó en el lugar donde ahora sólo hay mar y cielo, las Siete Ciudades con sus Puertas de Oro y Templos Transparentes temblaron y estremecieron como las hojas de un árbol movidas por la tormenta. Y he aquí que una oleada de fuego y de humo se elevó de los palacios; los gritos de agonía de la multi-



tud llenaban el aire. Buscaron refugio en sus templos y ciudadelas y el sabio Mu, el sacerdote de Ra-Mu se presentó y les dijo: «No os predije todo esto? Y los hombres y las mujeres, cubiertos de piedras preciosas y brillantes vestiduras, clamaron diciendo: «¡Mu, sálvanos!» Y Mu replicó: «Morireis con vuestros esclavos y vuestras riquezas, y de vuestras cenizas surgirán nuevas naciones. Si ellos se olvidan de que deben ser superiores, no por lo que adquieren sino por lo que dan, la misma suerte les tocará». Las llamas y el humo ahogaron las palabras del Mu, y la tierra se hizo pedazos y se sumergió con sus habitantes en las profundidades en unos cuantos meses».

¿Qué puedo deciros de estas dos historias, una del Tibet y otra de Centro América, que relatan ambas el mismo cataclismo y que se refieren ambas a la misma tierra de Mu?

Cuando yo publique todos los datos que tengo, no habrá misterio en ello.

Permítaseme volver por un momento al documento de mi abuelo que he citado antes y que ha sido la base de mis investigaciones. Después de hablar de la inscripción que había encontrado en las Tumbas-Gúpulas de Miocenio, él dice:

«La religión de Egipto es preeminentemente de adoración al sol. Ra era el dios-sol de los egipcios. La religión de los mayas de Centro América era la misma. Ra-Na era el dios-sol de los antiguos peruanos.

»Mis largos estudios arqueológicos de las diversas naciones han probado que todas ellas tienen su infancia y pubertad. Pero no he podido encontrar trazas de un Egipto tosco y salvaje o de una raza maya muda y bárbara. He encontrado ambas naciones en madurez aun en su tiempo más remoto: hábiles, poderosas y sabias. No he podido encontrar época en la cual carecieran de habilidad para organizar su trabajo, ni para abrir canales, ni para construir carreteras, pirámides y templos, ni para regar campos, ni época en que no supieran medicina, astronomía y los principios de un gobierno excelentemente organizado. Al igual que los mayas, los egipcios practicaban la monogamia y construían sus ciudades y templos en la misma forma, demostrando un conocimiento técnico y habilidoso que es aun un problema para nuestros actuales ingenieros. Ni los egipcios ni los mayas eran negros, sino amarillos. Ambas naciones tenían esclavos y una casta intelectual; pero las relaciones entre las distintas clases eran cordiales y humanitarias. Su principio básico de gobierno era el mismo.

»Lepsius encontró los mismos símbolos sagrados en las ceremonias de los egipcios y de los peruanos. Le Plongeon, el gran arqueólogo francés, recobró en Chichen-Itza, Yucatán, la figura de un dios que era patiabierto y que ostentaba en todos sentidos los mismos atributos que el gran dios Thoth de los egipcios.

»La parte exterior de las pirámides egipcias y americanas está cubierta por una capa de cemento bruñido y brillante de una solidez que no han podido conseguir nuestros constructores. Humbolt consideraba la Pirámide de Cholula del mismo tipo que el Templo de Júpiter en Belus.

»Tanto en América como en Egipto se construían las pirámides en la misma forma. He encontrado que las pirámides a ambos lados del Atlántico están construidas con sus cuatro lados colocados astronómicamente como los brazos de una cruz y en la misma dirección. En todas ellas la línea que atraviesa su centro está sobre el meridiano astronómico. La construcción en forma de grada es la misma y en ambos casos las pirámides mayores estaban dedicadas al sol.»

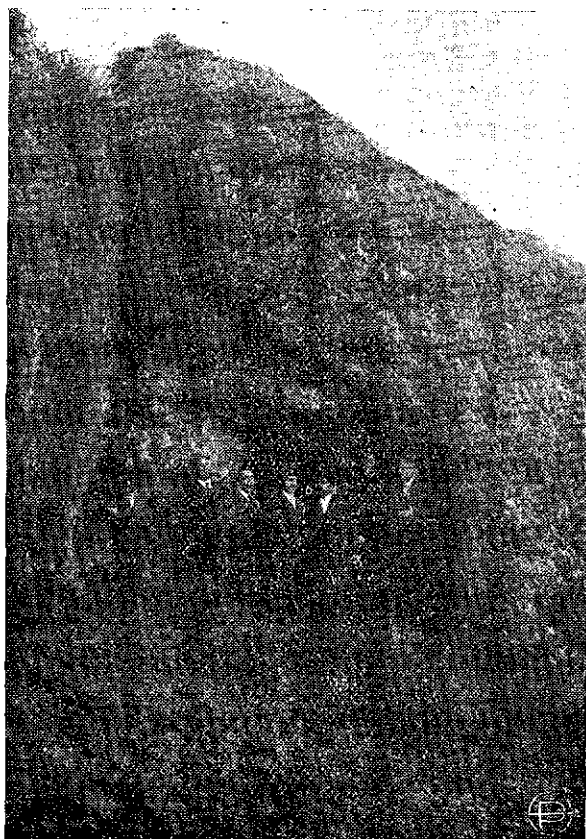
—Sólo me queda ya—añadió el doctor—deciros quién era el doctor Heinrich Schliemann.

«Heinrich Schliemann, cuyo trabajo fué dar un nuevo ímpetu al estudio de los orígenes griegos, ser el principio de la revelación de un modo desconocido de los tiempos antiguos, nació en New-Buckow, Mecklemburg-Schwerin, Alemania, el 6 de Enero de 1822. Era hijo de un sacerdote rural. Cuando apenas tenía siete años, cayó en sus manos una historia del mundo para niños y la descripción de la destrucción de Troya le hizo una profunda impresión, y entonces hizo el propósito de buscar esos lugares «cuando fuera rico». Cuando tenía unos diez años escribió un ensayo sobre la guerra de Troya, que fué premiado.

Pero su padre era pobre, y Schliemann tuvo que trabajar pro-sáicamente para realizar sus sueños. Durante la guerra de Crimea, se casó secretamente en San Petersburgo con una noble dama rusa. Por mediación de ella llegó a ser agente-comprador del ejército ruso e hizo fortuna. En 1850 se vió obligado a salir de Rusia y vino a América; fué a California y se hizo ciudadano americano. Hizo una nueva fortuna en América y en 1868 partió para Grecia para realizar sus ambiciones.

Siendo el más brillante arqueólogo de su época y dotado de curiosas intuiciones que se oponían a las creencias corrientes y que eran valiosas por su seguridad, alcanzó un rápido éxito. Uno de

sus ilustrados colegas ha dicho de él «que si no pareciera un absurdo, podría decirse que Schliemann es una encarnación de algún antiguo miceno y que recuerda donde debe buscar». Costare lo que costare, empezó a cavar la tierra en Hissarlik en 1870 y en 1873 descubrió el «Gran Tesoro de Priam». Se ha dicho siempre que Schliemann no reveló nunca este tesoro y la maravillosa historia de su nieto aquí relatada, confirma este dicho.



GRUTA DE ARIAS MONTANO, BAJO LA ERMITA DE LA PEÑA

Schliemann empezó por la tierra virgen y, por supuesto, la primera ciudad que encontró fué la más antigua. En la segunda ciudad fué donde descubrió el tesoro. Esta ciudad él creyó que era la de Troya. *Pero sobre ella había restos de otras siete ciudades.* Más tarde se comprobó que la sexta de las siete ciudades que es-

taban sobre la segunda que él encontró era la verdadera y antigua Troya. La segunda ciudad encontrada era inmensamente más antigua, y, *muy moderadamente, su destrucción puede fijarse en el año 20.000 A. C.* Había sido una ciudad grandísima, con arquitectura ciclópea y con un alto grado de civilización. Todo esto es inmensamente importante, en vista del anuncio de haberse encontrado allí el jarrón «Del Rey Chronos, de la Atlántida». Los sacerdotes de Sais dijeron a Solón que la Atlántida había sido destruida 9.000 años antes de su conversación con él. *Esto parece probar que la segunda ciudad encontrada por Schliemann era la metrópoli de una colonia atlante y que el continente existía aún, cuando se depositó el Tesoro en la segunda ciudad.*

Una controversia que surgió con el gobierno turco acerca del Tesoro, hizo que suspendiera sus trabajos en Hissarlik, y dirigió su atención a Micenea, en la Isla de Creta, la histórica capital del Agamemnon de la Iliada. Excavó la maravillosa Puerta del León, las famosas Tumbas-Cúpula y Tumbas Subterráneas, pero hasta ahora no se había hecho pública la inscripción atlante que encontró en las Tumbas-Cúpula. También encontró en las Tumbas Subterráneas la cantidad más notable de tesoros que jamás han contemplado los ojos de un descubridor. En ellos había oro en profusión del que estaban construidas mascarillas y cientos de artículos.

*Puede decirse que en este tesoro había otros objetos inmensamente más valiosos y que tenían una relación directa con la Atlántida y que el Dr. Schliemann conservó en secreto, como hizo con los descubrimientos obtenidos en la segunda ciudad. Lo que todo esto era, se dirá oportunamente por su nieto.*

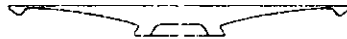
Los otros extraordinarios descubrimientos hechos por el doctor Schliemann en Creta, pueden ser encontrados en sus notas.

Murió en 1890.

Este breve bosquejo es necesario para explicar cuan grande autoridad y descubridor fué el hombre de quien su nieto habla en estas páginas, y para demostrar los fundamentos reales sobre los que basa este artículo, cuyas asombrosas aseveraciones podrán despertar alguna incredulidad en mentes poco preparadas para estas altas cosas que exceden a todo cuanto ensoñar puede nuestra fantasía».

Terminó el doctor su larga narración y todos nos quedamos largo rato silenciosos. Si aquello era una realidad, no cabía duda que era una realidad archimaravillosa, llamada a revolucionar la

Historia entera. Si era, por el contrario, mera fábula había que convenir en que la fábula resultaba hermosísima y digno remate, al par, de aquellos *Diálogos* celeberrimos del Maestro Platón... ¿Quién nos había de decir, sin embargo, que a nosotros nos estaba reservado por el Destino «jugar en ello nuestro cuarto a espadas, como suele decirse? según encontrará el bondadoso lector, si se digna seguirnos en las increíbles correrías nuestras, que verá en los capítulos que subsiguen.

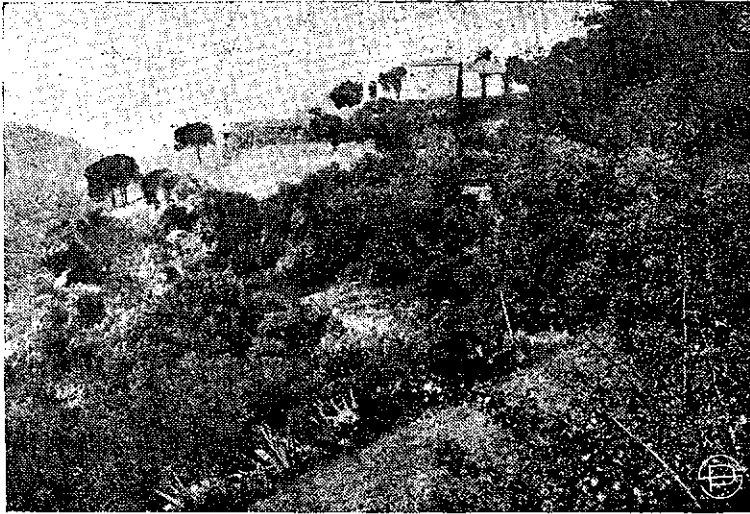






## CAPÍTULO XX.

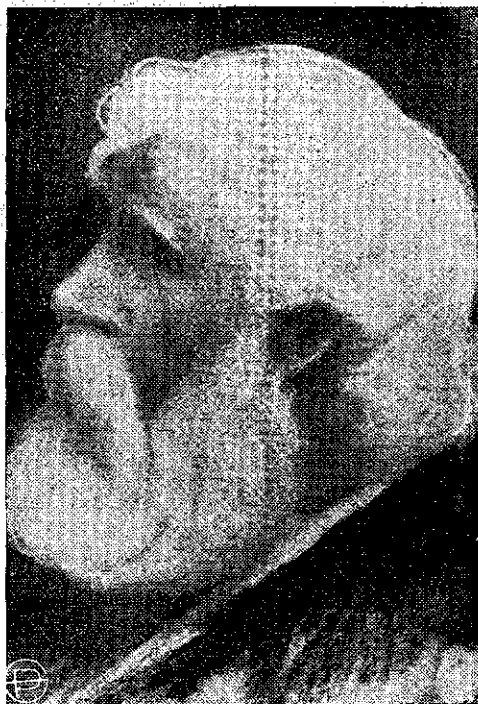
### La Olisis de los jinas.



PERSPECTIVA DE LA PEÑA DE ALÁJAR Y SU ERMITA.

*En camino para Olisis.—Nostalgias de tres días de encantos.—  
¿Fraternidad ocultista tartesia?—Un piadoso recuerdo al amigo  
desaparecido.—La primera parte del viaje.—La segunda y más  
dolorosa parte.—Perplejidad mortal de Torres y del guía.—Un  
pinar que no está en el mapa.—¿La ciudad encantada?—¡Perdi-  
dos!—Un pobre guía que cree volverse loco.—Alarma general.  
—¡Adios o a dicha!—Montalbo se cree ya en los Andes del  
Cauca o del Magdalena.—Un pueblo misterioso y un posadero  
no menos misterioso que el pueblo.—La cena más extravagante  
que he hecho en mi vida.—¿Campanas astrales, tocando a re-  
bato?—Por el prado encantado adelante.—A la vista del dolmen  
druida.—Un émulo del Melchisedec.—El templo sepultado.—  
Las campanas de Edgard Poe.—¡Olisis!—Silencio del que no  
hay idea en la Tierra...*

Hasta bien mediada la mañana no llegó el guía de Orullos con sus cabalgaduras, por manera que después de comer emprendimos la caminata hacia los llanos aquellos donde es fama que existió un día la Olisis famosa, *la vieja Isis*, como el doctor decía haciendo una mezcla de nórdicas y de ibéricas etimologías con las componentes hipotéticas de *old*, «viejo o vieja», e «Isis», la eterna diosa IO.



LUIS, EL ASCETA DE ALÁJAR.

Todo fué bien en un principio. Embebecidos nosotros en el recuerdo de aquellos siempre memorables tres días pasados en la *alhaja* de Alájar, hablábamos poco, pero nuestros pensamientos barajaban en extraña asociación de ideas, las extupendas revelaciones del doctor acerca del polígrafo e Iniciado Arias Montano, *el ario del monte*, que no parecía sino que había hecho una región de misterio y de magia de aquella Gruta de las Maravillas por donde habíamos pasado subterráneamente hasta el cerro de San



Ginés, el templo jina donde habíamos creído ver una extraña asamblea de ancianos leyendo en sendos libros de piedra, y a donde habíamos sido conducidos por no menos inquietantes lucecitas: *et lux perpetua luce at eis...* Luego *la loca de la casa*, que tan cuerda y salvadora es siempre cuando se sabe dirigirla e interpretar en su divina grandeza, nos representaba, vívido, el encuentro en la mañana primera del asceta del *Huerto de Getsemaní*, aquel *idiota*, como así mismo se decía imitando a San Pablo, que alguna vez se le escaparon en francés, típicas frasecitas con giros de extraño políglota, frases a las que el anciano ponía sordina con inocentadas como la de... «esto lo oí en un barco cuando iba a Santiago de Cuba», «aquello lo aprendí por casualidad en la hoja de un calendario», «esotra no tiene nada de particular; lo sabe cualquiera», y cosas por el estilo que demuestran que el saber, como el amor y el dinero no puede estar oculto mucho tiempo.

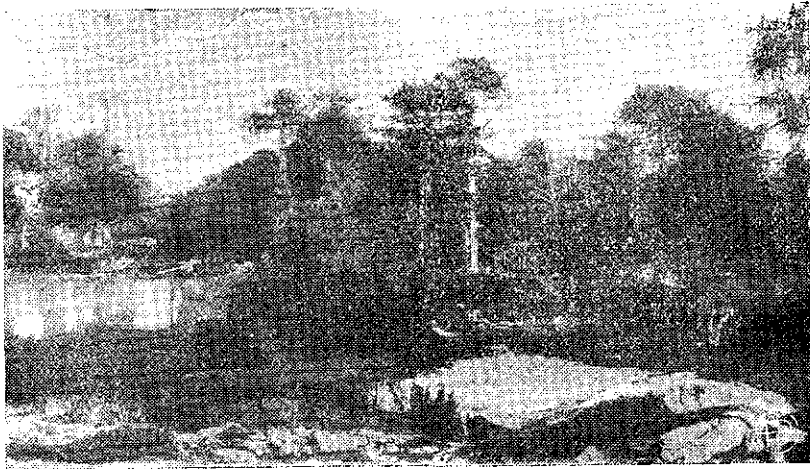
Y una vez posada la imaginación en la personalidad profética, nobilísima, adorable de aquel asceta o aquel jina, del Salomón de España, que sin duda alguna vivía astralmente en aquellos sus rincones queridos donde tres siglos antes la Inquisición le prendiese por Mago y ocultista, no había medio de evitar la sospecha de que una especie de Fraternidad iniciática se desarrollaba, acaso desde tiempo inmemorial, por aquellos sitios tan apartados del comercio del mundo. Las gentes de Olisis, los templarios del medio-evo, Arias Montano, el asceta del Huerto, ¡ay! y pronto también, quizás, nuestro presidente Peinado, que tan inopinadamente se había retirado para siempre del mundanal ruido a nuestra propia vista y dejándonos tan estupefactos como doloridos, eran los eslabones que nosotros conocíamos de la Cadena santa, en la que tal vez nosotros íbamos a ser eslabonados también cuando de ello fuésemos dignos, pero, ¿cuantos otros eslabones tartesios no se habrían también engastado en los pasados siglos? Aquellos gloriosísimos Trajano, Séneca, los dos Balbos, San Isidro, San Leandro y demás glorias similares, amen de cien otros para nosotros desconocidos, ¿formarían también áureos eslabones en la Cadena aquella?... La tierra bendita, la *Tierra de María Santísima* tiene en efecto algo en su entraña que no puede menos de gozar de inmensa raigambre ocultista y algún día lo sabríamos.

Por añadidura, a estas premoniciones íntimas se ligaban racimos de ideas nacidas al calor de aquellos tres días de lecturas, en los que habíamos visto redivivas las glorias de la Atlántida; pasado revista a los textos platónicos del *Timeo* y el *Critias*, corrobo-

rados por otro centenar de textos ulteriores; comentado la gran catástrofe de las edades; aprendido lo que no sabíamos, gracias a la munificencia del asceta y, en fin, llegado a poseer libros de ocultista y elocuente signatura. Esto sin contar el misterio de las huellas de la cueva y la levitación inteligente de un mueble que apenas si podían moverle media docena de cargadores.

Y en cuanto a nuestros afectos íntimos, ¿qué dolor no nos causaría el vernos separados para siempre de aquel hombre todo corazón y sacrificio que presidía en Sevilla las deliberaciones de la sin par *Sociedad de amigos de los hiperfísico*, y privados también de la compañía de aquel sano muchachote de Hermógenes Casas, que a aquellas horas estaría dando tumbos con el arcón por la carretera de Sevilla!

Así, abstraídos y silenciosos hicimos buena parte de la jornada sin que nos acaeciese nada que digno de ser contado sea. Ya el



EL PINAR FANTÁSTICO.

sol se acercaba a su ocaso en una de esas dulces tardes de invierno que sólo hay en Andalucía, cuando a nuestra vista, cautivada por la serena calma del paisaje, se comenzó a presentar un pinar de lo más pintoresco que darse puede, pinar que nos sorprendió no poco, dado que nosotros esperábamos tropezar ya de un momento a otro con los cerrados encinares vecinos al pueblo de San Bartolomé, en cuya demanda íbamos guiados por un vecino de aquellos contornos que se sabía palmo a palmo la comarca toda, según en Alájar nos habían dicho.

Torres, que también se preciaba un tanto de conocer todo aquello, iba siempre en la vanguardia con el guía y lo mismo a uno que a otro, al llegar al pinar, los vimos varias veces detener sus caballos; mirar inquietos a derecha e izquierda; rodear varias veces las primeras matas de pino; observar la situación del sol; quedarse, al fin, perplejos, después de cambiar entre sí breves



LA CIUDAD ENCANTADA.

frases de duda, y desmontar junto a una enorme mole rocosa de apariencia ultra-fantástica que parecía irnos a cortar el paso a modo de vetusta y ciclópea poterna de un castillo. Algo parecido al arco cretáceo que da paso a la *Ciudad encantada*, de Cuenca, que yo había visitado varias veces.

—¡Que me maten, si no estoy loco o borracho sin haber probado alcohol alguno!—exclamó exasperado Torres, rindiéndose a la evidencia—¿sabeis, doctor, y amigos míos, que estamos extraviados del modo más inesperado e increíble?

—¡Sí, estamos extraviados, sin yo saber cómo!—corroboró el guía,—Tengo 46 años; he nacido en San Bartolomé; me he criado en dicho pueblo y en Orullos y Almonaster, pero jamás he visto, ni oído hablar siquiera de este pinar que no parece sino que le veo en sueños. ¡El diablo me lleve si yo entiendo esto, poco ni mucho!

—¿Qué es lo que decís, buen hombre?—replicamos todos alarmadísimos.

—Lo que digo—respondió, con todo aplomo y nobleza el simpático guía—es que durante tres horas, las necesarias para haber llegado bien despacio a San Bartolomé antes de ponerse el sol, venimos siguiendo el camino real, que yo he recorrido mil veces desde Aljár. Además, sí, yo he visto hace media hora los alrededores de Santa Ana la Real; el encinar que queda más allá hacia la Fuente del Oro; yo he visto también, hace un momento, las lejanas humaredas de la misma Almonaster, y les he traído corriente abajo de la torrentera que entra en Riba Seca por bajo de San Bartolomé, y sin embargo, por arte del diablo que quiere perder mi alma y matar mi cuerpo, sin duda, no se diría sino que estamos en un pinar, como los que yo ví cuando era soldado, en la sierra de Guadarrama, en un pinar que yo juraría y pondría las manos en el fuego de que nunca ha existido aquí, según lo conocidos que tengo todos estos sitios.

—Digo igual que este hombre, a quien yo conozco como hombre honrado hace bastantes años—corroboró Torres.

—No os chanceeis, mi querido amigo—observó, archipreocupado, el doctor.

—Señor, yo soy hombre de bien, o al menos así me criaron mis padres—contestó con aplomada sinceridad el interpelado—Yo no me chanco nunca, y menos en esta ocasión. Sólo, sí, repito que ninguno de los sitios que estamos recorriendo hace un cuarto de hora, desde que empezaron los pinos los he pisado nunca y, sin embargo, por el camino andado hasta hace poco y por el cortísimo que nos quedaba por andar, debemos estar muy cerca del pueblo de San Bartolomé. Ahora sólo les digo que desde este momento no respondo de mí, y que hareis bien en no considerarme vuestro guía, antes bien os ruego, por vergüenza que ello me cause, que me guíeis a mí mismo—dijo, faltándole poco al buen hombre para echarse a llorar.

—En fin, a Dios o a dicha—terminó Torres—todo camino lleva a alguna parte. Sigámosle, pues.

Y seguimos el hermoso camino, cautivados por la creciente majestad del pinar, el más hermoso de cuantos en todos los días de mi vida llevo visto. El sol no tardó en ocultarse entre las espesuras de aquel templo de la Naturaleza, con gran alarma nuestra, sobre todo de Cotta, que bailaba literalmente en la silla.

—¡Así, como ahora, me ví yo más de una vez entre el Cauca y el Magdalena en una de las más peligrosas gargantas de los Andes!—exclamó Montalbo, que comenzaba a sentir despertarse ante aquel misterio sus dormidos instintos exploradores, al par que las sombras de la noche nos invadían.

—¡El Cauca, los Andes, en los llanos de Orullos!—murmuraba el doctor tratando, en vano, de esclarecer aquel enigma peligroso.

—De todos modos deberíamos estar ya muy cerca de San Bartolomé, repito,—insistió el guía.

—Tan cerca como que por entre esos pinos de la izquierda veo salir humo y hasta columbro ya las luces del pueblo—dijo Montalbo.

—Eso es imposible, os lo aseguro.—replicó el guía—El pueblo tenía que aparecer por la parte de la derecha.

—Ello será así—dije, a mi vez—pero Montalbo tiene razón. Mirad, si nó, por esa pendiente abajo.

En efecto, había que rendirse a la evidencia, pues torciendo a la izquierda del camino, se nos presentó, contra todas las predicciones de Torres y del guía, un declive bastante áspero, por el que en cortos minutos bajamos hasta el pueblo, mientras que el guía humillado, rumiaba:

—Sí, será un pueblo, pero este no es mi San Bartolomé, ni Cristo que lo fundó, ni es tampoco ninguno de los de por aquí en veinte leguas a la redonda...

Y sin más comentarios ni incidentes, entramos por la primera calleja del pueblo, pedregosa y oscura, como suelen serlo todas ellas, desmontando, como la cosa más natural del mundo, frente a un caserón medio ruinoso, antigua mansión señorial, sin duda, que deputamos, sin embargo, por posada y así era en realidad.

—¡Cama y cenal—exclamó Torres al oído del posadero: un hombre feísimo, rechoncho y medio enano; más sordo que una tapia y que salió a recibirnos.

—¿Sordo, y con esas hermosas orejas?—añadió, festivo, Cotta.

En efecto, la nariz y sobre todo las orejas del huesped eran más que deformes, sencillamente espantosas, hasta el punto de

que jamás individuo alguno de la casta de los indios orejones del Orinoco pudo envanecerse de tenerlas más espléndidas.

Por toda respuesta el posadero hizo extrañas señas a una moza poco menos fea y rechoncha que él, y en menos tiempo del que se tarda en decir, nos fué servida una abundante cena, en la que, por cierto, ni Torres ni el guía, quisieron probar bocado.

—¿Os sentís enfermos?—les dijo el doctor, temiéndose cualquier cosa del estado de excitación en que se encontraban ambos. Pero ni en uno ni en otro, aparte de la excitación, halló nada patológico.

Cotta y yo, comimos por todos, aquellas esquisitas coliflores con azafrán, aquella tortilla de espárragos, con miel y zumo de acederas, y sobre todo aquel arrope *eclesiástico*, que me río yo de las mieles de Castelar, aquellas libadas por las mismas abejas áticas en las canteras del Pentélico. Vamos, que, aunque no eran platos como los usados, nosotros juramos no haber comido cosa mejor en la vida.

—¡Estas recetas, sin embargo, no las conoció Brillat-Savarin, ni están insertas en las docenas de excelentes libros culinarios de mi gran amigo Ignacio Doménech!—dijo el doctor, escamafísimo de todo cuanto veía en derredor.

A poco de comer, fatigados como estábamos, por los incidentes del día, perdonamos a nuestros torpes guías todas sus inexperiencias y nos creímos *bona fide* en el propio San Bartolomé de Orullos al vernos acostados en unas camas raras que parecían hechas de plumas y algodón cardado, donde al punto, caímos en el sueño más profundo.

—¿Oís?—dijo Cotta que reposaba en la cama de al lado, despertándome bruscamente.

—¡Oigo campanas, pero no sé dónde!—contesté, medio dormido todavía.

—¡Ni yo tampoco sé dónde, aunque estoy bien despierto!—respondióme.

Hice un supremo esfuerzo por sacudir la invencible modorra que me dominaba, y, en efecto, oí a lo lejos, aunque clara y distintamente, un campaneo extraño, de notas argentinas y dulces, que no se parecían a las groseras cataratas sonoras de cuantas campanas tengo oídas en mi vida.

—«Las campanas de la gloria  
por Delgadina tocaban;

las campanas del infierno,  
por su padre repicaban»,—

dijo Cotta, no poco maravillado con aquellos repiques tan a deshora lanzados por el campanario de la Iglesia, sin duda.

Y en aquel mismo momento resonó la enérgica voz del doctor, que nos decía:

—Montalbo, Torres, Cotta, ¿escucháis, amigos míos?

Torres no respondió a la llamada del doctor. Sin duda al oír las campanas que acaso tocaban a fuego o a rebato, pese a sus notas argentinas, había ya salido.

Igual hicimos en un periquete nosotros tres, pero nuestra sorpresa no tuvo límites cuando, al doblar la esquina de la posada, nos vimos casi en pleno campo, y no obstante quedar todo el pueblo, con su iglesia vetusta a la espalda, las campanas sonaban más y más hacia la llanada de un hermoso prado, cuyos límites, esfumados en la lejanía por la luz de la luna, se perdían al fin en el pinar de la víspera. Un gallardo bulto caminaba también hacia allí. Era Montalbo, el intrépido.

Recorrimos como autómatas prado adelante cual si surcásemos un tranquilo lago de esmeralda, en el que nuestras sombras, proyectadas por la luna, parecían nimbadas por una luz extraña de la misma naturaleza que las que tan familiares ya nos eran, pero dotadas al par de tal y tan indefinible fosforescencia que, en vez de destacarse en gris, como todas las sombras honradas, se destacaban en cárdenas siluetas, ante las que yo empecé a sentir pavor aunque nada dije.

Pero mi pavor llegó hasta el paroxismo cuando, llegamos como dos kilómetros prado adelante, hasta un drúidico dolmen, ante el cual el doctor nos reunió a los tres y en voz baja nos dijo, emocionado:

—Este es un dolmen *jina*. Estamos bajo el influjo de la más inauditas de las *mayas* o ilusiones sugestivas. ¡Torres y el guía tenían razón en dudar de que estuviésemos en San Bartolomé, pues que hemos oído ya el repicar de las campanas astrales! Donde efectivamente nos hallamos desde ayer tarde es en una maravillosa ciudad de los *jinas*, ligada mágicamente con la ibérica Ollisís que nos designó nuestro inolvidable hermano Peinado. Para llegar hasta aquí, nos ha conducido desde lo astral el mismo protector invisible que con él se filtró acaso como un gnomo por la viva roca de la Peña de los Angeles. ¡Sigamos, pues, confiados y contentos!

—Sí, sigamos,—respondimos los tres.

El prado, sin tener el menor accidente de árbol, piedra ni hondonada, terso como un lago helado, se enlazaba luego con una suave pendiente recortada cual en rectángulo por la masa de la selva y en la que, como en las ruinas de la célebre *Casa de las Monjas*, de México, se alineaban hasta ocho series de monolitos, que al punto me recordaron los de Karnac y los de Luxor, tantas veces admirados en fotografía. Así, nos vimos al fin ante la imponente fachada de un templo hipostilo, enteramente igual al célebre del Dios Chnoun, con sus columnas cuajadas de jeroglíficos, y cuyos fustes estriados morfan en unos capiteles monstruosamente ciclópeos, exornados por hojas del sagrado Loto, templo que se reflejaba en las tersas aguas de una gran piscina sagrada, bajo los cloróticos efluvios de la reina de la noche que por el otro lado se quebraban en tres estátuas gigantescas.

Las campanas sonaban más y más, como en la sublime escena del Graal en el *Parsifal*, pero no se veía por parte alguna campanario, ellas eran sin duda las mismas que, en su delirio, oyera Edgard Poe, el ocultista-borracho, cuando rimó esta onomatopeya inglesa acerca de *las campanas astrales de oro, de plata, de bronce y de hierro*:

## THE BELLS

### I.

Hear the mellow wedding bells,  
Golden bells!—  
What a world of happiness  
their harmony foretells!  
Through the air of night  
How they ring out their delight!  
From the molden—golden notes,  
And all in tune,  
What a liquid ditty floats  
To the turtledove that listens,  
While she gloats  
On the moon!  
Oh, from out the sounding cells,  
What a gush of euphony voluminously wells!  
How in swells!  
How it dwells  
On the Future! how it tells



Of the rapture that impells  
To the swinging and the oinging  
    Of the bells, bells, bells.  
Of the bells, bells, bells, bells,  
    Bells, bells, bells—  
To the rhyming and the chiming of the bells!

II.

Hear the sledges with the bells—  
    Silver bells!—  
What a world merriment their  
    Melody foretells!  
How they tinkle, tinkle,  
    In the icy air of night!  
While the stars, that oversprinkle  
All the heavens, seem to twinkle,  
While a crystalline delight;  
Keeping time, time, time,  
In a sort of Runic rhyme,  
To the tintinabulation that so  
    musically wells  
From the bells, bells, bells,  
    Bells, bells, bells—  
From the jingling and the tinkling of the bells.

III.

Hear the loud alarum bells—  
    Brazen bells!—  
What a tale of terror, now, their turbulency bells!  
In the startled ear of night  
How the startled ear of night!  
    Too much horrified to speak,  
They can only shriek, shriek,  
    Out of tune,  
In a clamorous appealing to the mercy of the fire,  
Y a mad expostulation whith the deaf and frantic fire.

IV.

Hear the tolling of the bells—  
    Iron bells!—  
What a world of solemn thought  
    their monody compels!

In the silence of the night,  
How we shiver with affright  
A melancholy menace of their tones  
For every sound that floats  
From the rust within their throats  
Y a groan.  
And the people—ah, the people—  
They that dwell up in the steeple,  
All alone  
And who tolling, tolling, tolling,  
In that muffled monotone,  
Feel a glory in so tolling  
On the human heart a stone—  
They are neither man or woman—  
They are neither brute or human—  
They are Ghouls:  
And their king it is who tolls;  
And he rolls, rolls, rolls, rolls,  
A poean from the bells!  
And his merry bosom swells  
With the poean of the bells!  
And he dances and he yells;  
Keepin time, time, time,  
In a sort of Runic rhyme,  
To the poean of the bells—  
Of the bells:  
Keeping time, time, time,  
In a sort Runic rhyme,  
To the throbbing of the bells;  
Of the bells, bells, bells—  
To the sobbing of the bells;  
Keeping time, time, time,  
As he knells, knells, knells,  
In a happy Runic rhyme,  
To the rolling of the bells—  
Of the bells, bells, bells,—  
To the tolling of the bells,  
Of the bells, bells, bells, bells,  
Bells, bells, bells,  
To the moaning and the groaning of the bells.

Entonces por entre aquellas ruinas que la luz de la luna parecía

hacer transparentes y redivivas como en los días del esplendor del templo, un verdadero Melchisedec o sacerdote del Altísimo, se adelantó como un fantasma pronunciando, o mejor dicho estereotipando en nuestros corazones, esta sola palabra:

—¡Atlántida! ¡Olisis!

caminando, como quien se desliza, sobre la superficie del lago sagrado, hasta perderse en un nimbo de violácea luz, en la espesura, al par que el sonido de las campanas astrales cesaba, dejando aquel ámbito encantado de lago, templo, pinar, pradera y dolmen en el silencio más absoluto... ¡Un silencio del que no tenemos ni la menor idea en la Tierra!

.....  
.....

FIN DE LA PARTE PRIMERA





---

---

## SEGUNDA PARTE

# Por tierras de la Atlántida.

### CAPITULO I

#### El más astral de los itinerarios.



Insculturas en unas rocas en Lombo d'a Costa,  
San Jorge de Sacos. Pontevedra.

(Representan los círculos concéntricos que forman las gotas de agua al caer sobre una superficie dura, o, simbólicamente *el diluvio atlante.*)

*Silencio imponente.—Los fantasmas del dolmen de Olisis.—Fuerza mágica irresistible.—Visiones de horrores.—Un museo arqueológico entre los pinos.—Perdidos en medio de astrales enemigos.—Los escapados de la Danza macabra y de la introducción de El Diablo Mundo.—El alba salvadora.—Almonaster.—Cortegana.—Encuentro oportuno.—¡En camino para Huelva y en tren de mercancías!*

La visión del fantástico templo de Olisis cesó por encanto, y como por encanto se esfumó asimismo la silueta del venerable patriarca caminando por las aguas del estanque sagrado como Jesús

sobre las ondas del lago de Tiberiades, viéndonos los cuatro amigos: Cotta, Montalbo, el doctor y yo, otra vez en medio del prado, con el solitario dolmen en frente, del que parecían salir fugaces cohortes de sombras maléficas extendiéndose ante nuestros espantados ojos por aquella sábana de cloróticos tintes misteriosos. El tañir de las campanas astrales cesó también, y un silencio imponente, absoluto, del que ni idea tenemos en la Tierra, se extendió por aquel ámbito funesto.

Anonadados por las presiones plúmbeas con que aquellas cosas pesaban sobre nuestros atribulados corazones, tratamos de retornar hacia donde calculábamos que caía nuestra vivienda, mas, ¡empeño vano!: impulsados por la irresistible fuerza mágica que desde la tarde anterior nos avasallaba, sólo acertamos a seguir temerosos una fosforescente sendita que se internaba en el pinar vecino, en la misma y dantesca selva aquella, con que comienza el argumento de *La Divina Comedia*:

Nel mezzo del cammin di nostra vita  
Mi ritrovai per una selva oscura,  
Che la diritta via era smarrita.  
Eh quanto, a dir qual era, e cosa dura  
Questa selva selvaggia ed aspra e forte  
Che nel pensier rinnova la paura!  
Tanto e amara, che poco e piu morte;  
Ma, per trattar del ben ch'i vi trovai,  
Diro dell'altre cose ch'io v'o scorte.  
Y non so ben ridir com'io v'entrai;  
Tanto era pien di sonno in su quel punto  
Che la verace via abbandonai.....

Pero, por supuesto, sin llegar al «deleitoso monte» en que el poeta tropezó con Virgilio, sino cayendo los cuatro en una turbación de calentura, que con el terror nos quitaba la vista de los ojos y hacía latir nuestras sienes como si fuese a estallarnos al par el corazón y la cabeza.

La fosforescencia de nuestras pisadas sobre la senda brujesca, producía llamas fugaces y chispas como las que se producen en la arena de la playa en noche de tempestad. Aquí losas sepulcrales llenas de tallados ibéricos y orgánicos como la célebre de Solana de Cabañas, o negruzcas bocanas de sendos antros aladinescos. Allá cipos y columnas primitivas, enhiestas o derribadas, con runas imposibles de descifrar. Esculturas e insculturas venustas; hipogrifos y berracos sagrados; menhires oscilantes bajo las hondas hertziano-telepáticas de todo un lenguaje de misterio;

soles pétreos que astralmente titilaban con extraña luz, como aquellos de *Hir-men-sul*, de la Peña-Tú asturiana, o de su homóloga colombina de Facatitibá; bisexuadas estatuas de dioses-diosas mayas del lejano Yucatán; moles ciclópeas, amenazadoras, como las de Tesalia, Tracia, Tarragona, Stonehenge, Carnac y Armórica..... Más cerca aún, y girando vertiginosas como tantas otras visiones astrales al ser traducidas en sueños de un grado ya más próximo al mundo físico, tallados circulares roqueros, cual la fa-



Loza sepulcral de Solana de Cabañas (Cáceres).

mosa *Pedra dos mouros* del «Castro da Cividade» de San Jorge de Sacos, o como aquellas otras pontevedrenses del *Lombo d'a Costa*, cuyo raudo girar nos traía a la memoria el relato platónico que en días anteriores leyésemos acerca de los canales y murallas circulares que cercaban a la metrópoli de los atlántes: la *Ciudad de las Puertas de Oro* de la leyenda occidental.....

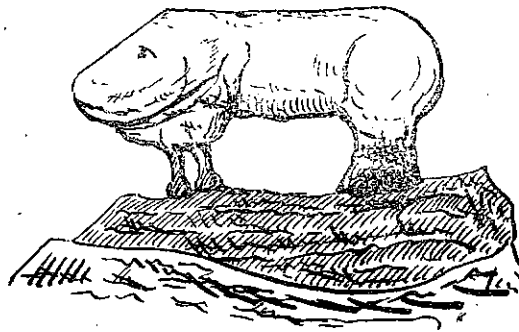
No faltaban tampoco, aquí y allá esparcidos en frisos, en derribados capiteles y en ingentes monolitos, recuerdos de la Vaca acropolítana de Tyrinto, profanada por los milesios lunares; áureos o bronceíneos toros como los tallados en las tazas de Vaphio, del museo de Atenas, o como los de la copa de Hagia Triada, donde más de una vez se escanció y bebió por sacerdotes necromantes sangre de las víctimas del dolmen para adquirir aquella finesta

visión astral de la que en mala hora nos habíamos visto adornados..... Escusones gigantescos, en piedras como la de Clunia, de los que fueron meras miniaturas luego cuantas representaciones existen de toros con cabezas humanas; pegasos dominando a los toros; toros con cabeza de jabalí en el abdomen, pegasos-cupidos, gorgonas con Niños-Crisaores, en los brazos; adradas, galianas, montazgos, gárgolas, ménsulas, taleas, cabinillos y mil otros emblemas ocultistas de símbolos teogónicos y de monstruosas realidades de rondas ya fenecidas, pero recordadas por todos los pueblos de abolenjo atlante en monedas de plata y oro como las de Uxana, Clunia, Numancia, Mérida, Andújar, Gelsa, Tarragona, Orippe, Olisis y otras mil.



Cipsos escoceses de Scoonie y Golspie.

Y lo más raro del caso era que toda aquella aglomeración enlo-



Berraco sagrado.

quecedora de petrificados recuerdos superpuestos parecían animadas de una vida febril; suigéneris, que nos amenazaba en los monstruos; que se nos burlaba en Cupidos, Proserpinas y Crisaores; que se nos caían encima con cráperes, dólmenes, crowlechs.



e hipogeos, entre sombras cada vez más aglomeradas, más hórridas y siniestras, bailando por millares, el eterno estribillo maldito de las edades de atlántica perversidad, sorprendido por la intuición de Camilo Saint Saens en su esquelética *Danza Macabra*, danza cuyas notas en pianísimo parecían dadas por nuestros propios nervios vibrando como otras tantas cuerdas de un arpa infernal..... Las escalas cromáticas que de tiempo en tiempo cortaban la danza aquella, eran algo así como ténue corriente de un



Menhir. San Vicente de Alcántara.—Mayorga.

viento glacial en la que flotaban aquellos informes espíritus de las viejas edades como los microbios en un caldo de cultivo, como burbujas de torrente, o como tamo vil arrastrado por el huracán, mientras que nosotros, nuevos Sísifos llevando toda aquella pesadumbre sobre nuestras espaldas, parecíamos diseñar con nuestros torpes pasos ese motivo de «la *Ciudad del Dife*, donde ya no hay redención posible», que impera dolorosísimo en el *allegretto de la Séptima Sinfonía* beethoveniana..... formándose con unas y otras notas aquellos coros de demonios que cantan en *El Diablo Mundo* de Espronceda:

Boguemos boguemos  
la barca empujad;  
que rompa las nubes,  
que rompa las nieblas,

los aires, las llamas,  
las densas finieblas,  
las olas del mar.....  
Boguemos, crucemos

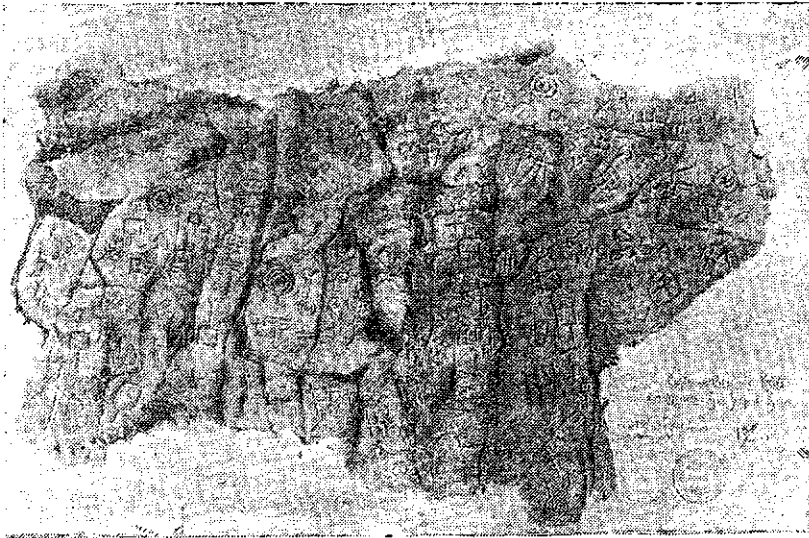
DE SEVILLA AL YUCATÁN

del mundo el confín;                    los condenados celebran  
que hoy su triste cárcel quiebran    juntos, cantando y bebiendo,  
libres los diablos al fin,                un diabólico festín:....  
y con música y estruendo

con toda aquella onomatopeya que dice:

¿Qué rumor  
lejos suena  
que el silencio  
en la serena  
negra noche interrumpió?

¿Es del caballo la veloz carrera,  
tendido en el escape volador,  
o el áspero rugir de hambrienta fiera,  
o el silbido tal vez del Aquilón,  
o el eco ronco de lejano trueno  
que en las hondas cavernas retumbó,  
o el mar que amaga con su hinchado seno,  
nuevo Luzbel, al trono de su Dios?



Gastro d'a Cividade.—Pedra d'os Mouros.  
San Jorge de Sacos.—Pontevedra.

Porque todos aquellos espectros de calentura no eran otros que  
los vistos por el poeta cuando añadía:

Densa niebla  
cubre el cielo  
y de espíritus  
se puebla  
vagarosos,  
que aquí el viento  
y allí cruzan  
vaporosos  
y sin cuento,  
y aquí toman,  
y allí giran,  
ya se juntan,  
se retiran,  
ya se ocultan,  
ya aparecen,  
vagan, vuelan,

pasan, huyen,  
vuelven, crecen,  
disminuyen,  
se evaporan,  
se coloran,  
y entre sombras  
y reflejos  
cerca y lejos,  
ya se pierden;  
ya me evitan  
con temor;  
ya se agitan  
con furor  
en aérea danza fantástica  
a mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas  
de formas diversas, de vario color,  
en cabras y sierpes montados y en cuervos,  
y en palos de escobas, con sordo rumor.....

Con todos cuantos baladros, aullidos, silbos, relinchos, chirridos, mugidos, graznidos, maullidos, ladridos, bufares, roncares y crocotares sigue oyendo el vidente poeta, hablándonos con palabras que son pinceladas lívidas y fosfóricas del Greco en apariciones calenturientas como las de los caprichos de Goya.

Pero tamaño panorama no se nos daba, no, para nuestro terror, sino para nuestra enseñanza. Garzas, dientes, cuernos, trompas, dardos, labros, colas, alas aserradas, dislacerantes anillos, que amenazaban aniquilarnos cual a ínfimos gusanos, eran cercenados y desaparecían al asestarnos sus golpes, tan luego como tocaban a las ovoides superficies aúricas que a medio metro de distancia rodeaban luminosas nuestros cuerpos, ni más ni menos que en el *Fausto* quedan inevitablemente rotas las espadas de aquellos estudiantes borrachos que atacaban al doctor, así que tocaban al protector círculo mágico trazado en torno suyo por la espada flamígera de Mefistófeles.....

Y aquellas macabras realidades del plano o mundo que sigue inmediatamente a nuestro grosero mundo físico, terminó al fin, dejándonos estropeados, inertes y enloquecidos.....

No eran vanas, no, las lucubraciones de esos grandes videntes de lo astral que se llamaron alquimistas, cabalistas, ocultistas o simplemente poetas..... Lo que allí veíamos en la tenebrosa selva

era lo mismo que fisiológica o patológicamente viesan los Hoffmann, los Egard Poe, los Blavatsky, los Bulwer-Lilton de todos los tiempos; lo mismo que nos pintase Espronceda con su coros



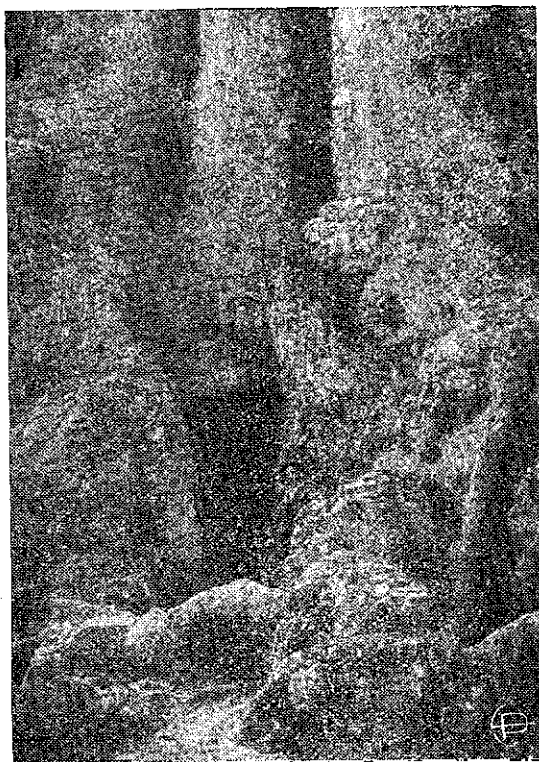
Dolmen—San Vicente de Alcántara.—Mayorga.

demoniacos, con las angustias del poeta, con las voces discordes de los que llevan sin rumbo la nave de su vida, fiándose locos, del viento de las pasiones y de la tenebrosa mar de la duda en el bien obrar; de los que fatales se desposan con el destino; de los que orgullosos quieren alzar torres de Babel de ambiciones necias; de los que mienten; de los que anhelan; de los que combaten por la gloria, de los que se encenagan en el placer; de los que el oro aman; de los que trabajar no quieren; de los malvados, los hipócritas y demás víctimas del proteo del egoísmo, en fin....

Súbito, un óboe que parecía tocado por un fauno del pinar encantado diseñó clarísimas las mismas notas con las que Saint Saens corta su *Danza macabra*: las notas del alba, esas notas blancas del alba, esas notas purísimas respecto de las cuales, según la Maestra H. P. B., solapa un gran secreto el Ocultismo, acaso porque son la llegada del primer rayo de sol sobre las regiones más elevadas de la atmósfera, notas que nos llenaron de alegría cuando, a nuestro juicio, habíamos andado más de tres leguas sin propósito cierto ni rumbo conocido.

A los pinos y sus fantasmas de los tres mundos sucedieron po-  
208

co a poco las clásicas encinas del país y con esa suavidad inexplicable con que los ensueños nos fraen a la vigilia, nos vimos, sin saber cómo, rodeados del acostumbrado ambiente de la comarca onubense. Nos miramos unos a otros entonces como buscando al buen Torres para interrogarle según costumbre, pero Torres no estaba allí y en medio de aquella maya atroz o *pesadilla* no lo habíamos notado siquiera, sugestionados por el repique



Alburquerque.—Cueva de Los Ladrones.  
Azagala, (Cabrera) Puerto del mismo nombre.

insólito de unas campanas astrales cuyo campanario estaba sólo en nuestras pobres cabezas. Habíamos sido arrastrados fuera de nuestro albergue, abandonando en la posada a nuestro compañero y guía a quien no le despertaran las campanas, como no le habría despertado un cañonazo, y nos encontrábamos quizá en análoga situación a la de aquel célebre monje de la leyenda dorada que seducido por el canto de un ruiseñor, del huerto, de un *ave sagrada* sin duda, se vió arrastrado fuera de su monasterio, y

cuando, libre de su momentáneo encanto, quiso tornar a él y a su celda, se encontró con que ya no había en el pueblo ni memoria casi del monasterio, cuyo último habitante había fallecido doscientos años hacía.....

Súbito también empezó a sentirse por nuestra derecha una trepidación y fableteo que nos era harto familiar..... Un tren de mercancías pasaba frente a nosotros y, silvando sonoramente, se detenía en la estación de unos metros más allá, estación que era la de Almonáster-Cortegana, de la vía de Zafra a Huelva.

La estación estaba solitaria y sin luces. Ya nos íbamos a retirar de ella, cuando oímos que desde el furgón de cola, alguien con gruesa voz llamaba a Cotta. Era la voz de un condiscípulo de la escuela que le decía:

—¡Cotta, Cotta, vente a Huelva conmigo, y te llevaré sin billete, aquí arrellenado entre fardos!

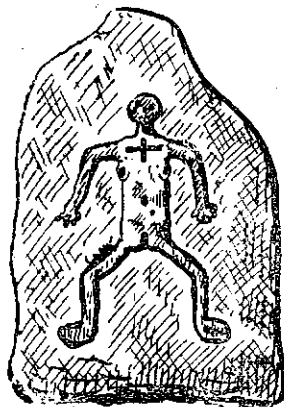
Nos acercamos todos y el factor o guardafreno en cuestión, que parecía hermano gemelo de nuestro posadero de San Bartolomé por lo chico, por lo feo y por lo orejudo, nos hizo galante la misma oferta a todos.

Vacilamos un momento, mas, al fin, aceptamos, diciéndonos:

—Estamos fatigadísimos, tanto Almonáster la Real como Cortegana se hallan algo distantes, estos fardos parecen convidarnos a hechar un sueño de cuatro horas hasta Huelva. Da lo mismo avisar telegráficamente desde Huelva a Torres para que se nos incorpore que avisarle desde cualquiera de estos pueblos, pues en cuanto a volver a San Bartolomé por el raro, el mágico itinerario seguido, es punto menos que imposible.

—En último término nuestro convenio fué de absoluta y recíproca libertad de acción para mejor hacer nuestras investigaciones. Torres sabe a casa y a Huelva mejor que nosotros y, pues, que felizmente se nos presenta este tren, no hay sino tomarle—terminó el doctor, subiendo al furgón el primero.

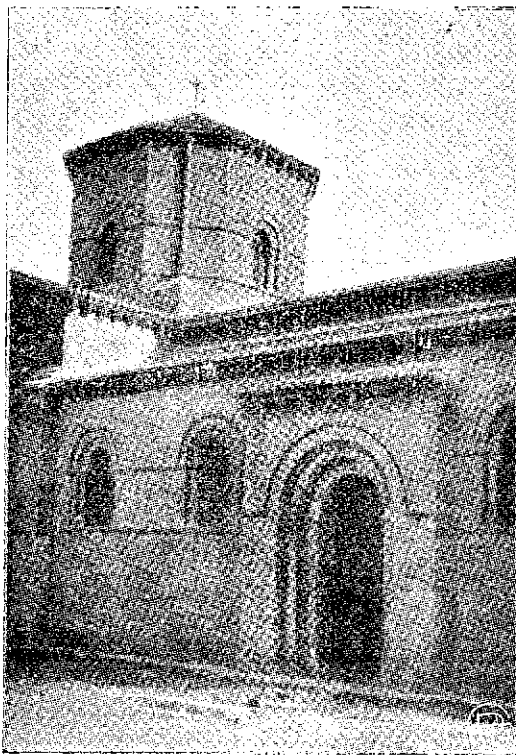
Momentos después nos arrellenábamos entre los fardos como unos príncipes y durmiéndonos cual unos bienaventurados, no despertamos hasta Huelva mismo.



Venus prehistórica.

CAPITULO II.

La Rábida de Colón.



*Por la ría de Huelva.—La confluencia del Odiel con el Tinto.—  
A la vista de Palos de Moguer.—Recuerdos de Colón y de sus  
caravelas al ir a descubrir el Nuevo Mundo.—En el monasterio  
de la Rábida.—El anciano misterioso, que viera desfilas allí diez  
siglos.—La invocación de la remota Atlántida.—Anuncios de  
nuestra futura iniciación en los misterios del continente sumer-  
gido.—Comida servida por ondinas.—Los precursores de Colón  
y el Ocultismo.—Quién inspiró a Mosen Jacinto Verdaguer su  
poema La Atlántida.—El argumento de la sublime obra.—Ante-  
cedentes, historia y consecuencias de aquel cataclismo sin se-  
gundo.—Las amarguras del Místico.—Torres nos relata su inve-  
rosímil viaje desde Olisis.*

Al detenerse el mercancías en Huelva despertamos, y, cual suelen hacer los torerillos sin contrata, saltamos a la vía, después de obligarle al factor a que aceptase el importe de los billetes para indemnizar a la Compañía. Como habíamos descansado, no quisimos detenernos en la minera población, y sí continuar nuestras aventuras, visitando el histórico monasterio de la Rábida, después de haber telegrafiado a Torres a Almonaster, correo de San Bartolomé, para que se nos uniese en Huelva, caso de que el buen guía no estuviese ya a aquellas horas reunido con Peinado y con su maestro, o, quién sabe si avecindado ya, como un jina más, en la ciudad encantada de Olisis.



Un jina fantástico.

Un atezado viejo portugués, con su bocaza de lobo de mar y sus patillas de contrabandista, nos llevó bien pronto desde el embarcadero, aguas abajo del Tinto, aprovechando la marea descendente todavía. El río corría, pobre y estéril, entre los lodos dejados al descubierto por el reflujo, nosotros íbamos caminando entre barquitas baradas, oscuras almadrabas y lejanas perspectivas de árboles y caseríos. Orza aquí, orza allá, en poco más de media hora desembocamos en la ría que forma el Tinto con el Odiel, que se le incorpora por la izquierda, al norte de la hermosa lengua de tierra que desde Moguer viene a morir frente a la barra, en el Monasterio de la Rábida, pasando por el puerto de Palos, santos lugares todos para la historia de España y la de América, porque de aquellos sitios partieran el día 3 de Agosto de 1492 las



tres benditas caravelas de Colón, camino del descubrimiento del Nuevo Mundo, cuando el estuario de hoy no se había llenado de cieno y era todavía mar libre.

Atracados al muelle de madera, tendimos una mirada llena de unción y de respetuosos recuerdos hacia los blancos caseríos de Palos y de Moguer que descollaban entre una vegetación no demasiado rica. Los manes del Almirante, los de los hermanos Pinzón y los de sus demás heroicos compañeros, parecían darnos la bienvenida, al poner pié en aquella tierra estéril de vegetación pero fecunda de recuerdos, que mediante una carretera amplia nos permitió llegar en pocos minutos a la altura del Monasterio de la Rábida, por entre pinos y chaparreras que vegetan malamente en la rojiza greda aquella, coronados por una palmera única, solitaria, puesta allí como un símbolo, o acaso como recuerdo de los mismos días del descubrimiento, contrastando con el ridículo *Candelero* de la subida, uno de tantos monumentos de ese nuestro mal gusto, con el que desde el siglo XVI, solemos profanar gazmoños los más sublimes recuerdos de nuestras glorias. La ría ensanchaba más y más según remontábamos la colina, hasta divisarse ya en la lontananza las azuladas aguas del Atlántico, iluminadas por el sol de la mañana.

¡Con cuánto respeto no penetramos descubiertos en aquel santuario todo añoranzas de otros días, desde aquellos de la época de Roma en los que parece fuera un templo de la Isis lunar a quien los romanos llamaron Proserpina y los iberos Ataecina, hasta el día, único en la historia de la Humanidad, en que de allí abajo, de Palos, partieron las tres divinas caravelas de *La Santa María*, *La Pinta* y *La Niña*, al mando de un vidente y un místico que antes se había acercado, pobre y abandonado de todos, a las puertas de la monástica hospedería!

Penetramos en el convento, pasamos por sus diversas habitaciones en eterna reparación, pero a nadie vimos. Sin duda, los escasos monjes estarían aún en la capilla. Con la soledad, aquellos muros vetustos nos parecían casi tan imponentes como los del hipogeo que la noche antes habíamos visto.

Ya íbamos a abandonar el monasterio, cuando, surgido no sé de donde, nos salió al paso un anciano, parecido a nuestro Maestro de Alájar, salvo que recordaba también en cierta como luminosidad de su persona, a la vaga sombra entrevista sobre las aguas del lago la noche última a la luz de la luna. El anciano, con reposada voz y mirada dulcísima, nos dijo, al punto:

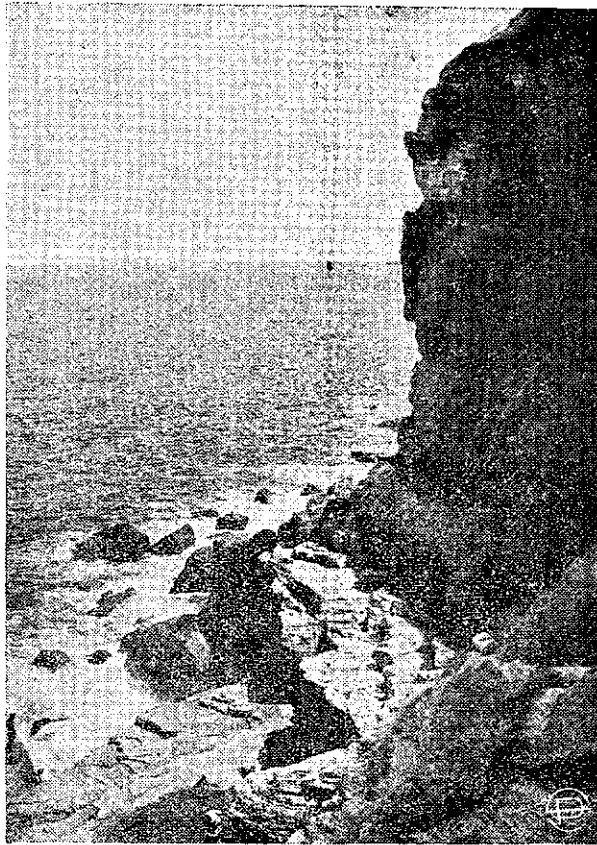
—¡Sed bien venidos hijos míos, a estos retirados lugares, de donde un nauta inolvidable, un verdadero Jassón español, partió

para la empresa más inaudita de los siglos! Sed bien venidos, digo, porque a vosotros también os aguarda otra empresa no menos grande, como lo es la de descubrir y sacar a luz toda la sepultada historia archiseccular, de tiempos de los que apenas si memoria queda ya entre los humanos, ciegos como lo han estado hasta aquí para sus maravillas.



—Ante todo debo deciros—añadió el sublime anciano—que yo soy el golpeador de los famosos bargueños, o, por mejor decir el que ordenó a los elementales que así lo hiciesen, para arrancaros de Madrid y Sevilla; yo soy también la lucesito misteriosa que os sacó de Aracena; la vaga mano que hizo sonar en vuestros oídos las campanas astrales en la ciudad jina de Olisis, vecina a la que en San Bartolomé tienen los hombres. Yo soy el discípulo humilde de Don Hermogénes de Faes y Bentivoglio y el maestro del queridísimo Don Antonín de Miranda y Sol, el del Tesoro de los Lagos de Somiedo..... Yo os he conducido, invisible, hasta aquí, a tra-

vés del bosque de pinos en que ayer tarde os estraviásteis por *maya* mía perdiendo vuestro camino hacia ese pobre pueblo de los dormidos hombres sin intuición, sin imaginación y sin adecuada fuerza de voluntad, que son las fuentes únicas de la verdadera Magia. Ese bosque, digo, en el que los humanos, feniéndole al lado, jamás les es permitido pisar, ni aún advertir siquiera su existencia, fué antaño parte de la región atlántica y, una de las fuentes del río Odiel que teneis ahí delante, río que después de juntarse con el Tinto, seguía corriendo hace 200.000 años leguas y leguas por las fértiles comarcas hoy sepultadas del inmenso continente,



uniéndose después con el Guadiana y el Guadalquivir y mucho más allá con el Tajo y el Duero, por cima de la divina Kali Sekel-mesa, al Norte de la metrópoli atlante que se llamó la Ciudad de las Puertas de Oro, de los que apenas si los hombres conservan las más vagas leyendas y tradiciones..... Pero los monjes aleja-

dos de aquí por otra maya más, se acercan, venid, pues, conmigo hasta la orilla de ese mar que oculta el gran misterio de los siglos.

Y diciendo esto nos arrastró como corderillos detrás de su pastor, por entre un gran cañón roquero como el de Oladibia Holsarté de los Bajos Pirineos hasta la solitaria playa del otro lado de la colina, donde venían a morir mansamente las olas del Atlántico en aquél dulcísimo día del invierno andaluz que no es sino una tropical y anticipada primavera. Allí, de pie, alto y magestuoso,



más que un ser humano, el anciano parecía a Jesús predicando sus parábolas a la orilla del lago de Tiberiades, o Oanes, recién salido del mar para instruir a los hombres, o a ese misterioso Proteo de las leyendas griegas, que indiferentemente podía metamorfosearse, en hombre, fiera, aura, nube, rayo de sol, lluvia o mero pensamiento avasallador para arrastrar a la región suprema a las pobres mentes de los hombres.

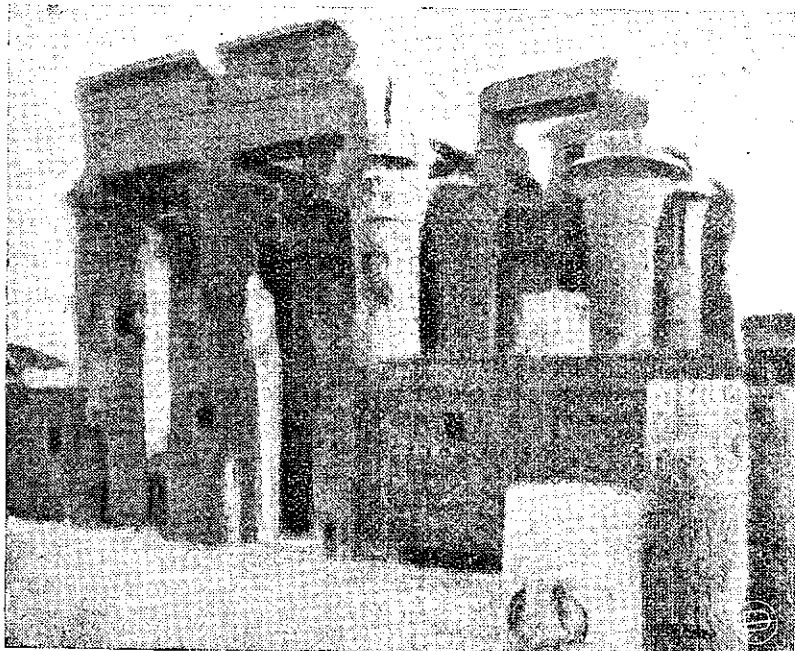
Tendiendo su mano augusta hacia las verdosas ondas, que parecía amansar también, y en levantado tono, continuó diciendo con acentos épicos que eran todo un conjuro hacia el pasado:

—¡Atlántida, mar de tinieblas; vaho sombrío de leyendas de horror, de naufragios pavorosos y de viajes sin retorno: Mar inmenso que en Gibraltar, más allá de las Columnas de Hércules, tendías tu onda infinita de misterios infranqueables para los navegantes! La leyenda trágica llenaba tu espacio con el poder colectivo de las generaciones que así te habían contemplado, y el poeta escuchaba en la voz de tus olas inmensas, el rumor de tus tragedias y el crujido de tus mundos sepultados, como alguien, por mi inspiración, ha escrito.

El espectro siniestro de tu leyenda se disipó a la luz del genio; Colón, dejando atrás esas Columnas de Hércules, penetró en tus aguas con sus caravelas y vióse entonces que tu honda no era sombría, sino tan límpida como el azul del cielo; que tu horizonte no era noche de espanto, sino que se dilataba con horas de refulgente sol cuando éste ya negaba su luz a las regiones europeas. Nuevas tierras había allí y también nuevos hombres, con sus templos prodigiosos; sus palacios inmensos; su lujo deslumbrador y sus civilizaciones sabias: los imperios asombrosos de los incas y los aztecas. Esto era lo vivo; lo muerto hacía ya miles de años, eran Uxamal, Palenque y Tihuanaco..... Más atrás no quedaba ya ni rastro de aquel continente prodigioso que por siglos dormía bajo las aguas: ¡Atlántida! La Atlántida, ese vasto continente desaparecido, que se tenía como un ensueño de poeta; una creación de la divina mente de Platón el iniciado, y nada más, está, en efecto, ahí y acaso podais pronto verlo. La intuición del poeta es la visión del genio; el que la niega es porque no puede ver con su poder inmenso; los sabios sólo son grandes cuando llegan a ser poetas; cuando sobreponiéndose al detalle, sienten las armonías que laten en el fondo de todo lo existente y que pueden arrebatarnos a esferas superiores. Así es como el autor de las «Metamorfosis de las plantas», pudo escribir su *Fausto*; el de *Filogenia* alzar su *Credo*; Humboldt hacer su *Cosmos* y Platón, el divino, su *Tiempo* y su *Critias*, como Poe con su *Eureka*, poetas todos de la Vida Universal, que no es sino el Hábito de lo Oculto...

—Han progresado ya mucho los siglos—continuó el anciano— y el momento de la revelación de aquel velado emporio de toda cultura, que cayó por haber pospuesto el corazón a la cabeza, se acerca. Vosotros mismos, hasta aquí conducidos, no ya por mí, sino por la potente mano que lo gobierna todo, constituís por vuestra buena fe, ya que no por vuestros méritos todavía, la avan-

zada de los que han de aportar sus ocultas revelaciones. al mundo. Por eso os quiero hablar primero de la Atlántida histórica, cuyo estudio ya comenzásteis a hacer bajo mi invisible dirección, días pasados; luego de la Atlántida que llamaría *científica* vues-



tra incurable vanidad. Después, si os sentís fuertes para soportar la peligrosa prueba, llegaréis hasta donde nadie vulgar ha llegado: ¡hasta a verla con vuestros propios ojos!, siempre que deis vuestra palabra de honor de someteros a las purificaciones ulteriores indispensables, para libertaros de los espíritus de la naturaleza a los que previamente tenemos que confiaros... Prepararemos antes vuestros cuerpos para que estén prontos a la dura prueba que se avecina,—terminó diciendo el gran asceta, al par que con un ligero ademán parecía llamar a alguien en el ámbito de aquellas soledades agrestes, cuyas plantas besaban humildemente las olas del mar tranquilo y azul, archivo inviolable de los secretos del continente desaparecido.

Embobados como si no estuviésemos en este mundo, y emocionados como si un secreto instinto nos anunciase que íbamos a emprender un viaje sin precedentes en la Historia, algo así como un viaje al otro mundo; vimos surgir de la roca misma, un grupo de diminutas y gráciles doncellas, que recordaban al coro de nin-

fas de Calipso en la tan ocultista obra del Telémaco de Fenelón. Las hadas aquellas tendieron sobre el musgo de una roca que volaba a veinte metros sobre las ondas, un mantel de encaje cuya finura sólo podía compararse a la de esos sutiles tejidos que forman a veces los cirros en el cielo, y allí mismo, sobre vajilla de factura atlante, que de lejos, por sus colores, recordaba a la loza talaverana, hoy tan de moda, nos sirvieron una comida de frugal apariencia, pero tan nutritiva que parecía llenarnos de felicidad, hasta rejuvenecernos, comida compuesta de cosas que ninguno de nosotros sabría definir, porque en ella no entraba ni carne, ni pescado, ni huevos ni cosa alguna quizá de las conocidas en el mundo de los mortales. El trigo, el centeno, el maíz, la coca, la nuez de cola, el *pan sopari* que los adeptos indostánicos dan en señal de alianza a sus discípulos, la miel, el arropo, el mosto sin fermentar, mil jugos y melazas indescribibles constituían los platos, unos platos que ni Brillat-Savarin probó nunca, ni mi Ignacio Dómenech alcanzaría jamás a comprender. Un licor fragante servido en copa de ágata que recordaba al cáliz del Santo Grial, terminó por sumirnos en un estado extraño. Nos sentíamos cambiados hasta en lo más íntimo de nuestro ser, contentos, felices, llenos de vigor y de ardimiento, y capaces en todo y por todo de tentar las aventuras más extraordinarias que puede ensoñar la fantasía. Si en nuestra vida ordinaria, unas gotas de alcohol, de café, de tantas y tantas medicinas, hacen de nosotros verdaderos autómatas para el bien como para el mal, para la tristeza como para la alegría, para la virtud como para el crimen, júzguese cuales serían los efectos de aquellos alimentos mágicos, servidos por seres bellísimos, que tampoco eran de este mundo... Nuestro guía no probó bocado, manteniéndose erguido y como en oración o éxtasis sobre otro peñasco frontero. Luego tornó entre nosotros transfigurado, y más admirable que nunca reanudó sus enseñanzas diciéndonos:

—En esa *cuarta dimensión* de la Naturaleza, donde empieza la Magia y el Ocultismo, cuando una cosa ha de darse para el bien de la Humanidad, los Poderes Superiores o Grandes Adeptos que nos gobiernan, buscan siempre uno o varios hombres aptos para la importancia de la misión que se les va a confiar, sin coartar por ello su libertad moral ni su karma. De este modo venimos nosotros haciendo en las criptas de la Rábida con todo cuanto se refiere al misterio del continente sumergido. En la Edad Media lanzamos así a heroicos pescadores, que no volvieron por falta de fe, quedándose unos en las vecinas Canarias, abordando otros a las costas africanas del Ecuador, al Brasil o a las remotísimas

pesquerías noruegas y vascas de Islandia, Labrador y Terranova, como hombres bajados del cielo y pereciendo los más como espirituales fracasados que no alcanzaron a concordar su esfuerzo personal con la importancia de su misión. Luego lanzamos a Colón, con todo el cúmulo de maravillosas circunstancias que nadie ha cantado como Castelar al hacer, bajo nuestra inspiración directa, ese poema en prosa que se llama *Historia del descubrimiento de América*. También inspiramos al Dr. Huerta y Vega, que empezásteis a leer, pero con nadie nos mostramos tan espléndido como con aquella alma de niño que el mundo llamó Mosen Jacinto Verdaguer. Por ello el habla provenzal catalán en labios de ese santo tiene acentos tan líricos y al par tan épicos como los del *Paraíso Perdido* y la intuición del autor del Canigó, ha dicho a la Humanidad respecto de la leyenda trágica entre todas las tragedias, lo que todavía no han acertado a deciros la Geología y la Paleontología.

Séame permitido recordaros el argumento de la epopeya *Atlántida* valiéndome de los propios sumarios que en el original castellano preceden a cada uno de sus cantos, sumarios que entrañan todo el argumento de la inspiración concreta que para su poema recibiera de la Fraternidad oculta a la que sirvo, como vosotros y él, sin saberlo, la servís también.

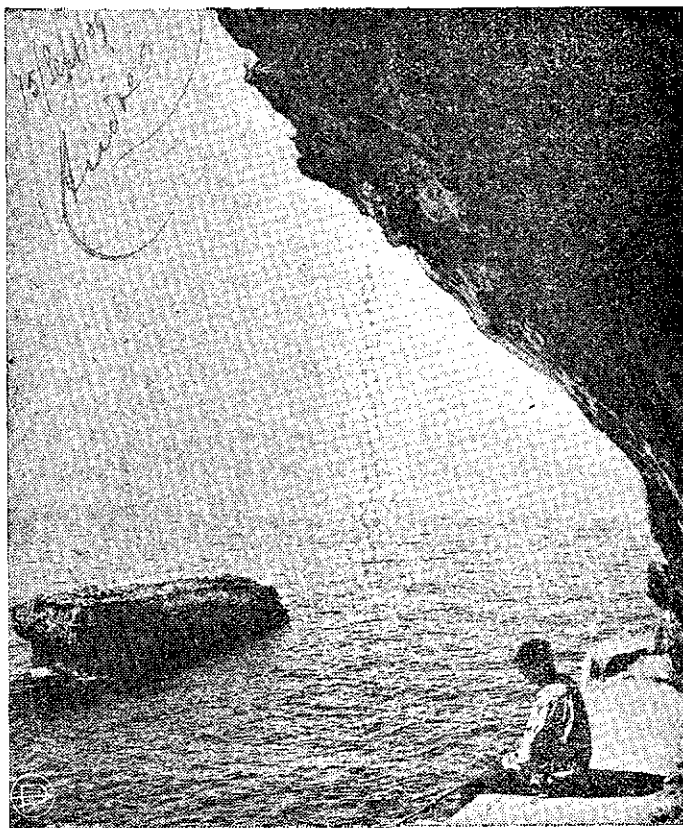
Verdaguer ha tenido así videncias que una por una ha de confirmar la ciencia futura, menos positivista que la de vuestros tristes días.

«Encuéntanse en alta mar una nave genovesa y otra veneciana y libran batalla. Sobreviene recio temporal y un rayo vuela el polvorín de la una, que, rajándose, arrastra consigo a la otra a los abismos. Soldados y marineros sumérgense en las aguas; tan sólo, a duras penas, se salva un joven genovés, el cual abrazado a un mástil consigue arribar a tierra. Un anciano—¡yo mismo!—que, retirado del mundo vivía a orillas del mar, sale en recibimiento del naufrago; le guía a un rústico alfar de la Virgen—de IO!—y seguidamente a su choza de rocas y ramas, en donde le conforta. Días después, viendo que el marinero meditabundo la contempla, cuéntale la antigua historia de aquellas aguas para divertirle del pasado naufragio.

—¿Ves ese mar que abarca la tierra de polo a polo?—le dice a Colón su Maestro.—Un tiempo fué el Jardín de las Hespérides. Aún arroja el Teyde reliquias suyas, rebramando cual mónstruo que vela en campo de matanza. Acá luchaban titanes; allí florecían ciudades populosas... hoy en mármóreos palacios congrénganse las focas y de algas se visten los prados do pacían los cor-



deros... El sol, que de una ojeada mide el hemisferio, fué pequeño para contemplarlo a su sabor de cabo a cabo...



Ailas, el más antiguo de los astrólogos, fué su rey... La mente fantaseadora de los hijos de la Hélada le fingió por eso cual gigante que sustentaba sobre sus espaldas, y no sobre su mente poderosa, la máquina celeste. Sus hijos, los titanes, pretendieron escalar el cielo... Mas, Dios les confundió, y una noche la mar y el trueno rebramaron, trémula trepidó Europa y, despierta por el estruendo, no vió ya al mundo hermano... Sólo el Teyde quedó para decir a la Humanidad: —¡Aquí fué un tiempo Atlántida la famosa!—

Y, a tí, ¿quién te salvó, oh nido de las naciones iberas, al sumergirse en los mares el árbol del que pendías? ¿Quién te sostuvo, oh joven Hesperia, al hundirse bipartita la nave a la que, cual góndola, estabas amarrada?... Cuando el huracán remueve con

sus alas el negro abismo, yo percibo el dialogar de los mares. Su hondo acento, aun parece decir «¡Adiós!» a las tierras que fueron sus hermanas y sus hijas... ¿Qué importa que hoy el divino Platón muestre a la historia mi nombre escrito con astros, como dice Virgilio en sus *Geórgicas*, en los linderos del cielo, si ya perdisteis, ingratas, mi recuerdo, y para siempre me abrumba la silenciosa inmensidad del mar?...

Bajo nuestra inspiración directa siempre, canta luego el poema el incendio del Pirineo, la homérica lucha de Hércules con el tricéfalo Gerión y otros gigantes que quieren impedir a aquel que liberte de la catástrofe a la ninfa Pirene, símbolo de la península ibérica salvada del fuego y de las aguas. Los Pirineos se alzan entonces, separando a España de Francia, y la poderosa Barcelona es fundada en testimonio de la victoria de Alcides, el Hércules.

Se describe, enseguida, de mano maestra el Jardín de las Hespérides, por el que corren, al bajar de Iberia, el Guadiana, Tajo y Duero, juntando sus aguas con las de otros ríos africanos, no lejos de la Ciudad de las Puertas de Oro, la Babilonia y la Roma de Occidente, cuya ciudad ve también correr no lejos, con longitud mayor que la del Nilo, ríos venidos de las Casitérides británicas y de las alturas de Tule... Hércules se adelanta por aquellos campos en busca del ramo terminal del árbol de las Manzanas de Oro, cuajado de embriagadores azahares... El árbol sagrado del Paraíso iniciático. Bajo las ramas de aquel «Árbol del Mundo» se esconde el deforme Dragón, el monstruoso Fafner de las leyendas escandinavas. Lucha con él el héroe y le aplasta la cabeza con su maza. Las ninfas Hespérides se estremecen de terror, porque al morir el Dragón Atlante se iba a cumplir la paterna profecía de la catástrofe que iba a destruir a aquellos gigantes, prototipos de toda maldad, que socavaban con sus hechicerías nigrománticas las raíces mismas del Árbol del Conocimiento y de la Vida. Sólo Israel y Grecia han sido capaces de producir algo parecido a esta conmovedora elegía que en boca de aquellos pone el autor:

—«Húndase mi imperio, que ha derribado a tantos otros. Aquel que despertó a nuestro paso por Oriente, con nuevo soplo vital, dará al viento nuestros huesos, nuestras cenizas y nuestro renombre. Los *cláperes* y *dólmenes* alzados por nuestras propias manos, cual hijos bartardos, no sabrán ya pronunciar nuestro nombre: responderán tan sólo: —«rastro somos de unos gigantes que fueron», — a los siglos que pretendan acaso indagar nuestro origen y nuestra existencia, y al hacerse mención de sabios, es-



forzados y diestros guerreros, volveránse los ojos hacia donde nace el sol, y quizá olviden, haciendo galas de su inspiración los nuevos maestros, que más de una lumbrera del mundo tuvo su orto en Occidente... Mas, no; los mares que nos sepultan, difundirán por los siglos, con lenguaje poderoso la gloria de aquellos de los nuestros que dejamos en Egipto para magisterio del mundo, pues ya éramos aquí gigantes, antes de que la misma Grecia existiese.»—

Estos lamentos de las Hespérides, que recuerdan en un todo los de las Hijas del Rhin, inmortalizados por Wagner, acogen la llegada del héroe cumplidor de la profecía. Deliberan los atlantes en el templo de Neptuno, mientras de todas partes llegan tristes noticias y aterradores augurios. Traban, en fin, con Hércules, el representante de la Buena-Ley por tantos siglos escarnecida, el más ciclópeo de los combates, en el que son armas arrojadas contra el hijo de Alcides los árboles, los rayos y las montañas enteras. Impelido el héroe por aquellas fuerzas sobrehumanas, retrocede y planta cerca de Gades el tallo de Naranja; sube a Calpe, monte cabecera de la Atlántida, advierte que el Angel Exterminador es quien mueve su brazo, porque el Omnipotente ha condenado ya a la Atlántida a ser borrada del mundo, y a éste a ser desmenuzado en continentes. Hércules penetra, junto con el mar, en la tierra condenada. Las aguas se precipitan por la brecha que el héroe ha abierto separando las dos montañas, «el mar se sobrecoje de verse encima de otro mar» y el hijo de Alcides busca en las revueltas olas a Hesperis llevando un árbol encendido por antorcha. Al verle venir, Hesperis, la esposa del moribundo Atlas, se despidе de sus hijas con tan dulces lamentos que los monstruos todos se paran mansamente para oirla... Al correr las aguas mediterráneas por el nuevo canal salen de su seno, como otras tantas perlas, las islas griegas y las comarcas italianas que Jano visitó. Sus coros conmueven a la naturaleza toda, porque alhora con ellos un mundo enteramente nuevo...

Las aguas se enseñorean, al fin, de las alturas y se desposan para siempre las olas del mar del Norte con las del Sur y las del Mediterráneo con las de Occidente. Aproxímase Hércules al muro de Gades; Gerión, después de tomar de sus hombros a Hesperis, derrumba sobre él una gran roca, pero el héroe reaparece y da al traidor la muerte, mientras que Hesperis, desde la cima de un peñasco, se despide tristemente de la tierra que se hunde, y cae en fantaseador delirio. Malfrechos los atlantes, trepan a una sierra no conmovida aun por las olas. Sin esperanza de arribar a Gades, prueban escalar el cielo, para evadirse del diluvio, pero cuando ya iban a lograrlo, la torre alzada con la acumulación de montes sobre montes, se hunde con estrépito, arrojando los atlantes contra el propio Dios los escombros del edificio. Los titanes son precipitados en el abismo; el Angel Exterminador envaina su espada de fuego, despidiéndose de los restantes continentes hasta el día del juicio y antes de restituirse al Cielo entrega al Angel de España, que de él descende, la corona de la que fué reina de los mundos...

El anacoreta instructor, —¡yo mismo, siempre!— después de esto, dirige los ojos a su patria, mientras Colón, su discípulo, contempla el Atlántico sin límites, cual si desde él le llamase la voz misteriosa del Destino. El anciano, que contando entonces que aligerado el Orbe del peso de los pecados de la Atlántida, se llegó el rey de los héroes para despertar a Hesperis, quien, después de entonar en loor de la rama recién transplantada del Arbol el más sublime de los cánticos, ve, asombrada, cómo tornan a surgir en el nuevo suelo hispánico, salvado milagrosamente de las aguas, las frutas doradas del naranjo entre ramilletes del azahar más níveo y aromoso, y las hijas que de Alcides tuvo en la risueña Hesperia, como ella gallardas, fueron de corazón amante y fiero, y cuál sus ojos y negra cabellera, tuvieron su trigueño color de virgen que hace penar con el más ideal Amor.....

A las mágicas palabras aquellas, siente Colón nacer un nuevo mundo en su fantasía. El anciano le alienta y cuando, años más tarde, subido en el más alto promontorio occidental, le mira volar a la más sublime de las empresas, se extasía ante la venidera grandeza de su patria... ¡Ya puede ocultarse en paz!—¡Vuela, Colón!—le dice, y retorna a su destino de Misterio, para esperar con los siglos a todos los continuadores de la ocultista empresa de una Atlántida feliz y rediviva.....

—Hay un fenómeno muy notable, pero no sin precedentes, en la obra de *Mossen Jacinto*.—continuó el anciano después de una larga pausa.—La grandeza de su canto poético, por su desarro-

llo, por su sublimidad y por su alcance trascendente, es equiparable en un todo a la Novena Sinfonía de Beethoven. El autor de *La Atlántida*, como el inmortal sinfonista en esta obra con razón calificada de *El Himno de la Humanidad futura*, concibió su obra maestra en la más temprana juventud, como si ella, más que otra ninguna cosa, justificase, por sí sola, la razón de su venida al mundo, o su *misión*, según también se dice. Pero ni Verdaguer pudo dar cima a su obra, ni Beethoven a la suya propia, sino en las postrimerías de sus tristes vidas, cual si la preparación de tales obras, a lo largo de sus azares respectivos, fuese la simbólica barquilla del escudo de Luthecia, que fluctuó siempre sobre las olas, sin ser por ellas sumergida.

Guimerá en su prodigioso drama *El Místico* ha estereotipado todo el martirio del héroe catalán y, en prosa, lo ha mostrado también el espiritualista costarricense Rogelio Fernández Güell. En las dos obras, pues, podeis estudiar esa serie de *coincidencias* ocultas: Nacido en 1845 junto a Vich, le hacen presbítero en 1870 y le llevan en 1974 a ser capellán de la Trasatlántica española, bajo omnipotentes ultramontanos que expiaban sus menores movimientos místicos. El poeta, durante los sueños y nostalgias de su camarote en las travesías de ida y vuelta sobre el Atlántico durante dos años, concibe bajo nuestra inspiración más directa su magno poema, pero desata al par todas las iras del Monstruo, que llega hasta a calumniarle como sembrador de discordias matrimoniales entre sus protectores, como hereje, espiritista y lesionado del cerebro, y como un sacerdote, en fin, de la más refinada maldad. Mientras, acaecen las más lamentables desgracias a la familia de sus antiguos protectores los señores de López, marqueses de Comillas, y el poeta, aun consolándose con hacer poesías como la de *El Canigó*, sigue sufriendo a malvados como el P. Goberna, y sucumbe, vencido, en 1902, después de persecuciones inauditas que dejan atrás a las tan proverbiales de la Inquisición. En medio de tantas amarguras, el solitario e incomprendido vidente de la Ermita de la Gleba, aún tiene fuerzas, en medio de sus persecuciones, para visitar a Málaga, Cádiz, Tánger, Argel y Constantina y para ir, en fin, a la tumba del iniciado Raimundo Lulio... ¡Pocos meses después de esto, el Maestro le arrebató de este mundo de dolor!

El anciano quedó pensativo largo rato. Luego añadió:

--Para vuestro mejor conocimiento, pues, de la magna empresa que vais a acometer, de visitar astralmente la perdida Atlántida, debo deciros que ya anoche tuvísteis de ella la primera visión, que fué nada menos que la del primitivo Templo de Hércules, de Ga-

des, cuyas ruinas se muestran de tarde en tarde y por sólo instantes en las grandes bajamares equinocciales por bajo de Cádiz la bella, hacia los barrancales de Sancti Petri.

Pero mis revelaciones han de quedarse por ahora aquí, hasta que sea llegado esta noche el momento de la iniciación para todos vosotros, los cinco inseparables amigos quienes en Olisis tomé...

—¿Cómo, señor, decís eso? ¡No somos ya más que cuatro!— iba a redargüir al anciano, pensando en nuestro Torres que quedara en Olisis.

Pero el anciano había desaparecido.

Tuvimos un momento de vacilación, casi de terror, del que nos sacó una voz bien conocida; ¡la del propio Torres!, que desde el cañón roquero nos gritaba:

—¡Doctor, Montalvo! ¿dónde estais, amigos míos?

Un instante más y Torres caía en nuestros brazos fatigadísimo de emoción.

Aquello que nos relató para justificar su imaginada vuelta entre nosotros, era, en efecto, para maravillar a cualquiera. Después de haber dormido como un bienaventurado, hasta bien entrada la mañana, al salir a la calle en nuestra busca se le había acercado un cartero extraño entregándole nuestro telegrama ¡sin sello de estación de salida ni de llegada, y, por lo que veía, en los momentos mismos en que le habíamos puesto en Huelva! ¡fem más, el tal cartero se le había desvanecido allí mismo como humo, mientras que un venerable anciano, el mismo anciano instructor nuestro, por todas las señas, llegando a la puerta en un automóvil vigoroso, le había hecho montar en éste y seguirle con sugestión irresistible!

—¡Como ya me voy acostumbrando a estas cosas—terminó el *guiado-guía* de Olisis—me pareció muy natural el seguirle!...

A indicaciones del doctor, narró el buen Torres toda su conversación con el anciano durante el raudo recorrido, hasta encontrarnos..... ¡Asombro sin igual! Más o menos había sido ella la misma que el propio anciano había con nosotros tenido.....

¿Cómo explicarse tamaño ejemplo de bicorporeidad trascendente?... Decididamente estábamos en otro mundo: ¡En el mundo de los *jinas!*....

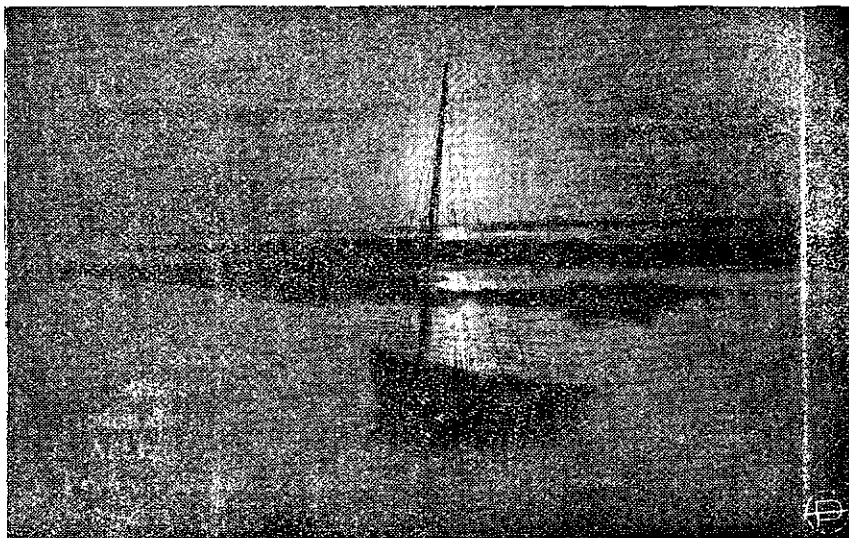


---

---

### CAPITULO III

Viajando como viajan las almas de los muertos



*En el peñasco de la costa.—La barquilla de Lohengrin.—La cripta iniciática y el caduceo de Mercurio.—La terrible ordalia de los cinco.—¡Desdoblados!—Nuestros cuerpos astrales son proyectados fuera de nuestros cuerpos físicos.—Nuestro nuevo lenguaje pineal o telepático.—El capullo de nuestra crisálida y la mariposa de Psiquis.—¡Las cinco cuerdas de una lira ocultista! La acrópolis gaditana de la lontananza.—Las aciópolis de Atenas y de Sipilo.—Los árboles geriónidos.—El sagrado drago canario.—La botánica de los atlantes.—¡El glorioso templo de Sancti Petri a la vista!*

Mientras los cinco amigos comentábamos sobre el peñasco costero las cosas tan extraordinarias que nos venían acaeciendo desde nuestra salida de Sevilla, el sol se había ocultado en el mar entre un magnífico trono de pequeñas nubes, y el crepúsculo más suave se había ido extendiendo por la silenciosa y tranquila planicie atlántica, sumiéndonos en una languidez dulcísima no exenta de temor.

—¿Qué íbamos a hacer, o por mejor decir, qué se iba a hacer con nosotros en la decisiva noche que se avecinaba?... No lo sabíamos, aunque la presentamos tan grandiosa como terrible. Así que, por un resto, sin duda, de nuestra dormida condición animal, nos habíamos *arremolinado* espaldas con espaldas y hecho materialmente una pifia, como si sólo tuviésemos un alma y un cuerpo.

Cerraba ya la noche, y Cotta, que contemplaba los islotes del Este, se estremeció, comunicándonos la sacudida eléctrica de sus nervios al decirnos, señalando a lo lejos:

—¡Mirad!

Vimos, en efecto, avanzar una lanchita oscura, tras cuyo árbol lucía una especie de *fuego de San Telmo* un eléctrico globo de nívea luz, como aquel célebre meteoro-gato, «de que habla el físico Babinet:» ¡un sol de media noche, que ni brillaba como el astro del día, ni en nada se asemejaba a la luna, sino más bien a esos fluidos astrales, esa materia vital, brotados del cuerpo de los pacientes en los más avanzados estados de hipnosis de los que nos habían Rochas y Ochorowitz, que tan conocida teníamos de nuestras andanzas rupestres!

La lancha atracó por bajo del peñasco como invitándonos a seguirla. No se veía ni se vió luego en ella persona alguna. Al acercarnos y rodearla, sólo columbramos en su proa, a guisa de mascarón, una especie de *cisne de Lohengrin* que con el batir de sus alas impulsaba a la navecilla.

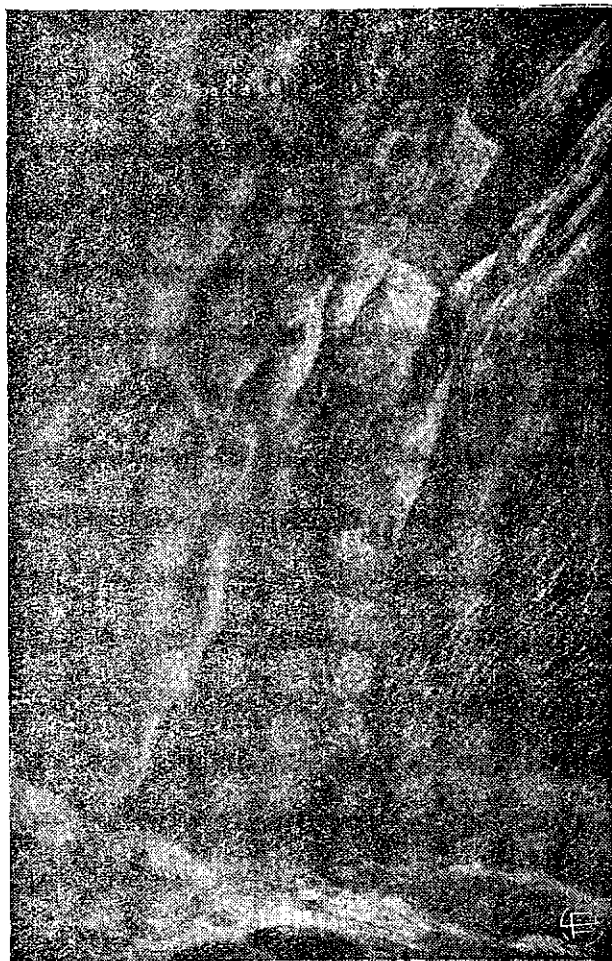
—¡Vamos a ella, y corramos hasta donde disponga el Destino! ¡Él, nuestro Guía de hoy, sabrá a donde conducirnos!—exclamó el doctor iluminado por su intuición siempre maravillosa.

Cotta, Montalvo, Torres y yo, seguimos al doctor sin replicar palabra, y los cinco tomamos asiento en la barquita, la cual se deslizó silenciosa, como había venido, guiada por el eléctrico globo, que parecía jugar sobre las olas rizadas, marchando en derechura hacia un gran islote que seguramente no figura en los mapas de aquella costa, hasta llegar a un acantilado por una de cuyas bocanas se internó, iluminándola, e invitándonos siempre a seguirla.

Desembarcando como pudimos, penetramos por cierto corre-



dor rocoso, hasta una alta cripta. Llegados allí, y mientras nos extasiábamos con el prodigioso artesanado estalactítico en el que parecía haberse diluido el globo luminoso que hasta allí nos



La Gran Cripta.

había conducido, uno tras otro nos sentimos derribados hacia atrás por una mano invisible y antes de que nos diésemos de ello cuenta, nos encontramos suavemente acostados, como entre lotos y adormideras, sobre sendos sepulcros de mármol blanco, mirando en unos como espejos mágicos, mientras que el anciano de la tarde anterior, paseándose protector entre los sepulcros, nos decía:

—Nada temáis: ¡Ha comenzado vuestra ordalía! ¡Felices si el temor no os avasalla, y los cinco permanecéis firmes!

Como enfermos a quienes, antes de ser operados, se les administra el cloroformo, los cinco, bajo la mirada de fuego de aquel ser preternatural, fuimos experimentando una languidez sin límites, no exenta de suave deliquio, hasta quedarnos profundamente dormidos. Al despertar, no sabemos cuanto tiempo después, nos sorprendimos viéndonos en pie, dotados de unos cuerpos lénuos, ligeros y como luminosos, aunque no tan luminosos como el globito que allí nos había conducido..... Pero, ¡fenómeno singular!, al par pudimos contemplar nuestros cinco cuerpos físicos, pálidos, inmóviles y como muertos, tendidos a lo largo de los mármoreos sepulcros. Nuestro temor fué grande, salvo quizá el doctor, al vernos así, y más al advertir que el anciano operador de aquel nuestro nuevo estado astral había desaparecido, al tocarnos en la frente con un caduceo de dos serpientes, idéntico al célebre de Mercurio, acerca del cual cantase el clásico:

*Tum virgam capit et anima ille evocat Orco.*

Una como corriente astral en la que nuestros dobles cuerpos se sentían llevados siempre hacia adelante, nos apartó prontamente del sitio aquel donde yacían nuestros cuerpos materiales, sacándonos fuera de la cripta y como envolviéndonos en su aura avasalladora, sin que larvas, ni gárgolas, ni ninguno de esos habitantes maléficos de lo hiperfísico, viniesen a amenazarnos como en la noche pasada en el pinar de Olisis. Antes bien, caminába-



mos juntos y aun contentos, llevados rápidamente hacia adelante por aquella invisible fuerza protectora que había desdoblado má-

gica nuestros cuerpos astrales de nuestros inertes cuerpos físicos dormidos, no por criminales medios de la satánica hipnosis al uso de tantos médicos infelices, sino con arreglo a las más estrictas leyes de la yoga oriental a la que tantas veces se alude en las obras de la Maestra H. P. B. especialmente en su *Por las grutas y selvas del Indostán*, leyes fundadas en el más perfecto conocimiento de la séptuple condición del hombre. Y, cosa muy rara sin duda, no nos hablábamos como antaño moviendo los labios, sino que nuestro lenguaje era interno, cerebral, telepático, cual, si bien se observa, es siempre el lenguaje de los ensueños.....

Esta nueva particularidad del lenguaje era, sin disputa, la mayor maravilla del nuevo estado etéreo o astral de que gozábamos los cinco. Realidad o ilusión, era lo cierto que nos entendíamos con la mirada; con la vibración telepática de glándula pineal a glándula, o mejor dicho, de alma a alma, como si los cinco no tuviésemos ya sino un alma sola, un *alma grupo*, esa a la que alude el dicho vulgar amoroso de «son dos cuerpos y un alma», o acaso más bien esotra super-alma formada por el Hierofante iniciador con las de «cinco discípulos, acordados armónicamente como las cuerdas de una lira, o como las *afinaciones en quinta* de los instrumentos del *quinteto de cuerda*, después que han contemplado los cinco colores sagrados: blanco, negro, rojo, amarillo y azul», según la misteriosa enseñanza de los *Opúsculos ocultistas* de la maestra H. P. B.... ¡Ahora nos explicábamos, clarísimamente, el por qué de la separación en Alájar de nuestros otros dos compañeros; el cómo los elementales del sueño habían tratado, en vano, de detener a Torres en Olisis, el por qué luego le sacara y trajera hasta nosotros del modo más inverosímil nuestro Hierofante, y, en fin, la manera excepcionalísima que tuvo éste de pronunciar la frase «¡los cinco!», al desdoblarnos en la cripta del islote de la Rábida..... En cuanto a que empleásemos o no palabras en nuestro nuevo medio etéreo o astral, moviendo o no los labios de aquellos nuestros nuevos cuerpos, es un problema tan por debajo de la altura perceptiva en que nos encontrábamos, como lo puede ser el hecho de que los músicos de una orquesta, soplen en *la madera*, rasquen en *la cuerda* o percutan en *el timbal*, para el artista verdad que se siente transfigurado y en plano superior al escuchar extasiado la beethoveniana sinfonía que se ejecuta..... Al fin y al cabo, ¿qué es la Realidad sino una serie, *por planos*, de sucesivos estados de conciencia? Y la nuestra ya no era física, sino superlímbica, hiperfísica, sin duda.

Pero fuese ello lo que fuese, es lo cierto que pronto nos habituamos a aquel nuestro nuevo estado que nos daba para todo ~~esas~~

inauditas facilidades de la imaginación creadora y esa naturalísima condición del ensueño con la que nos adaptamos a las mayores extravagancias y absurdos como la cosa más natural del mundo. ¿Es que nuestro cuerpo es una cárcel—como enseña Platón en su *República*—y en ella tomamos por realidades las sombras que se proyectan en las paredes de nuestro físico calabozo?...

Tal, al menos, nos parecía, y los mayores imposibles físicos nos resultaban, por tanto, naturalísimos, tan naturales como lo es a la mariposa el volar por el espacio azul, una vez que ha roto el capullo en el que crisálida fuese.....

¡Nuestro cuerpo físico, en efecto, no es sino el capullo de la mariposa de nuestra alma!; como el pueblo griego ha creído.

Caballeros soñadores de un etéreo Grial, muy en armonía con aquellos nuestros nuevos cuerpos, íbamos remontando como desde el fondo del mar hacia una ciudadela o acrópolis enhiesta que se divisaba en lontananza.

—¡Es, sin duda, el primitivo Templo de Hércules en Gades, sepultado hace siglos en el Atlántico, junto a la costa de Sancti-Petri!—nos había dicho el doctor, radiante de alegría, al divisarle.

Y luego con su erudición de siempre, o más bien como si el propio e invisible guía nuestro se lo dictase al oído, añadió:

—Hay en la historia varios templos y acrópolis de esta índole.

Cerca de Esmirna, en la pendiente del monte Sipilo están las ruinas de la ciudad donde reinaba Tántalo, padre de Pelope y bisabuelo de Agamenón, 150 años antes de la guerra de Troya. Esta ciudad se llamó primero Tántalis y luego Sipilo. Han transcurrido ya dos mil años desde que la destruyó un terremoto y ocupó un lago su lugar, pero la ciudadela aún subsiste. Encima del monte se elevan las murallas casi del todo conservadas; allí se ven todavía un pozo abierto en la roca y la puerta del Acrópolis que conducía a la esplanada donde estaba situado el templo; al pie del collado hay esparcidas mucha ruinas y terraplenes que sostentan calles, obras todas hechas con piedras labradas pero sin argamasa. Allí se conserva la tumba que llaman de Tántalo. Tiene un basamento circular de construcción pelásgica, en cuyo centro hay una cámara hecha de piedras labradas y cuya magnitud se va disminuyendo por grados. Alrededor está la necrópolis de Sipilo con 19 túmulos saqueados por los romanos.

—¿De modo, que,—observó Coita, calándose, iba a decir, unos lentes *astrales* duplicado exacto de aquellos dorados lentes de cristal de roca que usaba para auxiliar la miopía de sus cansados ojos físicos—todas las Acrópolis de la antigüedad se parecen entre sí?

—Ciertamente, con esas abstractas analogías que puede haber de templo a templo cristiano desde Costantino hasta nuestros días—contestó el doctor, añadiendo:

—Dentro de la correlación eterna que media entre lo moral y lo físico, las eminencias terrestres, han gozado siempre de cierta elevación moral. *Arriba y abajo*, son términos generales en que concuerdan siempre lo físico y lo psíquico. Ved, si no, nuestros históricos castillos sobre peñascos, al estilo del de Peñafior del Río; leed las descripciones que la maestra H. P. B. nos hace de las mansiones señoriales del Penjab y de otras hindúes del más perfecto abolengo luni-solar descritas en sus *Grutas y Selvas del Indostan* y notareis que no se trata sino de otras tantas acrópolis como las de los primitivos pelasgos, acrópolis que luego pasaron a castillos roqueros y no pocos a milagrosas ermitas, dentro de esa fe abstracta e innata, tesoro el máspreciado de la humanidad que late en el fondo de las concepciones exotéricas de las religiones ulteriores, por groserísimas que ellas resulten para los espíritus libertados de la letra muerta. Es más, estoy por deciros que, dentro de ese doble lenguaje literal y simbólico tan característico de todos los iniciados, por su doble vida «en los dos mundos», Platón mismo, impedido por su juramento sagrado de revelar entonces los misterios del continente atlántico sepultado, nos le describió, bajo el velo de la alegoría, como ya vísteis en las traducciones que en Alájar leímos. Ved y comprobad por vuestros propios y nuevos ojos la exactitud de lo que enfrente tenemos y este pasaje del *Critias*, que no parece sólo escrito para la acrópolis del Atica, sino también para la gaditana que estais viendo, al decir, recuerdo, lo siguiente:

«Toda el Atica se destaca del resto del continente y avanza en el mar como un promontorio, siendo muy profunda la mar que le rodea. Por ello en las enormes y numerosas inundaciones que acaecieron durante esos nueve mil años (que tal es el número de los transcurridos desde entonces hasta el presente), la tierra que en los días de transtorno era arrastrada con las aguas desde lo alto de las montañas, no formaba, como en otros países, grandes depósitos de sedimentos, sino que se repartía por la desembocadura y desaparecía en las profundidades del mar. Así ha experimentado nuestro país lo mismo que acontece a las islas pequeñas. Si se compara su estado actual con el que tenía antaño, se le hallará semejante a un cuerpo enfermo que sólo ha conservado los huesos y habiendo corrido río abajo todo cuanto antes conservaba de tierra vegetal o sea de grasa, hoy nos presenta las apariencias de un cuerpo *desarmado*. No obstante, cuando el país se

## DE SEVILLA AL YUCATÁN

hallaba en su pristina integridad, sus montañas eran colinas elevadas; las llanuras que hoy denominamos campos de Phelleo tenían una tierra abundante y fértil y los montes estaban cubiertos de bosques de los que todavía quedan testimonios ostensibles, pues no hace aún mucho tiempo que sobre aquellas montañas que hoy no sirven más que para alimentar abejas, se han hecho talas de árboles para formar los techos de grandes construcciones, que todavía subsisten. Había muchos otros árboles cultivados y abundantes pastos para el ganado. La lluvia que Júpiter enviaba cada año no se perdía como al presente corriendo a través de una tierra rala hasta la mar, sino que como la capa de tierra era de gran espesor, la absorbía, o bien recibiendo las capas de arcilla el agua que descendía de las alturas, la conservaba en su seno y producía doquiera multitud de fuentes y ríos cuyos monumentos sagrados se ven todavía junto a los desecados lechos, atestigüando la verdad. Tales eran nuestras campiñas de entonces por los beneficios que les otorgaba la Naturaleza y estaban cultivadas por verdaderos labradores ocupados en sus trabajos, amigos de lo honesto, y nacidos para la felicidad poseyendo una tierra excelente; agua en abundancia, y gozando del más templado clima que darse puede.



En cuanto a la ciudad he aquí como estaba organizada entonces. Por de pronto la Acrópolis no era lo que es hoy, porque una sola noche extremadamente lluviosa arrastró la tierra que la cubría y la privó de ella casi enteramente al par que acaecieron los terremotos y la terrible inundación que fué la tercera antes del de-

sastre del Deucalion. Antaño, en efecto, la Acrópolis se extendía hacia el Eridano y el Ilisus, comprendiendo el Pnyo y teniendo por límite el monte Lycabeto situado detrás. Ella estaba cubierta por completo de tierra y a excepción de algunos puntos su cumbre presentaba una gran explanada. Al exterior, en sus flancos, estaban establecidos los artistas y los labradores que cultivaban los campos vecinos. En la cumbre, en torno del templo de Minerva y Vulcano, residía aparte la clase de los guerreros, y su recinto estaba cercado como el jardín de una sola familia. Hacia el norte habían construido casas que habitaban en común y salas donde durante el invierno comían juntos. Poseían éstos todo cuanto es necesario para la vida y para los templos, excepto el oro y la plata, del que no hacían ningún uso, sino que buscando un justo medio entre el lujo y la indigencia se habían construido mansiones decentes, en las que envejecían tranquilos, ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos, pues que las transmitían tal y como las habían recibido a sucesores, semejantes, en un todo, a ellos mismos. Hacia el mediodía, tenían jardines, gimnasios y comedores de esfo. En el lugar que hoy ocupa la ciudadela, había una fuente que, desapareciendo con los terremotos, no ha dejado en torno suyo más que pobres arroyuelos, mientras que entonces suministraba a todos los habitantes un agua abundante y salúfera lo mismo en esfo que en invierno. Tal era la residencia y el modo de vivir de los guerreros defensores de sus conciudadanos, y jefes reconocidos de otros griegos, procurando en lo posible el tener siempre a su disposición el mismo número de hombres y de mujeres en estado de llevar las armas, siendo más de veinte mil.

He aquí ahora cómo eran los hombres y el gobierno justo y perseverante de su ciudad y de las de Grecia. La hermosura de su cuerpo y las virtudes de todo género que adornaban sus almas, les habían hecho ilustres en Europa y en Asia entera, donde su gloria eclipsaba a la de los demás hombres. En cuanto a sus enemigos, debo ahora hacéroslos conocer como a amigos y pintar su situación desde los primeros tiempos, si es que no he perdido ya el recuerdo de lo que me contaron en mi infancia.»

—Ahora me explico—observó Cotta—la exactitud de las citas de la *Geografía* de Strabón y de la *Historia Natural* de Plinio, que el buen Mosén Jacinto nos hace en las notas de su *Atlántida*, donde, al igual de la fuente sagrada que acabais de recordar con cargo al *Critias* de Platón, se habla de aquella otra fuente de agua dulce o lago sagrado quizá, cuyas huellas debemos encontrar en el Templo de Hércules, como igualmente de los célebres y rojos árboles geriónidos, especie de piceas o pinos así llamados en ho-

nor de Gerión y que se dice en la leyenda atlántica que destilaban sangre. Sirabón repite, en efecto, en su libro tercero, lo que Philostrato dejó escrito acerca de un árbol que se decía existir en Cádiz el cual encorbaba sus ramas hasta arraigar de nuevo en el suelo como zarcillos de fresa, siendo sus hojas de figura de espadas de cuatro dedos de anchas y de un codo de longitud. «Semejante a este árbol de Cádiz, añade, vimos nosotros otro en Egipto, aunque era diferente en la longitud de la hoja, e infructífero. Del tal árbol gaditano se decía que sus tallos destilaban un jugo como leche, mientras que sus raíces sangraban con el rojo color del vermellón minio, cosa repetida por el libro catorce, capítulo diez y seis de Orígenes y por San Isidoro en sus *Etimologías*.»

—Sí—replicó Montalvo—yo recuerdo de mi último viaje al archipiélago canario, resto indudable del continente sumergido, haber leído algo así en el manuscrito autógrafo que dejó inédito Viera y Chavijo y que se conserva en el hermoso museo de «Villa Benítez» referente a cincuenta especies de plantas canarias que no se producen en otra parte alguna. Es notable, en efecto, que en el reducido espacio que ocupan las Canarias, se reproduzcan casi todos los árboles y plantas de entrambos hemisferios. En él se habla también del drago. «Creo, añade el Dr. Masferrer, que los canarios debieran tener al Drago por árbol sagrado, recordando que los aborígenes de este archipiélago lo veneraban como a un genio bienhechor.» Las semillas de este árbol, que no existía sino en las cuatro islas Canarias principales, se han aclimatado a las demás y a Europa y América. Celeberrimo es el Drago de la Orotava al que Humboldt en 1799 asignó dos mil años de existencia. Otro en el jardín de Franchy en la Orotava tiene 25 palmos de circunferencia y entre los gajos de su copa hay una mesa con asientos para 14 personas. Los romanos, continua Vierr, conocían la sangre del drago a la que llamaban *crinabaris* y la llevaban de nuestras islas Fortunadas, según Plinio, citado por Vossius in Pomponium Melam. Efectivamente de él se saca por incisión un jugo resinoso encarnado que se solidifica al contacto del aire; tiene aplicación en pinturas, barnices, etc., y se le atribuyen propiedades medicinales. Era además artículo de tocador, de todas las damas romanas y aun las griegas.—Indudablemente, pues que los atlantes es fama—añadió el doctor—que fueron los más hábiles botánicos y jardineros del mundo. Buena prueba de ello son aun sus descendientes berberiscos y valencianos, maestros en riegos y abonos que son la vida de las plantas, cuánto en los cruzamientos de especies diferentes que realizan las maravillas que hoy vemos en nuestros grandes jardines; o esotra maravilla inexplicable



del plátano que es una fruta que carece de semillas; o bien, en fin, las que en nuestros días está logrando Burbank ese moderno atlante californiano, más conocido por «el brujo de las frutas», que parece realizar aquella profecía del *Batris Sinhasan* en la que Vikramaditía anunciaba a un brahmán escéptico que un día llegaría — ¡el día feliz de la ventura universal! — en que los nopales del desierto carecerían de espinas... Burbank nos ha dado en efecto, según un artículo que leyerá días pasados en Sevilla, rosas, sin espinas; nueces y avellanas sin cáscara, uvas como ciruelas y melones como aceitunas... Pero dejemos esto, que el sublime templo del Dios sin nombre y sin culto se aproxima.

En efecto, a pocos pasos más arriba, se alzaba en la sumergida colina de la costa gaditana el más antiguo de los templos históricos, mencionado o descrito por Silio Itálico, Philostrato en su *Vida de Apolonio*, Vitrubio en su *Tratado de Construcción*, Hygino en su libro *Dé Limitibus, Escaligero*, Tibulo en sus *Elegías*, y Diodoro de Sicilia, Tácito en sus *Historias* respectivas y en general todos los clásicos de la sabia antigüedad greco-romana que se habían iniciado en los Misterios de «entre sus simbólicas columnas» que un francmasón diría, y que habían quemado física o moralmente incienso en aquellas sus tres aras sucesivas de que nos habla Philostrato, es a saber: la de *La Pobreza*, del neófito que comienza; la del *Supremo Arte* del compañero que ya ha dominado las profanas ciencias, y la de *La Muerte*, de la que ha triunfado el maestro resucitando como Jesús de su sepulcro..... Templo, en fin, de templos el más antiguo de los cinco celebérrimos, a saber: el de Hércules, el del Marte galo, el de la Minerva meliense, el de Diana de Epheso y el de la Isis del Nilo, con los que, por su iniciático y supremo carácter, no rezaba aquella sabia prohibición de la ley Pappia Poppea (título 22 de los *Fragmentos* de Ulpiano), de que no pudiesen ser herederos de las fortunas romanas los dioses de los pueblos.....

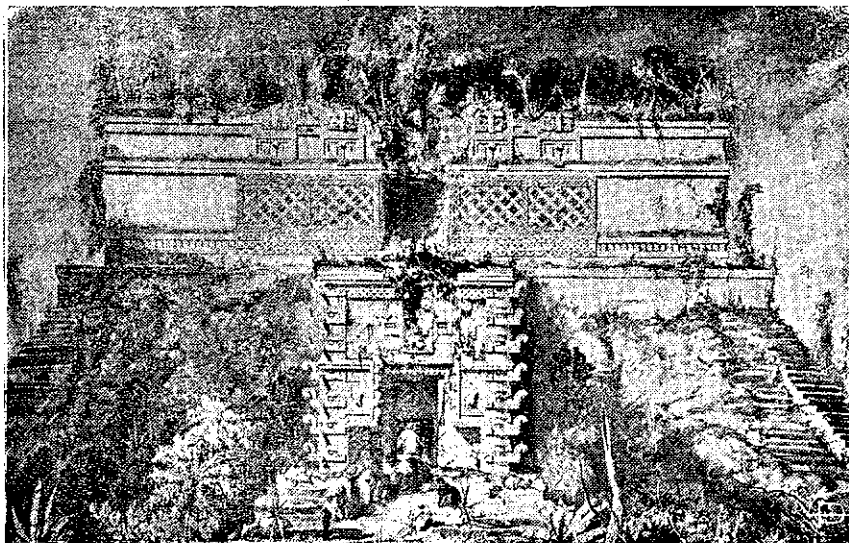




---

## CAPIULO IV.

En el templo de Hércules.



*La construcción ciclóplea y archimilenaria.—Su opulencia, sus inscripciones y simbolismos. Bajada a la Cámara del Sol por siete áureos escalones.—Las efectivas «Columnas de Hércules».—Gráficos pitagóricos bordados con piedras preciosas.—¡Nadie entre que no sepa Geometría!—El Sol de Ara y el cielo de la cripta.—Los astros oscuros y los Angeles Caídos, de las Teogonías.—Los «seres del agua, terribles y malos.»—Los superhombres de la primera Raza y la sagrada Isla Imperecedera.—El edafismo de las primeras formas de la Cuarta Ronda.—La esfinge, de Poe.—El Inefable Sacrificio Eucarístico entrañado por la evolución de la Tierra.—La sabiduría egipcia y la necedad de Juvenal, el satírico.—El Vino de la Involución y el Cáliz evolutivo.—Sobre el lago de los Misterios iniciáticos.—El doctor, áurea y primera cuerda de nuestra lira ocultista.—Angustiosa prueba por la que pasamos después.—Intento de retorno a mi cuerpo físico.—¡Enterrados vivos!*

Compañero de aquel templo de Tagrenat del que nos habla A. Snidez en su obra *La Creación y sus mystheres*, el templo que

se ofrecía a nuestra vista parecía tener miles y miles de años de antigüedad, ocupando un área y ostentando una grandeza idéntica a la del gran templo afrente cuya descripción habíamos leído en los relatos platónicos. Como aquel otro templo de que se ocupa Legoux de Flaix en su *Essai sur l'Indostan*, se alzaba sobre una mole rocosa, con altura de un centenar de metros, dominando a lo lejos ese mismo mar que estaba llamado a sepultarle algún día.

La marmórea escalinata da acceso al templo; su ciclópea e imponente masa le hacían hermano gemelo de la egipcia *Philae* y de cien monumentos de los mayas, nahoas y mexicas. Sus columnas exornadas de lotos e inscripciones sagradas se alzaban gallardas, sosteniendo un maderamen de más fina labor que la de cuantos restos de artesonados asirios y babilónicos se conservan en los museos europeos, tales como el del Louvre. Todo cuajado de oro y pedrería, flamante, espléndido, maravilloso, como en aquellos días remotísimos en que se congregaran en él los tartesios en las épocas de su mayor grandeza, épocas que precedieron muchos siglos a la funesta invasión de los fenicios y a la propia fundación de Gades que vino así a eclipsar a la vecina ciudad de Poseidonis de la que tanto nos hablan los escritores clásicos.

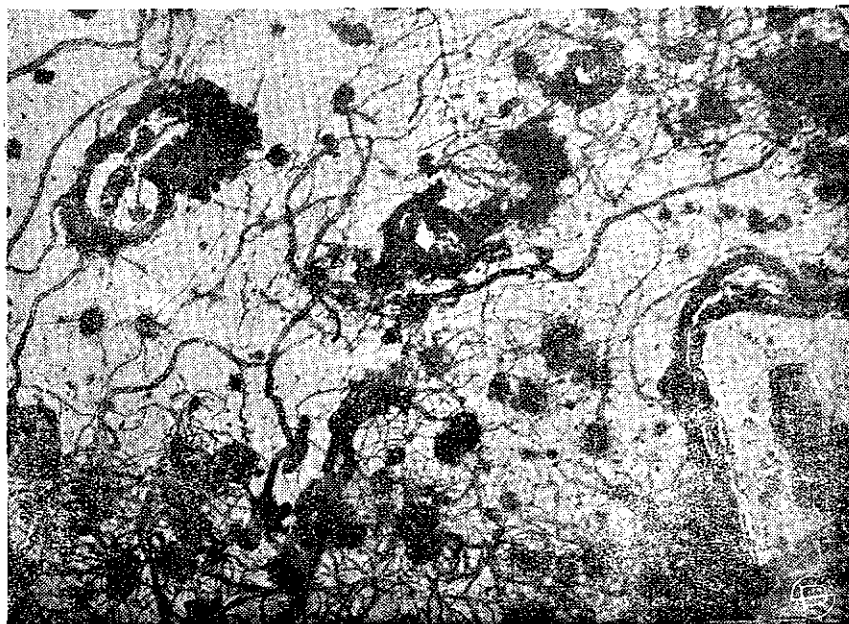
Nada podemos añadir a lo consignado por estos escritores en cuanto a la opulencia exterior e interior de la tartesia maravilla aquella, que, conservada en los archivos de la luz astral, como dicen los ocultistas, teníamos allí mismo, ante nuestros asombrados ojos, con todos sus múltiples ex-votos en oro y todos los detalles de la época de su esplendor, cuando los tartesios recitaban allí sus himnos, análogos a los védicos, himnos que, como sus leyes, estaban escritos en atlantes versos, mientras que los rotos y dispersos sillares físicos del templo sirven hoy en el fondo del mar de guarida para los peces.....

Pero si bien nada hay que decir del templo mismo, porque ya lo puntualizaron con minuciosidad los escritores clásicos, aquel feliz estado astral o de *desdoble* en que los cinco amigos nos encontrábamos gracias a la protección de nuestro Gufa, nos permitía ver mucho más, a saber: las criptas que se abrían bajo el edificio en que se congregaba el pueblo, criptas que, visitadas por muy pocos de entre ellos, no podían ser dadas a la publicidad en sus misterios por ninguno merced al juramento iniciado que todos tuvieron que prestar, y que hoy en nuestro siglo, y por las razones que nos da la Maestra H. P. B., ya no tiene razón de ser, hasta cierto punto.

Sin querer, pues, franquear nosotros los límites de aquellas

prohibiciones, consignaremos tan sólo, para asombro del lector, que bajo la fachada posterior del templo se abría un regio pórtico con doce estatuas de dioses zodiacales, pórtico bastante semejante a la célebre *Casa del Enano*, también llamada *Casa del Mago*, del Gran Teocalí o *Casa de Dios*, de México. Nosotros penetramos, tan reverentes como temerosos, por bajo el pórtico aquel, y cuyas dos columnas de oro con la inscripción *plus ultra* eran las verdaderas, las auténticas *Columnas de Hércules*. Bajando luego siete áureos escalones nos vimos en un gran recinto rectangular todo revestido de oro, que desde abajo se correspondía exactamente con la nave superior, abierta a las preces del profano mundo. Todos los emblemas geométricos fundamentales, como la recta, el ángulo, las paralelas, perpendiculares y oblicuas, el círculo con todas sus líneas y polígonos inscritos y circunscritos, el sello salomónico, el gráfico del teorema de Pitágoras, el de los conjugados armónicos, el círculo de los nueve puntos y otros mil, seriales y maravillosos, dibujados con piedras preciosas multicolores, estaban allí sin faltar uno, con arreglo al délfico precepto estampado a la entrada en caracteres de fuego, de: «¡nadie entre que no sepa Geometría!». En el fondo, sobre el ara diamantina, lucía, a guisa de sol de aquellas profundidades *celestes*, el mismo globito de luz astral que nos había arrancado del mundo de los vivos, pero: abrigado ya en términos que no podíamos fijar en él la vista. En cuanto al techo del recinto no era, no, tal techo, sino el propio firmamento, constelado no sólo con cuantos astros tiene ahora nuestro cielo, sino con cuádruple número de astros hoy oscuros—oscuros por ultraluminosos—que la humanidad perdió de vista antaño al atrofiarse con el sexo el tercer ojo de la glándula pineal que nosotros, en nuestro astral estado, teníamos mágicamente despierta. Eran, en fin, esos astros *caídos*, a los que aluden, bajo velo, todas las teogonías, cuando relatan la gran catástrofe «angélica» que barriese con las tres cuartas partes de los astros del cielo..... Había además la particularidad de que aquellas enriquecidas constelaciones *desfilaban pari-pasan* con la marcha correspondiente al tiempo de rotación que entonces tenía nuestra recién-nacida tierra y con polos que no eran los actuales, sino otros muy distintos, como correspondía a tan primitiva época en la que nuestro planeta era todo un mundo informe y acuático, salvo la Isla Sagrada e Imperecedera del polo ártico, sobre la que, a guisa de infelices protegidos de sus habitantes «los mortales inmortales» de las teogonías, nos era permitido llegar respetuosísimos unos instantes tan sólo, no sin reparar lo inexplicable de un contraste tan absurdo para nuestros sentidos físicos habituales.

como era el de que al par que lucía el sol, pudiésemos contemplar todas las estrellas, ni más ni menos que se dice por los astrónomos que ocurre en la superficie de la Luna, de esa Luna antecesora de nuestro globo de la que provienen aquellos nuestros padres o *pitris*.



Selva submarina primitiva.

Mirando luego hacia abajo en un fondo caótico y *sin fondo* sobre el que nos manteníamos como en una frágil y astral barquilla, atracada a la costa de la Isla Imperecedera, vimos todo el informe conjunto de la etérea e incipiente evolución de aquellos primeros días terrestres del comienzo de la Cuarta Ronda y finales de sus tres Rondas o Grandes ciclos antecesores, en medio del asombro más indescriptible. Troncos, lianas, absurdas *hojarascas* monocotiledóneas, flores, que no eran flores y frutos que tampoco eran frutos, desfilaban en rauda y confuso oleaje allí mismo bajo nuestros pies y ante nuestra nueva o *pineal* mirada que parecía investida del don de penetrarlo todo, como se atraviesa un rayo luminoso, y de bogar sin hacer esfuerzo alguno, a lo largo de aquel piélago de luz astral blanco-violácea, suigéneris, en la que materialmente se bebía la vida y alegría de todo lo que nace y lo que alhora.....



Selva submarina primitiva.

Y si la noche pasada habíamos visto un resucitado museo arqueológico, ahora desfilaba agigantado ante nosotros todo ese mundo primieval, informe, maravilloso, dudosa frontera entre los tres mundos, mineral, vegetal y animal, como en el más increíble museo de Oceanografía. Pólipos de un tamaño ciclópeo, coronados de tentáculos, parecían otros tantos reyes astrales de aquel piélago, deseosos de recibir nuestros homenajes; *leptodoras hialinas*, efectivos briareos de cien arbóreos brazos que agitaban como poniéndolos todos a nuestro servicio; rotíferos priápicos o fálicos, cual los lingams de ciertas pagodas hindues; gromias y vorticelas caliciformes; pentacrinos y rizocrinos arborescentes entre cuyas ramitas se posaban como aves diminutas o cual gusanos repugnantes toda clase de espiróstomos, de infusorios anfitriños, dendritas y gutulinas, ambos, monoxemias darvinianas, mónéras anaranjadas, batibíos haeckelianos, gromias de mil tentáculos, radiolarios, noctilucas, y monstruosos terebratúlidos con caras de gnomos de grueso vientre y collares de mamas en su pecho. Había, en fin, celanterados que parecían astros rodeados de zarcillos, astéridas de seis rayos, equinodermos de ocho, verdaderos erizos arborescentes tamaños como grandes paraguas y medusas que parecían antiguos taburetes de pianos, o extraños ve-

ladore: para sesiones espiritistas, pero todo visto con esa ampli-  
ficación, que viese Edgar Poe en sus *Cuentos* aquella mon-  
struosa *E. Ige* de docenas de metros, que sólo medía unos centí-  
metros en las páginas de un libro de Historia Natural, por su  
ardiente imaginación proyectado sobre el corte de una montaña.

La prodigiosa selva aquella, remedo de rondas extinguidas hace  
miles de siglos, se cambiaba a veces como en grandes altozanos  
de que los de geométricas formas entre las que descollaban colum-  
niformes octaédricas como las del esqueleto de las esponjas, y de las  
cuales salían, cual de otros tantos oscuros albergues, todas las  
formas caprichosas de esos entes deformes, inofensivos para  
nosotros que estábamos sin duda desprovistos de toda sensibili-  
dad y protegidos invisiblemente por nuestro Guía, absurdos ensa-  
yos de vida que el estilo románico-bizantino copiara tímido de la  
ornamentación egipcia y ésta copiara a su vez del mundo astral y  
de los anales akásicos donde la Naturaleza conserva aún los  
modelos y los recuerdos de aquellas tres rondas primitivas de la  
Tierra, antes de empezar nuestra Cuarta Ronda actual con el  
terreno que llamamos granítico y agnostoxóico. Seres todos ellos  
de miles de siglos antes de esas formaciones primaria, secundaria,  
terciaria y cuaternaria de que se ocupa la Geología, porque como  
enseña la Maestra Blavatsky al hablar de «aquellos seres del agua,  
terribles y malos» de referidas Rondas, los egipcios no sacaron  
las ideas plásticas de sus extraños animales de sus propios y des-  
equilibrados cerebros, sino del perfecto conocimiento que de tales  
monstruos extinguidos tenían, por sí propios, los sacerdotes ini-  
ciados del Alto Nilo.

Allí hubiera querido yo ver a mi gran amigo el biólogo Mariano  
Potó ampliando, con aquellas palpitantes enseñanzas, sus *No-  
ciones acerca del medio ambiente en biología dinámica*. El mundo  
por el que raudos desfilábamos cual brujos, camino de una sabá-  
tica Walpurjis, era, en efecto, aquel *medio astral o astronómico*  
que presidió a la evolución fracasada de las primeras vidas, antes  
de que las mónadas de la Luna bajasen a la Isla Sagrada para  
poblar la Tierra en los comienzos de la Cuarta Ronda, animando  
desde arriba a formas dotadas con las características de todos  
los seres primievales o *de vida muy uniforme y de infimos tipos  
de adaptación*, a saber: temperatura elevada y muy constante,  
graviación y luz muy poco intensa; hidratación y edafismo muy  
constantes y acciones mecánicas de brutalísima energética, frente  
a los seres actuales terrestres caracterizados como es sabido por  
rasgos perfectamente contrapuestos, cual si se tratase hasta de  
planetas distintos.



Aquel titánico edafismo de las vacilantes formas primitivas tan en contraste con los seres verdaderamente angélicos o superhumanos de la Isla Sagrada me trafa a la memoria la constante enseñanza del doctor relativa a que la evolución de la forma está siempre conjugada o en razón inversa con la involución de la cósmica e inteligente Energía que a la forma cobija. Así eran tanto más déficas y excelsas las entidades directrices aquellas de la Isla cuanto más vacilantes, incipientes y rudimentarias eran estas formas, realizándose con ello el verdadero Sacrificio Eucarístico de las edades, Sacrificio de Inefable Renunciación por el que los Dioses o Dhyans-Chohanes, venían a consagrar desde arriba con sus excelsos Espíritus, los frágiles cálices de unas formas animales corruptibles y perecederas llamadas a evolucionar para que ellos encarnasen.... ¡Cuán profunda fuera, pues, la intuición del sacerdocio egipcio al darnos los simbolismos de sus Animales-Dioses: el Pta, el Anubis, el Cinocéfalo, el Ibis, etc., etc., como tipos inferiores al hombre físico en la forma, pero superiores a él en una espiritualidad tanto más trascendente cuanto menos involucionada o decaída, toda vez que en extricto Ocultismo la Evolución de los Hombres hacia el Ideal entraña la Caída de los Angeles de los cielos!.... Y los imbéciles poetastros romanos como Juvenal, cumpliéndose con ello la profecía de Hermes—llegaron, sin embargo, a burlarse impíos de tamaña sabiduría egipcia exclamando aquello de: «¡Oh santas gentes a quienes en los huertos nacen dioses!....»

Dos cosas había allí, no obstante, que me parecían inexplicables: una, la de que habiendo creído entrar, al principio, en una cámara rectangular, los panoramas aquellos, con sus cósmicas representaciones de cielo y tierra, habían borrado por completo todo resto de techo, suelo y paredes, como si estuviésemos flotando sobre las aguas de un lago, de un lago semejante al que antes viésemos en el templo de Olisis. Una refulgente chispa brotada en mi glándula pineal me suministró al punto la clave del enigma; es a saber, que, sin darnos cuenta, éramos transportados en cuerpo mental al sagrado e iniciático lago aquel en el que, según se le escapó decir a varios clásicos se celebraban en los cinco grandes templos consabidos, las representaciones de los Misterios.

Mi otra duda se cifraba en que desde nuestra entrada en aquella Cámara del Sol o de la Primera Raza de la Isla Sagrada, si bien los cinco amigos de la ocultista lira de nuestras cinco almas seguíamos vibrando al unísono, la cuerda, digámoslo así, representada por el doctor, *el sol de nuestra expedición*, vibra más in-

tensa que las otras..... Entonces una voz secreta reprodujo en mi oído aquel comentario de *La Doctrina Secreta* que dice: «La primera raza humana nació en la Isla Sagrada bajo el patrocinio del Sol», es decir, de los grandes Seres que del Sol viniesen y el símbolo más perfecto de ellos entre nosotros era ese mismo y querido doctor cuya intuición sublime de cuando los vargueños nos había sacado de Sevilla arrastrándonos como el sol a sus planetas..... hacia aquella excepcional aventura ocultista.

Embebecido en tales contemplaciones, no me di cuenta al principio de que nuestro astral horizonte se ensombrecía más como si nos fuésemos sumergiendo más y más en verdaderas aguas genesiacas que arrastraran nuestros nuevos cuerpos con rumbos desconocidos. Así, cuando acordé vime rodeado de una obscuridad cimeriana, como no hay idea ni aun para el que se ha visto, como yo me he visto, sin luz en el fondo de una mina carbonífera, Con los ojos desmesuradamente abiertos, busqué a mis compañeros, a quienes ya no veía; quise gritar, pero aquella mi nueva garganta astral, no emitió sonido alguno; quise huir y ¡horror de horrores! sentíme aprisionado entre una masa de pesantez y vizcosidad tal que no me permitía el movimiento más mínimo. Sensación semejante era sin duda la del sepultado vivo, y, lo que es

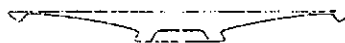


„Sepulcro para vivos.

peor, si cabe, mi sér entero parecía pugnar de un modo espantoso entre el estado de conciencia que acababa de tener en mi nuevo cuerpo astral o etéreo que bogara ya lejos entre tantas maravillas y el antiguo y habitual estado de conciencia en mi abandonado cuerpo físico que yacía en efecto aprisionado en el frío y marmóreo sepulcro de aquella iniciación atlante, entre lotos y adormideras.....

El lector no puede formarse sino una palidísima idea de tal tormento sino recordando la infinita amargura que experimentamos a raíz de las grandes desgracias de familia al despertar angustiados tras un ensueño feliz, mejor aún al padecer las angustias mortales de la pesadilla..... Sentíame como caer en la nada, aniquilándose mi ser, pero, recordando las enseñanzas ocultistas aprendidas del doctor, cuanto por la lectura de los libros teosóficos, comprendí al fin que aquello no era sino una mera vacilación de mi conciencia sublimar que se había apartado un momento de la realidad astral en la que funcionaba, para pretender retornar, contra las leyes de aquella iniciática ordalia, al antiguo estado de conciencia en mi inerte y sepultado cuerpo físico.

Así era, en efecto, y con infinito deleite que contrastaba con el anterior estado de indescriptible agonía, víme, otra vez en mi nueva conciencia astral, y en unión de mis cuatro compañeros como si nada ocurriese, una vez perdida la conciencia de retorno a mi cuerpo físico postrado en el túmulo. A todos, por lo que se vió, les había acontecido lo mismo, salvo al doctor, que ya otras veces había sido sometido a esta terrible prueba yogui de los enterrados vivos. Así nos lo comunicó éste, en efecto, en el extraño y telepático lenguaje intuitivo con el que nos veníamos entendiendo a maravilla a lo largo de nuestro viaje desde que, saliendo cuál por la frente, cuál por el costado o por el epigastrio, habíamos dejado nuestros cuerpos materiales yacentes en nuestros sendos sepulcros.

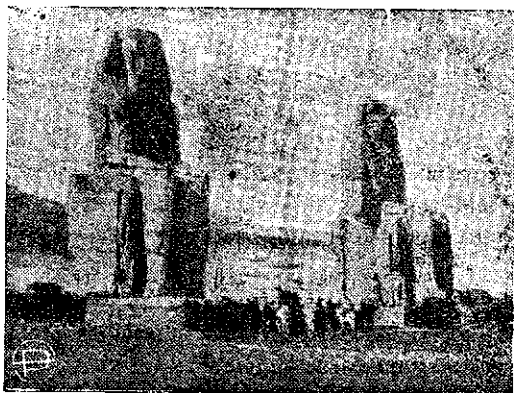




---

## CAPITULO V

### EL SECRETO DE LOS DIOSES



*La cripta segunda, o de Júpiter.—Adam el Kadmon.—La eterna conjugación de la materia con el espíritu.—El azul, padre de todos los verdes.—Revelaciones de «El Banquete» de Platón.—La bendita maldición de los sexos.—Mistificaciones griegas, según Philón de Biblos.—El «Templo de las paredes transparentes» y la sagrada «Piscina de los Misterios».—La curación de las enfermedades del alma y las pedestres interpretaciones materialistas.—El argumento de las edades.—El continente hiperbóreo.—La Hueste de los Hombres Celestes o Seres Divinos.—El primer Júpiter.—Jehovah.—Elohim.—Iacho, Baco, Dionisios, Gerión, Hermes, el Cid, Hércules y demás «vaqueros».—Los Reyes Pastores y el Dios Único, sin nombre ni culto.—Claves para una síntesis mitológica.—La fábula emblemática de Diodoro de Sicilia.—Urano, Hyperión, Clitone, Neptuno, Basile, Helios y Sylene.—El Océano, eterna Matriz.—El Sol y la Luna primitivos.—Los atlantes y el «Om-Mani-Padma-Hu».*

Penetramos luego en una segunda cripta descendiendo por cinco tramos de plateado estaño: ¡el sagrado metal de Brihaspati, Júpiter o lo! Las correspondientes *Columnas de Hércules*, del pórtico de aquella cámara consagrada al primitivo Júpiter astrológico, ya no tenían la inscripción de «plus-ultra», sino la cabalística de «Adam-Kadmon» o «El Hombre Celeste», es decir, la Hueste colectiva de los sucesores de aquellos Dioses de la Isla Sagrada que en el continente septentrional de la Tierra iban a seguir cobijando a la evolución naciente, con arreglo a la eterna conjugación de la involución descendente del Espíritu con la evolución ascendente de la Materia, es decir, de las formas físicas terrestres, al tenor de la eterna luz de la razón inversa que ya conocíamos.

Sobre el ara diamantino del centro fulguraba el sacro planeta con luz como de oricalco en la que se mezclaban de un modo extraño las coloraciones áureas y argentinas del Sol y de la Luna, produciendo, no se cómo, un astral azul del que ni idea puede darnos la coloración de la propia bóveda celeste, y no bien penetramos en el recinto, Montalvo, el hombre de lo, como le llamábamos siempre, recordando sus estudios de los templos, de la diosa que había visitado en sus múltiples viajes; apareció transfigurado a su vez, como antes lo estuviese el doctor en la cámara solar de por cima...

¡El azul de Júpiter, el padre de todos los verdes, era la nota de la cuerda de su alma, sin duda en los ocultistas acordes de aquella nuestra lira, que el maestro pulsaba maravilloso e invisible, allí a nuestro lado mismo, poniéndonos así a tono con las increíbles sublimidades que veíamos!

Las mentes de los otros cuatro compañeros de Montalvo dibujábamos al par *melodías complementarias*, de las tónicas que el alma de éste nos iba dando, todas relativas a los seres bisexuados, o más bien asexuados de la segunda raza o Raza Hiperbórea que precediese a las ulteriores razas con sexo, y a la que se alude en *El Banquete*, de Platon, cuando nos enseña que «Primitivamente los Hombres fueron asexuados y bisexuados, siendo su grandeza tal que los dioses envidiosos—los *Typhones* y *Titanes* de las teogonías—les separaron en sexos, labrándoles así su desdicha futura.»

Una de estas notas—la más permanente—se refería a la propia Mitología en cuya selva inextricable penetrábamos ya con sólo pronunciar los augustos nombres de Júpiter y de lo. Razón sobrada tenía el gran Filón de Biblos (apud Eusebius. *De Preparatione Evangelica*, l. 1 c. 10) cuando dijo: «Los griegos, como de más curioso y elegante ingenio que las otras gentes, fueron los prime-

ros que se apropiaron las antiguas enseñanzas como propias: más deseando suavizar los oídos y ánimos con el deleite de las fábulas, las exajeraron sobremanera con nuevas y muchas adiciones mentirosas, para su ornato. De aquí Hesiodo y los demás poetas notorios, cuyas fábulas se oyen en todas partes, fingiendo como propias suyas las batallas de los gigantes y de los titanes, con otros sucesos y blasonando de ellos a cada paso y en todo lugar oprimieron y desnaturalizaron en cierto modo la verdad.

Nuestros oídos acostumbrados ya desde la infancia a sus ficciones y preocupados con aquellas opiniones propagadas por muchos siglos, conservan la vanidad de las fábulas de tal suerte que es dificultosísimo el evitar que la verdad se repunte como fábula, y, al contrario, que se tengan las narraciones adulteradas, como verdaderas. Y por esta razón se ha dicho también que Hesiodo es el Sanchoniaton en verso, y uno y otro, es en prosa Apolodoro, el iniciado que supo salir tan admirablemente de la pavorosa selva mitológica a cuyas fieras, tanto y más que a las de las pasiones, aludiese en su epopeya el Dante...

Con razón la antigüedad sabia llamó al templo de Hércules, *el Templo de las paredes transparentes*, no porque ellas fuesen cristalinas en el sentido literal de la palabra, sino aludiéndose con ello al mágico fenómeno que acaeciese,—como nos acontecía a nosotros— a todos cuantos tuviesen el privilegio de penetrar en sus criptas.

En efecto, a poco de vernos allí, sin casi tener tiempo de admirar los aún más complejos simbolismos geométricos de sus paredes, algunos alusivos ya a lo que solemos llamar *geometría de las ene dimensiones*, techo, suelo y paredes se desvanecieron, como si por segunda vez fuésemos llevados al iniciático *Lago de la representación de los Misterios*, o *Piscina sagrada*, eterno escenario de todo templo como aún se vé en los actuales de la India y se recuerda de todos los ibéricos y greco-romanos.

¡Oh divina enseñanza de todas las espiritualizaciones poéticas de nuestras tradiciones y lenguaje,—nos dijimos—¿qué de extraño tiene el que en tales piscinas de la salvadora y Eterna Enseñanza de las Edades quedasen curados instantáneamente, en lo físico como en lo moral cuantos devotos se bañasen—es decir, se instruyesen—confiados y amantes en sus aguas?... ¡Malditos seais, pues, vosotros excépticos y materialistas empedernidos que al cambiar por la letra que mata el Espíritu que vivifica, no sabéis comprender el simbolismo poético y pretendéis, locos, tornar o hacer un animal del Hombre, del Hombre con mayúscula para distinguirlo de ese despreciable *homunculo* con minúscula, que siendo de polvo en polvo se ha de convertir!

Sobre el lago mágico, continuaba, en efecto, el pasmoso argumento de las Edades que se nos iba dando para nuestra enseñanza o iniciación. Así, vimos diseñarse seguidamente sobre sus aguas al modo de los vívidos cuadros de un cinematógrafo sobre la blanca pantalla de proyección, toda la historia del continente segundo o Hiperbóreo de que nos habla tan por extenso *La Doctrina Secreta* de la Maestra H. P. B. y de las que, por tanto no habremos de dar más detalles aquí. Baste apuntar, tan sólo, que gradualmente fuimos pasando de los panoramas, por decirlo así, continentales de aquella gran masa de tierras boreales en forma de herradura que antecedió y siguió a la Lemuria, hasta los panoramas históricos tan desnaturalizados por la fábula griega a partir de Hesíodo y de Homero, al tenor del aserto de Philón de Biblos y de lo que Platón mismo dice respecto del autor de la Iliada, a saber que había que coronarle como poeta y luego desterrarle de la República, por sus desnaturalizaciones de la verdad histórica, sin duda.

Las revelaciones de estos últimos panoramas que sobre aquel mágico lago iniciático se nos hacían, versaron en efecto, acerca del androgínismo luni-solar de Io, Isolda o el viejo símbolo de Parabrahman y Mulapracriti u Osiris-Isis. Los Hombres celestes, Señores o Elohim de aquella segunda Raza Troncal, empezaban entonces a mostrarnos sus infinitos nombres reveladores en medio de las ulteriores y caóticas teogonías de milenios después y de estos nombres era el primero el de Júpiter o Io-pitar, es decir *el padre de Io*, el Espíritu de aquella colectiva *Hueste* de creadores que al descender sobre los tipos físicos ya evolucionados de las formas de la Naturaleza—la Madre Tierra o Io—para preparar la nueva raza lemuriana de hombres con mente y desdoblados en sexos, dió lugar a la fábula griega de *los amores* de Júpiter con la virgen Io, la cual fué transformada en «ternera celeste», o *Vaca sagrada* de los orientates para así escapar a las iras de Juno, todo al tenor de la enseñanza necromante tan del gusto de Occidente, que propenden siempre, como es sabido, a dar caracteres de muerta unión sexual-animal al Divino e Hipostático Consorcio a-sexual del Alma humana, con el Espíritu que la fecunda y cobija.

De aquí, pues, el primer Júpiter de la teogonía griega, Padre de todos los dioses, señor del Universo y hermano de Urano o Ur-Auas, es decir del Fuego y el Agua primitivos, pues es sabido, según el clásico, que en el panteón griego figuran cerca de trescientos Júpiter. En su otro aspecto de Jove o Iod-Eve, es el *Jehovad macho y hembra* o andróginos y colectivos. *Elohim* de los libros mosaicos; el *Adam* el *Kadmon* de los cabalistas, el *la-cho*



o Inacho de la Anatolia, que también es el *Baco* o *Dionisios* de los fenicios continuadores de la primitiva teogonía de Sanchoniaton falsificada, al par que la cáldea, por el funesto patriarca Eusebio como íbamos viendo sucesivamente.

El carácter asignado también a Júpiter como «Hombre celeste» dió lugar asimismo, según aprendimos allí, a no pocos típicos nombres nórdicos, tales como el de *Herr-man* y *Herr-manas* o *Hermes*, literalmente «el Hombre divino» o «el Señor hombre», *Alcides* o *el Cid*, precursor teogónico de todos nuestros *Cides* prehistóricos del Romancero, y al glorioso nombre popular en la leyenda universal del Penjab y el Ragistán relativa a *Hari-Kulas* o «Hércules», «el Señor-Solar», «el prototipo de la raza del Sol», el *Hari-Mukh* de Cachemira o sea «el Sol en el horizonte de la Vida», como nos enseña la Maestra en su obra ocultista *Por las grutas y selvas del Indostán*, con todo lo cual queda ya inaugurada la gloriosa serie de cuantos Hércules se han conocido en la leyenda o en la historia.

Por otra parte las ideas allí adquiridas, relativas a Júpiter y a su Vaca de lo, nos facilita el significado de otra porción de nombres arcaicos, tales como el mismo de Gerión o Ferión,—el que lleva las Vacas,—el de *Hyperión Bósphoro* literalmente «el conductor de la Vaca», lo mismo que *Ganthaun* «el Budha» y, en fin, todos los detalles que antes habíamos leído en la obra de Huerta y Vega relativos a las «corridas de toros» en el templo platónico de la Atlántida, con cuanto a este tenor de la *Vaca Sagrada* o Isis, ya había yo tenido la dicha de consignar y detallar además en mi libro *De gentes del otro mundo*.

Mágicamente iluminado Montalvo por aquellas revelaciones estupendas alzó la voz, como si dijéramos, exclamando:

—¡Oh prodigio de prodigios!... Ahora veo por primera vez en mi vida que toda esa exhuberancia en los nombres de los dioses se debe a la multitud infinita de pueblos que han conservado las leyendas históricas relativas a aquellos Seres Divinos, Celestes pastores y Padres de la naciente Humanidad física; a la fantasía de los ignorantes pueblos sucesores quienes, al ponderar sus cualidades pasmosas y los innumerables beneficios de ellos recibidos, daban un nombre a cada una de aquellas cualidades, o de estos beneficios, y sobre ello luego, pueblos excesivamente fantaseadores como el griego, labraban un mito. Así la Hueste colectiva de los *Señores* o Elohín simbolizados todos por el hierograma a-sexual de lo, tienen docenas de nombres en cada lengua y un centenar o un millar de mitos por cada nombre de éstos, en su lengua respectiva, cosa, por otra parte análoga a lo que aconte-

ce en lenguaje literal y figurado hasta con las cosas más comunes de la vida. De aquí que la tarea de síntesis, que aún está por hacer en las Religiones comparadas, haya de ser el retorno de todos estos mitos y personajes *cualitativos* a una suprema unidad: al Dios Único y Sin Nombre de los tartesios y de otros pueblos primitivos, no por supuesto en el idolátrico y antropomorfizado de las religiones vulgares, sino en el de esa misma *Hueste Colectiva* de Seres Divinos encarnados, verdadera *Fraternidad Celeste*, en la que si pudo haber categorías—inefables todas para nosotros—no se dieron, no, *leyes de generación ni de sexo* como las que entrañan las falsificaciones greco-semíticas posteriores, porque está tan por bajo de ellos el fatalismo de la humana generación que jamás uno de estos Seres provino de comercio sexual, ni tuvo nacimiento en femenina vulva como la necromancia religiosa del modo más hipócrita ha querido hacernos creer...

Todos asentimos al criterio de Montalvo, transfiguradas nuestras mentes con los Misterios inefables que seguíamos viendo representarse en la Sacra Piscina reveladora y no puede pintarse brevemente el placer espiritual que con ello sentíamos, cual el chico cuando articula y compone los dispersos pedazos de enrevesado rompecabezas, o como el grande cuando logra la clave evidenciadora de un problema abstruso que pusiese a prueba sus facultades investigadoras.

Poseedores así de la clave unificadora, podíamos seguir el argumento histórico-clásico relacionado con cada uno de los nombres truncales antedichos, cual si cada cuadro de los sucesivos fuese un capítulo, o, valga la frase, una viva explicación como de diccionario que llevase a su cabeza la palabra correspondiente: Io, Bóforo, Júpiter, Hércules, Neptuno, etc., etc., polimerizaciones diversas de un mismo Personaje Divino o de una misma familia de Personajes Divinos cuya acción salvadora actuó sobre grandes regiones y hasta sobre la totalidad de los habitantes del planeta, como vemos también con los fundadores de las grandes religiones posteriores: Buddha, Moisés, Mahoma o Jesús, cuyas doctrinas salvadoras no se ciñeron a un pueblo, sino a todos... ¿Quién, sea del rincón que fuere, no ha oído hablar algo de los mismos genios históricos Platón, Cervantes, Shakespeare, Leibnitz, Beethoven, etc., etc.? ¿Y, acaso, al perderse un día su memoria, no habrán de quedar ocultos sus nombres tras los de discípulos suyos *diferentes* en los diversos países hasta el punto de no ser ya identificables?

Los rosacrucés, cabalistas y otros ocultistas europeos, por ejemplo ¿no tienen un fondo común de enseñanzas que fueran antes de Hermes, de Pitágoras o de Platón o de otros desconocidos?...

De este modo al cuadro que siguió le podríamos rotular con el nombre de «*Hypertón*» con cargo al emocionante relato místico, que el libro 3, capítulo 56 al 60 de la *Historia* de Diodoro Sículo nos da respecto a la suerte de este «hiper» o *Supremo Io* y sus dos hijos *Helios* y *Selene*, prototipos de los dos sexos ya separados, masculino y femenino, en estos términos:

«Los atlantes habitaban una comarca marítima y muy fértil. Diferían de todos sus vecinos por su piedad hacia los dioses y por su hospitalidad. Pretenden que todos los dioses han nacido en su nación. El más famoso de los poetas griegos parece haber sido de la misma opinión cuando pone en boca de Juno estas palabras, que antes viéramos, de:

Quiero ver en los confines de la terrestre mansión  
Al Océano y a Thetis, a quienes debemos la existencia.

Dicen que su primer rey fué Urano que reunió en ciudades a los hombres que hasta entonces habían vivido dispersos por las campiñas. Los apartó de la vida desordenada y brutal que llevaban y les enseñó el uso de los frutos de la tierra y la manera de conservarlos, con muchos otros inventos utilísimos. Su imperio se extendía por casi toda la Tierra, sobre todo por el lado de Occidente y Septentrión. Como fué siempre atento observador de los astros determinó muchas circunstancias de sus revoluciones. Midió el año por el curso del Sol y los meses por el de la Luna, designando el comienzo y el fin de las estaciones. Como los pueblos hasta entonces ignoraban cuán regular y constante es la marcha de los astros, admirados de la exactitud de sus predicciones le supusieron dotado de una naturaleza sobrehumana y después de su muerte le otorgaron honores divinos, a causa de sus conocimientos astrológicos y los bienes que de él habían recibido. Dieron así su nombre a la parte superior del Universo, tanto porque creían que él sabía todo lo que acaece en el cielo, como por patentizar la magnitud de su veneración con el honor extraordinario que le rendían. Le llamaron, en una palabra, el rey eterno de todas las cosas.

Se dice que Urano tuvo cuarenta y cinco hijos de diversas mujeres y que además tuvo de Titaea otros diez y ocho hijos. Estos últimos, a más de sus nombres respectivos, recibieron el colectivo de Titanes por causa de su madre. Como Titaea sobrepujaba a todas las demás mujeres en todo género de virtudes fué también puesta en el número de los dioses por aquellos a quienes había colmado de bienes durante su vida y fué llamada *Tierra*. Urano fué asimismo varias hijas de las cuales, las dos primeras se han hecho célebres. La una era Basilea, que significa reina, y la otra Rhea, a quien algunos llaman también Pandora. Basilea, que era

la mayor, era asimismo la más prudente y más hábil. Ella educó a todos sus hermanos, con abnegación de madre. Cuando su padre ascendió a la categoría de los dioses, los pueblos, y sobre todo sus hermanos, la obligaron a ocupar el trono. Era todavía virgen y por un exceso de pudor no quería casarse. Finalmente para tener sucesión en la corona se desposó con Hyperion, que era el hermano a quien más quería y de él tuvo un hijo y una hija, que se llamaron Helio y Selene, los dos admirables por su hermosura y por su virtud. Estas prendas, sin embargo, atraieron sobre Basilea la envidia de sus hermanos; que temían además que Hyperion se hiciese dueño de todo el imperio, por lo que concibieron un designio execrable, pues concertaron el degollar a Hyperion y de ahogar en el Cridano a su hijo Helio que era todavía un niño. Cuando Selene se enteró de tamaña desgracia, como a nada amaba tanto como a su hermano, se arrojó desde lo alto de su palacio. Basilea mientras buscaba a lo largo del río el cuerpo de su hijo Helio, se desmayó. Creyó ver a su hijo que la llamaba y la decía que no se afligiese por su muerte, añadiendo que los titanes recibirían su castigo; que su hermana y él iban a ser admitidos en el rango de los dioses por decreto del Destino; que aquello que antes se llamaba en el cielo «el fuego sagrado», se llamaría desde entonces Helio o el Sol, y que al astro llamado hasta entonces *Menes*, se le dominaría *Selene* o la Luna. Al volver en sí Basilea contó su visión a los que le seguían, prohibiendo que la tocasen. Al punto cayó en una especie de frenesí y tomando en las manos cuantos juguetes de su hija podían hacer algún ruido, erró por todo el país, poniéndose a correr y a danzar, con la cabellera suelta, como lo habría hecho al son de los tambores y los timbales en las fiestas, causando la compasión de cuantos la veían. Todo el mundo sentía hacia ella la piedad más viva; algunos pretendían detenerla cuando, de repente, cayó una enorme lluvia acompañada de horribles relámpagos y truenos. En aquel instante Basilea desapareció. El pueblo, cambiando entonces su dolor en admiración colocó a Helio y a Selene en el número de los astros. Eleváronse altares en honor de su madre y se la ofrecieron sacrificios al ruido de tambores y timbales a imitación de lo que ella había hecho.

Después de la muerte de Hyperion, los titánicos hijos Urano partieron entre sí el reino. Los dos más célebre fueron Atlas y Saturno. Habiéndole correspondido en suerte a Atlas las regiones marítimas, este príncipe dió su nombre a los atlantes sus súbditos y a la montaña más elevada de su país. Se dice de él que era astrólogo consumado y que representó al mundo en una esfera, razón por la cuál se ha pretendido que llevaba el mundo sobre sus espaldas; fábula que es una viva alusión a su inventor.

Atlas tuvo varios hijos, pero el más notable por su piedad, bondad y justicia fué Hespero, y habiendo subido a lo más alto del monte Atlas para observar los astros, fué súbitamente arrebatado por un viento impetuoso, sin que se le haya vuelto a ver jamás. El pueblo, emocionado ante el prodigio, y en recuerdo de las virtudes del joven *Hespero* le confirió honores divinos, dando su nombre al más brillante de los astros del cielo...»

—¡Estupendas revelaciones!— me dije a mí mismo viendo claro por primera vez en los orígenes del pueblo atlante sumergido, y el doctor cuya comprensión siempre era la más profunda, añadió:

—Estos cuadros nos enseñan la eumerización de toda una primitiva dinastía. Primero nos encontramos con el Océano u *Ome-ce-auas*, que no es sino una variante protosemita del primer cielo o Emanación divina de los nahoas o proto-semitas y cáldeos mexicanos: el *Ome-ce-cu-tli*, literalmente, según Alfredo Chavero, *el cielo de los Dos en Uno*, es decir, la Primitiva *Mónada* pitagórica después de emanar la *Dúada*, el Hábito, en fin de la Divinidad Abstracta e Incognoscible enlazando con la Materia Primordial o *Mulaprakriti* védica con el Espíritu Supremo, *Parabrahman* o *Purusa*. *Thetis* así, como esposa o contraparte de este Supremo Espíritu, no es, a su vez, sino la simbólica letra O griega, el primero de los simbolismos isíacos o de IO. Pero *Océano*, al darnos *Ome-ce-auas*, en su descomposición silábico aglutinante de las lenguas aquellas, equivale también literalmente a «Los Dos en Uno, llevados como Hábito supremo por sobre *auas* las Aguas Genesiacas», que el primer capítulo del Génesis diría.

Urano, a su vez, como primer Rey Divino de la primitiva Atlántida en sus orígenes, no es sino *Ur-Auas*, *el Fuego y el Agua primordiales*, que equivale a lo mismo, determinando el primer culto luni-solar de la Andrógina IO, es decir la aparición de la Astro-teología cáldea y por eso Urano el *Asura-maya*, el primer atlante no es sino el primer revelador de los misterios de los cielos, siendo confundido por la grosera astro-idolatría ulterior, con los cielos mismos.

Por boca del doctor no parecía sino que hablaba nuestro Gurú mismo, según eran de lúcidas y trascendentes las ideas que emitía. Invitado, pues, por todos, continuó diciendo:

—En cuanto a Basilea y Rhea-Pandora, hijas de Urano y de la Tierra (la Tierra-Materia, no la Tierra planeta, por supuesto) no son sino la continuación atlante del tronco de la Buena-Magia, ya amenazada de muerte por la otra rama de la Magia Negra, simbolizada por los titanes o titanas: literalmente «los de las aguas del It», término mágico este de *It* o *Ti*, del que de tan extraña manera

nos habla *La Doctrina Secreta* (1), que persiguieran de muerte a aquella noble rama lunisolar de los hijos de Hyperión y de Basilea, llamados *Helios* y *Selene*, niños, es decir «escuelas de Adeptos», que al desaparecer de aquí abajo, por la poderosa maldad de los *Titanes*, retornaron a sus celestes orígenes: el Sol y la Luna..... ¿Quién no ve en el ahogarse de Helios en el Eridano, al Moisés abandonado en las aguas, de la leyenda semita, al Quetzalcoatl, al Oanes y a tantos otros personajes similares de la leyenda sabia «que flotaron sobre aquel diluvio moral de perversidad necronante que tuvo que ser lavado al fin con un diluvio físico? Y es lo notable también que al ser dados a los dos luminares celestes los nuevos nombres de *Helios* y de *Selene* con los que han llegado hasta nosotros, hijos como somos de Atlántes y de griegos, se nos dan, de pasada, los nombres primitivos de Hyperión o *Hiper-Io*, *Io-pithas* para el Sol y de *Menes* o *Mani* para la Luna, es decir para toda la ulterior raza de los egipcios que a *Menes* tuvieron por primer Rey Divino, y para los escandinavos o protosemitas nórdicos cuyos bardos tantas veces han cantado a *Mani*, la Luna de sus teogonías. La propia invocación sagrada atlante contrapuesta a la aria de ¡*Aum!* o de ¡*Om!*, que reza, según el tomo tercero de *La Doctrina Secreta*: *Om-Mani-Padma-Hu*, no es equivalente en uno de sus más literales sentidos, sino a la de «los dioses Sol y Luna en el seno del sagrado Loto surgido de las aguas primitivas!!»



(1) Páginas 117 a 150 de nuestra obra *De gentes del otro mundo*.



CAPITULO VI

VENUS LUCÍFERA

*Venus y Marte en la cámara tercera.—El «alter ego» del Sol.—Ushanas-Sukra, el prototipo espiritual de nuestra Tierra.—La floración de los mitos de Venus.—La Estrella del Pastor y las cronologías venustas del patriciado sacerdotal primitivo.—Las luchas populares por la posesión de las claves cronológicas.—Astharté, Isthara y Tharsis.—El «Cheten» Bíblico.—Los primeros pobladores atlantes de Italia y el secreto de «Chitin».—El latín, lengua sagrada o de iniciación.—¡Siempre los cármes caládicos, sibilinos!—La Gramática como parte de una disciplina iniciática.—Clitone-Neptuno y sus diez simbólicos hijos.—Las tierras de Neptuno o Nephtin.—Atlas y los primeros reyes de la Atlántida.—Las «Excerptas» de Juliano y el «Aparato bibliográfico» de Pellicer.—El Evenor platónico y el Heber hebreo.—La Luna y los nombres latinos de los meses.—Las razas humanas de la Atlántida.—Los «pelasgos» de Nieburg.*

Por insensible continuidad, hacia el final del cuadro anterior que se refería a Héspero, Venus y las islas Atlántidas, nos sentimos trasladados a una tercera cámara en cuya Ara lucían juntos los dos planetas astrológicos y complementarios de Marte y de Venus. La roja coloración del uno y la blancura de espuma de la otra daban al ámbito aquel un rosáceo y hermosísimo tinte. La dormida *cuerda* de Cotta, nuestro buen Cotta, vibraba allí muy por encima de nuestras otras cuatro *cuerdas*, y, en punto a enseñanzas, los cuadros de la nueva y tercera serie, relacionados con la Raza y el continente de la Lemuria, no hicieron sino repetirnos gráfica al par que simbólicamente aquellas enseñanzas de la Maestra H. P. B. que dicen:

«Pitágoras llama a *Shukra-Venus* el «alter ego» del Sol. De los siete *Palacios solares* el de Venus-Lucifer es el tercero lo mismo en la cábala cristiana que en la judía que le hace mansión de Samuel... Según la Doctrina Oculta este Regente Planetario es el prototipo espiritual de nuestra Tierra, y cuantos pecados se cometen en ésta reflejan en aquel y, vice-versa, ocurre con los cambios que *Shukra-Venus* o *Ushnas* acaecen. Los *Daityas*, hindúes, o sean los *Titanes* de la alegoría occidental, están asimismo estrechamente relacionados con Venus-Lucifer, a quienes los cristianos posteriores identificaron con Satán. Venus, igual que Isis era re-

presentada por otra parte con cuernos de vaca en la cabeza como símbolo lunar o femenino de la Naturaleza..... *Shukra*, pues, o sea el Regente del Planeta Venus, encarnó en la Tierra como *Ushanas* y dió a los habitantes de aquella leyes perfectas que fueron desatendidas y violadas en edades posteriores..... por eso, dado que cada mundo tiene su Estrella-Padre y su Planeta-Hermano, Venus-Lúcifer (el Regente) y también *Shukras* y *Ushanas* (el Planeta respectivo) es, el hermano mayor «el Mensajero de Luz» de la Tierra, tanto en el sentido físico como en el místico»...

No hay que añadir que con esto quedaba nuevamente abierta la puerta a la poética floración de los mitos griegos, a base de la palabra *Venus* y sus homologías y derivaciones fabulosas, que sería imposible detallar.

Entre las infinitas enseñanzas que con cargo a la cámara de Venus recibimos bien pronto en el lago sagrado sobresalían, en efecto, las más estupendas revelaciones de los secretos cronológicos e histórico venustos del patriciado sacerdotal antiguo, cuyos cómputos de festividades, etc., no eran llevados al tenor de la marcha del Sol como nosotros, ni por la de la Luna, como los hebreos y otros muchos pueblos, sino por la Estrella del Pastor o, por mejor decir, por el planeta originario de los *Reyes Pastores*, los grandes Instructores Divinos quienes, para guiar a las primeras e infantiles razas ya físicas, con mente y con sexo, de la Lemuria, bajaron, se dice, de dicho planeta, cuya evolución, más adelantada que la nuestra, les permitiera así el sacrificio de prestarse a guiar los vacilantes pasos de nuestra joven Humanidad sobre la Tierra. ¿Quién podía pensar las guerras civiles tan cruentas entre patricios y plebeyos romanos que sobrevinieron siglos más tarde, precisamente por la posesión del secreto de tales cronologías venustas, sobre las que están hechos todos los códices mayas de nuestros museos, y que tanto chocan, en efecto, por no coincidir con el curso lógico de nuestras terrestres estaciones?

Porque Venus, para todos los pueblos primitivos más o menos relacionados en su origen con la Raza tercera o lemuriána como España era algo más que el Sol, místicamente pues que era la *Estrella Misteriosa* patria de nuestros Reyes Divinos ya indicados en anteriores cuadros. Así—aquella *Thar-is*, leído a la inversa con arreglo a la ley ocultista de la amura, aquella diosa *Tharsis* española, aquella *Astarté* o *Isthara* parsí cantada por Cicerón en su *De Natura Deorum* (libro 30), por Pausanias en su *Atica*, por Sóphocles en su *Trachinius*, por Plinius en su *Historia Natural* (libro 8.º, capítulo 7), por Plutarco en su *Pompeyo*; aquella Clíto o Clitone de Platón y de Diodoro Sículo, esposa de Neptuno, no era



otra que la *Estrella del Pastor*, mejor dicho, de los *Reyes Pastores* tan desnaturalizados luego en *nuestra historia* de Egipto.

Por eso, como variante eterna femenina del isiaco mito, Diodoro Sículo que la hace la *Tharsis* de España, como muchos otros clásicos, la hace también *madre de Italia*, al suponerle madre de *Chitin*, el primer poblador de Italia.

Pero *Chitin* o *Chetin*, a su vez, acaso no es sólo un rey sino toda una gran raza etrusca de venustos atlantes ocultistas, análogos a los mayas y nahoras del otro lado del Atlántico, ya que *chetin* se nos da siempre como equivalente a «lo escondido»; «lo oculto» tanto en el *Libro de Job* (c. 21, v. 3); como en el *Deuteronomio* (c. 32, v. 33); en la Profecía de Osseas (c. 13, v. 12); y en la obra de Servio (in 8. *En*); razón por la cual el propio Samuel Bochart en su *Geografía Sagrada* (l. 1, cap. 33) dice que el Lacio, colonizado por *Chitin*, viene de la palabra fenicia *lat* (su plural *latín*) que significa «encantamiento o brujería.»

Por eso también Cornelio Tácito en la *Vida de Julio Agrícola* nos dice que «los rostros colorados—es decir *marciales*—venustos o atlantes de los propios siluros ingluja; sus cabellos rizados y su vecindad con España hacen sospechar que los antiguos iberos pasaron el mar Cantábrico, ocuparon las Islas Británicas, cosa que más o menos claramente se indica también en la Geografía Ptolomeo (libro 2.º, caps. 2 y 3) en los *Anales* Tácitos (libro 12), en el *Claudio*, de Séneca, en Colino, en la *Historia de los Godos*, del arzobispo Jornandes y en el libro 4, capítulo 16 de Plinio.

Por esta misma causa de los venustos secretos de la raza de *Chitin* o *Chetin*—cuyo rastro aún perdura hasta en la palabra «¡Chitón!» castellana—la propia lengua del Lacio fué patricial, etrusca, iniciática y secreta en sus orígenes, como lo prueban los aún no bien comprendidos cantos de la *Fraternidad de los Hermanos Arbales*, o de *Arba*; sus conexiones con la primitiva lengua pelásgica o venusta y con el sánscrito, y como lo confirma la autoridad de Tito Libio y de Suetonio, al decir el primero que, en el año en que muriese el iniciado Ennio, «a las gentes patricias de Cumás—¡siempre y por siempre los sibinos *cármenes calcídicos*,—se les permitió el que pudiesen hablar públicamente el latín y que los mismos pregoneros pudiesen vender en aquella lengua», y, añadir el segundo que Crates Malotes fué el que introdujo en Roma la gramática—que era una de las cinco primitivas enseñanzas ocultas *Grammateia*, *Notaricon*, *Temura*, *Albath* y *Algath*, según H. P. B.—igual que Aristarco enviado con tal fin por el hispánico rey *Atalo* o *Atlante*, entre la 2.ª y 3.ª guerra púnica. El carácter iniciático del latín en sus primeros tiempos hizo decir al propio Ci-

cerón (*Orat. pro Arch.*) que «mientras las obras griegas se leen por casi todas las gentes, las latinas se contienen en sus límites, verdaderamente modestos», igual que ha pasado luego con la iniciación eclesiástica en lengua latina escrita en una parte considerable y cuya versión a lenguas vulgares fuese mal vista y aún prohibida por los cánones de los concilios.

No sé bien hasta qué punto el lector se sentirá abrumado con estas minucias de la historia más genuina y antigua, pero es lo cierto que nosotros al verlas palpitantes en aquellos cuadros de Misterio, lejos de fatigarnos parecían infundirnos nueva vida; ¡La vida de la Verdad Eterna de los siglos, porque en aquel estado mágico en que nos encontrábamos las cosas pasadas y las ideas a ellas relativas, eran tangibles y corpóreas para nosotros!...

Nuestra animación iba también en *creciendo* porque presentíamos que, por momentos, se nos aproximaba el descubierto del fúido velo que oculta los tiempos primeros y más gloriosos de nuestra Patria.

Desde nuestras lecturas platónicas de Alájar en la admirable obra de Huerta y Vega, recordábamos, en efecto, los pasajes del Timeo en que se hablaba, por decirlo así, del primer rey de la España atlante de la primera época de *La Buena Ley* en estos hermosos términos:

«Los hospitalarios atlantes se glorian de que en su país nacieron todos los dioses de la mitología fenicia, egipcia, libia, griega y latina, cosa confirmada por Homero cuando en su *Iliada* pone en boca de Juno la frase de «...los atlantes, quienes antaño me educaron en sus templos felizmente». En efecto, como dice aquel otro pasaje del *Crítias* de Platón, que desde Alájar nos era en parte conocido, «los dioses se repartieron antaño el mundo, instituyendo cada uno de ellos templos y sacrificios en su honor. A Neptuno le correspondió la Atlántida, donde moraba uno de esos seres primogénitos de la tierra que se llamaba Evenor y que tenía por compañera a Lencipa. Estos tuvieron tan sólo una hija llamada Clito, que ya era nubil cuando perdió a sus padres. Neptuno se enamoró de ella y se casaron. Entonces, queriendo hacer inaccesible la colina que ella habitaba la cercó con canales y murallas ligadas entre sí; dos de tierra y tres de agua, perfectamente circulares como si se hubiesen trazado a compás desde el centro de la isla. Así que la colina era inaccesible a los hombres, porque entonces no se conocían los barcos ni el arte de navegar. Como él era un dios, no le costó gran trabajo el embellecer el interior de la isla, tanto que hizo brotar de la tierra dos manantiales, uno de agua caliente y otro fría, e hizo producir a la tierra una cosecha abundante y variada.

La esposa de Neptuno estuvo cinco veces en cinta y cada vez dió a luz dos niños. Este los educó y repartió la Atlántida entera en diez porciones dando al primogénito de los dos primeros gemelos la morada de su madre y la tierra vasta y fértil que se extendía en derredor y le constituyó en rey de sus hermanos a quienes, a su vez, les entronizó sobre inmenso número de hombres y territorios. Al primogénito, le llamó Atlas, que es de quien la isla entera y la mar han tomado el nombre. Su hermano gemelo, nacido después, recibió en lote la extremidad de la isla vecina a las Columnas de Hércules, y de la tierra que se llama todavía Gadríca, a causa de dicha vecindad. El nombre griego de ésta era Eumelé y Gadirá en lengua del país. Los segundos gemelos se llamaron Ampéro y Evemon; los terceros Mneseo y Autochthono; los cuartos Elasippo y Mestor; los quintos gemelos, en fin, se llamaron Azaes y Diáprepés.

Todos los repetidos hijos de Neptuno y sus descendientes moraron en el país durante muchas generaciones y reinaban sobre muchas otras islas extendiendo su imperio, como ya he dicho, desde el estrecho hasta Egipto y el mar Tirreno. La posteridad de Atlas fué numerosa y venerada. El más anciano de la raza pasaba a ser rey, dejando luego el poder al de más edad de sus hijos, conservándose así el poder en la casta durante muchas generaciones.

Después de expresarse así el divino Platón acerca de Neptuno, de su primogénito *Atlas* o *Atlante* y de Gadríco, omitió cuidadosamente, como dice la Maestra H. P. B. en *Isis sin Velo*, el confiar a sus incompletos escritos del *Timeo* y el *Critias*, las narraciones complementarias que tocante a las verdaderas causas de la gran catástrofe le hicieron los sacerdotes saitas *Sonchis* y *Prenofis* o «Xeno-o-phís», literalmente «la Vieja Serpiente de la Sabiduría.» Pero, en cambio, al hablarnos de *Evenor* nos diseñó la genealogía de los primeros reyes atlantes según consigna Huerta y Vega, con estas palabras concordadas exactamente con los sucesivos panoramas iniciáticos que vamos viendo:

Por testimonio de Juliano el Diácono sabemos que *Heber* o *Evenor* significaba *Luna* en la primitiva lengua de los españoles. Al mes primero del año, se le llamaba *Ber* o luna primera, coincidente con la primavera o sea con Marzo. De aquí que el 7.º, 8.º, 9.º y 10.º mes o *luna* siguientes hayan recibido los nombres mixtos de *Septem-ber*, *Octo-ber*, *Novem-ber* y *Decem-ber* o sean las lunas séptima, octava, novena y décima del repetido año. También proviene de Heber el antiquísimo nombre de Irlanda, o sea *Hybernia*.

El *Chronicón* y las *Excerptas* de Juliano desaparecieron con

grave daño para la Historia de España, pero nos queda de ellas la cita que antecede del *Aparato bibliográfico* de Pellicer (l. 2, n. 7) quien añade: «Evenor, abuelo de los diez príncipes atlantes que señala Platón, fué el segundo rey de los atlantes españoles. Su propio nombre fué el de *Heber*, largas edades anterior a Ibero, y de cuyo reinado hacen memoria Menandro, Dionisio Afro, Juliano el Africano, Eustaquio y Constantino Porfirrogénito.

—Pero el verdadero nombre de *Neptuno* viene de *nephtyn*, «la última tierra del orbe», o más bien del de la diosa *Neith*, Isis, o la luna, con lo que entroncamos de nuevo el relato platónico consabido. De aquí el que Neptuno entonces, lo mismo que Heber o Evenor,—dijo Cotta—no sea sino un personaje lunar parsi o egipcio, que entroncó con la primitiva familia solar de la Atlántida representada por *Evenor* y *Leucipa*, datando del matrimonio de Neptuno y Clito toda la genealogía de príncipes atlantes que nos puntualizan los clásicos citados por Huerta y Vega. Pero no hay que olvidar que *Heber* equivale a Sol y Luna «o si se quiere al *Jod-hevan-he*» o Jehovah hebreo y *Leucipa* o *Lucifera* pudo muy bien ser más que «la de los cipos» la *Is-thar*, o *Tharsis*, «astro o estrella» persa, es decir, siempre la Venus parsi, siempre la Isis de la leyenda primitiva atlante-egipcia, a quien dicho autor supone primer rey —es decir primera reina—de España y aún de todo el Oriente atlante, siendo sepultada, según consigna el cronicón de Pedro Césaraugustano, en el promontorio llamado desde entonces *Cabo Sacro*.

—Niebuhr, dice Cantú—prosiguió Cotta con aquella inspiración que le caracterizaba desde que entramos—habla de los pelasgos neptúnicos con aquella perspicacia que le hace adivinar en los autores antiguos el verdadero sentido de lo que, sin entenderlo, refirieron y añade:

«Los pelasgos—de *piélagos*, el reino de Neptuno—no eran un tropel confuso de gente vagabunda, como algunos los pintan, sin naciones establecidas en tierras propias y florecientes y gloriosas en un tiempo anterior al conocido por los escritores griegos. No es ésta una hipótesis mía; es un convencimiento histórico que tengo de que hubo un tiempo en que los pelasgos, que constituían quizá la población más numerosa de Europa, habitaban todo el país que se extiende desde el Arno hasta el Po y hasta el Bósforo, si bien se interrumpía en la Tracia la serie de sus establecimientos, reanudándose luego por medio de las islas septentrionales del mar Egeo la cadena que unía a los tirrenos de Asia con los pelasgos de la Argólida.

Por lo que atañe a Italia, el mismo Niebuhr dice:

«Los pelasgos, denominación nacional bajo la cuál parece que estaban comprendidos en Italia los enotros, los morgetos, los sículos, los tirrenos, los peucecios, los liburnios y los vénetos, circundaban con sus establecimientos el Adriático no menos que el mar Egeo. Aquella parte de este pueblo que dió su nombre al mar inferior o sean los tirrenos, cuyas costas ocupaba mucho antes en la Toscana, tenía también un establecimiento en Cerdeña; y en Sicilia los climios, lo mismo que los sículos pertenecían a este tronco. En los países interiores de Europa los pelasgos ocupaban las vertientes septentrionales de los Alpes Tirolenses, y los encontramos bajo el nombre de peonios o panonios hasta en las márgenes del Danubio, si es que los teucros y dárdanos no eran pueblos diferentes. En todas las tradiciones primitivas los pelasgos se encuentran en el apogeo del poder, pero la historia los presenta ya en su declinación y decadencia. Júpiter había puesto en la balanza sus destinos con el de los griegos, y el platillo de los pelasgos fué vencido. La caída de Troya era el símbolo de su historia.»

Los beneficios que hicieron se descubren aún a través del velo de la fábula. En las pendientes del Olimpo, del Helicón, del Pindo, en aquella Arcadia en que la raza pelásgica se conservó pura y exenta de invasiones conquistadoras ponían los griegos el origen de la religión, filosofía, música y poesía. En las márgenes del Peneo apacentaba Apolo los ganados, y Orfeo amansaba a las fieras; y en Beocia fabricaba Anfión las ciudades con la lira, lo cual dió a Grecia aquel carácter que ya no perdió jamás. Así Oleno, Tamiris y Lino procedentes de aquel país fomentaron con sus cánticos el sentimiento religioso, celebraron las primeras hazañas de los helenos, los disuadieron de los sacrificios humanos y de los odios hereditarios, instituyeron ceremonias en honor de los dioses y divulgando ideas superiores a los intereses materiales, contribuyeron más a la civilización que las colonias procedentes del Mediodía.

Los reinos de Argos y de Sicione, los más antiguos de Grecia fueron fundados por los pelasgos. Pelásgicas eran las dinastías de Tebas, Tesalia y Arcadia, y a ellas debieron su fundación Tirinto, Micenas y Licosura, reputada por la ciudad más antigua de Grecia y de las islas. El mismo Dárdano, fundador de Troya, era originario de Samotracia, isla santa de los pelasgos tirrenos.

Otro pueblo pelasgo fué el de las orillas del Irtych, el lenisey y las faldas del Altai, a quien los siberianos recuerdan con el nombre de *Schodacos Chudos*. Estas gentes, según Pallas enseñaron a los alemanes el laboreo de las minas.

Hullmann, al ocuparse del oráculo de Delfos en su obra «Würdi-

gung des Delphischen Orakels», (Bona 1837) cree que Helenos no era nombre de pueblo alguno, sino de toda una confederación y que así se llamaron helenos todos aquellos pueblos que estaban bajo los Anficciones, a excepción de los pelasgos.

A Deucalión, se le supone hijo de Prometeo y sobrino del pelasgo Atlante, genealogía que puede indicar por una parte la procedencia de su colonia del Norte y por otra su parentesco con los pelasgos. ¿y quién sabe si sería su raza una tribu pelásgica distinta por su dialecto particular o acaso la misma de los griegos, curetas y léleges vencidos anteriormente por los pelasgos y después restaurados?— En otro tiempo griegos... ahora helenos, llama Aristóteles en su Meteorología (1.14) a los que habitaban en las cercanías de Dodona - Se dice en favor de este parentesco que de los pelasgos precisamente fué de quienes tomaron los latinos tantos vocablos griegos como aparecen en su lengua. Pero, ¿quién nos asegura que por el contrario, no fuese el griego la lengua propia de los pelasgos, y que los helenos no la adoptaron como hicieron los godos y longobardos en Italia después y más tarde los albaneses en la Grecia moderna?

Deucalión, pues, se estableció en las faldas del Parnaso, hasta que habiéndole arrojado una inundación a la Tesalia, expulsó de aquel país a los pelasgos, ocupó en Grecia reinos ya establecidos y ciudades amuralladas, e instituyó la asamblea de los Anficciones. De él nació Heleno, que dió su nombre a los helenos.»



---

---

## CAPÍTULO VII

El pecado de la Atlántida y El Angel de las Españas.

*La cuarta cámara iniciática.—Saturno y la Luna sobre el Ara.—Un émulo de Juanelo Turriani y la Luna de Medina Sidonia.—La primitiva Gran Guerra o del Mahabharata.—Atlas y su Atlántida.—Las Pléyades y las Islas Canarias.—La sabiduría ibérica y druída.—Los Titanes turdetanos y sus mil derivaciones etimológicas.—Los primeros rebeldes.—«La conquista de los cielos por la violencia.»—La eterna calumnia del pagano sacerdocio explotador.—Campanas ibero-etruscas.—¡Los eternos peregrinos!—Un éxtasis y una clave astronómica.—La moderna Tanaquil.—Palacios y esplendores atlantes.—La leyenda ibérica de Abraham y Sahara con Pharaón.—De qué modo se eclipsan las glorias más legítimas.—Aciertos de Moreau de Jonnés.—El enigma de las primeras edades de nuestra historia.—Tarteso-Tártaro y los clásicos.—La serpiente Tiphon y Picio Júpiter.—La primitiva Religión-Sabiduría se oculta.—El Hércules atlante y el misterio de las mil ciudades «Nysa».—Hércules-Dionisio y los pueblos atlantes.—Los «bueyes» de Hércules y el «Jardín de las Hespérides».—Los mágicos ogam-craobs de Bebrix y Gofinusa.—El árbol sagrado transplantado por Hércules.—La flecha y el escipho de Dionisio.*

¡Tocábame mi turno, mi lamentable turno en la cuarta cámara iniciática! ¡El turno de la Atlántida, «aquella tierra feliz o blanca, que se tornó en negra por el pecado!» Mis dos planetas sagrados Saturno y la Luna brillaban frente a frente, en efecto, sobre el Ara, produciendo una luz clorótico verdosa complementaria de la roja y atlante coloración de mi rostro. El luminoso zodiaco que se proyectaba detrás de la «diosa de los mil nombres», iba desfilando paulatinamente a la inversa de lo que vemos en nuestro cielo, pe-

ro si realmente el astro de las noches avanzase por las zodiacales constelaciones. Además ofrecía aquella Luna perfecta concordancia en sus fases de creciente, plenilunio, menguante y nobilunio, con la Luna que conocemos, y semejante maravilla me recordó al punto cierto relato extraño del viejo lobo de mar que nos trajese de Huelva, (1) relato al que hasta entónces no habíamos prestado atención y que era el siguiente:

Cierto misterioso gaditano de siglos pasados, émulo por sus habilidades del gran Juanelo Turriani, el del *hombre de palo*, de Toledo, había logrado construir para la vecina iglesia de Medina Sidonia una esfera de reloj luminosa por sí misma de noche como de día, y que representaba a la luna con fases estrictamente concordadas, con las del cielo, cosa, según parece, recordada también por Wells en una de sus novelas... No hay que añadir que, como brujo, se apresuró a ponerle a buen recaudo la Santa Inquisición.

Todo mi ser se estremecía de espanto ante la llegada de los horribles panoramas que presentía iban a seguir, porque, a partir de ese dios simbólico que le hemos visto llamarse con los nombres de Bósphoro, Júpiter, Neptuno, Poscidonis y cien otros, el cuarto continente y Raza de la Atlántida, sucesores de la paradisiaca Lemuria, empezó a dibujar los dos fatales Senderos de la Diestra y de la Sinistra, cuya lucha de más de 800.000 años está simbólicamente cantada en el poema oriental de *La Gran Guerra* o del Mahabharata, decidiéndose el ulterior destino entero de la Humanidad sobre la tierra con lucha tal que ante ella es ínfimo juego de niños cualquiera otra de las conocidas, incluso la última.

En efecto, según fuimos aprendiendo en los sucesivos cuadros iniciáticos, a Bósphoro o Neptuno, su esposa, la mortal Clitone, le dió diez hijos, dos a dos en cada parto, al tenor de lo que cuenta la leyenda que nos ha sido transmitida principalmente por Platón y por Diodoro, sucediéndole en el trono su primogénito Atlante de quien hubo de tomar el nombre todo el vastísimo continente y también las siete islas que sobrevivieron a la catástrofe con arreglo a la fábula de Platón en su Atlántida y al hermosísimo relato de Diodoro que dice:

«Atlas fué también padre de siete hijas llamadas Atlántidas y cuyos nombres propios fueron: Maya, Electra, Taygete, Astérope, Mérope, Alcyone y Celaeno. Amadas por los dioses y héroes más célebres, de ellos tuvieron hijos que pronto fueron tan famosos como sus padres y cabeza de numerosos pueblos, Maya, la primogénita, tuvo de Júpiter un hijo llamado Mercurio, que fué el inven-

---

(1) Este relato onubense es absolutamente histórico.



por de diversas artes. Las otras Atlántidas tuvieron también ilustres hijos, pues los unos dieron origen a diversas naciones y los otros construyeron ciudades, razón por la cuál no sólo aquellos bárbaros sino muchos de los griegos hacen descender de las Atlántidas a sus más antiguos héroes. Dícese, en fin, de ellas que fueron muy inteligentes y que por tal razón, después de su muerte los hombres las veneraron como a diosas, colocándolas en el cielo bajo el nombre de *Pléyades*. Las Atlántidas recibieron también el nombre de ninfas que era como en su país se denominaba a las mujeres, por ser las mujeres «por antonomasia.» Su nombre colectivo viene del de su madre *Pleyone* u *Oceanitide*, o más bien de *pleción*, unir, por la estrecha solidaridad que siempre mantuvieron entre sí y con sus otras cinco hermanas *las Hyadas*: Phesita, Ambrosía, Coronis, Eudora y Polixto, quienes, a la muerte de su hermano Hyante bajo los colmillos de un jabalí, le lloraron tanto que también fueron colocadas en el cielo, como dice Hygino en sus *Fábulas*, entre los cuernos del Toro.»

Y al par que se nos venfan a las mentes estos simbólicos relatos, los cuadros nos presentaron un espectáculo arto singular: el de las cinco típicas constelaciones de *las Pléyades*, *Casiopea*, *las dos Osas* y *el Caballo Pegaso*, afectando análoga figura que la demarcada en nuestros mapas por las siete islas Atlántidas supervivientes de la gran catástrofe: ¡El singular y bellísimo archipiélago canariol.... ¿Qué estrechas analogías guardan entre sí los cielos y la Tierra cuando se saben interpretar sus simbolismos?—nos dijimos. ¡Siempre la clave de Hermes, de que lo que está arriba es como lo que está abajo!

Concordando con tales bellezas, vinieron otras no menores de la época más pura y más gloriosa de toda la historia de España, desde aquel Evenor o Heber, que, según refiere Juliano el Africano citado en el Cronicón de Pedro César-Augustano, recibió, con arreglo a la más santa de las leyes de la hospitalidad tartesia, al parsi Neptuno «el dios que vino por mar en navíos forrados con pieles de toro»—¡siempre el mito las consabidas *Vacas!*—Neptuno, al desposarse con Clitone hija de Evenor al tenor del relato platónico, fué tronco de aquellos simbólicos diez príncipes—¡los príncipes de IO!—quienes llenaron de gloria el atlante continente, sosteniendo uno, Atlas, «todo el peso del mundo sobre sus hombros», quiero decir, todo el peso de los destinos ya vacilantes de la cuarta Raza, próxima ya a separarse en los dos senderos de la Diestra y de la Sinistra, y fundando el otro, Saturno, las primeras ciudades tartesias con Gader a la cabeza, razón por la cual ha pasado a la posteridad con el nombre de *Gadír* en vez del

griego de Eumelo, pues con entrambos nombres consta en los relatos de Platon..... Era esa la primitiva época en la que, según Josefo, en su libro 1.º *Contra Apionem*, España era conocida por los hebreos asiáticos con el nombre de *Sepharad*, derivada de *Sephariun* y en la que los españoles y galos, al modo de la China antigua, no mantenían comercio alguno con los demás pueblos que ya habían comenzado a corromperse con los más absurdos vicios y la más necromante de las idolatrias.

Por eso, sin duda, el sensato Estrabón pudo decir en el libro 3.º de su Geografía que «los pueblos turdetanos y túrdulos excedían en sabiduría a todos los demás; estudiaban las ciencias y las artes, eran *vates*—es decir *adivinos* en el mejor sentido de la palabra—; tenían volúmenes sagrados—especie de Eddas escandinavos—de la más veneranda antigüedad; conocían el uso de la escritura y se gobernaban por leyes escritas en verso», ni más ni menos que los hindúes en los tiempos posteriores de la literatura de los Vedas. Eran, pues, aquellos españoles devotos del simbólico Pan, que diría el perdido manuscrito de Rafis, verdaderos y gallardísimos *Titanes*, es decir, humanos *rebeldes* contra la letra muerta de los nacientes dogmas creados por un sacerdocio incuo, y desfiguradísimos por éste después, en libros como nuestra *Versión bíblica de los Setenta*, donde se mencionan a estos divinos *Titanes* o *Titamin* (números, c. 13; *Psalmos*, 77; *Isaías*, c. 19) como perversos *Satanes* por noble *delito* alabado por el propio Evangelio al decir en él Jesús que «el Reino de los Cielos sólo puede ser conquistado por la violencia y la rebeldía», la rebeldía contra nuestros vivires de bestias, vegetando cual rebaño bajo el diente cruel de lobos con pieles de candidas ovejas....

Aquellos Titanes hoy tan calumniados por la mogigatería filosófica, eran gentes separadas de los demás por sus virtudes, como lo prueban el mismo nombre patronímico de aquellas gentes *gadricas* en recuerdo de las cuales hubo luego (Josefo c. 12, v. 13) un *Gader* palestino en la tribu de Judá, con su primitiva significación de sitio reservado y *vallado* contra los embates de la maldad—un «vallado en lid» o Valladolid, como si dijésemos—y hubo también un *Gador* en los Paralipomenos émulo del *Gadirico* o *Cadírco*, el de Gades la inclita «de los honores romanos, Juan de Ami» tenía, pues, razón, según lo que en los cuadros iniciáticos veíamos, y de aquellos *titanes* y *titánias* provinieron luego todos los nombres ibéricos acabados en *tania*, como Lusitania, Mauritania, Tinpitania, Edetania, Jacetania... ¡los nombres de los pueblos virtuosos que conservaron, como diría Estrabón, el santo amor a la filosofía y a las guerras contra la rebelde Naturaleza,

no a las guerras entre los hombres que hermanos somos, «viviendo seguros y quietos, como dice San Agustín, (*De Civit. Dei*, c. 3) y Diodoro (l. 5.<sup>a</sup> c. 2) con purísimas costumbres democráticas, cuidando de nombrarse cada año magistrados justos, mucho más que de las ricas venas de plata y pepitas de oro de las que apenas si caso hacían», hasta el día infausto en que navegantes más parisios que fenicios — si es que el Irán y la *Fenicia* de entonces no eran una cosa misma— vinieron con sus naves pecadoras para llevárselas luego abarrotadas de metales preciosos y haciendo de plata hasta las áncoras y los remos!

Y aquella *ti-íánica* o mágica influencia de nuestros *it-anas* o «mágicas gentes del *It*», brotados de las aguas al modo del Oanes o Dagón de los parisios al tenor de la clarísima referencia que respecto del *It* o *Ti* pacificador nos hace la Maestra H. P. B. (1) no eran sino los rebeldes o *Oatanes* y los *Dhians-Choanes* celestes, encarnados de las tregonias; los *Tsoanes* o *Zoanes* hebreos de los que hicieron luego los griegos su *Tosa*, y los egipcios y latinos su *Tot* con arreglo a la misma ley de cambio de la *ese* en *te* formase *pulsare* de *pultaro*, *adgresus* y *egresus* de *adgrettus* y *egrettus*, *Tirisa* de *Sítira*, o de *Tisira*, *Mitzraim* de *Mitrain* hijo del Cham, *Thoan* o *Choan* hebreo; los hombres heroicos o semidivinos, en fin, que diesen nombre a *Tanos* en Creta, al río *Tanais* (el Danubio, o bien el Don ruso); a la laguna de *Thana* o Meótide; a la *Thanatos* británica de Solinos a quien el venerable Beda llama *Tanetos* y hoy es *Tanet* o *Tenet*; a *Tanaro* río de Lombardía según Plinio; al *Taneto* del Po, según Tito Livio; al *Tanito* en la Galia Togada de Ptolomeo; a los pueblos *Tanetanos* de Plinio; al *Taneto* del Itinerario de Antonino, entre Regio y Parma, a la *Tannai* y *Tancarville* francesas del Nivernes de la Normandía; a la *Tanneu-berg* prusiana; a la *Tannhausen* de Suecia; a la *Tanger* africana y la *Tanger-munda* sajona; a la *Tanroda* de Turingia; a la *Tanos* burgalesa; a las *Tanager* y *Tanagra* italiana y bohemia; a *Tanais* río y ciudad sarmatas; a la *Tanaramusa* mauritana; a la *Tanus* hebrea; a la marítima *Tanitim* del Nilo; a la *Tanor* del Malabar, la *Tanjur* del Coromandel y la *Tangut* del Tibet.

Al llegar a estas profundidades de la etimología, alma de la *Historia* y una de las más poderosas claves del Ocultismo, un estremecimiento nervioso como jamás lo he experimentado conmovió todo mi ser... ¡Ya no era el sonsonete inglés de Poe con el «*time*,

(1) Sobre esta importantísima cuestión mágica del dios *It* o *Ti* pacificador convendría que el lector consultase la página de la obra «Por las grutas y selvas del Indostán», por nosotros comentada con cargo a nuestra «Biblioteca de las Maravillas.»

*time, time, in a sort o rhunic rhyme*» de sus campanas el que sonaba como antaño cuando Olisis en mis astrales oídos, sino el clásico «*tan, tan*» de nuestras vascas y etruscas campanas, que parecían marcar todo el ritmo de aquellas inauditas etimologías para llevarme del modo más mágico hasta los delirios del éxtasis, al ver escritas en grandes letras de oro de los cuadros esta divina sentencia del iniciado fenicio Sanchoniaton, que Eusebio de Cesárea profanó: «Desbaratados los Titanes por los dioses—los dioses antropomórficos y pecadores del paganismo ulterior únicos conocidos por Troyo Pompeyo al hablarnos de ello en su libro 44—se retiraron a los montes turdetanos y tartesios *por lo que fueron llamados desde entonces errantes, es decir, nómadas peregrinos o Cometas. De los Tuathas de Danand...*

—¡Cometas, sí, cometas de la tierra, análogos en su esencia a los cometas del cielo, al tenor de la ley de Hermes; a esos astros misteriosísimos a los que alude tantas veces la Maestra H. P. B. como a «los astros de más oscuro destino, que, cuando fracasan son absorbidos y cuando triunfan en su evolución dan lugar a los soles del firmamento...»—me dije maravillado—mi futura obra *Los cometas y la astrobiología* fulguró instantánea en mi mente brotando entera de mi glándula pineal o sea armado de todas las armas como Minerva cuando saliese de la cabeza de Júpiter, (1) mientras que mi corazón rebotaba de gratitud de discípulo hacia aquella sibila de los tiempos modernos que en lo futuro será citada con el mismo respeto con que los clásicos como Dionisio de Halicarnaso (l. 7 y 4), Silvio (l. 1, cap. 34 y sig.) y Ausonio (ep. 23, v. 31) citan a la gran Tanaquil, «la mujer de ánimo esforzado, peritísima en disciplina atlante-etrusca, que guió a Tarquino Prisco y maravilló a Servio Tulio...»

Al descender de aquel estado estático que valiera para mí más que las restantes felicidades juntas de mi vida toda, me parecieron pálidas las propias descripciones de Ateneo el filósofo romano de tiempos de Marco Aurelio al tomar del libro primero de los *Deipnosophistas* de Polibró, contemporáneo de Ptolomeo Philopator, la descripción del soberbio palacio de Menelao uno de los reyes de la Pheacia, con sus columnas de las piedras más raras y sus vasos de oro y plata en los que se escanciaba el vino fabricado de cebada, «es decir la cerveza nórdica, porque no cabe duda de que los primeros griegos de *Cadmo*—el *Adán el Kadmon* protosemita y cabalista—eran tan nórdicos y atlante como aquel incógnito *Herodes* de la historia hebrea de Josefo Geriónides publicada por

(1) Esta obra aparecerá en breve concordando las enseñanzas de la Maestra H. P. B. con las demostraciones más típicas de nuestra Astronomía moderna.

Munster en 1541 y luego reimpressa en Venecia, «a quien le quitó la mujer el *régulo* de los españoles», ni más ni menos que hiciese con Abraham y su mujer Sahara el Pharaón egipcio, que todos estos mitos no son sino veladas versiones de la historia atlante y de sus poderosos emperadores *farónicos* de los cuales los reyes españoles eran meros *régulos* o feudatarios, según deja entender muy claramente el libro 27, capítulo 30 de Tito-Libio.

«Los nombres de todas estas gentes, como dice el *Critias* han sido conservados, pero sus acciones han muerto por la destrucción de aquellos que las habían recogido y por el transcurso de los tiempos, porque la raza que subsiguió, como antes he dicho, era de montañeses iletrados que sólo habían aprendido los nombres de los jefes del país y no sabían casi nada de sus acciones. Complaciéronse, sí, en dar estos nombres a sus hijos, pero ignoraron las virtudes y las instituciones de sus antepesados, salvo alguna tradición oscura, y como además ellos y sus hijos habían permanecido durante muchas generaciones en una gran obsesión acerca de las cosas necesarias para la vida, casi no se preocupaban más que de los medios de procurárselas y a ello tendían todas sus acciones y discursos, por manera que hicieron caso omiso de los hechos anteriores y pasados, porque jamás se comienza a buscar y a narrar las cosas antiguas sino cuando reina la holgura en las ciudades y algunos habitantes tienen ya aseguradas las necesidades más perentorias de su vida, cosa que no acontece sino mucho después. Así se han conservado los nombres de los antiguos héroes, sin que sus acciones hayan llegado hasta nosotros, por lo que conjeturo que los nombres de Cécrope, Erechtheo, Erichthonius, Erisichthon y demás personajes anteriores a Thoseo están recordados en el relato de la gran guerra que los sacerdotes hicieron a Solón, como nos lo contó él mismo y que tampoco dejaron de consignarse los nombres de las mujeres.

Vinieron, pues, las terribles luchas de las dos Magias que acabaron sólo al ser sepultado el continente: la perversa de los *devas* o dioses, o *gigantes de cuerpo* de las leyendas persis del *Pharistán* y la de los asuras *peris* y *titanes*, o *gigantes del espíritu*, con todo el enredo subsiguiente a la falsificación histórica realizada con éstos últimos por las religiones vulgares quienes, volviendo las cosas sencillamente del revés, hacen de los gallardos rebeldes o *satanes* los vencidos—los vencidos sí por la vulgaridad humana y la malicia sacerdotal de los tiempos posteriores de Grecia y Roma, aquella que quemase precisamente los libros sibilinos por contener las claves históricas de las fábulas religiosas con las que ellos medraban a costa del pueblo—, siendo así que son siempre

y a la postre los Vencedores del Ideal con el típico *Hércules* de los mil nombres, a la cabeza «el de la piel de toro, con cuya insignia peregrinaban siempre por toda la Tierra, según Sanchoniaton, las Venus, Ishtaras, Junos y demás diosas [o], las diosas y dioses del *asta* o *lanza*, las *Ehicheios* chipriotas o venustas que diría Hesiodo en su obra que lleva este título.

—¡Esto sí que es historia verdadera!—pensamos todos, extasiados ante la plástica y vívida enseñanza que tan pródigamente estábamos recibiendo cual si asistiésemos nada menos que a la celebración de los antiguos Misterios Iniciáticos que se representaban solemnemente en los cinco templos antedichos. Yo por mi parte, añadí:

—¡Cuánta razón asiste al gran prehistoriador A-C. Moreau de Jonnés en su obra clásica *L'Océan des Anciens, et les peuples préhistoriques* (1) al hacernos la apología de las gentes neptúnicas que en sucesivas emigraciones desde Oriente mantuvieron el *fuego sagrado* contra las atlantes degradaciones:

«El Océano juega un papel considerable en las teogonías de la antigüedad. Hesiodo hizo de él un dios, el más antiguo de todos. Homero le califica de Padre de los dioses y de los hombres. Los pueblos griegos remontan hasta él sus orígenes, y a sí propios se llamaban *aegealeos* o *pelasgos*, es decir, hombres costeros, gentes de la mar. Sus principales reyes y héroes eran hijos de ninfas de la mar. Los caldeos y fenicios se decían oriundos de un mar Erythreo en el que un rey-pescado, Oannes, les había enseñado las leyes y las artes. Las mitologías de celtas y escandinavos hablan con frecuencia de islas sagradas, cunas de su raza. Los poemas sánscritos celebran a Varuna, dios del Océano occidental. ¿Dónde situar, pues, a semejante Océano junto al cual habían tenido su origen estos pueblos, puesto que es notorio que los fenicios y los griegos no navegaron sino mucho después en el Atlántico?»

Los tratados de los más antiguos geógrafos, como Estrabón, Plinio y Mela, están llenos de anacronismos, y tales pasajes, que los comentadores modernos desprecian como hijos de una infantil ignorancia, acaso encierran en sí preciosos datos acerca de un estado de cosas que ya no existían desde muchos siglos antes de la época de aquellos escritores. Si además, en las leyendas mitológicas, donde no todo debió ser fábula, no encontramos sino enigmas, es preciso convenir en que la mayor parte de los intér-

Un t.º en 8.º, 360 páginas.—Paris, Didier, 1873, con capítulos tales como los siguientes: Un océano desaparecido.—El origen del diluvio.—La Atlántida.—El Egipto.—Los libios, pelasgos y escitas.—Las Amazonas.—Los infiernos, etc. etc.

pretes han hecho todo lo posible por tornarlas insolubles. No hay casi un dios ni un héroe cuya existencia haya sido comprobada, y sin embargo, ¿qué pensar de los pueblos anteriores a la Historia, tales como los atlantes, hiperbóreos, cimerios y amazonas descritos por los poetas con tan vivo colorido? ¿Es posible afirmar que ellos no han existido?

Los mismos orígenes de los pueblos de la antigüedad que mejor conocemos, están rodeados de profunda obscuridad. Herodoto y otros autores afirman que los atenienses, dorios, beocios y argivos eran descendientes de los egipcios y sin embargo, esta manifestación está manifiestamente contradicha por el color blanco, los ojos azules, los cabellos rubios, atribuidos por los poetas a Minerva y a los héroes helenos..... Es, pues, preciso reconocer que una de las causas de nuestra ignorancia proviene sobre todo del olvido de los hechos étnicos que los orientales registran con la veneración religiosa que antaño se adjudicaba a todo cuanto se refiere a los orígenes de los pueblos.

Esta clase de investigaciones tienen un encanto tan irresistible que ellas por sí solas constituyen una recompensa..... Es esa embriaguez de la que se sentía penetrado Niebuhr, cuando, en presencia de un auditorio entusiasmado por su brillante reconstitución de la Roma primitiva, decía que cuando se hace revivir un pasado desaparecido, se experimentan todas las felicidades de la creación».

El geógrafo Estrabón, gozando sin duda de semejante felicidad, análoga a la que nosotros a la sazón disfrutábamos con todo aquello, nos dejó dicho a su vez (libro 3): Homero, enriquecido con la noticia de muchas cosas, dió ocasión para presumir, al cantarlas, que no fué ignorante de los países de Occidente de los que dice: «Cae en el Occéano la lámpara clarísima del Sol y a la tierra fértil introduce la negra noche. Consta que la noche es ominosa, y vecina de Plutón, y éste del Tártaro.» Habiendo, pues, tenido noticia de Tarteso, juzga Huerta y Vega (1) que por eso se llamó *Tártaro* como último lugar de la tierra, añadiendo la fábula por observar el orden poético, así como también colocó a los cimerios en los infiernos, sabiendo que habitaban junto al Bosphoro, hacia el Septentrión y Occidente. Del *tártaro* u occidental Tarteso y de su «tartesiaco» río Tajo, se ocuparon también Claudiano Hesichio, (in *Oale*), Stephan (en *Tarfessus*) Avieno (in *Ore Marítima*), Sa-

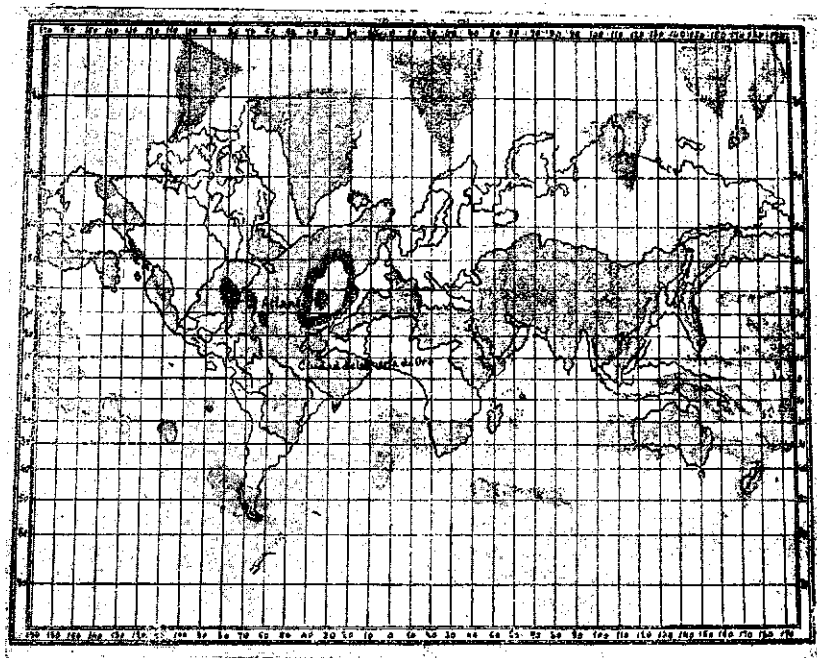
(1) De la hermosísima obra de Huerta y Vega tantas veces citada en estas páginas existe un rarísimo ejemplar en la biblioteca ocultista de nuestro gran amigo D. Ricardo Maura, uno de nuestros mejores bibliófilos de teosofía que tenemos en España.

lustio (en su *Historia*), Aristóteles (in *Mirabilibus*) Pausanias (in *Eliasis secundis*) Marcial (en el libro 8 de sus *Epigramas*) Ovidio (En el libro 15 de sus *Metamórfosis*), Pompónio Mela (libro 2, capítulo 6) Polibio (en su libro 3.º) Sexto Julio el Africano, San Agustín (epístola 43 *ad Deogratias*), Heliogábalo (en su *Cronicón*), el anónimo de Escalígero (en su *Chronica barbarorum*), el *Cronicón* alejandrino y la *Cronograffa* de Sincello y otros.

Derrotados, pues, los *titanes*, por los *dioses*, es decir derrotada la Buena por la mala Ley, aquellos quedaron confinados en el *Tártaro*, que no es ningún infierno, sino simplemente *Tartesio*, mas como todos los autores greco-latinos y ulteriores partían ya de la mixtificación consabida de hacer a aquellos heróicos rebeldes una hueste de perversos, y una santa hueste de todos aquellos *dioses* que llenos de vicios constituyen los personajes exotéricos o vulgares del paganismo, nos dicen con Apolodoro (libro 1.º) que luego de vencidos los titanes por los dioses «la Tierra se mezcló con el Tártaro y dió a luz en Sicila al terrible *Typhon* cuya naturaleza mitad de monstruo, mitad de hombre aludiendo simbólicamente a las bajas pasiones desencadenadas, puso en huida a los dioses, transformándose Mercurio en Ibis (es decir, refugiándose la ciencia sagrada en Egipto); Apolo en el *ave Treicia* o sea en cuervo (es decir quedando la poesía en manos de los bardos nórdicos, cantores de los Eddas y de los cuervos como el del rey Arthus y el de Sigfredo); Baco o Pau en macho cabrío; Juno en la Vaca lo, Venus en pez; Júpiter en astuta y vigilante grulla y Diana en gato, prototipo de la Luna, etc., etc., según consta sin quebrantar el sigilo iniciático Ovidio en el libro 5.º de sus *Metamórfosis* e Higinió en el libro 2.º de su *Astronomía*; Germánico César en su *Aratus*. Desde tal momento ya no rige entre los autores sino la mitología parsí de la decadencia heredada por fenicios y griegos con su famosa *Picio Júpiter*, o sea «el feo Júpiter», como podríamos traducir al tenor del dicho castellano, supervivencia ancestral acaso, de: «más feo que Picio», mientras que la verdadera doctrina iniciática se refugió en cien sitios ocultos tales como las grutas del *Tauro* y el *Libano* según Germánico César; las grutas del monte de *Nysa* o de *Dionisios*, de los Balkanes, según Apolodoro, y el *Río de Adán*, de la isla de Panchaya o de Ceilón, según describe Diodoro y en las cumbres, *coronas* o *saturnianas* de tantos templos y acrópolis célebres consagrados a *Coronos*, *Cronos* o *Saturno*, cosa bien olvidada luego en la Biblia al execrar de los cultos samaritanos de las alturas...

Este Picio Júpiter—como dice Huerta y Vega—superó en la torpeza, crueldad e impureza a cuantos impostores han sido en el

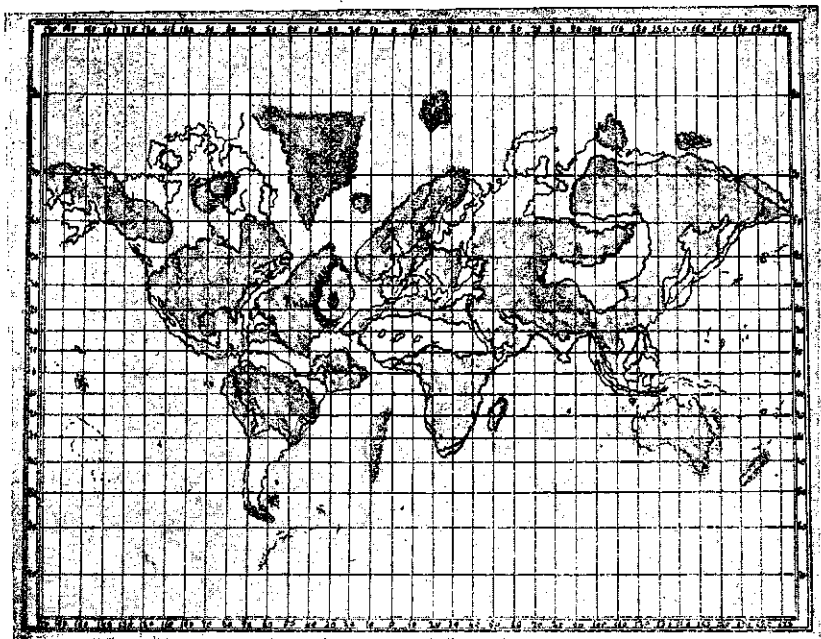




El Mundo hace un millón de años, muchas edades antes y hasta la catástrofe de hace unos 400.000 años.

mundo con falsas imágenes y abominables Artes Mágicas y de cuantos ejecutan los sacrificios que aborrece el uso de los hombres, porque ya desde su pubertad se entregó a los adulterios, a la sodomía y a lujuriosos dichos y hechos indignos de pronunciarse; a obscenidades e impurezas de todo género, y a los más inenarrables delitos y maldades impías y poseído del espíritu enemigo de Dios, o sea del más impuro de los demonios, dilató su vida hasta los 120 años. Este Picio-Júpiter habiendo gobernado por muchos años a Italia y corrompido a todas las mujeres hermosas con feas y místicas apariciones y hasta a las más de sus hijas, aquel mal espíritu, no obstante, persuadió a la muchedumbre a que le venerase como a Dios. Después aquel enemigo y soberbio espíritu que le había poseído extendió su fama por todo el Orbe de la tierra y llenó los necios corazones de los reyes, príncipes, pueblos y naciones, de suerte que, ocupados con la ignorancia e impiedad honraron a este falso Dios Jove y a otros demonios sus semejantes y parientes con culto divino hasta que el Verbo se hizo Hombre» (Jorge Cedreno, Chron. f. 15).

Esta es la guerra o serie de guerras casi contiguas que duraron siglos, desde hace 800.000 años, fecha en que según la Doctrina



El Mundo después de la catástrofe de hace 200.000 años y hasta la catástrofe de hace más de 800.000 años.

Secreta, acaeciera la primera de las tres catástrofes atlantes, y hace 200.000 años la segunda, hasta la última de la isla de Poseidonis frente a Gades acaecida hace unos 11.000 años y de la cual, como de su *diluvio*, guardan más o menos confuso recuerdo todos los pueblos. A las guerras dichas, cantadas en el *Mahabharata*, en la que lucharon también parsis contra egipcios, se refiere por supuesto la que tan gloriosamente afrontó Atenas según el relato ya conocido de los sacerdotes de Sais a Solón y de la que, a su vez nos dice Diodoro Sículo:

«Saturno o Atlante, ocupados los pueblos y ciudades del reino de Ammon (el Egipto), imperó con crueldad en ellos, y congregado un ejército numeroso marchó con él contra la Nysa griega, ciudad de Dionisios. Este, sabiendo que su padre Ammon había sido vencido en la guerra y que los gigantes habían unido sus fuerzas con Saturno, congregó las tropas de Nysa, de las cuales nombró doscientos escogidos que le asistiesen, así por su valor como por la suma lealtad que le tenían por haberse criado con él y solicitó también socorro de los Cibios y de las amazonas, quienes, nombraron por su compañera a Minerva, que era su semejante, y dividido el ejército acordaron que Dionysio gobernase a

los hombres y Minerva a las mujeres y habiendo encontrado al ejército de los gigantes se trabó la batalla, y muertos muchos de una y otra parte, logró Dionysio la victoria, escapando Saturno herido y los demás se refugiaron en sus provincias que habían sido de Ammon, mientras Dionysio volvía lleno de cautivos a Nysa para castigarlos conforme a su traición y delito». Los titanes poblaron entonces todas las islas del Océano. Uno de este nombre casó con Thetis, su hermana, siendo una de sus hijas Asia y el hijo *Inacho* el *jina*—quien, según Apolodoro fué (libro 2) tronco de casi toda la historia griega al fundar el reino de Argos.

En aquel tiempo, como dice S. Epifanio (in *Pan*, f. 7) era conocido Inacho entre los griegos. Su hija fué lo, que se llamó después Athís—*¡Shital!*—y de aquí la Atica región. De ella también recibió nombre el Bósphoro y la ciudad del mismo nombre en el Ponto Euxino. Los egipcios la llaman Isis y la adoran como diosa. De Inacho tomó nombre un río y de aquí tuvieron principio los misterios y tradiciones de los griegos.

*Phoroneo*, el primogénito de Inacho fué el segundo rey de los argivos. Su mujer fué Laodícea, Cerdo o Ciuna. Su primer hijo fué Apis, el segundo Car (de aquí la Caria) que introdujo la adivinación por las aves. El tercero y cuarto, Lido y Miso. Otro fué Esparto, padre de Miceneo. Lacedemón y Esparta fueron padres de Amyclas, este de Argalo y este de Oebalo, abuelo a su vez de Castor, Polux y Elena» (Pausanias) según nos enseña Huerta y Vega.

La historia entera de Baco-Dionisio o de Hércules, se nos ofreció seguidamente ante nuestra vista. Primero vimos al mágico rey *Shama* de que nos habla Wilford en las *Asiatic Resarches* (tomo VI, página 521), saliendo de la Nysa de Cabul y recorriendo todo el mundo conocido instruyendo a los hombres en sus olvidados deberes primitivos. Desde los montes de Chaisagha bajó hacia el N. E. hasta la confluencia del Atoch y del Sindh, donde edificó a Tapasya «la Ciudad de la Devoción». Luego fundó a Bamián, la de las colosales estatuas sobre el Oxus y recorriendo todo el Penjab y el Ragistán con el nombre de Harikulas (el hombre solar), enseñó a los pueblos occidentales, según Diodoro, la agricultura, las artes y las ciencias, por lo que los nórdicos le representaron «saliendo de su boca las dulces cadenas de su elocuencia con las que todos sus oyentes quedaban mágicamente unidos... «Seis genios de la raza los Pastores o *Kobaler*; le acompañaban, según la leyenda tamil, y las piedras llamadas *mussai*, *hermes* o *termes*, exhornadas de ogams y runas le saludaban gozosas, oscilando en sus rocosos asientos, según los cantos de los bardos, y como

él con sus fraternales enseñanzas a los pueblos les hacía salir de sus hostiles aislamientos guerreros, todas las ciudades fronterizas se llamaron Nysas.

Hércules en su llegada a Egipto recibió el inefable nombre de *Se-Osirís*, del que se formó después el del Sesostris legendario, conservado hasta entre las tribus del Cáucaso y por eso gentes montañosas tales como los tcherkeses, soanes y osetas tienen la costumbre de celebrar cada año la fiesta de un dios que no pertenecía a ninguna de las religiones practicadas en el país y al que llaman *Seoseres*. Era, dicen, un gran viajero que recorría el mundo, enseñando a los hombres las artes útiles y a quien los vientos y el mar obedecían. Los circasianos le honran al modo de los pueblos primitivos, paseando por las poblaciones un ramo de peral rodeado de cirios encendidos. De este modo era como los pelasgos adoraban a Júpiter bajo la apariencia de una encina: a Juno bajo la de un cipo de piedra informe y a Hércules bajo la de un *peuplier*, que dicen los franceses, o sea «el árbol del pueblo», simbolismo de tan universales concomitancias, alusivo siempre a la fundación de una colonia, o mejor, como diría Ragón, de una *Doctrina iniciática*, doctrina que, según Sanchoniaton y Trogo Pompeyo (l. 44) fué cuidadosamente conservada por los *Curetes* o *Coribantes* de los sagrados bosques tartesios, después que, como añade Aeliano (*Varias historias*, libro V, c. 3) limpió la tierra y los mares de todo género de monstruosidades, que no de monstruos, venciendo al necronante Briareo el de los cien brazos, en uno de sus célebres Trabajos o triunfos sobre la Mala Magia atlante que se había enseñoreado de toda la Tierra, por lo cual las iniciáticas «Columnas» que habíamos visto, dejaron ya de llamarse Briareo para llamarse *Columnas de Hércules*, no por los pueblos de Calpe y Avila, sino por el cambio dicho de aquellas perversas doctrinas, cosa, como tantas otras, desfigurada por Aristóteles. «Los bueyes de Hércules, arrebatados a *Gerión* y llevados a las criptas de Micenas por el héroe no eran por supuesto otra cosa que las salvadoras doctrinas de lo, que la Atlántida había desnaturalizado y envilecido.» Semejantes enseñanzas de la más pura filosofía por Hércules, estaban testimoniadas al tenor de los cuadros por infinitos clásicos, con Hesiodo (in *Theogonia* v. 983) y Justino a la cabeza. Diodoro nos da, a su vez una tan alta idea del «niño o Adepto de Nysa» que sus rasgos fundamentales son los mismos de Júpiter «el dios de lo, primitivo» y su detalle relativo a la plantación de las vides, un verdadero Noé, es decir un *Xisthruro* caldeo, un Salvador o *Kabir*, con templo aún más antiguo, más mar adentro y vecino a Mauritania que aquel de Gades donde nos hallába-

mos, un verdadero paraíso, en fin, famoso, según Plinio (*Historia Natural*, libro 2, cap. 106) por haber existido en él, hasta los días de la catástrofe de Poseidonis el verdadero *Jardín de las Hespérides*, cuyo mejor fruto no eran unas *manzanas de oro* dadoras de una física juventud, sino una Doctrina Iniciática capaz de tornar a hacer dioses a los hombres: ¡la «de los bueyes geriónidos, o de lo!».

Hércules, el verdadero Krishna ario del Mahabharata, presintiendo la catástrofe final atlante que se avecinaba y con ella la desaparición del divino *Jardín de las Hespérides*, trasplantó, doquiera que fué; es decir en todo el Penjab, el Asia Menor; la Siria, el Egipto, Grecia, Italia, Alemania, las Islas Británidas, España, Mauritania y aún América (bajo el nombre de Quetzalcoratl, literalmente «la Serpiente Blanca luminosa») el simbólico Arbol Iniciático que a todos estos países les salvara de la catástrofe. Semejante árbol «encendido como antorcha para iluminar al mundo» que diría Verdaguer plantóse también en Gades con *Bebrix* y su hija *Cotinusa* (de *cotino*, abeto o acebuche) según nos refieren Ruffo Festo Avieno en su *De Ore Marítima* y Dion Casio en *De situs orbi*, al tenor de la obscura sentencia de Plinio (libro 1, cap. 22) de: «*Maiorem Timaeus Cotinusom apud eos vocatam ait.*» Conviene efectivamente añadir, al tenor de lo que en la sagrada Piscina viésemos, que lo de *Cotinusa*, la diosa del abeto, abedul o acebuche, no es sino una velada alusión a las escrituras mágicas de los *Ogan-craobs*, o escrituras de los errantes *Tuathas de Danand* galdélico irlandeses, de los que antaño fuese la dicha de ocuparme, por superior inspiración sin duda en el capítulo VII de mi obra *De gente del otro mundo*. Una de las colonias *berberiscas* o iberas de aquel *Bebrix* de los Pirineos de que nos habla Silio Itálico, Lucano, Estéfano, Marciano de Heráclea y aún Escalígero, pasó a la Anatolia y la Bitinia, fundando allí la *Bebricia Bithinica*, tan célebre por la mítica llegada de Hércules—su fundador acaso—como por la de Jassón con sus argonautas en busca del famoso *Vellocino de Oro*, otras de las mil variantes de la *Vaca Sagrada de lo*.

Todo este elemento ocultista encerrado en el emblema o conjunto de mitos de Hércules, se deja transparentar bastante, según aprendimos por los cuadros, asimismo, en el libro 11 de los *Dipnosophistas* de Atheneo al ocuparse del gran Pherecídes de Syro, historiador más veráz y más antiguo que Herodoto, maestro de Pitágoras y de Thales de Mileto, y de su relato simbólico que dice: «A la vista de la barrera del Océano infranqueable para el hombre, Hércules, lleno de titánica rebeldía tendió su arco contra el Sol como si fuese a herirlé para detenerle en su ráuda carrera

allende el Océano en el que se iba a sepultar y hacia donde Hércules no podía seguirle, pero el dios Apolo le mandó que se estuviese quieto y paciente, en premio de lo cual le regaló *un vaso de oro*, semejante al cántaro del padre Libero». Por de contado que *la saeta de Hércules* no es sino la piedra *magnes*, y la aguja magnética que permite a los navegantes internarse por el Océano, merced a lo cual siempre fué ella llamada *pedra de Hércules* por Belonio (*Obs.* l. 2, c. 16); Salmuth (*in not. ad (Panciro)*); Cabeo (*Philosoph. Magnet.* l. 1, c. 6) y otros que, según Huerta, pueden verse en Solorzano (*de Jur. Judiar.* l. 1, c. 12, n.º 42) y en Pellicer (*Apparato bibliographico*, l. 2, n.º 13 y *Lecciones Solemu*, columna 437). En cuanto al vaso, él no es, según Ateneo y Macrobio (libro 5, c. 21 de sus *Saturnales*) sino el navío o navíos con los que Hércules navegó hasta la isla *Erythia* o *Eritreya*, porque *esci-pho*, *cántaro*, *carchesio* y *cymba* son todos nombres de navíos, como lo son también «los bueyes del Sol» de Homero en las playas de *Trinacria*; el *Xantho* y el *Balio*, de Aquiles; las yeguas de Diomedes; la *ogdoada* del Sol y la *cuádriga* de Hector; las tres mil yeguas de Erichtonio; los corceles del Rhesotracio, el caballo *Pegaso* de Belerophonte y el *Dodecípodo*, al tenor de las aserciones de Palephato (*De non Credend. Fabul. Narrat.*) y de Julio Polux cuando en su *Onomástico* dice: (l. 1, c. 3) «Hay unas naves líbicas que se llaman *cabritos* y otras llamadas *carneros*, por lo que colijo que el *Toro* que robase a Europa no era otra cosa también «que una escuadra o conjunto de navíos.»

La enseñanza final de la cámara cuarta resultaba así coronada por aquéllos dos simbolismos *hercúleos*: el de la redondez de la tierra y sus periplos por naves y el de las corrientes magnéticas y la salvadora *aguja* con las que los terrores del mar fueron dominados por la ciencia de Hércules; esa ciencia de los superhombres que se ha llamado *Magia* o *Ciencia grande* y por antonomasia, en todos los tiempos y países!



---

---

## CAPITULO VIII

Hermes.—Thoth.—Mercurio.—Budha. (1)

*En el seno de la quinta cripta.—¿Quién es el más sabio?—La razón, arma de doble filo.—El secreto de la Esfinge.—El Arbol de la Ciencia y su prohibida fruta.—La mente y los Paraísos perdidos.—El más terrible de los males de Pandora.—Prometeo y su robo del Fuego Divino.—Lobos y perros.—El coral de la gran tragedia de Esquilo.—Los falsos dioses tiránicos y el Arte Misterioso.—El cruel, pero redentor beneficio de Prometeo.—La Humanidad divina y la demoníaca.—Cómo trata esta última a quien intenta salvarla.—Las mejores páginas de La Doctrina Secreta.—El titán encadenado.—La verdadera raíz del Mal y del Dolor.—Mercurio como planeta astrológico.—Juliano y el Sol Oculto.—El lago negro atlante y sus cuatro colinas.—Las mil y una noches y su Príncipe de las Islas Negras.—La mala Magia.—El martillo de Thoth.—La depravada condición humana.—¡Esclavos de medio cuerpo abajo, aunque libres de medio cuerpo arriba!—Una ciudad atlante en perspectiva.*

Descendiendo más y más, penetramos en la quinta cripta: la cripta de Hermes, sin duda, a juzgar por el planeta Mercurio que so-

---

(1) *Vida y Ciencia*, la excelente revista médica de Sevilla, dirigida por el cultísimo doctor D. José Ml. de Puelles, no sólo honró al autor de este libro con la inserción del mismo en sus fascículos mensuales, sino que al par iba haciendo, generosamente, tirada aparte del texto, en número de 500 ejemplares. Las difíciles circunstancias por las que hemos atravesado en esta época han obligado a *Vida y Ciencia* a suspender su publicación, dejando, por consiguiente, interrumpida en el presente capítulo esta bien intencionada narración ocultista.

Al hoy completar, pues, dicho libro (tomo VI de la BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS) y darle a luz, sea, ante todo, público nuestro testimonio de la más sincera y profunda gratitud hacia tan generoso amigo el Dr. Puelles; nuestro ferviente voto para que reanude pronto sus tareas la sabia revista por él creada, y nuestra súplica, en fin, al culto lector, para que sepa dispensar benévolo las graves erratas deslizadas del texto por causa de la pésima letra del autor, cuanto por no haber podido éste revisar las pruebas.

bre el Ara lucía. ¿Por qué extraña asociación de ideas deparamos por la «cripta de Torres», aquella misteriosa mansión envuelta en grises nubes que sólo nos permitían ver al astro flotando sobre ellas como «el Espíritu Supremo sobre las aguas genesíacas» que el Pentateuco diría? No lo sabíamos, porque, a decir verdad, Torres era, sin duda, el menos inteligente, el menos *hermético* de los cinco amigos.

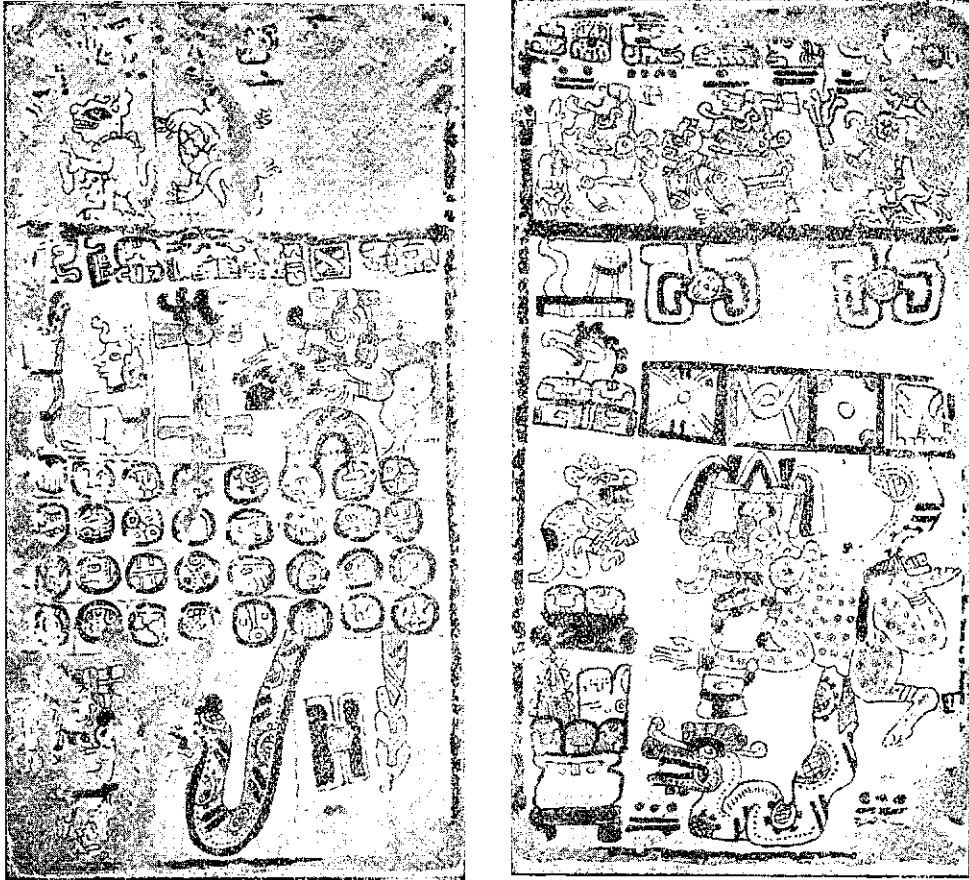
Pero acaso por ser el menos inteligente de nosotros, era el mejor y más sabio, ya que la verdadera sabiduría no consiste en el mero y erudito cultivo de la mente para aprender cosas que luego se olvidan, o bien que borrarse pueden del todo a la menor lesión o patología que nuestro órgano cerebral sufra... ¡Los estudiantes del cuento castellano que pasaban el río, sabían, en efecto, latín y otras muchas cosas, pero al no saber nadar como el ignorante barquero que le conducía, perecieron al zozobrar la barquilla, salvándose sólo este último *por inculto!*

¿Y acaso no acaeció con la perdida Atlántida algo muy análogo? La historia nos presenta aniquilados siempre por perversos a los pueblos más cultos, bajo la irrupción de otros que lo fueran menos, pero que conservaban la inocencia primitiva y la espiritualidad nativa del hombre frente a los vicios y degeneraciones que se acarrearán aquéllos, precisamente por los excesos de su aberrada cultura. Persia invasora era más *culta*, en el sentido materialista, que la Grecia invadida; Roma, vencedora luego de Grecia, menos *culta* que la Grecia vencida, y las hordas nórdicas invasoras del Imperio Romano, prototipo de la barbarie eran, frente a las cultas degeneraciones de la reina del mundo antiguo...

¿Equivalía aquello a dar la razón a Max Nordau en todas sus paradojas? ¿Era hacer acaso la apología de la ignorancia que pone al hombre al nivel del bruto? ¿Era, en fin, aquello el aplauso manifiesto a todos los obscurantismos? En manera alguna, sino el dárse nos *de hecho* resuelto allí mismo el famoso problema de la Esfinge de Tebas. Cuando el hombre, en efecto, empieza a desarrollar su mente es cuando comienza a ascender y a libertarse del mundo inferior o animal, del que física—*no espiritualmente*, entiéndase bien,—ha salido, pero esta liberación, como todas las liberaciones redentoras, tiene su peligro, que no se saca en vano a un cuerpo de su estado de latente y neutra inercia eléctrica sino para electrizarle de un modo *positivo* o *negativo*, ni haber puede progreso alguno que no desfíle con Ulises, entre el Escila y el Caribdis, de las más pavorosas caídas: la de hacia abajo del fracaso que le retorna vencido al punto de partida, y la de hacia el lado siniestro representado por una ciencia *muy ciencia aparente*, pero sin inocencia o *sin virtudes*. ¿Qué otro simbolismo podía tener, en efecto, aquel emble-



mático «Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal», cuya fruta *prohibida* por la vulgaridad de un Jehovah tiránico, ya no permitía que Adán-Eva permaneciese un solo momento más en el Paraíso áureo de una infancia irresponsable, porque el arma, libertadora o envile-



Códice maya cartesiano. (Museo Arqueológico, Madrid.)

cedora que con el *fruto* de la razón se le daba, la capacitaba ya para conquistar por sí, con heroicas rebeldías gallardas, aquello mismo que antes se le daba de un modo tutelar y gratuito?

¡Oh espantosa responsabilidad de dioses, la con el arma de la razón adquirida! ¡Oh terrible momento para hombres y pueblos aquel momento augusto en que unos y otros respectivamente se emancipan de las providentes protecciones de esos dioses del hogar a los que los hombres llaman padres, o de esotros Reyes Divinos ya

idos, a quienes llamaron Padres y Maestros los primeros pueblos infantiles! ¡Oh razón, Diosa Razón Humana, arma pavorosa de dos filos: el de la Diestra, que redime y diviniza, y el de la Sinistra, que mata y abisma! ¡Oh último mal humano que sin salir quedara de la caja infernal de Pandora, siendo nuestra Esperanza de redención al par que la Cruz de nuestro sacrificio en la vida! ¡Oh bendito al par que funesto don de Prometeo, Divino Fuego robado al cielo de los dioses egoistas por el primero de los satanes welsungos, lobos o titanes rebeldes, para que luego le prostituyan ingratos los hombres imbéciles, los hombres serviles o *perros* de Walkyria wagneriana, los hombres de esa casta de animales inferiores a todo otro animal, para quien sólo son gratas las tinieblas del espíritu!...

Y como respondiendo a su mágico conjuro, de los cinco lados de aquella indescriptible y vaga cripta empezamos a oír con nuestros oídos astrales un arcaico *coral* de cinco voces, ¡las cinco voces de nuestras cinco almas redimidas!, que, con cadencias sacras al estilo de las de los mejores corales de Bach inspiradores de la *Novena Sinfonía* de Beethoven, cuanto de los iniciáticos *Maestros Cantores de Nurenberg*, empezaron a entonar aquel himno robado por Esquilo a los misterios sabasianos de Hermes-Mithra, que en *Prometeo Encadenado* canta:

«Cuando cruces el río que separa  
entrambos continentes, hacia el Oriente abrasador».

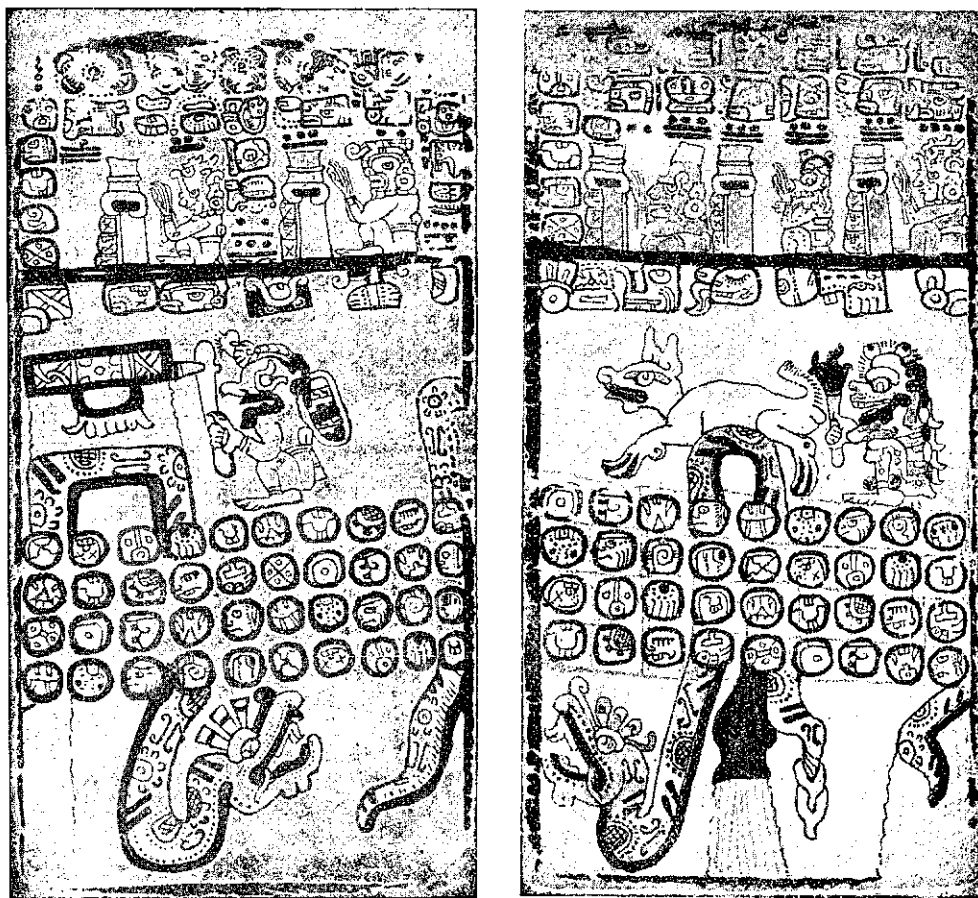
Prenda de inefables promesas futuras para el día de nuestra Magna Iniciación, en la que, cruzando el negro río de nuestras pasiones animales, *buitres del deseo* que al Prometeo del Cáucaso corroyesen las entrañas, recibamos de Oriente la Suprema Luz.

«Distinguiendo entre sueños la visión verdadera  
que nos guíe hacia el Arte misterioso  
de aquellas ciencias por Prometeo robadas a los cielos,  
¡las ciencias destronadoras de los falsos dioses!

Y mientras, un coro singular acompañado por vinas, ravanastras, arpas hebreas, trompas eólicas y arcaicas guitarras egipcias invisibles, nos recitaba a su vez aquel coro trágico, comentador de las profundas estancias del Prometeo encadenado, que se lamenta de los infinitos dolores acarreados a la débil humanidad animal, por el robo de la razón, repitiendo desolada:

«¡Beneficio cruel a los mortales otorgastel», con todos los desgarradores alaridos de aquel anticipado Titán de la Ciudad del Dite, prototipo de todos los Caidos, que en la obra inmortal de Esquilo le

hacen llorar impotente ese Dolor de dolores que se llama ingratitud.  
¡La negra ingratitud de una Humanidad que crucifica impía a Aquellos mismos que, con la razón, intentarían en vano redimirla en todos los momentos de la Historia!



*Códice maya cartesiano.* (Museo Arqueológico, Madrid.)

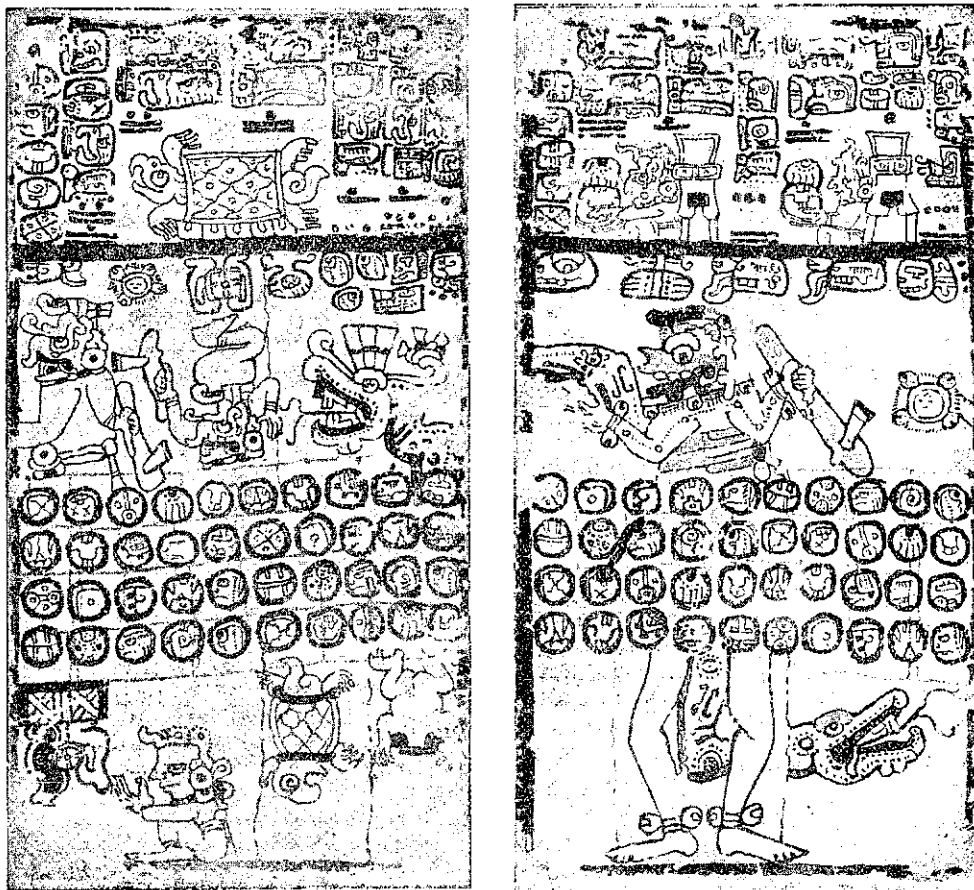
Nunca, pues, como entonces pude apreciar la profundidad que entrañan aquellas páginas, las mejores quizá de toda *La Doctrina Secreta*, en las que la Maestra, disertando acerca del supremo mito de Prometeo-Hércules, nos dice:

\*En su revelación final, el antiguo mito de Prometeo, cuyos prototipos y antetipos se encuentran en todas las antiguas teogonías, estriba en los mismos orígenes del mal físico. No estaba, en efecto, en el programa del desarrollo natural el que el hombre, mero animal

superior, se convirtiera desde luego intelectual, espiritual y psíquicamente en el Semidios que es en la Tierra, mientras que su constitución física permanece más débil, impotente y efímera que la de cualquier fuerte mamífero. El contraste es demasiado grotesco y evidente, y el tabernáculo demasiado indigno del Dios que mora en él. Así el don de Prometeo—la razón juntamente con el sexo—se convirtió en una maldición, aunque maldición prevista al tenor del significado griego de Prometeo—el que prevee o ve anticipadamente, *el intuitivo*. Este es, por tanto, su pecado o caída y su redención a la vez, pues la *Hueste* que encarnó en una parte de la Humanidad, prefirió el libre arbitrio, a la esclavitud pasiva; el dolor y hasta la tortura intelectual consciente «durante el transcurso de miríadas de evones», a la beatitud instintiva, vacía e imbecil. Sabiendo de antemano que semejante encarnación, como prematura, no estaba en el programa de la Naturaleza, la *Hueste Celestial*, «Prometeo», se sacrificó, sin embargo, para beneficiar con ello a una parte de la Humanidad, pues que la Humanidad está claramente dividida en hombres informados por los Dioses y en criaturas humanas inferiores o demoníacas. Pero al paso que salvaba al hombre de la obscuridad mental, le infligió las torturas de la propia conciencia de su responsabilidad, consecuencia de su libre albedrío, y cuantos males, además, son consiguientes a su carne pecadora. Tantaña tortura aceptó la Prometeo o «la *Hueste Celeste*», al mezclarse desde entonces con el tabernáculo preparado para ella, el cual estaba aún muy retrasado en su desarrollo. Siendo, pues, incapaz la evolución espiritual de marchar a la par que la física, una vez rota la homogeneidad por la mezcla, el don se convirtió por ello en la causa principal, si no en el único origen del Mal, y por eso la metafísica hindú coloca la Raíz del Mal en la diferenciación de lo Homogéneo en lo Heterogéneo; de la Unidad en la Pluralidad.» Tal era, si, la hermética enseñanza que sacamos en la vaguedad de aquel nublado recinto.

Este mismo Prometeo era, por tanto, el Hermes humano, concordado con el Mercurio o Hermes astrológico semivelado entre las nubes de nuestra supina ignorancia de neófitos, el Dios de la Sabiduría conocido en Egipto, Siria y Fenicia, como *Thoth*, *Tat*, *Ad-ad*, *Adán-Kadmón*, *Enóch* y *Satán*, por supuesto, no en la vulgar acepción que el catolicismo da a este último mito, sino en el sentido del *Instructor* primero, tres veces grande o Trimegisto, y en el más amplio y más misterioso aún de *Sol Oculto* de la Cosmogonía arcaica, al tenor de las frases también de la Maestra, que dicen: «Mercurio, como planeta astrológico, es mucho más misterioso que el propio Venus, e idéntico al *Mithra* mazdeista, el Budha, el Genio o Dios, establecido entre el Sol y la Luna, el compañero perpetuo del *Sol de*

*la Sabiduría.*» Pausanias, en su libro V, nos le muestra teniendo un altar en común con Júpiter. Ostentaba alas para expresar que asistía al Sol en su curso, y era llamado el Nuncio y el Lobo del Sol *solaris luminis particeps*. Era el jefe y el evocador de las Almas, el Ar-



Códice maya cartesiano. (Museo Arqueológico, Madrid.)

chimago y el Hierofante. Virgilio le describe tomando su caduceo o Martillo de dos serpientes, para evocar de nuevo a la vida a las infelices almas de los precipitados en el Orco: *tum virgam capit, hac animas ille evocat Orco*, para hacerlos ingresar de nuevo en la *militia celestial* de una nueva evolución como nos enseña el *Vendidad...* Es el Aureo planeta, en fin, el inefable *Eurus*, a quien los Hierofantes prohibían nombrar y está simbolizado en la mitología griega por los famosos *Lebreles* o perros guardadores del ganado

celeste que se abreva en las purísimas fuentes de la Sabiduría Oculta, por lo cual es también conocido como Hermes-Anubis y asimismo como el Buen Inspirador o Agathodaemon. Como Ave de Argos, vela sobre la Tierra, quien le toma equivocadamente por el Sol mismo, siendo entrambos, respectivamente el *Sarama* y *Sarameya* hindúes. El emperador Juliano oraba todas las noches al Sol Oculto, por la intercesión de Mercurio, pues como dice Vossius (*Idolatria*, II, 373), «todos los teólogos aseguran que *Mercurio y el Sol son uno... Por eso era considerado como el más elocuente y sabio de los dioses, lo cual no es de extrañar, pues que Mercurio se halla tan cerca de la Sabiduría y de la Palabra (o Logos) que con ambos fué confundido...»*

Pero la enseñanza no paró para nosotros en tales conceptos de elevación suprema evocados en la luminosidad de nuestras mentes, sino que bien pronto tomó también los caracteres más tangibles al par que los más maravillosos.

Con la misma inexplicable suavidad de las otras cuatro transiciones anteriores, desvaneciése, en efecto, todo el hermético recinto, y nos encontramos frente a frente del consabido lago iniciático, donde esta vez, por toda representación de Misterio, se nos ofrecía el lago de siempre, pero con más aguas siniestramente negras como el betún, y encuadrado entre cuatro típicas colinas, tal y como se suelen ver en ciertos escudos nobiliarios. Ninguno de nosotros acertábamos a explicarnos tamaño simbolismo, hasta que Torres, iluminado por una intuición profética, exclamó conmovido:

—¡Este es un cuento de los que en mi infancia me contaba con aires de grandísimo misterio el santo padre de nuestro Hermógenes, *el jina de Morón!* ¡Este es el relato de *Las mil y una noches*, que lleva por título *El príncipe de las cuatro islas negras!* ¿No le sabéis vosotros?

Y como no le recordáramos ninguno, usando siempre de aquel intuitivo lenguaje pineal con el que nos comunicábamos, como va dicho, desde el instante en que nos habíamos visto astralmente desdoblados, Torres nos refirió este extraño cuento del más hermoso e iniciático de los libros literarios conocidos, libro oriental, antiquísimo, mal conservado por los parsis, profanado por los musulmanes sensualistas con bajezas intolerables, que luego se han apresurado a servirnos en sus traducciones *literales* al francés y al castellano Madrús y Blasco Ibáñez. El cuento es como sigue:

«Cierta anciano y pobre pescador tenía la costumbre de echar sus redes sólo *cuatro* veces por día. Aquella madrugada de nuestro cuento llevaba ya tres lances infructuosos, pero al cuarto las redes extrajeron del fondo una vasija de plomo herméticamente cerrada y

lacrada con el sello de Salomón. Abriéndola el viejo, comenzó a salir de ella un denso y negro humo, que se condensó luego en un terrible genio, como aquellos que la mala magia maya se dice que extraía de los rayos del menguante lunar razón por la cual todos los viejos lenguajes yucatecos llaman a la luna «el negro y humeante espejo mágico». El genio llevó entonces al maravillado pescador hacia una gran llanura, donde había un estanque exactamente situado como éste, entre cuatro colinas, donde el pescador, por orden del genio, echó sus redes, sacando cinco peces, cada uno de su color: blanco, negro, rojo, amarillo y azul, que se apresuró a llevar al Sultán, peces cuyo simbolismo no era otro que el propio simbolismo de estos nuestros colores o *notas* de la gran lira de nuestras almas que el Maestro pulsa.

Pero los tales *peces* dieron que hacer en la cocina imperial, puesto que la cocinera, al tratar de freírlos, se vió sorprendida por estupendos prodigios mágicos, relacionados con la *Caldera gaedhérica* de *Dagda* o la célebre nuestra de *Pedro el Botero*, hasta el punto de que el Sultán, maravillado, quiso ver por sí mismo el estanque donde tan raros animales se criaban, y cuyo estanque, a pesar de su aparente proximidad a la capital, de nadie era conocido. Fué, pues, allá solo el soberano, por caminos absolutamente desconocidos, porque entonces no era proverbial, como hoy entre nosotros, el famoso adagio de «¡riete de los peces de colores!», al calor de esta fábula nacido, ni tampoco se había formulado aquella sentencia evangélica de Jesús cuando de unos cuantos infelices pescadores del lago de Tiberiades llegó a hacer otros tantos «pescadores de hombres» después de varios lances infructuosos.

Al caer de la tarde divisó el Sultán allende la cuarta colina un soberbio palacio, muy superior al suyo propio. Llamó fuertemente ante su abierta puerta; mas, como nadie le contestase, penetró lleno de estupefacción a lo largo de sus desiertas galerías y salones deslumbradores, sin acertar a encontrar en parte alguna al dueño de tales maravillas. Súbito escuchó al punto unos lastimeros ayes, y penetrando hacia la cámara donde ellos sonaron, vióse ante un joven y hermosísimo príncipe, quien, ¡cosa singular!, tenía ágil y de carne y hueso su cuerpo de cintura arriba, pero de cintura abajo estaba transformado en inerte mármol negro. ¡El así petrificado príncipe no era sino el símbolo de la Humanidad entera, esa Humanidad que, si bien tiene libres hasta cierto punto sus facultades superiores, en cambio, por sus pasiones inferiores animales, está esclavizada, petrificada, inerte y encadenada a las miserias terrestres, tanto o más quizá que lo estaba el buen príncipe de las Islas Negras a partir de su cintura.

No hay para qué detallar las causas de esta última situación: el príncipe había amado a una infame mujer, símbolo de la mala magia atlante de *las Islas Negras*, ¡negras por el pecado!, y esta perversa le había dejado así por sus funestas artes necromantes, dándole, además, a diario una buena mano de latigazos... ¡los latigazos crueles que a diario nos da nuestro Destino de caídos!

Al escuchar tamaño relato de horrores, el heroico Sultán, émulo de cuantos Hércules, Sigfredos, Perseos, Orfeos y demás libertadores han existido en el mundo, se decide a intentar la hazaña de matar a la pérfida y a su monstruoso amante, que yacía en cierto sepulcro de *El Palacio de las lágrimas*, la Ciudad de Dite, como si dijéramos, viviendo, siglos hacia, sólo del vampirismo que desde allí operaba sobre los vivos, ¡ese vampirismo horrible de la sangre vertida en todos los homicidios, en todas las guerras y en cuantas explotaciones aparentemente incruentas sufre la desolada Humanidad desde el día aquel en que, con la caída de los atlantes en la necromancia, se encuentra, pobre y desvalida, en manos de esos malvados seres de lo astral—los demonios de todas las religiones—que la desangran y la tiranizan!

Logra, al fin, el Sultán su intento a fuerza de energía y de astucia. Mata a la mujer de la Mala Magia y a su amante; *desencanta*, es decir, saca de su estúpido estado bestial al pobre príncipe que a la Humanidad simboliza, y por derroteros de Occidente a Oriente, análogos a los seguidos por *Hércules-Bósphoro* cuando robase los típicos *bueyes de Gerión*, le conduce a su Imperio, donde le adopta como hijo..., y al par todos los famosos *pececillos de colores* que en el estanque había, al desaparecer éste—dejando en su lugar un extensísimo Imperio—, se cambiaron en otras tantas razas de hombres, ¡las diversas razas que en el Imperio atlántico existían! En cuanto a la consabida lucha de las dos Magias y el cómo el hombre, eterno niño que sólo desea ser engañado, se acarrea su ruina espiritual, está también tratado de un modo episódico en este cuento del pescador y el príncipe de las Islas Negras bajo el título de «Historia del rey griego y del médico Durbán», que, en resumen, viene a decir:

Cierto rey griego padecía de una incurable lepra—la lepra espiritual de los pecados, que diría el Evangelio—, y nadie acertaba a curársela hasta que lo consiguió el médico Durbán por un procedimiento bien sencillo, como era el de hacer un gran mazo, martillo o *Tau*—el famoso *martillo* de Thoth, o la *maza* de Hércules, símbolo de la *escuadra* de la rectitud moral contra las oblicuidades de los tentadores de la destrucción y del delito—exigiendo del rey que se ejercitase en su manejo de mil diferentes maneras—morales, in-



telectuales y físicas—. Inútil es ponderar cuán grande fué la alegría del rey al verse curado ya, pero su visir, eterno prototipo de todos los perversos, lleno de envidia, logró despertar los recelos del rey contra el sabio médico que gratuitamente así le había curado. Hizole creer, en efecto, al rey el visir, ¡oh eterna ceguedad de la depravada condición humana!, que aquel mismo curador que acababa de arrancarle a las garras de la muerte trataba nada menos que de matarle. El ingrato rey hace decapitar, en efecto, al médico, pero al consultar el libro que contenía la ciencia de éste, es envenenado por las propias páginas del infolio, como sucede siempre a todo el que quiere robar los celestes secretos de la Magia de Thoth y demás *soberanos del simbólico martillo*, no con la llave de la esforzada virtud, sino con la ganzúa de la falsía y del crimen.

Al llegar Torres a este punto, ocurriónos una cosa bien singular: la de saber que el simbolismo aquel del lago negro con sus cuatro colinas, que delante teníamos, se cambió punto por punto en iguales términos que en el relato consabido del «Príncipe de las Islas Negras» y, cuando nos fuimos a dar cuenta, nos encontramos en una vasta y fértil llanura, más allá de la cual confluían dos grandes ríos bañando los ciclópeos muros de una gran ciudad.

En cuanto al Acrópolis gadirica y su célebre *Templo de Hércules*, en el que de un modo tan encantado y encantador habíamos pasado la noche, ya no aparecía rastro alguno. ¡Sin duda quedaba docenas de leguas atrás, sin que nosotros nos diésemos ni cuenta de semejante traslado, porque el cuerpo astral es la voladora imaginación del hombre no su pesado cuerpo físico!...



---

---

## CAPÍTULO IX

### El Príncipe de las Islas Negras.

*Problemas de nuestro astral estado.—El desdoblamiento anestésico y nuestro desdoblamiento.—Egocéntricos en la práctica, aunque heliocéntricos en teoría.—Materia que es tiempo, y tiempo que es espacio.—Muerte y letargia.—El tiempo como panorama estático imaginativo.—Para la impura realidad, la imaginación es el «patito feo» de Anderssen.—En el seno del Lago Negro.—La ciudad atlante de la confluencia del Guadalquivir y del Lixus.—El abandonado palacio de las maravillas.—La sala del trono y su príncipe legendario.—¡Siglos como segundos, y segundos como siglos!—La Cerne de los siluros libio-íberos y de los clásicos.—La «Kali-Shekelmesha» y el Alcázar-el-cabir de los árabes.—La precursora de Borgias y Médicis, y el soberano de Cerne.—La Atlántida, perdida por el sexo y por el nepotismo.—La opoterapia humana y la antropofagia.—La Katebet de los tristes destinos.—El Anfortas atlante y la petrificación del sexo.—La eterna maya de la vida.—El alimento de los dioses y de los «espíritus».*

Verdaderamente que no acertábamos a explicarnos lo que nos ocurría. Es cierto que, tanto por nuestras lecturas de libros teosóficos y ocultistas, cuanto por las experiencias de la noche anterior, ya teníamos cierta idea de la terrible modificación de nuestro modo de ser que con los llamados desdoblamientos etéreos y astral se opera en nuestra conciencia, pero acontecía en ello lo que a diario vemos en la vida, es a saber, que conociendo el principio, no apreciábamos debidamente sus incalculables consecuencias.

Tal sucede con todas las conquistas de la ciencia. Conocemos las enormísimas distancias celestes, pero no llegamos a imaginárnoslas ni a apreciar su importancia; sabemos, por ejemplo, lo relativo a nuestro propio sistema planetario; pero no nos damos cuenta

de que si se representase él en la escala de una plaza de toros, una naranja, una nuez, varias uvas, una docena de cañamones y un puñado de mostaza abandonados en ella, representarían en la debida escala a los diversos planetas, es decir, a *todo cuanto hay de material, de físico, en dicho sistema*. Y si luego consideramos que uno de aquellos cañamones es nuestra pobre Tierra, no sabremos qué pensar de nuestro orgullo ni de la necedad de cuantos se han querido erigir en reyes o tiranos de ella; ni de cuantos positivistas infelices han creído que todo se reduce en puridad a vivir vegetativamente en el consabido cañamón, a lo sumo, una docena de lustros...

Porque somos heliocéntricos en teoría, y geocéntricos y antropocéntricos en la práctica de nuestros *topos* vivires, quiero decir que sabemos que lo físico en cualquier parte del universo no llega a la milésima de lo etéreo, a la millonésima de *lo astral*—aun tomando está última palabra en el sentido materialista del mero espacio que a los astros y a los átomos separa, no en el sentido transcendente o de *hiperdimensión moral* que el Ocultismo le asigna—y, sin embargo, en la práctica egoísta queremos que el Sol gire en torno de la Tierra, y Tierra y hombres en torno de nuestra endiosada egolatría... ¿Qué vida feliz, tranquila ni seria, podemos asentar sobre semejantes premisas?

Digo esto, a propósito de aquel extraño estado de conciencia en que nos hallábamos desde la vispera o desde la antevispera. Ese testimonio interno, *suprema ratio* de todos nuestros juicios y subjetivismos, nos seguía diciendo, en efecto, que la noche anterior habíamos caído dormidos en sendos sepulcros de mármol, entre lotos y adormideras, oyendo, al perder la conciencia física, esa dulce y extraña música—ipitagórica música quizá de las Esferas!—que oyese Beethoven al morir, y que suelen oír también los operandos al recibir las primeras bocanadas anestésicas del cloroformo hipnótico con el cual nuestros modernos sacerdotes egipcios pueden actuar quirúrgicamente sobre órganos vitales. Esto último ocurre gracias al desdoblamiento astral que el cloroformo, al robarnos oxígeno o vida, opera entre el cuerpo luminoso, invisible o *físico*—es decir, de invisibles fuerzas físicas conectoras—, que es nuestro doble y verdadero cuerpo, y es otro cuerpo grosero, opaco, celular, carnal y visible, al que llamar debiéramos *cuerpo químico*, cuerpo que es todo un cadáver cuando aquel otro «cuerpo espiritual» que diría San Pablo, le abandona definitivamente, como en el agua a mil grados abandona definitivamente el hidrógeno al oxígeno, y es tan sólo una máquina en reposo, un organismo en letargia, cuando meramente se le ha disociado sin aún romper el vínculo, cual el hidrógeno y el

oxígeno también cuando se somete el agua sólo a quinientos grados de temperatura.

Pero, aunque físicamente yacíamos dormidos en la cripta onubense, astralmente estábamos lejos de allí, más despiertos que nunca y con una percepción intuitiva y una conciencia subliminal, infinitamente superior a la ordinaria, como luz de un sol sin nubes ni atmósfera; como embriaguez de extásicos deliquios, poseyendo, sin duda, un estado de trascendente liberación, que es inexplicable con palabras físicas. *La materia nos era tiempo, en suma. ¡El tiempo, como para Parsifal camino del Templo del Grial Santo, ya nos era sino espacio!*

Sólo así cabe concebir lo que nos acontecía. Del mismo modo que en un plano cabe expresar todos los sólidos geométricos en función de su proyección y *tiempo de paso*, y un cilindro, por ejemplo, que sea de doble base, proyecta en él al pasar un círculo o una elipse de doble diámetro, y uno de doble altura, tarda doble tiempo, así lo que en nuestro plano físico era tiempo, o séase *vida*, era allí *panorama estático*, y cuantos pueblos y cosas atlantes habían dejado de existir hacía tantos milenios, los teníamos ante nuestra vida astral e intuitiva, ni más ni menos que cuando estamos encadenados en ese espacio tridimensional de la vida corriente, nos vamos a ellos con la imaginación las veces que nos place, o más groseramente aún, como desde una altura seguimos viendo algunos minutos al tren que viésemos antes cruzar, casi instantáneamente, por la garganta del valle entre túnel y túnel...

Compréndese bien además el que, sepultadas y todo aquellas arruinadas ciudades y territorios bajo densa capa de lodos o de arenas, las seguíamos viendo, sin embargo, vivas y palpitantes, como fuesen antaño, porque en los *archivos terrestres por la luz astral conservados*, pasado, presente y futuro, son una misma y omnipotente cosa, como vemos las realidades físicas en ese reflejo astral que se llama imaginación y en el que nos es permitido mantener siempre presente lo que hace más o menos tiempo viésemos quizá no más que un momento.

Con estas salvedades indispensables, que únicamente sabrán apreciar en todo su valor los intuitivos, podemos continuar nuestro interrumpido relato, sin que parezca el absurdo, o a lo sumo como si refiriésemos un sueño: ¡un ensueño que tiene más realidad que la realidad misma, y que como el *patito feo* de la fábula de Anderssen, es más bonito que los otros, porque no es pato, sino *cisnel*...

Decíamos, pues, que lo del lago tenebroso, con sus cuatro colinas de la leyenda de *Las mil y una noches* y su famoso palacio del príncipe de las Islas Negras, empezaba a parecernos una realidad,

por cuanto de semejante panorama iniciático, visto en la última de las criptas del templo de Hércules, habíamos pasado, cual en alas de la imaginación, a una dilatada llanura, meseta más bien como las tan típicas castellanas, y desde la cual pudimos contemplar un admirable panorama: el de una ciudad atlante sobre la confluencia del Guadalquivir y del Lixus, ciudad que pronto averiguamos que era la Cerne, sobre la que nuestros doctos, como Costa, tanto tienen debatido.

¿Que cómo sabíamos nosotros que se trataba de aquella ciudad atlántica?

Muy sencillo: porque alguien, bien enterado sin duda, nos lo dijo en las maravillosas circunstancias que vamos a referir.

En efecto, al transformarse el panorama de la última cripta del templo de Hércules, como ya dijimos, y al ver aquella ciudad extraña a nuestros pies, nos dimos cuenta de que nos hallábamos en la terraza de un espléndido palacio con todo el lujo que suelen ostentar todos los descritos en *Las mil y una noches*. Sus puertas entreabiertas nos invitaban a entrar, como al punto lo hicimos, pudiendo más sobre nosotros el ansia de ver lo que había dentro que el entusiasmo por el panorama que se dominaba desde fuera.

Era en verdad el palacio un recinto hartamente extraño. Su descripción está hecha en el aludido relato de *El príncipe de las Islas Negras*, lo cual nos ahorra explicaciones: una serie de estancias desiertas, solitarias, suntuosamente regias, en las que rivalizaban todos los primores del arte atlante, infinitamente superior al griego de la época de Pericles en pinturas, estatuas, cerámica de mil clases con esmaltes, oro, piedras preciosas, etc. Unos artesonados estupendos con figuras, ante los que resultaban deformes caricaturas los tallados de Montañés, Cellini y Salcillo; unos muebles como no los tienen nuestros palacios del Renacimiento; unas alfombras que remedaban mullidos y floridos céspedes; un conjunto, en suma, que nos pasmó, infundiéndonos ese frío hiperfísico de la verdadera sublimidad.

Por fin, tras de recorrer asombrados las sucesivas estancias, llegamos a un vastísimo salón: un *Salón del Trono*, sin duda, porque, en medio de magnificencias insuperables, vimos sentado en áureo y sedoso sitial a un joven como de treinta años, con esa infalsificable majestad de los reyes de la leyenda. El joven, al vernos detenidos ante la entrada y en actitud la más respetuosa que podíamos, se levantó afable y caballeresco, tendiéndonos los brazos como a amigos queridos a quienes hacía tiempo no hubiese visto. En el consabido *lenguaje pineal* del que ya hemos tratado, el gallardo mancebo nos dijo de esta suerte:

—¡Bien venidos seáis, nobles campeones: hace ya tiempo que os aguardabal... ¡Siglos como segundos y segundos como siglos!

Y haciéndonos sentar a su lado en cojines de raso oriental, antaño ocupados por ancianos consejeros sabios, añadió:

—Sin duda que vuestras mentes se sentirán vacilar entre creer verdad o díputar como sueño cuanto estáis viendo, porque ello os recordará mil relatos de esta índole en los cuentos y leyendas de persas e hindúes, mil pasajes de fábulas griegas, mil escenas, en fin, de los tan calumniados como incomprendidos *Libros de Caballería*, que equivocadamente creéis sepultados para siempre bajo la sátira cruel del ilustre *Manco de Lepanto*, siendo así que son más verdaderos que todo cuanto deputáis vosotros por Historia en ese vuestro mundo de grosera materialidad. Sabed que estáis, en efecto, en la vieja *Cerne*, la capital de los siluros libio-iberos, émula de aquella otra *Cerne*, metrópoli de toda la Atlántida, según Platón; en la *Shemish* de la confluencia del antiguo Guadalquivir con el Lixus, en la sepultada *Kali-Shekemesha* que abría paso a los vastísimos llanos de garamantas, farusios, nigritas, marusios, etcétera, en los que sucesivamente iban confluyendo, no sólo todos los actuales ríos occidentales de España, sino los de Francia e Inglaterra, camino de la región donde, después de la gran catástrofe que nos sepultó bajo las aguas, se alzaron las moles eruptivas de los archipiélagos de Madera y las Canarias; el *Alcázar de la grandeza*, que luego diese nombre entre los árabes al frontero *Alcázar-el-cabir*, hoy Alcázarquivir, la ciudad, en fin, de la que dijera Plinio en su libro sexto, capítulos treinta y uno y treinta y seis: «Polibus in extrema Mauritania contra montem Atlantem a terra stadia octo abesse prodidit Cernem», y de la que añadiese Strabón: «Terminus Actiopum populos adet ultima Cerne», de acuerdo con aquellas frases del periplo de Hamnon que rezan: «Aceptibus interpretis a Lixitis desertum legimus meridiem versus per dies duo hinc denno orientem versus unius diei cursu. Ibi in sinus cuiusdam recessu insulam parvam reperimus stadiorum quinque.» Yo era el príncipe heredero de todos aquellos vastos dominios, o más bien dicho, el efectivo rey, por cuanto mi anciano padre me tenía entregado casi el gobierno para mejor dedicarse él a sublimes meditaciones y altos ascetismos en el vecino Jardín de las Hespérides, que era el Centro iniciático de la Buena Ley más poderoso de toda la Atlántida, y si aquél aún no había abdicado en mí su corona, era porque a su cariño de padre se oponía una consideración mágica de la más alta importancia, a saber: el temor de que cayese, como caí, ¡ay!, en efecto, en la prueba final que había de capacitarme para ser un buen rey como el autor de mis días, ¡en la terrible prueba del sexo, en la que tantos sucumbieron!

Al llegar aquí, la noble frente del Príncipe se nubló de un modo siniestro; de sus ojos brotaron dos lágrimas de silencioso dolor, pero, haciendo un supremo esfuerzo por dominarse, continuó diciendo:

—La historia de mis desdichas ulteriores es tan larga como horrible, y os quiero hacer gracia de ella. Básteos saber, pues, que allá hacia los estados del Sur, célebres por su incomparable *Ciudad de las Puertas de Oro*, de la que geógrafos árabes como el Edrisi, aún conservaron vagos recuerdos, la necromancia más espantosa se había entronizado bajo el cetro de una nefasta mujer, prototipo de cuantas Asparis tentadoras nos pintan los libros sagrados del Oriente. No hay en vuestra historia Borgias ni Médicis de perversidad semejante, pues que ella había introducido por vez primera en la Atlántida los sacrificios humanos, que desde entonces acá vienen afrentando al mundo. Por una pendiente tan suave como espantosa, se había ido deslizado aquella dinastía atlante hacia tales abismos de maldad, desde que uno de los antecesores, pariente también nuestro, se mezcló con gente de raza inferior y postergó la justicia al amor filial, creando el nepotismo, ese crimen que también tiene hoy a vuestra España al borde de la ruina. Perdido así el elemental concepto de Justicia, sin el cual la Humanidad está fatalmente condenada a muerte, la carne triunfó del Espíritu y, como «todo lo que es polvo, en polvo y ceniza se tiene que convertir», la decadencia se inició y fué precipitándose por un plano inclinado. Para evitarla, con todas sus secuelas de enfermedades, dolores y muertes prematuras, la medicina sacerdotal atlante descubrió lo que hoy podríamos llamar *la opoterapia humana*, es decir, la aplicación a los enfermos y caducos, de los jugos glandulares de *pituitrina*, *tiroidina*, *adrenalina*, etcétera, o para hablar con más propiedad, los flúidos de los *chacras* o centros astrales motores de toda nuestra vida orgánica, localizados, como veis, hacia los órganos más esenciales, no sólo de nuestra vida física, sino de la etérea...

Al llegar, en efecto, aquí, el príncipe abrió su manto de armiño y escarlata mostrando sobre su cuerpo una como serie de vórtices, torbellinos luminosos y multicolores, emplazados, respectivamente, sobre su frente, garganta, corazón, hipogastrio, plexo solar, etc., centros de fulgurante brillo, que, en nuestra ignorancia acerca del mundo astral, nos habían parecido en un principio algo así como raros adornos, collares y condecoraciones... Como ya el doctor en la *Sociedad Sevillana de Amigos de lo Hiperfísico* nos había hablado por extenso de los *chacras* y aun los había relacionado con ciertos simbolismos y signos secretos de reconocimiento entre los adeptos de antiguas Fraternidades, no precisamos más explicaciones sobre tamaño punto

de ocultismo, además de que ello, de un modo incipiente, pobre y poco advertido, se adivinaba en nuestros cuerpos mismos.

—Pues bien—continuó diciendo el Príncipe—. Aquella reina necromante había logrado conservar, no sólo su vida, sino su belleza soberana y su más lozana juventud, gracias a tamaños crímenes, dado que en lo más secreto de su *Teo-calli* o templo, expertos sacerdotes-cirujanos extraían las glándulas esenciales de los cuerpos de las pobres víctimas que acababan de inmolar ante la multitud en las piedras de sacrificio, bajo pretexto de consultar los horóscopos y auspicios en las entrañas de ellas, y cuyos cadáveres arrojaban luego a aquellas multitudes estúpidas... ¡acabando por hacerla así antropófaga en un delirio de superstición religiosa, ya que la antropofagia no es el principio de la Humanidad, sino el final de una aberrada cultura! ¿Qué más antropofagia, en efecto, que vuestras guerras, inquisiciones y nefastas explotaciones del hombre por el hombre?...

Y era lo peor, que en la lucha astral y más tarde en la lucha física y de pueblo a pueblo entablada, yo tenía que pasar, como después Krishna y todos los redentores de pueblos, por la prueba cruel de las tentaciones de aquella pérfida que se llamó *Katebet, la de los tristes destinos*. Si triunfaba, mi reino se salvaría de la gran catástrofe, como se salvaran Iberia, Galia y Mauritania, por motivos idénticos. Si caía, mi ruina sería la de mi pueblo entero también.

Yo esto no lo supe, ¡ay!, hasta más tarde, y cuando ya no había remedio. Además, ¿quién es capaz de resistir la perfidia de las artes necromantes puestas todas al servicio de la mujer más hermosa del mundo, como lo era la emperatriz *Katebet*?... La ninfa *Pramlocha*, al decir de la tradición oriental, tuvo así encantado al rey de los ascetas durante varios milenios, al fin de los cuales cayó de su error y la maldijo, cual yo maldigo inútilmente ahora a la causante de tantos horrores como cayeron sobre mí y sobre mi pueblo por su culpa. La leyenda del *Príncipe de las Islas Negras* que habréis visto sin duda en *Las mil y una noches*, es, pues, pura verdad, aunque la grosera comprensión humana la materialice... Yo soy, sí, ese desgraciadísimo príncipe que yace abandonado y solitario en este palacio esplendoroso, y mi medio cuerpo de abajo, por obra y gracia de la pérfida, no es materialmente de mármol negro cual la leyenda simbólicamente cuenta, sino de ese mármol de la humana y sexualda carne que, por el sexo, me mantiene atado a la tierra, petrificado en la inanidad espiritual que esa bendita maldición del sexo determina, y que ha sido causa de nuestra ceguera astral al hacernos perder ese ojo de la intuición o tercero y búdhico ojo de nuestra hoy atrofiada glándula pineal, como ciertas blenorragias os dejan tam-



bién ciegos de vuestros dos ojos físicos. Yo soy, en fin, el dolorido Amfortas de la leyenda wagneriana del *Parsifal*, aquel que perdiera al Santo Grial de mis mayores, el castillo del Jardín de las Hespérides, y cuya traidora herida mágica nunca querrá sanar...»

—Que estoy encantado, ¿quién lo duda?; pero debo preveniros



El abandonado «Palacio del Príncipe de las Islas Negras».

contra el prejuicio que, por la mala inteligencia de los Libros de Caballería, ha caído sobre la mente de los hombres, gracias a las funestas artes de aquellos que, tomándolos en su sentido literal o grosero, los carnalizaron al destruir a los incomprendidos albigenses, quienes, de ocultistas admirables, habían degenerado en trovadores envilecidos por el sexo y aun en juglares canallescos... ¡La Magia Negra tiene la culpa siempre de esto, porque todos los discípulos del rey *Arthus*—que no es sino el *Suthra*, *hilo de Oro* y *Sendero* de nuestra liberación—: todos los caballeros de la Tabla Redonda o «de los ciclos secretos»; todos los doce *Pares de Francia*, que no fueron sino los doce signos del Zodíaco; todos los Caballeros de la Fama, es decir, de la *Tradicón famosa* o de la *Cábala tradicional*; todos

los *Dimas* o *Amadis*, buenos *ladrones* o conquistadores del Tesoro del Ideal, Vellochino de Oro, Santo Grial, Castillo de la Joyosa Guardia, Jerusalem celestial, o como quiera llamársele, no eran sino unos consumados ocultistas medioevales de la Buena Ley, que jamás alcanzaron a ser comprendidos por cuantos carnalizaban semejantes mitos, haciendo de sus *Damas ideales*, mujeres de carne y hueso, como la que a mí me precipitase, en lugar de representar con el sagrado vínculo idealista del Caballero y su Dama, a la inefable e indestructible unión o *yoga* del Alma Humana con el Divino Espíritu que le cobijal...

¡Encanto!, ¡Encanto!... ¿Qué es sino un *encantamiento* toda nuestra labor en la vida? Los millones de millones de pasos que da un viajero explorando ansioso la tierra; los millones de millones de letras que, sin darse cuenta, estampa sobre el papel el escritor; las solicitudes tiernísimas de la madre con su hijo, todo, en fin, cuanto tiene algún valor redentor y de sacrificio en la vida, ¿qué es sino un *encanto*, ya que sin el áureo *Velo de Maya* de la dulce ilusión con que se hace, no cabe posibilidad alguna de realizar tamaños sacrificios?...

¡Oh, dorada ilusión y *encanto* que tiendes un velo liberador sobre los dolores transformándolos en placeres, y un velo moderador de los placeres para que en dolores no se tornen ellos!, ¿qué necio es el que se atreve a reirse de esto deputándolo por fábula, como si la fábula misma no fuese siempre la Verdad oculta o disfrazada tras el ropaje de la Mentira? ¡Sí, hay *encantamientos*; la misma vida humana es por entero un *encantamiento de encantamientos*, porque es maya, ilusión, sueño de ensueños, y por eso el que carece de toda ilusión, no vive, sino que vegeta, como la planta o como la piedra!

En resumen, que yo estoy *encantado*, qué dirían los libros caballerescos, esto es, que desde aquella horrible noche en que fué sepultada la Atlántida, yo yazgo aquí en mi doble astral, entre las paredes de mi palacio, tal y como cuenta la leyenda, sin poder alejarme del ámbito de mi reino, porque mi cuerpo físico, sorprendido en el lecho, perdió la vida con la catástrofe y, envuelto entre cieno y arenas del fondo marítimo que ocultó para siempre a mi capital y mi territorio, no ha sido descompuesto, liberándome de ese lazo kármico que me tiene aherrojado a mi Atlántida infeliz. Así, mientras que aquel mi cuerpo perdura siglos y más siglos a la manera de los sepultados en Pompeya por las cenizas del Vesubio el año 79, y en la misma actitud en que la muerte física me sorprendiera, mi *doble* vaga aquí y allá sin poder romper el cordón áureo que a mi cadáver no descompuesto me une, tormento indecible y dantesco,

pues que así ni puedo tener el supremo descanso de los cielos, ni retornar a la vida en otro cuerpo siguiendo el curso natural y cíclico de las reencarnaciones, y en *impase* tal, sólo me es dable estudiar, como en un museo vivo al par que muerto, todo cuanto a la misma historia de la Atlántida y de su ruina se refiere, esperando el dichoso día en que alguien destruya mi yerta momia y me liberte solícito...

Y diciendo esto, hizo el Príncipe un movimiento dejando ver una como cadena fluidica, una especie de cable conductor de la corriente eléctrica, un verdadero cordón umbilical que, arrancando como de su vientre, penetraba por el muro vecino, yendo sin duda a unirse en la cámara inmediata bajo el lecho donde su cadáver yacía.

—En cuanto a la perversa, causante de tantos males—terminó el Príncipe—, sufre igual o mayor castigo, como os narraré otro día, pues ahora no es ocasión de ocuparnos de mí, sino de vosotros, porque aunque estáis también transitoriamente en un estado de desdoble, análogo al mío, como podéis comprobar, no por eso estáis libres de la ley universal del alimento, es decir, de la reparación de las fuerzas astrales gastadas; ya que de la nada no se hace nada y que la transformación y la renovación son leyes de la vida como de la muerte.

Y mientras tal nos decía, el egregio joven se levantó, aunque enlazado siempre por la cintura con aquel fluidico cordón astral o cadena, que si bien engrosaba o se adelgazaba, según que se acercase o alejase del lecho mortuorio donde quedaba su momificado cuerpo, no podía ser roto y le acompañaba doquiera, como en la vida ordinaria va siempre nuestra sombra tras nuestro cuerpo. Siguiéndole los cinco por regias cámaras y galerías, llegamos hasta un patio fresquísimo, del que era una miniatura el de *Los Leones*, de la Alhambra, patio en el que murmuraban, entre flores nunca vistas ni olidas, varios surtidores de aguas como aquellas de la divina *Fuente Castalia*, cabe unos naranjos llenos de azahares y de frutas. Siguiendo el ejemplo que el propio príncipe nos diera, imergimos nuestros *dobles* en sendas pilas de mármol, comimos ávidamente de aquellas *manzanas de oro o de Freya* que dan la inmortalidad a los dioses y prolongan la vida de los *dobles* astrales de los hombres y bebimos luego de aquellas aguas que no eran sino ambrosía y licor del Soma o bíblico maná, con lo cual nos sentimos tan recomfortados y vigorosos como en los mejores momentos de nuestras floridas juventudes... ¡La leyenda de la Vaca celeste o la Madre Tierra, cuya leche es ambrosía, vida e inmortalidad, no era, pues, una leyenda, y nosotros, como el divino *Gauthama* o el *Buddha conductor de la Vaca*, éramos alimentados en aquel nuestro nuevo es-

tado, no con groseros alimentos que suponen crueles destrucciones de formas vivas, sino con flúidos, de esos que tan a raudales derrocha la tierra misma para alimentar a los *espíritus* de su atmósfera y de su *anillo* u *órbita*, por los dos extremos de su eje de rotación en forma de auroras pobres, esas radiográficas emanaciones de rayos catódicos que en sus entrañas se producen bajo los nutridores rayos del Sol, alma y corazón de todo nuestro sistema planetario y sostén único de la vida física, etérea, astral y mental que en todo el ámbito de su Sistemal...



---

---

## CAPÍTULO X

A la vista de una ciudad atlante.

*En la terraza de la Acrópolis.—Vagos recuerdos de anteriores existencias.—La última isla atlante hundida hace once mil años.—La debatida Certne o Kalia-Shekelmesha.—La península de Gezira del Shemmish.—La simbólica H cardo-decimana y sus doce vías.—Recuerdos de la rediviva Pompeya.—La ciudad lemuriana precursora.—Reminiscencias bíblicas de la catástrofe de la Pentápolis.—Las gentes erithreas y sus clásicos megalitos.—Los pastores geriónidos de Herodoto.—Los celtas o «montañeses» y los iberos o «de la llanura».—Itinerarios pastoriles de los berracos sagrados.—Un ignorado arqueólogo.—Biblioteca mágica que no pude visitar.—La ciudad grecorromana, mera caricatura de la atlante.—Los siete templos de los Ángeles Planetarios.—La Acrópolis dejada aparte.—Cruzando el canal hacia la sepultada urbe.*

Abandonamos no sin pena aquel oasis interior del palacio, aquel imponderable *patio sevillano* donde habíamos bebido materialmente vida y alegría, y, guiados siempre por el bondadoso cuanto desgraciado príncipe, salimos hacia el exterior, desde cuya gran terraza contemplamos extáticos el panorama de aquellos llanos sin rival en el mundo.

Yo no sé, en verdad, qué tenía para mí de mágica aquella terraza, especie de colina de Montmartre con un verdadero París a los pies, pero no un París grisáceo y velado por el humo, sino una banda de infinitas palomas blancas entre nidos de verdura. En el obscuro seno de mi inconsciente spenceriano; en el mar sin fondo y sin orillas de mis ideas innatas, que diría Leibniz, aquella terraza-observatorio hablaba a mi corazón de alguna remota existencia mía, atlante más que caldea, o hindú, en la que desde allí contemplase

el panorama mágico de los cielos de tan remotos días, en los que el polo era otro y en el que lucían sobre aquellas comarcas intertropicales, estrellas australes que hoy ya no vemos desde nuestras latitudes... Aunque el sol esplendoroso de aquella época prehistórica brillaba alegre sobre la comarca que a nuestros pies se desarrollaba hasta perderse en las lejanías, yo *quería como recordar* otras noches inefables, pasadas en la terraza-observatorio, ora bajo la luz de una luna misteriosa, ora bajo una estrellada noche sin fondo, en la que, a simple vista, contemplar podía los satélites de Júpiter, el fantástico anillo de Saturno y las remotas estrellas de las últimas magnitudes...

De mi embobamiento mágico me sacó, al fin, la *palabra sin palabras* del príncipe, que nos decía, señalando hacia aquellos ámbitos de su pasado feliz:

—Ahí tenéis la metrópoli de *Poseidonis*, mi isla, la última de las islas atlantes que se hundió en el mar en la noche de lo que hoy llamaríais vosotros, por vuestros cómputos, «el once de Febrero». Se la conocía también por Cerne o Certne, en recuerdo de la Cerne de las trescientas sesenta y cinco *puertas de oro*, o capital antes sepultada, ochocientos años hacía, y que es a la que, *bajo velo*, aludiera Platón en sus *Diálogos*. También se la llamó *Merópide*, en recuerdo de aquella otra Merópide primitiva de hace también ochocientos mil años, y de la que a Teopompo hablasen los sacerdotes de Frigia. En fin, a esta ciudad se la llamó asimismo *Kalia-Shekelmesa* o *Shekelmesha* primitiva, por los escasos sobrevivientes de la sumersión de mi gadirico reino, aquellos sacerdotes de la Buena Ley, que, poco tiempo antes de la última catástrofe de hace once mil años que demarcó ya los continentes europeo y africano en la forma que hoy tienen, huyeron hacia Oriente y fundaron, en lo que hoy es *el oasis marroquí de Tafilete*, a la ciudad de *Shekelmesha*, que diría Fournel, ciudad en cuyas ruinas actuales, de las que los árabes nómadas o beduinos no tienen ya ni memoria, existe un centro iniciático o *jina*, harto digno de un estudio ocultista, porque en la fraseología mágica «fundar una ciudad» equivale más bien a «establecer una doctrina», una escuela de Magia primitiva.

Dentro del recuerdo que todas estas cosas han dejado en las leyendas parsis y caldeas, y el mayor aún que ellas habrían dejado a no ser por las destrucciones operadas en todos los restos atlantes no sepultados ni destruidos por los necromantes ascetas de la Tebaida y de otras partes, mi reino fué uno de los diez reinos o *nomos* en los que se dividiera la herencia atlante de Neptuno o *Poseidonis*; una de las diez dinastías o generaciones antediluvianas de Sanchoiaron y de Beroso; uno de los diez *nomos* de que habla la leyenda

china del poema del Li-Sao; uno de los diez estados formados «en el último extremo del mundo», o sea en los territorios atlantes al Oeste de las *Columns*, es decir, de las *ciudades* que seguían *la doctrina iniciática de Hércules-Kaimurath*, y cuyo simbolismo no supo comprender Bailly al estudiar la leyenda caldea de los reyes *devas* o *gigantes* atlantes que reinaron «nueve mil años antes», y de los *peris* o *parsis*, «más pequeños, pero más sabios y buenos, que sólo reinaron dos mil años, también antes, del hombre post-atlante, el hombre rojo, o sea nuestro bíblico *Adán*», es decir, las generaciones posteriores a aquel terrible diluvio.

En cuanto a la península en que nos encontramos, formada por la confluencia de los dos ríos, ella es la península Gerira del Shemish, que tanto ha preocupado a vuestro historiador Joaquín Costa. Vedla hecha isla por ese canal que separa la acrópolis en que nos encontramos del resto de la ciudad, cuyas tres calles principales marcan con su triple fila de árboles y su mayor anchura, la letra sagrada, la H inicial del nombre venerando de Hércules, no de otro modo que los arúspices y magistrados atlantes, en el sagrado arado de Triptolemo demarcaban la doble cruz *cardo-decumana* y el perímetro circular de toda nueva ciudad, invocando a los dioses tutelares, es decir, a nuestros *jinas* y *pitris*.

Y, en efecto, claramente se veía la verde H traceando la blanca masa de la ciudad, o sean las dos vías generales de Norte a Sur, y la transversal, o de Este a Oeste, cosa que me trajo a la memoria al punto la hermosa descripción que nuestro compatriota D. Hilarión González del Castillo nos había hecho años antes en el Ateneo con sus conferencias sobre *Pompeya y la Ciudad Lineal*. La samítica ciudad aquélla, sepultada bajo las cenizas del Vesubio, como todas las ciudades pelágicas, no era efectivamente en sus líneas generales, sino un vago y reformado recuerdo de las ciudades atlantes, sepultadas ya hacía siglos, pero vivas siempre en la memoria de los sacerdotes iniciados que a estotras trazaron y dirigieron, sin perjuicio de que la ignorancia ulterior se encargase de envilecer, achicar y borrar las primitivas líneas de aquel simbolismo de la doble cruz en el círculo, característico de todas las ciudades mediterráneas posteriores a la catástrofe atlántida.

--Esta incomparable ciudad, como todas las de la gran Atlántida—continuó nuestro príncipe con acento solemne—tiene debajo otra ciudad lemuriána, fundada hace un millón de años por emigrantes lemures, que vinieron del Sur, huyendo de otra remotísima catástrofe, operada por el fuego, que no por el agua como la nuestra, catástrofe de la cual es una vaga reminiscencia ancestral con cargo a las regiones del actual Mar de las Indias, el pasaje bíblico

relativo a la destrucción de Sodoma y demás ciudades de la Pentápolis. Aquellas gentes australes y pre-atlantes, mezcla de gentes *bárbaras*, o extranjeras que diría el libro primero, número ocho de Herodoto, fueron las que nos enseñaron a escribir en papyrus y quipos, y su venida se demuestra por muchos nombres hebreos y púnicos posteriores de las inscripciones; por las piedras pulimentadas con corte y punta, que aún se encuentran en sus dólmenes y que se usaron después también por los egipcios y para abrir los cadáveres de los embalsamientos, por los hebreos para circuncidarse (Exodo, cap. 4, versículo 25; Josué, cap. 5, versículo 2) y por los árabes, en fin, para incidirse y sacarse sangre de las manos en señal de fraternidad o de alianza. (Herodoto; I. 3, cap. 8).

Estas gentes erithreas, o venidas de la región que hoy ocupa el Mar Rojo, gentes vagamente recordadas por Herodoto, Pomponio, Estrabón, Arriano, Silo y Plinio, e inmortalizadas por la elegía décima, libro IV, de Propercio, trajeron los primeros megalitos, universalmente extendidos desde el Araxes y el Nilo hasta Europa y la Atlántida, a través de la región africana, pero no deben ser confundidas con las atlantes propiamente dichas que se formaron y florecieron después, siendo la confusión que sobre este punto esencial reina una consecuencia de las absurdas cronologías de Beroso y sus secuaces, que hacen meros siglos de las decenas de milenios. Los moradores de todas ellas eran pastores, y el mismo Avieno, que andando los tiempos las viese después en Iberia, nos describe a éstos avecindados hacia las montañas, entre selvas y jarales, duros y bravos, viviendo de la leche y el queso que les daban sus ganados y tejiendo con lana las telas de sus tiendas de campaña. Ellos eran también las gentes *geriónidas*, de *Ger*, o en plural *Germ*, palabra que pasó al hebreo significando *peregrino*, ya que siempre emigraron los inadaptados y los fracasados en su país de origen. Estos emigrantes, una vez allí establecidos, se llamaron ya a la larga *Gerrhoum*, que en hebreo es indígena y coterráneo, o colectivamente el *Gerión* de Gades, como parece deducirse de la mención que de ellos hace el libro 4, capítulo 10 de Herodoto mismo, cuanto del libro cuarto de Estrabón, al dar valor histórico-simbólico, no sólo a la *Iliada* y a la *Odisea*, sino también al robo de los *bueyes de Gerión* por Hércules. Hasta los mismos nombres posteriores de *celtas e iberos*, como ha dicho muy bien nuestro arqueólogo extremeño D. Vicente Paredes, no parecen indicar distinción de razas, sino más bien de género o sitio de vida, ora en la montaña, ora en el llano, razón por la cual debéis considerar como lemures primitivos a los celtas, y como efectivos atlantes posteriores a los iberos o *siluros*. Los numerosos animales de piedra «toros o berracos sagrados» que iréis encontran-



do en vuestro atlante itinerario, son otras tantas señales de las primitivas trashumaciones ganaderas, al igual de los hitos agálmicos que existen en España, en Coca, Guisando, Villar del Pedrosa, Zamora, Salamanca, Los Lázaros, Monleón y Segura, Flor de Rosa, Santo Domingo de las Posadas, Mingorría, Serna, Avila, Muñana, Villatoro, Bonilla, Palomares, Baños, Segura, Segovia, Cebreros, Talavera, Cáceres, Botija, Talavera la Vieja, Torralba, Ciudad Rodrigo, San Felices de los Gallegos, Lumbreres, Evora y Beja...

—Señor—me atreví a preguntarle con todo respeto a aquel sabio, al oírle nombrar al modestísimo arqueólogo extremeño Paredes, tan poco conocido de los mismos sabios oficiales—¿cómo es que conocéis tanto de estos arduos problemas?, ¿cómo es que sabéis tanto?— A lo que el príncipe, con bondadosa sonrisa, contestóme:

—¡Y qué queréis que haya hecho en tantos siglos!—. Luego añadió:

—Como nada hay inútil en la naturaleza, este mi *encantamiento* o desgracia por mis culpas, ha sido, en parte, mi fortuna. Verdad es que no he tenido ese placer o descanso celeste que tienen todas las almas entre encarnación y encarnación, y que estoy sometido de tiempo en tiempo a un humillante dolor que me callo, pero, en cambio, el bondadoso, aunque justo, poder del Dios *Karma*, me ha permitido enfrascarme a mi completa satisfacción en el estudio reposado y tranquilo de la riquísima biblioteca mágica que encierra mi palacio: ¡la biblioteca de mi buen padre, donde, como entre los *jinas* de *Yshmomia*, no sólo existen cuantas obras se deben a la más remota antigüedad sabia, sino hasta los más modernos y menos estimados por la frivolidad de los contemporáneos, y el libro de Paredes sobre los *tramontamos celtiberos* es, sin duda, uno de los más estimables. Por otra parte, vosotros no tenéis que envidiar, en este punto de bibliotecas, a la sepultada Atlántida, después de descubiertas aquellas criptas que visteis junto a los hermosos lagos de Somiedo astures. Pero... no divaguemos más y contemplemos con calma a mi ciudad querida: ¡*Antiquitas procime accedit ad Deo!*, que Cicerón dijo.

—Perdonad si aún os molesto—interrumpile ansioso—. ¿No podríamos visitar, ante todo, esa extraña biblioteca?

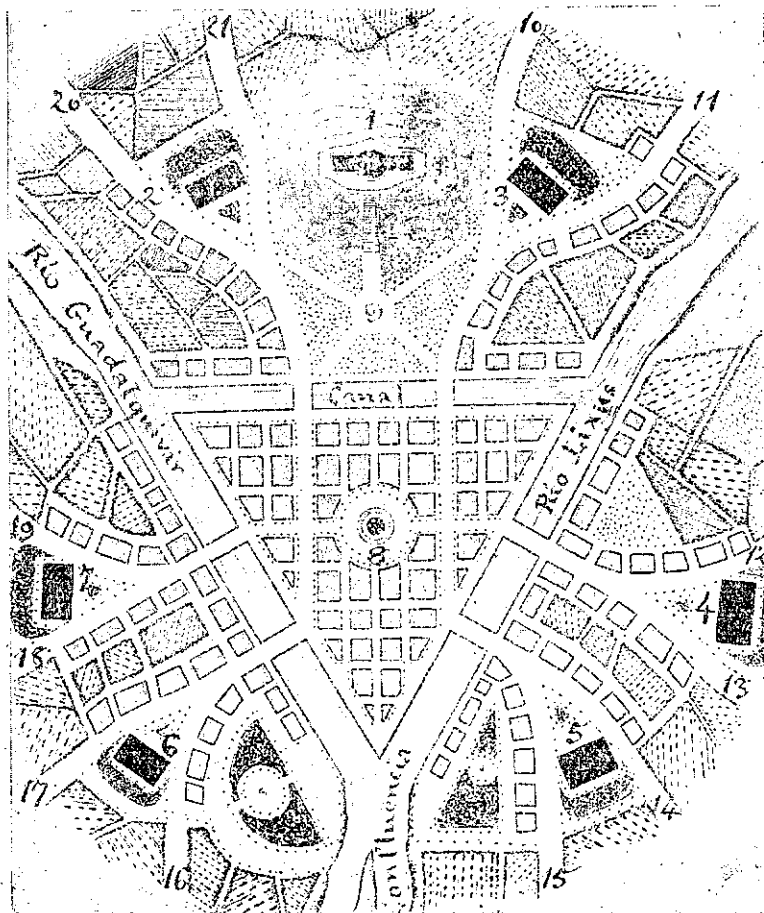
A lo que el príncipe contestóme cariñoso, tras un instante de vacilación:

—No; no podéis visitarla. Al menos por ahora... Ellas, como las criptas de las Acrópolis, *son de siempre* y de *Ellos, pero no son para todos todavía*.

Comprendí clarísimamente la alusión ocultista, y pidiéndole mil perdones por mi infantil indiscreción, púseme a escuchar atentamente lo que el sabio príncipe decía:

—Las grandes ciudades atlantes, caricaturizadas siglos más tarde por las griegas y romanas, eran en sus trazos generales un dechado de la más perfecta y simbólica geometría. Ya sabéis por el divino Platón la disposición general de la Metrópoli, por él veladamente descrita. En cuanto a esa que tenéis ahí abajo, podéis juzgar por vosotros mismos. Ved, en efecto, el gran triángulo demarcado por el canal de la Acrópolis y las líneas confluentes de los dos ríos. En su interior, la gran H de las tres vías principales de la ciudad trazan, con sus cuatro extremos, un perfecto cuadrado inscrito en el acuático triángulo. Además, si bien se considera, los dos palos de la *hache* y su travesaño, no son sino el famoso *cardo*, y los dos *decumanos*, o vías principales, que aún se admiran en Pompeya, rediviva ciudad que, por seros bien conocida después de las excavaciones descritas por las obras de H. Thedenat y P. Gusman, tomaré como pobre tipo de esta *Cerne*, para facilitar las explicaciones. Los dos palos o *decumanos* de la H y el *cardo* transversal, no son en puridad sino los arranques de seis sendas vías que, una vez cruzados los ríos y el canal, se bifurcan para dar origen a otras tantas amplísimas calzadas semejantes a los *camino de los incas* que hallasen los primeros conquistadores españoles y que conducían, respectivamente, a cada una de las doce ciudades confederadas que constituían el vasto imperio atlante, *erithreo* o *gadírco*: es a saber: a las ciudades sepultadas de entre las Islas Británicas y las Azores, a Olissipo (o Lisboa), a Gades (o Cádiz), a la primitiva Cartago antes fenicia (o Numidia), a la nueva Shekelmesha de Tafiote, a la Yshmomia y otras ciudades del Alto Nilo; a las ciudades que aún subsistían como restos de la Lemuria antigua, a la Metrópoli de las Puertas de Oro, al Cuzco inca, al Cauca de las famosas huacas llenas de tesoros, a la Zulai centroamericana, y, en fin, a la inmortal Palenque yucateca. Claro es que estos nombres que así os doy en desorden, ni son los de las doce dichas ciudades confederadas—cuyos verdaderos nombres nada dirían a vuestros modernos oídos europeos—, ni marcan otra cosa que las líneas generales de unión entre mi capital y los centros más notables del mundo atlante primitivo; sitios donde, o bien existían ya o se fundaron después sobre sus ruinas, las ciudades y naciones dichas; que en esto, como en todo, el concretar demasiado, sin dejar su parte a vuestra intuición, sería peor que el no decir nada.

En los cruces de las seis bifurcaciones dichas y en el centro de la ciudad se alzaba un templo, templo consagrado respectivamente a uno de los siete planetas sagrados, y digo templo, valiéndome, no de la acepción general de «un lugar consagrado al respectivo Kabir, Amshaspend o Angel Planetario», sino más bien a las necesidades humanas, respectivamente enlazadas con la excelsa indole de aque-



PLANO IDEAL DE LA CIUDAD ATLANTE DE KALIA-SHEKELMESH, EN LA CONFLUENCIA DEL GUADALQUIVIR Y EL LIXUS

1. Acrópolis.—2. Templo de Cronos-Saturno.—3. Templo de Venus-Lucifera.—4. Templo de Marte.—5. Templo de Mercurio.—6. Templo de la Luna.—7. Templo de Júpiter.—8. Templo del Sol y Foro principal.—9. Bosque sagrado.—10. Vía a las Castírides.—11. Vía a Gades y Olissipo.—12. Vía a Numidia.—13. Vía a la Shekmesha de Tafilite.—14. Vía a la Lemuria.—15. Vía a la Metrópoli de las Puertas de Oro.—16. Vía al Cuzco.—17. Vía al Cauca.—18. Vía a Zulai y Palenque.—19. Vía al país de los Nahoas.—20. Vía a los sepultados países nórdicos.

llos Protectores, Protectores no en el concepto idolátrico y ya degradado de los templos que conociesen los últimos días del Paganismo. Así, el templo central o del Sol, que es Vida, no era sino el *Foro principal*, que un pompeyano diría, esto es, el *Templo de la Justicia*, en cuyo interior los magistrados resolvían los asuntos litigiosos de toda índole y en cuyo exterior, con perfectos caracteres del *ágora* griega, tenía sus Asambleas a la luz del Sol o bajo los druidicos rayos de la Luna el pueblo soberano, en medio de la más acabada democracia, pues que la intervención mía como príncipe, era meramente simbólica, tuitiva y moderadora, encargada de ser más bien la genuina representación de aquel pueblo en sus relaciones exteriores. El templo de Saturno-Cronos no era sino el archivo general del reino, con todo lo relativo al pasado y al estado civil de las personas; el de Venus un templo del arte, un Museo de museos y preciosidades, donde todas ellas se daban cita; el de Marte un efectivo gimnasio integral, es decir, fuente de toda acción intelectual, moral y física; el de la Luna el centro de toda la administración y la vida pública, al tenor de la suprema influencia que emanaba del Foro Central, como luz del Sol de Justicia reflejando sobre la Luna de la vida práctica; el de Júpiter, foco de refulgente espiritualidad religiosa, sin sacerdocios explotadores, y, finalmente, el de Mercurio, alma de la ciencia de aquel gran pueblo, que antes de la catástrofe era uno de los más cultos y mejores del mundo... La Acrópolis de la altura, en fin, era algo así como un Sol Oculto y dejado aparte; un palacio real bajo el que se abrían sacerdotales galerías secretas comunicando con los otros siete templos y con la red general de Misterio abierta en las entrañas del Planeta, red universal que bajo el concepto vulgar de «grutas y galerías naturales», solapan todo un mundo sublime, iniciático y vedado a los profanos indiscretos, aunque abierto siempre a los estudiantes sinceros que quieren trascender heroicamente por sobre las miserias de la humana vida...

Calló con esto el príncipe, y a una indicación suya, después de tender una última mirada sobre aquella vegetación tropical y paradisíaca como no se ve ya en parte alguna del mundo, ni siquiera en esos edenes que se llaman India, Brasil y Cuba, descendimos por la pendiente de la Acrópolis; cruzamos el canal por un puente magnífico, capaz de acreditar como arquitecto peritísimo a su *pontifice*, y penetramos por el *decumano* de la derecha, donde lucía esplendoroso el templo de Júpiter con su pórtico de treinta y dos columnas cuajadas de lotos sagrados, y con inscripciones en sus plintos y arquivabas que merecían por sí solas un libro.

---

---

## CAPITULO XI

### Kalia-Shekelmesha.

*Estudiando por nosotros mismos.—Panoramas estáticos y dinámicos de la ciudad hundida, en lo astral, en lo etéreo y en lo físico.—Multiplicidad de la conciencia en la vida.—Los clichés de la imaginación.—La noche de la gran catástrofe.—Girodet y su cuadro de «El Diluvio».—A lo largo de las calles de la urbe.—Una «Ciudad Lineal» de hace cien siglos.—La independencia del hogar antiguo.—Profanaciones semíticas de la vida.—Leones como bestias de tiro.—Aeronaves y automóviles primitivos.—¿Ferrocarriles egipcios?—El más pasmoso de los descubrimientos.—Los Misterios Iniciáticos y el Anfiteatro.—Cómo al ser destruidos, acabaron aquéllos en teatros, plazas de toros y circos.—Pistas y Pistacos embaucadores.—Júpiter-Pisto y Diana-Pista.—Las piscinas probáticas evangélicas.—Un recuerdo de los mártires del Cristianismo.—La moderna confusión de castas.—¡Resuelto el más grave de los problemas sociales!—Viviendas exteriores.— Los lararios.— Otras mil preciosidades perdidas.*

A los primeros pasos que dimos por aquellas calles de la ciudad atlante comprendimos todo el alcance de las últimas frases del príncipe al retornar a su palacio, dejándonos, como buen ocultista, apreciar por nosotros mismos las enseñanzas de «la ciudad muerta y sin embargo viva».

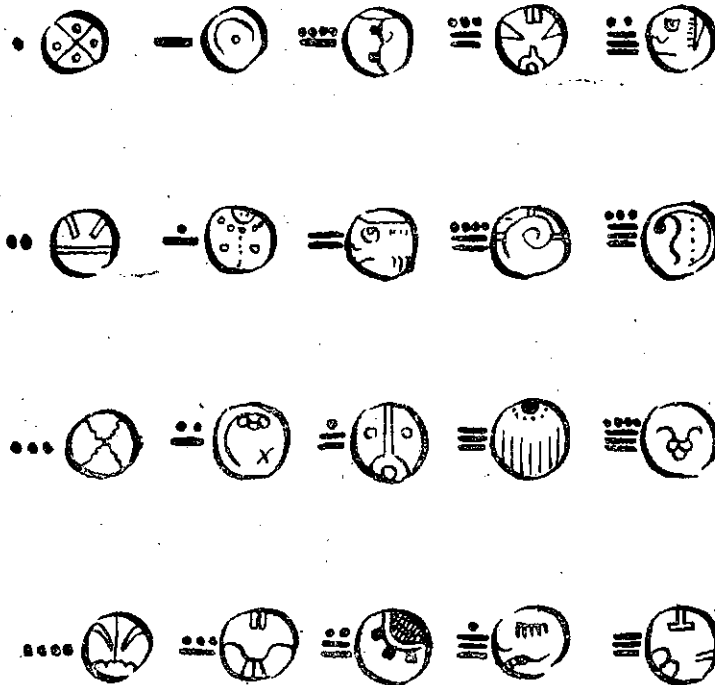
—Id por toda la ciudad, a vuestro completo arbitrio, mientras me retiro a mi palacio, donde os espero a vuestro regreso. La sola inspección de ella os enseñará infinitamente más que cuanto yo pudiera narraros—nos había dicho.

Y, en efecto, la muda enseñanza que comenzamos a recibir según caminamos, era de una elocuencia infinita, porque dentro de las

leyes del mundo astral para las que no hay pasado, presente, ni futuro *físicos*, pues que todo lo físico es *presente* a voluntad, como en un *panorama imaginativo*, la visión que nos había de presentar la ciudad tenía que ser, digámoslo así, estática y dinámica a un tiempo mismo. Estática, porque se nos presentaba, como se vería realmente, si fuese dable el fotografiarla hoy abismada en las arenas de los bajos fondos marinos que, efectivamente, la cubren, es decir, sorprendiendo como por encanto esa misma instantánea de horror con que en la Pompeya rediviva de hoy se han encontrado, por ejemplo, al avaro, pretendiendo salvarse de la catástrofe con sus tesoros; al gladiador, tratando de escapar a las cenizas que le aprisionaban, en horrible paroxismo; a la pareja enamorada recibiendo inconsciente la muerte en un supremo y amoroso deliquio... Pero al mismo tiempo la visión nuestra de la ciudad, decimos, era dinámica, porque moviéndonos nosotros en cuerpos astrales—aunque ligados a nuestros cuerpos físicos de la cripta de Huelva por oscuros cordones vitales a la manera del del Príncipe—, nuestra visión era también astral y, por tanto, sólo imperfectamente traducible en términos físicos, y semejante visión astral nos producía un contraste, el más estupendo, como era el de ver *astralmente* aquel movido cuadro de horror de los momentos supremos de la catástrofe pretérita, y ver al par, digámoslo así *físicamente*, la marmórea, la impasible tranquilidad actual en que los muertos cuerpos de hombres y animales yacían inmóviles con su sueño eterno de estatuas de carne momificada o fosilizada, mientras que sus dobles astrales respectivos, muy pobremente evolucionados en general, flotaban vagos, adormilados y como embrutecidos, a mayor o menor distancia de sus momias, ni más ni menos que los *dobles* de la generalidad de los vivos flotan cerca del lecho donde descansan sus cuerpos materiales durante el sueño, y sin tener aquéllos la relativa libertad de movimientos que tenía el mucho más evolucionado del príncipe o los nuestros respectivos, gracias al desdoblamiento operado por el Maestro de la Rábida bajo cuya protección seguíamos.

Al lector exigente que aún no se dé por satisfecho con tales explicaciones, le diremos que semejante contraste de realidad física, realidad etérea y realidad astral, lejos de ser extraño ni absurdo, es frequentísimo en la vida. ¿Acaso no vemos a diario a las estrellas y a la luna desfilando raudas entre los cúmulos que arrastra el vendaval, pareciéndonos alternativamente, ora que son aquéllas, ora que son éstos los que se mueven, según que pongamos la mirada, es decir, la conciencia, en unos u otras? ¿Acaso no estamos harto familiarizados con ese efecto puramente astral que nos da siempre una *ilusión contraria a la verdadera, pareciendo que somos nosotros*

los que marchamos con nuestro tren, cuando en realidad es el tren contrario el que marcha, y viceversa?... Pues aquí tenéis un caso típico de dos conciencias y dos visiones contrapuestas, y en la que la física es la más falsa, por cierto. Si aún se desean más explicaciones, recordaremos asimismo esa superposición de los clichés de nuestra mente por la que argumentos novelescos desarrollados a



Los numerales mayas y ógmicos del 1 al 20 vistos en las ruinas de Shekelmesha.

cientos de leguas aparecen superpuestos a otros de lugares queridos, dándonos, por ejemplo, proyectadas las escenas de la *Iliada* o del *Quijote* en las eras de nuestro pueblo, eras tantas veces recordadas cuando hombres en nuestras nostalgias de chicos... Así, el cliché físico de la realidad actual y submarina de la sepultada Kali-Shekelmesha, cliché que podríamos ver, por ejemplo, todos en la vida con un mayor perfeccionamiento de la fotografía submarina por los rayos X, aparecía superpuesto a un cliché etéreo: (el de la tal visión estática operada sin necesidad de estos medios físico-científicos aun no descubiertos, reproduciendo con vivo realismo la escena final de aquella ciudad hundida) y a un tercer cliché astral, que,

estáticamente, nos permitía ver el estado de los dobles astrales de aquellos muertos cuyos cadáveres, como los de Pompeya y los del príncipe, todavía no habían sido descompuestos, mientras que dinámicamente, en fin, podíamos ver con la astral omnipresencia cuantas escenas de la vida histórica de aquellas gentes precediesen al supremo momento de angustia que con la horrible catástrofe les sobrevino...

¡Y qué espantosos, qué macabros *clichés* eran estos últimos!

No hay, en efecto, horror alguno comparable con aquella visión de espanto, con aquella catástrofe apocalíptica, en la que toda clase de escenas desgarradoras se amontonaban informes, ofreciendo con ese angustioso y fatal realismo del célebre cuadro de Girodet, en el que la última de las rocas, próxima ya también a ser invadida por el torrente devastador de los mares desbordados, ostenta un árbol seco y calcinado por las descargas eléctricas de un cielo implacable y negrísimo, verdadero mar próximo también a desgajarse de la altura; un esqueleto de árbol en cuya débil rama ha logrado asirse con esfuerzos de una desesperación inútil el jefe de una familia, quien con una mano se agarra febrilmente al árbol y con la otra sujeta por el brazo a la desmayada esposa que lleva, a su vez, a un niño colgado de su cuello y a otro acurrucado medrosamente en su regazo, pendientes todos sobre el abismo que de un momento a otro ha de tragarlos, como a los cadáveres que abajo flotan sobre sus aguas revueltas... Para expresar, en fin, todo el paroxismo de la desesperación, el artista nos presenta asimismo hasta el anciano abuelo, para quien la vida no debiera ya ofrecer atractivo alguno, trepando trabajosamente por las espaldas del héroe familiar y asiéndose a su cuello como si tratase de ahogarle...

Pero, gracias a esa dichosa casualidad, que, aun en esta vida, tenemos de poder trasladar de plano en plano nuestra conciencia—hasta esos mismos límites increíbles de un Mucio Scévola hablando impávido al rey Tarquino mientras se dejaba quemar en el pebetero la mano que había errado el golpe regicida—, apartamos la atención de aquellos clichés emotivos que habrían hecho la felicidad de nuestras gentes vulgares, ávidas siempre de emociones fuertes, para fijarla tan sólo en la vida de la ciudad anterior a la catástrofe, con el hormigueo continuo de unos negociantes febriles, y en la disposición de la ciudad misma; una especie de práctico Londres, donde la *city* de los negocios y de la vida pública se desarrollaba toda en torno del Foro o Templo del Sol, entre éste y los otros seis templos, o sea en torno de la *hache* demarcada por el *cardo* y los dos *decumanos* en el interior del triángulo fluvial, mientras que a lo largo de las doce vías ya dichas se extendían las viviendas priva-



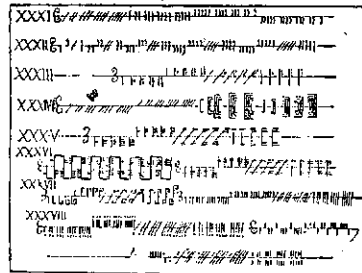
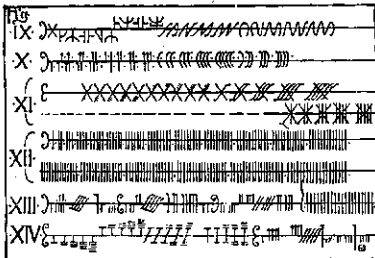
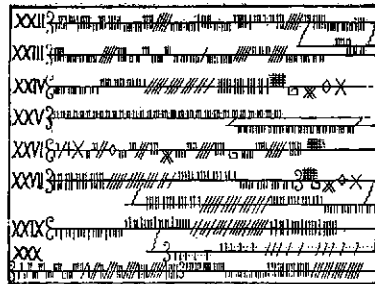
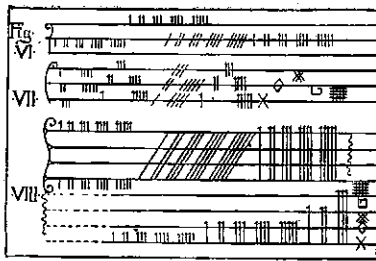
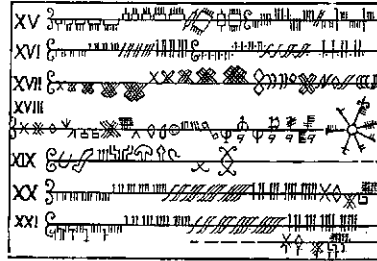
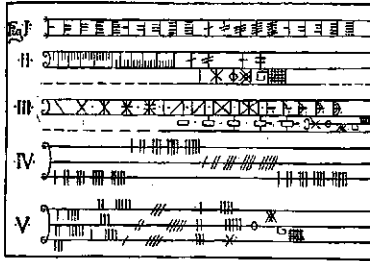
das u *homes* británicos, que hoy diríamos, con una alineación que para su *Ciudad Lineal* copiase en su ensueño atlante mi buen amigo el pitagórico Soria y Mata, y con una independencia entre hogar y hogar aún recordada por los atlantes tiempos etruscos, predecesores de aquellos primitivos días romanos en que dentro del feliz aislamiento de las casas fuesen aún desconocidas servidumbres tan odiosas como la de las luces o la de medianería, pues es harto sabido que la infecta aglomeración de las casas en macizas manzanas y de los hogares por pisos, es una nefasta invención *púnica* o *semita*, fomentadora de cien enfermedades y de mil astrales horrores, a los que nos hemos acostumbrado como nos acostumbramos a los malos ambientes de todos nuestros lugares públicos de aglomeración y hacinamiento.

¿Conocieron los gadiricos habitantes de Cerne, se nos preguntará, algún medio de transporte rápido que obviase el escollo de una populosa ciudad como aquélla, por tan enorme perímetro extendida? Sí que le conocieron... ¡tanto y más que nosotros!, pero yo no habré de decíroslos aquí, aunque bien los vi, lectores impíos, porque aquellos cultísimos antecesores de los egipcios habían logrado casi domesticar a los leones y tigres para uncirlos a cómodos carricoches, cosa harto recordada por dichos animales que aún ostentan su carácter de nobles bestias de tiro en las carrozas simbólicas de diversos dioses *atlantes* del panteón grecorromano; habían creado, además, artefactos superiores a nuestras motocicletas y automóviles, y los más ricos tenían hasta seguros aeroplanos y otras aeronaves para sus servicios particulares y públicos, sin contar también con una especie de ferrocarriles, que se dice que, después de la catástrofe, aún perduraron entre los egipcios, con la diferencia de que, faltos de madera para las traviesas éstos últimos, hubieron de reemplazarlas con grandes sacos irrompibles y llenos de arena compacta que las hacía muy seguras. Al lector, en fin, que sonría benévolo con todas estas cosas, le remitiremos a los trabajos del arqueólogo ruso-japonés Yama Ryll-Gratine, que cree haber encontrado en Egipto y Armenia ¡hasta gramófonos!

Esto y la comodidad de los hogares con sus *caldarios*, *tepidarios* y *frigidarios* en los baños; la alegría de un jardín propio, especies de huertos de retiro rústico y la multitud de honestas distracciones públicas les hacía pasar a aquellas gentes, sobre todo en los tiempos más remotos, una existencia archifeliz, que rara vez se veía turbada por las enfermedades y que se prolongaba a longevidades centenarias verdaderamente inverosímiles.

Entre dichos espectáculos públicos, al llegar al centro de la ciudad, adivinamos la existencia de uno que nos dejó pasmados: un

DE SEVILLA AL YUCATÁN



Numerales del Gaedhil vistos en las ruinas de Shckelmesha.

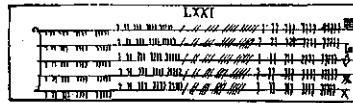
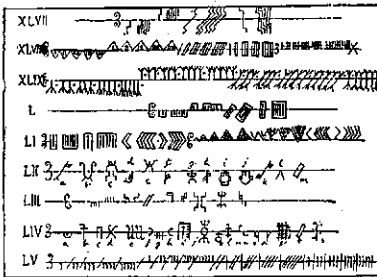
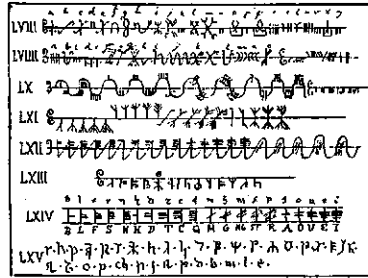
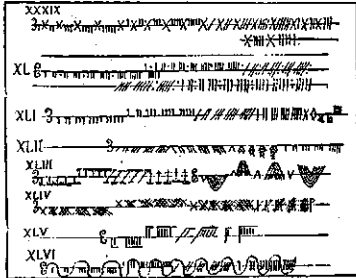


Fig. LVII

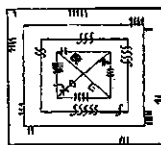


Fig. LVII

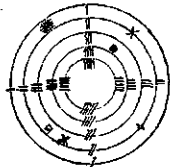


Fig. LVIII



Numerales del Gaedhil vistos en las ruinas de Shekelmesha.

verdadero descubrimiento que, al llegar al corazón de la urbe, hubo de depararnos la aguda perspicacia inductiva de nuestro querido doctor.

Caminando, en efecto, a lo largo de unas aceras más amplias que las *marginæ* romanas y cruzando por entre todo género de establecimientos públicos de la *city* allende el templo de Júpiter y por el decumano occidental abajo viendo los barcos, albergues para forasteros, casas de comidas, tiendas de pistores, orifices, venatores, dealbatores, cambiadores y comerciantes, en fin, de todas clases, llegamos por el *Cardo dextro* al gran templo central o del Sol, cuya descripción, si pudiésemos detenernos a hacerla, resultaría increíble, por lo grandioso de las proporciones arquitectónicas de su mole y las delicadísimas minucias ornamentales en oro, plata, pinturas, esculturas y gruesísimas piedras preciosas que allí se veían, autorizándonos para decir, como ya se ha dicho del templo de *Nagon-Back* hindú, que los constructores que tamañas maravillas alzasen, edificaron como titanes y labraron como joyeros. Ninguna de las consabidas y patéticas descripciones que los autores de estudios sobre antigüedades grecorromanas nos han dejado acerca de los muros ciclópeos de Tarragona, Abydos, etc.; de los *Foros* principales, del incomparable *Foro triangular de Pompeya* con sus pórticos gigantes y augustos, con su Templo de Hércules, sus terrazas, su gimnasio, su Odeón y su teatro trágico dentro, resultaba parangonable remotamente con aquel prodigio, único en los fastos de la ingeniería; con aquella verdadera *Mole* alzándose opulenta sobre una terraza amplísima de regia escalinata, desde la que se dominaba todo el conjunto de la ciudad.

Como íbamos, pues, diciendo, el doctor seguía mostrando la atención más sabia y minuciosa. Todo lo observaba y abarcaba, con vista al par de águila y de lince. No parecía sino un sacerdote atlante más, viviendo material y espiritualmente la vida entera de la ciudad esplendorosa. Al enfrentar con lo egipcia columnata exterior del Templo Central o *Foro*—una especie de colosal y archiarquitectónica plaza de toros—pasó sin detenerse a lo largo del vastísimo recinto en que durante tantos siglos se administrara justicia a un pueblo culto y bueno, a quienes sus perversos directores espirituales acabaron haciendo malvado y grosero, penetró como una tromba en otro edificio interior y también redondo, lanzando al llegar a él «una exclamación de júbilo», que en nuestro físico lenguaje diríamos.

—¡Eureka! ¡Lo he encontrado al fin!—dijo.

Nosotros nos quedamos perplejos, porque aquello, aparte de su lujo y de sus proporciones ciclópeas, no era para admirar a nadie, pues que se trataba sólo del *anfiteatro* o el *doble teatro*; el circo, la

plaza de toros, o la *naumaquia*, si queréis, pero nada, en suma, que pudiese justificar ante nuestros ojos semejantes transportes de júbilo, y así hubimos de manifestárselo sin ambage alguno.

—¡Oh!—replicó el doctor—: ¡pero es que este edificio no es nada de lo que decís, sino algo de lo que nosotros ya llevamos intuido desde que penetramos en los misterios de las criptas de Hércules!

Dentro, en efecto, de nuestro estado de lucidez astral no necesitamos más explicaciones. En nosotros brotó instantánea una idea vivísima que nos hizo comprender al punto cuán atinadísima era la admiración del buen doctor. ¡Como que allí, en aquel Centro de centros de la sabia ciudad veíamos el mismo anfiteatro que, con cortas diferencias, se viese siglos después en todas las ciudades romanas de importancia: la Ciudad Eterna, Pompeya, Mérida, Nimes, Itálica. Pero el tal anfiteatro, además, entrañaba la prueba viva de haberse celebrado en él las primitivas representaciones de los Misterios antiguos, representaciones antecesoras de todo el teatro clásico, otro tanto de como los Autos sacramentales eclesiásticos fuesen los precursores del teatro moderno.

¡Sí, ya no podíamos dudar! Aquel recinto circular llenaba de agua su fondo o *pista*, para sobre ella operar, como anteriormente llevábamos también visto nosotros, las dramáticas y reveladoras escenas de los Misterios Iniciáticos, en los que, según Cicerón, Séneca y tantos otros, fueran admitidos siempre los hombres grandes por su virtud, al par que por su ciencia y su energía, sentados ellos en la gradería de la doble *cavea*, que dijeron luego los romanos. Destruídos más tarde los misterios en la Atlántida por un sacerdocio negociante y embrutecedor, como siglos después fuesen desterrados del público por Alejandro, en Oriente; por César, en Occidente; por Cortés, en México, y por Pizarro, entre los incas. Vino luego esa «falsa moneda» que sucede siempre, pero no precede nunca a la legítima, y que ora se llamó «circo» y plaza de toros (donde la antigua habilidad de los Maestros taumaturgos, domeñando las *fuerzas astrales*, según la velada alusión platónica, era sustituida por la de los *bestiarum, retiarii, venatorii, gladiatorum*, y, en fin, ¡toreros!, toreros, sí, como los nuestros); ora constituyó después el teatro desde el día en que la mitad de la *cavea* o gradería del viejo anfiteatro ocultista tuvo que ser suprimida para crear el *pulpitum*, el *proscenium*, el *hiposcenium* y demás dependencias necesarias a fin de montar toda la tramoya juglaresca, histriónica y despreciable de unos embusteros sacerdotes que, con cuerdas, trampas, bastidores, juego de luces y otros artefactos consabidos de la *farsa escénica*, trataron de sustituir vanamente al augusto proyectarse sobre las aguas de la *naumaquia* de las sublimes escenas iniciáticas que antaño brotaban má-



Fig. 17, letra A

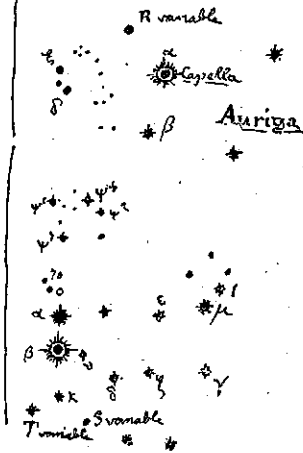


Fig. 32

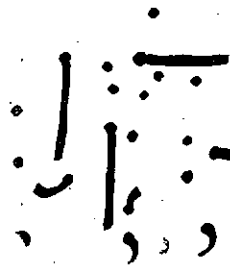
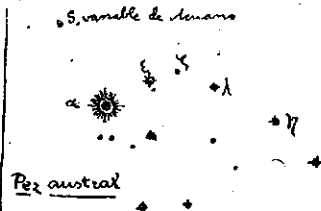


Fig. 10

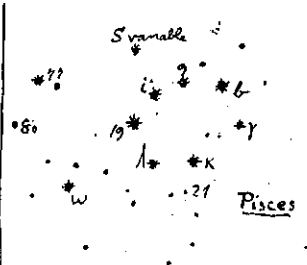
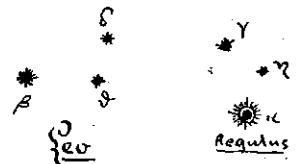
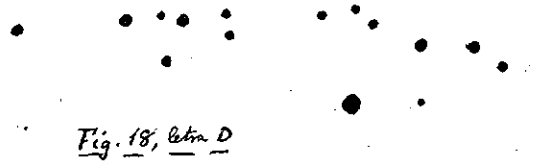
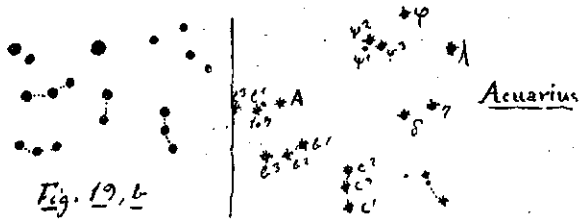
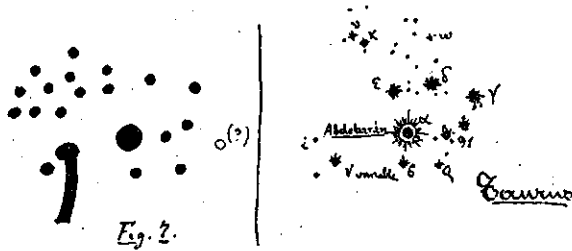
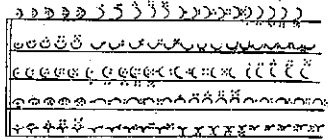


Fig. 14



Jeroglificos constelares de las minas de Shekemesha.



Jeroglíficos constelares de las minas de Shekelimesha.

gicas, tal y como las habíamos visto nosotros de la mente del Maestro.

De aquí esta *pista* de los Misterios, tomando la palabra *pista* y lo mismo en el sentido actual de la de nuestros circos, que en el figurado de *resto*, *reminiscencia*, *rastró* o *huella delatora del ayer de algo que ya se fué, pero que dejó estampada de un modo u otro la imborrable señal de su paso*. De aquí también aquellas reveladoras palabras latinas posteriores de *Diana-Pistia* y *Ceres-Pistia* que, como consigna Calepino en su *Diccionario de las siete lenguas* (Venecia, 1778), se ven en las más antiguas inscripciones de aquel cognomen *Pistio* del propio Júpiter o *Io-pithar* de los Misterios, cuanto de aquellas gentes más o menos iniciadas o guiadas por Iniciados que se llamaron *Pistaceum* o *Pistacium*, venidas (Calepinus) de Alejandria, Egipto y Siria a la Etruria, con ocasión sin duda de la ruina operada en dichos Misterios por los sucesores de Alejandro. *Pistáceos* o *Pistacos*, en fin, ¡cosa admirable!, cuyo nombre, atlante o etrusco, más que latino, aún perdura designando a los necromantes sacerdotes de los indios sudamericanos, sin contar con las infinitas supervivencias fonéticas que suponen, por ejemplo, los *pistores* o panaderos; es decir, los amasadores primitivamente del *pan sagrado* de las comuniones sacramentales precristianas, moledores de un trigo que era fama y había sido traído de Venus por los primeros Reyes Divinos, siendo la tal molienda un efectivo culto y un capítulo de los Misterios mismos. Todo ello haciendo caso omiso de otras derivaciones más remotas del concepto fundamental, verbigracia, las *curanderas*, *piscinas* o *naumaquias* aquellas, que se llamaban así, «aunque no tuviesen peces», y donde, cuando ya no se representaban sobre sus aguas Misterios reales y efectivos, se representaron juegos acuáticos físicos de todas clases, sustituyendo así los banales combates a las emocionantes y *astrales* escenas de aquellas primievals Solemnidades, reveladoras del pasado de la Tierra, de las razas y de los hombres, para acabar, en un colmo de degradación horrible, por ser el lugar predilecto del martirio de unos hombres discutibles, a quienes luego el Cristianismo venerase como santos, es decir, como novísimos ungidos de esa transcendente espiritualidad redentora que, destruidas y todo aquellas Solemnidades inefables, aún seguían presentando Misterios de fe, virtud y enterezas sobrehumanas a los ojos de los estúpidos herederos de quienes locamente las destruyesen...

Si a detallar fuésemos, en fin, lo que en el recinto del Foro y de la ciudadela vimos, adquiriría este capítulo proporciones de libro. Bástenos, pues, consignar que las glorias de las mejores construcciones de la antigüedad clásica quedaban allí eclipsadas, lo mismo



en sus casas de baños públicas, con sus mil anejos del Templo de Marte, que en sus bazares, mercados y demás establecimientos de uso general, para las seis castas en que desde el principio estaban divididos los moradores, *más por su progreso intelectual y moral*, que por el nacimiento, la fortuna, el vigor o cualquiera otra preeminencia; no como sucede, ¡ay!, entre nosotros, en que los *sacerdotes* del Ideal suelen ser despreciados *parias*, y los *guerreros* de las grandes causas, juguete miserable de *comerciantes* sin escrúpulos, todo por no buscar en la organización social la verdadera armonía entre lo espiritual y lo psíquico, por lo cual nuestras sociedades, desde Roma acá, y aun antes, están constituidas en verdadero equilibrio inestable que acaba siempre en revoluciones.

Y ya que hablamos de «cuestiones sociales», como hoy se llaman mojigatadamente a las eternas *cuestiones jurídicas* de la Justi-

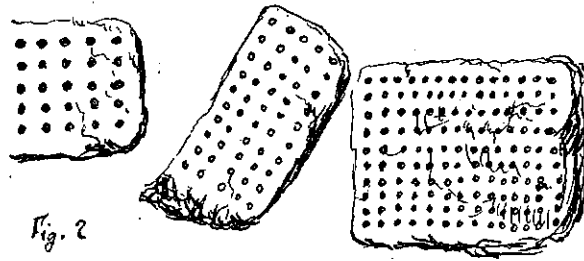


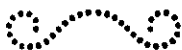
Fig. 2

Abacos sagrados de Shekelmesha.

cia Distributiva, lícito nos será consignar un particular de aquella ciudad, sobrado interesante: Nos referimos al hecho notable de que, no faltando en la atlante urbe detalle alguno de los que las excavaciones han hallado en poblaciones como Pompeya, y aun existiendo otros que en éstas no se observan, la hermosa Kalia-Shekelmesha carecía de todo rastro de esos lugares de triste comercio de amor a la envilecida *Venus fricatrix* romana consagrados. El lector me entiende, sin duda, dispensándome de más aclaraciones; bastando, pues, con que le diga que semejante omisión era reveladora de un estado social perfectísimo en sus orígenes, estado que cuidaba de deparar siempre una dulce compañera al hombre a poco de la aparición de la edad nubil en uno y en otro, sin necesidad de esa criminal espera que la estupidez social nuestra ha calificado con un eufemismo que es gran donosura de «necesidad de crearse una posición previa», para constituir honradamente de viejos, tras toda suerte de tempestades y tragedias *venustas* o *venéreas*, un hogar que tenemos obligación natural de constituir de muy jóvenes... Tal nos había di-

cho, con ocasión de sus desgracias, el noble príncipe a quien debíamos tantas otras revelaciones maravillosas.

¿Y qué añadir que no sea también un pálido reflejo de la realidad, acerca de las viviendas particulares alineadas a derecha e izquierda de las vías exteriores? Ni las comodísimas que han hecho famosa a Inglaterra, ni las decantadas que la piqueta excavadora ha sacado de nuevo a la luz del día en Pompeya; la de *Pansa*, la de los Vetti, la de Apolo, la del Fauno, la *degli amorini dorati*, etc., podrían sufrir su parangón, y el *larario*, o «cámara sacra» del hogar aquel «último rincón de tu vivienda, en el que a solas con el Padre, tu Padre puede oírte», que dice simbólicamente el capítulo VI, versículo 6 del Evangelio de San Mateo, era un hogar santo en el que el cabeza de familia, en los asuntos arduos y peligrosos de la vida, podía ponerse, si era puro y sabio, en amorosa comunicación con lares y penates; es decir, con los *jinas* o *pitris* nuestros muertos queridos...



---

## CAPÍTULO XII

### Cronos y su atlante archivo.

*La imaginación como el más poderoso auxiliar de las investigaciones históricas.—Museo pre-escriturario matemático-cáldico.—Panorama de las más arcaicas escrituras.—Las fusaiolas y sus svástikas.—El sagrado y universal simbolismo de la cruz jaina.—La electricidad transcendente y la Fuerza Creadora.—Los pellejos de Eolo y la pictografía prehistórica.—Las piedras mágicas y el «Perilithon», de Teofrasto.—Los nagas.—¡Siempre y por siempre la Magia!—Galactitas, betilos, piedras aulladoras y oscilantes, runas, ogams, etc., etc.—Las fusaiolas y la baraja.—Los tres empleos fundamentales del «libro de las cuarenta cartas».—El mayor vicio quizá de los atlantes.—Simbolismo de los cuatro palos de los naipes españoles.—El juego de las fusaiolas o «chapas».—Pherecides de Samos y el Misterio de los Dactilos.—La Edad de Piedra es la Atlántida.—Los escitas son atlantes.—Los mil nombres dados a estos pueblos por los sabios.*

«Mientras el erudito se pierde en un escepticismo ciego, la imaginación afortunada suele dar con envidiables aciertos», ha dicho nuestro sabio historiógrafo D. Aureliano Fernández Guerra en uno de sus trabajos, y, en efecto, Posidonio, Plinio, Amiano Marcelino, Tertuliano, Engel, Sherer, Tournefort, Buffon, Avezac y cien otros, volando en alas de su cultísima imaginación, habían dado antaño con todos los detalles que tuviese la gran Meropide de Teopompo, tal y como nosotros los estábamos viendo en nuestro recorrido por aquella Cerne que habría hecho las delicias de cualquier arqueólogo, con sus calles, templos, vías, murallas y demás sitios que nosotros íbamos conociendo.

Después de haber dado así vuelta a toda la ciudad hasta los extremos más lejanos de las dos vías, que se bifurcaban junto a los templos de Marte y de la Luna consagrados a la dirección pública de todo lo relacionado con la vida física; después de haber visto aquí y allá, por encrucijadas y avenidas, infinitas esculturas superiores al *Apolo*, de Belvedere, en el pórtico de Ancio; al *Laoconte* heroico, del Palacio de Tito; al *Toro Farnesio*, de las Termas de Caracalla; a la *Quimera*, de Amezo; a la *Victoria*, de Samotracia; a la *Sierpe*, de Balazote, y a la *Dama*, de Elche, con sus incomprensidos simbolismos, llegamos al *Templo de Saturno*, donde *Cronos* tenía el más prodigioso archivo histórico que en el mundo se ha visto.

No voy a describirle por entero: sería imposible. Pero es deber mío el consignar como cronista que Sayce, Taylor y demás sabios que se han consagrado al estudio de la historia del alfabeto y de la escritura, habrían cambiado allí la mayor parte de sus convicciones a la vista de aquel verdadero *Museo pre-escriturario* de la sepultada Shekelmesha, donde, en salas diferentes e inacabables, aparecían cuidadosamente seriados los monumentos históricos relacionados con los orígenes matemático-calcedónicos del arte de escribir.

Aquí una vasta estancia dedicada a los quipos peruanos, cuanto a los quipos primitivos mediterráneos, de los cuales fueron una última supervivencia ancestral el de los famosísimos *Nudos de Gordio*, que Alejandro, ya que no supo *desatar* o interpretar con su guerrera ignorancia, supo, bárbaro, destruir. Allá otras estancias múltiples dedicadas a ladrillos cuneiformes cual los babilónicos, a papiros como los egipcios y pergaminos como los siriacos, a toda clase, en fin, de runas escandinavas, ogams irlandeses, tarjetas tartesias, códices mayas y fusaiolas troyanas.

Incapacitados nosotros de poder abarcar tamañas grandezas, nos fijamos con predilección en estas últimas, recordando los relatos de Alájar relativos a las excavaciones practicadas por Schliemann en la siete veces destruída ciudad que inmortalizase la *Iliada*. El lector nos agradecerá seguramente que le comuniquemos nuestras intuitivas percepciones acerca de aquellos discos o *monedas* de tierra cocida, abundantísimos en las ruinas de Troya, discos cuajados de *svástikas* o *cruces jainas*, probando que las gentes de Shekelmesha, aunque emparentadas con los atlantes, llevaban en sus venas también una levadura aria, al igual de los célebres pueblos yucatecos, porque no hay que olvidar que los arios comenzaron hace un millón de años, y la primera de las tres catástrofes atlantes data de hace 800.000 años y la última de unos 11.000.

Razón tenía la Maestra Blavatsky al decirnos que la *svástika* de las fusaiolas es el símbolo más sagrado y más místico: «brilla

ella, en efecto, sobre la cabeza de la gran Serpiente de Vishnú, el Shesha-Ananta de las mil cabezas que en el Patala o región inferior habitan. Todas las naciones antiguas pusieron la *svástika* a la cabeza de sus emblemas religiosos, porque es el *Martillo de Thor* el arma mágica forjada por los pigmeos contra los gigantes o Fuerzas titánicas precósmicas opuestas a la ley de la Armonía Universal; el *Miölnir* o *Martillo productor de las tempestades* que los Ases o Señores Celestes usan. En el Macrocosmos, sus brazos acodados en ángulo recto expresan la evolución e incesante movimiento renovador del Cosmos y también la rotación de la Tierra,



La galería de las momias, precedente mexicano de las esculturas murales de los hipogeos egipcios.

mientras que en lo microcósmico representa al hombre con el brazo derecho señalando al Cielo y el izquierdo a la Tierra. Es asimismo la *svástika* un signo alquímico, cosmogónico y antropogónico, bajo siete distintas claves interpretadoras. Es, en fin, como símbolo de la Electricidad transcendente, el Alfa y el Omega de la Fuerza Creadora universal, desde el Espíritu hasta la Materia, y por eso quien llega a abarcar todo su místico significado queda libre de la gran Maya o Ilusión. De ella, materializándola lamentablemente, formaron los cristianos su Cruz.» Una verdadera y emblemática *svástika* es por esto también el llamado *molinete eléctrico* de los físicos.

Tocar, sin embargo, en la ciencia estas cuestiones de la *svástika*, equivale casi a desatar como Ulises los pellejos en que éste le diese

Eolo encerrados los vientos, porque hablar de las múltiples tablas de las fusaiolas no es sino poner sobre el tapete la debatidísima cuestión de toda la pictografía prehistórica, en la que tan a ciegas se encuentran todavía nuestros sabios por su escéptica incredulidad y su vano empeño de querer juzgar, con nuestro positivismo estéril, una época como aquella en que el simbolismo, que es Ciencia de ciencias, lo dominaba todo.

En los tallados de las fusaiolas hay, efectivamente, para todos los gustos arqueológicos. Mágicos ladrillos o *pedras* como las descritas en el perdido *Perilithon*, de Teofastro, que, según Aristóteles, se atribuyó a Orfeo, es decir, a *Hércules*. Su *arcilloso* parentesco de tallas y cocciones con los ladrillos babilónicos cuajados de escrituras cuneiformes es, por otra parte, evidente: Curtius, al excavar en Olimpia, y Homolle en Delfos, bien debieron convencerse de ello, como lo estaba, sin duda, Plinio al escribir los dos últimos libros, 36 y 37, de su *Historia Natural*, consagrados a la Magia y a las «pedras preciosas», tanto las piedras que se llaman hoy tales por su valor y por su brillo, cuanto a aquellos discos de barro cocido que, en el sentido material, ni eran *preciosas* ni eran *pedras*, pero que, en el sentido moral o simbólico, habían dado lugar a infinitos tratados más o menos velados, como los de Dercyllos, Nicias Mallotes, Diocles el rodio, Doroteus el caldeo y otras derivados del libro *Jaino* o de Enoch, el iniciático libro citado con elogio por la Epístola canónica de San Judas Tadeo, el de los *Nagas* o *Divinas Serpientes*, a quienes vemos como hombres superiores, lo mismo entre los *Naguales* o sacerdotes del *Nebo* asirio, babilónico y egipcio, que entre los caldaicos *nahoas* del Yucatán, poseedores todos de la secreta sabiduría de *los astros*.

Como dice muy bien Salomón Reinach, en medio de su positivismo, el culto a las tales piedras no ha desaparecido aún, ni puede, añadimos nosotros, desaparecer. Los mogoles, aun después de convertidos al buddhismo y al lamaísmo, le conservan, según dice, en su obra *La Magia en la Antigüedad*, Alfredo Maury. Carthailac, en su *L'age de pierre dans les souvenirs et superstitions* populares, como Lenorman en su *Magia caldea*, han creído poder abarcar el problema diciendo a regañadientes no sé qué cosas de los turanios o *thōranios*, es decir, de las efectivas razas atlantes de Thor, que, mezcladas o sin mezclar con los arios, perduran hasta nuestros días en vastísimas regiones, como la Siberia, porque a esos, *quienes muchos de ellos carecen de tradición diluviana*, no hubieron de alcanzarles las tres espantosas catástrofes por esta tradición recordada.

Las *pedras del rayo*, las *galactitas órficas* (*Iliada*, II, 121, y *Eneida*, VII, 213), la *ostrita esculapiana*, la piedra con que Machaon

curase a Philoctetes; el *betillo* mágico de todos los países; las *piedras aulladoras, oscilantes, rúnicas y parlantes* de los terafines o «veladores espiritistas» de ciertos sacerdotes o patriarcas, que diríamos empequeñeciendo a éstos y aquéllas, no eran sino otros tantos elementos de operatoria astral, de sibilinas evocaciones, de no siempre puras taumaturgias, en manos de ciertos operadores, ni más ni menos que las propias *fusaiolas*. Porque la *fusaiola* era, en manos de sus sacerdotes, algo así de lo que es en nuestras manos *la baraja*, ¡el terrible *libro de las cuarenta cartas!*...

Sí. La *fusaiola* unas veces es astrológica, como en la Plancha XIV del hermoso libro de Alexandre Bertrand acerca del *Druidismo y de los druidas*, porque representa con sus rayas horizontales las bandas nada menos que el telescopio nos muestra hoy en el planeta Júpiter, con sus *tropicos de puntos*, como los tan abundantes en los Códices Mayas y su *banda ecuatorial*, toda ella señalada por svásticas. Otras veces, la *fusaiola* es *pictográfica*, si vale la palabra, pues que nos pinta en pobres miniaturas mil figuras que recuerdan más o menos a las pictografías de Ohio, que trae la página 13 de la obra de Isaac Taylor, *The Alphabet*; a las inscripciones de Xila y Ataca, páginas 157 y 169 de la obra de Chavero; a los *círculos con cabeza y patas (treces u hombres)* que se ven en las *rupestres* de la Cueva de la Graja; a los círculos concéntricos de Simpson (Planchas II y XIII de Bertrand), atlántidas supervivencias pictográficas de aquellos canales y muros circulares de las consabidas descripciones de la Metrópoli atlante de los Diálogos de Platón, a los adornos del vaso de Cástulo; a los rayos ogámicos del Gaedhil, que diéramos en nuestra obra *De gentes del otro mundo*, y, en fin, a todas las abigarradas pinturas jeroglíficas de los múltiples Códices Mayas, en alguno de los cuales, el del Vaticano, por ejemplo, se adivinan algo así como *cartas de la baraja*.

Porque no sabemos, en verdad, todo lo que es en sí esa temible colección de *fusaiolas* en cartulina, que hoy se llama *baraja*, utensilio que (lejos de haberse inventado en la Edad Media para distraer ocios de un triste monarca francés, como dicen nuestros *sabios* libros escépticos), es tan antiguo como el mundo. En ninguno de los colegios sacerdotales de la antigüedad ha faltado nunca, por cierto, en una u otra forma, *la baraja*, porque ella tuvo siempre tres finalidades distintas: la primera y primitiva, para una especie de contabilidad y coordinatoria matemática, que se hacía prácticamente con *fusaiolas*, o sus *equivalentes*, como hoy se hace teóricamente con guarismos o letras sobre el papel o la pizarra; la segunda, para la necromante y terafinesca magia adivinatoria, de la que constituyen una pobre supervivencia ancestral nuestras echadoras de cartas,

y la tercera aplicación, la de «la ocupación ociosa» que todo juego supone y que, soltando a veces todos los diques de la eterna pasión del hombre por lo desconocido, se hace superior a toda otra pasión de mujer, alcohol u opio, hasta el punto de que el hombre, después de jugarse su dinero, su honra y su vida misma, hasta llega material y simbólicamente, en recuerdo del origen mágico de la terrible *bagatela*, a jugarse el alma con el diablo. ¿Quién que tenga un poco de experiencia de mundo se atreverá sino a dudar de esto último ante esas mujeres y esos huerfanitos miserables que el marido o el padre jugador, impasibles dejaron sobre el arroyo a consecuencia del vicio fatal, del vicio *atlante*?

La terrible homilía de San Eloy contra el culto de las piedras habría estado mucho más en su punto contra el culto de la baraja, de la *fusaiola universal*, que ya no lleva hoy crucecitas *svástikas* numeradas, como en las contabilidades de ésta, pero que sigue crucificando a los hombres en la afrenta del vicio más grande de los conocidos, como uno de los pecados, en fin, contra la Naturaleza, y que en naipes como los españoles tiene el cuádruple simbolismo del oro de la mente, la *copa* de la pasión, la *espada* del conocimiento intuitivo o del «caballero» y el *basto* de la fuerza material, al tenor de las explicaciones que acerca de *El Anillo del Nibelungo* diésemos en nuestra obra *Wagner, mitólogo y ocultista*; tiene también, añadimos, el simbolismo del bisexuado *rey-reina* o *Seres Divinos*, tantas veces citados, y el sexuado respectivo del *caballo* y la *sota*, y tienen, en fin, para elocuente prueba de supervivencia ancestral, el rasgo ogámico de una, dos, tres o cuatro rayas numéricas de la *quintena* y la *veintena* para designar el palo correspondiente a cada carta, ni más ni menos a como llevamos demostrado en otros trabajos con el *Códice ogámico de Ballymote* relacionados. (*Revista Crítica Española*, dirigida por el Dr. Bonilla y San Martín, tomos de 1916 y 1917.)

La visión de aquellas seriadas y preciosas fusaiolas me trajo también a la memoria remotos recue dos de mi infancia pueblerina, cuando los chicos jugábamos con fusaiolas semejantes o *chapas* redondas recortadas, más o menos toscamente, sobre los fragmentos de cuantos cacharros de barro, loza o porcelana rompieran los eternos descuidos de las criadas, dando luego valores diferentes a tales *chapas*, al modo de monedas con las que solían jugar *los grandes* en la plaza, y aun los mismos presos de la vecina cárcel, porque debiera ser ley de la arqueología aquel principio de Hermes, de que lo que está arriba es como lo que está abajo; quiero decir que todo cuanto hoy sea juego o mero pasatiempo de chicos, fué antes sería e importante ocupación de los grandes, pues siempre «los dioses de



nuestros padres son nuestros demonios.» No en vano un fragmento de columna, una no nada residual, puede reconstituir un templo, y un templo toda una civilización, y hartos casos de ello llevamos



La Peña-Tù asturiana (*Tu-baal* o el *Dios Solar* de los aborígenes íberos).

visto en nuestro increíble viaje astral respecto de circos y plazas de toros que fuesen antes anfiteatros iniciáticos; leyendas infantiles que solapasen profundos misterios prehistóricos y trivialidades aparentes que entrañaran los más abstrusos conceptos de simbología arcaica, todo al tenor del famoso dicho ocultista de «si quieres ver lo invisible abre bien tus ojos a lo visible», o del aserto platónico que cali-

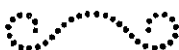
ficase las *realidades* de aquí abajo como «sombras de sombras» de las altas y desconocidas realidades de lo invisible...

Porque tras las *fusaiolas* y sus *guarismos de svásticas*, acaso están algunos de los misterios calcídico-matemáticos de los *Dáctilos*, aquellas enseñanzas frigias en las que sacerdotes como Pherecidas iniciasen a Pitágoras, siendo hombres, éstos de pura y sapientísima vida, que, con su *dedo ideico*—un sencillo *imán* o «varita de virtud» de las leyendas—operaban, como cabires teurgistas al estilo de Esculapio, las más portentosas curaciones, degenerando más tarde estas maravillas en los criminales *Sod* o *Sodalias*, de las *Kadeshin*, que, según Cicerón, se celebraban en el monte *Ida*, y que distaban mucho de ser santas, o en las ridículas y «espirituales» varillas adivinatoras de nuestros modernos rbdomantes o buscadores de aguas subterráneas...

Si a puntualizar fuéramos, en fin, las maravillas vistas en aquellos históricos archivos, abrumaríamos al lector más benévolo, porque, a decir verdad, la más corta e ínfima época de esa masa informe de siglos y siglos que hemos dado en denominar prehistoria, ocupa más espacio y ofrece más grandeza que todo lo acaecido luego desde entonces hasta nuestros días, porque como ya dijimos antaño al ocuparnos de *La ciencia hierática de los Mayas*, la Edad de Piedra es, en nuestros mismos continentes, esa remotísima prehistoria atlante que ya Trogo Pompeyo denominó *escítica* o de turanios e hiperbóreos, raza que, según el extracto legado por Justino y que reproduce la clásica obra de A. Bertrand *Les druides et le Druidisme*, irradió sus fulgores por el mundo (*non minus illustra initia quam imperium habuere*), y fué siempre considerada como la más antigua del universo, anterior a los mismos hindúes y egipcios (*Scitarum gens antiquissima semper habita*); gentes cuyo imperio fué inmenso (*multum in longitudinem et latitudinem patet*) y que aspiraron por tres veces al imperio del Asia (*imperium Asiae quesi-vère*), imponiendo tributos que abolió Nino, el padre de Semiramis y primer rey de Asiria (*his scythis Asiae per mille quingentos annos vectigalis fuit. Pendenti tributi finem Ninus, rex Assiriorum impossuit*). Esta raza troncal atlántida, que no fué toda, ni con mucho, sumergida, es la *hiperbórea* o *escítica*, de Herodoto; la *preariana* y *mágica*, de Plinio; la *protosemita*, de Scott-Elliot; la *atlante*, de H. P. Blavatsky; la *megalítica*, de los antropólogos modernos; la *proto-danesa*, *escandinava* o *nórtica*, de Worsaae, Evans, Nilsson y Montelins; la *druida*, de Bertrand; la *vasca* o *precaldea*, de Fernández y González; la *turania occidental*, de Lenormant; la *mediterránea*, de Sergi; la *libio-ibera*, de Antón, etc., etc., pues como ha dicho Bunsen, comentando la obra de Lenormant *La magie chez les*

*chaldéens et les origines accadiennes* (págs. 190, 238 y 325), «todo se auna para llevarnos a considerar a una misma y sola raza de la Humanidad, como implantadora en una antigüedad prodigiosamente remota, *que no podríamos reducir a guarismo*, de las supersticiones mágicas que les son características en la cuenca del Eufrates y el Tigris», frase comentada por Bertrand con estas palabras: «La hipótesis de Bunsen resulta hoy un hecho apoyado por sólidos argumentos, y que cada día alcanza una demostración más completa. El día que ello quede establecido en definitiva, la primitiva historia de la Humanidad habrá dado un paso gigantesco.» «Este día, dice proféticamente el genial arqueólogo, nos parece ya muy vecino, sin duda.»

¿Qué habrían dicho estos sabios investigadores si le viesan llegado tal día para ellos como le veíamos allí mismo nosotros en el seno de un vastísimo edificio atlante que nos tornaba redivivas, palpitantes, las realidades sin par de aquel mundo, *a medias no más*, sumergido?



---

## CAPITULO XIII

### La Atlántida y la Geología.

*El «Sol astral» y el «Sol físico».—La «luz negra» del astro del día.—Cómo alumbra el Sol en el seno de las aguas y de la tierra.—«El otro Sol» y la Hipergeometría.—La ciencia antigua y la moderna coinciden en ello.—Actuales regiones marítimas abarcadas por el Gran Continente.—Revelaciones de los sondeos marítimos.—Lavas y basaltos primitivos de los archipiélagos del Atlántico.—Cordilleras submarinas.—El mundo de hace un millón de años y el de las épocas ulteriores.—La Buena Magia de la isla de Rutha y la Perversa de la de Daitya.—Los cuatro soles nahoas y sus «Adanes» respectivos.—La Edad Terciaria, los periodos glaciarios y el consiguiente cambio del eje de la tierra.—La corteza terrestre flotando sobre una masa interna, flúida e ígnea.—Las Islas Canarias y su plutonismo.—Opiniones de Termier, Pitard, Fridlander, Scott-Elliot, Ruffon, Alves Magalhaes, Ventosa, Laplace, Herschel, Euler, Newcomb, Chandlez, Kúsotner, Darwin, Russel Wallace, Haeckel, Viera Clavijo, Bello y Espinosa, Piquer, Pacheco, Bermann, Kirscher y otros sobre estos complejos problemas.*

Abandonando, no sin pena, los mágicos archivos de la ciudad, y atravesando el hermoso parque emplazado entre el canal y la Acrópolis, subimos por la regia escalinata de esta última, y ya en la terraza del palacio, volvimos a contemplar extasiados todo aquel increíble panorama, que, a los rayos del sol poniente, tomaba mayores tintes de ensueño todavía.

—¿A los rayos del sol poniente?—se nos dirá—; pero ¿es que en aquellas profundidades también el Sol lucía?

Si, lucía el Sol, pero no como en la superficie de la Tierra. Prescindamos de los panoramas retrospectivos, tantas veces aludidos y

que nos hacían ver como presente todo el paradisiaco pasado de la comarca en la época de sus esplendores, y tomando sólo el panorama actual de bajo las aguas, el astro del día alumbraba a la ciudad sepultada, como alumbrará, sin duda, hasta el fondo mismo del planeta, porque esa cualidad que se llama, ora opacidad, ora transparencia, es meramente relativa.

No hay que conocer demasiado física, en efecto, para saber que el Sol, como corazón gigante de nuestro sistema planetario, no sólo emite esas ondas etéreas que nos impresionan como luz, sino millones de otras ondas de diferente tonalidad vibratoria que nos resultan una efectiva *luz negra*, luz que si no es visible con nuestros ojos físicos, sí lo es en mayor o menor parte para nuestros aparatos de laboratorio. Merced a éstos sabemos, por ejemplo, que por encima del color violeta hay cuatro o *siete* colores ultravioletas, cuyas rayas oscuras espectrales son perceptibles por la fotoespectrografía, y de ellas para arriba existen, sin duda, multitud de vibraciones químicas y hasta *hiperquímicas*, como las de nuestra imaginación quizá, nuestra mente y nuestros sentimientos y voliciones.

Por otra parte, desde el rojo para abajo, el Sol lanza ondas caloríficas, de los rayos X, electromagnéticas, etc., etc.; que serían luz si tuviésemos otros *ojos*, cual los que a la sazón tenían nuestros astrales y etéreos cuerpos, y como los tienen, sin disputa, los seres del fondo del mar o del seno de las cavernas, que no en vano las hormigas y otros insectos pueden ver, según se ha comprobado, con los rayos infra-rojos y se hallan en perfecta obscuridad con los rayos de color violeta.

Es cierto, pues, que a medida que nos sumergimos en las aguas, provistos de las escafandras y demás aparatos de los buzos, el Sol pierde su hermosa luz dorada, para tomarla de un amarillo anaranjado, que acaba en rojo y en violáceo, llegando a perderse de vista, como sucede cuando se interponen las masas acuáticas de celular constitución que llamamos *nubes*, pero las demás vibraciones solares inferiores siguen luciendo con tanto y mayor esplendor aunque con vibraciones cada vez más lentas.

Pero hay algo más pintoresco aún, y es el que nuestro Sol físico, como demuestran las Cronologías brahmánicas que antaño diésemos en nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur*, gira en torno de un Sol infinitamente mayor o más luminoso. Tan luminoso, que por ello nos resulta perfectamente invisible a nuestros ojos de topos terrestres, pero que está mencionado en antiguas teogonías y que es de indispensable rigor matemático, según se deduce de los propios estudios de sabios calculadores, como nuestro célebre y genial aviador D. Emilio Herrera y Linares, ha venido a colegir en su

estudio acerca de la *Aplicación de la Hipergeometría a la Mecánica Celeste*. Y no existe únicamente ese *Sol Ecuatorial* o «Astral», ignoto centro del que es un mero planeta nuestro *Sol físico*, sino que hay además en planos superiores o *hiperdimensiones* del espacio cerúleo otros dos soles más excelsos todavía y a los que los calendarios tameses, como el *Tiruchanga Panchanga* llaman, respectivamente *Sol Polar* (o centro galáctico de toda nuestra nebulosa y de sus cien mil soles) y *Sol Central* (Centro de centros, a su vez que enlaza y unifica a cuantas nebulosas de millones y millones de soles existen por millares en el cielo).

Nosotros, por supuesto, no veíamos poco ni mucho tampoco a éstos dos Supremos Soles, pero, en cambio, a guisa de «muertos», o sea de hombres viviendo a la sazón en la conciencia astral, sí que alcanzábamos a percibir el Sol Astral u Ecuatorial emplazado en el grupo celeste, que denominamos *Pléyades* o *Cabrillas* de la constelación del Toro, que en aquella hora tenían ya bastante altura sobre el horizonte oriental.

La hermosa constelación que apiñada vemos con nuestros ojos físicos, aparecía entonces con sus dos mil estrellas hasta la 18.<sup>a</sup> magnitud, sus tres nebulosas Mayas junto a la estrella Alcyone y con brillo absolutamente deslumbrador para nuestra vista astral que recordaba en las expansiones o radiaciones de su conjunto a los filamentos de la corona de nuestro Sol durante los eclipses totales. ¡Cuánta razón tenían, pues, los botocudos brasileños para adorar con preferencia a las Pléyades, aunque, por supuesto, hayan olvidado, en su ignorancia actual de salvajes, el motivo misterioso del homenaje que las rendían los sabios atlantes, sus predecesores!

En esto, se nos incorporó de nuevo el bondadoso Príncipe, y después de expresarle nosotros la profunda impresión que nos había causado su ciudad querida, empezamos a oírle hablar de esta manera:

—Como europeos que sois y hombres de ciencia de vuestro tiempo, voy a permitirme el quemar un poco de incienso en aras de ese Moloch de la ciencia moderna, ya que, en punto a leyendas antiguas, es proverbial el ciego afán suicida de los hombres en cerrar los ojos a la verdad, calificándolas de «fábulas desprovistas de toda realidad científica». Así, hablamos de los relatos platónicos como «un ensueño de Platón», y le venimos tratando hace tiempo, poco más o menos que los famosos «ensueños de los alquimistas». Por fortuna, de igual modo que la química novísima de los iones y la radioactividad va dando la razón a tan calumniados sabios, las ciencias naturales van averiguando que la *leyenda* de la Atlántida es también otra realidad indiscutible, y sin necesidad de ver mate-

rialmente a este continente como vosotros le estáis viendo, no pueden menos de admitirle a medida que avanzan en sus investigaciones.

Os hablaré, pues, de la Atlántida como os hablaría un catedrático que no tuviese la dicha vuestra, y emplearé, en lo posible, hasta las palabras mismas de los autores que voy a citaros y cuyas obras posee toda nuestra Biblioteca, para que podáis contárselo al mundo un día.

«Geógrafos e historiadores—dice vuestro culto D. Vicente Vera en sus *Crónicas Científicas*—se han preocupado durante muchos años de determinar la posición que debió ocupar la Atlántida a que se refiere Platón en sus dos diálogos *Timeo* y *Critias*. Unos han creído que la referida Atlántida debió corresponder a una porción de la Mauritania y de la Senegambia; otros la suponen en el norte de Europa, y no faltan los que opinan que la gran isla Atlántida a que se refería el sacerdote egipcio que habló con Solón, debía ser nada menos que el inmenso continente americano. La creencia general es, sin embargo, que la Atlántida debió existir en el mar Tenebroso, como se ha llamado por mucho tiempo al Océano Atlántico, antes de que las carabelas españolas mandadas por Colón lo surcasen para encontrar el Nuevo Mundo. En esta creencia se imagina que la referida Atlántida debió existir más allá del Estrecho de Gibraltar, o sea en la región oriental del Atlántico, comprendida entre las islas de Cabo Verde, la isla de Madera, las Canarias y las Azores.

Para poder apreciar hasta qué punto es verosímil esta suposición, algunos geólogos se han dedicado a estudiar la referida región oceánica, con el fin de encontrar datos que puedan esclarecer la cuestión; y, por otra parte, no han faltado zoólogos y botánicos que se han dedicado al examen comparativo de las faunas y floras de las islas mencionadas y de las tierras próximas europeas, africanas y americanas, con el fin de averiguar si este estudio comparativo podría suministrar relaciones entre las faunas y floras indicadas que diesen alguna luz sobre esta cuestión.

El estudio de los fondos de la región oriental del Océano Atlántico muestra, en efecto, que en esa porción del planeta se extiende una gran zona volcánica. En la depresión del fondo marino que corre a lo largo de la costa europea y de la costa africana, y en la parte oriental de la elevación que, a modo de una gran cordillera, se extiende de Norte a Sur, en medio del citado mar Atlántico, abundan los volcanes y los materiales volcánicos. Todos los grandes pilares que, arrancando del fondo del Océano, surgen sobre la superficie de éste, forman islas o islotes volcánicos o presentan vol-

canes, ya apagados, ya en plena actividad. Las islas de Gough, Tristán da Cunha, Santa Elena, La Ascensión, las de Cabo Verde, Madera, las Canarias, las Azores y hasta la lejana Islandia, se hallan totalmente o en gran parte formadas por terrenos volcánicos y muestran lavas en gran abundancia. En algunos sitios, los volcanes existentes en dicha región no llegan a asomar a flor de agua, pero sus erupciones se manifiestan de muy diversos modos. En todas las islas mencionadas, los terremotos son frecuentes, y acá y allá, en la zona a que se hace referencia, surgen bruscamente de la superficie del mar islotes que antes no existían o arrecifes conocidos durante mucho tiempo por los navegantes desaparecen sin dejar visibles señales de su existencia. La continuidad de estos fenómenos se halla velada por el Océano; pero el geólogo la reconoce estudiando los fondos submarinos. La zona volcánica del Atlántico oriental es comparable en longitud, en anchura y en actividad eruptiva a la que existe a lo largo del borde occidental de América; es, pues, una de las zonas más inestables de la superficie del planeta, y en esta zona pueden ocurrir a cada instante terribles cataclismos, y es verosímil que hayan ocurrido en otros tiempos, siendo, por consiguiente, muy posible que en ella estuviese situada la famosa Atlántida.

En relación con esta última hipótesis, el director del servicio de la Carta geológica de Francia, M. P. Termier, cita un hecho interesantísimo y cuya significación no puede pasar inadvertida.

Durante el verano de 1898 se hallaba un buque empleado en el tendido de un cable submarino entre Brest (Europa) y el Cabo Cod (América).

Habiéndose roto el cable, trató de recuperarse por medio de garfios apropiados.

La operación se practicó entre los 47° de latitud Norte y 29°40' longitud Oeste de París, a unas quinientas millas al Norte de las Azores.

La profundidad media del mar en aquella región era de unos tres mil cien metros. La pesca del cable presentó grandes dificultades y fué preciso durante varios días pasear los garfios por el fondo marino. De esta manera pudo apreciarse que dicho fondo, en aquellos parajes, presenta los caracteres de un país montañoso con altas cúspides, pendientes abruptas y valles muy profundos. Los picachos de las montañas sumergidas están formados de rocas peladas, y no se encuentra barro sino en lo más hondo de los valles. Los garfios, al recorrer una superficie tan escabrosa, encontraban constantemente rocas de puntas duras y de aristas vivas.

En muchas operaciones se encontraron entre las uñas de los



garfios pequeñas porciones minerales con fracturas recientes. Todos estos fragmentos pertenecían al mismo género de rocas. Son, en suma, porciones de una lava vítrea con la composición química de los basaltos, y que los petrógrafos llaman «taquilita». Algunos de estos preciosos fragmentos se conservan en el Museo de la Escuela de Minas, de París.

Ahora bien; una lava semejante, enteramente vítrea y comparable a ciertos vidrios basálticos de las islas Sandwich, no ha podido solidificarse, adquiriendo tal estructura, sino bajo la presión atmosférica ordinaria. Bajo la enorme presión de muchas atmósferas que corresponde a tres mil o más metros bajo el agua, que es donde hoy está, seguramente hubiera cristalizado al solidificarse, en vez de tener la estructura coloidal y vítrea que presenta. Los estudios recientes de M. Lacroix sobre las lavas de Monte Pelado, en la Martinica, no dejan duda acerca de este punto.

De estos datos resulta que las lavas encontradas en el fondo del Atlántico, en los parajes indicados, se hallaban recubriendo el suelo cuando éste no estaba aún sumergido. Este terreno se hundió después, descendiendo unos tres mil metros, y como la superficie de las rocas ha conservado la disposición escabrosa, las rudas asperezas y las aristas vivas correspondientes a erupciones lávicas muy recientes, es preciso admitir que el hundimiento fué muy brusco y se verificó muy poco después de la emisión de las lavas, pues de no ser así, la erosión atmosférica y la acción de las olas hubieran suavizado las asperezas, nivelado las desigualdades y allanado en gran parte la superficie del suelo.

Así, pues, según los datos que suministra la Geografía, se advierte una extrema movilidad en la región atlántica, sobre todo en la porción correspondiente al encuentro de la depresión mediterránea con la gran zona volcánica de tres mil kilómetros de anchura que corre de Norte a Sur en la mitad oriental del Atlántico. Se tiene, asimismo, la certeza de haber ocurrido en dicha zona grandes hundimientos de terreno, en los que islas y aun continentes han desaparecido. Se puede asegurar, además, que estos hundimientos han sido muy rápidos, y algunos de ellos acaecidos en la época cuaternaria, habiendo, por lo tanto, posibilidad de que el hombre haya sido testigo de ellos. Geológicamente hablando, resulta, por consiguiente, que la historia de la Atlántida es perfectamente verosímil, refiriéndose a un país situado en la región atlántica a que se viene haciendo referencia.»

El sabio señor Vera, termina diciendo:

«Recientemente el naturalista Pitard ha dado a conocer la existencia de fósiles de equinidos correspondientes a la época cretácea en

Fuerteventura, una de las islas Canarias, y la analogía de estos depósitos con otros que se encuentran en el África del Norte ha permitido formular la hipótesis de que la cordillera del Atlas se prolonga en dicha región canaria.

Otro descubrimiento no menos importante acaba de hacerse por otro naturalista, Friedlander, el cual ha encontrado en la isla de Mayo, una de las de Cabo Verde, calizas con fósiles correspondientes al género *Aptychus*, que atestiguan la edad jurásica de los sedimentos donde se encuentran. Este descubrimiento es importante además, porque no se tenía noticia de indicio alguno del jurásico o del cretáceo interior en todo el continente africano ni en las islas adyacentes.

Además, Friedlander ha hecho notar que todas las islas del citado archipiélago de Cabo Verde presentan una dirección de Este a Oeste, hecho que confirma la hipótesis emitida hace poco tiempo por Termier acerca de la constitución del fondo del Atlántico y de la región, donde probablemente existió la famosa Atlántida. Las direcciones Este-Oeste en que se presentan los sedimentos jurásicos se hallan yuxtapuestas a las dislocaciones en dirección Norte y Sur en que se alinean los volcanes.

Todos los detalles geológicos que lleguen a reunirse acerca de estas regiones insulares serán muy importantes, tanto para llegar a determinar la verdadera naturaleza del fondo del Atlántico, como para establecer las conexiones que hayan podido existir entre dichas islas y las masas continentales europeas o africanas.»

—Los sondeos del Challenger y Dolphin—continuó el príncipe—prueban también cuanto va dicho, y la gran isla británica que abarcó, digámoslo así, todo el Mar normando en el período eoceno, demuestra que la leyenda asiática resumida en los mapas de Scott-Elliot, de que después hablaremos, están ya más cerca de lo que pudiera creerse de nuestras actuales realidades científicas, y se halla relacionada, tanto con la Edad Terciaria toda, como con los períodos glaciarios que la separan de nuestra Cuaternaria Edad.

El primero de estos períodos glaciales data de hace unos ochocientos cincuenta mil años, y fué debido, según la Geología, de acuerdo en esto con la Doctrina Secreta, a una excentricidad máxima de la órbita terrestre junto con un cambio en la posición del eje de la Tierra, como se ve en el capítulo LXIV, sección XI del *Libro de Enoch*, y se adivina también tras el velado lenguaje de los Puranas, cuando hablan de que «la Tierra se inclinó con dolores de parto» (*Doctrina Secreta*, t. II, pág. 135). Buffon dice que si se examinan las Antillas comenzando por la Trinidad meridional, no podrá dudarse de que esta isla, como las de Tábago, la Granada, Grana-

dinas, San Vicente, Martinica, María Galante, la Deseada, la Barbada y la Antigua, con sus adyacentes, forman una cordillera de Sur a Norte, como la de Terranova y la tierra de los Esquimales. Después cambia de Este a Oeste la dirección de estas tierras desde la Barbada a Cuba. Todas pueden considerarse como restos de un continente sumergido antes de dichos períodos glaciarios.

¿Qué otras causas geológicas pudieron determinar la sumersión de la Atlántida y el advenimiento ulterior de los períodos glaciares? Acaso un cambio en la dirección del eje de la Tierra.

Un sabio portugués—el doctor Alves Magalhaes—ha publicado hace poco tiempo una obra de más de 700 páginas, con el título de *Nova lei do sistema do Mundo, mudança periódica da posição da Terra*, mereciendo muy laudatorios informes por parte de nuestra Academia de Ciencias.

Supone este admirable erudito que el eje de nuestro planeta no ha permanecido siempre paralelo a sí mismo, como generalmente se cree, sino que está sometido a una mudanza periódica, por virtud de la cual cambia de un modo considerable la posición de los polos y del Ecuador al cabo de los siglos, acarreado, a su vez, alteraciones profundísimas en la climatología, capaces de explicar, por sí solas, los fenómenos glaciarios, o sean esos períodos singulares que evidencia la Geología y durante los cuales los países meridionales de Europa y Norte de Africa, por ejemplo, han estado cubiertos de nieves perpetuas, como hoy los casquetes polares durante docenas de siglos, mientras que las regiones árticas de Groenlandia, Norteamérica, Siberia, Spizberg, etc., han gozado de una temperatura tropical, que hoy ha puesto fuera de duda la Paleontología.

Las señales de la acción glaciaria aparecen, en efecto, por todas las latitudes. Vuestro cronista mismo ha dado a conocer en Extremadura, con cargo nada menos que a la época silúrica, la considerable masa de arrastres vecinos al Guadiana y arrancados a las Villuercas de Guadalupe. Por el contrario, es frecuente en las bocas de los ríos de Siberia, el Obbi y el Jenisei, el encontrar restos momificados de animales antediluvianos que hoy apenas si podrían vivir en los países del trópico.

El hecho, pues, de los tales cambios climatológicos seculares es de una abrumadora evidencia, tanto más desesperante cuanto que la Astronomía, llamada a esclarecer el problema con la fijación de posibles ciclos nacidos de un cambio periódico en la oblicuidad de la eclíptica, o sea en la inclinación sobre ella del eje de rotación de la Tierra que acarreasen intensos cambios en las estaciones, afirma con Laplace que el límite de oscilación secular de dicho eje es casi nulo (apenas grado y medio) o bien tres o cuatro, al decir de Jhon

Herschel), con lo que dicho se está que el divorcio entre la Astronomía, negándonos la posibilidad matemática de tales cambios profundos de inclinación del eje, y la Geología, revelándonos las consecuencias fatales de tales cambios, escritas en la misma corteza terrestre, es notorio... Una de tantas consecuencias de nuestras especializaciones científicas, que si bien son preciosas para analizar el contenido intrínseco de los fenómenos, son desgarradoramente estériles para los grandes problemas de síntesis, antaño patrimonio de la Filosofía, y de la Metafísica en el sentido de la más alta de las físicas o ciencias de la Naturaleza.

Alves Magalhaes demuestra, además, en su obra, la coincidencia de manifestaciones de temperatura tropical en las latitudes árticas y de señales de la acción glaciaria en las más bajas latitudes de nuestro hemisferio desde el periodo numulítico hasta la época moderna, a través de los periodos eoceno, mioceno y plioceno, constituyendo otros tantos enigmas que están muy lejos de haber sido descifrados por los geólogos y que el autor explica, considerándolos como el resultado de fases sucesivas de la acción glaciaria procedentes de puntos muy próximos a la zona ecuatorial. «Suponemos, dice, que en la transición de la edad terciaria a la cuaternaria, a la que hay que referir la catástrofe atlántica, y que es más comúnmente conocida como *época glaciaria*, el polo ártico estaba situado en el punto más oriental de la línea ecuatorial que atraviesa el continente africano, lo que equivale a decir que el polo antártico de aquella misma época estaba situado en un punto correspondiente de la actual línea ecuatorial que pasa por el Océano Pacífico.

»El hielo de nuestro centro polar africano extendió probablemente su acción a un radio que, en ambos hemisferios, llegaba hasta las regiones situadas hoy en el grado 25 de latitud. La circunferencia trazada con este radio formaba verosímilmente el círculo polar de aquella época. La acción glaciaria de nuestro polo ártico abrazaba, por tanto, en África, casi todo el continente; en Asia, el sudoeste de Arabia y toda la zona occidental del continente lemuriano, hoy sumergido en el Océano Índico. En Europa, la acción glaciaria del centro polar africano no traspasaba la parte oriental del Mediterráneo.»

La explicación más sencilla y obvia de estos hechos, si fueran ciertos, dice el sabio D. Vicente Ventosa al informar sobre esta obra en la Academia de Ciencias, podría, quizá, hallarse en la hipótesis de que el eje de rotación de la Tierra no ha tenido siempre la misma posición dentro de ella, sino que debe de haber cambiado de lugar como resultado de grandes trastornos geológicos, según se ha sostenido por diversos autores. Euler dedujo de sus estudios la existencia

teórica de la desviación del polo instantáneo de rotación de la Tierra. Quiso Newcomb comprobar la teoría y obtuvo para tal oscilación un período de cuatrocientos cuarenta y un días, que ha sido corroborado con los cálculos de precisión de Chandler, de Cambridge y Künstner, de Berlín, y por todo esto los sabios están acordes en suponer que nuestro Globo está constituido por una corteza sólida, algo más rígida que el acero, que reposa sobre un núcleo igualmente sólido y de densidad vecina, quizá, a la del hierro; cuando no a la del oro o el platino, pero mediante la interposición de una capa plástica sobre la cual flota, en cierto modo, la cubierta exterior. Este último aserto de la *flotación* de la corteza terrestre sobre una masa flúida interior, nos lo comprueba, añadimos nosotros, el hecho curioso de aparecer todos los continentes e islas de importancia cual los barcos cuando se sumergen en el agua, que nunca se sumergen verticalmente, sino inclinándose sobre un costado. Aun las Américas aparecen así caídas del lado del Pacífico, y por eso también las cumbres de los Andes distan infinitamente más de la costa atlántica que de la del Pacífico; Europa, a su vez, yace caída del lado del Mediterráneo, con terrenos poco elevados hacia los Países Bajos, Alemania y Rusia; Asia, en fin, aparece un tanto caída del lado del Mar de las Indias. La catástrofe atlante ha dejado, pues, a los continentes vecinos, cual barcos viejos que han sufrido hondas averías.

La desviación actual del polo, respecto de su eje de figura, añade Ventosa, es, ciertamente, de amplitud pequeñísima; pero en épocas muy remotas, si las condiciones físicas de nuestro Globo hubieran sido muy diferentes de lo que son hoy, esta concepción algo modificada, ¿no permitiría esclarecer la teoría de los períodos glaciares, ese enigma geológico de la Tierra? Y también, añadimos nosotros, la catástrofe de la Atlántida, pues que han sido ellos tan numerosos como los diluvios. Stockwell y Croll enumeran hasta seis de ellos.

Es decir, que nuestro planeta es como si constase de dos *tierras*, una masa interior o núcleo sólido, flotante en un medio flúido o pastoso, limitado al exterior a su vez por la corteza terrestre en que habitamos; algo así como un huevo de ave cuya yema fuese sólida y flotase en la albúmina de la clara. Se comprende bien con este símil que el eje de la yema o núcleo interior pueda cambiar periódicamente respecto del otro eje ideal en torno del que gira la corteza.

La destrucción de la Atlántida, marca, pues, poco más o menos, los límites de la Edad terciaria, la de los sublimes paraísos terrestres, con la Edad cuaternaria, que hizo su aparición con el período glacial, como es sabido. Aun la división de la época aquella en los períodos eoceno, mioceno y plioceno pueden referirse a otras tantas

catástrofes que fueran sumergiendo en tres tiempos distintos la masa continental entera que hoy sirve de lecho a aquel Océano.

—Aquí tenéis—añadió el príncipe sacando un cartapacio—los cuatro sugestivos mapas que trae la «Historia de los Atlantes», de Scott-Elliot, mapas que se dicen concordar con los que se guardan en las criptas del Asia Central, de las que más adelante hablaremos, inaccesibles hoy para los sabios europeos. *El Mundo hace un millón de años, y muchas edades antes de la primera catástrofe atlante*, reza el primero de estos mapas. En él se traza la carta continental de aquel entonces, antes del año *ochocientos mil, antes de Jesucristo*, y al señalar todas estas cosas tenemos el honor de seguir oficiando de poetas, no de científicos al uso. Muéstrase aquí sumergida bajo las aguas casi toda la *región de los braquicéfalos* de la antropología moderna o sea desde Bering y la Siberia, por Rusia y Alemania, hasta la Francia actual, y también toda la parte meridional y occidental del Africa y la parte española de Sud-América además de toda la América del Norte, excepto México y el Este de los Estados Unidos. En cambio, se extiende un continente homogéneo desde este país hasta las Azores y desde Islandia y Escocia hasta el Brasil. Como poblaciones de aquel emporio sólo se marca su capital *La Ciudad de las Puertas de Oro* en el ángulo sudoeste de un ancho canal frente a la punta sudoeste de una larga tierra que, desde junto a las islas de Cabo Verde, subía por España hasta el Loire y se extendía sin solución alguna de continuidad por lo que es hoy el Mediterráneo, Norte y Este de Africa y toda el Asia actual, salvo la sumergida Siberia. Toda la Malasia aparece también unida con la Australia, como resto principal de la Lemuria, primer continente humano anterior a la Atlántida y ya admitido por Darwin y Russell-Wallace, que hubo de extenderse desde Africa del Sur, por Australia hasta Sud-América.

Los otros tres mapas son también interesantes: En el segundo, después de la catástrofe del año ochocientos mil y antes de la segunda catástrofe acaecida hace unos doscientos mil años, ya se ha alzado del seno acuoso toda América, salvo el extremo peruano-chileno-argentino, y también todo el asiático y africano, excepto los respectivos desiertos del Gobi y del Sahara. El continente atlántico ya es sólo una gran isla separada de lo que hoy es América por un estrecho canal. Otra isla inmensa, cuna de la raza semita, se ha formado también abarcando desde el Norte de Suecia al de las Azores, o sea el Mar Normando, y la región mediterránea es casi otra isla, cuna a su vez de la raza acadio-pelasga y etrusca, pues se une por una estrecha zona al continente africano-asiático, por la actual región tripolitana.

En el tercer mapa, de hasta la catástrofe tercera de hace unos ochenta mil años, aquella gran isla anterior se ha dividido en dos: la del Norte o Rutha, habitada por los adeptos de la Buena Ley, y la del Sur o Daitya, de cuyos moradores, entregados a las peores prácticas de la necromancia, se dice que fueron la causa moral y física de la tercera catástrofe. Los desiertos de Sahara y Gobbi siguen sumergidos y lo está ahora el Egipto, mientras que comienza a aparecer el Mediterráneo y formarse la Europa actual.

El cuarto y último mapa equivale a los actuales, con corta diferencia, salvo la casi total desaparición de Daitya y la reducción de Rutha, a lo que llama, en honor sin duda del *dios* de las riquezas, isla de *Poseidonis*. Fué próximamente del tamaño de Australia, y su centro geográfico y montañoso eran las Azores actuales. Dicha *Poseidonis* fué la isla a que aludía la segunda parte del relato de Solón, mientras que la primera parte de dicho relato se refiere a las otras catástrofes mayores, a la que alude también la leyenda bíblica con su Diluvio Universal y su Paso del Mar Rojo, por los israelitas.

—La hipótesis de Haeckel sobre estos particulares—continuó el príncipe—está destruida por los hechos. La época *eocena*, está mal llamada así, pues que la vida y aun la Humanidad (en el filosófico, no en el material sentido de la palabra), es tan antigua como el planeta mismo y corresponde a una época o clima tropical, el mioceno; el oligoceno a un clima ya subtropical, y el plioceno a una temperatura que es cada vez más fría, hasta enlazar, al fin, con los terribles periodos glaciarios. Los famosos *soles nahoas* mexicanos, el de *fuego*, el de *agua*, el de *aire* y el de *tierra* aluden más o menos veladamente a estas y otras catástrofes geológicas en las que, si bien desaparecía la inmensa mayoría de las especies vegetales y animales, siempre se salvaba una fracción mayor o menor de la Humanidad, representada por las respectivas parejas humanas o *Adanes y Evas* que se ven en las viñetas de dichos códigos.

Entre los naturalistas y los historiadores se empieza ya a hacer gran luz sobre estos problemas, y ya ni unos ni otros niegan a la Atlántida con el escepticismo de antaño, aquel con el que se negó primero todo lo clásico griego primitivo, o la frivolidad con que hombres como Voltaire, se rieran de las obras sánscritas tan colosales como el *Mahabharata*, el *Ramayana* o *Los Vedas*, teniendo hasta a la propia «lengua de los dioses», *devanagari* o sánscrito como una de tantas patrañas brahmánicas. Por cierto que los escritores americanos y canarios, como más relacionados con los pueblos de la gran catástrofe, admiten más pronto los hechos que sus congéneres los siempre materialistas europeos. Entre los sabios que de las Islas Canarias se han ocupado, descuella, por ejemplo, Viera y Clavijo, quien

dice que estas últimas islas no son simples erupciones de volcanes, por más que hayan sido probadas por el fuego, como en un laboratorio químico, sino porciones de una tierra primitiva y regular que se ha hundido, y añade: «¿Adquiriría este mar la denominación de Atlántico por haber reemplazado el sitio que ocupaba antes de su ruina la famosa Atlántida de Platón? O lo que es lo mismo: ¿Se llamarían Atlánticas estas islas por ser como los fragmentos, reliquias y porciones más elevadas de aquella tierra infeliz? Yo no me atrevería a hacer estas preguntas si el Diálogo de *Critias* y el *Timeo* del mismo Platón estuviese absolutamente convencido de fabuloso, y si no hubiese hombres de sana crítica inclinados a darle asento y a discurrir acerca de él con toda seriedad. Este filósofo fué un autor de admirables prendas, por su carácter sincero, meditativo y grave está por amante de la verdad, y aún se le dió el sobrenombre de divino.»

—Para no abrumaros con tantas citas—continuó el príncipe—os contaré una anécdota que otro escritor canario, citado, como todos los demás, en la interesante *Historia de las Islas Canarias*, edición reciente, ilustrada por D. A. J. Benítez, de Tenerife, reproduce, tomándola del célebre libro de don Domingo Bello y Espinosa, titulado *Un jardín canario*, diálogo entre un sabio geólogo y uno de los naturales del país, acerca del titanismo volcánico desarrollado por la catástrofe atlante y uno de cuyos más elocuentes testimonios son aquellas islas, las de Cabo Verde, Madera y Azores:

«—Todo esto sería espantoso si no fuera increíble—observaba el sabio al culto lugareño—. No se concibe, en efecto, una fuerza capaz de producir tales trastornos.

—¡Cuánto os equivocáis, señor!—replicó este último—. La fuerza puede usted verla, aunque en miniatura, en nuestros actuales volcanes. Acostumbrados como estamos a referirlo todo a nuestra pequeñez, nos parece increíble todo cuanto excede en grande escala a los hechos que observamos diariamente. Supongamos que la destrucción de la Atlántida se hubiese debido a un cataclismo y que en aquellos momentos lo estuviese usted observando desde la Luna con el telescopio más potente; de seguro que la catástrofe no le habría parecido a usted tan vasta como el estrago causado por una mina de diez libras de pólvora. Lo *grande* y lo *pequeño* son ideas relativas que no tienen valor alguno absoluto en la Naturaleza; para ella lo mismo es un sol que un grano de arena. Pero ¿para qué se necesitan reflexiones cuando basta el testimonio de los sentidos? Usted que ha recorrido nuestro país, habrá observado aquellos inmensos precipicios de nuestras montañas; los tajos ciclópeos de nuestras costas; aquellas vastísimas aglomeraciones de materia eruptiva, de lavas de todas edades; aquellas masas enormes y capas inmensas de basalto



fundido sobre conglomerados y arenas sueltas. En los cortes y derrumbamientos naturales de aquellos elevados cerros, habrá usted visto muchas veces aquellas estratificaciones del primitivo suelo que en un tiempo se sobreponían horizontalmente, hoy vitrificadas, revueltas, retorcidas y trastornadas en todas las maneras imaginables, como si fuera un manojó de cintas que se estrujase entre las manos. *Astilla* de montaña he visto yo de un kilómetro de extensión cuando menos, echada sobre la cresta de otra empinada montaña. ¿De dónde vino volando aquella *astilla*? ¿Qué fuerza la lanzó como puede usted lanzar con la mano una laja sobre una pared?»

En efecto, como dice Piquer, todo el plutonismo canario acusa a las claras que allí actuó una espantosa y repentina catástrofe, porque aquello, efectivamente, *no está organizado geológicamente*. Las isletas de Gran Canaria tienen dos cadenas, una de rocas basálticas antiguas y otra de lavas modernas, e igual sucede con Lanzarote que, en estos últimos años, por cierto, acaba de visitar el geólogo español D. Eduardo H. Pacheco, dándonos el fruto de sus investigaciones en las *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, año de 1910. La isla de *Hierro*, dice Viera, fué en otro tiempo afligida y como disuelta por los volcanes, como tantas otras regiones canarias bien conocidas por Cristiano Berman y Atanasio Kircher, acérrimos defensores de la realidad de la catástrofe que a las Islas Afortunadas produjese, entre los que hay que colocar, finalmente, al sabio alemán Gagel, que acaba de resumir todo cuanto se conoce sobre estos problemas.

—Pero antes de continuar con la parte relativa a la fauna y la flora en relación con la Atlántida—acabó diciendo nuestro príncipe,—conviene que reparemos nuestras fuerzas.

Y uniendo la acción al dicho, nos condujo al mismo sitio de aquella mañana, más hermoso aún ahora que antes bajo los rayos del *Sol Astral* que a la sazón la iluminaban verticalmente.



---

---

## CAPÍTULO XIV

### La Atlántida paleontológica.

*Perfecta facies continental de la fauna terrestre en todos los archipiélagos del Atlántico.—La malacología actual y la atlante.—Los moluscos de una y otra.—Los estudios de los dos Ameghinos acerca del periodo oligoceno.—El hombre terciario de Piltowa (Escocia) y de Buenos Aires.—Caballos, elefantes, monos, jirafas y otros mamíferos de ayer y de hoy.—La flora miocena.—El misterio del plátano.—El trigo, planta de otro planeta.—Géneros americanos en la flora miocena europea.—Fósiles lacustres.—Alteraciones alpinas más o menos relacionadas con el hundimiento atlante.—Opiniones de Germain, Termier, los Ameghinos, Carlés, Yhering, Child, Troussart, Asa Gray, Lyell, Unger, Heer, Beniham, Forbes, Maffiote, Woodward, Gagel, Botella y otros sobre tales problemas.—El príncipe, terminadas estas enseñanzas, deja adivinar otras mayores todavía.—¡En el mundo astral también se duerme y se despierta!*

Restauradas así, al modo de los dioses del nórdico Walhala, nuestras fuerzas astrales, tornamos a la hermosa terraza, donde el príncipe continuó diciendo:

—Anteriormente nos ocupamos de la Geología de la Atlántida. Pasemos ahora a los datos suministrados por la Zoología. El estudio de la fauna terrestre actual de las islas Azores, Canarias, Madera y Cabo Verde ha convencido al naturalista francés M. L. Germain del origen marcadamente continental de dicha fauna; habiendo encontrado, además, numerosos indicios de una adaptación a la vida del desierto. La fauna malacológica se relaciona muchísimo con la de la región circamediterránea, al mismo tiempo que difiere de la fauna

ecuatorial africana. Estas mismas analogías con la fauna circamediterránea actual se observan en los moluscos de la época cuaternaria. Por otra parte, las formaciones cuaternarias de las islas Canarias se asemejan a las de la Mauritania y contienen las mismas especies de moluscós.

De todos estos hechos, M. Germain deduce que necesariamente los cuatro archipiélagos citados han estado unidos al continente africano hasta una época muy próxima a la nuestra, por lo menos hasta el fin del terciario. Pero hay que consignar otro hecho más. En los moluscos actuales de los cuatro archipiélagos hay especies que parecen ser supervivientes de las especies fósiles del terciario europeo, y tal supervivencia existe también en la serie vegetal, pues se conoce un helecho, el «*Adiantum reniforme*», actualmente desaparecido de Europa, pero existente en el plioceno de Portugal, que vive hoy día en las Canarias y en las Azores. De este hecho deduce el citado Germain que el continente que abrazaba los cuatro archipiélagos nombrados estuvo unido a la Península ibérica hasta los tiempos pliocenos, cortándose la comunicación en el transcurso de dichos tiempos pliocénicos.

Se ha advertido, además, que los moluscos pulmonados llamados oleacínidos tienen una distribución geográfica muy extraña. Los tales moluscos sólo se encuentran en la América Central, en las Antillas, en el Mediterráneo, en las Canarias, Madera y las Azores. Esta distribución geográfica de los pleacínidos implica, evidentemente, la extensión, hasta las Antillas y hasta los principios de la época miocénica, del continente que comprendía las Azores, Canarias y Madera, y el haber acaecido durante el mioceno o hacia su fin la cortadura entre las Antillas y tal continente.

Finalmente, deben ser citados otros dos hechos, relativos a los animales marinos, que no pueden explicarse sino por la persistencia hasta tiempos muy próximos a los actuales de una costa marítima que corriese desde las Antillas al Senegal y que uniera la Florida, las Bermudas y el Golfo de Guinea. Estos hechos son los siguientes: Existen quince especie de moluscos marinos que viven tanto en las Antillas como en las costas del Senegal, y estas quince especies no se encuentran en ninguna otra parte del mundo, no pudiéndose explicar su coexistencia en regiones tan distantes como las referidas por el transporte de los embriones. Por otra parte, la fauna madreporica de la isla de Santo Tomé comprende seis especies, una de ellas, fuera de Santo Tomé, no se encuentra más que en la Florida, y cuatro de las restantes no se hallan más que en las Bermudas. Como la vida pelágica de las larvas de las madreporas dura solamente muy pocos días, es imposible atribuir a la acción de las

corrientes marinas esta distribución geográfica tan extraordinaria.

Teniendo todos estos hechos en cuenta, M. Germain se ve inducido a admitir la existencia de un continente atlántico que estuvo unido a la Península ibérica y a la Mauritania y que se prolongaba a considerable distancia hacia el Sur, de modo que podía contener algunas regiones correspondientes al clima de los desiertos que hoy se presentan en el continente africano. En la época miocena, este continente llegaba hasta las Antillas. Partiéndose, después, primeramente por el lado de las referidas Antillas; después, hacia el Sur, dejando una costa que iba hasta el Senegal y hasta el fondo del Golfo de Guinea, y, por último, fragmentándose por el Este, durante la época pliocénica, a lo largo de la costa de África.

—Dos sabios argentinos—continuó el príncipe—han aportado valiosos datos al problema que nos ocupa.

En América es donde mayor número de datos se ha acumulado, por los dos Ameghino y tantos otros, relacionados con las pruebas europeas y africanas, y las intermediarias, como las que ofrecen las islas de Cabo Verde, las Azorés y las Antillas. Todo un cúmulo enorme ya de elemento científico indubitable y palpable, ha traído tal convicción.

En el último tercio del período oligoceno, es decir, cuando ya había desaparecido la unión entre la América del Sur y el Africa, y Norte y Sud América continuaban separadas (pues el istmo de Panamá no se había formado aún), existía una vasta, inmensa tierra que unía el Senegal y la Europa, llenando una gran parte del Atlántico, conexión que Ameghino ha llamado guayano-senegalense, y cuyo dibujo hacemos en seguida, guiados, no sólo por los admirables trabajos de nuestro gran maestro, sino hasta por los últimos estudios de Germain, Termier, Carlos Ameghino y de Carlés.

Las pruebas geológicas de esta conexión son numerosas, bastándonos citar brevemente algunas: los sondajes del Atlántico en ese sitio nos muestran el terreno de su fondo como una formación de continente, con sus depresiones, sus valles, sus montañas y sus picos, algunos de los cuales aun no se han sumergido del todo y son las Antillas, las Azores, Madera y Canarias, y la roca misma, con los mismos fósiles de la época, muestran el horizonte aquitanense de las Antillas, de Italia, Malta, etc. En el fondo de esa parte del Atlántico, en lo que fué Atlántida, hay restos de lavas y volcanes extinguidos no hace mucho tiempo, lavas a los 9.000 metros de profundidad, formadas cuando esas tierras emergían en la superficie, fondos «no nivelados aún» por la acción de las aguas, lavas, algunas, completamente vitrosas, comparables a ciertos vidrios basálticos de las islas Sandwich, y que «no han podido» consolidarse a ese estado.

sino bajo la «presión atmosférica», pues bajo la presión de varias atmósferas y con más razón cubiertas por 3.000 o más metros de agua, se hubieran cristalizado como ya se dijo.

En los terrenos de esa época, tanto en nuestro país como en las Antillas todas, en las Azores, en Madera, en las Canarias, en el este del Africa y la Europa tenemos los mismos animales fósiles en cadena no interrumpida; lo prueban, con esqueletos palpables, las colecciones de los dos Ameghino y los huesos fósiles traídos de Jujuy por de Carlés, los admirables estudios sobre moluscos hechos por el sabio Director del Museo de San Paulo (Brasil), Dr. Thering, los animales emigrados del Africa a la Argentina, extraños a nuestro suelo, el *Listriodon*, chanchito fósil del viejo mundo, que aparece en Jujuy y en Chapadmalal, como tantos otros, y si queremos dar la campanada científica agreguemos que el hombre terciario «sinementado» hallado por Ameghino en Buenos Aires, acaba de encontrarse en Piltdown (Escocia).

¿Cabe entonces duda, cuando la comprobación viene de tan diversas partes y de tan diversos elementos? Los tres reinos de la Naturaleza, gea, fauna y flora lo evidencian.

La Atlántida desapareció, pues, en época geológicamente reciente, en el mismo movimiento que levantó el istmo de Panamá, uniendo las dos Américas. Su desaparición fué paulatina; el mar se abrió camino aislando la Atlántida de Europa, del Africa y de la América, quedando hasta ahora las Antillas y las islas portuguesas; el estrecho de Gibraltar se abrió al iniciarse el sistema plioceno, y la tierra que tan maravillosamente vió Platón, quedó, en efecto, «más allá del estrecho que vosotros llamáis las columnas de Hércules».

Sabido es que los animales fósiles de épocas remotas han desaparecido por completo en el tipo que en esa época tuvieron. Las capas terrestres, con sus distintas faunas, se han sucedido unas a otras, y justamente esos animales extinguidos son los que caracterizan las épocas geológicas por su presencia. Antes no se habían formado aún; después ya no se formaron más. Algunos, por excepción, han sobrevivido, conservando su tipo primitivo; son los raros testigos cuya forma los siglos han respetado, y cuyo tipo ha ido acompañando todas las extraordinarias mutaciones zoológicas. Entre estos venerables personajes, el más digno de respeto de todos es la extraordinaria comadreja, que se conserva igual a lo que era hace millares de siglos, y también en la época de Atlántida.

Hoy puede agregarse otro tipo más, cuya conservación se remonta a otras épocas geológicas, aquellas comprendidas entre el cámbrico y el triás, cuando había un enorme puente de unión que hacía un solo continente de nuestra Sud América y Australia, lo que está

comprobado, no sólo por la geología, sino también por la zoología. Los marsupiales son una prueba viva aún.

El descubrimiento hecho por el naturalista M. G. D. Child de un pequeño animal, el «caenolestes obscurus», uno de estos raros sobrevivientes de la unión australiano-sudamericana, ha hecho impresión en el mundo científico, por lo extraordinario de su forma, y Troussart, profesor del Museo Nacional de París, hace notar que este extraño animalito pertenece a la familia «epanorthidae», creada por Ameghino, familia que puede decirse adivinó nuestro maestro, con el examen de una sola muela, de la que dedujo que se trataba de un género de didelfos, tan distinto de los conocidos, que era necesario crear una nueva familia de ellos.

Posteriormente han sido hallados en nuestro suelo otros epanortideos, que han confirmado en un todo esa familia; pero siempre fósiles. Hoy aparece uno nuevo, el de Child, pero vivo, un sobreviviente como la comadreja, de las épocas pasadas, el que ha sido hallado en Bogotá, donde se le conoce con el nombre de «ratón runcho», nombre que se le ha dado por su aspecto, pues aunque tiene su repliegue ventral rudimentario, lo parece.

Scott-Elliot, en su *Historia de los Atlantes*, obra dictada, dice su autor por meras intuiciones trascendentes y no por estudios científicos al uso, se formulan a estos propósitos hipótesis muy verdaderas.

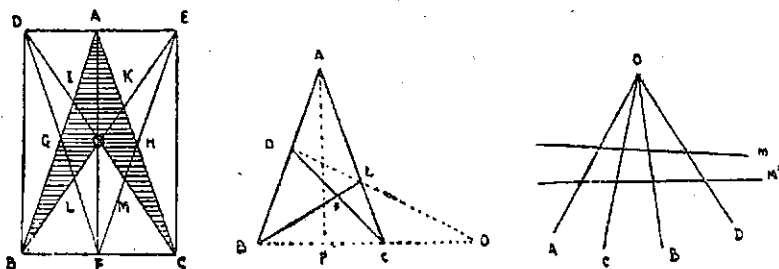
Estas hipótesis resuelven muchos problemas; ejemplo: los numerosos ascendientes del caballo, cuyos fósiles se han hallado en Norte América, darían la vuelta por Islandia, hasta Europa, o bien elegirían la vía Brasil. Los elefantes, monos, o jirafas, europeos, a medida que se restringía el dominio de la zona tropical, irían todos emigrando hacia el Ecuador, pasando, con la mayor comodidad, y a pie enjuto, por el Estrecho Bético cerrado, la Propóntide seca, o el piso *Panoniano mioceno*, todo entero, en estado lagunario y con abundante alimentación.

Por el levantamiento definitivo de los Alpes, los plegamientos anejos de Eurasia, y la regresión, o retirada del mar, que siguió a tales sucesos, el Estrecho Bético estaba cerrado, desde las postrimerías miocenas, al inaugurarse el periodo plioceno. A partir de éste se retira de Europa la flora cálida de grandes palmeras, cocoteros, bambúes, alcanforeros y otros vegetales, y con ellos emigran también las faunas de mastodontes, monos y todos aquellos mamíferos hoy replegados en latitudes más meridionales. Según los geólogos, *aparece el caballo y el hombre aún no existe*. En el Atlántico debieron acontecer notables modificaciones, acusadas por la llegada al Mediterráneo de fauna boreal, tales como *Buccinum groenlandicum*, *Trichotropis borealis*, *Mya truncata*, *Cyprina islandica*, etc.;

que debieron venir arrastrados por corrientes de fondo, una vez que sólo hay vestigios en las fosas más profundas.

Para que esto se efectuase, hay que admitir una nueva transgresión, o avance marítimo; la rotura del eje del Estrecho de Gibraltar, antes cerrado; la dislocación de la antigua cadena entre Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia, que abrió más extensamente el mar Tirreno, y dislocación de Atlas oriental y la cadena submarina que une la cordillera berberisca con Sicilia y los Apeninos, y que dividió el Mediterráneo en dos cuencas, la occidental con cotas máximas de profundidad de 3.000 metros y la oriental con cota de 3.968 metros. La fauna de la fosa oriental quedó sometida al régimen Aralocaspiano, o del Ponto Euxino.

Los hundimientos sucesivos de *Tierras Atlánticas* y la separa-



Las tres figuras sagradas del «cuadrilátero completo», vistas en las ruinas de Shekelmesha.

ción probable de Brasil y África, en la *Era cuaternaria*, pueden explicar la inmersión de parte del Sahara y las variantes del régimen climaterico, que con el concurso de la erección de altas cadenas montañosas y la gran abundancia de precipitaciones atmosféricas, tal vez dieron lugar a las formaciones del *Loess de las Pampas* y a los *Glaciaros pleistocenos* de la América del Sur. Pero estos hundimientos o fraccionamientos de alguna o muchas tierras oceánicas no autorizan todavía para cuadros muy detallados sobre civilizaciones fósiles, cuyos mapas geológicos problemáticos desconocen aún los sabios.

»La mayor parte de la flora del periodo mioceno de Europa, que se encuentra, principalmente, en los yacimientos fósiles de Suiza, dice Scott-Elliot, existe al presente en América y algunas especies en África; pero el hecho notable, a propósito de América, es que mientras se halla dicha flora en gran proporción en las comarcas orientales, faltan muchas de sus especies en las costas del Pacífico, lo que parece demostrar que entraron en aquel continente por el lado del Atlántico. El profesor Asa Gray dice que de los 66 géneros y 155 es-

pecies encontradas en los bosques, al Este de las Montañas Rocosas, sólo 31 géneros y 78 especies se ven al Occidente de estas alturas. Igual sucede a nuestra flora galaico-portuguesa o atlántica, que es infinitamente más rica en especies que nuestra flora mediterránea. La acontece, pues, lo que a la flora australiana y sudamericana, merced a haberse comprendido en ellas toda una flora continental, más asombrosa de lo que buenamente podemos imaginar.

Pero el mayor problema de todos es el del plátano. El profesor alemán Kuntze se pregunta cómo pudo llegar a América esta planta originaria de las comarcas tropicales de Asia y Africa, cuando no resiste un viaje a través de la zona templada. Según él mismo indica, es una planta sin semilla, que no puede propagarse por sección, ni tiene tubérculos que puedan ser fácilmente transportados. Su raíz es arbórea. La única explicación que se le ocurre a este naturalista es la de suponer que fué llevado allí por el hombre civilizado en un tiempo en que las regiones polares gozaban de un clima tropical.

Es cosa sabida, además, que el trigo, tal como hoy le conocemos, no ha existido jamás en verdadero estado silvestre, ni hay prueba alguna por donde rastrear su descendencia de especies fósiles. Cinco variedades de trigo se cultivaban ya en Europa en la llamada Edad de Piedra, que no es sino las postrimerías de la gran época atlante. Una de estas variedades, encontrada en las moradas lacustres, se conoce por trigo de Egipto, de lo cual deduce Darwin que los habitantes de los lagos, o sostenían tráfico aún con algún pueblo meridional, o procedían originariamente del Sur, como colonizadores; y concluye que el trigo, la cebada, la avena y el centeno vienen de diversas especies ya extinguidas, cultivadas en periodos «enormemente remotos». Las regiones donde estas especies extintas florecieron y la civilización bajo la cual fueron cultivadas por una selección inteligente, nos la suministra el continente perdido, cuyas emigraciones las llevaron hacia Oriente y hacia Occidente.

«Durante el período Mioceno en Europa—dice Lyell—reinó una coexistencia singular de tipos genéricos de plantas que son en la actualidad peculiares en América, Asia, Africa, Europa y Australia. Esta fusión de caracteres hoy tan diseminados en provincias botánicas tan distantes, es más notoria a medida que nos remontamos hacia el Mioceno inferior, y presenta todavía ejemplos más sorprendentes en los periodos anteriores, Eoceno y Cretáceo. En la formación del Mioceno inferior del Centro de Europa el clima parece que fué, no solamente más cálido, sino también más uniforme y más húmedo, y esta humedad sería más a propósito para la formación de las capas de lignito, análogas a las que constituyen el Brown Coal de Alemania.»



La porción considerable de los géneros americanos en la flora Miocena hizo pensar a Unger que el fondo actual del Atlántico lo ocupaba en otro tiempo una tierra firme por donde pasarían las plantas miocenas, y esta hipótesis ha sido defendida por Heer con gran habilidad. A la primera ojeada parece que la confirma la circunstancia de que la costa oriental o atlántica de América, o sea la menos distante de Europa, presenta el mayor número de formas vegetales análogas a las de la flora miocena. Pero el doctor Asa Gray, persiguiendo una idea admitida por Bentham, ha sostenido vigorosamente que es más probable que las plantas, en vez de llegar a Europa por la vía más corta, a través de una Atlántida imaginaria, hubiesen emigrado en dirección opuesta, siguiendo un camino cuatro veces más largo a través de América y de toda el Asia.

Aunque en la división botánica fueran iguales las pruebas en favor de ambas teorías, el geólogo deberá preferir la del doctor Asa Gray, porque supone un conjunto incomparablemente menor de cambios en la geografía física desde el fin del período Mioceno. Es verdad que por aquella época hubo grandes modificaciones en el nivel de los Alpes y regiones contiguas, así como en el Mediterráneo, especialmente en el mar Egeo, y tal vez en el período Plioceno, como lo suponía Edward Forbes, hubo también una extensión hacia el Oeste de Europa y Norte de África. Pero si en vez de asignarse una fecha casi histórica a la existencia de un continente en el espacio que separa el África de los Estados del Sur de América, realización de esa historia de la Atlántida que los sacerdotes egipcios relataron a Platón, pudiéramos transportarlas hacia los períodos Eoceno y Cretáceo, nos felicitaríamos por el descubrimiento de semejantes cambios sobrevenidos en la posición relativa de la tierra y el mar, mientras que ahora, lo que nos detiene es la consideración del tiempo que se necesitaría para el desenvolvimiento gradual de una larga continuación de movimientos subterráneos.

«La extensión y profundidad enormes del Atlántico me hacen apartar de la hipótesis—dice Benítez— de que plantas adecuadas a un clima subtropical en el período Mioceno superior emigraran de América a Europa en dirección de Occidente a Oriente. ¿No podríamos explicarlo todo admitiendo la teoría de que las formas de vegetación común en la reciente América y en la Europa miocena se extendieran, desde luego, de Este a Oeste atravesando el Norte de América, pasaran de allí a Kamtschatka, por el estrecho de Bering e islas Aleutianas, cruzando el continente situado entre los 40 y 60° paralelos que comprenden hoy las islas Kuriles y parte del Japón, pasaran a China, y desde allí, a través del Asia, llegaran a Europa?»

Advierte el doctor Asa Gray que las plantas del Mioceno asirio se

asemejan mucho más a las del Japón que a las que actualmente viven en Europa, y esto induce a creer que las americanas tomaron la vía del Oeste en vez de la del Este. Se nota además, viajando de Europa hacia Oriente, que la vegetación actual reviste los caracteres de la flora miocena a medida que se va en aquella dirección.

En apoyo de su teoría de la Atlántida ha manifestado Heer que ciertos géneros americanos, tales como el *Oreodaphne*, *Clethra*, *Bystropogon*, *Cedronella* y otros, son comunes al Mioceno de Europa y a las floras de Madera, Porto Santo, Canarias y Azores... El profesor Oliver observa con razón que los tipos botánicos que pudieran mostrar las relaciones geológicas y geográficas que reclama la hipótesis son en extremo raras en estas islas del Atlántico...

La existencia, durante el período mioceno de una comunicación terrestre continua entre América y la Europa Occidental, por donde la mayor parte de las plantas hubieran emigrado de la primera de estas regiones a la otra, con anterioridad al período glacial, había sido expuesta por Charles Darwin en su *Origen de las Especies*. El doctor Leyde ha indicado que la continuación de la tierra firme del Este al Oeste es una consecuencia de la identidad de ciertos mamíferos extinguidos de las formaciones miocenas del valle de Niobrara en Nebraska, con los mamíferos de una edad geológica correspondiente en Europa, colocado precisamente en aquella parte en que el Atlántico es actualmente más profundo y más ancho. Esta profundidad en el centro de la masa será de 3 a 4 kilómetros. Suponer, por lo tanto, que un continente ocupaba una posición tan elevada hacia el fin del período Mioceno, cuando los tipos americanos, como se ha visto en Eninge, eran los más abundantes, implica necesariamente un movimiento prodigioso de descenso efectuado en un período comparativamente muy breve...

En las cartas del genial Carlos Lyell, padre de la Geología, a don Pedro Maffiote, ilustre investigador canario, se dice: «Las 62 especies miocenas que he recogido en la Gran Canaria, corresponden, según el doctor S. P. Woodward, a 47 géneros diferentes, de los cuales 10 no tienen representación desde hace mucho tiempo en el mar vecino. Estos son: *Corbis*, en su forma africana; *Hismites*, que vive en el Oregón; *Thecidium mediterraneum*, idéntico al fósil mioceno de Saint Juval, en Bretaña; *Calyptaca Hipponix*, *Nerita*, *Erato*, *Oliva*, *Ancillaria* y *Fasciolaria*.» En fin, en los trabajos de Gagel, como en los de nuestro Botella, titulados, *La Atlántida, pruebas geológicas de su existencia; fauna, flora, situación y época de su hundimiento*, encontraréis todos cuantos detalles más podáis apetecer.

—No os quiero molestar ya más—terminó diciendo el cariñoso príncipe—, máxime cuando tenéis a la vista la prueba material y

tangible que hasta aquí ha sido negada por sus escepticismos a tantos sabios oficiales, y sois libres, en vuestro presente estado astral, de recorrer a vuestro completo arbitrio los lugares que os plazcan del continente sepultado, aunque hártos mejor haríais en preocuparos de otros misterios hiperfísicos de la Atlántida, muy superiores a todo género de investigaciones geológicas y paleontológicas. ¡Si supieseis qué clase de misterios, sumergida y todo, oculta todavía esta grandiosa e infortunada Atlántida!...

Súbito calló el príncipe, como si temiese haber dicho demasiado. Había, sin duda, en su pasado, como en su presente, algo muy hondo y doloroso que se negaba a contarnos, temeroso quizá de no ser comprendido. Yo, entonces, lleno de curiosidad, como siempre, le pregunté:

—Señor, ¿podría vuestra alteza decirme si tanto en vuestro estado actual como en el nuestro se continúa sin interrupciones en plena conciencia astral?

—En modo alguno—respondióme—. La ley cíclica de las alternativas de actividad y de descanso, o de *manvántara* y *pralaya*, que dicen los libros orientales, son universales, aunque de radios, digámoslo así, distintos; si Brahmá duerme y despierta según el hermoso símil de estos libros, no hay razón de que no os acontezca igual a vosotros. Precisamente el «Sol de las Pléyades», que rige mis vivires siempre, y ahora también los vuestros, declina ya, seguido del Toro, Orión y Sirio, y de un momento a otro os asaltará la necesidad de un reposo restaurador. Lo que hay es que, así como en la vida ordinaria vuestra vida astral se desenvuelve durante el ensueño, en el estado astral en el que ahora os encontráis, vuestro dormir es pasar a un plano de mentalidad abstracta, de búddhica e intuitiva realidad, de un «sueño sin ensueños», en el que vuestro Ego Superior asimile y haga suyas por autoconciencia la esencia de cuantas emociones, ideas e impresiones habréis recogido desde que abandonasteis «el mundo de los muertos vivos».

En efecto, fuese por causa de la sugestión producida por tales palabras, fuese por efectiva ley natural, es lo cierto que a todos nos asaltó de repente una laxitud dulcísima, una verdadera *voluptuosidad*, en el latino, no en el degradado concepto castellano y de las demás lenguas neolatinas que se ha dado a esta palabra, es decir, un estado de místico deliquio, éxtasis, amor inefable, transcendente e indescriptible, como gotas de agua que en un mar de néctares y de tranquilidad de supremo reposo se disuelve inconsciente tras un rudo rodar y peregrinar por el mundo. El príncipe, sin decirnos palabra, nos condujo con maternal solicitud hacia unos cómodos triclinios donde no tardamos en quedarnos astral y profundísimamente dormidos...

---

---

## CAPÍTULO XV

### Horrible caída.

*Reposando en los triclinios del calcídico. — Un supremo grito de angustia. — La vampiresa y el príncipe. — Los más terribles estados hipnóticos redivivos. — El fantasma azul y el rojo disociados del cuerpo físico. — Las asquerosas «larvas» de lo astral. — Un nuevo Laoconte luchando a brazo partido con la serpiente maldita. — Los trece estados sucesivos de la disociación entre lo astral y lo físico. — El «espectro-lágrima». — Los humanos «cometas» peregrinos. — La eterna Lilit tentadora. — Agarrados al cuello de la fiera. — ¡La Mujer-Serpiente! — Viviendo la vida de los encantados, como en la leyenda caballerescas. — El lago estigio. — ¡Envilecido entre deleites! — El nuevo «Asno», de Apuleyo. — La mentida felicidad de la materia. — Anublamiento total de los anhelos del espíritu. — ¡Dichoso a quien meces, mentira, en tus sueños! — La colina negra. — Inexplicables deseos de redención. — Cómo andan los árboles. — La Calipso de mis crímenes. — ¡Perdido; precito!*

Reposábamos en los triclinios del calcídico entre deliquios felicísimos, cuando del lado hacia donde caían las habitaciones del príncipe creímos escuchar un ahogado grito de angustia, o, por mejor decir, sentimos saltar nuestros corazones en nuestros pechos con esa sintonía telepática, que no engaña jamás y que el vulgo llama presentimiento, vibración armónica e inefable que mantiene siempre unidos a los seres que se aman, sea cual fuere la distancia física que parezca separarlos.

— ¡Mani! ¡Mani! — parecía decir aquel grito, como si la víctima que le exhalase en su paroxismo de horrores, invocara a la veneranda Isis, a la primitiva diosa lunar, tantas veces invocada también en

las exedras funerarias atlantes e ibéricas, como aquella mal comprendida por los arqueólogos que en nuestra antigua Eberóbriga, norbense, hoy Talaván de la provincia de Cáceres, dice:

*Munidi Eberobrigae Toudopalandaigae Ammaia Boutea ex voto posuit...*

Rápidamente penetramos en la estancia donde yacía en su lecho el cuerpo del noble mancebo, y la escena que se nos ofreció a la vista nos colmó de espanto. Para apreciarla en toda su magnitud sería preciso recordar, uno a uno, los reprobables experimentos de desdoblamiento hipnótico operados por el célebre Alberto de Rochas en la persona de infelices víctimas, como Laurent, Benoit y otros, con sus trece estados sucesivos de hipnosis cruzados por otras tantas letargias o *sueños*, en los cuales cada vez corre mayor peligro de morir los pobres hombres sometidos a semejantes prácticas necromantes, mil veces más peligrosas que las del propio espiritismo...

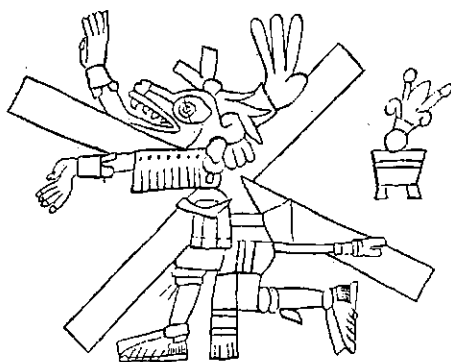
A nuestra visión astral, claramente despierta otra vez ya, no podía ocultarse lo más mínimo de aquel cuadro de horrores. El desdichado príncipe, en efecto, yacía inerte en su lujoso lecho. Los fantasmas, azul el uno y rojo el otro, reproducían, respectivamente, sus cuerpos etéreo y astral a izquierda y derecha de su muerto cuerpo físico, pugnando en vano por unirse en un solo fantasma blanco violáceo y tranquilo, tal y como antes le habíamos visto. Los tres *cuerpos*, pues, desdoblados, dislocados, retorciéndose en vano bajo un espasmo macabro, sufrían a la vez el bárbaro asalto de una incomprendible entidad maléfica: una hermosísima mujer, de ojos de fuego, labios todo pasión y negra cabellera suelta, que a la manera de Betsabé, el hada vampirizadora descrita maravillosamente por don Manuel Fernández y González en su granadina *Historia de los siete murciélagos* (1), le acababa de atravesar la garganta con un minúsculo puñalito de oro, y aplicando los labios sedientos de su sangre a la herida, chupaba y chupaba con infernal deleite y se ponía más y más roja, al par que el pobre príncipe se desangraba y se le agotaba casi por entero todo el flúido vital de sus crispados y deshechos nervios...

Esto, por supuesto, era lo que sobre el inerte cuerpo físico del príncipe se veía, que en cuanto a los otros dos cuerpos o *dobles*, el rojo y el azul, la escena era aún más agotadora. A la manera como en ciertas combinaciones de espejos puede uno mismo verse a un

---

(1) Un extenso extracto de esta lindísima obra puede verse en la página 279 y siguientes de nuestros comentarios a la obra de H. P. Blavatsky, titulada *Por las grutas y selvas del Indostán*.

tiempo de frente, de perfil y de espaldas, veíase a la vampiresa infernal en forma, no ya de hermosa mujer, sino de repugnante y viscosa *larva*, serpiente dislocadora, babosa y clorótica lombriz que, fijando la ventosa de su boca sobre los duplicados hiperfísicos de la herida, iba enroscando sus anillos en torno de su víctima y apretándolos más y más hasta estrujarla, en esa agonía de titán que admiramos en el famoso grupo del Laoconte griego y que hasta en los cielos está simbolizado en las dos constelaciones de *Ophiuco* y el *Serpentario*, no lejos de la de *Hércules*, constelaciones recordoras ambas de escenas parecidas, ni más ni menos que los lamentables fenómenos hipnóticos del dicho Laurent, fecha 10 de Julio de 1894, en las que el coronel Rochas consiguió con tristísima imprudencia de experimentador de esos que no hacen caso del clásico

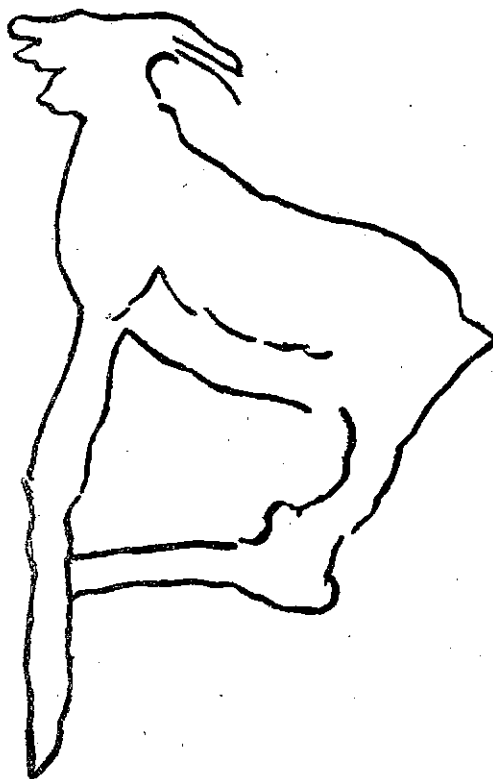


El Ollinometzilli, o crucifixión simbólica de los mayas.

*ars magna vita brevis, experimentum periculosum*, los estados hipnóticos, separados entre sí por otras tantas letargias que pueden resumirse así, como saben cuantos se han ocupado de estas cosas:

«La hipnosis o sueño magnético sugestivo tiene un marcado carácter patológico, como ha sostenido siempre la escuela de la Salpêtrière. A sus típicos estados primitivos de letargia, catalepsia y sonambulismo, Rochas ha agregado otros cada vez más profundos, hasta el número de trece, separados entre sí por sucesivas letargias, en las que el paciente parece, digámoslo así, dormirse más y más para sucesivamente despertar a nuevos estados, cada vez más alejados de la normalidad de la vigilia. En el estado número 5.º, un fantasma azul aparece por el costado derecho del hipnotizado, y en el número 6.º, a su vez, surge por la izquierda otro fantasma rojo. Entrambos fantasmas se reúnen luego en uno al llegar el 7.º estado, y se compenetran en bandas irregulares blanco violáceas en el estado 8.º En el 9.º, el doble astral así integrado empieza a cobrar, como

en el caso del príncipe y en el nuestro, una relativa libertad de movimientos, aunque sin romper el cordón flúidico consabido que le une con el cuerpo físico, cordón cuya ruptura acarrearía una muerte definitiva. Por último, en el estado número 11, al decir del propio Rochas, el doble astral propende a emanciparse, a largar sus amarras físicas, mientras que ciertas repugnantes formas, a las que he-



La «Cabra maldita», emeritense.

mos convenido en llamar *larvas*—[las propias *larvas pecadoras* de los romanos y de todos los ocultistas!—se mueven vizcosamente sobre aquel doble, rozándole sin poder penetrarle y produciendo al paciente terribles movimientos convulsivos. Viéndose asaltado por tales seres, cada vez en mayor número, acaban por faltarle las fuerzas y por pedir angustiosamente que se le despierte y se le libre de semejante tortura de pesadilla. Este viene a ser el estado 12, y respecto al 13, en fin, haremos constar que el paciente llega a conocer que su *doble* tiende ya a perder la forma humana para adquirir la globular, y afirma Rochas que luego adquiriría la de *lágrima*, extra-

ño conjunto compuesto de una cabeza redonda provista de una cola como la de los cometas o como uno de aquellos renacuajos de enorme apéndice serpentiginoso, que tan constantemente ve en cuanto llega a determinadas fases de su exteriorización, y cuyas comprobaciones constituyen, desde luego, una indudable garantía de certidumbre (1).

Pero aunque el fenómeno en sí nos era más o menos conocido por dichas lecturas, no por eso dejaba de parecernos más horrendo. El cuerpo físico del príncipe se retorció con espasmos continuos, mientras que los otros dos, como pobres esclavos encadenados, pugnaban en vano por desasirse, libertándose así en esferas superiores de aquel triforme monstruo femenino, aquella terrible *Lilit* egipcia, tan inevitable en las iniciaciones operadas en el seno de la Gran Pirámide y prototipo de todas las *Hidras de Lerma*, *Quimeras*, *Bestias Bramadoras* del rey Arthus, *Fafner* de los Nibelungos, *Mantrana* o *Fiera Corrupia* castellana, etc., etc., dentro de la consabida ley ocultista de la unidad de concepto, en el seno de una infinita pluralidad de nombres para expresarle.

Cotta, Montalvo y yo, que entramos delante del doctor y de Torres, no pudimos contenernos ante semejante escena. Fuera de nosotros, movidos por el más generoso de los impulsos y sin saber lo que hacíamos, nos arrojamos, respectivamente, los tres sobre el cuello físico de aquella pérfida vampíresa y sobre los otros dos de sus dos viscosas larvas, despreciando todo peligro humano o ástral, sin otra idea ni otro anhelo que ahogar entre nuestros brazos a la harpía, costase lo que costase.

¡Y cuánto no pudo costarnos, en efecto, nuestra infantil imprudencia!... Un momento, un instante no más senti clavarse mis dedos como garras de fiera sobre aquellas *cenagosas* gelatinas astrales de la proterva, si se me permite el tropo, con el fiero placer de la venganza satisfecha; pero al par me senti también aprisionado, estrangulado por sus anillos poderosos y arrastrado de un modo irresistible en la vorágine que la infame produjo en su huida hacia su antro lejano, ni más ni menos que aquellos caballeros de la leyenda medioeval eran arrebatados por imponentes *sierpes* al negro abismo del lago... ¡el lago estigio de la más pavorosa prueba iniciática, la inmortal Laguna Estigia Atlante, por la que temían jurar hasta los propios dioses!

En aquel punto mismo todo mi sér sintió la angustia infinita del vértigo; el ansia loca del que cae en el vacío entre fantasmáticos y

---

(1) Aymerich, *El hipnotismo prodigioso*. (Los fenómenos del espiritismo), tomo II, página 243 y siguientes.



negros espejismos insensatos, abracadabrantés, neantistas... Faltáronme las fuerzas; mi cuerpo se dislocó en contorsiones de desesperación suprema y sentíme, en fin, más que muerto, deshecho, aniquilado, ¡PRECITO!...

Lo que después me acaeciera lo ignoro en absoluto, como también el tiempo que continué envuelto en aquella indescriptible vorágine que tan absurdamente me arrebatase del palacio del pobre príncipe... ¡Arrastrado al abismo, y por una serpiente, como en los cuentos caballerescos tenidos por meros disparates de cerebros enfermos!—se me dirá, sin duda—. Pero yo rogaré, a cuantos meneguados filósofos me objeten esto, que se fijen un poco antes de lanzar tal acusación. ¿Qué otra cosa que lo que a mí me pasaba nos acaece, en efecto, a todos los hombres mientras estamos en este bajo mundo? ¿Acaso no somos unas infelices y pedantes criaturas que, desde que nacemos hasta que morimos, y quién sabe si aun después de muertos y todo, caminamos, sin darnos cuenta casi, por los abismos cerúleos, arrebatados por esotra *serpiente* que se llama *Tierra*, serpiente que, mordiéndose la cola como la egipcia, cierra su órbita aun en torno del Sol, siendo cada una de sus 365 ó 366 rotaciones diurnas un anillo no más de la serpentina huella astral que nuestro planeta—y con él nosotros—va dejando en los espacios del éter? ¿Quién puede asegurar, por otro lado, que nuestra errante mónada—aquella cometaria *lágrima* de violácea luz en que viésemos, finalmente, convertido el doble astral del hipnotizado de Rochas—no es arrastrada una vez y otra por la *Serpiente Tierra* en cada una de sus múltiples reencarnaciones, igual que yo me veía arrastrado también por aquella mujer-monstruo, aquella viviente Quimera, hacia tierras desconocidas e increíbles?

Porque es lo cierto que tras un tiempo que a mí me pareciese una eternidad de inconsciencia, yo me sentí abandonado muellamente en una fragante pradera florida, ni más ni menos que en todos los cuentos de los caballeros andantes. Como bajado de la nube aquella que arrebatara a Psiquis del peñasco enhiesto en el que fué abandonada por sus padres a su Destino, encontréme al punto rodeado de todo género de indescriptibles delicias. ¡Un paraíso de la más dulce inconsciencia sensual; un edén como el de la leyenda universal, edén, ¡ay!, en el que tampoco faltara la Calipso, la Circe, la Eva tentadora, en cuyos brazos caí, como cae en las negras fauces de la serpiente el sugestionado pajarillo!

Con razón se ha dicho que la suprema felicidad es la inconsciencia, y que la conciencia personal, como cambio constante de emociones y de sentimientos que es, resulta por siempre renovada y siempre varía el eterno suplicio de Prometeo.

Sí, yo, como los compañeros de Ulises, como los malos caballeros del Grial, dominados por Klingsor, como el pobre Apuleyo masdellense al ser transformado en asno, me sentí cambiado en todo mi sér, cual si al atravesar, raudo e inconsciente, el espacio que me separaba ya del «Príncipe de las Islas Negras», hubiese bebido las borradoras aguas del Leteo. Rodeado, en aquella nueva tierra ignota, de cuantos placeres sensuales puede gozar un hombre mortal, y eternamente renovado y rejuvenecido en mis vigores, para mí no había ya nada más que amor físico, placeres de todos los sentidos, risueño embobamiento infantil, sin idea la más mínima del deber, sin noción siquiera de humana responsabilidad; más aún, sin memoria alguna de mis lazos anteriores con mis semejantes... Familia, amigos repartidos por entrambos continentes, ¡todo se había ya borrado de mi imaginación! ¡Ni siquiera sentía el más mínimo afecto hacia mis compañeros del astral viaje desde la misteriosa Olisis! ¿Qué digo afecto, cuando ni aun conservaba de ellos recuerdo alguno, como no se recuerdan tampoco la mayoría de nuestros sueños nocturnos?

Si alguien me hubiese entonces preguntado acerca de mi pasado, de mi origen, de mi destino; si alguien me hubiera lanzado intempestivamente las consabidas tres preguntas filosóficas de «¿de quién somos, de dónde venimos y adónde vamos?», yo le habría respondido con el mayor aplomo—suponiendo que tuviese un átomo de mentalidad siquiera para responderle—que era felizmente «un animal irracional» que, como los cerdos de Epicuro, me encontraba en su cenagal inmundo y amente, como en medio del pensil más florido; que para mí, como para el egoista del *Diablo Mundo*, «no había nunca mañana ni ayer», sino presente, ¡feliz e inconsciente presente!, en goce siempre renovado, siempre amable, integral siempre, porque no le ensombrecía ninguna de esas neurosis que se llaman inquietud espiritual, anhelo de saber, afecto hacia mis semejantes, duda, dolor, ansia transcendente, amor que fuese más allá del intenso titilar de mis sentidos absorbidos en la posesión absoluta de sí mismos; preocupación de ninguna clase, en fin, que viniese a dar su vigorosa tonalidad de sombras a aquellas *sombras* que yo diputaba por mi única luz.

¿Anhelar una razón, que sólo había de servirme para tener que luchar sin tregua contra aquellos sentidos abiertos de par en par al goce supremo? ¿Procurarme los roedores sentimientos que se llaman humanos, para que ellos apagasen con su hielo el ardiente fuego de mi delicioso sensualismo?... ¡Bah! La razón no servía para nada, el sentimiento era neurótica vesania, toda vez que los animales apenas si le tenían, como no fuera para odiarse y destrozarse entre sí.

Lo del don de Prometeo, lo de su fuego celeste al cielo arrebatado, no podía ya rezar conmigo, tan dichosamente alimentado por el fuego terreno que me quitaba de toda clase de aspiraciones imposibles. Además, aunque fuese mentira toda aquella tangible y ostensible realidad de contento físico que me rodeaba, tal mentira era más verdadera que toda la realidad, y por ello yo, sin preocuparme ya de nada, cantaba alegre como Espronceda:

«Mentira, tú eres luciente cristal, color de oro y nácar que encanta al mirar. Dichoso a quien meces, mentira, en tus sueños; tú sola halagüefios	placeres nos das. ¡Ay! ¡Nunca busquemos la triste verdad; la más encendida tal vez, ¿qué traerá? ¡Traerá un desengaño; con él un pesar!»
---	--

Y cuando en alguna rarísima ocasión se hacía un tenue rayo de luz en mi grosera mente ensombrecida, hurtando mi presencia a la insaciable solicitud de aquella hermosísima criminal que me obsesaba estúpido, ora trataba en vano de llegar a los escarpados bordes de aquella isla donde me hallaba absorto en mis encantos no sé el tiempo, ora subía, bien a pesar mío, como hacia una árida colina, especie de acrópolis en ruinas,alzada sobre taludes de basalto, y en cuya única senda accesible se veían amontonados a derecha e izquierda extrañas y vítreas piedras de obsidiana, algunas de ellas parecidas a negras calaveras de hombres.

¿Por qué tal vano deseo de contornear la solitaria isla aquella de mis delicias, si no hubiera querido escapar de ella aunque pudiese, pues que para mí no había más mundo que aquel tangible y dorado paraíso de sensuales dichas? ¿Por qué ese tonto deseo de subir a un cerrete negro y feo, única cosa menos grata de cuantas preciosidades y comodidades infinitas encerraba la insula? ¿Era, acaso, que, como el joven príncipe Siddartha Sakya-Muni, o como el Adán y Eva de la leyenda, no me contentaba con mi mundo de placeres y *quería sin quererlo*, tonificarlos con algún dolor, con ese dolor de dolores siquiera que se llama curiosidad, último grano de granada que falta siempre en la Manzana de Oro de todos nuestros deleites?... No lo sabía.

Cierta tarde, mi amada me sorprendió, al fin, pretendiendo subir una vez más a la *colina negra*. Ella, toda pasión, todo mimosas solicitudes siempre hacia mí, se desató, al punto, en un torrente de ira; sus ojos vomitaban llama, y su dulce boca espuma, al decirme, como si quisiera acabar conmigo:

—¡Insensato! ¿Quieres perderte y perderme? Qué, ¿no eres feliz, lo bastante feliz entre mis brazos; no estás contento con nuestra siempre remozada juventud sin la enfermedad, el dolor y la muerte, que buscas, necio, el trocar su realidad tangible por la quimera de sus desvarios? ¿Alcanzas siquiera a comprender el secreto fatal de aniquilamiento que entraña esa colina con las ruinas del edificio de su cumbre y con las negras piedras de su subida?... ¡Apártate, insensato, de ella para siempre! ¡No quieras más buscar, salirte de tu esfera de inmortal gozador para quien exclusivamente se han hecho los cielos y la tierra! ¡No pretendas comer la prohibida fruta de un deseo, de inquirir lo que no debe inquirirse, de perseguir, inquieto, una ilusión, una locura, una mentira maldita!... ¿Qué dirías tú de uno de esos árboles, que, arrancando su raíz del suelo, quisiese con ella caminar por el mundo como tú caminas sobre tus dos piernas?

Una chispa de intuición, un fugacísimo rayo de luz fulguró instantáneo en mi mente dormida. Respondiendo a no sé qué cosa recóndita, a qué moción inconsciente de mi ser, pugué por responderla:

—¡Sí, el árbol, en efecto, no puede soltarse del suelo que le sustenta, pero, primavera tras primavera, vive, pensando en echar nuevas flores, con nuevos y renovados perfumes, en formar nuevas hojas y nuevos frutos, en atesorar al interior de tales frutos, como en sagrado vaso de elección las futuras semillas, cometas de la atmósfera a quienes los vientos han de llevar a arraigar a otras tierras, volar a otras regiones, conocer, en fin, nuevos mundos!...

Pero mi adorado tormento, comprendiendo lo que tal despertar significaba contra mi sensorial o sensual embrutecimiento infrahumano, trató de ahogarle al punto, envolviéndome, pérfida, en la más enloquecedora de sus miradas, al par que me echaba los brazos al cuello, diciéndome con fingida ternura:

—¡Ven, ven a mí! ¡No hay sino el amor de los sexos!... ¿Para qué, sino para él, se ha hecho el mundo y qué otra cosa le sostiene y cimienta?...

No pude resistir a la tentación, como tampoco la resistiese antes. ¡Era indudable que estaba irremisiblemente perdido!



---

---

## CAPÍTULO XVI

### En la isla de Madera

*¡Vencido y envilecido!—La barquilla salvadora.—Desgarradora separación.—La huida.—«Fluctuat, nec mergitur; persecutus, sed non victus».—Mis tres amigos disfrazados de caciques indios.—La tempestad y la pasión.—Arribada a la isla de Madera.—El relato del doctor.—Últimos momentos con el príncipe Antas.—Cómo Cotta y Montalvo se salvaron de la caída.—La vampiresa fatal, las pasiones y la metempsychosis.—Un archipiélago etéreo o jina.—«Lo invisible no es sino lo visible, no visto».—Una gran frase de Voltaire.—Los que pretenden que a ellos venga la «Montaña».—Cómo fui raptado por la vampiresa.—El secreto del príncipe Antas.—Los Antas y su primieval y gloriosa dinastía.—¡Estaba ya rota para siempre nuestra lira ocultista!—Llorando como un niño.—En busca del más desdichado de los cronistas.*

Descrita queda anteriormente mi triste situación de *caído*. Si a detallar fuese todos sus pormenores para escarmiento de incautos, tendría que escribir un libro. Básteme, pues, por hoy, el añadir que subyugado, impotente como tantos otros, contra los embates de aquella pasión nefasta, no tuve fuerzas como el Asno de Oro de la fábula de Apuleyo, ni aun para invocar a la protectora diosa Isis impetrando de ella que me redimiese de tamaña esclavitud.

Pero cierta tarde en que había escapado valle abajo de la única entrada accesible por mar que, entre bosques milenarios, tenía la isla de mi encanto funesto, y cuando mi dulce enemiga llegaba ya a mis alcances como Calipso a los de Ulises, vi venir rauda hacia la playa una alada barquilla, barquilla que, en medio de mi embrutecimiento progresivo, conocí al punto: ¡Era la misma navecilla misteriosa que antaño nos sacase de junto al Monasterio onubense de la Rábita para llevarnos al islote de nuestra ordalía! Con lucidez de mori-

bundo la recordé vívidamente, y con anhelo de náufrago que se ase a un madero en la desesperación de su agonía, me lancé sin titubear a ella, agarrándome fieramente a la borda, mientras que mi obsesora clamaba que no me fuese, que no la abandonase, empleando para ello, primero la persuasión, luego la amenaza y las más amargas lágrimas de desesperación al fin.

Vosotros, los que habéis tenido que afrontar en vuestra larga o corta vida, desgarradoras separaciones de seres que os fueron queridos, apenas si alcanzaréis a comprender lo terrible de mi desesperación: «el Espíritu estaba pronto, pero, ¡es tan flaca la carne!», que dijo el Evangelio...

Ahorrando descripciones, consignaré tan sólo que, de dolor, creí perder la vida. Ni la presencia del querido doctor de Brin en la proa y de los no menos amados Cotta y Montalvo en la popa de la nave, los tres vestidos como faicanes indios, bastaban para alegrarme y despertarme de mi modorra con sus múltiples pruebas de alborozada alegría. Con la mirada baja, estúpida e incierta de una res a quien llevan al sacrificio; con ese aire de inerte indiferencia de todos los cretinos, vi confusamente cómo la barquilla, movida cual antaño por las alas del *cisne de Lohengrin* que ostentaban bajo su bauprés, se alejaba rauda y gozosa de la isla maldita y cómo se esfumaba al par, a guisa de fantasma de calentura, en medio de su rabiosa desesperación, aquel cuerpo adorable de mujer en el que había cifrado, no sabía bien si diez años o diez días, todas mis amantes delicias y que tendía hacia nosotros los brazos en inútil demanda de una compasión que ella, como criatura venusta que era, no había conocido nunca...

Cerré los ojos, como para no querer volver a ver nada más en el resto de mis días, y así permanecí, casi sin responder a la compasiva solicitud de mis tres amigos, hasta que me sacó de mi marasmo una sacudida violenta. La más fiera de las tempestades había estallado no bien arrancamos de la isla, y la barquilla misma amenazaba sumergirse bajo las rachas del huracán desencadenado y los embates del mar embravecido.

El sentimiento del deber, tanto tiempo dormido en mí, despertó al fin en mi corazón, y sin reparar en el peligro que corriamos, me arrojé llorando en brazos de mis amigos.

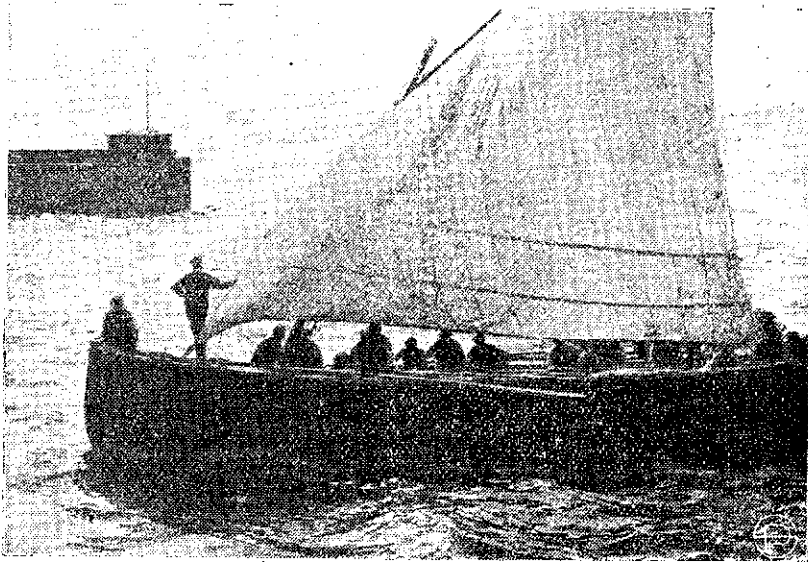
—¡Dura ha sido la prueba, mas la hemos dado felizmente cima! —exclamó el doctor con aire de triunfo—. ¡La isíaca nave nuestra, como la clásica de Lutecia, *fluctuat, sed non mergitur*; sobrenada y no se sumerge en los procelosos mares de la vida!

—¡*Persecutus, sed non victus!*—respondí a mi vez, rememorando la divisa de mis ascendientes paternos los *Bover* catalanes, «los

hombres de la Vaca Ioa, y recobrando con ello como por ensalmo todas mis viejas energías.

Cual si hubieran obrado estas palabras de ambos el efecto de un mágico conjuro, la tempestad cesó; el mar quedó terso como un lago, y la barquilla volaba raudísima sin casi hendir las aguas, mientras que la nefasta pesadilla de la isla maldita se borraba en la lontananza tras las brumas.

Poco tiempo después—no sé cuánto—sin casi haber cambiado palabra entre sí sus tripulantes, la nave salvadora penetraba por en-



La barquilla salvadora.

tre los acantilados basálticos de otra hermosa isla. ¡La isla de Madeira, que yo recordaba perfectamente de mi viaje a América siete años hacía!

—¡Perdonad, hermanos míos, los sufrimientos que os he causado, sin duda, con mi estúpido desvío!—fué lo primero que les dije a mis tres amigos, así que, saltando en tierra, nos sentamos a media ladera de un magnífico campo de verdes cañas de azúcar—. El remordimiento, la vergüenza que siento por mis procederés durante esta nefasta pesadilla, no me permite siquiera coordinar disculpas.

—¡Como tampoco nos lo permite a nosotros!—exclamaron al par y llenos de noble rubor Montalvo y Cotta—. Nosotros, igual que usted, hubiéramos también caído si Torres y el doctor no...

—¡Silencio, mis honrados camaradas!—interrumpió vivamente el doctor—. ¡Mire no caiga el que esté en pie!, que dice el Apocalipsis.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí y por qué venis disfrazados de caciques?—repliqué sumido en un mar de confusiones ante tales palabras que ni poco ni mucho entendía—. ¡Hablad, hablad, por favor os lo pido! ¡Decidme también dónde está Torres, y por qué no se halla entre vosotros!..

—Hablaré, si me escucháis atentos. Ante todo, sabed que lo de Torres es largo y poco explicable. ¡Cumple en estos momentos un sagrado deber, y es todo cuanto de él puedo ahora deciros!—respondióme el doctor con extraño aire de misterio, y luego continuó, ya más risueño, dirigiéndose a mí:

—¡Buen peligro habéis corrido, desdichado! A no ser por la revelación de los últimos momentos del príncipe Antas, esta pobre y alocada criatura...

—¿Cómo? ¿Pero el príncipe de las Islas Negras ha muerto?—preguntamos ansiosamente los tres.

—Decid más bien si ha recobrado la vida, por cuanto el estado en que nosotros le encontramos, más bien que vida astral, era una astral y secular agonía la suya. Para proceder con método, sin embargo, en mi relato, permitidme el que previamente os informe de lo que vosotros, que habéis sido los actores y las víctimas al par de un gran drama, ignoráis todavía respecto de vosotros mismos.

Sabed, ante todo—continuó solemne el doctor—, que cuando en vuestra noble inconsciencia os lanzasteis sin considerar el peligro contra la cruel vampiresa que una vez en cada luna venía a torturar al príncipe Antas, en la forma que visteis y como triste karma del necromante pecado antaño cometido con ella en tiempos remotos, no hicisteis sino caer en la red que ella nos tendiese a todos, porque debo añadir que, tanto Torres como yo, os hubiéramos acompañado en vuestro acto generoso, a no habernos detenido a tiempo y con esfuerzo supremo el propio príncipe, y hecho que Torres y yo pudiésemos detener a Cotta y a Montalvo, mientras que usted, aprisionado entre los anillos de aquel proteico monstruo, era arrastrado, a nuestra vista horrorizada, y saltando desde la terraza del palacio, desaparecía hacia la sima. ¡Hacia el abismo de una caída semejante a la de antaño del príncipe, e idéntica también a la de mil otros desdichadísimos caballeros, representados por otros tantos negros fragmentos de obsidiana mágica, que usted vería, sin duda, a los lados del sendero, cuando, guiado por inconsciente e inútil anhelo de redención, en los fugaces momentos de vuestra lucidez, trató de as-



cender furtivamente hacia la colina. En la altura de la colina, efectivamente, aún se encuentran las ruinas de la acrópolis de la isla en que miserablemente habéis estado sin daros cuenta del *encanto* de vuestro sensual embrutecimiento, treinta y nueve días justos! ¡Al cumplirse los cuarenta días del plazo fatal, se hubiera usted visto transformado, sin remedio ya, en otro pedrusco como aquellos, al tenor del velado simbolismo de otro cuento de *Las mil y una noches*, en el que cuantos caballeros fracasan en la conquista de cierto secreto, ¡el de la clave del sexo!, quedan *petrificados* en las márgenes del camino!

—Pero, qué—hube de preguntar extrañado al doctor—, ¿hay efectivamente metempsicosis?

—Metempsicosis en el aspecto material de que un mal hombre puede nacer como animal, como planta o como piedra, no lo sé si existe, aunque ¡sería un consuelo tan piadoso para el abrumador peso kármico de ciertos crímenes!... Ahora, en lo moral, ¿no habéis visto cien veces cómo en la vida nos transforman nuestras pasiones en cerdos, monos, urracas, lobos, perros y demás animales? ¿Acaso no ha estado usted transformado, con perdón sea dicho, en verdadero *asno* con vuestra infausta pasión?

—Tenéis razón—respondí contrito y confuso, lleno de vergüenza por mi caída—; pero, ¿dónde he estado de fijo, si es que puede saberse? ¿Acaso en una de las Islas Canarias, a juzgar por la isla de Madera en que ahora vemos que nos encontramos?

—Exactamente—respondió el doctor—; pero en un archipiélago hermano de éste, del de las Azores, Canarias y Cabo Verde, y que no está en el mapa; en uno de tantos *etéreos archipiélagos* como hay en el mundo—y digo *etéreos*, porque vosotros podéis comprender todo el alcance *jina* de tal palabra—, astraes restos, digo, de la vieja perversidad atlante; ¡en las islas de San Balandrán o de San Boldrón, en fin, que es fama están gobernadas por mujeres, maravillosa supervivencia ancestral de la tradición popular o *cábala*, que, cual sabemos ya por tristísima experiencia, no está tan desprovista de base real como pudiera creerse por los escépticos.

—¿Cómo?—pregunté—. Pero, ¿es posible que de unas islas astrales o *etéreas* tenga noticias el ignaro *vulgo* positivista? Que la tenga yo, ¡ay!, que la he padecido...

—Sí. Lo invisible no es nunca sino «*lo visible, no visto*»; ni lo ignorado y mágico no es tampoco sino «*lo que no se ha estudiado todavía, porque no nos ha dado la santa gana de estudiarlo, dentro de la eterna ceguera de nuestras pasiones, entre ellas la de nuestro pedantesco orgullo*», al tenor de aquella intuición de Voltaire de que «para nada hace falta tanta filosofía como para ver y

apreciar bien los fenómenos que pasan a diario inadvertidos a nuestro lado mismo». ¿Quiénes son, en efecto, los que continuamente pasan a engrosar las filas de los precitos, los caídos en la Necromancia del fenomenismo hipnótico y espiritista, sino cuantos desdichados no han alcanzado *a vivir* la continua magia de los fenómenos más triviales de nuestra existencia, ni a ver tampoco la insustituible, la continua Magia del Arte y de la Naturaleza? ¡Oh, vosotros, cuántos sois los que no queréis ir a la Montaña, sino que la Montaña venga dócil a vosotros!...

Digo, pues—continuó el doctor—, que el mundo tiene extensa noticia histórica de esta isla o islas, como la tiene del mundo entero ese que a nuestro lado vive y que llamamos *de los pitris* o *de los jinas*. Lo que hay es que lo ha falsificado y desnaturalizado a su capricho bajo los pomposos nombres de «ilusión», «fantasmagoría», *Fata-Morgana* y *espejismo*, sin comprender que, huyendo de esa aplastante realidad que deputa como quimera, cae irremediamente en mayores absurdos, como lo es el suponer que los montes Aleanis nada menos, de los Estados Unidos, vengan a ser visibles desde las Canarias... por espejismo.

Permitidme, sin embargo, ahora que relate a este nuestro cuitado cronista cuanto en su ausencia nos ha acontecido.

—¡Con cuánto placer le oiremos todos!—exclamamos a coro, arrellanándonos en nuestros asientos de basalto y hierbas olorosas, dispuestos, principalmente yo, a no perder ni una semínima del interesante relato que se nos anunciaba.

—Para proceder con orden—continuó solemnemente el doctor—debo hacer arrancar mi relato desde el instante mismo en que este nuestro pícaro cronista desapareció en los abismos, arrastrado por aquella funestísima diablesa hasta la isla de su perdición, como hubierais desaparecido también vosotros dos, queridos Cotta y Montalvo, a no haberlo evitado a tiempo, con el más heroico de los esfuerzos, Torres y yo, obedeciendo a la angustiosa admonición del príncipe.

La escena fué tan trágica como rapidísima. Montalvo y Cotta cayeron al suelo sin sentido al abandonarlos nosotros para perseguir hasta la terraza a la Mujer-Serpiente que precipitaba en el abismo a nuestro cronista, enroscándole con sus poderosos anillos. Todo el ámbito exterior estaba negro y fatídico, con negruras de las que no pueden dar idea las más cimerianas tinieblas físicas de grutas y minas. Sólo un vago rastro violáceo y cárdeno se dibujaba a lo lejos marcando la trayectoria seguida por la fiera con su víctima. Ir más allá resultaba imposible, absurdo, y no tuvimos más remedio que regresar, desolados, al lado de nuestros dos desmayados amigos y de

nuestro pobre príncipe, que continuaba yaciendo exánime en su lecho. El estado peligrosamente comatoso de este último me hizo temer por su vida. Mas, por fortuna, los primeros rayos del alba no tardaron en iluminar la *atmósfera* marítima, tornando un tanto con ello la tranquilidad a nuestros espíritus. El último en volver en sí fué el príncipe, quien, con desmayada voz, nos dijo:

—¿Dónde está, pues, el quinto de vuestros compañeros? ¿No pudisteis salvarle al fin?

—Imposible nos fué el lograrlo, príncipe querido. La Mujer-Serpiente aquella...

—¡Sí; no sigáis! ¡Todo lo adivino, pero el destino ulterior de esa desdichadísima criatura, ni más ni menos que el propio y fatídico sino mío!...

El príncipe no podía seguir; su voz expiraba en su garganta y pugnaba en vano, bajo su loco terror, por acabarnos de revelar el resto, aunque bien lo colegíamos.

Por último, al cabo de un gran rato, alcanzó a decir:

—¡Oh, qué inmensa, qué inveterada desgracia! ¿Hasta cuándo, Señor, ha de perpetuarse esta maldición siniestra?...

Y mientras tal decía se clavaba las uñas en el pecho, pugnando por arrancarse el corazón y la vida, hasta caer en un estado de inconsciencia absoluta.

Yo traté de reanimarle, y como al fin y al cabo era un hombre de sobrehumanas energías, pude lograr que me informase al oído, como moribundo que hace su última confesión al sacerdote, de algo relativo al gran secreto de aquel su miserable existir, su inacabable penar siglos tras siglos.

Del tal secreto poco es lo que podré revelaros, sin daño de mi conciencia ni menoscabo de la palabra que con él empené de no decirlo. Básteos saber que se relacionaba ello con una de las peores consecuencias que la necromancia consciente tiene allende la vida física, viniendo a revelarme la existencia *pos-mortem* de verdaderos infiernos morales de dolor y de tardíos arrepentimientos; infiernos que, si no son como los inventados por la explotación de ciertos desaprensivos, ni siquiera como los simbólicos del Dante, no por eso dejan de tener realidad astral y una duración larguísima que acaba a veces hasta con la aniquilación total del alma humana, una vez que se ha visto sin cuerpo y se ve desamparada más tarde también por su Divino e inmortal Espíritu.

En cuanto al príncipe, su mismo nombre de *Antas*—que es Satán, leído a la inversa o en bustrófodo—, es toda una historia de dolores y de kármicas caídas. *Antas* fué un antiquísimo nomo sacerdotal de las orillas del Alto Nilo, que dió reyes a Egipto hasta la

undécima dinastía. Aruinado luego por las invasiones heteas aquella su ciudad de *Antaeopolis*, la última de sus columnas que quedaba en pie fué arrebatada por las riadas del Nilo en 1821. Diodoro de Sicilia cuenta que Anteo fué uno de los primeros capitanes de Osiris. La fábula griega habla de Anteo, hijo de la Tierra y de Neptuno, rey de Libia, cerca de las Columnas de Hércules, es decir, de uno de los gloriosos antecesores de nuestro príncipe, y *antas* se llaman aún en recuerdo de tan gloriosas tradiciones primievales los hipogeos o criptas de no pocos países.

Un lazo necromante de remotas edades ligaba, pues, kármicamente, a aquellos dos seres del pasado atlántido: la vampiresa y su víctima; una especie de ley etérea o astral de sexo seguía encadenando a los dos, en espera, quizá, de un redentor humano al estilo de aquel «hijo amado de un padre enemigo» profetizado por Júpiter a los eternos tormentos de Prometeo, en la Trilogía de Squilo. ¡Y aquellos redentores no éramos sino nosotros cinco!

—... Pero—había añadido con desesperación el príncipe—también fracasará este noble intento, porque ¡está rota vuestra lira!...

—No os comprendo—le dije, confuso, temeroso más bien de adivinar el misterio que tales palabras entrañaban—. ¡Explicaos, por favor!

—Sí. ¡Vuestra lira de cinco notas está rota e inútil, porque ha saltado una de sus cuerdas, dado que al quinto de vuestros compañeros podéis darle por perdido!...

Al llegar a este punto del relato del doctor, comprendí toda la enormidad de mi crimen y eché a llorar como un niño. Mis compañeros me calmaron, al fin, coligiendo que, pues estaba de nuevo entre ellos, no todo estaría perdido.

—Perdido está—insistí—, puesto que, aun dada, por repuesta, mi cuerda, ¡aún falta la de Torres, a lo que colijo!

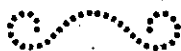
Cotta y Montalvo se miraron perplejos ante mi aserto, que no tenía vuelta de hoja, como suele decirse, porque Torres no estaba, efectivamente, entre nosotros.

—Tranquilizaos—replicó el doctor—; Torres, ya sabéis, queridos Montalvo y Cotta, que quedó al lado del príncipe por expreso ruego de éste, ruego que no tuvimos fuerzas para desoír. Así le dejamos, pues, mientras que, como no ignoráis, partíamos vosotros dos y yo en demanda de nuestro cronista, que asombrado nos escucha y a quien hemos salvado felizmente. Permitidme ahora que informe a este último de cuantas aventuras nos han acaecido desde el momento cruel en que, separándonos del príncipe y de Torres, vinimos en su busca y *captura*.

—Nada más justo—respondieron Montalvo y Cotta—. Así refres-

caremós también los recuerdos de uno de los viajes más gratos de nuestra vida, viaje del que nuestro buen cronista tomará la nota oportuna para en su día.

—¡Que me place!—respondíles, haciéndome todo oídos para escuchar el relato del doctor, que capítulo aparte merece.



---

---

## CAPÍTULO XVII

En demanda de las islas de la Desdicha.

*Perplejidades.—Un héroe como los de la Ilíada.—Largando amar-  
rras de Kalia Shekelmesha.—Resignados ante el Hado.—Coros  
de hadas, nereidas y ondinas.—«Al ánimo y al ánimo, que se ha  
roto la puente».—Antiguos y modernos pontífices.—Invisibles,  
como los Tuhata, Eneas, Zanoni y el propio Jesús, según el  
Evangelio.—El presidente del Instituto Neo-pitagórico de Cori-  
tiba.—La isleta Alegranza.—La vida de un Robinsón, torrero en  
los roques canarios.—¡Hay una doble providencia para los reti-  
rados del mundo!—Montaña Clara, el Roque del Infierno y el  
del Este.—La isla Graciosa y su río.—A barlovento de Lanza-  
rote.—Los acantilados del Penedo.—Campos de lava de la Mon-  
taña Bermeja.—Horribles recuerdos de las erupciones de 1730  
a 1736, relatados por el cura de Yaiza.—Montañas que surgen  
del seno de la Tierra; ríos de lava que abrasan campiñas ente-  
ras y lluvias de lapilli y cenizas que sepultan docenas de pueblos.  
—Fuerteventura y Gran Canaria.—Las navegaciones canarias  
de Ulises, Menelao, Perseo, Melcarth, Neaco, Hirán, Salomón,  
Setaspes, Piteas, Euthymenes, Hannon, Silax, Celio Antípatro,  
Eudoxio, Juba, Abulfeda, etc., etc.*

—El príncipe Antas tenía razón. Rota estaba ya nuestra lira ocul-  
tista y había que temer por ella los mayores males, sin duda. Por  
otra parte, Torres se prestaba gustoso a permanecer en el palacio de  
Kalia Shekelmesha, accediendo a los deseos de aquél, mientras que  
el primer deber nuestro era el intentar algo en obsequio nuestro,  
querido cronista — continuó el doctor—. Algo que no sabíamos, a fe  
mía, en qué podía consistir.

—¡Buscadle, buscadle inmediatamente en las *Islas Eternas*, en  
las antiguas *Islas de la Felicidad*, que hoy no son sino las *Islas de*

*la Desdicha!*—nos había dicho balbuciente el príncipe antes de caer en la postración más absoluta.

Y como Montalvo había visitado antaño todas las vecinas Canarias una por una, y leído cuantas obras trataron de ellas, nos iluminó, por su parte, diciéndonos que las islas a que aludía el príncipe no podían ser otras que las del archipiélago canario que con tales nombres, como con el consabido de *Atlántidas*, habían sido mencionadas por todos los geógrafos, desde el célebre historiador árabe Ibn Khaldum, que ya en 1406 dió testimonio acerca del comercio que con ellas, las Azores, Madera y Cabo Verde habían mantenido los normandos antes de su descubrimiento y conquista. Había, pues, que partir sin pérdida de momento para las Canarias, pero ¿con qué medios, dado que la «rotura de nuestra lira pentacorda» empezábamos a notar que nuestra anterior facultad de ver en lo astral nos iba abandonando poco a poco, quedándonos sólo con la visión etérea en cuerpo etéreo también? ¿Cómo, por otra parte, resignarnos a abandonar a Torres, a solas con el inerte príncipe?

De nuestra natural perplejidad nos sacó la siempre enérgica actitud de Torres, que nos lo exigió así, llegando hasta amenazarnos con voz tonante que no parecía sino la propia Voz del Destino. ¡Era un héroe, todo un héroe, este preclaro hijo de Morón, cuyo valor personal corría parejas con el de los propios héroes de la *Iliada!*

Salimos, pues, del palacio de la Acrópolis como hombres sin juicio que caminaban a la aventura. Descendimos así a lo largo del malecón derecho del Guadalquivir y frente a la isleta de la confluencia, como antaño frente a los peñascos de la Rábida, vimos con alegría amarrada la famosa barquilla de marras: ¡la de alas de cisne!

Era aquello, sin duda, un presagio feliz, y sin detenernos en inútiles vacilaciones, subimos a bordo y picamos la amarra dejándonos llevar dulce y rápidamente por la corriente del río.

Pero nos acaeció al punto una cosa harto singular. En efecto, a medida que perdíamos de vista las torres de los templos y la colina de la Acrópolis, se iban borrando de nuestra conciencia todas las impresiones astrales de antaño; nuestro ojo intuitivo o pineal se atrofiaba más y más, recobrando su vigor los ojos físicos, y como el que despierta de un sueño, parecíamos retornar por grados a una especie de conciencia intermedia que ni era ya astral, ni todavía era física, al modo de esos estados crepusculares, intermediarios entre el ensueño y la vigilia, en que todavía no se está despierto del todo, pero ya no se está tampoco dormido. Al par, el río se ensanchaba desmesuradamente, hasta perderse sus dos márgenes borrosas en una lejanía extraña, con todas las apariencias habituales que la línea de alta mar presenta a los navegantes. Estábamos, pues, no en el

fondo de la Atlántida, sino en la superficie del Atlántico, como otros navegantes cualesquiera, es decir, peor que ellos, según lo pequeña y frágil que era nuestra barquilla, y todo por nuestra desgraciada aventura, que nos privaba, ya quizá para siempre, de tornar a ver aquellos astrales misterios del continente sepultado, precisamente cuando habíamos puesto pie en una de sus ciudades más bellas...

Dóciles, sin embargo, ante los inexcrutables decretos del Hado, nos resignamos con nuestro nuevo estado, aunque con esa honda amargura del que se ve pobre después de haber sido mimado por la fortuna. ¡Ahí es nada el perder un don como el de la visión astral, que nos permitiese hasta entonces ver como presente al par el pasado y el futuro!

Considerándolo bien, no obstante, aún teníamos un inestimable privilegio sobre el resto de los mortales, porque es sabido que la visión etérea lleva mil ventajas a la meramente física, y aunque ya no podíamos abarcar el pasado ni el futuro, todavía podíamos ver muchas cosas que para la generalidad de los hombres de carne y hueso pasan inadvertidas, tales como esos gentiles coros de hadas que ahora mismo contemplamos ahí abajo entre los pinos y cañaverales de ese sanatorio inglés que entre ellos resalta cual nivea paloma y aquellas alocadas ondinas del puerto vecino.

Efectivamente, mientras tal decía el doctor, pudimos contemplar extasiados verdaderas bandadas de aquellas gentiles criaturas, jugando como inocentes chiquillos en coros vistosísimos, tan transparentes como jirones de nieblas, tan gráciles como bayaderas indostánicas, tan hermosas como celestiales huries del Corán, y más allá, junto al magnífico puerto de Funchal, capital de la isla de Madera, en la que nos hallábamos escuchando el relato del doctor, veíamos verdaderos coros de ondinas y nereidas tejiendo guirnaldas de flores con esos alocados movimientos infantiles que tanto nos divirtiesen también a nosotros de niño cantando aquello de:

«—Al ánimo y al ánimo, que se ha roto la puente.

—Al ánimo y al ánimo, mandadla componer...»

supervivencia ancestral de aquel «Puente del Arco Iris», por el que la tradición nórdica cuenta que pasaron los elegidos de la Buena Ley, salvándose así de la catástrofe atlante, o aquel otro «puente», o seco camino a través del Mar Rojo—no el egipcio actual, sino el Mar Atlante o de la Raza Roja—, por el que los israelitas cruzaron hacia la tierra prometida, huyendo de las atlantes huestes de Faraón, según la tan mal interpretada leyenda israelita, hoy mantenida por los Romanos *Pontífices*, que—con más o menos razón—se con-



sideran herederos del Pontificado de los primeros reyes de Roma y por tanto del *Pontificado* de los primitivos atlantes, es decir, de los «constructores de tales *puentes salvadores*» entre el uno y el otro mundo...

—Y si alguna duda pudiera cavernos—continuó el doctor—de



El bosque de las hadas.

que nos hallábamos ya en ese mundo etéreo, más físico que astral, donde moran los gnomos, ondinas, silfides y salamandras de la literatura cabalística—mundo invisible separado del nuestro por una débil diferencia de tonalidad perceptiva de nuestras retinas—la realidad se encargó bien pronto de convencernos de ello, pues que a poco cruzó rápido e imponente por nuestra borda de estribor un gran trasatlántico de la Compañía de Pinillos abarrotado de pasajeros que venían de la Argentina, muchos de los cuales, esperando vanamente quizá alcanzar a ver la vecina costa africana, escrutaban el

horizonte a simple vista y con gemelos, sin que ninguno de aquel centenar de observadores, ni los mismos vigías de a bordo, se percatasen poco ni mucho de la presencia de nuestra barquita, a la que, caso de haberla visto, la habrían tomado por una lancha de salvamento procedente de algún pobre barco criminalmente torpedeado por los submarinos alemanes que infestaban aquellos parajes, y tratado de socorrerla al punto.

No cabía duda de que nos hallábamos, pues, en ese estado intermedio y de *post mortem* en que un sér humano puede ver sin ser visto por los vivos, a la manera de aquella «niebla mágica» que durante tres días hizo invisibles a los Tuatha de Danand irlandeses, antes de dar a los *Fir Bolgs* la batalla de Madura; o la que tornó invisible también a Eneas al penetrar en el reino de la cartaginesa Dido; o, en fin, al *velo de Maya* de que pueden revestirse los maestros como *Zanoni* el de Bulwer-Litton para escapar a la vista y a las persecuciones de los hombres, como escapó Jesús, según el Evangelio, de aquel tumulto en el que los de Nazaret, *su pueblo*, quisieron matarle por sus doctrinas!

Por cierto que entre los de la borda del transatlántico conocí a mi noble amigo y hermano el fundador del *Instituto Neo Pitagórico* de Coritiba, el genial Darío Vellozo, que, bien ajeno a tenerme tan cerca, fijó telepáticamente en nuestro buque sus prismáticos sin reconocernos...

Así llegó la noche, y al amanecer vimos que se dibujaba a nuestra derecha el faro de Punta Delgada, de la Alegranza, la más boreal de las isletas Canarias, nido de submarinos a la sazón que vigilaban desde aquel refugio de piratas argelinos e ingleses de antaño las rutas de América. Alguno de estos odiosos sumergibles pasó también a nuestro lado sin advertir siquiera nuestra presencia. ¡No ocurriría lo propio con la suya en ese «fondo del mar entre la Península y las Canarias», título de la obra de Primitivo Miguel Vigil, nuestro naturalista, fondo que hartó habría advertido la presencia del nefasto buque, por las tristes víctimas de los asesinados por su perfidia y en él catastróficamente sumergidos, para que, andando los siglos, otros «expedicionarios de lo astral» los encuentren como nosotros habíamos encontrado a Antas, el desdichado príncipe de las Islas Negras de la leyenda!

¡Y qué vida no harán esos infelices torrerros de faros como aquel de la Alegranza confinados en una infima isla, sin vegetación, sin pueblo alguno, entre el proceloso mar, siempre agitado por las corrientes que descienden a lo largo de la vecina costa de África, y unos volcanes que pueden despertar cualquier día, y unos vientos impetuosos, efectivos *simous* del frontero desierto de Sahara, que

han formado, juntamente con las olas, verdaderos terrenos calcáreos de conchas destrozadas!... ¡Qué nostalgias no sentirán los pobrecillos en la mala estación, sin más seres humanos a su lado que su familia, a lo sumo, ni más trato de gentes que el de los rudos pescadores de los *chinchoros* venidos de mes en mes de Lanzarote para traerles alimentos ¡y agual cuando el estado del mar les permite pasar hasta allí desde Arrecife!

No hay que olvidar, al efecto, que Arrecife, *capital* de aquella isla, sólo tiene, a su vez, un vapor semanal con *Las Palmas* de la Gran Canaria, según nos enseña el sabio geólogo español Eduardo H.-Pacheco, en su *Estudio geológico de Lanzarote y de las Isletas Canarias*, donde nos da los frutos de su viaje hasta allí en Junio de 1907. ¡Verdaderamente, pues, que el hombre es más heroico de lo que parece, y que hay una doble Providencia, sin duda, para esas criaturas, esos Robinsones infelices que consienten en así aislarse del mundo y de sus vanidades; en exponerse a morir de hambre y de sed, si el auxilio mensual se retrasa, todo por encender diariamente una lucecita que salve del naufragio a los escasos barcos que naveguen por tales desiertos marítimos! ¿Qué debemos pensar de esto, por tanto, nosotros los regalones de las ciudades que, gozando de todas las, para aquéllos, «*celestiales comodidades de la civilización*», tenemos la avilantez de sentir el tedio, la tristeza y el embate continuo de todos los vicios?...

Descendiendo por sobre los bajos que, como el de la Concepción, contornean todas estas islas, pronto enfrentamos con la isleta de *Montaña Clara* y su *Roque del Infierno*, avanzadas de la isla *Graciosa* y de su simbólica «playa del ámbar», mientras que por barlovento nuestra envidiable y escrutadora vista etérea adivinaba en lontananza el Campanario del Roque del Este, adonde no podrán envanecerse que han llegado quizás seis personas entre los veinte millones de españoles, y que acaso es «*un Centro jina*» como el de la ensoñada *Isla non Trubada* o *Encubierta*, de los portugueses, a la que caminábamos, sin saberlo, como más adelante habrá de verse.

Contorneamos la Graciosa, embocando con el Estrecho del Río, así llamado porque el mar allí es un verdadero río—el «río Atlántico» o contracorriente del *Gulf-Stream*, que decían los griegos—; hubo un momento en que aguardamos con emoción el rumbo que tomaría allí la barquilla que tan misteriosamente nos conducía: si penetraría por el estrecho y seguiríamos a lo largo del abrupto Occidente de la isla de Lanzarote, o tomaría por la costa oriental que, como más abrigada, era la única casi habitada de la isla, con sus pueblecitos costeros de Orsula, Mala, Guatísa y, en fin, Argana o

«la ciudad lunar», con su puerto de Arrecife, en la gran zona de los campos de lavas antiguas y modernas, de tobas toscas y del *lapilli* o «arenas negras», formados en diversas épocas por los numerosos volcanes de la isla en torno de esos dos gigantescos macizos de los antiquísimos basaltos *atlantes* de *Fámara* y de los *Ajaches* del Norte y el Sur de la misma. Pronto vimos, sin embargo, que nuestra nave se internaba resueltamente por el estrecho y nos hacía desfilar por frente a los terribles acantilados de la Bahía de Penedo y a su Jable o conchero, colindante con los basaltos de Haria y Teguisse. No podíamos, pues, ver, como deseábamos, la famosa *Cueva de los Verdes*, que, abriéndose en la costa oriental frente a los *Jameos del Agua*, se pierde junto a la *Montaña de los Helechos*, después de mostrar maravillosos «arcos de herradura», que, por su forma y sus estalactitas, acaso dieran antaño el modelo de los arcos mudéjares granadinos.

En cambio contemplamos muy a nuestro sabor los jables o arenas calcáreas voladoras de Coó, las lavas antiguas y modernas de Montaña Bermeja y Tinajo, y el vasto campo lávico de la erupción de 1730-36, que estuvo a punto de acabar con todos los habitantes de la isla aquella, isla cuyo nombre recuerda a uno de los más cumplidos caballeros de la leyenda atlante, al gran Don Lanzarote del Lago, a nuestro príncipe Antas de las Islas Negras, como si dijéramos. Tamaña erupción aparece descrita por el cura de Iaiza, como testigo presencial, en estos términos, según había leído Montalvo en la dicha obra de Pacheco.

«En 1.º de Septiembre, entre nueve y diez de la noche, la tierra se abrió de pronto cerca de Timanfaya, a dos leguas de Iaiza. Una enorme montaña se elevó del seno de la tierra y del ápice se escapaban llamas que continuaron ardiendo durante diez y nueve días. Una semana después se formó un nuevo abismo, y un torrente de lava se precipitó sobre Timanfaya. La lava se extendió sobre los lugares del Norte, al principio con tanta rapidez como el agua, luego como la miel; pero el 7 de Septiembre, una roca considerable se levantó del seno de la tierra con fragor parecido al del trueno, y por su presión forzó a la lava a cambiar su camino, destruyendo en un instante los lugares de Maretas y Santa Catalina. De aquí se precipitó sobre Mazo, incendió y cubrió toda esta aldea y siguió su marcha hasta el mar, corriendo seis días seguidos con un ruido espantoso y formando verdaderas cataratas. Una gran cantidad de peces muertos sobrenadaban en la superficie marítima... El 18 de Octubre, tres nuevas aberturas se formaron súbitamente por encima de Santa Catalina, aberturas que arden todavía y de cuyos orificios se escapan masas de un humo espeso que se extiende por toda la isla, acompaña-

do de una gran cantidad de escorias, arenas y cenizas que se reparten todo alrededor, viéndose caer de todos los puntos gotas de agua en forma de lluvia. Los truenos y explosiones que acompañaron a estos fenómenos, la obscuridad producida por la masa de cenizas y el humo que recubre la isla forzaron más de una vez a los habitan-



Ruinas de un templo.

tes de Iaiza a huír... El 28 de Octubre cayó muerto de golpe, por asfixia, todo el ganado de la isla... El 27 de Noviembre otra corriente se precipitó, con increíble velocidad, hacia el mar, formando en él un gran islote... El 16 de Diciembre la lava cambió de dirección, incendiando a Chupadero y arrasando la fértil vega de Uga. El 7 de Enero de 1731, nuevas erupciones vinieron a trastornar a las precedentes. Corrientes incandescentes acompañadas de humos muy espesos salieron por las aberturas. Las nubes de humo eran atravesadas frecuentemente por brillantes relámpagos de una luz azul y roja,

seguidos de violentos truenos como en las tempestades, y éste espectáculo era tan espantoso como nuevo para los habitantes de la comarca, que no conocían a estas últimas. El 10 se vió elevarse una inmensa montaña, que el mismo día se hundió en su propio cráter con un ruido espantoso y cubrió la isla de piedra y ceniza. El 3 de Febrero un nuevo cono se levantó, quemando la aldea de Rodeo... El día 2 de Mayo, una nueva corriente amenazó a Jaiza... En Octubre y Noviembre, en fin, nuevas erupciones vinieron a renovar las angustias de los habitantes de la comarca toda. El 25 de Diciembre la isla fué conmovida por temblores más violentos que los que se habían sentido en los dos desastrosos años que acababan de pasar, y el 28 la lava incendió a Zaretas, al par que, pérdida toda esperanza, los habitantes de Jaiza decidieron emigrar, embarcándose para Gran Canaria con su cura...»

Mientras estos horrores nos relataba Montalvo, habían quedado atrás la punta de la Costa Roja de Pechigueira, la isla de los Lobos y el estrecho de la Bocaina. Nuestra nave cruzó a mayor distancia aún de Fuerteventura, en dirección al Norte de la Gran Canaria. La tarde caía solemne y en nuestra imaginación sobreexcitada se reproducían una a una las seculares expediciones continentales, más o menos míticas, a las divinas Atlántidas, que el Sr. Ramírez, según Montalvo, sería en esta forma: Navegación de Ulises por el Mar Tenebroso, cantada por Homero; periplo de Menelao en torno de África, según Aristonico Gramático, contemporáneo de Estrabón; aventuras de Menelao y Helena en los confines oceánicos de los Campos Eliseos; viajes de Perseo y de Melcarth, [el Hércules fenicio; de las flotas de Hirán y Salomón, desde Ailath, en el extremo del Mar Rojo, hasta Tarsis y Ophir; expedición de Neco, o Neaco; de los persas al mando de Setapes; de Piteas, cuando llevó a los marselleses hasta Islandia; descubrimientos de Euthymenes, referidos por Séneca; Periplos de Hannon, de Scillax y otros del *Libro de las Maravillas*, que se atribuye a Aristóteles; conquistas de los cartagineses, tanto de este archipiélago como del remoto de las Azores, donde se han encontrado huellas arqueológicas de ellos, al tenor de lo que ya apuntó Diodoro Sículo; expediciones de Celio Antipatro y de los vascos, camino de Etiopía; viajes de Eudoxio por el Atlántico, relatados por Posidonio, el astrónomo alejandrino, y aun por Plutarco, en su *Meteorología*, y otros varios más.

Pero el recuerdo más hermoso de tales remotas navegaciones, es el que transcribe Estacio Seboso relativo a los navegantes gaditanos que, veinte años después de la muerte de Sertorio llegaron al Archipiélago Afortunado de las islas Junonia, Pluviaila, Capraria, Nivaria, Canaria, Planaria y Purpuraria y el que nos relata Benítez,

en su *Historia de las islas Canarias*, diciendo: «Juba, hijo y sucesor de Hiempsal, rey de Numidia, siguió el partido de Pompeyo, pero, vencido por César en las inmediaciones de Ptapsus, se hizo matar por uno de sus esclavos el año 46 antes de Jesucristo. Su hijo y heredero Juba II, o el Joven, fué llevado prisionero a Roma, donde, por orden de César, se le dió una esmerada educación. Muerto el dictador en el Senado, Augusto enlazó a Juba con Cleopatra, hija de la célebre reina egipcia del mismo nombre y de Marco Antonio; le dió las dos Mauritánias y parte de la Getulia.

...Por la ciencia, dice Plinio, logró Juba más resplandor que por la corona. Matemático, naturalista, historiador y filósofo, adquirió gran nombradía entre los sabios de su tiempo, y se dice que, a su muerte, le pusieron los griegos en el número de los dioses. Envió una expedición a las Islas Afortunadas con encargo de que se describieran todas con exactitud. Con los datos recibidos escribió un libro que dedicó a Augusto, del que no quedan sino citas hechas por Plinio y otros antiguos.»

Finalmente, aunque Abulfeda (1273 a 1331) deputa fantásticas todas las expediciones árabes anteriores, Quatrémère, D'Avezac y Osuna Saviñón hablan de la de Ben Farrukh en 999, de la que acaso hubo datos en Córdoba y Lisboa, y aun existieron otras antes de la célebre bula de Clemente VI, concediendo la soberanía canaria a aquel infortunado infante castellano D. Luis de la Cerda.

Mientras nos entreteníamos con tales consideraciones históricas, el sol se había ocultado por los volcanes de Tamadaba en la Gran Canaria, célebres por los estudios de Lyell, Hartung y Maffiote, y al par que iba quedando atrás con la gentil ciudad de Las Palmas y desarrollándose por la zona Norte la hermosa cordillera de Ananga, parte la más antigua de la Isla de Tenerife, la noche tropical que tan corta es de crepúsculos como es sabido, se nos echó encima casi de repente. Las luces de Santa Cruz de Tenerife por otra, y las de dos o tres vapores que cruzaron por barlovento, nos mostraron con angustioso realismo que íbamos de un momento a otro a entrar en el mar libre. ¡Sin alimentos, sin rumbo fijo y expuestos, en fin, a las contingencias más tristes!...



---

---

## CAPÍTULO XVIII

### Alma canaria.

*Un ciclope guanchitinerfe.—El Ach, asturiano, y el Hur-a-can, de México.—Como en la leyenda de San Torcaz.—Roques del Obispo, el Rosario, el Nublo, el de Tessonirat de Sagadi, el de la Isla de Francia y los de los dajmas de Persia.—Los compañeros de Eaoranhán y Moneiba.—Murallas ciclópeas.—¡Oh, si viviera mi primo, gigante de 80 dientes!—La sagrada Montaña de Uniaga o de las cuatro puertas.—Tit-roy-gata, o el caudillo de las pieles caprinas de conchas.—¡Faicanes guanches gloriosos!—El San Cristóbal de la bola de oro en Tirma.—¡Tis-tirma; Tis-tamargo!—Los consabidos reyes de It.—Las Isis negras.—Los mil derivados del Ar, Arga y Tam.—Las alineaciones sepultadas del Atlas.—Los 13 faicanes nos reciben en el Tago-ror.—Sangrados, enguapados, tatuados y bautismados.—El diktamon esculápico.—Regia letania atlante.—El cuádruple jeroglífico de los efeneques.—Navetas y calcidicos.—Recuerdos del Vendidad.—El Orco y el Limbo.—Cuevas de Güimar, Herque, Tea, Baez, Niz, Agaete, Gáldar, Montaña Bermeja, los Verdes y los Naturalistas, Jinamar, Tejada, Asteheita, Teneginta, Pólvo-ra, Lázaro, Belmaco, Niquiomo, Sobrado, Alajeró, el Conde, Becerril, Icod, San Marcos, Hielo y Salitre.—Una misteriosa red de cuevas que abarca al mundo.*

Después de una pausa, el doctor prosiguió su relato en estos términos:

—*¡Achaxucanac-achxuraxan-achgnoya-xiraxi-iguaya-hiraji!*—exclamó desde la costa tinerfense una potente voz de ciclope...

Montalvo, que conocía algo de esa *mexicana* lengua primitiva canaria, exhaló una exclamación de alegría al oírla, diciéndonos:

—Un sér poderoso nos llama desde la costa; un sér que alude a



las ciencias más sagradas de los *Taogores* o Tribunales de reyes indígenas de Tenerife, pues que con el aparente adacadabra de la frase, ha venido a invocar literalmente «al sublime gran Señor, Conservador del mundo, cuyo espíritu habita en los cielos».

—Sí, esta frase misma es toda una clave antropológica—exclamé—, porque tres veces se ha nombrado al mágico *ach*, o *achu* asturiano-parsi de las creencias relativas al rayo, al cielo, y, por otro lado, se ha pronunciado también claramente la palabra *Hur-a-can* alusiva, tanto al «Dios Poderoso de los elementos»—del que hemos formado nosotros la palabra *huracán*—, como al *kan-a-ur* o «reino del fuego», que un sanscritista, leyendo a la inversa, diría—dijo el doctor, continuando la narración que en mi obsequio hacía.

—Sea lo que fuere, hagamos rumbo adonde la voz ha sonado—añadió Cotta.

Pero no fué necesario tanto, porque la barquita, como tierno corderillo que oye el balido de su madre, partía como una flecha en derecha de aquel sitio. Al mismo tiempo, en la semiclaridad de la noche, alumbrada por una luz zodiacal intensa cuya pirámide se alzaba fosforescente por entre las estrellas del Acuario, empezaron a deslizarse y moverse por la costa multitud de lucecitas y sonar extrañas músicas.

—¡Estas son las mismas músicas y luces de prodigio que, según la tradición relativa a la Virgen de la Peña de Fuerteventura, precedieron a la aparición de la imagen, cuando la sacó un pastor del fondo de un pozo en el que, absorto en éxtasis y sin mojarse nada, la adoraba el santo padre Juan de San Torcaz!—dijo Montalvo, que tantas tradiciones conocía de las islas, y añadió—: Esos peñascos enhiestos que parecen otros tantos menhirés oscilantes, son los típicos roques de estas islas, como los clásicos del *Roquete*, el *Nublo*, la *Aguja del Rosario* de la Gran Canaria y otros análogos de montañas, como la de *Doramas* o *Dauranas*, cuyo nombre lunisolar es harto significativo. Hablando de ellos y del *Roque de los Obispos*, el Sr. Benítez, recuerda sus analogías con los dólmenes de Palestina (Saulcy); con el roque-estatua abisinio de Tessonirat de Sagadi, y con la montaña Pieter Bolh en la Isla de Francia, con cuantos recuerdos siniestros acompañan en Persia a las terribles leyendas de los *dajmas*, razón por la cual «aventura tenemos», que Don Quijote diría.

La barquilla penetró en una pequeña abra sobre la cual, entre dos roques gigantescos que más bien parecían basálticas columnas de cíclopes, se destacaba la gallardísima figura de un guancho de pura raza, un *Guanchi-tinerfe* o aborígen del distrito de Taoro de Tenerife, aquella aristocrática región que tanto sorprendió a Bethen-

court al descubrir y colonizar las islas (1359 a 1425). ¿Nos tomaría aquel egregio guerrero, viéndonos llegar en alada barquilla, por aquellos compañeros de *Eaoranhán* y de su esposa *Moneiba*, profetizados por el adivino *Yoñe* de la isla de Hierro y que, al consumirse sus cuerpos, vendrían a la isla en una blanca y flotante casita, según refiere el P. Abreu Galindo?

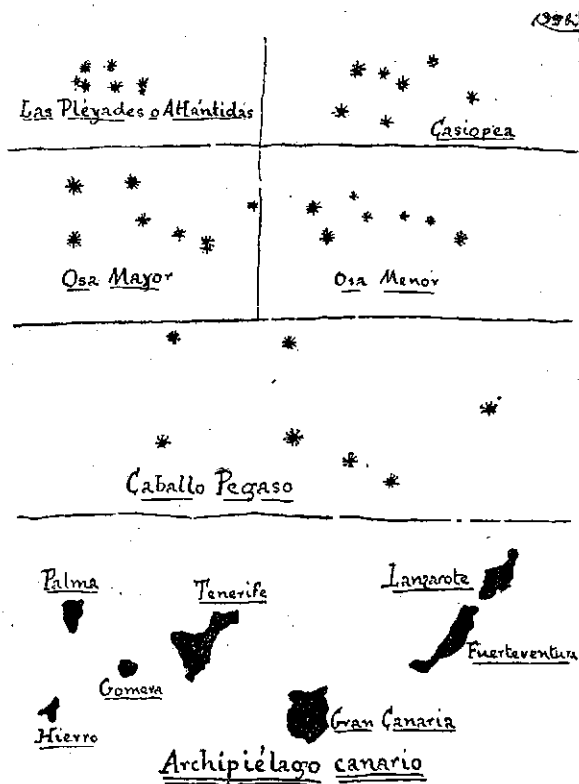
De todos modos, pronto íbamos a salir de dudas, porque aquel caudillo al tomar nosotros tierra, nos hizo unas profundas zalemas al uso marroquí, invitándonos a acompañarle, por entre unos *tara-jales* o parajes llenos de emborrascados tamarindos, y luego por un divino *tarhai*, u oloroso bosque de gomeros, en los que *Iruanas*, el genio del tamarindo, la palmera y el árbol del drago tienen su morada predilecta, hasta enfrentar con una muralla ciclópea, flanqueada o antecedida por grandes pirámides de piedras, como aquellas otras en que los israelitas sepultaban espontáneamente a los reos de muerte víctimas de sus lapidaciones. El doctor Chil tenía, pues, razón en parangonar a aquellos aborígenes de las Afortunadas, con los propios cíclopes de Tarragona o Abydos; hombres de proporciones gigantescas, satirizados luego por la musa popular, en sus voracidades de ogros, con cantares cual transmitido por Duret, quien, después de testimoniar que a alguno de ellos le había visto devorar un cabritillo en *frite de tamaranona*, veinte conejos y algunos lagartos aderezados con leche, manteca, hongos, madroños, bicaros y mieles de moncanes, o *tacerquen*, amén del correspondiente gofio, transcribe aquello de:

¡Oh, si viviera mi primo,  
gigante de ochenta dientes  
y catorce pies de largo,  
que se almorzaba dos reses!...

gigantes que al tenor de la leyenda, aportaron por su propia mano aquellos bloques, mayores que las mayores *bombas* arro adas por las erupciones del Teide.

¿Sería aquella muralla continuación de la del *Charco de Alday*, a juzgar por sus proporciones ciclópeas, por su superficie lisa, recta y empizarrada, donde apenas eran visibles las junturas? Montalvo nos dijo al oído que más bien creía hallarse en la sagrada *Montaña Bermeja*, o de *Las cuatro puertas*, de la que Agustín Millares nos dice: «es el recinto sagrado que los indígenas llamaban *Umiaya*, el cual, según nuestros cronistas, estaba en el distrito de Telda y por el que juraban los reyes así como por el de Tirma los de Gáldar. La cueva del N. sería en este caso la sala de las adoraciones o de los ídolos; la explanada circular, el sitio destinado a los sacrificios, don-

de vertían diariamente las ofrendas de leche que sin duda corrian por el canalizo abierto en la roca; los signos o jeroglíficos, el nombre de su Dios; las Cuevas de los Pilares, el cenobio o convento de las *Harimaguadas* que cuidaban de aquel sagrado asilo; la cueva de los Papeles podía haber sido la vivienda del *Faicán* o gran Sacerdote; y la de la Audiencia, una sala de justicia. Está en litigio, sin



Analogías entre las Islas Canarias y cinco típicas constelaciones del cielo, a partir de las «Pléyades o Atlántidas».

embargo, la verdadera situación del monte de Humiaya. Creemos no fué otro que el de tirajana famoso.»

Pero, ¡cuán equivocado no estaba este autor, como lo están todos aquellos que quieren juzgar acerca de aquellas venerandas antigüedades atlantes con el cretino criterio cristiano científico! Bien pronto, en efecto, lo vimos, porque aquel «caudillo de las pieles caprinas de conchás», como dimos en llamarle recordando al rey de Lanzarote *Tit-roy-gatra* de que nos habla Viera Clavijo, nos hizo penetrar por entre dos ingentes riscos, blancos como los de *Tirajana*, en un

gran *Almogaren* o casa santa como la célebre de *Humiaga*, mientras que Montalvo, aún más entusiasmado que nosotros con todo cuanto veía y presentía con esa noble confianza del ocultista ante los recuerdos de viejos y nobles ocultismos incomprendidos, dijo a nuestro guía:

—¡Oh gloriosa raza, esta raza tuya, menos gigante aún de cuerpo que de espíritu! Nosotros, necios europeos, os hemos calumniado, en nuestro orgullo de creernos favorecidos por una religión única y una ciencia única también. ¡Perdonad, pues, tanta calumnia como las con la que hemos escarnecido vuestra santa memoria, después de haberos destruido... destruido en el grosero mundo físico, pero en el etéreo e invisible, dónde seguís morando como *genios* y donde nuestra buena muerte nos ha permitido visitaros!...

Y luego, dirigiéndose Montalvo a nosotros añadió: —Razón sobrada tiene el profesor Vicente Gay en su *Constitución y vida del pueblo español*, al decirnos que «la Antropología al encontrar perfectamente caracterizada esta raza guanche con ramificaciones, no sólo en las Canarias sino en el Norte de Africa y en la Península Ibérica, se pregunta: —«¿Es esta raza libio-ibera un resto de los terribles atlantes de la tradición?», y se responde: —«En la seriación de las razas de España, descartando de la serie al primitivo tipo de Neanderthal—los lemures—hay que considerar en primer lugar a los atlantes, como restos de una raza euro-africana por todos sus caracteres, raza que ha tenido una distribución geográfica extensa, demostrada por la existencia de los *guanches* de Canarias, los restos fósiles de algunas sepulturas megalíticas de Argel; de las grutas sepulcrales de la edad de piedra en España, Portugal y Sur de Francia, etc. El antropólogo, al describir el tipo llamado de Cro Magnon, que se supone ser el atlante primitivo, señala unos caracteres en los cuales la fuerza y la resistencia son sus notas distintivas; cráneo dolicocefalo y voluminoso, vértice convexo, arcos superciliales abultados, órbitas angulosas, dura consistencia, o sea, estatura elevada, cuerpo robusto... pueblo, en fin, capaz de concebir la audacia que describen los diálogos de Platón, de someter el resto de Europa y de Asia a sus dominios. Es el hombre de arrestos fieros que aparece en las estrofas de Verdaguer, invocando a la fuerza en el templo de Neptuno:

De roques sobre roques son les parets gegantes;  
del temple, hout les Atlantes enrotillan a Neptú,  
parescuts a vells roures y alcines brassejantes,  
que semblan dir al cingle: --Son tan ferranys com tú.

El poeta, con el poder intuitivo propio de la inspiración, los com-

para a fuertes robles, coincidiendo con la descripción que dentro del más estricto terreno científico hace la antropología.» En efecto, alcanzaban a las cabras en sus carreras; saltaban a pies juntos grietas de tres metros y trepaban por sitios inaccesibles con características iguales a la de los aborígenes españoles...

Montalvo interrumpió aquí su frase, porque tanto él como nosotros, nos habíamos quedado sorprendidos ante dos grandes estatuas a los lados de la senda que seguíamos. La una representaba a un gigante guanche, con una bola de oro en la mano, al modo de las estatuillas del Niño-Dios o de San Cristóbal de los templos católicos, o más bien cual aquella estatua canaria de piedra, que según Boccaccio relata (1341) fué enviada al rey Alfonso IV de Portugal, procedente de la isleta del risco de *Tirma*, risco que, como el de *Tamargo*, tenían de antiguo derecho de asilo como los demás lugares sagrados cristianos en la Edad Media.—*¡Tis Tirma! ¡Tis Tamargo!* eran las palabras rituales de juramento del tal derecho de asilo, palabras alusivas, sin duda, a reyes primitivos de este nombre, reyes *Ti* o *It* atlantes, acaso sepultados en el seno o *efeneque* de dichos riscos.

La otra estatua era la de una egregia mujer, que recordaba a las Isis negras egipcias, imágenes que algunas resultan más bellas para los sabios que las de la estatuaria griega que las copiase. Fray Juan de Abreu Galindo (1632), siguiendo las etimologías de su antecesor Fray Alonso de Espinosa (1594), nos habría dicho en efecto, que entrambas estatuas representaban respectivamente a *Huaya-Xiraxi*, u Osiris y a *At-maya-ce-huaya-xiraxi*, o Isis, literalmente «la diosa que es una con el dios Osiris», pues estos son igual que entre los mejicanos, los dos dioses del *Ome-ce-cut-tli* o «el cielo de los dos en uno», ya que los otros nombres de *Hu Cancha* «el Dios Poderoso», de «cancha» mole o roca. *Hu-canech*, *Manü celto* o *Manü-Ceito*, etcétera, son probablemente posteriores, y alguno como el de *Al-Korán*, claramente arábigo. Todo ello, por supuesto, sin contar la interminable lista de nombres indígenas cuya significación dicen los doctos que les resulta totalmente desconocida, pero en la que Montalvo y nosotros no vimos sino nexos etimológicos con conceptos orientales y ocultistas que nos eran harto conocidos por Asturias, tales como los derivados de la raíz sánscrita *Ar*, el fuego solar o Ra, el Cordero sagrado ario o bien de *Ar-ga*, la deidad femenina lunar, en *Argama*, *Arguayo*, *Arguayoda*, *Arguineguin*, *Arico*, *Aripe*, *Ari-naga*, *Ariñez*, *Arona*, *Arecida*, *Arecife*, *Araya*, *Arafo*, *Arona*, *Artedara*, *Artejevez*, *Artenara*, *Arucas*, *Arure*, *Argual*, *Archifira*...; los de *Gerión Jini-Jina* y *Jinamar* en Gran Canaria, que recuerdan al Gerión hispánico y a nuestros consabidos jinas; los mil nombres isia-

cos, como el de *Yosora* de Valverde en la isla de Hierro y de Guía en Tenerife, y, en fin los derivados de la palabra sánskrita *tamas*, «tinieblas», «occidente» etc., tales como *Tamaide*, *Tamachuste*, *Tamarino*, *Tamanca*, *Tamaraceite* y *Tamaretilla* en el archipiélago canario, concordados en el frontero continente africano, nada menos que con los de la siguiente lista, que aún se podía seguramente aumentar, a saber: *Tamaide*, *Tamaduste*, *Tamaimo*, *Tamanca*, *Tamaraceite*, *Tamara*, *Tamase*, *Tamarsit*, *Tamagrut*, *Tamnugalt*, *Tamkasselt*, *Tamaretilla*, *Tamdjurt*, *Tamesluhat*, *Tamedint*, *Tamelelt*, *Tamailt*, *Tamarrakecht*, *Tamedraret*, *Tameskaret*, *Tamakucht*, *Tamdakt*, *Tamtetuch*, *Tamaruft*, *Tamessult*, *Tamrakt*, *Tamait*, *Tamansift*, *Tamanart*, *Tamedint*, *Tanzarart*, *Tamalikt*, *Tamsakt*, *Tamsur* y sus similares de *Timekkit*, *Timekzatin*, *Timcha*, *Temdauzquez*, *Timassinin*, *Timekkit*, *Timshisht*, *Temenes*, *Temlet*, *Timisha*, *Timedgahs*, *Timkert*, *Temessuin*, *Timzurin*, etc., denominaciones geográficas, exclusivamente bereberes, se dan con mayor profusión a todo lo largo del Gran Atlas y en la región meridional de Marruecos, cercana a la costa atlántica, conocida por el Sur. También existen algunas designaciones en el Rif, aunque en mucha menor proporción.

—Tamañas coincidencias no deben extrañar—continuó—por cuanto, como dice A. Snider en *La creation et ses mystères dévoilées*, hay guanches en América, como en África y en España. *Guanacho*, hoy *Guanuco* es, en efecto, un territorio poco conocido, a 45 leguas al noroeste de Lima y que cuenta con 25.000 habitantes y otros 40.000 indios tributarios, aparte de que, al tenor del «Mapa de las fracturas y alineaciones montañosas del noroeste de África y de las Canarias», página 17 de la citada obra de Pacheco, las cinco líneas de Madera-Porto Santo-Barranco del Seino; Palma-islas Salvajes-Barranco de Dacia; Hierro-Gomera Tenerife; Gran Canarias-Fuerteventura-Lanzarote-Isletas-Banco de la Concepción y las cinco fallas de la meseta del Tiris del itinerario de Quiroga en Río de Oro, no son sino prolongaciones terrestres, marítimas y submarinas del Atlas, cordillera que era para la orografía atlante lo que la Meseta de Pamir y los macizos centrales asiáticos puedan serlo para la del viejo continente ario o actual.

—Sea de esto lo que quiera—añadió el doctor, siguiendo su relato interesantísimo, hecho casi exclusivamente en honor mío aunque en provecho de todos y aun del mundo científico que ahora lo lea en estas páginas—, es lo cierto que, mientras Montalvo y yo nos hacíamos estas consideraciones, el agradecido caudillo guanchitinerfe nos condujo al fin a una gran explanada circular o hermosa terraza frontera a una cripta cuya bocana se abría más lejos y en la que

aparecían sentados hasta cantidad de trece maravillosos ancianos o Faicanes de luengas barbas blancas, muy semejantes al Maestro de Peinado que viéramos en el «célebre Huerto de Getsemani» de Alajar, los cuales, así que llegamos, se alzaron majestuosos de sus asientos de piedra y, de un modo tan solemne como cariñoso, nos fueron dando triples abrazos fraternales de bienvenida. El más venerable de los trece, con ademán regio y palabra todo sabiduría, nos dijo después:

—¡Hijos míos queridos!... Yo os abrazo y os acojo en este nuestro *Tagoror*, o Agora griega sagrada, que vosotros diríais, para corresponder agradecido a los respetos que habéis guardado a uno de los nuestros, al desgraciado príncipe Antas el de las Islas Negras, nuestro hermano, nuestro ex soberano en esta atlante Asamblea, de la que el Tribunal de la Rota Romana nó es sino una lamentable caricatura, en su institución como en sus prácticas. Reunidos estamos en tribunal, cual se reunían también aquellos nuestros semejantes, los heroicos compañeros de aquel virtuoso Nestor, rey de Pylos, que sentado cierta mañana a la puerta de su palacio tuvo la dicha de recibir en sus brazos a Ulises, el héroe troyano, según canta Homero en el libro tercero de la *Odisea*. Porque habéis de saber que yo soy el propio rey *Taoro-Taurus* o *Tau-orus*, el *mencey* de Bencomo, soberano de todo el territorio canario que domina el misterioso *Echeide*, al que el mundo profano llama volcán de Tenerife...

Los tres, al oír aquello, nos prosternamos ante el *Inca*, o Sacerdote-Rey Taoro, con muestras de profundísimo respeto, pero él, alzándonos bondadosamente, añadió:

—Vosotros, aunque no lo sepáis bien, sois también de los nuestros, porque ¿quién sino vosotros, los protegidos de *Magec* o *Magic*, el Sol, habríais podido llegar hasta aquí conducidos por nuestro sagrado *Cisne*? ¿Quién sino vosotros podía presentárenos, «cual tenues nubecillas sobre el mar»? Nosotros también nos aparecemos así, de tarde en tarde, a los mortales de las islas, quienes, con intuición aun viviente bajo la capa de las más groseras supersticiones cristiano-científicas, nos llaman «los espíritus de sus antepasados gloriosos», cuando gritan «¡Almene Coran!», impretrando la lluvia; cuando pretenden inquirir el misterio de la muralla azeca de entre Mayorata y Gandía; el de las viejas juntas nuestras, tanto en los Tamogantes o templos del barranco de Belmaco en la Palma que viera en 1752 Domingo Vandevale, cuanto en el del Tagora de las explanadas de Gáldar de la Gran Canaria, y en el de las vertientes tinerfeñas de Anaga, Granadillo y San Miguel, de las chozas de Agulo en Gomera, como han entrevisto apenas Espinosa y Viana en sus pobres *Historias*, Pedro de Oliva en su *Diccionario estadístico*, y

otros muchos escritores... Venid, puès, para que seáis ungidos como guanches de pura raza, como *althos* o sacerdotes de este nuestro regio *efeneque*, aunque ignorantes pensadores profanos pudiesen creer, si os vieran, que ibais a ser nuevos Tibiabines, Tamonantes o Tibicenás, es decir, hechiceros maléficos capaces de atormentar a las almas en forma de perros, grajos y cochinos *guayotes*, *coyotes* y *aranfaybos* que diría Abreu Galindo en el siglo XVII.

Y dejando a uno de su comitiva el cetro de marfil—no de hueso como dice Vians—, que los emperadores de Tegueste usaban en el tribunal *Aura-ta-pala* o Suprema Asamblea de aquella atlante federación, extrajo de su escarcela de semillas raras, pendiente de su *tamazco*, una buida piedad *tabona*, con la que nos fué haciendo a todos, sucesivamente en las muñecas, una ínfima incisión como de lanceta, y después de hacerse otra él mismo, recibió sangre de todos en un *gañigo* o escudilla de barro vidriado, mientras pronunciaba en voz baja *mantrams*, invocando al gran *Tibiabin*. Sacó en seguida de la escarcela un extraño sello, o *pintadera*, y mojándola en aquella sangre mezclada con no sé qué clases de jugo de rojo drago y esencias aromáticas, nos selló o tatuó con ella la frente, el lado del corazón y la palma de entrambas manos. Luego hizo traer tres vistosísimas mitras *guapiles* de plumas de los cinco colores sagrados, con las que resultamos verdaderamente *guapos*; nos colgó al cuello varias sartas de cuentas de barro, verdaderas fusaiolas como las de los megalitos de Aveyron, y que, según Bello y Espinosa, eran verdaderos quipos, como los de los mayas e incas; llamando a una gentil hueste de *Maguas* o *Marimaguadas*—danzarinas sagradas, religiosas y castas vestales, que salieron del *efeneque* tocando flautas de bambú y panderos cuadrados de drago forrados de pieles, como los antiguos astures—, nos bautizaron con agua *llovida* de las hojas del Pino Santo del Garoé, nos calzaron sendos y lujosos *maxos* o sandalias bordadas de oro y piedras preciosas, y nos pusieron a cada uno en la diestra *piedras de la luna llena* o «talismanes de Galdar», que diría Maffiotte, y en la siniestra ramos de *diktamnon* o *dictamnus*, el arbusto siempre verde, la planta mágica consagrada a la diosa *Diktyнна*, que es Diana, Astarté, Isis o la Luna, «cuyas propiedades *esculápicas* son sedantes, según enseña la Maestra Blavatsky, y cuyo contacto, al paso que provoca el sonambulismo, le cura en definitiva, por lo que el que crecía en el monte de Dicte en Creta—igual que en el de Doramas o *Ditura-anas* canario, y el del adoratorio de Almogaren de Humiaga en el risco de *Tira-jana*—, daba también a las parturientas». Con esto, con vestimos lujosísimas hopalandas multicolores de palma, lana y pluma; con hacernos aspirar unas inhalaciones de plantas aromáticas de la isla y de otras espa-



ñolas como la *vetonia*, que nos produjeron un bienestar indescriptible, y con frotarnos unos con otros las narices, en señal de la alianza, se formó, entre cánticos como muñeiras galaicas y sones de gaitas y panderos, una solemne procesión, en la que, primero el gran Faicán y después los otros doce, nosotros tres y una ilustre hueste de guerreros salidos no sé de dónde, fuimos penetrando en la cripta del *efeneque* entre doble fila de hermosísimas vestales. A las cadencias de aquellas armonías que tanto tenían de himno védico primitivo como de jeremiaco *treno* semita, los faicanes cantaban a guisa de *mantram* los nombres gloriosos de sus egregios antepasados: ¡*Tinerfe el Magno, Bentenoya, Imobach, Bencomo, Tinguaro, Acaimo, Atguajona, Anaterve, Atjona, Atbitocazpe, Caconaimo, Pelinor, Romen, Chincanairo, Ruimen, Pelicar, Acaimo II, Tegueste I, Beneharo I, Tegueste II, Beneharo II, Acuabuco, Zebensui!*, mientras que las *Marimaguadas* o *Hari-maguadas* cantaban, en su lengua, aquellos versos de Zampa, que, traducidos, dicen:

«Yo soy la fatalidad:  
quizá en los mares mi aliento  
hace embravecer al viento;  
rugir a la tempestad.  
Quizá mi paso en la tierra  
hace incendiarse al volcán,  
y quizá conmigo van  
roncos clarines de guerra...»

A medida que penetrábamos en el *efeneque* me iba dando cuenta de la ceguedad de los arqueólogos al estudiarlos en ruinas como las de Fuerteventura, las de Belmaco y otras, idénticas, según Verneau, a las descubiertas por Rivière en el célebre *Lago de las Maravillas*, porque ellos han cerrado los ojos a la evidencia de que la planta de aquéllas es ¡perfectamente jeroglífica!, quiero decir que sus cámaras son una integración de los cuatro simbolismos clásicos del Sol, la Luna, Venus y la Tierra. En efecto, si bien unos *efeneques* son como ciertos hipogeos extremeños circulares o «en fondo de saco», aquella cripta y las de Fuerteventura, tenían una gran cámara central y circular representando al Sol, a la que se entraba indistintamente por dos *tagorores*, como el que habíamos visto y contrapuestos diametralmente. De ellos se pasaba a la cámara central por sendas galerías rectas, que a su mitad exacta presentaban una encrucijada, con lo cual la planta de los dos *tagorores* con estas cruciformes galerías, no eran sino los contrapuestos símbolos de Venus y de la Tierra, representados astrológica y respectivamente con sendos círculos, el uno, con «la cruz del sexo» debajo, o sea do-

minando a éste, y el otro, con la cruz encima, o sea sonetido a él. Todo al tenor del croquis que me fué permitido tomar y que aquí os presento.

Diciendo lo cual, el doctor, me mostró en efecto un croquis, muy notable y en donde, amén de los tres simbolismos dichos, las dos galerías circulares de derecha e izquierda, representaban, en fin, el creciente y el menguante de la luna o, ambas juntas, a la Luna misma.

—No cabía, pues, duda—continuó el doctor—de que nos encontrábamos de nuevo ante los mismos templos o criptas iniciáticas que habíamos visto en Gades y en Kalia Shekelmesha, aunque variase aparentemente la disposición, y ello no tenía nada de extraño, a bien decir, como no tiene nada de extraño el que las plantas de todos los templos cristianos se parezcan entre sí al presentar forma de cruz, es decir, de *nave* con crucero calcídico añadido, o sea de la primitiva *nave* o *arca*, símbolo de la Luna, que afectan esos hipogeos de Menorca y de otras partes, llamados *antas* y *navetas*, que en sus orígenes no fueron sino las naves en que vinieron de Oriente los primeros navegantes heteos, naves que, baradas en la arena, sirvieron de refugio, y luego, al podrirse, fueron reforzadas y sustituidas por *lajas*, hasta hacer un dolmen.

—Por otra parte—añadió el doctor—, todo el ámbito de la cripta central estaba lleno de esos «*letreros*» que diría el cura Aquilino Padrón, tan admirado por Sabin Berthelot en sus *Antiquités canariennes*. Algunos de ellos relativos a los reyes Jarigus y Jarehagua, como los que en Laponia viera Maupertuis. Verdaderas *tarjas* o *taras* mágicas, como tantas otras de la riquísima toponimia mundial de la *Tara*, mágica capital de la Irlanda de los Tuatha de Danand, en aquellas inscripciones, para mi ininteligibles, había, según me dijo el anciano, consejos verdaderamente zoroastrianos, como aquel de que «conviene tener amigos aun en el infierno mismo», y también oraciones-ensalmos curativos perfectamente idénticos a los célebres del Vendidad. La influencia púnica posterior, superpuesta a los restos aborígenes atlantes de las islas, estaba representada también, como en la *Cueva de los Palos*, por rasgos púnicos semejantes a los de las monedas de Iliberis y a la inscripción de Obulco: el *men*, el *pe*, el *tau*, el *caph*, turdetano-sirico o ibero-púnico que se ve en monedas peninsulares, según enseña Manuel de Ossuna al estudiar la inscripción de Anaga, en esa cordillera nórdica que era la única verdadera isla de Tenerife, antes de que se alzase del fondo del mar hasta 3.707 metros que hoy tiene, el poderoso volcán del Teide, que ha adosado a aquélla la mayor parte de la masa actual de la isla.

—¡Esto es asombroso!—interrumpí entusiasmado, y añadí—.

Luego entonces tenía razón aquel famoso *gnomo* que en mi viaje con don Antonín de Miranda y Sol a los *Lagos de Somiedo* astures, me decía que todas las cuevas conocidas y por conocer forman una vasta e ininterrumpida red que abarca por entero al planeta, constituyendo el *Orcus* de los clásicos, el *Limbo* de los cristianos, *el otro mundo*, en fin, donde vivimos después de muertos...

—Y quién puede dudarlo, máxime si hubiese pasado por las experiencias nuestras—respondió Montalvo—. Por lo que a Canarias afecta, ya en el siglo diez y siete se hablaba de más de veinte cuevas en Tenerife, con los cuerpos de sus reyes y otras personas notables, cuyo lugar, según Benítez, era un misterio para la mayoría del pueblo guanche y sigue siéndolo para la ciencia. Don Manuel de Osuna y Van-den-Heede en su notable opúsculo *Impresiones de viajes o investigaciones científicas* (Santa Cruz de Tenerife, 1912), habla de la cueva que, con permiso de los descendientes de aquella nación, visitó en el territorio de Güimar en 1652 un señor médico y comerciante que residía en Tenerife, asunto que también trató Viera y Clavijo (en el tomo I, pág. 179 de sus *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias*) donde dice que, a juzgar por los grabados que desde 1667 hasta nuestros días le han dado a conocer, no es la del barranco de Herque. Según le informó don Antonio González Guanche, vecino del Palmar, existe una gruta cerca del camino inmediato a la Cruz de Tea, al occidente de la isla, que aun no ha podido ser examinada. Como estas, repetimos, hay muchas en Tenerife. Y en cuanto a las demás islas, en Gran Canaria, desde que se sale de las Palmas hacia el interior se ofrecen a la vista del viajero innumerables cavernas entre las cuales las de Báez y Vir tienen verdadera importancia paleontológica.

«No faltan tampoco, dice Viera en su Diccionario, muy bellas grutas naturales, como la del lugar de Agaete, llenas de estalactitas, pero las cuevas artificiales son aún más numerosas. Ya había dicho en las Noticias que los canarios solían edificar dos o tres casas contiguas dando preferencia a las grutas, especialmente desde que los mallorquines les enseñaron el modo de darlas más capacidad añadiéndolas aquellos aposentos que Abreu Galindo miraba con placer. Por los años de 1822, leemos en un empolvado manuscrito, yendo un cazador de Gáldar, en Canaria, persiguiendo un conejo, descubrió una cueva, cuya entrada aparecía haber sido cerrada por dentro por la igualdad que guardaban las piedras que componían la pared, que, mirada por la parte afuera, aparecía como un majano formado por la casualidad. En ella se encontraron algunos restos muy diminutos de los tamarcos, armas, utensilios y como 58 cadáveres, que fueron enviados a la Sociedad Geográfica de Bruselas, por don

Manuel de Quesadas». Este mismo señor descubrió en Gáldar una cueva con pinturas de colores, volviéndola a enterrar en seguida. Millares y Chil han descrito las cuevas de la Montaña Bermeja o de las cuatro puertas (Telde) llamada *Umiaya* por los indígenas.

—En Fuerteventura, en fin—terminó Montalvo, glosando siempre a la obra de Benítez—son muy nombradas las de Maninubre en la Antigua y San Diego de Alcalá. «El romancero de Lanzarote llama *jameos* a estos hundimientos o *cuevas*, tales como la caverna de Guimar, descrita por el *prebendado Pacheco* (don Antonio Pereyra Pacheco) que sabía mucho más de estas cosas que muchos que creen que las saben y las ignoran; otro *jameo* como el de Lanzarote, es la cueva de los Verdes, que tiene más de tres kilómetros, y donde se refugiaron los naturales huyendo de los moros, y la de *los Naturalistas* (Pacheco), de unos 700 metros, en la montaña de Sobaco. En cuanto a las simas, os recordaré las del camino de San Andrés a Igueste; la de *Jinámar* (Gran Canaria), en la que se descuelgan hasta cierta profundidad los cazadores para coger palomas. Se cuenta de cierto sacerdote que mientras pretendía con cien ojos sondar la sima, se le voló la *teja*, la que a las pocas horas se vió surgir por la *Mar fea*. Por último, y aunque sin pretensión de recordarlas todas, aún puedo citaros la perforación de dos kilómetros, llamada *Túnel de Tejeda* (Cedeño) para conducir el agua a los campos de Vegas, Vegueta y Triana, en las Palmas; las cuevas de Asteheyta, en Tacuyunta, donde, en forma de *coyote mexicano*, salía el perverso Aranfaybo a hacer daño por el mundo; la célebre cueva de *Tenegita* y otras de los barrancos de Valverde (Hierro); la de la *Pólvora*, que necesita más de media hora para ser recorrida a buen paso (Navarro); la de *Lázaro*, en la montaña de los Reyes (Hierro); las de *Niquitomo* y *Belmaco* (Palma), ésta con dos lápidas de indescifrables caracteres de un dedo de ancho; la del *Sobrado* de Hermigua; la de *Chenerapín* de Agulo o *Cueva Encantada*, sin fondo; la *Cueva honda* de Santiago de Alajeró y la del Conde, todas en Gomera. Muchas otras en los escarpados ribazos que separan la playa de San Andrés de la de Igueste, en las que se exhumaron hace siete lustros los mayores esqueletos humanos que se han encontrado en Tenerife.

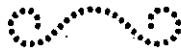
—Todas estas cuevas—continuó Montalvo—no son sino preciosos monumentos, avalorados por restos de todas clases. En el territorio de Guimar, por ejemplo, se encontraron momias en sus fétros de madera. «La duración de sus cadáveres o *xaxos*, dice Viera en su Historia, es tan asombrosa, que todavía se encuentran incorruptos en las grutas de Tenerife. Al tiempo que se escriben estas noticias (1770) se acaba de descubrir un panteón excelente. La cueva, aunque de entrada sumamente difícil, es alta en lo interior y capaz,

con nichos abiertos en la peña. Está en un cerro muy escarpado del barranco de Herque, entre Arico y Güimar (pueblo de Fasnía y pago del Escobonal) en Abona, y tan llena de momias, que no se contaron menos de mil.» «El Prebendado Pacheco», en el valle de Güimar, cerca del N. S. del Socorro, visitó en 1841 la cueva de la Arena, a tres metros de profundidad, y que es bastante oscura.

Tenemos, en fin, la cueva del Realejo bajo, visitada por Sabin Berthelot y por Maffiotte, llena de estalactitas; la de Icod, visitada por el poeta Cristóbal Alonso en 1776, que recorrió por ella tres kilómetros, cueva enlazada con la de San Marcos y que ofreció innumerables osamentas de guanchos y polvo hasta las rodillas, habiéndose cantado de ellas aquello de:

«Dudoso el paso, lóbregos sus huecos,  
catástrofe infeliz de huesos secos;  
oscuro caos, tártaro profundo,  
caverna oscura del tremendo mundo.»

Porque cuevas tales, como las del Hielo y la del Salitre, a 2.350 metros sobre el nivel del mar, en los Rastrojos, tienen fama de ser interminables; como partes de esa inacabable red de que nos habla nuestro cronista, y que abarca entre su insondable red a toda la corteza de nuestro planeta.



---

---

## CAPÍTULO XIX

### La "Non Trubada,, isla de San Balandrán.

*El ágape del efeneque.—La fiesta del Achu.—Momias de pura raza de Güimar.—«Mirlados», en macabra guardia de honor.—El gran Faicán nos lleva a bordo de una champana.—Valle-hermoso de Gomera y los pinos que dan agua.—El geógrafo nubio Mohamed el Edrisi.—Cerros con estatuas.—Los ocho maghrurinos de Lisboa.—La leyenda de Safi.—Legname, Raka, Djaburgá y las seis islas de Sayli.—Aventuras de San Brandán y San Maclovio en demanda de la Isla de las Delicias.—Islas Apropósito, San Patricio, Los Carneros, Los Pájaros, La Ballena, El Infierno, La Rocallosa, la de Los Hombres Fuertes y la de Los Santos.—El Amadis de Gaula y la «Isla Non Trubada o Encubierta».—Una provisión de la Audiencia de Canarias.—Testimonios de Pedro Vello, Marcos Verde, Núñez de la Peña, Abreu Galindo, Roberto de Rivas y Fray Juan Manrique.—La creencia de don Juan de Mur, gobernador de Arichoa, acerca de múltiples islas misteriosas esparcidas por todos los mares del mundo.—El franciscano de Alaxeró.—La Isla y la vieja cartografía.—El acta notarial de Bartolomé del Castillo, levantada con la «Non Trubada» a la vista.—El Faicán da noticias de mi pobre persona.*

—Las escenas que nos acaecieron allí, en el interior del *efeneque* guanche, requerirían larga explicación—continuó diciéndome el doctor—; Cotta, con su don narrador y su imaginación exuberante, os las detallará más despacio otro día. Básteme, pues, decirle hoy que aquello fué toda una ópera de gran espectáculo, como *El Parsifal* o *El Anillo del Nibelungo*, capaz de poner a prueba los talentos de un Wagner futuro. Allí se cantaron himnos primitivos atlantes, con marcado sabor de vascos zortzicos; allí se bailaron por las *Hari-*

*maguadas* y los guerreros de Güimar las danzas sagradas de *Maninidra*, que eran todo un curso de mecánica celeste-coreográfica; allí se celebró, por los reunidos, un ágape sacrosanto en cálices y vajilla de oro macizo, con el auténtico *maná* mosaico, semejante a nieve o a espuma, y con licor como el *licor del Soma* hindú, que restauraron nuestras fuerzas, transformándonos en verdaderos dioses, y haciéndonos compadecer a griegos y romanos cuando en las epopeyas vemos celebrar otros ágapes más prosaicos y groseros a los propios héroes de Troya. Allí, en fin, se celebró la misteriosa fiesta del *Achu*, es decir, de la *Palabra simbólica*, raíz, entre otras, de *Achimaya* (la madre); *Achicuca* (el hijo); *Acha-huracán* (el Dios Grande); *Acha-huaban*, *Achguayaxiraxi*, *Achguarargeran*, *Achaxucanac*, *Achicanac*, *Achamayec*, *Achaman*, *Achcoran* (variaciones astrológicas del mismo); *Achiciguiso* (el caballero); *Achinasca* (el plebeyo), y muchos otros.

Luego, con asombro nuestro, el anciano nos llevó a solas, a lo largo de una inacabable galería, a cuyos costados aparecían seriadados en macabra guardia de honor hasta un millar de momias, como la de la *Caverna de los Pilares*, o como la de México. Pasar por entre tales seres que no estaban, por decirlo así, ni muertos ni vivos, sino *mirlados*, según la gráfica expresión aborigen, ponía pavor en el ánimo más esforzado, y nosotros no podíamos menos de preguntarnos, con los sabios, cuál sería el egipcio procedimiento de que se valieran aquellos guanches de la pura raza de Güimar, que aún continuaron sus prácticas, según Benítez, hasta bien entrado el siglo XVII, prácticas de indefinida conservación, que también empleaban con las maderas y con otras substancias de su uso.

Fray José de Sosa, en efecto, refiriéndose a las maderas perpetuas e incorruptibles de una casa de Gáldar, dice que los canarios «las labraban y pulían con pedernales que ponían en cuernos gruesos, a manera de azuelas, y todo a fuerza de brazos, cosa que parece increíble según se hallaron. Aun hasta hoy se ven algunos palos labrados tan a regla y compás, que su igualdad y parejo causa notable admiración, como me sucedió a mí el año 1675, que estando en dicha villa de *Gáldar*, en misión, fui a ver una casa canaria que hasta hoy por vía de estado se conserva cerca de la iglesia parroquial de Santiago, y reparando en lo pulido y labrado de sus maderos y en el ajuste de sus tablones y vigas, quedé fuera de mí casi, considerando su curiosidad y primor con tanta neutralidad, que es cierto si no hallara evidencias tan matemáticas y claras por algunos escritos muy antiguos que he leído que en esta afortunada isla hasta su conquista no hubo herramienta, si no los viera labrar no lo creyera.»

—Por último—dijo el doctor—el anciano nos condujo, descendiendo siempre a través de infinitas galerías atiborradas de oro en barras, en alhajas y en monedas antiguas y modernas, hasta un punto en que ya la comunicación quedaba cortada por las aguas. Allí, no sin múltiples pruebas de cariño verdadero, se despidió de nosotros con un extraño «¡Hasta luego!» y nos hizo subir a bordo de un *champan* o balsa de sesenta por veinte pies, idéntica a las usadas en los ríos por los indígenas americanos del tiempo de la conquista, balsas que en China y aun en Japón afectan la misma forma y tienen idéntico nombre. Un hombrecillo albino, con nariz de pico de ibis, como los que se ven en *Funchal*, nos recibió silencioso en la nave aquella y bien pronto aparecimos en una hermosa playa, a tiempo que amanecía. Era el *Valle-hermoso*, de Gomera, lleno como el otro de Valverde, en la isla de Hierro, de pinos maravillosos: *pinos de Julán*, *pinos santos*, cual el de Andane, en la Palma; *Arboles de Garoé*, laureles, en fin, como el *Mespilodaphne moschata*, o falsa nuez moscada de las Antillas, y el *tamiacspi* de los Andes peruanos, cuyas hojas tienen el don, como es sabido, de condensar la humedad atmosférica en grandes cantidades, calculándose el de Garoé (Bello y Espinosa, en su *Jardín canario*) veinte botas de agua por día, es decir, unos trescientos mil litros de agua por un bosque de un kilómetro cuadrado de superficie.

—Pero falta lo mejor y más grave de mi relato—siguió el doctor diciendo—. Es a saber, que en medio de la fiesta, del efeneque, el venerable anciano me había hablado aparte de mis compañeros Cotta y Montalvo, narrándome las cosas más estupendas que darse pueden. Figuraos que a bocajarro me dijo lo siguiente, rompiéndome todo el hilo de la narración.

—Antes de maravillaros con las relaciones que voy a haceros, debo preparar vuestras dormidas mentes con textos de vuestros propios libros de historia *física*, empezando por el más grande de los geógrafos arábigo-españoles.

Y añadió:

—«El geógrafo de Nubia, el noble y sabio Mohamed el Edrisi— escribe el Dr. Chil, tomándolo de la traducción del árabe al francés de P. Amédéc Jaubert, nombrado por todos—, acabó en el año 548 de la Egira (1154) su tratado de Geografía. Es por el supuesto este personaje el mismo Ben Edrisi o Sharif-al-Edrisi a que se refiere Viera Clavijo copiándolo del extracto de cierta Memoria acerca de las antiguas navegaciones de los chinos a América, por Guignes. Entre las curiosidades que contiene, digo, aquel libro, se cuentan dos islas Afortunadas, en cada una de las cuales existe un cerro de piedras de cien codos de altura y con una estatua de bronce. Una de



dichas islas es la de Celhan, cuyos habitantes, aunque de especie humana, tienen cabeza de bestia, y la otra es la de los dos hermanos magos Cherham y Cheran—Viera escribe *Sciarrahan* y *Sciarram*—magos, quienes, en castigo de sus piraterías, fueron transformados en dos promontorios sobre el mar. Habla también el Edrisi de la isla de los Carneros, por los animales de este género que produce y cuyas carnes son amargas, y asimismo menciona a la isla de los Pájaros, donde se ven unos como águilas, rojos y armados de uñas, que se alimentan de peces y jamás emigran, amén de otras curiosidades más o menos fabulosas. Háblase también en dicho libro de ocho maghrurinos, que, habiendo salido de Lisboa antes de 1147 en que los moros fueron expulsados de aquella ciudad, a los once días llegaron a un mar cuyas aguas exhalaban un olor fétido y encubrían muchos bajos. Corriendo hacia el Sur, a los doce días encontraron la isla de los Carneros y otros doce después, al aproximarse a una isla que parecía habitada y cultivada, fueron abordados por buques, hechos prisioneros y llevados a una ciudad marítima, en una de cuyas casas vieron hombres de elevada estatura, color rojizo y atezado, cabellos largos, y mujeres de singular belleza. Enterado el rey de aquella isla del objeto de la expedición, se echó a reír y dijo al intérprete: —Refiere a estos extranjeros cómo mi padre dió orden para que algunos vasallos suyos saliesen al mar, los cuales, después de navegar una luna entera, conocieron al irles faltando la luz del día, que la empresa era inútil—. Les añadió que confiasen en su generosidad y embarcándolos en una chalupa, al cabo de tres días de navegación, los dejaron en las playas africanas, atadas las manos a las espaldas. Al fin, los descubrieron ciertos bereberes, uno de los cuales les dijo: «—Entre el lugar en que os encontráis y vuestra patria, hay dos meses de camino. El más respetable de los maghrurinos decía sin cesar: —«*Wasafá!*—que significa ¡ay!, y desde entonces se llamó aquel puerto de Marruecos *Asafi* o *Saft*.» Por su parte, D’Avezac dice: «que la isla *Legname* o de los Carneros, literalmente es la de *Madera*, en la que ahora nos encontramos; la de *Raka* o de los Pájaros, es Porto Santo y la de los hermanos hechiceros, Lanzarote, ya que las islas Afortunadas fueron llamadas *Karthianis* por los griegos. En fin, el gran Abu Obeidah el Rekri, dice en su *Libro de los viajes y de los reinos*. «El geógrafo Dimashqui, que falleció en 1327, habla de las *Islas eternas*, una de las cuales se llama *Afortunada* y la otra *Djaburgá*, donde hay un castillo de oro, y también de las seis islas de *Saylí*, notables por sus jacintos y otras joyas, como por la hermosura de sus mujeres y su abundancia en toda clase de bienes, y donde, como en las otras islas, hay estatuas espantosas, modeladas en piedra, quienes, con la mano extendida, advierten al navegante que no debe

proseguir por aquellos mares. Ibn-Tathima, en fin, se ocupa también de dichas islas.»

El gran Faicán hizo una pausa y luego continuó: —«Las relaciones del viaje de San Brandán y San Maclovio por el Océano— dice Ramírez—, más que historia propiamente dicha cabe en los libros de caballería. Sin embargo, así como la Odisea, es la navegación fénico-helénica exornada con las galas de la poesía, las tales relaciones pudieron referirse a algo verdadero, obscurecido por las tenebrosidades de la leyenda. Fr. Alonso de Espinosa y don Juan Núñez de la Peña, tradujeron del Martirologio de la Orden de San Agustín las siguientes palabras: «En las islas afortunadas estuvo Blandano, varón de gran abstinencia, natural de Escocia y pastor de tres mil monjes, por espacio de siete años con el bienaventurado Maclovio, el cual resucitó un gigante muerto, quien bautizado luego, refería las penas que judíos y paganos padecen en el infierno». A continuación traduce Marín y Cubas, que la isla Ima, que entre las Fortunadas es la que cae más hacia Bretaña según insinúan los Anales de Inglaterra, es la isla *Apropósito*, que tuvo por patrón a San Brandao (y, corrupto el nombre, San Borondón), es la isla de Palma; pero de la *Non Trubada*, como la llamaban los navegantes portugueses, hablaremos a su tiempo.» «El Dr. Chil, por su parte, traslada a sus *Estudios* la compilación que Mr. D'Avezac dejó escrita acerca de la peregrinación por el Atlántico del benedictino San Brandán, fundador del monasterio de Cluainfert y que murió el 16 de Mayo de 578. De esta compilación tomamos los siguientes retazos, sigue diciendo Ramírez:

«Cuando el monje Barinto volvía de recorrer el Océano, parece que dijo a Brandán que más allá del *Monte de piedra* estaba la *Isla de las Delicias*, adonde se había retirado su discípulo Mernoc con muchos religiosos de su orden, y que más lejos todavía, hacia Occidente, y rebasada una capa de neblina, brillaba con eterna luz otra isla que era la *Tierra prometida de los Santos*.

Deseoso Brandán con el más piadoso deseo de visitar estos lugares y, penetrado de santo celo, se embarcó a tal efecto en un buque de mimbre, revestido de pieles curtidas y embetunadas, y con él diecisiete religiosos, entre los que se contaba el todavía joven San Malo, uno de sus más ilustres discípulos.

Navegando hacia el trópico, hicieron escala en una isla, si bien escarpada, hospitalaria. Arribaron a otra, rica en animales de la tierra y en peces de agua dulce, y a otra sin playas, arenas, ni ribazos, donde determinaron celebrar la Pascua, y que era juna ballena! Siguiéron adelante; permanecieron hasta Pentecostés en el *Paraiso de los pájaros*, donde la abundancia de hojas y de flores alegraban la

vista, y los pintados pajarillos el oído. Erraron muchos meses por el Océano y, en otra isla, habitada por cenobitas que tenían por patronos a San Patricio y a San Ailbeo, estuvieron desde Pascua de Navidad hasta después de la octava de la Epifanía. Emplearon en estas peregrinaciones un año, y en los seis meses siguientes se encontraron siempre por la Pascua en la isla de San Patricio y San Ailbeo, por Semana Santa en la de los Carneros, por Resurrección en el lomo de la Ballena y por Pentecostés en la isla de los Pájaros. Aún no habían arribado a la *Isla de las Delicias*, desde donde Mernoc había llevado a Barinto a la Tierra prometida.»



Una de las mil peñas mágicas oscilantes para las comunicaciones entre centros lejanos de Ocultismo.

Las extrañas aventuras prosiguen con los más curiosos acaecimientos.

«En el séptimo año lucharon nuestros héroes sucesivamente con una ballena, con un grifo y con los cíclopes. Vieron otras islas y una muy llana que producía grandes frutas rojas, habitada por una población que se titulaba de los *Hombres fuertes*, y otra embalsamada por el olor de unos racimos que doblaban los árboles que los producían. Volvieron a celebrar la Pascua al lugar acostumbrado, navegando después hacia el Norte, evitaron la terrible isla *Rocallosa*, páramo donde los cíclopes tenían sus fraguas. Al otro día vieron una elevada montaña que arrojaba llamas y era la *Isla del Infierno*. Sin duda, que no era semejante lugar el que buscaban San Brandán y

consortes, por lo que, mirando hacia el Sur, desembarcaron en una isla pequeña y redonda, desprovista de vegetación, en cuya cumbre habitaba un ermitaño, quien les colmó de bendiciones. Celebraron la Semana Santa, Pascua de Resurrección y de Pentecostés, donde ya era costumbre inveterada el hacerlo, y saliendo de aquel círculo vicioso atravesaron la zona de obscuridad que circunda a la Isla de los Santos, la cual se les apareció cubierta de piedras preciosas y de frutas como en otoño, e iluminada por un día perpetuo.

Anduvieron, en fin, por la isla cuarenta días sin encontrarla término, y en un río que la atravesaba les dijo un ángel que no podían pasar adelante y que se volvieran por donde habían ido. Repasaron, en consecuencia, las tinieblas, descansaron tres días en la *Isla de las Delicias*, y, previa la bendición del abad de aquel Monasterio, volvieron directamente a Irlanda, sin poderse dar cabal cuenta de lo que les había acaecido.»

—Estos relatos provienen de Sigeberto de Gemblours y de Surio el cartujo—continuó el doctor—, y se podrían encontrar por docenas otros tales, tanto en *Las mil y una noches* cuanto en la riquísima e incomprendida literatura simbólica y antigua que conocemos a través de los llamados *Libros de Caballería*, que no parecen sino que tienen ocultos y velados, tras sus inverosímiles relatos, las más remotas leyendas atlantes conservadas por la tradición de los bardos nórdicos y llegadas así a nosotros mediante dichos libros del medioevo. Uno de los más singulares de estos antecedentes es el de la *Isla Non-Trubada*, de la que, con este mismo nombre, se habla en el *Amadís de Gaula* (tomo XL de la Biblioteca de Rivadeneyra).

«La isla *Non-Trubada* o *Encubierta*, más generalmente conocida por *San Borondón*—dice Benitez en su *Historia de las Islas Canarias*—es uno de aquellos países encantados que han preocupado a los modernos, otro tanto que el Vellochino de Oro a los antiguos. Y a fe que tenían poderosas razones para ello, porque, efectivamente, desde las islas de la Palma, Gomera y Hierro, se solía ver al O. S. O. de la primera y al O. N. O. de la última, corriendo en dirección N. a S., una como tierra montañosa que, según el cómputo más generalmente admitido, distaría 40 leguas de la Palma, y que podría tener—no sabemos cómo se mediría—unas 87 leguas de largo por 28 de ancha, y que, pues a veces se veía desde el suroeste de Tenerife, podría estar a los 28° y algunos minutos de latitud norte.»

«Este intermitente caso de miraje o espejismo de la isla bien merece que se hable de él. La isla aquella, llamada también *Aprositus* o *Inaccesible*, ha sido vista en la imaginación y descrita por la inventiva de muchos.»

«El día 3 de Abril de 1570, el doctor Hernán Pérez de Grado, pri-

mer Regente de la Audiencia de Canarias, libró una provisión encomendada a las islas de Palma, Gomera y Hierro, a fin de que hiciesen una averiguación exacta con cuantas personas hubiesen observado la aparición de semejante tierra, o que, por otro cualquier conducto, tuviesen pruebas de su existencia. Por virtud de semejante información, depuso en la Palma el piloto portugués Pedro Vello, natural de Setúbal, quien dijo que, a causa de una tempestad, desembarcó en San Borondón con dos de su equipaje, y allí contempló tales y cuales maravillas (fenómenos extraordinarios, huellas de gigantes, etc.). Luego, al anochecer, se nubló el cielo, sopló horri-sono el huracán, y él, temiendo perder su navío, se volvió a bordo más que de prisa. Al instante de zarpar, perdieron de vista la tierra, y luego que éste cesó, trataron de tornar a ella, siéndoles de todo punto imposible el descubrirla, por lo que quedaron muy contrariados, especialmente por dos hombres de la dotación que habían quedado abandonados en la espesura de la selva.»

«Por el mismo año de 1570, Marcos Verde, persona de quien Viera Clavijo dice que era muy conocido en Canarias, refería que, volviendo de África, avistó en la misma altura de estas islas Canarias una a quien desde luego tuvo por la de San Borondón, y que, habiendo llegado a ella y anclado en la ensenada que formaba la boca de un barranco, al Avemaría, o sea al anochecer, bajó a tierra con algunos hombres, los cuales tomaron por diferentes senderos, pero todos concluyeron por dar voces reclamando aterrorizados auxilio. Restituídos a bordo, sobrevino—dice Núñez de la Peña—una tempestad tan grande, que hizo garrar al navío con sus anclas, y en breve espacio se alejó tanto del fondeadero, que se perdió al punto de vista la tierra para ya no dejarse ver más.»

«Dicho Núñez de la Peña escribe, además, que un francés que estuvo, dice, en estas islas hace unos sesenta años (¿1601?), refería que, acercándose a las mismas en medio de una deshecha borrasca y con los mástiles rotos, aportó a la isla *Encubierta*, y en ella, con gran premura, cortó un árbol para su navío, poniéndose a labrarlo durante toda la tarde; pero al llegar la noche sobrevino tal cerrazón y temporal, que le fué forzoso reembarcarse a toda prisa y zarpar de aquel refugio, llegando al otro día a la Palma. Añadía el narrador que la tal isla *Encubierta* tenía gran abundancia de bosques que arrancaban de la misma orilla del mar. Abreu Galindo, por su parte, refiere que el tal francés le aseguró que, «habiéndole sobrevenido una tormenta junto a nuestras islas, llegó, desarbolado su buque, a cierta tierra incógnita, enteramente poblada de árboles robustos, donde desembarcó. Ya en tierra, derribó el árbol que le pareció más a propósito para mástil y con su gente se dispuso a

labrarle; pero, cargándose entretanto la atmósfera y no atreviéndose a pasar allí la noche, abandonaron la maniobra y se restituyeron a bordo de su navío, hasta hacerse a la vela con tanta diligencia, que surgieron en la Palma al siguiente día.»

El autor, Sr. Ramírez, después de citar otros casos en los que las pesquisas para hallar la célebre isla no dieron resultados, y después de hacer algunos comentarios tan incrédulos como jocosos acerca del tal fenómeno de espejismo, añade:

«Causará admiración que en el primer tercio del siglo XVIII, cuando ya no reinaban los supersticiosos Felipes, el mismísimo don Juan de Mur y Aguirre, antes Gobernador de San Marcos de Arichoa en el Perú, creyera a ciegas en la existencia de múltiples islas misteriosas por todos los mares del mundo. Ello se debió a que desde la Gomera y la Palma enviaban informes más o menos fantásticos al General y a la Real Audiencia sobre las repetidas apariciones de las soñadas islas, informes que «produjeron—dice Viera—nuevos accesos de fiebre de lo maravilloso en los ánimos, moviéndolos a tentar por cuarta vez el descubrimiento de la isla *Non-Trubada*.»

El mismo Viera, en el tomo I de sus *Noticias* (1772), escribió a este propósito: «Hace pocos años que, retornando de América uno de los Registros de nuestras islas, creyó un día su capitán que había avistado la de la Palma, mas, al día siguiente en que esperaba, naturalmente, columbrar la de Tenerife, se halló frente por frente de la verdadera isla de la Palma. ¿Qué inferir, pues, de aquí? Que la primera tierra que columbró no había sido otra que la de la isla de San Borondón». Añade Viera que semejante referencia aparece consignada en uno de los diarios del coronel D. Roberto de Rivas, y que el haberse divisado en una tarde la isla de Palma y hallarse el bajel al día siguiente sobre la misma Palma, sólo indicaba que el viento o las corrientes le fueron poco favorables durante aquella noche.

«Cierta religioso franciscano, cuyo nombre dejó en el tintero Viera Clavijo, escribió a un su amigo, en 1759, la siguiente carta, que no está demás cuando se trata de la aparición y desaparición de la misteriosa isla: «Muy R. P. D. Mucho deseaba yo ver a *San Blandón*, y hallándome en Alaxeró el día 3 de Mayo de este año, a las seis de la mañana, con poca diferencia la vi en esta forma, y puedo jurar que, teniendo presente al mismo tiempo la isla del Hierro, vi una y otra del mismo color y semblante, y se me figuró, mirando por un anteojo, ver mucha arboleda en su degollada. Luego mandé llamar al cura D. Antonio Joseph Manrique, quien la tenía vista por dos ocasiones, y éste, al llegar, ya sólo vió un pedazo, pues cuando estaba mirando se corrió una nubecita que me ocultó la montaña, y pasando al punto hacia la degollada me la volvió a

descubrir, viéndola otra vez como antes, sin diferencia alguna, durante hora y media, para ocultarse después, estando presentes más de cuarenta personas. A la tarde volvimos algunos al mismo puesto, mas nada se veía ya, por estar lloviendo lo más de la tarde.

«El mapamundi de Jacques de Vitry y la *Imago mundi*, de Robert d'Auxerre, en 1265, designan la repetida isla. En la célebre *Carta* de Picignano (1367) se representa a San Brandón extendiendo los brazos hacia las islas que llevan su nombre. El mapa aconitano, de Weimar (1424); el genovés, de Beccaria (1435), y el mapamundi de Fray Mauro (1457), señalan con todo esmero la posición de la isla siempre en dirección Oeste. El globo de Behaim también la representa como una gran isla occidental, colocada cerca del Ecuador con la siguiente inscripción: «El año 565 de Jesucristo, San Brandán llegó con su navio a esta isla, donde vió muchas cosas maravillosas y volvió a su país después de haber permanecido en ella siete años». Ortelio, en el siglo XVI, la coloca, con menos dimensiones, cerca de Irlanda, y Mercator también la pone en su atlas de 1579. En 1704 se ve en un mapa francés, y hasta en 1755, Gautier, la designa a 5° Oeste de la isla del Fuego, bajo el 23° de latitud septentrional.» (*Estudios*, tomo I, pág. 104) (1).

«El Dr. Chil—termina diciendo Ramírez—poseía un documento original muy pertinente al asunto que nos ocupa, documento que a la letra, dice así:

«Yo, el Teniente del Capitán Bartolomé del Castillo, Escribano público y del Cabildo de esta isla del Hierro, con aprobación de los M. I. Sres. de la R. Audiencia de estas de Canarias y Notario público de este obispado: certifico y doy fe con verdadero testimonio a los Sres. que la presente vieren que este presente día veinte y nueve de Julio de este año de mil setecientos veinte y tres, habiendo pasado a vistar y venerar la sagrada, milagrosa y devota Imagen de Ntra. Sra. de los Reyes a su ermita, sita en la Dehesa, juntamente con el M. R. P. Predicador General, Fray Luis Rey, del orden de Predicadores y Misionero apostólico, con la mayor parte de los vecinos del lugar del Pinal, habiendo vuelto de esta jornada, hallándonos en la Cumbre, que es la parte superior y más alta de este terreno, a las doce del día, haciendo mansión en la misma cumbre, en el paraje que llaman la entrada de Enésesa, en donde dicho P. Predicador hizo un exorcismo a las langostas, que se le dió noticia había en las viñas del pago del Golfo, cuyo valle se avistaba desde dicha cumbre

(1) En un arancel de Módena, de 1306, se lee el *Brasil*, y en el mapa de Andrés Blanco, de 1436, en la Biblioteca de San Marcos, de Venecia, se encuentra apuntada en el Atlántico una isla con tal denominación.

y parte donde todos estábamos congregados; pues en el acto de dicho exorcismo, uno de los circunstantes alzó la voz diciendo veía tierra además de las otras islas conocidas, y estando claras y manifiestas las de la Palma y Gomera y parte de la de Tenerife. A dicha voz de novedad de otra tierra aplicamos la vista y a gran distancia de la isla de la Palma, y en parte muy retirada de ella hacia el Noroeste, vi, y confesaron y afirmaron todos los circunstantes veían, una parte pequeña, que juzgamos por tierra, por encima de las nubes, que se manifestaban inferiores a dicha parte. Y habiendo yo suplicado a dicho P. Predicador General hiciese un conjuro y exorcismo hacia aquella parte, en la cual hizo indicación Juan Machin Acosta, de que tenía noticias de que se había avistado en muchas ocasiones la isla que llaman de San Blandón ó San Blandano. Con efecto, dicho Padre Misionero, recibiendo una estola, la imagen de un Santo Cristo que presente hubo, y el libro de los exorcismos, con elevación de una mano, habiendo ordenado que los circunstantes, puestos de rodillas y el rostro hacia dicha parte del Noroeste, rezasen el rosario de la Virgen, recitó dicho Padre cuatro evangelios, a cuya acción, así que a ella dió principio, vi y examiné y reconocí se fueron separando por grados las nubes que en dicha parte se ofrecían muy crecidas, y al recitar una oración en cuyo idioma latino entendí se imperaba a los demonios se apartasen de aquella tierra y sus contornos, también vi, con certidumbre continua, que las nubes se conmovieron con movimiento rápido, como si fuesen pulsadas e impelidas de un viento recio, a lo cual se siguió manifestarse y verse el cuerpo de una isla y tierra extraña en aquel paraje, cuya situación parece y entiendo está al Noroeste, y se manifestó del medio arriba, y del medio abajo hacia la costa y mar quedó oculta con un cuerpo de barra de bruma que corría con igualdad desde dicha parte y de la del Oeste hacia la Palma y Gomera por las costas de ambas, y pasaba a la del Sur. Y dicho cuerpo que se ofreció por objeto tenía un extremo que miraba y correspondía al Norte, y a correspondencia de la Palma, y el extremo de hacia la parte del Oeste, de forma que el extremo correspondiente al Norte concluía en un parapeto o frontón que corría rápido hacia abajo y no se pudo reconocer dónde paraba, porque lo impedían las nubes que ceñían dicha tierra por en medio. En la cima de dicha tierra que corría de largo del Noroeste al Oeste, tenía una quebrada en forma de medio círculo y de él para adelante corría en igualdad, cuya dimensión, que se ofreció libre de nubes, me pareció de la misma longitud que la de la Gomera, con declaración que no se pudo comprender el extremo y fin hacia la parte del Oeste, porque todavía no se despojó de nubes, y manifiesta así solían salir de dicha parte de dicho cuerpo reconocido por tierra unas nubes peque-



fias, cuya raridad no impedía la vista de dicha tierra y subían por ella y pasaban adelante y se incorporaba con la barra de nubes que por delante estaba. Todas las cuales acciones y objetos y circunstancias todos los presentes vocearon las veían y registraban, y concluído el acto de exorcismo y conjuro, con el mismo orden y forma que se manifestó y descubrió dicho cuerpo, se volvió a cubrir de nubes y a negarse a la vista, concurriendo a ello Bruno de Chaves, alcalde de dicho Lugar del Pinal, Juan Machín Acosta, el alférez José Fernández Armas, Mateo de Febles, Cristóbal Quintero, Nicolás Hernández, Juan Machín Coton, Patricio de Chaves, Luas Hernández, mozo hijo de dicho alférez, Bartolomé González Acosta, Juan de Toledo y muchas mujeres. Y para que conste, requerido de dicho Padre Predicador General, di esta en dicho Lugar del Pinal en el mismo día mes y año, y lo firmo: Bartolomé García del Castillo, Escribano público y del Cabildo.»

—Lo cierto es que la *Non Trubada o Encubierta* no se ha vuelto a ver por los mortales desde el siglo XVIII hasta la fecha—terminó diciendo el Faicán—, porque el escepticismo agresivo que viene reinando en el mundo desde la Enciclopedia no merece otra cosa sino que se haga más tupido y denso el Velo de Maya que a semejantes misterios etéreos o de la «cuarta dimensión» recubren. Por desgracia, uno de vuestros compañeros, aquel a quien llamáis vuestro cronista, bien que la ha visto, tanto que su perdición es segura, si antes de mañana no le socorréis y libertáis. La premura con que tenéis que proceder me priva del gran placer de teneros varios días como huéspedes—y diciendo esto, tornó conmigo a la cripta de la fiesta...

—Lo demás ya podéis colegirlo, mi desdichado amigo—añadió el doctor—. Veinticuatro horas más de retraso, y vuestra perdición era definitiva... ¡un hombre *encantado!*; ¡un alma muerta y precita, mil veces más desgraciada que la del Príncipe de las Islas Negras a quien acabamos de dejar...!



---

---

## CAPÍTULO XX

### La tragedia de Palenque.

*En los Libros de Caballería.—La vampiresa y el Monstruo de Liérganes.—Don Domingo de la Cantolla y la Inquisición.—El Padre Feijóo y el hombre-pez.—Los mirajes de los modernos aviadores y la visión psicométrica.—El Hada Morgana y el espejismo.—Incompletas explicaciones de la ciencia.—Los ecos «honrados» y los que no lo son.—Montañas norteamericanas vistas desde las Canarias.—Los «barcos celestes» del Dr. Chil.—Los «gulas» del desierto.—La aventura de lord Linsay.—Discrepancias de los sentidos cuando actúan en medios de diferente densidad.—El «puente del Arco Iris» y los druidas.—La estatua ciclópea de la isla del Cuervo.—Cuervos y milvos.—El Ave doblemente mágica de Júpiter, Apolo, Odin, Noé, Remo y Rómulo, Sigfredo y el rey Arthus.—¡Funesto presagio nuestro!—El murciélago alevoso.—Las estatuas de lava y las tres catástrofes atlantes.—En plena Goecia.—Axiomancias del achu, el jade, la gagata, la artemisa-orchira de las antas sepulcrales y el triticum repensé.—Un recuerdo de la «zarza ardiendo», de Moisés.—Apta, Urwala, Erda, Urganda, o la Sibila primitiva.—Mirando en el espejo mágico de los siglos.—El templo de Palenque a la vista.—¡Torres, el amigo querido, inmolado cruelmente sobre la piedra de los atlantes sacrificios!...*

Un largo y solemne silencio siguió a las últimas palabras del doctor. Aquello era para abrumar a la imaginación más poderosa, y no sabíamos qué decirnos. No había, en efecto, libro de Caballería —de esos libros que el doctor Daniel Huet dice que fueron creados por los árabes españoles—semejante al libro de Caballería que estábamos viviendo nosotros.

Al salir, al fin, de semejante embobamiento, nuestro primer re-

cuerdo fué para Torres, para nuestro antiguo guía, quien había quedado en Kalia Shekelmesha, y a cuyo lado teníamos, ante todo, que volver. Dejando, pues, aunque no sin pena, aquel paraíso de la isla Madera, pasamos a bordo de nuestra consabida barquilla, que, cual dócil caballo, se hizo rápida a la mar.

—¿Cómo, sin embargo, va ella a retornarnos hasta la ciudad sepultada?—nos preguntamos con espanto. Y con mayor espanto aún vimos que la nave desfilaba frente a Porto Santo, en lugar de hacer rumbo hacia el N. E. se encaminaba francamente al N. O., como si a las islas Azores se dirigiese.

—¡El Destino manda!—nos dijimos dejándonos dócilmente llevar. Y Cotta, picarescamente, añadió:

—A nosotros nos va a pasar también lo que a San Brandrán, y la Pascua próxima la celebraremos como él sobre alguna ballena que tomaremos por isla, cuando no nos toque por turno el pasar otra temporada en la trubada *Non Trubada*, como la que allí se ha chupado nuestro cronista.

—¡No me lo recordéis, por favor! ¡No hay hastío comparable al hastío del vicio!—le repuse.

—Pero ¿qué extraño sér es el de esta vampiresa?—añadió Cotta.

—No lo sé—repliqué—pero él me recuerda en su aparición a aquel famoso monstruo tan popular de la leyenda santanderina de Liérganes, y que en otros aspectos más bajos recuerda al mito caldeo de Dagón o «el Hombre-Pez», que refiere Pedro de Répide.

—Por extraño que sea esto de los monstruos mitológicos, más extraño me resulta lo del misterio de islas como la Encubierta, aunque salgan cómodamente del compromiso los sabios, hablándonos del *Hada-Morgana* y del espejismo—observó Montalvo.

—Ciertamente—respondió el doctor—. Aunque hombre de ciencia, yo no comparto las creencias de los científicos sobre este particular *superliminal*, en el que dos visiones, física y etérea, tienen un punto de interferencia harto curiosa. Según una confesión que a Clarence Winchester, del *Daily Mail*, le ha hecho un piloto-aeronauta, son frequentísimos los fenómenos de miraje en las altas capas de la atmósfera, pasada esa región que los aviadores designan ya con el nombre pintorescamente ocultista de «la región de los monstruos», y tales fenómenos se confunden de un modo insensible con los de la llamada visión psicométrica. No es que yo depute falsa la explicación de la ciencia, pero sí que es incompleta. Pase el que un oasis, una ciudad lejana pueda mostrarse invertida bajo las arenas del desierto merced a que las capas inferiores de la atmósfera, enrarecidas por la irradiación de la arena, y presentándonos el fenó-

meno de la refracción, tan conocido. Pero en esto, como en lo de los ecos, hay mucho que añadir a lo que sabe la ciencia.

«Estando veraneando en Dieppe, dice el Dr. Chil, fui sorprendido varias veces viendo los barcos en el cielo; y aun en Canarias, encontrándome en Teide por el año 1847, recuerdo haber visto la isla de Fuerteventura, tan inmediata, al parecer, a Canaria, que, aun observando atentamente la distancia, creeríase poder atravesar el largo espacio que las separa, en un bote y en menos de una hora. También he observado muchísimas veces, desde la ciudad de Las Palmas, prolongarse sobre el mar la costa del naciente, y presentar el aspecto de vastas llanuras terminadas por ligeras cordilleras o lomas que por su particular disposición me recordaban a la hermosa Normandía. En Canarias también, todos los que están destinados a hacer viajes a la costa Sur de la isla y atraviesan las llanuras de Sardina y Juan Grande, son, con bastante frecuencia, sorprendidos con la aparición de hermosas ciudades y vastas extensiones de tierra regadas por ríos y cubiertas de una rica vegetación que se les presenta a la vista. El finado Conde de Vega Grande me contaba haber contemplado en 1846, poco después de regresar de Cádiz, pasando una mañana por las afueras de Las Palmas donde llaman «la cueva del Veladero», la imagen de aquella ciudad con sus buques, murallas, casas y árboles. En el *Courrier des Sciences*, añade el Dr. Chil, se relata la ascensión de varios sabios portugueses al Teide, desde cuya cima, al salir el sol, contemplaron retratadas en varios puntos del horizonte unas montañas, las cuales, según el cálculo de uno de aquellos sabios que había viajado por el Norte de América, eran las montañas Apalaches, situadas a más de mil leguas de distancia de Canarias y que se extienden desde las fronteras de Georgia al cabo meridional de la embocadura del río San Lorenzo. Este es uno de los casos más sorprendentes de espejismo que se conocen.»

—Pero aún hay más—continuó el doctor—, pues que el Hada Morgana—nombre clásico por cierto de las más antiguas leyendas parsis de los *peris atlantes*, cuanto de la del rey *Arthus*, el de la Tabla Redonda—ha hecho también de las suyas con motivo de la Gran Guerra.

«A causa de un fenómeno de espejismo — dice el profesor A. M. Gianella en reciente artículo—quedó suspendido el combate temporalmente, pero una vez desaparecido éste, continuó nuestra ofensiva.» Así consignará no ha mucho un comunicado oficial sobre las operaciones del ejército inglés en Mesopotamia, que seguramente ha producido, si no estupor, afán de curiosidad por lo raro del caso. Hace algunos meses, en esas mismas regiones donde no esca-

sean las playas desiertas, un destacamento de soldados ingleses volvía a las trincheras, después de una exploración, cuando un *Tommy* observó una cosa insólita en un punto lejano del terreno. —La caballería árabe—gritó y se puso a correr hacia las trincheras.

»Los demás miraron, vieron galopar los negros jinetes árabes, los evaluaron en un regimiento entero, y acudieron presurosos a sus puestos. Ante aquella alarma improvisada, todos se aprestaron a la defensa, y sonaron dos o tres descargas ruidosas. Pero la caballería enemiga continuaba galopando sin perder un solo hombre, y, sin embargo, no avanzaba ni un paso. ¿Por qué?... Con toda cautela fué enviada una patrulla para comprobar el fenómeno; se internó más de una milla, y descubrió al fin que el supuesto regimiento montado no era más que una serie de parapetos de arena mandados levantar hacia poco por los ingenieros británicos, coronados por algunas banderas hincadas como señal. La ilusión de la luz, el espejismo, la «Hada Morgana» de los desiertos había dado vida inmóvil y efímera a las imágenes ilusionistas.

»También los soldados de Napoleón fueron víctimas del admirable fenómeno, cuando cerca de Alejandría, y una vez tomada ésta, se lanzaron a la conquista del Cairo. Recorriendo el *Via-Crucis* del desierto, abrasado por el sol, bajo una atmósfera en que hormigueaba la arena, sufrieron los tormentos de una sed indecible, que hacía que ofrecieran a algún ignorado taumaturgo las glorias de cien victorias por una gota de agua. «Agua, agua», decían suplicantes, y, como si una divinidad compasiva los hubiera escuchado, apareció a sus ojos un inmenso lago distante un kilómetro. Redoblaron sus esfuerzos saboreando por adelantado la alegría de apagar su sed, y corrieron, corrieron... hasta que llegaron al sitio y no encontraron más que arena, más arena... ¡Crueldad de la «Hada Morgana!»

»Desde que se ha observado el fenómeno, se han multiplicado los ejemplos en varios países y en el mar. No es raro el caso de distinguir, para el que se encuentra en el mar, un buque duplicado e invertido en el agua, y, a veces, proa a proa, dos barcos perfectamente iguales. Clásicas son en Italia las apariencias de luces definidas por Mínasi y se observan principalmente en Nápoles, Regio y costas sículas. El espectáculo es de maravillosa fantasía; torres, columnas, castillos, palacios, ruinas de ciudades legendarias, que, como cendales flotantes, penden del aire a gran distancia y no son más que representaciones extraordinariamente deformadas por la luz de objetos reales y normales inmóviles situados en tierra.

»Con estos fenómenos luminosos, parecen relacionarse las apariciones celestes, de las cuales hay un ejemplo bastante notable en la guerra actual, y que es la siguiente: Caía la tarde: los alemanes, en

compactas masas, avanzaban contra las posiciones defendidas denodadamente por los franceses en los alrededores de Verdun. Los cañones de todo calibre llenaban el aire con sus estampidos y el frenesí de la destrucción parecía haber elegido aquel lugar su trágico reinado. Ocultóse el sol y apareció la luna pálida, por encima de las crestas de las montañas. De repente apareció en el cielo una zona clara, nebulosa, que avanzaba hacia el astro nocturno. Poco a poco la nebulosa se definió por los exactos contornos de una cruz... Estupefactos, conmovidos los combatientes de entrambos campos, suspendieron la lucha... Y la cruz luminosa continuó su camino por el firmamento, hacia la luna, en cuya luz argéntea se sumergió, desvaneciéndose. Y la batalla prosiguió, encarnizada, despiadada, como si cada uno de los adversarios hubiera visto en aquel signo una promesa de victoria. No menos emocionante y tal vez la más extraña de todas, es la aparición de Findlay en el estado de Ohio (Estados Unidos). Mientras el sol brillaba en todo su esplendor apareció en el cielo una mano señalando con el dedo directamente la ciudad. La mano permaneció visible varios días, provocando en la población la creencia del próximo fin del mundo, pero luego desapareció, sin que nada viniera a turbar la normalidad de la vida.»

En cuanto a los fantasmas del desierto, otro sabio autor dice lo siguiente:

«Cuando la noche tiende su manto es cuando en el desierto, en el Océano, en el bosque, en todo paraje solitario y en ruinas, las sombras llenan el ambiente de terrores y las voces plañideras y los lamentos de las víctimas claman al cielo.

Tomás Quinay refiere que entre la Palestina y el Mar Rojo, sonidos misteriosos de campanas llaman a vísperas y a maitines a los monjes de un convento fantástico que todas las pesquisas de los cristianos y todos los empeños de los beduínos no fueron bastantes a descubrir jamás. Esas campanas diz que se vienen oyendo desde la época de las Cruzadas.

Si ese desierto guarda avaro su secreto, no por eso disfruta del monopolio del repiqueteo fantástico. En las gargantas de Knigton, una de las salvajes bellezas de la isla Wight, sir Harry Johnstone oyó todo un bando de Pentecostés, mientras se hallaba en un chalet levantado en el solar que en la Edad Media ocupaba una capilla.

El célebre archidiacono Wilberforce oía con frecuencia en una casa de campo que habitaba su familia, música sacra, cuyo origen nunca pudo descubrir.

Algún tiempo antes de su muerte, Enrique IV oía de continuo el lúgubre son de las campanas tocando a muerto y el ruido de pasos del furtivo asesino que le perseguía por las calles de París.

En ciertas regiones absolutamente desiertas es muy frecuente oír el sonido de clarines llamando a combate, y el piafar de caballos y el choque de aceros, como si se estuviera librando fenomenal batalla... al estilo de antaño. También se suele ver a viajeros extraviados y cansinos, ofreciendo algunos el aspecto de horrorizados de lo que les pasa. No es raro que el que los ve crea reconocer entre ellos alguno de sus camaradas extraviado ha tiempo...

Todos los exploradores, los beduinos y los caravaneros, os hablarán de estas visiones... Los viajeros aislados, sobre todo, son los más expuestos a tales fenómenos, que, según los árabes, se dan en todo el desierto, de Bagdad a Suez y al Cairo, de Roseta a Túnez y de Túnez a Timbuctú y Mequinez. Estos océanos de arena tienen todos misterios insondables. La razón no concibe qué misión pueden llenar allí las armadas invisibles que se destrozan, ni qué interés pueden tener los fantasmas individuales que siguen a las caravanas o que engañan a los caminantes y les hacen perder la ruta.

Marco Polo comprobó esos mismos fenómenos en las landas y montañas desiertas de más allá de Lop. «Cuando los viajeros atraviesan de noche este desierto de landas—dice—si uno de ellos se queda rezagado o se duerme, oyè, cuando quiere incorporarse a sus compañeros, voces extrañas que toma por las de sus camaradas. A veces le llaman por su nombre y, si responde o hace caso a tales ficciones, está perdido: jamás podrá incorporarse a sus amigos. Son a miles los que han perecido de este modo.

Esas voces se dejan oír también durante el día, pero sólo en determinados momentos y para ciertos individuos. Otras veces se oyen instrumentos musicales y, especialmente, redobles de tambor.

La consigna de todos los que han de transitar por sitios tan peligrosos, es reunirse el mayor número posible; poner a sus acémilas collares con campanillas, con muchas campanillas, para que no puedan alejarse sin denunciarlo y, después del reposo de la noche, dejar una señal de donde pernoctó y tuvo su vivac la caravana.

M. Quinet dice: «El ver esos fantasmas o el oír sus palabras engañosas, aun cuando no se atiendan, es, siempre, signo de muerte próxima.

Una aventura de ese género le ocurrió a Mr. Ramsay, que acompañaba a Lord Lindsay en una expedición contra una tribu hostil que había asaltado y robado sus tiendas. Lord Lindsay fué en persecución de los asaltantes por el valle de Wady Araba, el camino más practicable entre el Mar Rojo y Judea. En cierto momento, Lindsay percibió un grupo de jinetes escalando la montaña. La imagen era tan real, que la duda no era posible. Se puso en su persecución, mas pronto advirtió que había desaparecido, y, pese a las muchas y

cuidadosas correrías que hizo, no pudo descubrir rastro alguno. En aquellos parajes, desde que fueron abandonados por la tribu que los poblaba, no había vuelto a sentar su pie ánima viviente.

Pero dice la tradición pagana que la visión misteriosa se paga con la vida; y sea confirmación oculta, sea coincidencia fortuita, Lord Lindsay murió en Damasco, algunas semanas más tarde.»

—Para nosotros, que ya hemos tenido la visión astral y que aun hoy gozamos de la etérea—continuó el doctor—, el problema no deja lugar a dudas, pues ya en otras ocasiones os he sentado el afiorismo fundamental para el estudio de las *ene* dimensiones del espacio con las que aquél se relaciona, a saber: toda *dimensión* superior es invisible o inabarcable por las inferiores, pero en ciertos momentos de intersección, o *proyectivos*—como ésta en que islas etéreas y astrales han sido vistas físicamente—, cada dimensión puede ser visible y abarcable por estas dimensiones inferiores. Verbigracia; un cilindro es visible en una superficie por la forma de su sección superficial y por el tiempo que en cruzar esta superficie emplea, sustitución proyectiva que equivale al «tacto visual» de los ciegos. Además, cuando nuestros sentidos actúan en el mismo medio, sus testimonios concuerdan de ordinario, pero discuerdan así que actúan sobre medios distintos, como en el caso típico de la refracción o *rotura* del palo introducido en el agua. La relación matemática entre el ángulo de incidencia y el refractado es la medida de semejante disparidad. La famosa pasarela o *Puente del Arco-Iris*, tendido, según la leyenda de los Nibelungen-Saga y otras, desde la montaña de Riesberg a la de Zickenburg en los Vosgos, por la que pasaban las sacerdotisas druidas, es un caso de entrecruce también de la visión etérea con la física, entre mil más que citarse pueden de aquellas sacerdotisas que, según Plinio, César y Pomponio Mela, practicaban la Magia en sus profundas criptas y en ellas enseñaban los secretos del Universo, las armoniosas *danzas* de los cuerpos celestes, la formación de la Tierra y, sobre todo, la inmortalidad del alma, reuniéndose también en los plenilunios y hasta conociendo sus bardos el modo de ponerse al habla con la reina de la noche...

Con estas cuestiones pasamos entretenidos todo el día aquel en que zarpamos de Madera. Al amanecer, tras una noche de feliz descanso, advertimos con sorpresa que cruzábamos por entre las islas de El Pico y San Jorge, es decir, dejando muy atrás, no sólo a las islas de Santa María y San Miguel, de las Azores, sino también a la Terceira y a la Graciosa, marchando hacia aquella solitaria Isla del Cuervo, última del grupo, que ya se dibujaba entre las brumas de la mañana.



—El archipiélago de las Azores—dijo Montalvo—es una semi-elipse, una guirnalda de islas en torno de un triple núcleo central formado por las tres islas de El Pico (que se eleva hasta los 2.300 metros), Fayal y San Jorge. Las dos más occidentales y más vecinas, por tanto, a América, son las de *Flores* y del *Cuervo*. En 1641, cuando el rey de Portugal Alfonso V permitió que las gentes de don Henrique fuesen a poblar las islas aquellas, se vieron sorprendidos en la del Cuervo por la presencia de una enorme estatua ecuestre que señalaba el camino hacia Occidente. Semejante encuentro coincide con otro relato análogo de D. Domingo Bello y Espinosa en su obra *Un jardín canario*, donde menciona una estatua de madera cuajada de inscripciones hallada en las playas de Güimar, y que maravilló a los isleños porque ellos no conocían la escritura, lo que les movió a conservarla con veneración. Por supuesto que el autor, con el escepticismo de siempre, opina que se trataría de una de tantas estatuas de la diosa Astarté que antes constituiría el mascarón de proa de algún barco fenicio naufragado. En el siglo XIX, un temporal derribó el templo en que la estatua había sido colocada, y ésta desapareció.

—¿Y por qué se llamaría isla del Cuervo esta última Thule atlántica, separada de América por un abismo marítimo de más de once mil metros?—pregunté.

—Acaso—respondió Montalvo—por aquello que nos dice el escritor canario Martín y Cubas acerca de las *tibicenas de Gaviot* o «de las gaviotas», los cuervos blancos del mar, aquellas terribles harpías o vampiras strophádicas de que nos habla Virgilio, como la harpía nuestra de marras, que en sus nocturnas correrías solían tomar preferentemente la forma de aves domésticas o silvestres—contestó Montalvo.

—Un naturalista diría—añadió el doctor—que ello se debió a la abundancia de cuervos que habitaran la isla, porque, aparte de los cuervos comunes (*corvus corax*), hay dos especies gigantes de cuervos-buitres (*cor vultus*), «cuervos sepultureros cual los de las Torres del Silencio persis, de cuello blanco y alas negras, como los del simbolismo heráldico de los Templarios, cuervos repartidos por toda el África y que viven en las altas mesetas hasta tocar en la región de las nieves. Henglin los vió con frecuencia siguiendo a los ejércitos contra los gallas y cayendo sobre los cadáveres para devorarlos, empezando, según Levaillant, por sacarles la lengua y los ojos, al tenor del dicho vulgar de «cria cuervos y te sacarán los ojos», siendo repulsivos, no sólo para el hombre, sino para otras aves congéneres. Todos los córvidos, en efecto, mantienen entre sí (dice Brehn) ciertas relaciones: las cornejas negras viven con las ceni-

cientas y las pías, y las chovas con las cornejas; únicamente los cuervos son tratados como enemigos por las demás especies. En las estepas del Asia Central es el cuervo el tormento inevitable de los pobres camellos cuando las cargas les han desollado la piel, y en Islandia es el verdugo de los caballos plagados de tumores. Sin embargo, el cuervo-buitre es el cirujano de los abscesos producidos por los tábanos, pues los dilata y limpia de pus. Sería demasiado el reproducir aquí todas las historias que sé acerca del cuervo. Pero debo añadir que tienen un habla y una inteligencia verdaderamente humanas, y por eso al rey Arthus se le considera transformado en cuervo hasta el día ya próximo de su desencantamiento; por eso a los eremitas como San Pablo, un cuervo era el encargado de traerle el diario sustento; por eso, en fin, no nos pararemos a historiar los cuervos que vieron Remo y Rómulo al fundar la Ciudad Eterna; ni aquellos otros presagiadores de la muerte de Sigfrido; ni el cuervo de Noé; ni el cuervo templario con un cráneo bajo las garras; ni los cuervos de los piratas vikingos escandinavos que les hicieron descubrir la Groenlandia; ni del astrológico de junto a *la Virgen*; ni de los consagrados a Apolo, ni de los de Hugin y Munin sobre los hombros de Odín. Sólo os diré algo de aquel *Milvo* sagrado, ave querida de Júpiter, del que nos cuenta Ovidio en sus *Fastos* (3, versículo 793) que, cuando la Tierra, mal aconsejada por las Parcas de la Estigia y de su Negra Selva Stínphálida, había creado de su propio seno aquellos monstruos mitad toro, mitad serpientes, de sus primeras Rondas, el Oráculo reveló que, al inmolarsse el toro sagrado, aquel que lograrse echar las vísceras de éste sobre las llamas, vencería a los propios dioses. Sabedores de esto los titanes, sublevados contra Júpiter, hicieron que Briareo inmolase al toro misterioso, y cuando se preparaba para arrojar las entrañas del mismo a la hoguera, Milvo, el milano de Júpiter, bajó y las arrebató entre sus garras, ni más ni menos que con ciertos talismanes acaeciese en varios cuentos de *Las mil y una noches*. En suma, que el ave sagrada ésta era de doble simbolismo mágico, bueno o malo, según que apareciese por la derecha o por la izquierda. Plinio y Horacio al enseñarnos esto, y los árabes al venerar al cuervo...

—¡Maldición!—gritó en aquel punto Cotta—. Nuestro cuervo simbólico viene por nuestra izquierda, como los de Remo y el de Sigfrido... ¡Nuestro temible Hagen nibelungo se halla, pues, cerca!

Sin ser parte a evitarlo, todos nos estremecimos de terror, porque, en efecto, un ave fatídica venía, volando bastante baja, por nuestro lado izquierdo, y no era un cuervo, sino uno de esos espantosos murciélagos que hoy se creen limitados a la isla de Palma, mientras que nuestra barquilla, con extraña lentitud, se metía en

una oscura abra semicircular, toda contorneada de ciclópeas estatuas esculpidas en negra lava, al modo, no de las célebres y purísimas de las islas de Pascua y de Haway, prototipos de esas 36 razas primitivas a las que alude Haeckel, sino de otras negras y pecadoras que determinaron las dos primeras y más remotas catástrofes atlantes de hace ochocientos y doscientos mil años, y de cuyas catástrofes son único resto las Azores, así como Madera, Canarias y Cabo Verde lo son de la última y relativamente reciente de hace sólo once mil años.

Además, como si las aguas del abra hubiesen estado en plena putrefacción, un hedor insoportable nos hizo comprender al punto que por allí reinaba soberana la mágica piedra del *jade*, especie de madera fósil de aquellos primitivos bosques destruidos de la Gran Atlántida, piedra que, merced a su procedencia, se empleaba en *axiomancia*, es decir, en la adivinación por el *achu* o hacha de doble boca, simbolizadora del martillo de Thor; *piedra gagata* también; o de la mágica Gagas de Licia, émula de tantas otras ciudades atlantes sepultadas; piedra, en fin, diagnosticadora de la histeria, de la epilepsia o mal de San Vito, que tiene una atlante relación secreta con la virginidad, y sobre la cual, por sí sola, pueden escribirse dos extensos tomos de Goecia primitiva, tomos no menos valiosos que los que a mí, pobre cronista, me había dedicado, años antes, con este título, el cultísimo escritor ocultista *Enediel Sahiah*...

Semejantes auspicios, pues, no podían ser más funestos, y hasta el ambiente aquel de infinita tristeza que nos rodeaba, contribuía a exagerarlos. Además, por todas partes de la inmediata costa no se veían sino enormes *artemisas* o *lappas canarias*: la necromante *orchia*, la fúnebre *verbenna*, de Plinio; la *glechoma hedérica*, también conocida por los tristes nombres de *Samola*, *Selago* y *Anthemis* o planta de las antas sepulcrales del país de nuestro amigo el príncipe de las Islas Negras; el mágico y funesto *triticum repense*, en fin, contraparte maldita de aquel otro *trigo* aportado de Venus por los primeros Reyes Divinos para constituir la base de nuestro cotidiano alimento.

Saltamos, sin embargo, a tierra, mientras que el cielo de la mañana se encapotaba de un modo siniestro presagiando tempestad, y no habíamos andado una milla isla adentro, cuando súbito fulguró el relámpago, seguido en el acto de un horrisono trueno que nos dejó anonadados. Unos momentos después, al alzar las cabezas, vimos enfrente de nosotros, en una explanada de lava y de lapilli, alzarse una gigantesca esfinge como las egipcias, esfinge que no parecía sino querer cortarnos el camino en actitud amenazadora; pero, a diferencia de la Esfinge tebana, era toda de jaspe, y de una pieza. ¡De

jaspe, de aquella otra piedra mágica que, según cantan los poemas de Orpheo, puede hacer brotar de los altares con ella contruidos un fuego celeste y espontáneo, como aquel de la célebre *Scenopegia macabea* de que nos habla la Biblia! Además, el relámpago y el trueno que tanto nos había aterrado, no provenía de las nubes, sino de todo el contorno del monumento, que parecía arder en viva llama, a la manera de aquella zarza ardiente o foco de luz astral que profetizó a Moisés sus destinos futuros como caudillo de su pueblo a través del Desierto: ¡del Desierto sin límites de la misma vida!...

Y, de igual modo que acaeció al gran rabino antaño, del seno de aquella pavorosa hoguera salió una voz terrible, apocalíptica, que más que en nuestros oídos parecía repercutir en lo más íntimo de nuestros corazones y que nos decía, profética:

—Yo soy la *Apia* romana, la *Urwala* nórdica, la *Erda* escandinava, la *Urganda* caballeresca, la *Sibila primitiva de la Tierra*, en suma, y vengo a vosotros por un rasgo de suprema compasión hacia vuestra inaudita locura... ¡Vuestra lira está rota, pues que os falta una cuerda de ella, y otra ha sufrido el repugnante contacto necromante característico de los *súcubos*, pues que ha mantenido relaciones ilícitas con la *Katebet* funesta y, sin un verdadero prodigio de sacrificio por parte de todos, habría con ella sucumbido, como sucumbiera por siglos el pobre príncipe de Kalia Shekelmesha, príncipe hoy libertado por el heroísmo de Torres, de vuestra quinta, o más bien de vuestra primera cuerda de la lira!... ¡Sí, este libertador, que a instancias del propio príncipe le ha asesinado para libertarle de su insoportable carga física, pronto va a sufrir también el karma de todos los libertadores, el karma de aquellos hombres puros que con su sangre inocente dejaron mudos a los terribles *terafines*, *elementales* o *cancerberos* que daban guardia, según la tradición, a los perversos Magos Atlantes, quienes, por la muerte de aquellos monstruos, no pudieron ser avisados a tiempo de la gran catástrofe y pudieron ser abismados así en el cataclismo de su continente entero!...

Y, con acento irresistible, la Voz añadió:

—Sí. ¡Venid a verlo, si gustáis, en el mágico espejo de los siglos!

Entonces, sin nosotros quererlo, nuestros propios pies nos llevaron por una escalera de caracol abierta en la enorme cabeza de la esfinge, hasta el interior del templo que se albergaba en el cuerpo del monstruo de piedra. En el templo nada vimos, a no ser una vivísima luz astral iluminando un inmenso lago de pez hirviente, que brillaba como la obsidiana, y sobre el cual se reflejó al punto la imponente mole del templo de Palenque y, a través de sus paredes transparentes, una escena horrible, que nos dejó petrificados.

Una docena de *pistacos*, o mejor dicho de sacerdotes mayas, con

el Gran Muisca a su cabeza, celebraba solemnemente la más fúnebre de las ceremonias. Veíamos todos sus movimientos, oíamos sus



... En la piedra central del sacrificio, piedra antaño consagrada al Sol, yacía inerte y desnudo el cuerpo de un hombre...

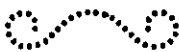
cánticos tántricos, productores del más homicida frenesi, y percibíamos, en fin, no obstante separarnos físicamente cientos de leguas, ese ambiente falsamente diáfano de todos los lugares donde la sangre humana es derramada... A más, ¡horror de horrores!, en la pie-

dra central del sacrificio, piedra antaño consagrada al Sol, yacía inerte y desnudo el cuerpo de un hombre... ¡El cuerpo exánime del infortunado Torres, con los ojos espantosamente abiertos, y en una actitud de supremo paroxismo de dolor que daba friol...

Un momento más, y cuatro de los sacerdotes aquellos, tocados con papales mitras, le tomaban por sus cuatro miembros, mientras que Guesa, el Sumo Sacerdote muisca, empuñando el arma fatal, la terrible hacha de piedra neolita, iba a introducirla en el pecho de la víctima invocando a *Boquica*, para arrancarle el corazón y consultar en él el Destino...

Al llegar a momento tan fatal los cuatro compañeros lanzamos un solo y terrible grito de angustia, que conmovió el templo hasta los cimientos, y con unánime impulso de desesperación nos lanzamos a socorrer a nuestro pobre amigo, cayendo, al intentarlo, en aquel férvido lago de betún, en el que no palpamos sino el vacío.

.....  
.....



---

---

## EPÍLOGO

### La dulzura del morir.

*El club eutanásico neoyorkino.—Los milagros de la Medicina.—Mi «caso» y el del abogado Beaufort.—El despertar en la fonda de Alájar.—Un émulo de Segismundo el de «La Vida es sueño».—¡Siete días de continua visión sonambúlica!—En peligro de ser enterrado vivo.—El caso más singular en los anales de la psiquiatría.—Los grabados de una preparación microscópica tomados por la visión de una selva submarina.—Por las criptas iniciáticas de «México».—El piélago del Misterio y el Velo de Isis.*

Un periódico norteamericano ha traído recientemente la noticia de que el Gobierno ha procesado a los organizadores de cierto club neoyorquino llamado «Club eutanásico», o, en términos castellanos, *Sociedad para proporcionar una pronta y dulce muerte* a cuantos, por un motivo u otro, no pueden ya soportar la vida.

«La muerte no es nunca dolorosa», se ha dicho, y al comentar esto, el genial cronista Gómez Carrillo, por su cuenta, agrega:

«Saber a punto fijo hasta dónde es esto cierto, nos interesa a todos algo más que discutir si la «eutanasia» es o no justa en teoría. Según Varigny, que se ha consagrado a este estudio de un modo experimental, no sólo la muerte es, en efecto, indolora siempre, sino que hasta puede, muy a menudo, ser agradable moral y materialmente. De la guillotina, por ejemplo, no hay siquiera que hablar. Su golpe es tan rápido, que el paciente no tiene tiempo de sentirlo. Pero, ¿y las balas?... ¿Y la horca?... ¿Y las caídas?... ¿Y el hambre, en fin?... En realidad, «sólo los muertos pueden saberlo», según la frase popular. Y por eso es «a los muertos que resucitan a los que la ciencia les toma declaración»...

»—¿Tantos hermanos de Lázaro hay en el mundo?—nos preguntamos al oír éstas palabras.

»A lo cual, la Biología nos contesta:

»—Muchos más de lo que se supone. Porque desde el momento en que un hombre pierde el conocimiento después de un choque mortal, la muerte existe. Los milagros de la Medicina y la Naturaleza logran arrancar del seno de la muerte a muchos seres. Considerad a un ahogado a quien se le saca del agua desmayado. Si los socorros que se le prodigan logran volverlo a la vida, puede decirse que ha resucitado, puesto que la muerte no hubiera sido sino la prolongación definitiva de su desmayo.

»En las confidencias de resucitados de esta especie, Varigny ha fundado una tesis consoladora, demostrándonos que el miedo a la muerte no es más que un temor a lo desconocido.»

Cito estos curiosos extremos para poder añadir que en el momento aquel en que enloquecido por el terror me lancé sin titubear en el lago mágico para salvar la vida de nuestro amigo Torres, en vez de experimentar sensación dolorosa alguna, ni sentimiento terrorífico de ninguna especie, me pasó, como cuenta el abogado Beoufort que le aconteció aquella vez en que estuvo para ahogarse en el fondo de un río. Diré, pues, con las propias palabras de este «muerto resucitado», que, al hundirme, cuando dejé de hacer esfuerzos para volver a la superficie, un sentimiento de calma y tranquilidad apoderóse de mí. Había en mí una apatía completa, y no tenía la menor idea de que fuera un mal el morir así ahogado. No pensaba en salvarme, y no sufría ni física ni moralmente. Mis sensaciones, por el contrario, eran agradables, como las que se experimentan antes de dormirse; mis pensamientos eran rápidos; toda mi vida pasó ante mi recuerdo en una especie de panorama. Al fin, todo cesó y sentí que me moría...

Pero, en aquel instante mismo, y sin darme cuenta de lo que me ocurría, me sentí despertar, no efectivamente en *el otro mundo de lo astral*, que tan visitado traía, ni siquiera en el otro mundo americano de los mayas, tan horriblemente entrevisto en el espejo mágico de la Esfinge de la Isla del Cuervo, sino... ¿lo creeréis, lectores, si os lo juro?... ¿lo adivináis, quizá, conspicuos?

Creaislo o no, y lo adivinéis o no lo adivinéis, yo os aseguro—porque de ello cuento con numerosos testigos—que es lo cierto que desperté... ¡Desperté, sí, en mi propia cama de la fonda de Alájar, en aquella alegre pieza encristalada que miraba a la Peña de Arias Montano, al lado del simpático comedor, donde, esperando en vano el regreso de nuestro presidente Peinado, habíamos aguardado caballerosamente tres tranquilos días, consagrándolos a la lectu-



ra de los hermosos libros que nos había dado el «Anciano del Huerto de Getsemaní», huerto emplazado, como todos recordarán, en el camino de la subida a la Peña de la Ermita!

Aquel nuevo despertar en el plano físico, tras las increíbles y enloquecedoras andanzas anteriores, me parecía una quimera más, y de las mayores. Émulo del Segismundo de *La vida es sueño*, de Calderón, y también de aquel mendigo de *Las mil y una noches*, a quien, al oírle renegar de su mala estrella, el consabido califa Arund-al-Raschid hizo transportar dormido a su palacio y en él recibir honores de rey, no sabía, en efecto, qué pensar, qué creer, ni a qué llamar realidad, ni, en fin, qué deputar tampoco como quimera. Abri desmesuradamente los ojos, los tendí por todo el ámbito de la habitación, y como veía los mismos personajes de antes: el doctor Montalvo, Cotta y Torres, que me rodeaban solícitos, entre espantado y festivo, exclamé con Campoamor, el mundano poeta:

—En este mundo traidor,  
nada es verdad ni mentira...

—¡Eureka!—exclamó alegre el doctor, estrechándome febrilmente entre sus brazos—. ¡Le hemos salvado al fin!

—¡Sin duda, doctor querido!—repliqué—; pero, ¿cómo os habéis salvado vos mismo, con Montalvo y con Cotta? ¿Cómo es que habéis también podido arrancar a Torres de las garras de aquellos sacerdotes necromantes del Yucatán lejano, que...

—¡Aún delira!—interrumpió Cotta, exasperado ante lo que me oía.

—No delira ya, no, que hartó ha delirado en estos siete días de espantosa angustia sonambúlica—replicó el doctor—. Pero, despierto y todo, puede seguir delirando, si—ahora, que está mejor, después del riguroso tratamiento a que le tenemos sometido desde el día en que cayó enfermo y como herido por un rayo—, no nos apresuramos a devolverle la plena conciencia física, de la que ha estado alejado nada menos que ciento noventa y cuatro horas seguidas, en un estado comatoso hartó parecido a la novísima *encefalitis letárgica* que tanto preocupa hoy al mundo científico...

—¿Qué decís, doctor?—pregunté espantado y aturrido.

—Pues, lo que oís, querido amigo; es a saber: que, fruto quizá del cansancio; de las excesivas lecturas; de las fuertes emociones sufridas por usted desde los famosos golpes de los vargueños de marras, hasta la inexplicable levitación del arcón del Huerto de Getsemaní, con todo cuanto nos viene ocurriendo con el Anciano y con la inexplicable desaparición de Peinado, os habéis afectado en

términos tales, que acabáis de sufrir el más tremendo de los trastornos psíquicos, hasta el punto de que todos, menos yo, os han creído muerto de un afecto cerebral o cardíaco, y a no ser por mi terminante oposición...

—¿Qué?...

—¡Que habríais sido enterrado vivo!...

La impresión de horror que tales palabras me causaron no es para descrita, y creí perder de nuevo el conocimiento. Por suerte mía, el doctor me propinó en el acto un fuerte cordial, y tratando de tranquilizarme, añadió:

—No, no exageréis. Ningún médico honrado, al no advertir en usted síntoma alguno de descomposición, habría cometido el crimen de firmaros la fatídica papeleta de pasaporte para el mundo de los *jinas*. Los hermosos estudios de mi sabio compañero de Sevilla, Doctor Lecha Marzo, se han abierto entre los profesionales su debido camino, y su método diferencial para distinguir la muerte real de la aparente, que es más frecuente de lo que se cree, ha hecho que... ¡pero no hablemos ahora de esto!

Y, aproximándome nueva dosis de cordial, añadió:

—Vuestro caso, que es merecedor sin duda, de ocupar un puesto preferente en los anales de la psiquiatría, es el mismo que le acaeciera diferentes veces a nuestra Maestra H. P. Blavatsky, según sabemos por el verídico Coronel Henry Steel Olcott; es, además, en líneas generales, el de Miss Florencia Cook, estudiado por el físico William Crookes; el de Félica X..., inmortalizado por el profesor Azam; el de mil otros, en fin, que catalogados tiene, pese a su ceguera positivista, la moderna Psicofísica. Ribot, Richet, Lombroso, cien otros más, se han preocupado del problema; pero, aunque yo nada sea al lado de ellos, no por eso dejo de mantener mi tesis de que mientras los médicos no sean, como los iniciados egipcios, sabios, sacerdotes, artistas y ocultistas de la Buena Ley a un tiempo mismo, no podrán... Mas, os pido perdón, esto es para después. Lo que importa por ahora es una sola cosa. Sinceramente, ¿cómo os encontráis, carísimo hermano y amigo?

—No lo creeréis quizá, pero me encuentro mejor que nunca. Una piadosa e invisible Mano Protectora se ha posado sobre mi frente y un hálito de fresca espiritualidad ha empapado mi sér todo. Diríase que he bebido néctar de los dioses y comido su ambrosía. ¡Si queréis, estoy dispuesto hasta a que demos un paseo por estos pintorescos alrededores, en unión de nuestros compañeros, quienes, en su ignorancia médica, habrán sufrido más aún que usted mismo!...

—No hace falta tanto. Por ahora, os debemos dejar solo para

vuestro necesario reposo—añadió aquel sabio, tratando de hacer evacuar la estancia a todos.

—De ningún modo—dije—. Permaneced todos aquí, ¡vive Dios! Si esto ha sido, como veo, un sueño, o por mejor decir, un verdadero desdoblamiento astral operado por quién sabe, y para mi enseñanza, yo sé bien que los sueños se suelen borrar, o suelen perder al menos sus más delicados perfiles, si al despertar no se refresca su memoria, en líneas generales, al menos. Mis prácticas de recordación de ensueños, publicadas en mi viejo libro sobre *La fantasía humana*, así me lo demuestran. Por tanto, como el deber es primero que la vida misma, venid acá todos, amigos queridos, que si físicamente no os habéis separado de mi pseudo-cadáver durante siete mortales días, astralmente, al parecer, me habéis acompañado nada menos que por la sepultada Atlántida, según voy a referiros.

Y entonces, constantemente vigilado por el doctor, dispuesto siempre a «cortar la comunicación telefónica» al menor síntoma patológico nuevo, les hice, en líneas generales, una enumeración de nuestras astrales aventuras, a saber: el extravío de todos en el pinar de Olissis, a cuyas ruinas, a no ser por mi enfermedad, ya habríamos, sin duda, ido; el viaje a Huelva y a La Rábida; la llegada a la cripta del islote, donde nos creyésemos desdoblados astralmente, ni más ni menos a como mi enfermedad me había desdoblado a mí; la llegada a la Acrópolis del Templo de Hércules, en Sancti Petri, y la visita a sus cinco cámaras iniciáticas sucesivas; la perspectiva y visita luego de la ciudad atlante sepultada y la desgracia inaudita del príncipe de las Islas Negras; la inesperada acometida de Katebet, la vampiresa, y mi fatal caída erótica, con ideas tales acaso sugeridas por los propios hipnóticos que se me habían propinado en mi grave estado de catalepsia y de lúcido sonambulismo; la visita también a los faicanes guanches de las Canarias y toda aquella inacabable serie de citas relativas a las *Islas Non Trubadas* o *Encubiertas*, con idéntica fidelidad, por cierto, a como en diversas obras, meses antes, las había, en efecto, leído, y, en fin, la llegada de los cuatro amigos a la fatídica Isla del Cuervo, donde las escenas de astral y necromante espanto fueron tales, que ya se me planteó severísimo el inflexible dilema de morir de terror o de retornar al punto a la vida física, cual en las pesadillas...

Durante tal relato, que, con disgusto y temor del doctor, duró cerca de dos horas, ninguno de mis compañeros pronunció palabra, embobados como chicos a quienes se les cuenta una leyenda oriental, y sin moverse de sus asientos. Era tan estupendo, tan insólito y con tales visos de astrales realidades todo aquello, que ninguno, ni aún el propio médico, sabía a qué atenerse. Al finalizar precipi-

tadamente mi narración, éste se levantó a abrazarme, diciéndome:

—¡El Karma os premie el bien que con esta vuestra *salvadora* enfermedad podréis hacer al ignaro mundo, y a no pocos profesionales escépticos, más ignaros aún!—y añadió, tras un instante de reflexión:

—¡Me vais a hacer el favor, pues, así que os sintáis fuerte, de dictar con la mayor fidelidad y lujo de detalles posible, todas vuestras *soñadas* aventuras atlántidas a nuestro buen Cotta, que es un gran taquígrafo. Con ellas, en seguida que regresemos a Sevilla, haremos el más curioso de los libros de psiquiatría, ayudado por mi gran amigo el genialísimo doctor José Manuel de Puelles, quien lo insertará al punto en su interesante revista médica *Vida y Ciencia*, ¿a quién sino a un radiólogo como él, puede interesarle un problema cual lo es éste, pues *que irradia triple luz histórica, mítica y científica*? No olvidéis tampoco que hombres muy bien equilibrados, como Scott-Elliot, al ocuparse de la Atlántida, han cuidado de añadir «para mayor claridad» (como aquel que para ser también más claro hablaba en griego), que cuanto dice acerca del inmenso continente sepultado a la larga de casi un millón de años por tres principales catástrofes sucesivas, no lo dice por estudio científico directo o al uso, sino por «efectiva visión astral o etérea», lo cual no es lo mismo. Y para que os convenzáis, si ya no lo estuviereis, de cuán distintos son esos dos mundos superliminales del grosero mundo físico, os voy a someter a una sola prueba.

Y sacando el doctor unas ilustraciones de la Memoria o tesis doctoral de mi amigo el Dr. D. Mateo Carreras, me dijo mostrándome dos de sus grabados, sin dejarme leer nada de sus títulos:

—¿No son éstas las selvas submarinas que decís atravesamos al salir del islote de Huelva para emprender nuestra increíble correría...?

—Sí, ciertamente. En lo que se me alcanza, unas y otros tienen una similitud que pasma...

—Pues bien. ¡Leed y admiraos! Tamañas selvas submarinas no son, como veis, sino preparaciones microscópicas de ácido túnstico, que alguna vez habíais visto... ¡La visión astral hace infinitamente grandes, dentro de la eterna ley de Hermes, de cosas que en lo físico son infinitamente pequeñas!

—¡Es asombroso! —repliqué perplejo—. ¡Este es un caso igual al de cierto célebre cuento de Poe!

—¿Quién puso en verdad límites a lo desconocido, y menos a las desconocidísimas posibilidades, latentes aún en el hombre, que desarrolla el Ocultismo?—añadió nuestro sabio con un tono solemnemente religioso que nos emocionó a todos. Luego insistió.

—Sí, tenéis que dictar a Cotta todo el complejo proceso de nuestras atlantes y soñadas correrías.

—¡Todo no!—me apresuré a objetar—. Todo no, porque... La parte más grave, la de México, no podría decirlo ahora, sin recabar ciertos permisos, porque a no hablar de ello me comprometí con juramento y, aunque soñado y todo, como ahora parece cuanto me ha acontecido, quizá no deba, pues...

• —¡Basta!—interrumpió el doctor—. Estáis comprendido y vuestro relato, que habrá de publicarse en *Vida y Ciencia*, no comprenderá por tanto más que hasta lo de la Isla del Cuervo... Lo demás se insertará en otro tomo de nuestra BIBLIOTECA, a manera de una continuación del tomo presente, bajo el título de *Por las criptas iniciáticas de México. Narración ocultista*, con todo lo relativo también a la firma de Arias Montano que he visto yo días pasados y que proclama cómo y de qué manera era él una especie de Caballero Rosa-Cruz... Pero dejemos esto y vengamos a la pronta realización de cuanto os he dicho.

La idea del doctor me pareció de perlas. Cotta y yo procedimos a ponerla en práctica, de allí a pocos días, constituyendo así lector el extraño tomo que a la vista tienes, tomo que entrañará seguramente más errores que erratas—y cuenta que éstas no son pocas—, pero que es verdadero en sus citas, en sus conceptos teosóficos—en lo que a mi insuficiencia se alcanza—y más verdadero aún en su anhelo vehemente por algo superliminal, algo que, como dice Pierre Loti, nos haga salir un poco de esta ínfima isla de luz, rodeada por todas partes de un insondable piélago de Misterio, en la que vivimos sin poder levantar por nuestros pecados una punta siquiera del clásico ¡VELO DE ISIS!

FIN DEL LIBRO «DE SEVILLA AL YUCATÁN»

Y

DEL TOMO VI DE LA «BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS»

# INDICE

	<u>Páginas</u>
<i>Dedicatoria</i> .....	3
<i>Prólogo</i> .....	7

## PRIMERA PARTE.—EL «ARIO DEL MONTE» Y LOS JINAS TARTESIOS.

Capítulo I.—Los duendes de un vargueño en el Bar del Torreón....	19
Cap. II.—Extrañas telepatías.....	26
Cap. III.—En alas de la quimera.....	31
Cap. IV.—La asamblea de los vargueños.....	39
Cap. V.—Las relaciones del doctor de Brind.....	51
Cap. VI.—Una signatura ocultista.....	61
Cap. VII.—Un amigo nuevo.....	69
Cap. VIII.—Templarios del siglo veinte.....	75
Cap. IX.—Añoranzas de la Santa Inquisición de Aracena.....	83
Cap. X.—Curiosas revelaciones acerca del polígrafo.....	93
Cap. XI.—En la Gruta de las Maravillas.....	102
Cap. XII.—¿Montano, cabalista?.....	112
Cap. XIII.—Un asceta del siglo veinte.....	121
Cap. XIV.—Noche druídica.....	129
Cap. XV.—Desaparición de nuestro Presidente.....	139
Cap. XVI.—Un compás de espera.....	147
Cap. XVII.—Una levitación espiritista, y sus consecuencias.....	157
Cap. XVIII.—Por el campo de los clásicos gnósticos y greco-latinos.....	163
Cap. XIX.—La estupenda narración del arqueólogo Schliemann.....	170
Cap. XX.—La Oísis de los jinas.....	187

## SEGUNDA PARTE.—POR TIERRAS DE LA ATLÁNTIDA.

Capítulo I.—El más astral de los itinerarios.....	201
Cap. II.—La Rábida de Colón.....	211
Cap. III.—Viajando como viajan las almas de los muertos.....	227
Cap. IV.—En el templo de Hércules.....	239
Cap. V.—El secreto de los dioses.....	249
Cap. VI.—Venus Lucífera.....	259
Cap. VII.—El pecado de la Atlántida y el Angel de las Españas.....	267
Cap. VIII.—Hermes.—Thoth.—Mercurio.—Budha.....	283
Cap. IX.—El Príncipe de las Islas Negras.....	294
Cap. X.—A la vista de una ciudad atlante.....	305
Cap. XI.—Kalia-Schekeimesha.....	313
Cap. XII.—Cronos y su atlante archivo.....	327
Cap. XIII.—La Atlántida y la Geología.....	336
Cap. XIV.—La Atlántida paleontológica.....	350
Cap. XV.—Horrible caída.....	360
Cap. XVI.—En la isla de Madera.....	369
Cap. XVII.—En demanda de las islas de la Desdicha.....	378
Cap. XVIII.—Alma canaria.....	388
Cap. XIX.—La «Non Trubada» isla de San Baladrán.....	402
Cap. XX.—La tragedia de Palenque.....	414
Epílogo.—La dulzura del morir.....	426

